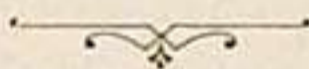


HISTORIA
DE
SAN VICENTE FERRER





HISTORIA
DE
SAN VICENTE FERRER

POR EL
R. P. FR. H. FAGES

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

TRADUCIDA POR

D. ANTONIO POLO DE BERNABÉ

DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA, COMPLETAMENTE REFUNDIDA POR EL AUTOR
É ILUSTRADA CON UN MAPA Y NUMEROSOS GRABADOS

Exiuit vincens ut vinceret.

(Aroc.)

~~~~~  
TOMO SEGUNDO  
~~~~~

A. GARCÍA, EDITOR
CONDE ALMODOVAR, 2, VALENCIA

—
1903

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

CUARTA PARTE

APOGEO.—POLÍTICA DIVINA.

(1412-1416)





HISTORIA DE SAN VICENTE FERRER

CAPÍTULO PRIMERO

ALCAÑIZ

Tema real.—Terrible revelación.—Martirio.—Las tartanas.—Benedicto XIII y el juicio final.—Todavía los judíos.—Una ciudad agradecida.—Una buena edición de Santo Tomás de Aquino.

(1412)



LA toma de Balaguer había afirmado la paz en todo el reino, y de ello daba el rey conocimiento á Vicente Ferrer en la siguiente carta, traducida del latin, que es un hermoso tema real (1).

«Al venerable y religioso y amado y devoto nuestro Fr. Vicente Ferrer, eximio Maestro en Sagrada Teología.

Religioso devoto y amado nuestro: El Rey y Señor de los Reyes, que echa circulo á las narices de los soberbios y freno á los labios de los impios; humilla la soberbia de ellos hasta lo más bajo y sujeta sus cervices al yugo de la servidumbre, porque no pongan su silla en Aquilón y tengan vergüenza de hacerse semejantes al Altísimo. Ciertamente ya mucho há (¡oh que dolor!) se publicó lo que no creemos ignorar vos, como Jaime de Urgel atado indisolublemente á nosotros verdadero Rey y Señor suyo, rompida la tregua de su fidelidad, concibió y parió por astucia de Satanás tantos actos de

(1) La copia íntegra de Vidal y Micó, pues el autor sólo da un ligero extracto. (N. del T.)

rebelión, tantas astucias de maldad y abortó tantos engaños maliciosos, procurando ofender á nuestra majestad y plantar con engaño en nuestro Señorío la perfidia de la infidelidad; que con ello, juntándose los llantos y gemidos de nuestra república, nos hizo fuerza para que, cortada de raíz la enfermedad, porque en adelante no eche renuevos y crezca, le diésemos personalmente al mismo la medicina de la salud. Por eso venimos acá y sitiamos la ciudad de Balaguer, donde el mismo Jaime y otros cómplices suyos residian, quebrantándolos de muchas maneras hasta el día de la victoria. Con esto por justo juicio el Señor, bajo de cuya virtud todo sucede prósperamente por los ruegos de la gloriosa Virgen Madre suya, quebrantó y molió de tal suerte con humildad el corazón del mismo Jaime, que de la dicha ciudad se vino á nuestra presencia de rodillas por el suelo, diciendo en su lengua materna aquello de David: *Aveu misericordia de mí*; y se puso en poder de nuestra majestad, para que dispusiésemos de su persona al albedrio de nuestra voluntad. Pero nosotros, no perturbados con el rigor de la justicia, sino bañados con el rocío de la piedad, le concedimos la seguridad de muerte natural y de mutilación de miembros y de destierro; y allende de esto perdonamos á su mujer, madre y hermanas y al pueblo, de la prisión; mas habemos mandado que el propio D. Jaime sea guardado, dando grandemente por todo alabanzas al Altísimo, á cuya gloria se han de atribuir todas estas cosas: el cual (como de su acostumbrada misericordia lo confiamos) encaminará de tal manera nuestra mano derecha, que nuestro pueblo se sentará en hermosura de paz y tabernáculos de justicia y en reposo rico. En lo demás, devoto amado nuestro, en nuestro Señorío hay muchos hijos de Moisés enlazados hasta ahora en la ceguedad judaica, los cuales, inspirando la gracia del Espiritu Santo á sus corazones, anhelan mucho con tierno vuelo á la fé católica, deseando sedientamente ser ayudados con debidas instrucciones para algunas cosas que su entendimiento no puede percibir. Por tanto, como tengamos confianza, que con el seguro esplendor de vuestra edificativa palabra, saldrán de sus tinieblas á la luz de la verdad católica; os rogamos afectuosamente y exhortamos en el Señor, que, vistas las presentes, no tardéis en alguna manera á embarcaros para Tortosa, donde muchos de los sobredichos por la referida causa se han congregado, para que de vos cojan los antedichos judíos la palma de la salud, con la cual puedan en los cielos gozar de la vida eterna; y que después procuréis ir á Zaragoza, donde (concediéndonoslo el Señor) habe-

mos propuesto celebrar en breve las fiestas de nuestra sagrada coronación, por ser ello así, que se tiene confianza, que con vuestra saludable ida muchos de la ley judaica, que siguen las pisadas de los sobredichos, tomarán el vuelo para la ortodoxa bienaventuranza. Que nosotros escribimos al Procurador Real que ponga diligencia en procurar con brevedad todo lo necesario para vuestra venida y la de los vuestros. Dada en Lérida á veinte días de Noviembre, año del nacimiento del Señor mil cuatrocientos y trece.—Rex Ferdinandus.»

Al salir Vicente Ferrer de Caspe, dejando que los sucesos siguieran su curso, se había dirigido en dirección opuesta á la que tomó Fernando, bajando hácia su patria en la que aun era necesaria su presencia y á la que había de ver por última vez. Por lo demás, el mejor servicio que pudiera prestar al nuevo monarca era reanimar la fé, madre de la fidelidad, hacer cesar los desórdenes de todas clases, devolver con la paz la seguridad. Pero cuando en Octubre se enteró de la presencia del principe en Lérida y se empezó á hablar de guerra civil, creyó que debía ir á hacer un acto de sumisión y apoyar á la autoridad legitima con todo su prestigio moral. Fernando le nombró confesor suyo; y en tal concepto le ponía al corriente de los acontecimientos más importantes.

Si el de Urgel sólo se había sometido á su soberano por la fuerza, todavía guardaba más rencor á Vicente Ferrer. En los límites de los términos de Caspe y de Peñalba y en el punto en que termina una senda en pendiente llamada *Cuesta de San Vicente*, se encuentra una cruz de piedra de bastante elevación que marca el sitio en que, saliendo de una emboscada el de Urgel y sus gentes, acometieron al Santo. El conde, impulsado por su resentimiento, le colmó de injurias, llamándole hipócrita, embustero y mal hombre. El Santo le llevó aparte y le dijo en voz baja: «El mal hombre sois vos, que matasteis á vuestro hermano tal día, á tal hora y en tales circunstancias: Dios no ha querido que ciñera la corona semejante malvado». Quedóse estupefacto el de Urgel al oír la revelación de un hecho que él sabía que se había realizado en el secreto más absoluto, y hubiera ido inmediatamente á hacer su sumisión al rey, si no fuera por el temor que su madre le inspiraba.

Según uno de los testigos que figuran en el proceso de canonización, el cartujo Placentis, no fué el encuentro de Peñalba la única vejación que tuvo que soportar Vicente Ferrer, ni el conde de Urgel el solo que se las impusiera. Sobre este punto añadió el Apóstol á todas sus aureolas el martirio del deber social, martirio

cuyos agudos é intensos dolores sólo conocen bien los que los sufren.

La primera etapa hacia su patria fué Alcañiz.

Todavía hoy se hace el trayecto de Caspe á Alcañiz en tartana, vehículo de dos ruedas, sin muelles, y que ha tomado su nombre de cierta clase de buques: relación demasiado real, que se traduce en un balanceo infernal por hondonadas inverosímiles.

El diablo, impotente en Caspe, se vengó en Alcañiz de Vicente Ferrer, suscitándole una mala querrela, cuyo instrumento fué elegido magistralmente, pues fué nada menos que el mismo Benedicto XIII. El Apóstol recibió del Pontífice una carta en la que éste le participaba que se le habían presentado quejas á propósito del juicio final cuyo acontecimiento señalaba demasiado próximo. Seguro del objeto de su misión, como de su misión misma, respondió el Apóstol con una apología en regla, fechada en Alcañiz el 29 de Julio de 1412, justamente un mes después del gran acto realizado en Caspe, respuesta que nos es conocida. Benedicto XIII no tenía opinión formada y aceptó sus conclusiones como había rechazado las del excesivamente fogoso inquisidor Emerich á propósito de Judas.

Por otra parte, continuaba presentándose la prueba concluyente material: los Judíos se convertían en masa.

«Poderoso Príncipe y victorioso Señor, escribía el Consejo de Alcañiz al rey Fernando, puesto que os es caro todo lo que toca á la gloria de la fé cristiana, seríamos dignos de censura si no os diéramos á conocer los acontecimientos que la interesan. Atendiendo nuestros ruegos, ha iluminado el Espíritu Santo á todos los judíos de esta ciudad y de los pueblos dependientes de ella, como Caspe, Maella, Alcoriza, Castelló, Molinés y otros. De modo que en toda esta comarca no se hallarian en la actualidad quince familias de Judíos ó cosa semejante.» (Sancho, *Historia de Alcañiz*, según el registro de las cartas misivas).

«En Alcañiz, en donde eran muy poderosos los judíos, se lee en el proceso de canonización, la predicación del maestro Vicente produjo grandes frutos...; entre otros convirtió á un gran rabino muy erudito, que conocía á fondo la ley y los profetas y muy versado en la ciencia del Talmud. Éste, después de su conversión, predicó á su vez en muchas poblaciones de Aragón y atrajo á la verdadera fé á muchos de sus correligionarios, contribuyendo eficazmente á la reunión de los rabinos en que Vicente Ferrer llevó á cabo su famoso tratado. Su hijo llegó á ser obispo de Siracusa.» Según Rodríguez

de Castro, este sabio talmudista se llamaba Rabi Jehosuath Hallorqui, natural de Lorca en el reino de Murcia, y tomó en el bautizo el nombre de Jerónimo de Santa Fé: acompañó al Santo en sus misiones y compuso libros de gran mérito contra los judíos y el Talmud, que se imprimieron sucesivamente en Paris en 1575, en Lyon en 1586 y en Colonia en 1625. (*Biblioteca de España*, t. I, p. 203).

Cerca de Alcañiz y en una loma que domina el *valle de los Judíos* se levanta la capilla de la *Encarnación*: esta era la sinagoga que después de la predicación del Santo se convirtió en un santuario consagrado á la Virgen, y en la cual hay una imagen antigua de Vicente Ferrer con esta inscripción: *Ob conversionem Judeorum*. La actual capilla es moderna, pero está edificada sobre el mismo plano de la antigua. Este hecho de las sinagogas convertidas en iglesias, al que sólo hemos prestado una ligera atención, supone, sin embargo, un cambio muy radical y no se lee en parte alguna que los judíos protestaran entonces, ni después.

Alcañiz, tal es su nombre árabe, la antigua Anitorgis, ha tenido páginas brillantes en su historia y, rara fortuna, un hombre de verdadero talento para escribirlas. Su historiador Sancho evita á la vez el *chauvinisme* exagerado de los historiadores italianos y la vaguedad un poco enfática de los españoles. El relato de la elección de Caspe aparece en su libro tan claro y tan detallado como pueda desearse, poniendo de relieve naturalmente la parte importante que su ciudad natal tuvo en el célebre Compromiso, pues de Alcañiz salió la declaración previa que hizo cesar las desavenencias y agrupó las buenas voluntades. Entre los hijos de Alcañiz que han alcanzado celebridad y de que se ocupa en su obra, figura Domingo Ram, obispo de Huesca y después de Lérida y luego cardenal, que votó el primero en Caspe, sin restricción alguna, en el mismo sentido que Vicente Ferrer.

Otro personaje que en aquella época turbulenta prestó grandes servicios á la patria española fué Felipe de Malla, al que D. Francisco de Bofarull acaba de dedicar un trabajo con este título: *Felipe de Malla y el Concilio de Constanza*. Aunque era catalán, lo designó el Parlamento de Alcañiz para la elección de los nueve árbitros. Pico de la Mirandola Español enseñaba teología á los 18 años en la Universidad de Paris, y al volver á Barcelona, su país natal, se ordenó de sacerdote y fué luego canónigo, y como tenia una aptitud extraordinaria para los negocios, de aquí que lo eligiera el Parlamento. El rey Fernando le nombró su embajador cerca de las Cortes de Europa

y en ellas preparó los espíritus para la unión que luego se llevó á cabo en Constanza, trabajando también eficazmente para establecer la paz entre Francia é Inglaterra.

Fervorosamente adicto á su rey, al que honraba, era ante todo el fiel campeón de los intereses de la Iglesia, como digno émulo de Vicente Ferrer. Además, uno y otro predicaban con el ejemplo.

Este último, en la época de sus primeras misiones por España, había podido apreciar el excelente espíritu y el valor moral de los alcañicenses y pidió para ellos á Benedicto XIII un favor que en aquel tiempo era muy codiciado, la erección de su iglesia en colegiata. La Bula de esta concesión está fechada en Marsella, monasterio de San Victor, *tertio idus Maii, anno 1407*. Las autoridades, reconocidas, en representación del pueblo. (*Por voto muy antiguo, el municipio, es decir, todos—Vox populi*) hicieron voto cuando fué canonizado el Santo, de celebrar su fiesta con toda solemnidad, voto que aun se cumple, celebrándose la fiesta el domingo *in Albis*, como en Valencia, á la cual se honra de asistir el Ayuntamiento.

Alcañiz ha permanecido afecto á San Vicente, *como á un hijo del país*, dicen de una manera muy cariñosa. Desgraciadamente no se ha librado de los incendios, ni otras causas de ruina. Pero se ha tenido cuidado de sacar de la destruida colegiata el púlpito y la imagen de San Vicente Ferrer, incrustándolos en las paredes de la iglesia moderna, al lado del altar dedicado al Santo. Una inscripción que lleva la fecha de 1784 explica claramente el hecho, y la Iglesia ha consagrado la piedad agradecida de los habitantes, concediendo doscientos días de indulgencia al que recite una oración ante dicha imagen. Una de las campanas más antiguas de la Catedral se llama *Vicenta*, y en la iglesia de *San José de Salinas*, el altar más hermoso está dedicado á *San Vicente Ferrer*.

Este, por su parte, dejó á los alcañicenses un verdadero tesoro, la *Summa* de Santo Tomás manuscrita, de que se servía, y sobre la cual se hizo más tarde una de las mejores ediciones.

«En 1719, dice Teixidor, siendo Prior del convento de Santa Lucía de Alcañiz el P. Tomás Madalena, publicó un opúsculo titulado: *Crisis teológica*, en el que insertó todas las notas que San Vicente Ferrer había escrito de su mano en los márgenes de la *Summa* de Santo Tomás, regalada por él á dicho convento de Alcañiz.»

Al frente del opúsculo ha puesto el autor esta advertencia:

«¡Detente, lector! Te ofrecemos hoy lo que nuestras orejas han oído afirmar como cierto, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo

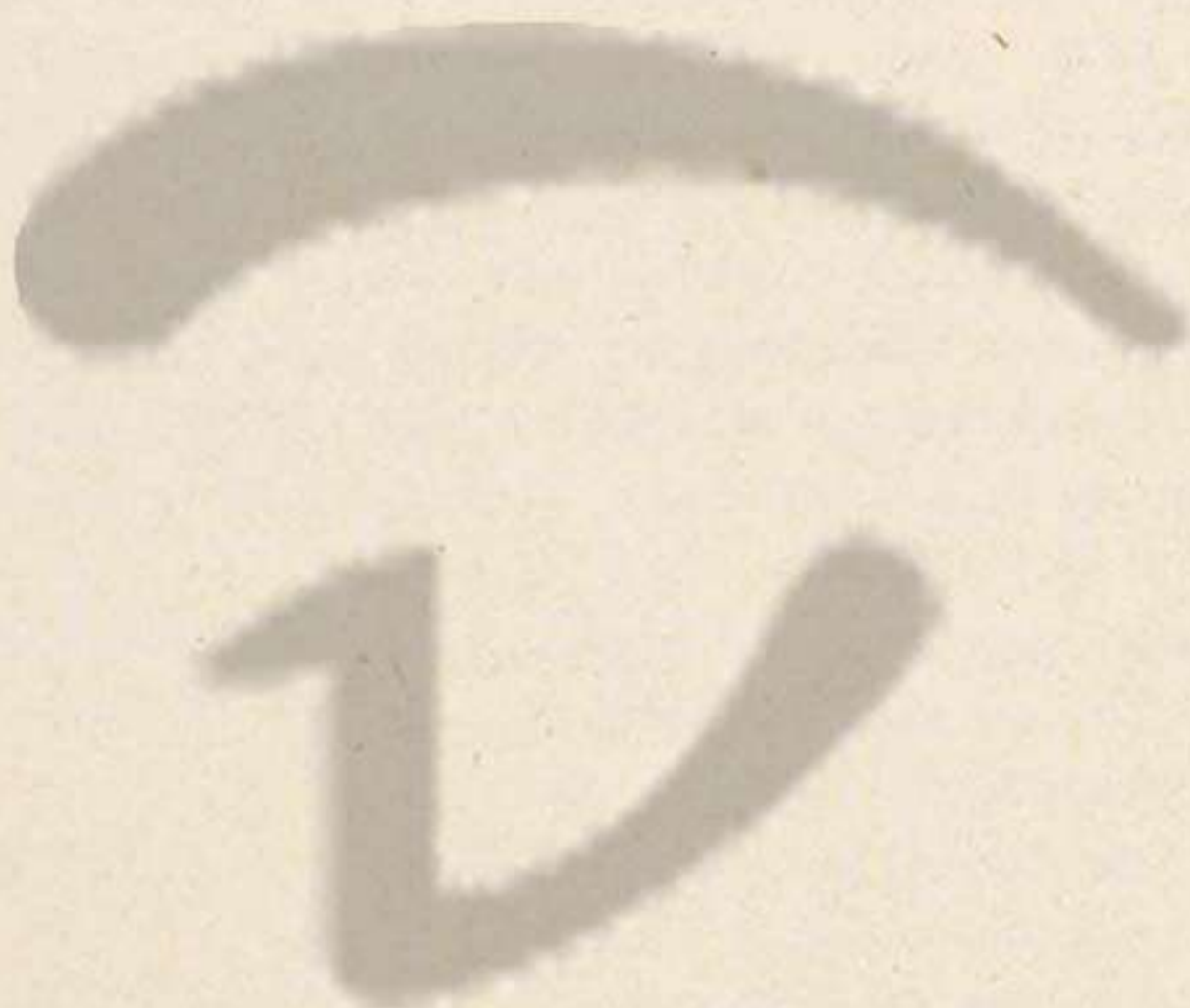
que hemos tocado con nuestras manos; á saber: los libros, deteriorados exteriormente por el uso, pero intactos en su interior, de que se servía San Vicente Ferrer, ilustrados por él con notas marginales.

«Cuando el Apóstol, elegido juez, volvió de la elección de rey que tuvo lugar en Caspe, dejó á esta ciudad de Alcañiz varios recuerdos de su paso por ella: el crucifijo que llevaba en sus misiones, su púlpito, su hábito y otros objetos que se exponen á la veneración de los fieles. Además hizo un regalo al convento de su Orden, regalo soberbio en aquella época en que era desconocida la imprenta: cuatro volúmenes conteniendo la *Summa* de Santo Tomás de Aquino y los libros del Maestro de las sentencias.

«Queriendo un religioso dar á conocer á la posteridad el origen de este tesoro, escribió al frente de cada volumen estas palabras: «El venerable Padre Vicente Ferrer, maestro en teología y confesor de Nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XIII, ha dado este libro al convento de Alcañiz.» Las glosas marginales que he leído y copiado muchas veces son de la misma mano de San Vicente Ferrer: sobre este punto es constante la tradición, pero añadiré una prueba irrecusable, sacada del acta en que consta el voto hecho por la ciudad de Alcañiz de celebrar la fiesta de San Vicente Ferrer. Esta acta fué autorizada por el notario Pedro Portolis, y en ella se consigna, entre otros motivos que dieron origen al referido voto, el siguiente: Este Santo nos ha dado la *Summa* de Santo Tomás, con notas de su mano.»

Estas notas componen unas diez páginas y demuestran la pujanza de ese espíritu para el que eran familiares las más árdidas cuestiones, ilustrándolas aún después de Santo Tomás.

Del convento que heredó de Vicente Ferrer tan precioso tesoro no quedan más que casas vulgares, estando la iglesia convertida en granero. La *Summa* de Santo Tomás está en Zaragoza: el Crucifijo del Santo y su hábito han desaparecido, como también los ricos objetos que Pedro de Luna había donado á la ciudad de Alcañiz. Se acusa á los franceses, no sólo de haber quemado los archivos, sino también de haber fundido la plata de las imágenes y de los relicarios; pero aunque estos excesos imputados á los hijos de la Revolución que cubrió nuestro suelo de odiosas ruinas, son más que probables, hay que tener en cuenta que el rencor de los españoles los ha exagerado muchas veces hasta la injusticia. ¡Dichosos ellos si no nos hubieran imitado!





CAPÍTULO II

EL MAESTRAZGO Y LÉRIDA

El baile Mercader.—De pueblo en pueblo.—Deposición de Jaime Quintanis.—Conventos demasiado pequeños.—El lisiado de Lérida.—Vicente Ferrer modisto.—Fiebre obediente.—Rey importuno.—Muerto resucitado de paso.—Gentes peligrosas.

(1412)

ENTRE Alcañiz y Valencia y lindando con el mar, se extiende esa comarca, que ya conocemos, llamada el Maestrazgo, y que comprende hoy, poco más ó menos, la provincia de *Castellón de la Plana*, á la cual consagró el Apóstol los últimos meses del verano de 1412. Pululaban en ella las divisiones y los odios y allí se guarecían los jefes de bandas; así es que el pacificar estas ciudades, en otros tiempos tan florecientes, era librar al nuevo gobierno del mayor obstáculo, contra el cual se habían estrellado los que le habían precedido.

Para que este trabajo de reconciliación fuera duradero y sin duda también con objeto de reanimar el respeto á las autoridades legítimas, disimuló su acción personal haciendo intervenir en su empresa á la justicia civil, y en documentos antiguos que ha visto Teixidor en Valencia (en el archivo del Real, armario 104, folio 98), consta la presencia en el Maestrazgo del baile general Juan Mercader, llamado por el maestro Vicente Ferrer para autorizar ó ratificar los contratos de paz que se celebraran. Este detalle no se ha ocultado al historiador de este país, Bernardo Mundina, á quien podemos seguir aquí con toda seguridad.

«En el verano de 1412 vino el Apóstol valenciano á Castellón, cuya ciudad se hallaba entonces empeñada en una lucha terrible y encarnizada con Onda y Almenara. Empleando el Santo toda su elocuencia y aprovechándose de la simpatía que á todos inspiraba, puso término á las enemistades más inveteradas, reuniendo con este objeto á los magistrados de las tres ciudades, á quienes dirigió un discurso conmovedor y les hizo firmar la paz ante el baile general de Valencia, llamado expresamente con este objeto, resultado que obtuvo en todas partes por medio de su palabra. Así se arreglaron por fin estas rencillas interminables que soliviantaban los ánimos y mantenían en estos pueblos una guerra perpétua.» — La relación de los hechos en lo que se refiere á las otras dos ciudades beligerantes no discrepa apenas de la que dejamos transcrita.

Según la crónica de Arenys, Vicente Ferrer llegó hasta Barcelona, en donde permaneció desde el día de Santa Práxedes, 21 de Julio, hasta el día siguiente á San Bartolomé, 25 de Agosto, predicando en el huerto de los Dominicos. No es difícil adivinar la causa de esta larga detención, ni el asunto de sus sermones: preparaba los ánimos para cuando llegara el nuevo rey á esta ciudad que aun no había aceptado de una manera franca el resultado de los trabajos de Caspe. Debemos creer que logró su objeto, por cuanto la Rúbrica de Bruniguer relata la solemne entrada del rey en Barcelona el 28 de Noviembre de 1412. «Hicieronse grandes fiestas: *Cui fuit factum celeberrimum festum diversis ludis, tripudiis, hornatoribus et aliis quam plurimis*. Hubo mesa franca durante dos días en la plaza del Borne, se pagaron 18 libras y 10 sueldos por 17 *trompetas* y dos *tabalets* para los bailes que se organizaron en aquellos días, y 16 libras y 10 sueldos á los cuatro trovadores que habían divertido á los convidados.»

A instancias del Santo publicaron las autoridades de Lucena dos edictos: uno contra los habitantes concurrentes á las tabernas y el otro contra la conducta poco correcta de las mujeres, el primero con fecha 30 de Septiembre de 1412 y el segundo de 2 de Octubre, grabándose ambos en una piedra que se colocó en el sitio más público de la villa para que nadie los ignorase.

Existe en esta comarca una aldea que también visitó nuestro Santo, la cual no deja de ofrecer interés, y á la que con otro motivo dedicaremos oportunamente una pequeña monografía: esta aldea es Peñiscola, y á ella se retiró Benedicto XIII, como Noé á su arca, según decía él mismo, cuando la autoridad de Vicente Ferrer redujo

por fin á la impotencia al Cisma, hidra monstruosa que durante tanto tiempo había afligido á la Iglesia.

Todos los pueblos de las montañas que ciñen esta magnífica llanura que da nombre á la provincia han perpetuado el recuerdo del gran pacificador por medio de monumentos de mármol ó de granito. En Lucena una capilla; en Cuevas de Vinromá un ermitorio que comprende una pequeña iglesia, la habitación del capellán y una hospedería, sitio encantador de peregrinación situado á un kilómetro del pueblo; en Alcora un oratorio enfrente del de San Cristóbal; en Cervera del Maestre hay dos fuentes abundantes, de la que una se llama *pozo de San Vicente*.

En el mismo Castellón se encuentra por todas partes su imagen ó bien sus milagros representados en pinturas notables. En el convento de Santo Domingo, convertido en Hospital, se halla su estatua recargada de preciosos adornos haciendo juego con la de la Virgen, y gusta ver en las iglesias niños vestidos con el hábito Dominicó, pertenecientes á un colegio de huérfanos creado, como en Valencia, bajo la protección y con el hábito del Santo popular, á cuya creación consagró su fortuna un obispo hace cien años. En muchos de esos pueblos se lleva aún su imagen en la procesión de Jueves Santo, único objeto alegre entre los varios tristes que en ella figuran, como recuerdo de las procesiones de disciplinantes que instituyó en todas partes.

Hallándose en Lucena supo que el rey Fernando acababa de llegar á Lérida y allá se dirigió sin demora.

Nada podría reemplazar aquí la elocuente sencillez de los testimonios de su canonización.

«Jaime Quintanis, maestro en artes y médico del rey de Aragón ha oído en Lérida unos treinta sermones al maestro Vicente y dice que asistía á ellos una multitud considerable con tal afán, que todos, hombres y mujeres, se levantaban á media noche para tomar sitio. Existían en la ciudad partidos y enemistades antiguas, cuyo fin no se veía probable, porque de una y otra parte se habían cometido muchos homicidios; pero las saludables palabras del maestro Vicente devolvieron la paz, la unión y la concordia, renunciando todos á sus divisiones, pidiéndose mutuamente perdón los más mortales enemigos y reconciliándose francamente.

»Y todos, hombres y mujeres, aunque hablando diferentes lenguas, comprendían al maestro Vicente como si hablara á cada uno en su idioma propio; y eso que sólo hablaba su lengua natal. Este

hecho parece revestir los caracteres de milagro.»—*¡Ya lo creo!*, dicen á este propósito los españoles, expresión que corresponde á nuestra frase familiar: *¡Te creo!*—Recordaremos que entonces habia en Lérida una Universidad floreciente á la que concurrían catalanes, navarros, castellanos y aragoneses, cuyas lenguas diferían bastante entre sí.

«Después de oír una doctrina tan maravillosa y tan llena de enseñanzas, volvieron al camino de la virtud muchos hombres y mujeres cuya vida habia sido hasta entonces un tejido de crímenes, y bastantes de ellos abrazaron el estado religioso, en el que hicieron admirables progresos. Yo enseñaba entonces las artes en la Universidad: muchos estudiantes de diversas Facultades, leyes, cánones, artes, medicina, abandonaron su carrera y siguieron al maestro Vicente, decididos en su mayor parte á renunciar al mundo.»

Efectivamente, después de su paso por la ciudad se vió que los conventos no podían recibir todos los novicios que se presentaron.

«Un día que el maestro Vicente predicaba en Lérida en la plaza que hay delante del convento de Santo Domingo, hallándose presente el rey Fernando y una multitud considerable, vió como á media milla de distancia á un infeliz tullido, que no podía andar más que apoyándose sobre pies y manos como los cuadrúpedos, y dirigiéndose al rey, le dijo: «Majestad, dignaos por amor de Dios enviar dos de vuestros servidores á aquel infeliz que veo allá abajo, para que se informen de si realmente está tan impedido como parece». El rey envió en seguida á dos oficiales, Guillermo de Apella, conde de Urgel, y Hugo de Veglatz. Llegados junto al mendigo pudieron cerciorarse del deplorable estado en que se hallaba, y cuando se disponían á auxiliarle vieron al maestro Vicente que hacia la señal de la Cruz y en seguida se incorporó el tullido y se puso á andar como si en su vida hubiera estado enfermo. El rey y toda la ciudad fueron, como yo, testigos de este milagro.»

El favorecido por él siguió al Apóstol durante dos años.

En otro sermón describió con tal exactitud los lujosos trajes que empezaban á usar todas las clases de la sociedad, que un joven beneficiado, Lorenzo Pelegrin, creyó de todas veras que lo decía por él y corrigiéndose llegó á ser uno de sus más fervientes discípulos, confiándole el Santo el cuidado de alojar á su comitiva. Un día en que consumido por la fiebre dijo á éste que la enfermedad no le permitía desempeñar su cargo: «Hacedlo de todos modos», le respondió el taumaturgo. Y en seguida le desapareció la calentura.

Pero si ésta le obedecía para abandonar á un enfermo, no estaba menos obediente para apoderarse de un sano, como vamos á ver.

El rey solo habia ido á Lérida por negocios urgentes, así es que no permaneció allí mas que el tiempo absolutamente preciso, y después de recibir el 28 de Octubre á los embajadores del de Urgel que le llevaban la sumisión de este, partió para Tortosa. ¡Pero cuántos consejos necesitaba pedir á su confesor! Deseando tener con él una conferencia privada, se presentó una noche de improviso en su convento y habiéndole abierto la puerta de la celda el fraile encargado de este servicio, quedáronse ambos sorprendidos al ver al Santo absorto en la contemplación de Dios y rodeado de una luz celestial, cuyo brillo deslumbraba la vista. El rey, presa de un religioso terror, se retiró sin atreverse á dirigirle la palabra.

El día siguiente, al enterarse el Santo de lo ocurrido, no tuvo empacho en decir al rey que le habia disgustado mucho é impuso al malaventurado fraile siete años de fiebre en castigo de su excesiva complacencia. Tan heróico como su maestro, tuvo este el valor de seguirle como hasta allí, asistiendo diariamente á sus milagros y oyendo en sus accesos de calentura las alegres exclamaciones de los enfermos curados. Refiere Razzano que en Vannes pidió el calentamiento al Santo que le librara por un día de la fiebre.—«Concedido, dijo el taumaturgo, pero aprovechadlo para prepararos, porque morireis en las primeras horas del domingo.»

Este es el único ejemplo de esta clase que se encuentra en la vida de nuestro Santo, pero él queria evitar de una vez que se repitiesen tales indiscreciones. Aun le quedaban siete años de vida: ¿no sería esta una circunstancia fortuita?

Como sucede en el Evangelio, no se relata aqui todo lo ocurrido, porque el venerable P. Micón refiere haber oído á testigos oculares que: «*En la ciudad de Lérida, sabiendo que llevaban á enterrar á un hombre á la Parrochia de San Juan, salió al encuentro, y haciendo una breve oracion, lo resucitó con admiracion de todos.*»

Pero ¡ah! que aun después del paso de semejante taumaturgo conserva la libertad humana sus malas inclinaciones. Cuando el maestro Vicente salió de Lérida para trasladarse á Balaguer vió de lejos un grupo de gente armada que le esperaba en el camino y dijo á los que le acompañaban: «Veo venir unos hombres irritados por la conversión de las ramerás, los cuales intentan matarme.—Dejad que os defendamos», dijeron sus compañeros; pero él no lo consintió y les rogó que se alejasen. Adelantóse luego solo al encuentro de

aquellos malvados, hizo la señal de la Cruz, y al momento arrojaron las armas, le pidieron perdón y se unieron á su comitiva.—Yo me hallaba allí, dice el testigo Jaime Quintanis, y lo vi con mis ojos.»—Este taumaturgo que tal poder ejercía solo con un ademán, ¿ha pensado alguna vez en hacer la señal de la Cruz sobre su pierna enferma?

El historiador español Baranda, que no escribía guiado por lo que arrojaba el proceso de canonización, sino por lo que hallaba en las memorias y tradiciones locales, confirma todo lo que dejamos dicho, sin que falte en su relato hecho alguno: ni las gentes que se levantaban á media noche para tomar sitio, ni los enemigos reconciliados, ni la reforma de los estudiantes, ni la conversión de las mujeres públicas, «la cual, dice, estuvo á punto de costar la vida al santo Apóstol al salir de Lérida para dirigirse á Balaguer».





CAPÍTULO III

ADIÓS Á VALENCIA

Cartas sobre cartas. — Cómo el Santo vuelve á encontrar su celda. — El «Quitamiento». — Laico predicador. — Más cartas. — Los molineros en la Edad Media. — «¿Qué fá la bufa?» — Torre de diamantes. — La mujer fea. — El agua milagrosa. — Caín — Los cuervos — Fuego de broma. — Peligro de los recuerdos clásicos. — Un buque de alto bordo y su cargamento. — Nuevo Iscariotes. — El «Santo Cristo».

(1412)

ENTRE TANTO se impacientaban los valencianos, pues ya el 25 de Junio de 1412 le habian enviado los magistrados á Caspe la siguiente carta:

«Al muy Reverendo y gran religioso Fray Vicente Ferrer de la orden de Predicadores, Maestro en S. Teologia. En Caspe.

Muy Reverendo Maestro y gran religioso. Vuestra humilde benignidad tuvo á bien tiempo atrás visitar esta ciudad en que nacisteis, de lo cual reportó grandes bienes, de los que unos tuvieron feliz término y otros quedaron empezados, pero sin llegar al fin por todos deseado, interesando en gran manera al porvenir de esta ciudad y reino, pues se trata de la pacificación de los Bandos de una y otra, la cual, en nuestro sentir, podrá conseguirse mediante el auxilio divino y vuestra saludable intervención. Por lo cual, muy reverendo Maestro, os rogamos por Jesús, hijo de la Virgen Nuestra Señora Santa Maria, que terminada la santa obra que os retiene en ese castillo, os dignéis venir á esta ciudad para llevar á buen fin lo que dejasteis tan bien empezado referente á dicha pacificación: confiando

en la misericordia de nuestro Señor Dios que permitirá que por vuestra mediación y la de los demás elegidos tengamos nuevo rey y querrá también que disfrutemos una paz completa. No nos negueis este favor, reverendo Maestro, pues él será muy agradable á nuestro Señor Dios, al que serviréis, y á esta ciudad y reino, á los que hareis el mayor bien que puedan apetecer. Y si dejarais sin terminar tan bendita obra, el Hijo de la Virgen os pediría cuenta en el último día. Os rogamos para nuestro consuelo, que tengais á bien darnos una respuesta favorable á lo que os pedimos, la cual consideraremos como una gracia especial de vuestra benigna religiosidad, la que puede comunicarnos todo lo que tengais á bien. Que la Santa Trinidad os tenga en su bendita gracia. Escrita en Valencia á XXX de Junio del año M.CCCCXII.

Los Jurados de la Ciudad de Valencia, dispuestos á todo lo que os plazca y honre» (1).

El mismo día escribieron á Benedicto XIII, rogándole que apresurase la venida del Santo.

«A nuestro Santo Padre en Dios y señor, el Soberano Pontífice. Santísimo Padre.

Por cartas anteriores hemos informado á Vuestra Santidad de nuestros ardientes deseos de ver reinar en esta ciudad la paz y la tranquilidad, y Vuestra Santidad ha tenido á bien contestarnos con palabras benévolas, diciéndonos que nos dirijamos con toda confianza á Vuestra Santidad para todo lo que pueda redundar en bien y provecho de nuestra ciudad. Dando gracias á Vuestra Santidad por tan generoso ofrecimiento, imploramos humildemente su auxilio. Fr. Vicente Ferrer, que, como sabeis, está enteramente consagrado al servicio de Nuestro Señor, logró hace algún tiempo terminar las disensiones que asolaban este reino, pero no ha podido aún restablecerse por completo la deseada paz, y deseando de todas veras que terminen de una vez estas discordias, le hemos escrito pidiéndole que vuelva, en la seguridad de que con sus maravillosas predicaciones y su prudencia desaparecerán las rivalidades y reinará de nuevo la paz.

Suplicamos, pues, humildemente á Vuestra Santidad que se digne, por amor de Dios, exhortar al maestro Vicente, y en caso necesario le obligue por cartas apostólicas, á que venga á terminar su obra una vez quede libre por la elección del nuevo rey. Él sabe el afán con

(1) Traducida de la que en lemosía inserta en sus notas el P. Teixidor. (N. del T.)

que esta ciudad desea su venida: que venga, pues, sin demora, á fin de que, por su mediación, podamos gozar en paz de nuestro nuevo rey. Consideraremos tal favor por parte de Vuestra Santidad como el mayor beneficio que nos pueda hacer, al que le quedaremos eternamente reconocidos.

Dignese Dios guardar largo tiempo Vuestra Augusta persona para honra y buen gobierno de su Iglesia.

Los suplicantes, muy humildes y muy afectos á Vuestra Santidad.
Valencia 25 Junio 1412.»

Los buenos jurados pecaron un poco de inocentes al escribir en estos términos á Benedicto XIII en lugar de llamar directamente á Vicente Ferrer.

Este, según todas las apariencias, salió de Lérida en los primeros días de Noviembre y emprendió de nuevo su interrumpida predicación á lo largo del golfo de Leon. El 26 de Noviembre llegó á Murviedro (Sagunto) y al saberlo los jurados de Valencia le escribieron preguntándole el número de los que le acompañaban, acordando en el mismo día que se colocaran estrados y bancos en el huerto de los Padres Predicadores, en donde había de predicar, encargando á cuarenta ciudadanos celosos el cuidado de los que acompañaban al Santo.

El 3 de Enero siguiente acuerda el Consejo «que se ponga en ejecución lo que en honor de Dios se había ordenado respecto á la comitiva del maestro Vicente, esto es, que se le dé todo lo que necesite de ropas y calzado» (1).

Vicente Ferrer entró en Valencia el 29 de Noviembre, y «se le recibió como á un rey», dice Diago, alojándose en su propia celda. Detalle curioso: el duque de Gandía, uno de los pretendientes de Caspe, se había reservado un aposento en el convento de los Dominicos y para más honrarle se le destinó la celda de Vicente Ferrer,

(1) Los acuerdos del Consejo que inserta el P. Teixidor en sus notas inéditas dicen así: El primero del 14 de Diciembre de 1412: «Volch, ordena é provehi lo present Consell, que totes les despeses fetes en fer los cadafals é banchs al Hort de Predicadors per lo Sermó del Mestre Vicent Ferrer, é fusta comprada á obrar aquells, é altres missions, hoc encara tota la provisió é messió de governar quaranta homens, é altres que la Ciutat ha provehit é provehirá mentres hi sia Mestre Vicent, é totes altres missions fetes é faedores per aquell á sa persona, é á aquell tocants, é sa Companya, sien pagades per lo Clavari de les pecunies comunes de la dita Ciutat.»

El segundo, del 3 de Enero de 1413, dice: «Item, volch lo dit present Consell que així com per aquell sonch provehit per reverencia de Deu, que fossen vestits é calçats aquells de la Companya del Reverent Mestre Vicent Ferrer, quen anvien menester segons dit daquell; é allí no parlá de Savenes de Dones, é de Camises, ne daltres coses necessaries á cubrir lurs carns; per so que fos entés tot lo que fos á obs á cubrir aquelles.» (N. del T.)

pero se le pidió que la desocupara «porque ninguna otra habitación podía ser más grata al Santo» (1).

El malestar de la ciudad había ido en aumento, pero en cuanto llegó éste se cerraron espontáneamente los establecimientos consagrados al vicio, bastando algunas palabras dichas por el Santo en un sermón de 1.º de Enero de 1413 para que el Consejo, en el primero de los veintidos artículos que comprendía la pragmática publicada dos días después, prohibiese bajo severas penas el juego de dados y las blasfemias.

Él correspondió á la confianza de sus paisanos poniendo orden en su hacienda á la par que en sus conciencias. Consumianse las rentas públicas en prodigalidades sin tasa, multiplicábanse los compromisos y se empeñaban anticipadamente los recursos, y para poner coto á este desorden instituyó una junta que se llamó del *Quitamiento*, compuesta primero de doce y luego de catorce personas, cuatro nobles y diez ciudadanos, los cuales estaban encargados de fiscalizar todo gasto que excediera de cincuenta escudos, con cuya medida se restableció pronto el equilibrio entre los gastos y los ingresos.

Después de pasar dos meses en su querida Valencia, salió el apóstol á recorrer los pueblos comarcanos, acerca de cuya misión ha reunido el diligente Teixidor varios documentos de interés.

Entre los resultados que ésta produjo es digna de referirse la conversión del moro Azmet Hannaxe, alfaquí, muy considerado, el cual, al ser bautizado, quiso tomar el nombre de *Vicente Ferrer*; canonización anticipada (2).

«Uno de los grandes frutos que logró San Vicente en esta Quaresma que predicó en Valencia año 1413, fué la conversión de Azmet Hannaxe Moro i Alfaquí peritissimo i grandemente estimado de los Moros, como tambien la de su muger y de sus hijos. Quedó

(1) No fué entonces cuando se pidió al duque de Gandía que cediese la celda del Santo, si no poco antes de entrar éste de nuevo en Valencia, lo que tuvo lugar el 4 de Marzo de 1413, como más adelante dice el autor, y como lo prueba la carta que á dicho duque dirigieron los Jurados en 17 de Febrero, que inserta Teixidor en sus notas y dice así:

«Al molt egregi é poderós Senyor lo Duch de Gandia.

Senyor molt poderós. Lo Reverent é honorable Mestre Vicent Ferrer á grans prechs, sollicituts é requestes á ell fetes per part nostra é daquesta Ciutat ab la jutori divinal hi an tornar á predicar en lo sant temps de Quaresma prop vinent. Per ta, Senyor, pregam Vostra Senyoria li placia permetre á leixar la Cambra daquest Monestir de Predicadors aposada a alleisiament de la Persona del dit Reverent Mestre: é serà cosa plaent á Deu, é á nosaltres, é á aquesta Ciutat molt agradable Prests á servici é honor de V. S. la qual conserve lo Spirit Sant en prosperitat longament. Scrita en Valencia á XVII de Fevrer any mccccxiii.» (N. del T.)

(2) Tomo del P. Teixidor lo referente á esta conversión. (N. del T.)

tan reconocido al beneficio de Dios mediante la predicacion del Santo, que en el bautismo quiso tomar el nombre y apellido del Santo, llamandose Vicente Ferrer. Salió tan fervoroso christiano, i operario tan zeloso, que se ofreció predicar la fé católica, no solo á los moros de todo el reyno, si no que tambien á los mismos christianos; pero aviendose de valer para estos de interprete por no entender bien la lengua lemosina, se aplicó con tenacidad á aprenderla. Para poderlo executar sin contradiccion solicitó que los jurados le alcançassen facultad i licencia del Papa Benedicto XIII, como en efecto se lo suplicaron, escribiendo juntamente al célebre Francisco de Aranda Donado Cartujo en Portacoeli, rogandole se empeñase con el dho Papa para que concediera facultad de entender en la predicacion al mencionado Vicente Ferrer nuevamente convertido. Movido del ardiente zelo de este Neófito el Abad del Real Monasterio de Valldigna, i tal vez por que seria su vasallo, i considerando, que por su conversión á nuestra fé, avia perdido todas las rentas i emolumentos que gozava siendo Alfaquí de los Moros, ofreció darle en cada un año mil sueldos i otras cosas para su sustento, de su muger i de sus hijos. Estimó mucho este caritativo socorro del Abad San Vicente i antes de partirse de Valencia encargó á los Jurados escribiesen de su parte las gracias al Abad, i rogassen quisiera continuar la annual limosna á su nuevo hijo espiritual Vicente Ferrer. Cumplieronlo los Jurados escribiendo al Abad carta que remitieron por manos de micer Guillen Estradér, la qual carta hallé en el archivo mayor de la Ciudad tom. II de cartas missivas, de que saqué el siguiente traslado.

Al molt reverent Pare en Christ Mosen lo Abad de Valdigna.

Molt reverent Mosen. Per que vos mogut de viscenal caritat é dilecció, é mostrand vostra gran liberalitat, hatjats promés donar mil solidos de renda, ó annuals, é altres coses an Vicent Ferrer, çañerrere Moro Alfaquí, lo qual mijançant vostre bon geni, é tirat per les Santes é cathóliques dotrines é predicacions del reverent Mestre Vicent Ferrer, ab sa muller é fills, obranthi la gracia del Spirit Sant, ha prés lo Sant Baptisme, é la santa fé cathólica. E com lo dit Vicent no pusca passar la vida present sens consecució del efecte de la gracia vostra, ço es, dels dits Mil solidos de renda; per çons pregam molt afectuosament, que avents per recomanats en lo sin (seno) de vostra misericordia é caritat lo dit Vicent, muller é fills, los vullats complir per obra la dita liberal donació, ett.^a Scrita en Valencia á XXVII de Abril m. ccccXIII.

De esta carta tuvieron los Jurados muy favorable respuesta del Abad de Valdigna, i para participarsela al Santo, le embiaron al mismo micer Guillen-Estradér, segun manifiesta la siguiente carta que hallé en el mismo citado tomo II de cartas missivas. (Inserta dicha carta en latin).

El assumpto de la carta que escribieron tambien los Jurados al Papa Benedicto, es referirle la conversion del susodicho Azmet suplicandole le concediera facultad para predicar la ley christiana, i rogarle confirmara con su apostólica autoridad la Promesa de los mil sueldos annuos que avia ofrecido darle el Abad de Valdigna. Está la carta en el tomo 12 de cartas missivas de la Ciudad, de que saqué el traslado sig.^{te} (Inserta dicha carta en latin).

Pongo finalmente el exordio de la carta que con la misma fecha que la del Papa escribieron los Jurados al R.^o Francisco de Aranda, que se halla en el mismo tom. 12 de cartas missivas, i dice assí:

Al molt honorable é molt Savi Mosen Francesch Daranda Donát de Portacoeli.

Mosen molt honorable: Nosaltres secrivim á nostre Senyor lo Papa en favor de hu apelat Vicent Ferrer, qui tirat per les santes preicacions del reverent sembrador de la doctrina evangelical de nostre Senyor Jesu Christ, poc temps ha passat, visitat per lo Sant Espirit, se convertí de la damnada Secta de Mahomad, en la qual per natura era criat, á la santa fé católica pres lo sant baptisme: en lo qual en tant ha volgut la gracia divina obrar, é infundir raigs de claritat, ques fet molt bon é devot Christiá; é així religat é instruit en los articles de la fé que es en dir cosa miraculosa atés que així es de recent fet christiá; é no es de maravillar pus lespirit Sant hi ha volgut inspirar. E com aquest dit Neofit haja fervent é visceral amor é voler en prehicar la doctrina christiana entre los Moros specialment daquest regne, creent que per les sues prehicacions, induccions, é persuasions convertirá á la fé santa molts Moros encegats en la dita Secta, si á asó haja obs, licencia é autoritat de nostre Senyor lo Papa, ett.^a» Prosigue la carta, rogandole escriba al Papa para que conceda libre facultad de predicar al dicho Neófito.

Pero pronto reclamó á Vicente Ferrer su patria, poco tranquila todavia después de tan violentas borrascas, recurriendo á todos los pretextos para lograr su regreso, y el 11 de Febrero le dirigen la carta siguiente:

«Al reverendo y gran religioso Fr. Vicente Ferrer eminente profesor en sagrada ciencia.

Reverendo maestro.

Acabamos de recibir cartas de nuestros representantes en la corte del Rey, que actualmente se halla en Barcelona, en las que nos avisan que Su Majestad debe venir á pasar aquí todo este mes. Os rogamos por lo tanto afectuosamente que no os alejeis demasiado para poder volver sin fatiga así que se halle el rey en esta.

Que Dios os conserve en su santa gracia!

Los Jurados de Valencia siempre dispuestos á servirlos.»

El Santo respondió por escrito, y aseguró también de palabra al ciudadano Jayme de Orriols, que ciertamente volvería á Valencia. En consecuencia de esto le escribieron las gracias, rogándole juntamente viniese el día de Carnestolendas para predicarles la Quaresma.

«En esta vereda que hizo el Santo no solo predicó por los lugares de la contribucion de Valencia, si no que se alargó hasta los de la Ribera, i es cierto que el día 15 de Febrero 1413 se hallava el Santo en Alcira, como consta de la carta que le escribieron los Jurados, rogándole predicase en dicha Villa contra algunos iniquos Monopolistas que agavillaban todo género de granos, de que se seguia una irreparable carestia» (1).

Volvió á Valencia el 4 de Marzo, sábado antes de la Quincuagésima y también esta vez se le hizo una recepción regia, saliendo á su encuentro los nobles con sus mejores galas, el clero, las cofradías y los gremios, formando el pueblo calle. Vicente Ferrer iba bajo un soberbio palio, montado en su humilde cabalgadura, y en su interior daba gracias á Dios y le rogaba aclarase el porvenir que él veía sombrío. «Cuando el maestro Vicente, dice el proceso de canonización, volvió á Valencia, su patria, después de convertir muchos judíos é infieles, salió á recibirle toda la ciudad procesionalmente con cruces y banderas, espectáculo tanto más asombroso, cuanto que Cristo dice en su Evangelio: «Nadie es profeta en su patria.»

De este modo quedaba su patria obligada á seguir el buen camino, porque es difícil borrar de su historia tales demostraciones.

Entre los que le acompañaban en esta entrada triunfal figuraban Francisco Ximenez, antiguo obispo de Elna, quien en tal concepto había recibido á Benedicto XIII cuando éste desembarcó en Collioure en 1408. Vicente Ferrer y él se habían conocido en Perpiñán y desde entonces les unia una estrecha amistad. Canonista distinguido, había renunciado al episcopado para vivir en Valencia consagrado al

(1) Teixidor. (N. del T.)

estudio y había escrito en latín y en catalán obras muy apreciadas. Yendo al lado del apóstol le preguntó en voz baja y en el dialecto catalán: «*Frare Vicent, qué fá la busfa?* Fray Vicente, qué hace la vanidad?»—«Va y viene, contestó aquel, y da vueltas, pero por la gracia de Dios no se detiene.»

También en esta ocasión se mostró la ciudad, no sólo generosa, si no muy solícita para atender como una madre á él y á los que le acompañaban, como lo prueba esta nota sacada de una Memoria de aquel tiempo.

«En dicho año 1413 volvió á Valencia el maestro Vicente el sábado 4 de Marzo, marchándose el miércoles de Pascua, seguido de una gran multitud formada en su mayor parte de personas notables y de carrera. El Consejo dispuso que todos los gastos hechos por el maestro Vicente, el cual había venido á predicar la Cuaresma en Valencia á ruegos de los Jurados, y por su comitiva, fueran pagados por la ciudad y asimismo que fueran asistidos á expensas de ésta los individuos de dicha comitiva que cayeran enfermos» (1).

Durante esta misión predicó en la plaza de la Leña, cerca de la Catedral.

Atento á las más urgentes necesidades de su querida patria, que pronto iba á abandonar para siempre, pidió de nuevo con insistencia que los Judíos convertidos fueran separados de los demás, y como se trataba de los Judíos que se convirtieron en 1391 cuando el motin de San Cristóbal, esto prueba que habían perseverado en su nueva fé. El Consejo así lo acordó en 13 de Abril de 1413, encargando al baile general, Juan Mercader, la ejecución de una medida tan justa, tomada «á instancias del maestro Vicente Ferrer, predicador de verdad» (2).

En sus últimos sermones recurrió á todas las dulzuras de su voz y á todas las inspiraciones de su corazón para pedir á las autoridades que persiguiesen los vicios públicos y que apelaran á todos los medios á su alcance para que no retoñaran jamás las apagadas discordias. Luego obró un milagro de aquellos de efecto, por decirlo así, de esos que no se borran jamás de la memoria.

Asistian con asiduidad á sus sermones Margarita de Prades, viuda del rey Martín y su hermana D.^a Juana, esta con un espléndido traje y llevando como tocado una verdadera torre cubierta de diamantes.

(1) P. Teixidor. La fecha del acuerdo del Consejo es la del 6 de Marzo. (N. del T.)

(2) P. Teixidor. (N. del T.)

Una piedra que cayó no se sabe de dónde, vino á dar en la cabeza de la joven princesa y al ver que la gente se agolpaba á su rededor: «No hay cuidado, dijo el Santo, ha sido una prueba para ver si la torre resistía á las piedras».

Otro día acudió algo retrasada una mujer de condición y mientras buscaba sitio conveniente le gritó el Santo: «Volveos pronto á casa, que os ha ocurrido una gran desgracia». Obedeció la mujer y al entrar en ella vió que una criada estaba ahogando á un niño que acababa de dar á luz y que apenas pudo recibir el bautismo.

Otro día, pasando el Santo por cierta calle, oyó jurar y blasfemar de una manera terrible y vió salir de una casa á un hombre furioso, por lo que se decidió á entrar en ella encontrando á una mujer llorando á su vez. Interrogada, contestó que «todos los días su marido la molía á golpes, siendo su vida un infierno peor que el de los diablos».—«Vaya, vaya, dijo el Santo, no nombréis á esos malditos; demasiadas veces vienen sin llamarles: tened paciencia, y ofreced á Dios vuestros trabajos en vez de jurar de esa manera, con lo cual no haceis más que excitar la cólera de vuestro marido. ¿Pero cuál es la causa de estas riñas?—Dice que soy fea.—¿Y por tan-fútil motivo se puede ofender de ese modo al buen Dios?»—Y diciendo esto la transformó en la mujer más hermosa de Valencia.

El P. Cristóbal de Fonseca, de la Orden de San Agustín, refiere que en Lisboa había una mujer tan fea y al mismo tiempo contrahecha, que era la burla de todos; pero siendo muy devota de San Vicente, alcanzó de este la hiciera hermosa hasta el punto de excitar la envidia de todas las señoras de la ciudad. «Con este milagro, añade el narrador, se atrajo San Vicente Ferrer á tal punto la devoción universal, que su capilla era tan frecuentada, como pudiera estarlo en Valencia la que le había dedicado su convento».

El hecho ha pasado á ser del dominio público, hasta el punto que cuando se ve una mujer fea se dice: «*Esta ha menester de San Vicente*», y en el techo del refectorio del colegio de Niños de San Vicente se halla representado este milagro, que ha dado motivo á uno de los dramas mas divertidos de su repertorio.

Hasta en el norte de Francia se encuentra una leyenda análoga.

Un día fué una mujer á quejarse á San Vicente de los malos tratos de su marido y preguntarle de que medio se valdría para que reinara la paz en el matrimonio.—«Id á nuestro convento y decid al hermano portero que os dé agua del pozo que hay en medio del claustro. Cuando vuestro marido entre en casa, tomad un sorbo de

esta agua y tenedla en la boca todo el tiempo que podais; vereis una cosa maravillosa.» Asi lo hizo; el marido empieza por exhalar su mal humor, pero al ver que no le responden acaba por callar, y como en el fondo era un buen hombre, alabó la paciencia de su mujer y dió gracias á Dios por haber cambiado su corazon y cerrado su boca. Admirada ella á la vez del cambio operado en su marido, volvió á ver al Santo para darle gracias por su remedio. «El remedio que os he dado, hija mia, no es el agua del pozo, si no el silencio, pues asi como antes irritabas á tu marido con tus réplicas, le has apaciguado callando.»

También este hecho ha pasado á la categoria de proverbio: «Bebed el agua de San Vicente.»

Victoria, pariente y biógrafo de nuestro Santo, refiere que un palermitano que habia asesinado á su cuñado, dejó su patria huyendo de la justicia y se dedicó á comerciar en las costas de España. Un dia le encontró Vicente Ferrer y le dijo bruscamente: «Hijo mio, tú crees que evitarás la pena que mereces; pero en el momento que menos lo esperes sonará la hora del castigo.»—Algunos años despues una tempestad le obligó á abordar á Palermo, y habiéndole reconocido, confesó su crimen á la vez que la profecia de San Vicente, al cual se encomendó al morir.

Pero el diablo queria también tener su parte é intentó algunas diversiones. Un dia que toda Valencia, encantada, estaba pendiente de los labios de su hijo, se presentó una nube de cuervos que se puso á revolotear graznando por encima del auditorio, bastando una señal de la Cruz para que desaparecieran.

En otra ocasión se prendió fuego súbitamente á un cobertizo y parecia que las llamas, impelidas con fuerza por el viento, iban á devorar todo el barrio. «No temáis, dijo el Santo, es un fuego de broma.» Y las llamas se apagaron al instante.

Y otros milagros más que copio de Vidal y Micó con la brevedad que él mismo los espone. «Dos mujeres, de las cuales una padecía un flujo de sangre y la otra habia perdido un oido, se aproximaron á él y con solo signarlas las curó. Hizo hablar á un mudo que en cuarenta años no habia pronunciado una palabra con solo tocarle los labios. Por último, un sordo recobró el oido y un ciego la vista.» Verdaderamente no se hace caso de hechos tan sencillos; se les menciona por escrúpulo de conciencia, pero se comprende el fastidio que se apoderaría de los encargados oficialmente de registrarlos.

Por fin tuvo que despedirse, y al hacerlo en el convento, ante su celda, testigo de las maravillas divinas, de las cuales solo eran un reflejo los prodigios exteriores, les dijo bendiciéndoles: «Consolaos, porque siempre habrá santos entre vosotros». Y esta profecía se ha realizado gracias á tan nobles ejemplos.

Vidal cita el testimonio de los PP. Juan Rho y Tobias Lohner, Sacerdotes Jesuitas, según el cual «los santos religiosos de nuestro convento eran una defensa suficiente para la ciudad, y los cien altares de nuestra iglesia hacian más fuerte á Valencia que á Tebas sus cien puertas».

Muchas páginas de ese escritor (503-521) están dedicadas á ese ilustre martirologio.

Una frase de Diago, al referir la marcha del Santo, ha producido tal indignación que conviene citarla textualmente: «Después de reconciliados, dice, los Soler y los Centelles, quiso el Santo completar su obra, pero tuvo que desistir ante la mala disposición de los ánimos, por lo que llamando á su compañero Jofre de Blanes, se decidió á partir. Al salir por la puerta del Real, se volvió el Apóstol hacia la ciudad y dijo: *Patria ingrata, no tendrás mi cuerpo* (1) Y en efecto, á pesar de todas las gestiones practicadas, Valencia jamás ha podido adquirir el cuerpo de su hijo.

Fácil es comprender que dicho escritor ha querido principalmente poner de relieve la predicación de Vicente Ferrer, adornada con un recuerdo clásico, respecto á sus restos mortales que efectivamente reposan en Vannes, siendo esto para Valencia una pena siempre renovada. Por lo demás, el fondo del pensamiento no es inverosímil, pues no podía dejar de ser dolorosa la última mirada dirigida á su patria; era la angustia de la despedida; era sobre todo la amarga impotencia frente á un sér querido que se sabe ha de sufrir todavía. Sin embargo, Valencia no fué ingrata y de ello tendremos una prueba cuando nos ocupemos del culto que allí se le tributa, y á pesar de todas las revoluciones ha permanecido, á corta diferencia, como la quería Vicente Ferrer.

Acompañado de las bendiciones de todos y seguido de su comi-

(1) Sobre este particular, dice Vidal y Micó: «No sé de dónde se pudo sacar este autor (Diago) semejante noticia que ni el Proceso del Santo, ni historiador alguno de su vida anterior al maestro Diago la trae: y así llegamos á presumir que el dicho maestro en esta parte se dejó llevar de alguna voz vaga, sin autor ni fundamento alguno, como otras que aun corren apócrifas, las cuales iremos resecaando en esta historia». Y se extiende en ponderar el gran afecto, respeto y hasta veneración que Valencia había profesado siempre á su excelso hijo. (N. del T.)

tiva ordinaria, salió en una hermosa tarde de Abril por la puerta del Real, tomando el camino de Barcelona.

Antes de dejar á Valencia con nuestro Héroe y para no interrumpir su nuevo viaje, hablaremos de un hecho extraordinario ocurrido el 13 de Agosto de este mismo año 1413, en el cual tomó parte. He aquí la relación del mismo conservada en la parroquia de *Santa Maria del Grao*, puerto de Valencia.

«Miercoles quince de Agosto del año mil é cuatrocientos é trece, siendo heredero de S. Pedro Benedicto XIII, é obispo de Valencia D. Lucas de Lupia é Vages, é no teniendo Rey en Aragon por la muerte del Señor Rey en Martin, é gobernador de Valencia D. Arnaldo Guillen de Velleda, é gobernando la parroquia de Santa Maria del Mar lo licenciado Pedro Estopiñá, é en el gobierno de la villa Pedro Vanco, é son Asesor Alfonso Riera, é en el gobierno de la villa Juan Sastre, Guillen Sistar, é Ambrosio Ramon, é Duardo Estopiñá.

A cosa de las nueve del dia, é hizo señal la guardia, é de un navio é de alto bordo é á las dos de la tarde entró en el canal del rio Turia; é los habitantes de esta villa corrieron, é hallaron un portento de la naturaleza, é que la nave volvió en una imagen de Cristo Crucificado, é en una escalera de treinta y tres escalones. E visto el milagro corriendo al vicario, é luego fué, é pusieron la santa imagen en la parroquia, é al otro dia jueves diez y seis de Agosto al romper el alba se halló la villa sitiada de la gente de Ruzafa, pidiendo la santa imagen. Los vecinos se pusieron en arma, é los impidieron la entrada, é se tomó consejo fuesen por el Señor Obispo, é que todos estarian á su órden. E cuando fueron á la cruz del sisado toparon al Señor Obispo, é les dijo, que iba á ponerles en paz; é que una imagen de Cristo Crucificado con una escala se le habia parecido en la noche, é le habia hecho levantar, é que fuese á la Villa nueva de Santa Maria, é á donde descansaba, é que les pusiera en paz con los de Ruzafa, é todos juntos se volvieron á la villa. E antes de llegar les consiguió lo Señor Gobernador con toda su guardia, é contó al Señor Obispo, que habia tenido la misma vision, é fueron derechos á la misma parroquia, é dijeron que era la misma que habian visto en la noche.

De los de Ruzafa pusieron su pleito, é viendo no le tenian bueno tomaron las armas, é se perdieran sino por estos señores, que se determinó tomasen una galupa con nueve bergantes, é que fuesen dos hombres de la villa, é dos de Ruzafa, é fueron Miguel Baldra-

guer, é Bruno Roca; é de la villa Pedro Banco, Eduardo Estopiñá, é tambien lo Señor Gobernador; é tomaran la santa imágen; é que la echasen como una legua al mar enfrente lo Turia, é si la imágen aportase á la parte de la villa se la llevase, é si aportase á la parte de Ruzafa se la llevase, é lo Turia fuese lo medio, é se hizo así. E antes de partirse mandó el Gobernador, que los de Ruzafa pasasen lo Turia, é mandó venir los ducientos ballesteros de la ciudad de Valencia, para castigar los promovedores.

E hecho todo lo dicho se echaron al mar, é se fueron como tres millas adentro, é echaron la santa imágen al mar, é sucedieron tantos milagros, que no se pueden contar; é así como tocó el agua se formó una nave de alto bordo, de lo que quedaron espantados los de la galupa, é los de tierra: é por mucho que caminó la galupa llegó la nao primero á tierra, é sobre haberla dejado mas de tres millas dentro lo mar, se volvió á entrar dentro la canal del Turia, é se subió por el Turia como ducientos pasos á la parte de la villa; é si no fuera por el Señor Obispo é los ducientos ballesteros, se hubiera muerto mucha gente de una parte é de otra. Ildefonso Aleixandre de Ruzafa tiró una saeta á los de la villa é la saeta se volvió á él, é le hirió en la cara y como los de Ruzafa vieron esto, se fueron é la dejaron.

E lo Señor Obispo, é Filipo de Corbera, é Ramon de Forsellas, Dignidades de la santa iglesia de Valencia, tomaron la santa imágen, é la depositaron en la parroquia de Santa Maria del Mar, é fué tanta la gente que acudió, é gastaron dos horas para llegar á la parroquia, é siendo el camino tan corto.

Al otro dia hubo gran fiesta, é acudió mucha gente, é lo Señor Obispo dijo la misa, é á la tarde predicó por no caber la gente en la parroquia entre lo Turia y la villa lo Maestro Fr. Vicente Ferrer, é la órden de Predicadores de Valencia, é Varon muy Apostólico, é dicen que es Santo. E dijo é afirmó, que en la ciudad de Lérida hay un judio rabi, se dice Moisés Abenabes, que tenia en su poder aquesta santa imágen, é que todos los viernes se ajuntaban en su casa muchos judios é hacian justicia en la santa imágen, lo mismo que sus pasados hicieron en el original el dia de la Pasion de Jesucristo. E como ahora los llevan tan apretados, que este año pasado el Santo Papa Benedicto mandó se ajuntasen en Tortosa, é todos los doctos rabinos estaban en las aljamas de los judios; é este Moisés Abenabes tambien se halló como rabi, que le apretaron mucho, é ahora visto, que de cualquier modo están perdidos, de noche echó en el rio la

santa imágen, porque no la topasen en su poder; é volviendo á la ciudad, se le apareció el diablo en figura de un su amigo, é le dió á entender que se sabia en la ciudad, é que mas valia quitarse la vida, é que no los cristianos se la quitaran, lo que seria grande afrenta para su religion. Y de un árbol se ahorcó como otro Judas, é ahora mesmo está ahorcado en el mismo árbol. El diablo se llevó su alma, é la santa imagen como hijo castigado, é desamparado, ha venido en busca de su madre, que es la Villa nueva de Santa Maria, pues sabe tratan bien á su madre, sabe le tratarán bien á él; é todo lo dicho lo predicó el Maestro Ferrer, é lo Señor Obispo despachó á su costa á la ciudad de Lérida, é Tortosa, é trajeron relacion auténtica de haber sido verdad todo lo que dijo el Maestro Ferrer, é dijeron haber visto el judio ahorcado en término de Lérida, ett.^a» (1).

Todavía se celebra anualmente en el Grao una procesión en la que sacan con gran solemnidad el Cristo y la escalera, la que he tenido el gusto de presenciar, y á la que concurre multitud de gente con grandes muestras de devoción.

El *Cristo del Grao* nos recuerda al Cristo de San Salvador (una de las parroquias de Valencia á la que ha dado su nombre), el cual vino también por el mar en 1250 y remontó el Turia contra la corriente. La autoridad eclesiástica aprobó su culto, y Vicente Ferrer, que le tenia gran devoción, organizó procesiones en su honor y compuso la antifona que se cantaba con tal ocasión: «*non sumus digni á te exaudiri, nostris demeritis meremur. puniri: Jesu Rex gloriae, da nobis, salutem et pacem, et pluviam congruentem.*—No somos dignos de que nos atendáis, más bien merecerian nuestras faltas un castigo; sin embargo, dignaos, oh Jesús, rey de gloria, concedernos la salud y la paz, y una lluvia oportuna para los frutos de la tierra.»



(1) He tomado esta relación de las notas inéditas del P. Teixidor por ser algo más detallada que la que inserta el autor. (N. del T.)



CAPÍTULO IV

DE VALENCIA A TORTOSA

Cartas reales.—Contratiempo.—El diablo encarcelado.—Historia del joven Lombardo.—Vicente Ferrer con alas doradas.—Mantiales que no se agotan.

(1413)

SABIENDO cuan necesaria era su presencia en Valencia, escribió el rey á Vicente Ferrer desde Barcelona el 15 de Febrero, pidiendo que le enviara uno de sus compañeros para que predicara la Cuaresma en esta ciudad, y en consecuencia fué enviado con este objeto José de Blanes.

Con fecha 12 de Abril le escribió de nuevo el rey la siguiente carta:

«Maestro Vicente: Por ciertas causas muy urgentes y necesarias, concernientes al buen estado de la cosa pública de todo este Principado de Cataluña, nos ha convenido prorogar nuestra partida de aquí hasta la fiesta de la Pascua primer viniente, pasada la cual entendemos infaliblemente, queriéndolo Dios, partir de aquí, haciendo el camino de ese reino de Valencia; y pasando por Tortosa hemos ordenado detenernos por algunos breves dias con nuestro Santo Padre, y estrecharnos con Su Santidad sobre algunos quehaceres muy árdulos tocantes á la union de la santa universal Iglesia de Dios: en lo cual asi como á Rey y Príncipe Católico entendemos trabajar con todas nuestras fuerzas y con grande atención y vigilancia. Y como en estos negocios concernientes soberanamente al divino servicio, sea muy necesaria vuestra presencia, os rogamos asi de corazon como podemos, que por ninguna cosa partais de esa

ciudad para ir á otras partes: antes os dispongais y apresteis para partir, para hacer el camino del dicho Santo Padre, toda hora que sabreis nuestra partida de aquí; de manera que esteis con el dicho Santo Padre en el tiempo que nosotros estaremos. Y en esto por nada haya falta si jamás entendeis complacernos en algo, como no deseemos cosa alguna en este mundo después de la salvacion de nuestra alma, si no que en nuestros dias alcanzásemos la union de la Santa Madre Iglesia. Certificándoos, que si de la dicha vuestra venida os escusábades en alguna manera, lo que no podemos creer, allende del gran desplacer que nos hariades, terniades gran cargo de conciencia para con nuestro Señor Dios. Dada en Barcelona, bajo de nuestro sello secreto, á doce de Abril del año mil cuatrocientos y trece.—Rex Ferdinandus» (1).

Finalmente, con fecha 29 de Junio de 1413 le escribió de nuevo el rey en los siguientes términos:

«Venerable Maestro: Aunque es verdad que esta ciudad, asi como todas las otras, y la gente y lugares del Principado de Cataluña han visto nuestra justicia, que procede de la divina gracia, la cual confirma en devocion singular la silla de los Reyes; pero como creamos aun ser necesarios vuestros santos sermones y loables amonestaciones, os rogamos tan de corazon como podemos, que, tan presto como podreis, vengais á esta ciudad para continuar vuestros santos sermones y al servicio y gloria del nombre de Dios arrancar del pueblo de ella todos vicios y zizaña, informandolos de bien en mejor. Dada en Barcelona, bajo de nuestro sello secreto, á veintinueve dias de Junio del año de mil y cuatrocientos y trece.—Rex Ferdinandus» (2).

Todos estos proyectos se vieron defraudados por las continuas intrigas del Conde de Urgel, que no dejaron al rey en libertad hasta después de la toma de Balaguer. Vicente Ferrer se encaminó á Barcelona con lentitud, según tenia por costumbre, llegando precisamente cuando el rey acababa de recibir la noticia de que el de Urgel salia á campaña auxiliado por el duque de Clarence, lo que le obligó á reunir inmediatamente sus tropas, suspendiéndose las conferencias de Tortosa hasta el año siguiente.

Tres meses empleó el Santo en su viaje á Barcelona (Abril-Julio), señalándose de nuevo su presencia en el *Maestrazgo* en esta

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

(2) Vidal y Micó. (N. del T.)

época, en donde se prolongaban de tal modo las disensiones, degeneradas en lucha abierta, que no parecía si no que fuera fatalmente necesaria su existencia.

Al emprender nuevamente la ruta de Barcelona se detuvo principalmente en dos puntos, San Mateo y Traiguera, poblaciones hoy sin importancia, pero que en otro tiempo representaron un gran papel. No hay más que recordar que en la primera de ellas se celebraron muchas veces Cortes ó Parlamentos regionales, y que «en julio del año 1414 estuvo en esta villa el papa Benedicto XIII con todos sus cardenales y servidumbre.» (Mundina).

San Mateo, escondido entre los olivares, presenta de lejos el aspecto de una gran casa amarilla cerrada. Las aldeas de España se agrupan alrededor de la iglesia como una pollada despavorida.

Allí encontró Vicente Ferrer á un viejo ermitaño, instalado en el país hacia poco tiempo, el cual decía á las gentes: «No oigais á ese hombre; su doctrina es errónea; sus milagros son obra de Belcebú; yo he sido enviado por el Todopoderoso para advertiros. Anuncia como próximo el juicio final, y yo sé de buena tinta que no es verdad; podeis estar tranquilos mucho tiempo todavía...»

Tal efecto causó la palabra del Apóstol, que indignadas las gentes corrieron en tropel á la ermita y se apoderaron del ermitaño, al que metieron en la cárcel; pero cuando al día siguiente entraron los carceleros, hallaron la cárcel vacía; el preso se había evadido, sin que se supiera cómo, ni por dónde, y al referir el hecho al Maestro Vicente, este se contentó con sonreír.

Entrando en la cárcel de San Mateo, se ven á la derecha dos calabozos en los que, como es propio de estos lugares, hay una gruesa argolla de hierro: uno de estos calabozos se llama todavía *el calabozo del diablo*. También en Tarragona había hecho encarcelar el arzobispo á uno de estos falsos ermitaños, que desapareció de la misma manera; no dejando en pos de si mas que las cadenas.

Habia en San Mateo un convento de la Orden Dominica, en el cual celebró Vicente Ferrer el Capitulo en virtud de sus poderes de legado, conservándose este piadoso recuerdo de generación en generación hasta 1835. Predicaba al pueblo en la plaza, delante de la iglesia principal, la cual se conserva tal como él la vió hace quinientos años.

Lo mismo que en Nules, los jóvenes de San Mateo están inscritos en una cofradia en honor del Santo, costeando todos los gastos de su fiesta.

Traiguera.—Aquí ocurrió la aventura del joven Lombardo, á la sombra de las higueras que pueblan la campiña alrededor del pueblo.

Habia en la comitiva del Santo un joven nacido en Lombardía, inocente en extremo, que habiendo oído decir que no habia mas que una cosa necesaria, dejó su pueblo y su oficio, haciéndose ermitaño, y al pasar el Santo por Lombardía, se unió á su comitiva llevando una vida ejemplar.

Estando en Traiguera, refirió el Apóstol en un sermón en que hacia el panegirico de Santa Margarita, como esta, á pesar de ser una débil mujer, habia vencido y humillado á sus pies al demonio. Terminado el sermón, este joven, exaltado por lo que acababa de oír, iba meditando las palabras del Santo y pidiendo á Dios que le permitiera ver al diablo para tener el gusto de vencerle, como habia hecho Santa Margarita, cuando de repente se le aparece una vieja asquerosa, con el cabello encrespado, la piel negra y rugosa, cubierta apenas con algunos harapos y llevando en la mano una hoz con la que iba á cortar la hierba que abundaba en aquel sitio.

Asustada con la súbita aparición del joven, empezó á lanzar gritos inarticulados, porque era muda, y amenazarle con su hoz. «Sin duda alguna, pensó él, este es el diablo en persona ó yo no soy quien soy». Y diciendo esto, se lanza sobre la vieja y la derriba al suelo, «Ah! maldito diablo, gritaba, muchas veces me has atormentado con tentaciones invisibles, pero ahora que te veo y te tengo á mi disposición tomaré la revancha». Y con tal eficacia se valió de sus puños y sus pies y de la hoz, que dejó á la pobre vieja moribunda. Acudió gente y mientras lleno de gozo referia su victoria sobre el diablo, se le llevaron preso. Noticioso Vicente Ferrer de lo que ocurría, oró breves momentos y la moribunda recobró el conocimiento, y llamando á uno de los sacerdotes que le acompañaban, dispuso que la confesase. «Pero si es muda, le decían todos.—No importa, haced lo que he dicho, contestó». La pobre mujer se confesó con mucha claridad, conservando hasta su muerte el uso de la palabra. En cuanto al joven atleta, fué enviado á sus campos de Lombardía.

El historiador de la provincia de Castellón recuerda en dos palabras esta anécdota como conocida de todo el mundo: «*Este sermón fué causa de un trágico suceso y de un milagro obrado por el santo, el milagro de la muda*». (Mundina).

Traiguera cuenta 3.000 habitantes. Sobre el altar mayor de la iglesia ocupa el puesto principal la imagen dorada de Vicente

Ferrer, con alas resplandecientes y su trompeta en la mano, como angel del juicio final. En el púlpito se ha colocado un Dominico que sostiene un libro de coro: á su lado una mitra y un baston: frente á él un mundo con estrellas: capricho que representa tambien á Vicente Ferrer cantando diariamente la misa, rehusando el episcopado y recorriendo el mundo como apóstol del Evangelio.

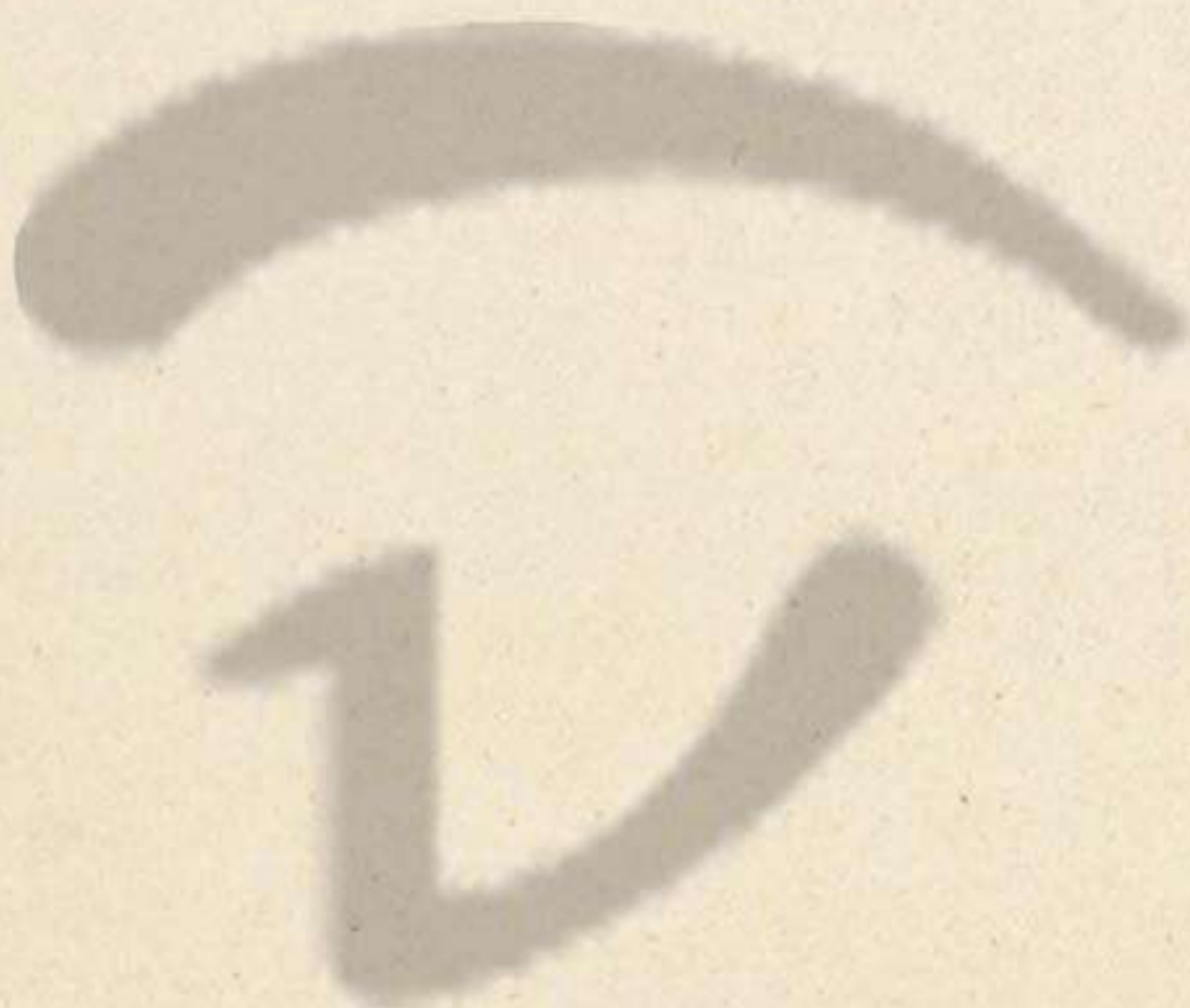
En la parte baja del pueblo, junto al camino de Tortosa, se halla la fuente de *San Vicente*, de abundante caudal, bendecida por él y que desde entonces no se ha secado jamás. Por encima de ella se levanta una capilla, cuya acta de fundación, redactada por el notario Salvador Esteller, se conserva en el archivo municipal; y la cual, lo mismo que la imagen del Santo, están muy deterioradas por la accion del tiempo. Verdad es que el Santo no imponia condicion alguna á cambio de sus beneficios; pero está escrito que la ingratitud es como un viento abrasador que seca todos los manantiales.

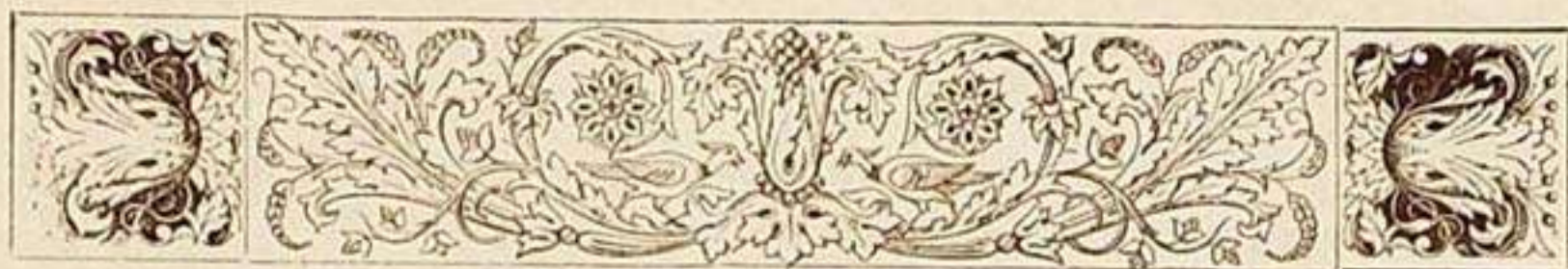
A este propósito se refiere una dolorosa historia que tiene todas las trazas de una advertencia. Hace algunos años se le ocurrió á un muchacho arrojar lodo sobre esta imagen y despues subirse por juego encima de la capilla, de donde cayó para no levantarse mas.

Aun se enseña en Traiguera la casa que habitó Vicente Ferrer, bendecida sin duda alguna á juzgar por algunos hechos de carácter milagroso.

Tambien en Gallera, pueblo próximo á Traiguera, existe una fuente del mismo nombre; pero no es extraño, porque en este país todo son recuerdos suyos.







CAPÍTULO V

LAS BALEARES

Pedro de Luna, sacristan.—Terreno movedizo.—El Obispo de Mallorca á sus diocesanos.—Lluvia.—Efectos de la intencion.—Tabernero de todas épocas.—Cabellos exorcistas.—El diablo y el taumaturgo.—Cuentas elocuentes.—Un hermoso pescado.—Un endemoniado.—Por temor á la Inquisición.—Recuerdos.—Un árbol recalcitrante.

(1413)

DESPUÉS de su concilio de Perpiñán eligió Benedicto XIII á Tortosa para su habitual residencia, teniendo predileccion por esta ciudad, en la que, al abrazar el sacerdocio, ejerció su primer ministerio, y Tortosa á su vez se enorgullecía de haberle tenido de sacristan, esto es, aspirante á los oficios públicos, cuya aficion ha conservado. «De qua sacristia erat tunc sacrista Benedictus PP. XIII.» (Folio 129 de las *Obligaciones del Sacristan*). Estas importantes funciones no están todavia en España en manos de los profanos.

Tortosa era además un centro intelectual en el que se honraba mucho entonces y se sigue honrando á Santo Tomás, y en donde se hallarian aun hoy los sacerdotes más instruidos de España.

Allí recibió Benedicto XIII la notificación de los hechos realizados en Caspe y allí esperaba que fuese el nuevo rey á ofrecerle sus homenajes. Desde allí observaba el movimiento de la cristiandad y dirigia la porcion del rebaño que obedecia sus leyes; desde allí habia escrito á Vicente Ferrer acerca del juicio final, y allí queria verle ocupado en la cuestion capital de los judios. Teniendo ideas fijas

propias sobre el particular, solo necesitaba esta demostración sin réplica para imponerlas á los demás.

Los judios en Tortosa eran más instruidos que numerosos, siendo mayor su inteligencia que su poder; de manera que el teatro de la acción estaba bien elegido. Pronto veremos que el Pontifice no había pecado por exceso de confianza en Vicente Ferrer; pero desgraciadamente continuaba aun la guerra, y nada podía asentarse sobre un terreno movedizo, ni aun las ideas.

En aquella época se hallaba en Tortosa con Benedicto XIII el obispo de Mallorca, su camarlengo, el cual hacía mucho tiempo que deseaba visitara su isla Vicente Ferrer, el gran misionero.

Ya con este objeto había escrito á las autoridades civiles de Mallorca en los siguientes términos:

«A los muy honrados y sabios señores los jurados de la ciudad de Mallorca, nuestros muy caros amigos, el Obispo de Mallorca, Camarlengo de nuestro Señor el Papa.

Honrados señores y caros amigos: Segun hemos sabido, el Maestro Vicente se halla en Valencia predicando (como santamente acostumbra) la doctrina evangélica. Y nosotros, que deseamos la buena instruccion y salvacion de vuestras almas, le hemos, por carta y persona segura, suplicado afectuosamente que por caridad se digne de pasar á esa isla y reino á predicar su santa doctrina. Y sabiendo que será en esa tierra, con la ayuda de Dios, muy provechosa y útil á las almas, os rogamos que tambien vosotros le escribais y envieis al dicho Maestro Vicente, que por reverencia de Dios y para tanto bien quiera pasar ahí; y os encargo que en esto querais consultar al bien vuestro, tanto temporal como espiritual de todos los de ese reino. El Espiritu Santo os guarde. Escrita en Tortosa á veinte y siete de Noviembre de mil cuatrociento y doce» (1).

Los magistrados escribieron en efecto, pero la mision de Valencia se prolongó y además quedaban tantas cosas por hacer en el continente!

Si es exacta la fecha en que se fija el arribo del *Santo Cristo* al *Grao*, el Santo debió ir en el mes de Agosto por mar de Barcelona á Valencia y *viceversa*, lo que no tiene nada de imposible.

Cuando supo el obispo que el Apóstol se hallaba en Barcelona, llamado por el rey, y que este se había de ir á otra parte en que era

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

precisa su presencia, cogió la ocasión por los cabellos, y obispo y Apóstol, se embarcaron el 30 de Agosto de 1413.

«En este año, dice la Crónica de Arenys, el día de Santa Ana salió el rey de Barcelona para ir á combatir al conde de Urgel y desposeerle de sus Estados». Y, en efecto, en Octubre se entregaron á él el conde y su familia.

Gracias á Mut, cronista del reino en el siglo XVII, sabemos al detalle todo lo que Vicente Ferrer hizo en Mallorca. Bover, en su biblioteca de los escritores de las Baleares, dice de Mut: «Investigador incansable, critico juicioso, historiador erudito, hábil canonista, excelente matemático é inventor de muchos instrumentos matemáticos, fué Mut uno de los autores cuyo nombre se dió á conocer fuera de los estrechos límites de su patria.»

Del bien que San Vicente Ferrer hizo á Mallorca.

«Ya el 29 de Junio de 1409 se deliberó públicamente y se consignó el deseo de que San Vicente Ferrer viniese á nuestra isla, pero hasta fines de Agosto de 1413 no se embarcó el Santo en Barcelona, llegando aquí el viernes 1.º de Setiembre, en donde fué recibido con entusiasmo, acudiendo el sábado inmensa multitud para oírle.

Todas las noches organizaba las procesiones de disciplinantes en que las lágrimas atestiguaban el fervor que sabía inspirar. Padeciase entonces una terrible sequía y á los tres días de haber empezado su predicacion llovió copiosamente en toda la isla, por lo que los habitantes, llenos de gratitud, se persuadieron de que en adelante no tendrían más que seguir los pasos de este insigne bienhechor. El procurador real, Pedro Casagualda, dió cuenta al rey de todos estos sucesos.» Los términos de su carta varían poco de este relato (1).

(1) Dicha carta, que inserta Vidal y Micó, decía así:

«Muy alto y excelente Príncipe y victorioso Señor.

Noticio á vuestra señoría, como el Maestro Vicente arribó á esta ciudad viernes primero de Setiembre, y fué recibido con grande solemnidad. El sábado empezó á predicar, y acudió la mayor parte del pueblo. Tienenle tal devoción, que todas las noches se hacen varias procesiones, y se disciplinan muchos hombres, mugeres y niños. Y el Señor en vista de las súplicas del pueblo y niños, (estando perdidos los campos de la seca) luego al tercer sermón del Maestro Vicente ha llovido copiosamente por toda la isla, lo que tiene al pueblo contentísimo. Nuestro Señor Dios (muy victorioso Señor) os conserve muchos años, ensalzando vuestra alta y Real Corona dandoos victoria de vuestros enemigos. Escrita en Mallorca á once de Setiembre de mil cuatrocientos y trece.—Señor.—Humilde vasallo de vuestra Gran Señoría, el que besando vuestras manos y pies se recomienda en vuestra gracia y merced.—Pedro de Casagualda.—(N. del T.)

«Aunque la iglesia de los Padres Predicadores es inmensa, no podia contener la multitud que cada dia iba en aumento, por lo que se derribó la pared del huerto y se levantó en él un estrado á fin de que todos pudieran verle, habiéndose plantado allí más tarde una cruz que lleva su nombre.

»Predicó en la ciudad hasta el 3 de Octubre con gran provecho de las almas, siendo tradicion constante en el pais que se le oía á cuatro leguas de distancia y que á pesar de hablar en valenciano era comprendido por los muchos extranjeros que habian venido á comerciar aqui. ¡Singular efecto de la intencion! Cuando los hombres pretendieron escalar el cielo, de una sola lengua nacieron varias; cuando las almas trabajaron seriamente para ganarle, diversas lenguas se confundieron en una sola.

»Cerca de medio año permaneciò en la isla extendiendo por toda ella sus trabajos apostólicos y obteniendo los más felices resultados, despidiéndose de sus habitantes el 22 de Febrero de 1414 (ya discutiremos esta fecha) y dandoles su bendicion, despues de lo cual, acompañado de toda la poblacion y de su comitiva ordinaria, en la que figuraban hombres que mas tarde desempeñaron los cargos mas elevados en la Iglesia, se trasladó al puerto para embarcarse, saliendo las gentes presurosas á su paso para ofrecerle provisiones. Habiendo pedido el Santo un poco de vino y acudido con él el tabernero, formó con su capilla una especie de copa y le dijo que lo vertiera allí.—«Pero se va á manchar, le dijo éste.—No tengas cuidado, le respondió». Y toda el agua que los taberneros acostumbran echar al vino quedó en la capilla, filtrándose el vino por la tela, lo que causó la risa de todo el mundo.

»Apenas hay una aldea en toda la isla que no conserve algún recuerdo de su paso por ella: en Soller su púlpito; en Valdemosa un olivo; en las llanuras de Algayda se enseña el sitio en que se sentaba la multitud y desde el cual oía muy bien el sermón á pesar de la enorme distancia que lo separa de la ciudad en que predicaba el Santo, y por todas partes columnas y capillas conmemorativas.

»Algunos autores mencionan tres pueblos que dejó de visitar, entre ellos la Pobra: pero este no era entonces mas que una agrupacion de cabañas llamada *Hugueljas*. El Santo predicó allí al aire libre, y la fuente en que iban los enfermos á buscar alivio á sus males aun de largas distancias, y que se llama aun *Balsa Ferrera*, se trocó para ellos en un manantial milagroso.

»Los prodigios obrados en la isla de Mallorca por este angel del Apocalipsis fueron innumerables, sobre todo con los endemoniados. Fr. Guillermo Portas, que le servia de barbero, tuvo la idea de guardar en un pañuelo algunos cabellos suyos y habiéndolos aplicado un día al cuello de una endemoniada, á pesar de su resistencia, el demonio la atormentó con más violencia que lo habia hecho hasta entonces. «¿Por qué me atormentas de esta manera? dijo la infeliz.—¡Ah! también á mí me atormentaban mucho los cabellos de Fr. Vicente.» Sin embargo, tuvo que ceder ante el que era más fuerte que él.—Esta endemoniada, dice un autor, servia á los judios para conocer las cosas ocultas.

»Tambien curó el Santo una porcion considerable de enfermos, cojos y tullidos.

»Ordinariamente predicaba en cada localidad tres ó cuatro sermones sobre el juicio final y con frecuencia varias veces al dia. En Valdemosa tuvo que predicar al aire libre, por ser la iglesia muy pequeña, valiendose de un olivo cuyo tronco estaba hueco en forma de púlpito. Hace algunos años se rajó este tronco en tres ó cuatro pedazos y aunque está inmediato al pueblo, jamás le tocan los que van á recoger leña, respetandolo como una reliquia.

»Cierta dia que predicaba en este sitio empezó á caer una lluvia fuerte, por lo que sus oyentes corrieron á refugiarse en el pueblo; pero elevando el Santo las manos se formó debajo de la nube otra mas espesa que sirvió de tienda al auditorio y de palio al orador, viendose caer el agua todo alrededor.

»Satan hizo cuanto pudo para mezclar zizaña en la cosecha, intentando varias veces y en diversas formas introducir el desorden en el auditorio. Un dia en Pollenza, en el período mas patético del sermón se oyeron como lloros de niños que partian de un precipicio próximo dominado por un gran peñasco, y como algunos, conmovidos por este llanto, se dispusieran á prestar socorro: «No os movais, dijo el Santo que conocia al enemigo; esas no son voces humanas.» Desde este momento dejaron de oirse los lamentos, sin que jamás se pudiera saber de quien procedian. Otras veces, el enemigo, tomando la forma de un venado, se lanzaba sobre los agrupados oyentes, bastando que hiciera la señal de la Cruz para que desapareciese.» (*Historia general del Reino de Mallorca*, por Damets, continuada por Mut y Alemani. Tomo III, cap. XIII).

Mut no hace más que referir los sucesos tal y como los ha hallado en los archivos.

Teixidor completa su relato en los siguientes términos:

«El sábado á 2 de Setiembre cantó la misa el Santo y predicó después en la iglesia de nuestro convento. El concurso de los fieles fué numerosísimo, llenando toda la nave, que tiene 284 palmos de largo y 32 de ancho, sin contar el espacio de diez capillas que ay á cada parte; é aun fué sin comparacion mayor el número de gente que no pudo caber en la Iglesia. Advertido el desconsuelo de tanta gente resolvieron los Padres del Consejo que se derribasse parte de la cerca del huerto del convento, i se abriesen dos grandes Portales: i que á su esquina, que mira á la Cathedral, se levantasse un tablado para que el Santo celebrasse y predicasse, de suerte que pudieran verle todos los que estuviessen en el huerto i en la espaciosa plaza de la Cathedral, de las habitaciones del Castillo real, i de las casas de enfrente. El P. Fr. Bernardo Mayol, que por hallarse fuera de la Isla el P. Fr. Pedro Forest Prior, era Vicario Presidente, procuró cumplir la resolucion del Consejo; pero por mas que trabajaron todo el sábado, no pudo concluirse todo. El gasto que en esto tuvo el Convento se escribió en la pag. 153 de su libro y dice así:

(Copia las diferentes partidas anotadas en el libro, en latín, y continúa).

Por no averse podido concluir el sábado todo el aparato, hubo de predicar el Santo en la Iglesia del Convento; pero en el inmediato lunes celebró y predicó en el tablado del huerto, según dice la partida del libro. *Feria 2. et incepit prædicare Mag. Vincentius in horto Conventus, habuimus de offertorio XXXVI S.* La oferta que solia percibir el Convento antes que el Santo passasse á Mallorca eran 10 S: y en dicho lunes llegó ya á 36 S: i fué de aumento en los siguientes dias. I porque las ofertas se notaron en el libro del Convento, i de ellas consta que dias fueron los que el Santo predicó en el referido sitio, las copio aqui según se escribieron en el expresado quader-nito. (Las va copiando una por una).

Resulta, pues, de estas partidas que el Santo predicó en el huerto de nuestro Convento de Palma á 2, 4, 6, 7, 9, 10, 12, 13, 20, 21, 23, 24, 26, 27, 28, 29 i 30 de Setiembre: i i 2 de Octubre 1413. El dia 4 de Octubre, instado de las súplicas de muchas personas de calidad, salió de Palma i fué á predicar por el reyno, acompañandole el Obispo Don Luis de Pradés, donde se hallaban el dia 12 de Octubre en la villa de Benisalem, según consta del regalo de una Palomina que les embió el Convento, y dice en el gasto: *Feria 5. Item eminus unam Palominan quam missimus D.^{mo} Dño Episcopo et Mag. Vin-*

centio 14 S 8. Item pro porta dicti Piscis usque ad locum de Benisalem cum uno animali 2 S 8. Bolvió el Santo de su mision i entró en Palma el 8 de Diciembre que fué viernes i el sábado predicó en el huerto del Convento, segun se dice en el libro: *Sabbato quo incepit prædicare Reverendissimus Mag. Vincentius in Horto, habuimus de offertorio—51 S 2.* En el mismo sitio predicó los quatro Domingos de Adviento, la Domin. infr. oct. Nativitatis: las ferias 3, 4, 5 i 6 de la misma semana: á 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16 i 17 de Enero 1414.

A 17 de Enero 1414, despues de aver celebrado i predicado en el mismo lugar, se despidió de los Mallorquines dandoles su bendicion y la absolucion general, segun se expresa en el libro: *Item habuimus de offertorio Reverendissimi Mag. Vincentii in festo S. Antonii, in quo festo dedit absolutionem generalem—260 S.* Mantúvose el Santo en el Convento los dias 19 i 20 de Enero, en los quales solo celebró, como aseguran las siguientes partidas. *Feria 6. habuimus de offertorio in Missa Mag. Vincentii 32 S 6. Sabbato, habuimus de offertorio in Missa Magistri Vincentii—19 S 2.* Despues de dicho sábado á 20 de Enero ya no se encuentra en el Libro memoria alguna: de que se infiere que el Santo se embarcó el mismo dia sábado, en fuerza de la carta que recibió del rey Don Fernando de 4 de Enero de 1414 para que se embarcase i fuese á Zaragoza. Por estas seguras noticias se vé que no informaron bien al M. Diago los que le dixeron, que el Santo se embarcó el dia 22 de Febrero, porque vieron que en el Libro del Convento se vaciaron en el gasto el que avia tenido en reparar la cerca del Convento, cerrar los portales, sembrar el huerto que con los concursos estaba todo destruido» (1).

Refiere el proceso de canonización que no lejos del puerto de Valencia, estando á punto de ser arrojado contra la costa por una violenta tempestad el buque en que iba Vicente Ferrer, calmóse de repente el viento por efecto de la plegaria de este. Y ademas que, un dia que estaba predicando se introdujo el diablo en el cuerpo de un hombre, el cual empezó en seguida á ahullar y hacer contorsiones con gran terror de los que lo presenciaban. «Hacedle la señal de la Cruz sobre el pecho, dijo el Santo». Lo hicieron asi y el endemoniado se quedó tranquilo y como dormido, pero al terminar el sermón empezó de nuevo con más fuerza. «Que cualquiera de vosotros le persigne invocando el nombre de Jesús», repitió Vicente Ferrer y se reprodujo el efecto, que por esta vez fué duradero. Luego le dijo

(1) P. Teixidor, Apuntes inéditos. (N. del T.)

á este hombre: «Sabéis porqué os sucede esto? Id en seguida á confesaros de la falta que no os habéis atrevido á declarar hasta hoy y dejará de tener poder sobre vos el enemigo».

«Todos los dias, añade el testigo, le traian los enfermos y achacosos, y con solo tocarles pronunciando ciertas palabras, les curaba en seguida».

Nuestro hermoso convento real de Mallorca habia sido fundado por el rey conquistador, siendo la nave de la iglesia una de las mejores de estilo gótico del mundo entero. Cuando los franceses iban á Argel y hacian escala en Palma, no dejaban jamás de visitarla y tomar en ella lo que los españoles llaman *apuntes*, notas, dibujos, etcétera. Fué destruida tres ó cuatro años despues de la exclaustación de 1835, *por temor á la Inquisición!* Todavía se encuentran sus restos por todas partes, en el puerto, en los caminos, en las plazas públicas, en los edificios particulares.

La segunda capilla de la catedral, á mano derecha, está dedicada á San Vicente Ferrer. Es de ricos mármoles, y en ella se encuentra el hermoso retablo, de que nos ocuparemos en los documentos referentes al culto. Allí tuvieron lugar los milagros referidos en dichos documentos, habiendo en ella un retrato del Santo muy antiguo que tiene una gran semejanza con los de Valencia. También se ve un púlpito portátil, de madera barnizada, de mayor tamaño que nuestros púlpitos modernos, el cual es objeto de cierto culto, aunque colocado irreverentemente detras de la sacristia, de donde solo sale cuando hay misiones extraordinarias.

En él altar de San Miguel hay unas buenas pinturas que representan las procesiones de disciplinantes dirigidas por Vicente Ferrer.

En el vestibulo de la sala capitular hay otro retrato muy parecido. Y, por último, en la sacristia principal se ve un cuadro en madera que representa al Santo predicando al pueblo y á los penitentes, con esta inscripción en su parte inferior: «Recuerdo de la predicacion de San Vicente Ferrer desde el púlpito de madera conservado en la catedral. Esta tabla, muy antigua, procede de la capilla de San Miguel, contigua á la capilla real, que fué destruida por un incendio en 1819 junto con la de San Pedro.—Palma, 10 Febrero 1826.»

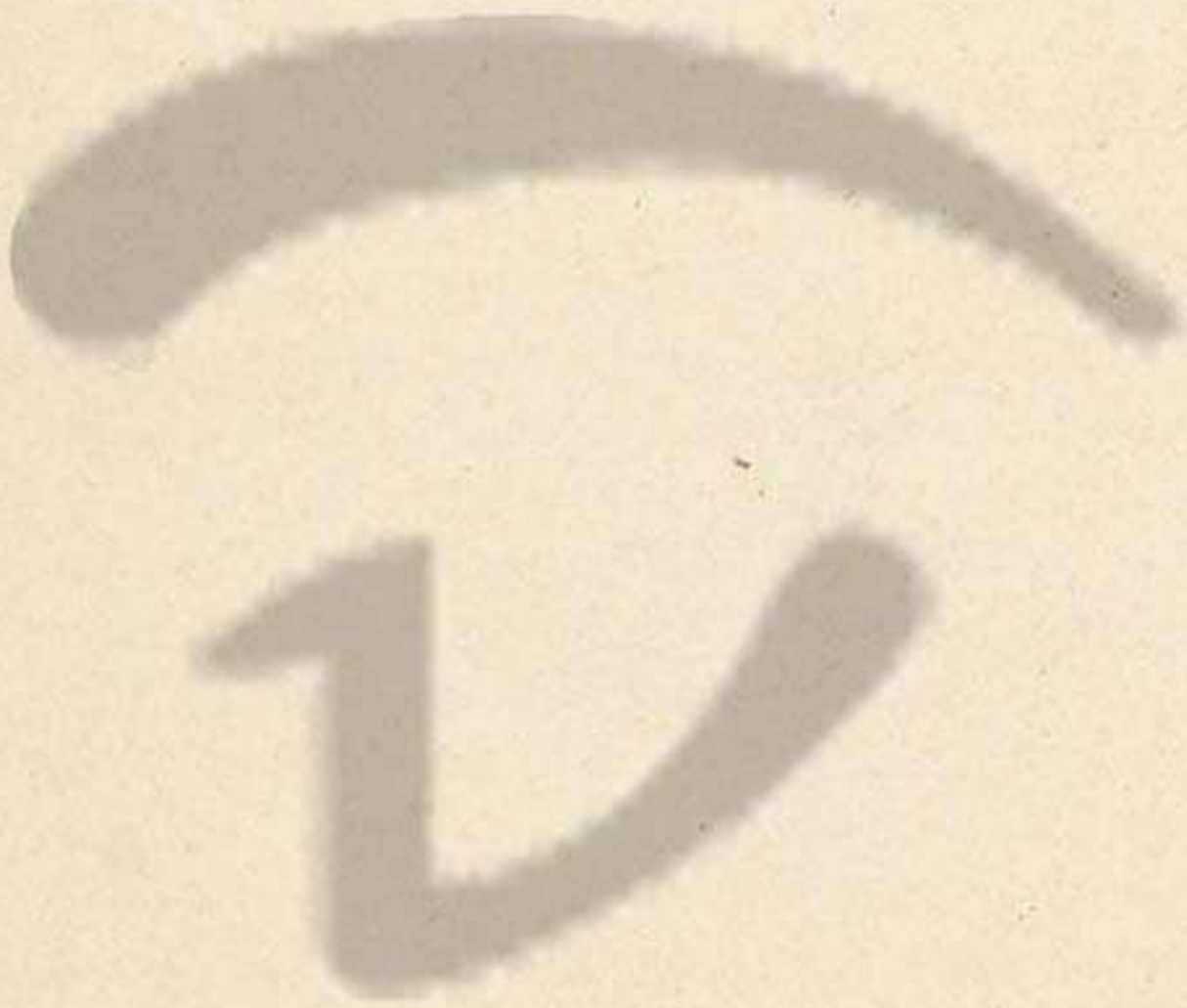
Toda la isla está llena de recuerdos del Santo, pues ademas de los que menciona Mut, se conserva en Inca su púlpito, y su capilla es la mas hermosa de la iglesia conventual; en Soller y en Benisalem se venera también su púlpito, y en Fornaluch hay un hermoso cuadro que recuerda el entusiasmo de los habitantes.

Por mucho tiempo fué respetado el tronco de olivo que sirvió al Santo de púlpito en Valldemosa, y un día que un leñador quiso sacar de él alguna leña, sin duda sin malicia, se le rompieron todas las hachas que empleó. Junto á él se edificó una capilla.

La fuente situada entre la Pobla, Inca y Muro, que lleva aun el nombre de Ferrer, ha conservado sus saludables virtudes, recobrando la salud los leprosos aunque sea con agua llevada de lejos y vertida en ella cuando la ha secado el calor del verano.

Los cinco conventos de Dominicos que habia en la isla tenían una capilla consagrada á San Vicente Ferrer.







CAPÍTULO VI

LAS CONFERENCIAS DE TORTOSA

Ocúpanse de los judios.—Libro clásico.—Gente que se espera.—Resultado de las conferencias.—Bula del Papa.—Un baston precioso.—Propágase el movimiento.—Escrúpulos reales.—La aparicion de Guadalajara.

(1414)

DURANTE la mision de Vicente Ferrer por las Baleares, dió el rey Fernando su golpe decisivo en Balaguer.

Ya hemos visto que en su carta de 20 de Noviembre se ocupaba tambien de los judios.

Las conferencias de Tortosa habian sido propuestas á Benedicto XIII por el famoso talmudista Josué Halorqui, neófito de Vicente Ferrer, desde Alcañiz, el cual tenia empeño de convencer á los judios, no por medio de la Biblia, sino del Talmud; pero Benedicto XIII, sin desconocer el valor de semejante auxiliar, creyó prudente esperar á Vicente Ferrer.

Llegó éste á Tortosa hacia el 20 de Enero de 1414 y se puso inmediatamente á trabajar publicando, como resultado de sus vigili-
lias, su famoso Tratado contra los judios, verdadera carga cerrada de batalla, lenta, irresistible, que no deja escapatoria, ni se quebranta jamás. No se ha publicado desde entonces trabajo alguno mejor, ni mas completo contra los judios, que este, que merece ocupar el sitio de honor entre los Tratados clásicos de la Verdadera Religion, el cual se conserva en los Archivos del Vaticano. Lo publicaremos en el volumen de las *Obras* del Santo.

Tuvo este, entre otros colaboradores, á Jerónimo de Santa Fe, médico de Benedicto XIII, y su limosnero el doctor Andrés Bertrán, mas tarde obispo de Barcelona. (Jerónimo de Santa Fe es el nombre que tomó en el bautismo el talmudista Halorqui de que acabamos de hablar).

Inauguráronse las conferencias el 7 de Febrero de 1414 bajo la presidencia del mismo Pontífice y continuaron bajo la del General de los Dominicos, tomando parte en ellas los más célebres rabinos, no sólo de Tortosa y sus contornos, sino de todo el reino, y los principales doctores católicos, siendo el alma de ellas Vicente Ferrer.

Una especie de fiebre, la angustia de la duda consumía á los judíos, laborando Dios en ellos por medio de la inquietud, como acostumbra hacerlo en todos los extraviados á quienes quiere salvar, y pedían á las Escrituras una luz que estas solo dan á los espíritus bien dispuestos. Vicente Ferrer conocía perfectamente este estado de su alma y sacó de él un día efectos inesperados.

«Predicando un día Vicente Ferrer á la otra parte del río (el Ebro, sobre el cual, como se recordará, tuvo lugar el prodigio del puente puesto á flote) desde una casa situada en medio de una arboleda á una gran multitud, se detuvo de repente y dirigiendo al cielo su mirada, dijo: «No os ofendáis por esta interrupcion, pero es preciso que espere la gracia». Por una disposicion especial de la Providencia se hizo poco á poco un vacío alrededor del púlpito, viendose llegar en seguida á muchos judíos que nadie esperaba, los cuales se fueron colocando sin titubear en aquel sitio que habia quedado vacío. Cuando les preguntaron porqué habian venido á la predicacion del maestro Vicente respondieron: «Hemos sentido esa inspiracion en el fondo de nuestros corazones». El Santo no queria empezar su sermón hasta que llegaran esos nuevos oyentes. En aquel dia y los siguientes abjuraron sus errores muchos judíos. El que esto refiere es un testigo ocular, el aragonés Bartolomé Peralta.

«¡Magnífico espectáculo el del Congreso de Tortosa! exclama Alгой en su Historia eclesiástica de España, comparable al parlamento de Caspe, y que acredita el grado de cultura á que en aquella época habian llegado las inteligencias. Celebráronse sesenta y nueve sesiones hasta el mes de Noviembre de 1414, y como resultado de ellas abjuraron los catorce rabinos, no contando en este número al maestro Ferrer y el maestro Albo, redactando la fórmula de adjuracion en nombre de todos el maestro Astruc Levi. Si se quiere apreciar justamente los señalados servicios prestados en esta ocasion á la

fe católica, hay que convenir en que fué San Vicente Ferrer el principal instrumento de que se sirvió la Providencia para este fin.»

No dejó de ofrecerse alguna dificultad, si hemos de dar crédito al cronista de Tortosa, Daniel Hernández: «Cada sermón del maestro Vicente provocaba violentas discusiones entre los rabinos; pero al fin la verdad triunfó del número.»

Esta conversión de los rabinos afectó en gran manera á Benedicto XIII y le inspiró una especie de veneración religiosa por Vicente Ferrer. No dudaba de su misión extraordinaria, en cuya certidumbre le había confirmado la carta que le dirigió desde Alcañiz; pero tampoco sentía ver si continuaba realizándose aquella señal más evidente del fin de los tiempos, empleando, por supuesto lealmente, los medios naturales que podían ayudarla.

El ejemplo de los rabinos arrastró á la multitud, pero no faltaron recalcitrantes, y el Papa, en la satisfacción del triunfo, impresionado por aquella increíble ceguedad que iba á ser su propia historia, publicó la famosa Bula: *Etsi doctores Gentium*, cuyo original se conserva en los archivos de Tortosa. En ella se reconoce ese vigor que comunica la convicción, pues él estaba seguro de que, aun en sus severidades, extrañas para nosotros, tenía de su parte la opinión pública. En ella prohíbe, bajo severas penas, el Talmud y los demás libros judíos; prohíbe igualmente á los cristianos que vendan ó *empeñen imágenes, vasos y ornamentos sagrados* á los judíos, obligando á éstos á devolverlos. ¡A qué dolorosos pensamientos se presta esta frase! Les incapacita para la profesión de abogado, médico, cirujano, barbero, comadron, y establece para ellos una legislación especial. Se ve que, á semejanza de lo que se hizo en las ordenanzas reales, se trata de impedirles toda profesión que les permita penetrar los secretos de las familias. Los barberos son aun sangradores en España.

Esta Bula está fechada en Valencia *VI kal. Mii ann. Pont. XXI.*

Tortosa es una de las ciudades en que más permanente ha quedado el sello de fé profunda impreso por Vicente Ferrer. Sin embargo, aun aquí hay que apresurarse para recoger lo que queda con vida en las ruinas, las ascuas debajo de las cenizas, porque dentro de veinte años todo se habrá consumido y lo que pueda sobrevivir nada dirá á las generaciones indiferentes. Ha llegado la hora de hacer esta historia, tomando del envejecido Vicente Ferrer el texto de sus últimos sermones: *Colligite fragmenta, ne pereant.*

La catedral de Tortosa conserva entre sus más preciadas reliquias y no duda ponerlo en los altares, al lado de los huesos de los már-

tires, el baston de San Vicente Ferrer, el cual no es un baston de caminante, como el que se venera en Florencia, sino un baston de viejo con puño en forma de T, que procede de la familia de Villalba, en cuya casa lo dejó como recuerdo.

Tambien de Benedicto XIII guarda Tortosa, como todo Aragon, una respetuosa memoria. La pila bautismal de la catedral es un jarron de mármol labrado, que servia de adorno en los jardines pontificios de Peñiscola, llevando en algunos de sus lados esculpidas la tiara y la media luna y en otros una especie de alegoría del cisma vencido. Tambien se guardan en ella el pectoral del Pontifice y un cáliz de mucho valor.

El movimiento hacia la verdadera fé, iniciado en Tortosa, se extendió á larga distancia. «En Tamarit, dice el historiador de este pueblo, todos los Judios se convirtieron en 1414». Y añade este rasgo que pone bien de manifiesto lo que han sido siempre los Judios y que gran servicio prestó Vicente Ferrer á la sociedad con su conversion: «*Tal conversion fué sumamente útil, porque con la cesacion de las usuras vino la agricultura á mejorar sus condiciones*». (*Historia de Tamarit*, por Moner y Siscar, p. 170).

Mientras en union de Vicente Ferrer trabajaba Benedicto XIII en la conversion de los judios en Tortosa, el rey Fernando se preocupaba con la paz de la Iglesia, preocupacion que dió por resultado las conferencias de Morella. Tambien en esta ocasion se dirigió, como solia hacerlo, á Vicente Ferrer; delicadezas de conciencia, dignas de un gran príncipe, que nos han sido reveladas en un fragmento de carta.

Entre los bienes del Conde de Urgel, poco escrupuloso ciertamente, que por las estipulaciones pactadas debian pasar al nuevo rey, figuraban ciertos derechos sobre la Universidad de Gerona cedidos por un precio irrisorio. Dudaba el rey si esa trasmision habia sido válida y si debia ó no restituir el dinero que en este concepto habia percibido el Conde, y con este motivo escribió al Santo en los siguientes humildes y conmovedores términos:

«Por esto recurrimos á vos como á un manantial que purifica, rogandoos afectuosamente que nos deis claramente vuestro consejo, para que nuestra real conciencia, libre de todo peso, esté segura de no ofender á su Redentor y dé ejemplo á los que en adelante se hallen en análogas circunstancias.

Que el Todopoderoso os conserve largo tiempo en su divino servicio.»

La solución de este negocio quedó en el secreto íntimo de la conciencia.

Por lo demás, la correspondencia del rey con el Santo en esta época respira una confianza absoluta y una noble intimidad.

«Al venerable religioso, amado y devoto nuestro, Fr. Vicente Ferrer, Maestro en Santa Teología.

Venerable Maestro: como nosotros queramos hablar y comunicar con vos de algunas cosas tocantes al servicio de Dios y nuestro, os rogamos afectuosamente que, vista la presente, vengais por nuestro honor á Zaragoza, adonde de presente nos vamos, que en ello nos hareis gran placer y servicio, el cual os agradeceremos mucho. Dada en Lérida, bajo nuestro sello secreto, á cuatro días de Enero del año de mil cuatrocientos y catorce.—Rex Ferdinandus» (1).

Era una nueva invitación á la coronación, que tuvo lugar el 11 de Febrero siguiente. Si los cálculos de Teixidor son exactos, Vicente Ferrer, que salió de Mallorca el 20 de Enero (pues dice que del 17 al 20 no predicó el apóstol) hubiera tenido tiempo para asistir á dicha ceremonia, á la que sin duda hubiera dado gran realce su presencia. Pero en un documento formal de Mallorca se consigna que el Santo no abandonó las Baleares hasta el 22 de Febrero y de la carta que se inserta á continuación se deduce que el 6 de Marzo no había llegado aun á Zaragoza. Creo, pues, que Teixidor, ateniéndose demasiado al Libro de Cuentas del convento de Mallorca, no ha estudiado bastante su apostolado, que se extendió á toda la isla y tal vez á las otras islas Baleares.

Por lo demás, al Santo no le atraían las fiestas y á esta de la coronación no le faltó su principal sanción, pues la presidió Benedicto XIII.

Segunda carta.

«Al venerable religioso, amado y devoto nuestro, el Maestro Vicente Ferrer.

Religioso amado y devoto nuestro: Como tengamos muy gran deseo de que Vos seais aquí, por la salud de las almas de nuestros fieles vasallos de este reino, os rogamos muy afectuosamente, que cuanto mas presto podreis seais en esta ciudad, donde vuestra presencia es muy deseada, atendiendo á que aun no habeis estado en ella; y en esto nos hareis muy señalado placer. Dada en Zara-

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

goza, bajo de nuestro sello secreto, á seis dias de Marzo del año de mil cuatrocientos y catorce.—Rex Ferdinandus» (1).

Tercera carta.

«Al venerable religioso, amado y devoto nuestro, Fr. Vicente Ferrer, maestro en santa teología.

Maestro Reverendo: Como por algunos quehaceres que tenemos muy en el corazon, tocantes en parte á la salud de nuestra alma, nos sea muy necesario hablar con Vos antes que de aqui partamos; os rogamos tan de corazon como podemos, que si jamás entendeis hacernos placer y servir de cosa, partais en continente y continueis vuestras jornadas camino derecho para venir aqui á nosotros. Y será cosa de que nos hareis placer y servicio tan grande, que de nada al presente nos le podreis hacer mayor. Dada en Zaragoza, bajo nuestro sello secreto, á diez y seis dias de Abril del año de mil cuatrocientos y catorce. — Rex Ferdinandus» (2).

Por último, hallandose en Tamarit recibió otro pliego del rey referente á cierta aparicion extraordinaria que habia tenido lugar en Guadalajara, al cual contestó en los siguientes términos:

«Jesús. Escelentísimo Príncipe y Señor: Con toda reverencia y sumision recibí vuestra carta, referente al milagro acaecido en Guadalajara, mientras predicaba un religioso de la Orden de los Menores sobre el misterio de la Eucaristia. Segun mi entender, este prodigio tiene un doble objeto: primeramente confirmar la doctrina del predicador, pues de la misma manera que en los documentos reales es reconocida su autenticidad por el sello que los marca, asi tambien señala Dios de cuando en cuando la doctrina de los que predicán las verdades evangélicas con el sello de los milagros, segun la palabra de San Marcos: «Predicaron por todas partes, y el Señor confirmaba sus palabras por medio de prodigios.» Si consideramos la forma de la cruz, que apareció en el cielo, blanca como la nieve, debemos deducir que la doctrina del predicador era celestial y exenta de todo error. El pie de la cruz, dividido en tres partes, significan las tres cosas que necesariamente han de concurrir en la consagracion de la Eucaristia, á saber: materia, forma é intencion. Los brazos de la cruz, formados cada uno de dos ramas, extendiéndose á derecha é

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

(2) Vidal y Micó. (N. del T.)

izquierda, indican la realidad de la consagración hecha por el sacerdote, ya esté en gracia ó culpa mortal. Los cinco frutos que nacen de cada rama, dominados por un fruto superior, indican las cinco palabras de la consagración que hacen descender el cuerpo de Cristo, nuestro Señor, al llamamiento de aquel que ha recibido poder para ello. Y como todos los frutos forman un total de veinte y dos, indican el número de las palabras de la consagración del vino. El segundo motivo, por el cual ha sucedido este milagro, es el significar la defensa de Cristo y de su fé, coincidiendo con el fin del mundo. Las tres partes de que se compone la cruz aparecida representan los tres ángeles, ó mejor dicho, los tres predicadores que deben aparecer al fin de los tiempos, de lo cual habla el capítulo XIV del Apocalipsis: la parte superior, semejante á un fruto que domina á todos los demás, señala el supremo estado de la prosperidad y de la fidelidad cristiana, en que vendrá el tercer predicador, es decir, después de la muerte del Anticristo. Los dos brazos trasversales de la cruz significan los dos profetas Elias y Henoch, que deben aparecer en tiempo del Anticristo, los cuales, en la Sagrada Escritura, son señalados bajo la figura de ramos y árboles en el cap. XI del Apocalipsis. «Serán como dos olivos ó como dos candeleros que resplandecerán y darán luz en la presencia del Señor.» El segundo ángel, que debe venir con Elias y Henoch, en el tiempo del Anticristo, está claramente indicado por el fruto que está en medio del brazo transversal. Los pequeños frutos que lleva cada rama señalan la perfecta obediencia de los profetas á la ley de Dios, y el fruto superior su fé completa. De todas estas cosas debe deducir vuestra Majestad un motivo más para procurar con gran diligencia la conversión de los judíos y otros infieles; de velar por la paz y honestidad de las familias, no tolerando ni cortesanas, ni juegos de azar; procurar exacta y pronta justicia, y hacer de manera que todas las leyes sean cumplidas al pie de la letra. Que Dios os tenga en su gracia. Amen. Escrita en Tamarit á 16 de Mayo.—Fr. Vicente Ferrer, predicador» (1).

Esta carta fué encontrada en Madrid por Antist revuelta con otros papeles cubiertos de polvo. En ella se descubre la idea fija de la proximidad del juicio final y esa seguridad inquebrantable de que él era el segundo de los tres ángeles de que habla el Apocalipsis, y como este segundo ángel debía venir al mismo tiempo que el Anticristo, estaba siempre atento esperando que el eco le llevara alguna

(1) Sanchis Sivera. (N. del T.)

noticia de este último enemigo de la Iglesia de Dios. ¿Y quién sabe si no vislumbraba él como un reflejo de Elías y de Henoch, profetas de los últimos tiempos, en ese discípulo de San Francisco á quien Dios acababa de hacer tan señalado favor?

El historiador Diago se lamenta de que Barcelona, que ha conservado cartas de personajes completamente desconocidos, no posea ninguna de Vicente Ferrer. Esto se explica porque el rey no guardaba sus cartas en los archivos, si no que las conservaba en su poder como reliquias, y de aquí que hayan desaparecido con los tesoros reales. En los archivos municipales solo se conservaban las letras misivas, esto es, el duplicado de las que se enviaban.

A propósito del título de *Predicador* con que termina la carta de Guadalajara, se ha observado, con razón, que Vicente Ferrer firmaba de este modo desde que recibió aquella misión divina en Aviñon, pues antes firmaba *Pecador*.





CAPÍTULO VII

EL NIÑO DE MORELLA

El misterio de Daroca.—Siniestra comida.—Leccion inútil.—Cinuenta días de conferencia.—Regalos que no consuelan.—A la sombra del castillo de Morella.—Famosa restitucion.—Leyenda por hacer.

(1414)

SALIENDO en Mayo de Tamarit, llegó á Daroca en Junio en los dias de la fiesta de *Corpus Christi*. El misterio de Daroca alcanzaba entonces celebridad en toda España. He aqui como refiere esta encantadora leyenda la *crónica* de Viciana, escrita á principios del siglo XIV.

«En la época de la conquista de Valencia por D. Jaime el *Conquistador*, un sábado antes de amanecer llegó al campo el cura de San Cristobal de Daroca, para celebrar la misa, estando ya preparado el altar en lo alto de una loma llamada *Puch de Codol*, cerca de Játiva. Terminada la misa y consagradas las seis hostias, se dirigió á los seis capitanes para prepararles á recibir la comunión, cuando sonó el toque de alarma por haberse presentado á la vista los sarracenos, y habiendo acudido apresuradamente los cristianos, los batieron y los persiguieron hasta el castillo de Lhio. Entre tanto el buen sacerdote, con objeto de poder administrar el sacramento á los que resultaran mortalmente heridos, habia ocultado debajo de unas piedras las hostias consagradas, envueltas en los corporales, en un sitio llamado Luxent, situado á unas 200 brazas de distancia. Fueron á recogerlas en procesión, y las encontraron ensangrentadas, así como los corporales.



»Los soldados cristianos, testigos del prodigio, vieron en él un feliz presagio, y habiendo atacado al siguiente día, domingo, á los sarracenos, después de oír devotamente la misa, los derrotaron por completo. Cuando se trató de llevar el precioso tesoro y ponerlo en lugar seguro, cada capitán quiso tenerlo en su país natal, y para terminar la discusión hizo el sacerdote buscar por las cercanías un mulo que no conociera los caminos, colocóse sobre él el preciado tesoro y se pusieron en marcha, escoltándole los soldados. Fué largo el camino, pues llegaron á Segorbe y Jérica y el mulo seguía marchando siempre sin detenerse, ni querer comer, excepto algún rato por la noche en que se separaba un instante para pastar, y así llegaron á Daroca, en donde se bajó poco á poco, y cuando sintió que le habían quitado la preciosa carga, dejó caer la cabeza y quedó muerto.

»Por todo el camino se operaron varios milagros debidos á las sagradas *Formas*, las cuales se guardan todavía en perfecto estado de conservación.»

Edificóse en su honor una iglesia, y Urbano IV instituyó con este motivo la fiesta del Santísimo Sacramento, cuyo solemne oficio compuso Santo Tomás de Aquino. Dios implantó á su modo esta devoción en España.

Reyes, grandes y pueblo han acudido á venerar estos santos objetos, no faltando los milagros, que Vicente Ferrer ha confirmado con la autoridad de su palabra.—«El apóstol valenciano, dice el autor de una monografía local, adoró también este prodigio el día de *Corpus Christi* de 1414, en el cual predicó en nuestra ciudad, consiguiendo con su celo y elocuencia sin par que se convirtieran ciento diez hijos de Israel.» (*Compendio Sagrado de la peregrina Historia de los S.^{mos} corporales y misterio de Daroca*, por D. Tomás Oriol de la Torre, Zaragoza 1759, p. 99).

«Yo he conocido á algunos de estos ciento diez convertidos por el maestro Vicente en Daroca», dice Fernando, Obispo de Tlésia, testigo en el proceso de canonización; su Sinagoga se transformó en iglesia bajo la advocación de la Conversión de San Pablo.

En el Museo Eucarístico de Paray-le-Monial se hace mención del misterio de Daroca en los cuadros conmemorativos.

Encaminóse el Santo á Morella, en donde era muy necesaria su presencia.

«Los morellanos, refiere el historiador local, conocían ya á Vicente Ferrer por haber estado en la ciudad en 1410, y fué tal la multitud que acudió á la puerta de San Mateo, por donde hizo su



SAN VICENTE FERRER resucitando un niño.

Este hermoso cuadro es de capricho, en el sentido de que no representa una escena determinada, pero cuadra bien en la explicación general de la historia.

El milagro de Morella no debió efectuarse así.

entrada, que obstruyó por completo el paso. Salieron también á recibirle el bayle, el *Justicia* y los jurados, y al ver la indiscreta devoción de la gente que le quitaba grandes trozos del hábito, enviaron á buscar á Valencia paño para hacerle uno nuevo, como se acredita por las cuentas municipales de aquel año. Los documentos escritos y la tradición están en perfecto acuerdo y es un deber en los que referimos los viajes de este bendito varón el consignar este hecho. Pero lo que sobre todo hizo célebre su última venida á esta población fué el prodigio que obró Dios por su intercesión.

«Hallábase el Santo hospedado en casa de un caballero principal, cuya joven esposa, adornada de todas las virtudes, padecía con frecuencia ataques de enagenación mental, que ponían á la familia en gran sobresalto. En los primeros días no tuvo lugar ataque alguno, por lo que marido y mujer creyeron que se había curado radicalmente y dieron gracias á Dios de todo corazón. Pero una mañana mientras el marido estaba en el sermón, su joven esposa que había quedado en casa para disponer lo necesario á una recepción familiar, acometida de repente de un violento acceso de locura, cogió á un niño pequeño que tenía, le degolló, y partiéndole en pedazos, puso á asar algunos de ellos.

»Entre tanto volvió el marido alegre á la casa, preguntó si estaba todo dispuesto, especialmente los peces que había de comer el predicador. «Sí, dijo ella, y también un plato de carne, de la que he guardado una porción para la noche.» Su mirada extraviada le hizo sospechar una desgracia, no tardando en saber la triste verdad, y aunque cristiano, no pudiendo resistir tan duro golpe, acusó á Dios y la Providencia. «¿Es así, cruel Dios, decía en su delirio, como recompensáis á los que os adoran? ¿De qué me sirve haber dado tantas limosnas y haber recibido en mi casa á este hombre, reputado por todos como Santo?...»

»Noticioso en seguida el Apóstol de lo que ocurría, oró á Dios en su interior y se dirigió á la triste casa.—«Tened confianza, dijo al afligido padre; Dios, que ha sacado de la nada á esta criatura, puede devolverle la vida si tenéis fé.» Y haciendo llevar á su presencia los trozos del cuerpo del pobre niño, se arrodilló y oró diciendo: «Jesús, Hijo de María, salvador y rey del mundo, que habéis hecho de la nada el alma de este niño, haced que este cuerpo recobre la vida para honor y mayor gloria de Vuestra inefable Majestad...» Y ante los asombrados espectadores de aquella escena se unieron aquellos pequeños miembros, desapareció aquella huella de sangre, circuló la

vida y el niño dirigió á su padre su dulce mirada, tendiéndole los brazos.

»Después de la canonización del Santo, cuando aun vivían testigos del suceso (1414-1456), se reprodujo este en un cuadro y se abrió al culto una capilla en la misma casa, subsistiendo todavía y pudiendo aun verse el horno en que fué asado el pequeño.» (Segura, *Historia de Morella*, p. 84).

Este milagro debió consignarse en el proceso de canonización, por cuanto Razzano, que sólo refiere los que constan en él, le menciona, si bien no dice el nombre de la población en que tuvo lugar, pero los bolandistas dicen que fué Morella.

Siguiendo su costumbre, al referir Razzano otro milagro semejante, dice: «*Apud ... Urbem*, en cierta ciudad, hacia ya doce horas que había muerto un niño, cuando la madre, inconsolable, fué á echarse á los pies del Santo, el cual, conmovido de tanta fé, le dijo: «Vete y duerme.» Volvióse á su casa y el niño le pidió teta.—Se omite el nombre del lugar por no ofender á la familia.—No hay ofensa alguna: es que Razzano no descifraba los nombres geográficos.

Lo que afirma Segura es perfectamente exacto. La casa en que ocurrió el hecho pertenecía al notario Francisco Gavaldá y probablemente el niño sería hijo suyo. Hay que advertir que en España los notarios eran considerados como personas de condición.

La calle se llamaba, y se llama todavía, *Calle de la Virgen*; una de las habitaciones de la casa, probablemente aquella en que tuvo lugar la resurrección del niño, ha sido transformada en capilla, sirviendo de retablo al altar un cuadro antiguo en que se representa el milagro con los trajes de aquel tiempo, y un obispo ha concedido indulgencias á los que oren ante aquella imagen, viéndose también en la capilla algunos *exvotos*. En una palabra, el poder divino y el poder eclesiástico han sancionado allí una creencia á la que sólo la verdad puede servir de fundamento.

La poesía y el arte dramático se han ocupado de este tema en todas formas: el pueblo cree. En la fachada de la casa hay una imagen del Santo, de barro pintado, con una inscripción conmemorativa que refiere el hecho sin temor de que nadie le desmienta.

Encima de la capilla estaba el cuarto que ocupaba Vicente Ferrer, el que por los cambios de propietario ha acabado por ser una habitación ordinaria. En otra parte de la casa se conserva el horno en que fué asado el pobre niño, con una inscripción que relata el hecho,

pero reparaciones mal dirigidas han hecho que pierda su carácter histórico.

En este prodigio había una parábola siniestra: este niño descuartizado era la Iglesia desgarrada y allí estaba Benedicto XIII!

El rey Fernando había preparado las cosas con mucha anticipación para el acto que meditaba. Terminadas las Cortes de Zaragoza en 1414, se trasladó á Morella, agradable residencia de verano, á pesar de las tempestades, que son allí frecuentes, y rogó afectuosamente al Papa que fuera á pasar una temporada á su lado. Acudió Benedicto, deteniéndose y pernoctando el 16 de Julio en el ermitorio de Vallivana, lo que dió origen al cuadro de que hemos hablado, y al entrar en Morella le recibieron el rey y el pueblo con todos los honores debidos al Pontífice, haciéndole regalos verdaderamente regios.

«El 18 de Julio de 1414, dice Mundina, fué para Morella un día memorable y quizá el más solemne que hayan visto sus habitantes. El rey y la corte, vestidos de gala, formaban á la cabeza de la lucida comitiva que, acompañada de mucho clero, iba procesionalmente á recibir al Vicario de Jesucristo. El mismo rey, su hijo mayor y los principales personajes llevaban las varas del palio, dando una muestra del respeto debido al jefe de la Iglesia, y antes de entrar en la colegiata las cedieron como un honor á los jurados y personas distinguidas de Morella. El Papa ofició en la Iglesia de Santa María el día de la Asunción, acompañado de cinco cardenales y de tres obispos. Era la segunda vez que San Vicente Ferrer se encontraba en Morella y durante cincuenta días trabajó con el Papa y el rey en la terminación del cisma.» (Historia de la provincia de Castellón de la Plana, p. 377).

Vicente Ferrer predicó el día de la recepción del Pontífice.

Se entablaron los preliminares y por fin hubo que abordar la grave cuestión; pero no sólo los que pudieron seguir los debates, sino el pueblo mismo empezaban á conocer que era ya un negocio personal y no de discusiones teóricas. ¡Largos y tristes fueron estos cincuenta días de conferencias! A medida que se adelantaba en ellas, Pedro de Luna se encerraba más en su dignidad, viéndose más lejano el acto de desinterés que de él se esperaba. El emperador Segismundo escribió diciendo que los dos Papas de Italia estaban dispuestos á renunciar á la tiara si Benedicto XIII quería imitarles; pero aunque Vicente Ferrer rogó y suplicó, nada pudo lograrse y tuvieron que separarse sin haber obtenido resultado alguno. A creer á las *Crónicas de España*, Segismundo no se contentó con escribir,

sino que envió embajadores para procurar una inteligencia entre los pontifices, designando á Niza, Saboya ó Marsella como punto de reunión.

Al despedirse el Papa de los morellanos, dió á la iglesia principal, además de varias gracias espirituales, su cáliz y su cruz pectoral, relicario adornado de ricas piedras, cuyos objetos figuran en el inventario hecho en 1758. De este modo trataba Pedro de Luna de endulzar la amarga impresión que dejaba en el ánimo de los creyentes.

Estos tesoros, debidos á una generosidad algo interesada, no están fuera de lugar en la iglesia de Morella, de puro estilo gótico, adornada con dorados de gusto y preciosos cuadros, en la cual se ven dos púlpitos; uno viejo, casi una ruina, que es el que sirvió á Vicente Ferrer, y al cual nadie ha subido después, como sucede en otros puntos, habiendo el proyecto de restaurar este venerable monumento. En el altar del Santo hay un cuadro que representa al niño resucitado.

No lejos de Morella, en el declive de uno de esos caminos inverosímiles, que tan frecuentes son en España, se eleva una pequeña capilla dedicada á San Vicente Ferrer, en la que hasta estos últimos años se veía un viejo tronco de encina que sirvió de púlpito al Apóstol al despedirse de Morella, pues, como ocurría siempre, la multitud le había seguido hasta allí, no saciándose de su compañía. Para impresionar por última vez á su auditorio, les dijo, mirando al porvenir: «Día vendrá en que se diga: felices los que viven á la sombra del castillo de Morella.»

El cronista Viciana recuerda esta profecía á propósito de las turbulencias que se produjeron contra el emperador Carlos V en 1522, en cuya época Morella, que le había permanecido fiel, sirvió de refugio á muchos revoltosos.

Por mucho tiempo acostumbraron los pasajeros coger astillas del viejo tronco como reliquias, hasta que por fin desapareció, destruido más por los destrozos causados por la devoción, que por la acción del tiempo.—¿Es por instinto de restitución por lo que los morellanos acostumbran poner una piedra en la capilla del Santo después de rezar el *Pater* y el *Ave*, con los que se ganan cuarenta días de indulgencia, según concesión del obispo de Tortosa en 1797?

En la parte inferior de la cuesta, que aun se llama *Cuesta de San Vicente*, se enseña una fuente que lleva su nombre, la cual no ofrece nada de particular, pues se reduce á un hueco cuadrado casi lleno de agua. A pocos pasos de esta, mana otra fuente, fresca y abundante,

que deja oír su murmullo. Pero—y esto es lo que ofrecería asunto para una fábula—esta fuente murmuradora se seca bajo la acción del sol en el otoño y otras muchas con ella, y cuando transcurren, como ha ocurrido algunas veces, veinticinco meses sin que caiga del cielo una gota de agua, se ven desfilar junto al pequeño agujero abierto en la roca largas caravanas cargadas, personas y bestias, con cántaros llenos. Allí acuden los montañeses de largas distancias y toman el agua sin medida, y pasan días y meses y se saca siempre, y el calor de un sol implacable agota las últimas reservas de humedad de la tierra, y en la fuente de San Vicente no ha bajado un centímetro el nivel del agua.

Preciso es haber vivido en estos países sedientos en los que instintivamente se recuerdan los versos del poeta:

Cuando en el desierto la caravana sedienta
 Tras largos días de marcha espera uno de tormenta...

para apreciar el valor de ese tesoro que ha dejado á los habitantes de Morella su buen amigo Vicente Ferrer.

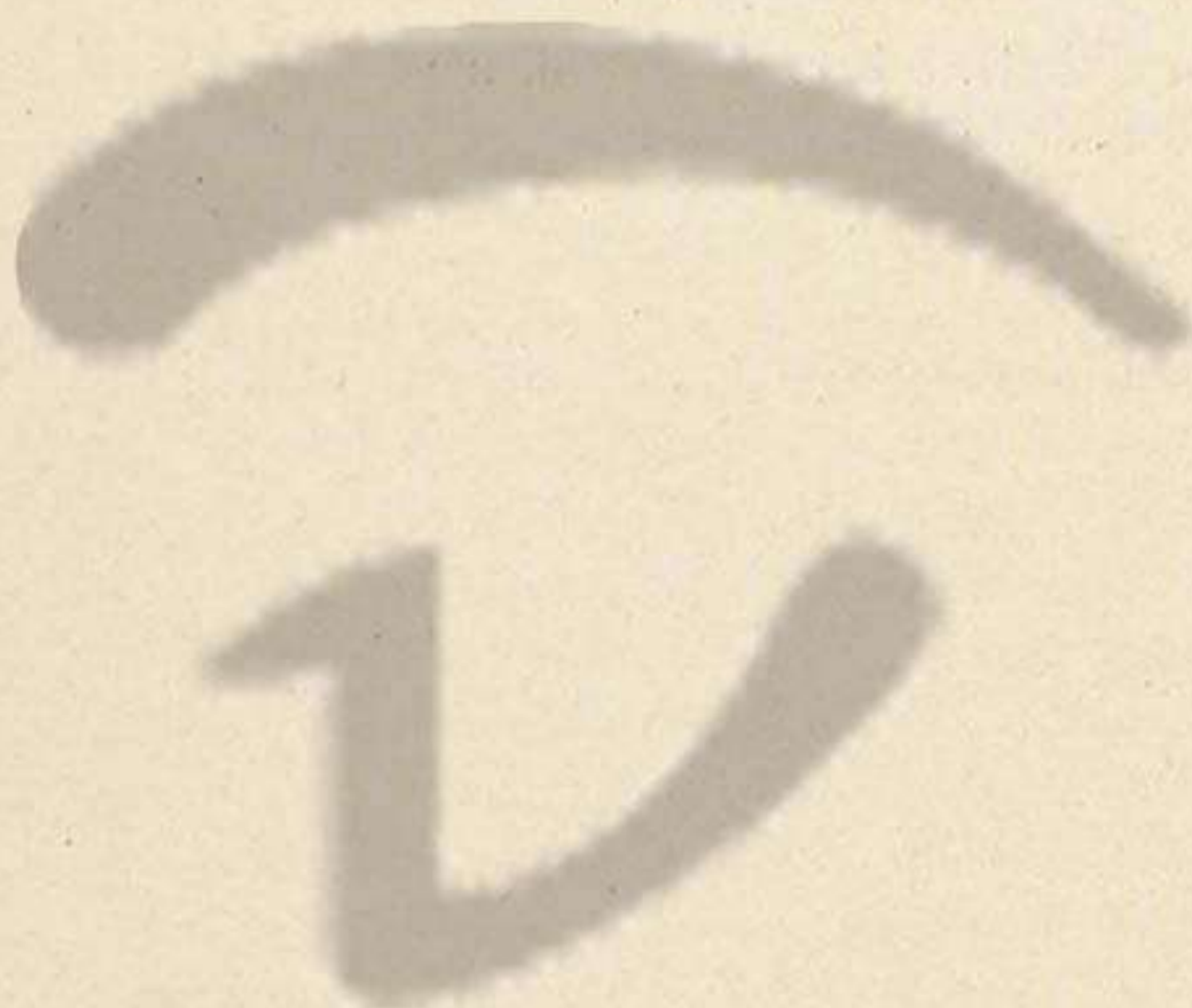
El historiador del país refiere el hecho del siguiente modo:

«En la parte Este de Morella, en una barranca llamada el *Tin*, á 300 metros, poco más ó menos de las murallas, hay una fuente llamada de San Vicente, que en el siglo XV era un sitio de paseo. Allí fué un día el apóstol para descansar de las fatigas de su rudo ministerio, y allí le siguió el pueblo, ávido siempre de oír su palabra. Habló con tanto celo que el auditorio prorrumpió en lágrimas, y para dar más fuerza á su predicación, exclamó: «Tan cierto es lo que os digo, como lo es que jamás se agotará esta fuente: *Es tan cert lo que dig que no faltará la meua paraula aixi com may faltará el aygua en aquesta font.*»

«La profecía se ha cumplido hasta el presente, y el notario Lopez de Vidal la menciona al hacer constar en su protocolo que en 1649 y 1650 todas las demás fuentes se secaron.» (Segura, *Historia de Morella*, t. III, p. 85).

Morella, plaza fuerte en una vía estratégica, no ha podido librarse de ruinas, ni de incendios sus archivos; sin embargo, cuando una mano paciente ordene los papeles amontonados en los graneros, el historiador hallará allí una abundante mina de preciosos documentos.







CAPÍTULO VIII

ZARAGOZA Y ARAGÓN

Protección divina.—Siempre los judíos.—La vieja España.—«Calle de la Democracia»—Un precursor.—Carta del Síndico.—Exabrupto contra los pordioseros.—Galatayud.—Crónica local.—Precio de una trucha—Antes de 1835.—Predicación al aire libre.—Serie de milagros.—Una madre elocuente.—Lo que queda.—Vicente Ferrer en Bolonia (?).

(1414—1415)

DESPUÉS de sus infructuosos esfuerzos cerca de Benedicto XIII partió Fernando para Montblanch, en donde parecía que levantaba la cabeza el partido del de Urgel. El Papa se dirigió hácia San Mateo y Vicente Ferrer á Zaragoza, en donde quería establecer sólidamente el reinado de Dios y la autoridad legítima, llegando allí el 1.º de Noviembre. El príncipe de Gerona, primogénito del rey, conociendo los sentimientos de su padre, no esperó las órdenes de éste para hacer al Apóstol la más cordial recepción.

No eran vanos los temores del rey relativos á los partidarios del de Urgel, si se ha de juzgar por la siguiente carta:

«Al muy alto y muy excelente Príncipe y poderoso señor, padre y señor mio muy caro: Estando ayer, martes, en la misa que el Maestro Vicente celebraba recibí la carta, por la cual vuestra Alteza me notifica la gracia hecha estos días por nuestro Señor Dios, mediante la intercesion de la gloriosa Virgen Madre suya á Vos Señor muy alto, y á mi y á mis hermanos, y á todos los otros siervos y súbditos de vuestra Real Majestad en descubriros los malvados

pensamientos, y malos propósitos y frutos hechos por la madre de D. Jaime de Urgel, en tan gran peligro y daño de vuestra excelente persona y de toda la cosa pública á Vos encomendada por la divina gracia. Por lo cual, muy virtuoso Señor, yo hago loores y gracias á la Santa Divinidad, que por su piedad ha querido hacer obra tan maravillosa en vuestros días y revelar cosas tan secretas y llenas de tanta perfidia é iniquidad. Y de la propia suerte á la Bienaventurada Virgen Madre de Dios, abogada nuestra, por cuyas intercesiones creo firmemente que nuestro Redentor, hijo suyo, ha usado con Vos de su misericordia. Y comunicadas las dichas cosas con el dicho Maestro Vicente, he hecho celebrar solemne y devotamente misa hoy, miércoles, al dicho Maestro, á honra y reverencia de nuestro Señor Dios y de la gloriosa Virgen Madre suya, dándoles gracias y loores con humilde pensamiento y fervorosa devoción por la gracia y merced recibidas. Y nada menos el dicho Maestro ha denunciado todo esto al pueblo en su santo sermón, induciéndole á reconocer tan gran beneficio y gracia, y á dar por él gracias y bendiciones á Dios. De lo cual todo el pueblo, teniéndolo por singular milagro, ha quedado muy consolado. En las otras cosas, muy alto Señor Padre y Señor mio muy caro, á mí mandadas por la dicha carta concernientes al dicho Maestro Vicente, así en recibirle y recogerle, como en continuar sus sermones y complacerle en las cosas de su gusto, y aun en hacerle venir los judíos y moros á oír sus sermones, (Señor muy alto) despues que ha llegado aquí lo he hecho, y entendiendo mucho más continuarlo de aquí en adelante, obedeciendo á vuestros mandamientos, y por respeto de su gran religion y de su muy digna conversacion. Y ya cuando recibida dicha vuestra carta fueron congregados los judíos y moros por mandamiento mio para oír su sermón y hoy lo han continuado y se les haré continuar de aquí adelante un día y dos cada semana, segun el mismo lo ordenare. Y, Señor muy triunfante, el Rey de los cielos, por su infinita clemencia, haga vivir y reinar largamente, y prospere á vuestra magnificencia con acrecentamiento de su Real Corona. Escrita en Zaragoza á siete días de Noviembre del año mil cuatrocientos y catorce.—Alphonsus Primogénitus» (1).

Las seguridades del joven, en lo referente á los judíos, no parecieron al rey satisfactorias, pues con fecha 14 de Noviembre de 1414 le escribió desde Montblanch que obligara seriamente á los judíos á

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

asistir á los sermones. ¿Intentaron estos sustraerse á esta obligación con ofrecimientos de dinero ó de otro género?—Todo es posible, y el príncipe Alfonso se vió obligado á disculparse ante su padre.

«He oído decir que me habian acusado en vuestra Corte de haber dispensado á los judíos de la asistencia á los sermones del maestro Vicente, y que éste habia dicho públicamente en el púlpito que yo habia recibido dinero con ese objeto, como también algunos de mis consejeros. Mucho me ha afligido, excelentísimo Señor, esta malevolencia hácia mis consejeros y hácia mi, sobre todo en cosa tan notoria, y me afirmo de nuevo en lo que ya he escrito á Vuestra Majestad, de lo cual podéis cercioraros, es á saber: que asisto siempre personalmente á dichos sermones y obligo á que asistan á los judíos y á los moros siempre que lo juzgo conveniente, en tales términos que un día que llegaron tarde, el maestro Vicente, previo mi consentimiento, les impuso públicamente una multa de 1.000 florines, y aunque la Sinagoga es pobre, he hecho que se pagara. Nada deseo más que complacer al maestro Vicente, el cual por otra parte es tan digno de ello, que hasta en esta ocasión llegó á pedir que se dispensara á los judíos de pagar tan crecida suma. Comprenderá Vuestra Majestad que no hubiera yo obrado de este modo, si hubiese dejado corromper mi conciencia por dádivas de dinero. Y suplico á Vuestra Majestad que averigüe quienes son los que así nos han calumniado á mi Consejo y á mi y les imponga el castigo que merecen.—Zaragoza 18 de Noviembre de 1414.»

La antigua ciudad de César Augusto sólo ha guardado un confuso recuerdo de Vicente Ferrer, pues aunque como toda España vió los trabajos del Apóstol, deja en su ingratitud que el tiempo y las revoluciones consumen su obra de ruina.

Abrigados tras de sus montañas, España y sobre todo Aragón, era el país de las obras maestras del arte paciente, y los esmaltes, los ricos objetos de plata, las bibliotecas inestimables hacían de Zaragoza una ciudad notable. La catedral y Nuestra Señora del Pilar son monumentos tan hermosos como el mejor en su género, pero un progreso mal entendido relega á un segundo término estos inestimables tesoros, á lo que sirve en parte de consuelo el cambio de nombre de la calle de Predicadores, transformado en *Calle de la Democracia*. Poco á poco el sudario del olvido va cubriendo las tradiciones y los recuerdos. Los archivos del Cabildo, tan ricos en otro tiempo, apenas conservan algunos restos: en el Ayuntamiento no hay nada: la Aljafería de los moros, palacio en que fueron coronados los reyes

de Aragón y especialmente Fernando de Antequera, está convertido en cuartel, desapareciendo los soberbios techos bajo las pilas de armas. Toda una acera de la arteria principal de la población estaba ocupada por el palacio de la Inquisición, que hoy sirve de cárcel, y el hermoso convento de Santo Domingo, inmensa ruina que se ha procurado utilizar con mal gusto, y cuya monumental iglesia, cadáver espanzurrado, sirve hoy de cochera.

Los viejos recuerdan una estatua de San Vicente Ferrer que había en la esquina del convento, desde cuyo sitio predicaba á la multitud, y que desapareció en 1838. Ya en 1820 vieron con sorpresa los zaragozanos, el día mismo de su fiesta, que dicha estatua estaba sin cabeza porque un pobre loco creyó que con este acto salvaje haría avanzar la civilización. Este hecho impresionó de tal manera al dominico que había de pronunciar el panegirico del Santo, que murió el día siguiente.

En el museo provincial se encuentran un retrato y un bajo relieve representando al Santo; este bajo relieve formaba parte de la puerta del colegio fundado bajo su advocación.

«Este colegio, dirigido por los dominicos, tiene mucha importancia. Fué fundado en 23 de Octubre de 1584 bajo el nombre de San Vicente Ferrer y hay en él ordinariamente catorce ó quince Padres profesores, siendo frecuentado por los estudiantes más distinguidos, precisamente á causa de la enseñanza dominica.» (Lanuza, Historia de Aragón, tomo último, p. 82.)—No debía tratarse en este caso de una enseñanza puramente teológica.

Hace algunos años fué llamado un pintor del país, Montañés, para restaurar unos frescos que había en lo que fué sinagoga, que representaban una reunión de judíos escuchando á un predicador. Sin duda sería un monumento que recordara la predicación de Vicente Ferrer.

Aunque los recuerdos materiales de éste sean relativamente escasos en Zaragoza, no puede dudarse que su palabra debió producir admirables frutos allí, como en todas partes.

El Síndico real dió cuenta al rey del estado de las cosas en la siguiente carta:

«Muy alto Príncipe y victorioso señor.

Con la humilde y más rendida reverencia que se debe á vuestra alta Señoría, repito lo que por dos veces difusamente os he participado del buen estado de esta ciudad, cuya mejoría se conoce procede de la merced de Dios y vuestra, mediante vuestras disposiciones

y los sermones del Maestro Vicente, quien ha predicado altamente contra los abusos y vicios que se toleraban, en particular contra el comercio de cristianos con moros y judíos, de que se originaban graves daños y abominables delitos. Aseguró que estos infieles tenían parte con las cristianas; y aun tenían hijos de ellos, creyendo los maridos ser propios. Sobre esto pidió á la ciudad pusiese remedio, y lo pusieron luego el Zalmedina y Jurados, con otras ordenanzas muy del servicio de Dios y vuestro. Hicieron pesquisa de los delinquentes, y hallaron un mozo con ganzúas para hurtar. También tres testigos depusieron haber visto salir por los terrados de una cristiana á un moro, y ella lo confesó de llano. Lo que se comprobó, y también por estas vías constó ser verdad lo que predicaba el Maestro Vicente. Fecha en Zaragoza á treinta de Abril de mil cuatrocientos y quince.—Nicolás Burjes» (1).

Por su parte Fr. Juan García, su compañero, que después fué obispo de Mallorca, declaró como testigo en el proceso de canonización y dice: «La predicacion del maestro Vicente convirtió totalmente las sinagogas de Daroca y de Alcañiz y además abrazaron la fé cristiana la mayor parte de los judíos de Zaragoza, de Calatayud, de Huesca y otras ciudades, y lo mismo hicieron una porcion de moros. Además, apaciguó las discordias que reinaban por todas partes.»

En los sermones manuscritos que se conservan en la catedral de Valencia hallamos unas palabras que nos sirven de dato respecto á la permanencia de Vicente Ferrer en Zaragoza: «Pensaba partir hoy de ésta, pero á petición de los magistrados de esta ilustre ciudad y atendida la devocion del pueblo, me detendré hasta la Epifanía, y no más, porque me hago viejo y tengo aún mucho camino que andar anunciando á todos el fin del mundo que se aproxima.» (Sermón del primer domingo de Adviento).—Había llegado á Zaragoza, á principios de Noviembre de 1414.

En uno de sus sermones se desató contra los pordioseros que abusaban de su nombre.

«Nuestro Señor Dios ha hecho una gracia en esta ciudad, más que en ninguna otra que he estado, pues en ninguna se ha hecho tanta limosna como aquí, porque, entre otros, hay un hombre en esta ciudad que tiene abierta su tienda de paños para todo hombre que se quiera vestir por amor de Dios. Pero os quiero avisar que por

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

nuestra doctrina muchos y muchas han tomado el hábito de nuestra compañía y se van á vosotros, diciendo: ¡eh, Señor! dadme posada, que yo soy de la compañía del Maestro Vicente. Yo os digo que no son de la compañía, antes son ladrones y robadores: no los recibais si no van con el regidor de la compañía, y así no os dejeis engañar, que son grandes ladrones. La gente de nuestra compañía ya tiene su regla, y por nada la romperán. Otros van con el hábito de la compañía y piden limosna con los siete Salmos, y no saben leer. Os diré ahora una maravilla.

»Anoche recibí un correo de Daroca, que ha venido en menos de veinte horas, avisándome que un hombre que se partió de esta ciudad, llamado Bernat Aguiló, fué á Daroca y ha hecho una letra falsa de mi parte, diciendo así en suma: *Honorables señores; yo, Maestro Vicente, os he prometido de ir ahí saliendo de Zaragoza, y la gente de nuestra compañía está pobre y enferma y habrá menester que vestir. Sea de vuestro gusto el socorrerlos, etc.* La ciudad dió providencia para que se buscasen paños, pero él dijo: No, no; dadme dineros de contado. Quería marchar, pero dijo uno de la ciudad: Señores, enviemos un correo al Maestro, y sepamos si es así ó no, y tengamos á este hombre guardado hasta que tengamos de él la respuesta. Yo les he respondido que todo es falso, etc. Ahora yo pienso que al buen hombre le harán un jubón trepado para Navidad. (*al bón hóm pens yo que li farán un jubó trepat pera Nadal*). Esto os lo digo porque no os dejeis engañar. Más; á Medina del Campo han ido dos religiosos con poder mio para absolver, por hacer dineros, y todo es falso. Esto es más; mujeres ramerae toman el hábito de nuestra compañía, y hacen su pecado por difamar, etc. Tened esto por regla, que ningun hombre que os pida cosa, ora sea de la compañía ó no, para disciplinas ó de otra manera, no les tengais por hombres de nuestra compañía, porque nosotros tenemos la forma de la compañía de Jesucristo, y no pedimos cosa; pero si algún malvado quiere ser Judas, hartadlo de puñadas y echadlo de casa, y no recibais á ninguno sin el regidor» (1).

Vicente Ferrer evangelizó en Aragón desde los últimos días de Septiembre de 1414 á Junio de 1415, período relativamente largo, pero hay que tener en cuenta que Aragón era el centro de la nueva monarquía que había que establecer sobre una base segura, para que las demás provincias tuvieran confianza en ella.

(1) He copiado íntegro de Vidal y Micó este pasaj: del sermón del Santo que el autor inserta incompleto. (N. del T.)

En cuanto á los hechos que realizó, debemos atenernos á la afirmación de Zurita, según el cual las florecientes sinagogas que cubrieron todo Aragón, fueron desapareciendo una tras de otra, convertidas en su mayor parte, sin violencia alguna, en santuarios católicos.—«En 1414, estando Pedro de Luna en Tortosa, muchos judíos de Calatayud, de Daroca, de Fraga y de Barbastro, en número de unas 120 familias, pidieron el bautismo; las aljamas de Caspe, de Alcañiz y de Maella se hicieron cristianas, imitándolas en breve las de Lérida, de Tamarit y de Alcolea; en junto unos 3.000 conversos.» (Añales de Aragón, lib. XII, cap. 45).

Parece que los historiadores, fatigados de repetir los mismos hechos, se limitan á estampar cifras.

Los puntos extremos de este apostolado son Huesca al Norte, Teruel al Sur, Tarragona al Este, Calatayud al Oeste.

Calatayud, la antigua *Bilbidis Celtibérica*, patria de Marcial, es una excepción en cuanto á la escasez de detalles, gracias á un historiador del mismo país, D. Vicente de la Fuente, que ha reunido los restos de los archivos.

«En 1415, dice, predicó aquí el Apóstol Vicente Ferrer desde un púlpito colocado en la plaza del mercado, según tenía por costumbre, convirtiendo á un judío muy sabio, llamado maestro Jucejumiel, al que la ciudad le costeó un traje completo. Al Santo se le gratificó con una trucha que costó cinco sueldos y seis dineros, suma considerable en aquella época, en que el jornal de un peón sólo era de seis dineros. Por la historia del convento de esta ciudad sabemos que predicó principalmente en la iglesia de San Andrés, y en el púlpito de esta parroquia se ha colocado su imagen ante la cual se hacen plegarias, según el rito doble, celebrándose anualmente una novena solenne.

»También predicó desde un balcón que da á la plaza del mercado frente á la casa Consistorial (entonces palacio del Alcalde), conservándose en dicho sitio un cuadro conmemorativo, ante el cual, hasta el año 1835, se rezaba el rosario la víspera de la Ascension y de Nuestra Señora del Rosario, predicando siempre un Dominico.

»Pero como no cabia en las iglesias la multitud, cada dia más afanosa de oírle, ni aun en la plaza del mercado y las calles adyacentes, tuvo que predicar en las planicies inmediatas en las afueras de la población, una junto á la puerta de Zaragoza, que domina el valle de la Longia, y otra detrás de una roca, en una ondulacion de la colina contigua á la cuesta llamada *del cenacho*.

»Un día, durante el sermón, cayó un niño en una barranca muy profunda, y cuando todos creían que se había destrozado, se levantó riéndose de su torpeza.

»Para perpetuar el recuerdo de sus predicaciones ha levantado en estos sitios la devoción de los fieles dos monumentos decorados con su imagen, los cuales aun subsisten y llevan su nombre.»

Y el autor se complace en relatar algunos milagros póstumos de San Vicente Ferrer.

»En 1730, Felipa Gil, de edad de 54 años, advirtió un día que los techos y el tejado de su casa se movían, amenazando ruina, y lo advirtió á su marido, el cual se salió inmediatamente, pero ella se entretuvo en guardar en un cofre ciertos objetos que había en una alacena y en este momento se hundió el techo, teniendo apenas tiempo para gritar: «¡San Vicente, asistidme!» Acudió su marido, creyéndola aplastada, y vió que se levantaba de entre los escombros llena de polvo, pero sin otra lesión que algunos rasguños insignificantes, reconociendo en ello la protección del Santo.

»En 1738 cayó María García de lo alto de la columna de San Vicente al fondo del barranco, ó sea una altura de 50 metros, y habiendo invocado al taumaturgo los testigos del accidente, corrieron á levantar á la joven, viendo con sorpresa que no tenía daño alguno.»

Y este otro que habla con gran elocuencia.

«María Martínez, el año 1731, parió día de San Vicente Ferrer un niño monstruoso, porque estaba hinchado, cárdeno, frío y á su parecer muerto; de suerte, que lo quitaron de su presencia para que no se afligiese con su vista. Ella, á sus solas, rogaba á San Vicente por el niño, y decía que su hermana la había engañado, diciéndole que tuviese más devoción á San Vicente que á San Ramón Nonat, pues en este conflicto no la socorría, y dijo á San Vicente: «Santo mio, dadle vida para que reciba el bautismo, despues siquiera muera; si no me socorreis, no tengo más de ir á misa á Dominicos, ni me engañarán más estos frailes con su Santo, pues no es tan gran milagrero como dicen». — No sólo vivió el niño, sino que fué bautizado y fué hermoso como un sol» (1).

Todos estos recuerdos desaparecieron en 1835, pero aun se ven de lejos los pilares que los conmemoran. La arquitectura es grosera, distinguiéndose apenas uno de ellos de las rocas naturales en forma

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

de agujas esparcidas por los abruptos cerros que dominan la antigua y curiosa ciudad de Calatayud. En una abertura, por la que se ve el cielo azul, se levanta la estatua de San Vicente Ferrer.

Otra estatua del mismo se conserva, sin embargo, por razones fáciles de comprender, pues domina la esclusa llamada, desde que pasó por allí, la Exclusa santa. Por bajo de un antiguo puente corre un torrente de estrecho cauce el cual se desbordaba con violencia al derretirse las nieves, devastando los campos inmediatos. La estatua de Vicente Ferrer se lo impide hace siglos y él obedece desde entonces.

El púlpito de la iglesia de San Andrés se hundió de viejo en 1841 y para conservar su memoria se colocó en el sitio que ocupaba un cuadro que representa al Santo con esta inscripción: *El angel del Apocalipsis San Vicente Ferrer predicó en este púlpito por los años 1415.*

Por lo demás, Calatayud y toda esta parte de Aragón, llamada *Tierra Baja*, son tan devotos de San Vicente Ferrer como el reino de Valencia.

La historia del convento de Calatayud, que es muy completa, nos ofrecerá aún en más de una ocasión preciosas noticias. Este convento, fundado bajo la advocación de San Pedro, mártir, fué objeto de la predilección de Pedro de Luna, que había nacido cerca de allí, debiéndose á él la magnífica iglesia ojival destruida en 1848, que hizo construir á sus expensas, y en la que su familia tenía su panteón.

De los nueve meses empleados en evangelizar Aragón sería preciso deducir el tiempo invertido en un viaje á Bolonia, si fuéramos á dar crédito á una relación que tiene todos los visos de verídica y que es una verdadera curiosidad bibliográfica, de la cual hablaremos en pocas palabras.

El historiador italiano Téoli, erudito en lo que concierne á su patria y ordinariamente bien informado, ha descubierto un opúsculo escrito por un boloñés, Alejandro Macchiavelli, en el que se refieren minuciosamente el viaje, las predicaciones y los milagros de Vicente Ferrer en Bolonia en 1415, y orgulloso con su hallazgo, excusa á los bollandistas de no haber tenido conocimiento de este precioso trabajo. ¿Se trata de una de esas elucubraciones fantásticas familiares á los italianos?—Es de temer así. De todos modos el lector podrá juzgar consultando el *Cartulario*, en donde se ventila extensamente este punto de historia.

¿Habría hecho Vicente Ferrer una rápida excursión hasta Bolonia mientras el rey Fernando terminaba el asunto del conde de Urgel?—

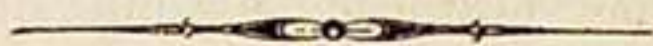
No existe huella alguna de tal viaje, ni á la ida ni á la vuelta, y no se explica uno cómo hubiera podido realizarle, á no pensar en sus alas y en ese entusiasta panegirista que entre dos puntos de sermón le hace ir de Cataluña á Andalucía, recibir las órdenes del rey y volver. Sin embargo, en rigor y hablando en absoluto, es posible. Y además, se resiste uno á imaginarse un hombre capaz de inventar con la mayor desfachatez los nombres, las fechas, los libros, las academias y hasta la *Influenza*.

Por otra parte, el abogado Macchiavelli fué enterrado honrosamente en nuestro convento de Santo Domingo, en Bolonia, y sobre su sepultura se grabó un soberbio epitafio, habiendo gozado durante su vida de esa fácil reputación que otorgan las ciudades á aquellos que las ensalzan.

Para dar á conocer su manera de escribir la historia, diremos tan sólo que ha creado dos santos, ambos de su familia y de su nombre; los dos son Macchiavelli, los dos Alejandro; el uno Carmelita, que murió en Palestina en 1300 en olor de santidad; el otro Dominico, maestro en teología, delegado de Eugenio IV, fallecido en 1431, que no figura en ninguno de nuestros catálogos. Los bollandistas cayeron en el lazo y un destino fatal les hizo encontrar este Macchiavelli, como les sucedió en su pesada discusión acerca de Santo Domingo, de modo que hay que ver como le maltratan en el apéndice del 26 de Octubre (volumen LX, *Acta Sanctorum*, pág. 170) á propósito de estos dos bienaventurados de su invención: «Nos esforcemos en demostrar que estas fábulas asquerosas y estas odiosas mentiras han sido descubiertas, etc.» «*Ymmo etiam estendere conabimur putidas fabulas et nefanda mendacia hic nobis esse obvia.*»

Convengo en que la verdad es á veces dura y á los boloñeses les costará trabajo perdonar á la crítica sus brutales exigencias. ¡Se comprende tan bien que Vicente Ferrer quisiera antes de acostarse en su sepulcro visitar el sepulcro bendito de su padre Dominico! tanto más, cuanto que en breve hablaremos de un dulce episodio que se parece mucho á una visita.

En todo tiempo se ha tributado en Bolonia un culto muy vivo á San Vicente Ferrer, y cuando se le canonizó se hicieron espléndidas fiestas en la hermosa basilica de San Petronio, en la que se halla su altar detrás del púlpito y su retrato que le representa viejo, como debía ser en 1415, tres años antes de su muerte. En el convento de Santo Domingo se bendice á los niños invocándole.





CAPÍTULO IX

GRAUS Y CATALUÑA

Una ciudad de otro tiempo. — Crucifijo milagroso. — Nuestra Señora de la Peña. — Gente práctica. — «La Predicadora de San Vicente». — Discipulo digno del maestro. — En Barbastro el 29 de Junio. — Mulo impertinente. — Vicente Ferrer autor clásico. — Visita celestial. — Como en el evangelio: una, dos, tres veces.

(1415)

A pesar de las dificultades de los caminos y las horribles sacudidas de las tartanas, no deja de ofrecer atractivos un viaje á Graus, pequeña población cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. El aspecto uniforme de sus casas ruinosas indica una población estacionaria, que debe haber cambiado muy poco desde la época de Vicente Ferrer. Ella comprendió al Apóstol de Occidente y entre ambos se establecieron lazos que el tiempo romperá difícilmente, como se acredita por la siguiente inscripción que hay en la parte inferior de una imagen del Santo, bastante mediana, colocada en su capilla. «En Junio de 1415 el M. R. F. M. Vicente Ferrer, en hora Santo, apóstol valenciano, movido de superior espíritu, llegó á esta antiquísima villa de Graus, hizo una fervorosa misión y en la misma estableció la penitente procesión de disciplina. Notó en sus moradores la docilidad, celo de la gloria de Dios, fidelidad á su santa ley y amor al Redentor, motivos que obligaron al Santo á desprenderse por un afecto de cariño á este pueblo del divino crucifijo que llevaba en su compañía y por el que obraba innumerables conversiones en su predicación: ofreció é

hizo la entrega de esta santa imagen de Cristo, al M. I. Capitulo de Racioneros y á presencia del muy ilustre Ayuntamiento, como arriba se manifiesta, y en el cuadro que sirve de adorno á la suntuosa capilla y tabernáculo que la gratitud de los de Grau ha construido en su parroquia del Arcángel San Miguel, su titular. Son sinnúmero los beneficios, favores, gracias y milagros que esta villa, toda su comarca y todos sus devotos han experimentado, visitando á este soberano Señor; excita mucho su culto, y obliga á la piedad divina la reverente procesión que se hace los domingos, y que tanto encomendó San Vicente, ahora patrón de Graus, por cuyo medio tiene este pueblo una sucesión de misericordias en todas las dolencias, necesidad de agua y epidemia» (1).

Merece recordarse otra calamidad conjurada. Los dos ríos *Esera* é *Isabena* que bañan el valle de Graus salen con frecuencia de su cauce, bastando entonces tomar el santo Cristo y meter en el agua el pié de la cruz para que se detenga la inundación. Este crucifijo de San Vicente Ferrer, igual al de Génova, que mide en total 1'30 metros de altura, es de madera, perfectamente conservado, incluso el paño de rica tela que le cubre, según el estilo bizantino, no pudiendo dudarse de su autenticidad, que está plenamente comprobada. Los Sumos Pontífices, especialmente Pío IX, le han concedido muchas indulgencias.

En la cofradía del *Santo Cristo* están inscritos casi todos los habitantes de Graus, y la gente de todos los pueblos de la comarca le visita con frecuencia, siendo abundantes las limosnas que se hacen y patentizándose de modo tan visible la bendición de Dios, que se llenaría un libro con la relación de los prodigios obrados por esta santa imagen. En los días 13, 14 y 15 de Septiembre se celebran en Graus todos los años fiestas populares en honor de San Vicente Ferrer y del santo Cristo.

La capilla edificada por la gratitud de los habitantes de Graus es ciertamente de mucho gusto, formando una especie de dosel de granito negro pálido con incrustaciones de mármol de diferentes colores; el techo está ricamente adornado, las columnas son esbeltas y graciosas y en el altar abundan los cirios y otras muestras de devoción.

Como el convento de Dominicos de Graus se edificó algún tiempo después, se hospedó Vicente Ferrer en una casa, que aun hoy

(1) Sanchis Sivera, (N. del T.)

venera la piedad de los habitantes, viéndose en ella su imagen y una inscripción que dice que el obispo ha concedido indulgencias á los que reciten ante esta imagen un *Ave-Maria*.

Existe en Graus el célebre santuario de Nuestra Señora de la Peña, edificado en una roca que domina la población, y convertido en fuerte por los moros. Su construcción se remonta al siglo VIII. Esta imagen, bastante grosera, fué ocultada para librarla de las profanaciones de los moros, y descubierta más tarde por un aviso celestial, pagó aquel servicio con grandes mercedes, atribuyéndole la fé muchos milagros, por lo que de la obscura gruta en que estuvo oculta por espacio de siglos pasó al altar de un templo suntuoso. Emprendedores y tenaces, lograron los habitantes de Graus para su santuario grandes favores, ganándose en él cierto día del año todas las indulgencias concedidas á los Santos Lugares y á Santiago de Compostela.

Vicente Ferrer no dejó de ir á orar en este santuario, al que conduce un camino abierto en la roca, terminado el cual se entra en una especie de claustro abovedado. Muy cerca de la cumbre y sobre una roca saliente, hay un mirador semicircular, construido sin duda alguna para que los visitantes puedan disfrutar de uno de esos encantadores panoramas que seducen á la vista porque puede fácilmente abarcarlos la mirada. Este mirador era un púlpito muy á propósito, porque los miles de oyentes podían colocarse escalonados en el valle y cubrir además la opuesta ladera, pudiendo llegar á todos la voz del orador sin necesidad de auxilio sobrenatural. Hoy se llama este mirador *la predicadera de San Vicente*.

No podemos abandonar á Graus sin venerar los restos mortales de ese compañero de Vicente Ferrer cuya cuna hemos saludado en país que hoy pertenece á Francia.

Cuando Vicente Ferrer partió de Graus estaba enfermo Pedro Cerdán, en lo cual vió el Santo una muestra de la voluntad divina, y habiéndole dejado allí, pudo el discípulo evangelizar aquella comarca durante siete años.

«Para continuar sus trabajos y en prueba del especial afecto que profesaba á esta villa, dejó el Santo en la casa de Miguel Tallada, que luego pasó á ser de Pedro Roda y hoy pertenece á Miguel Villadet, á su fiel compañero Pedro Cerdán, que murió en ella en 1422; muerte preciosa ante Dios y honrada con milagros. Cuando ésta tuvo lugar, sonaron las campanas sin que nadie las moviera; los sarmientos que le servían de cama echaban todos los años nuevos

brotos; la piedra sobre que apoyaba su cabeza, se destruyó muy pronto porque, pulverizada, tenía la virtud de curar las calenturas. Fué enterrado con toda solemnidad en el santuario de la Virgen, á la derecha del altar mayor y desde entonces no se ha interrumpido el culto que se le tributa, habiendo sido trasladado allí desde la sacristía en 1574 por el primer obispo de Barbastro, Uries, que era Dominico. Su ataúd es un túmulo de madera esculpida cerrado con tres llaves, habiendo sido respetado por el tiempo, y se refieren leyendas inverosímiles que son un testimonio constante de la fé, reconocida al austero discípulo de un maestro austero.

»El 29 de Junio de 1777 el ilustrísimo obispo de Barbastro señor S. M. Cornet, hizo abrir el ataúd y se hallaron intactos los venerados restos, de lo cual quiso que fuera testigo toda la gente que había acudido en tropel, extendiéndose un acta por el notario real del Ayuntamiento, Carlos Viniales.»—Tomado de la inscripción escrita al pié de la imagen de San Vicente Ferrer.

Así es como el historiador, siguiendo paso á paso á su héroe, va recogiendo los recuerdos, atraído á la vez por el cuidado de la exactitud histórica y por la poesía de las leyendas, habiendo demostrado varias comprobaciones que la poesía no alteraba de modo sensible la verdad. Teixidor, que también quería examinar los hechos, envió un cuestionario al Prior de nuestro convento de Graus, el P. Antonio Culla, acerca del P. Cerdan, y el Prior le respondió con fecha 9 de Marzo de 1775:

«1.º El cuerpo del bienaventurado Cerdan está efectivamente en Nuestra Señora de la Peña, siendo su sepulcro visitado diariamente por los enfermos y recobrando éstos la salud. 2.º La procesion que se celebra todos los años el 14 de Septiembre se detiene frente á la casa en que murió, con cuyo motivo se levanta allí un altar con un cuadro conmemorativo y se expone la piedra que le servia de almohada. 3.º La tradicion dice que, efectivamente, cuando murió sonaron las campanas por sí solas, y se vió una brillante llama encima del sitio en que estaba acostado sobre sarmientos, debajo de la escalera (como San Alejo), cuyos sarmientos brotaban todos los años en el mes de Enero, hasta que una sirvienta los quemó inadvertidamente. El cuerpo fué transportado á la iglesia y colocado sobre el altar mayor en una urna, y luego á la sacristía, hasta que en 1574 el obispo Uries le hizo colocar á la derecha del altar mayor, habiendo tenido lugar muchos milagros en cada traslado.»

He leído esta carta que se hallará en el *Cartulario*.

El 29 de Junio, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, estalló, cuando iba á terminar la misa, una horrible tempestad en Barbastro, chocando entre si las nubes casi á flor de tierra, azotando los relámpagos los rostros como un viento de fuego y helando de terror los corazones.

El Apóstol, tranquilo como el justo de la antigüedad, terminó lentamente el Santo Sacrificio, y despojándose sin apresuramiento de sus vestiduras, se preparó para predicar. Entristecido al ver la angustia pintada en el semblante de los asistentes, hizo la señal de la Cruz é inmediatamente se abrieron como una tela aquellas masas de oscuras nubes, dejando ver el cielo sereno.—«Dad gracias á los bienaventurados Pedro y Pablo, dijo, pues con sus súplicas han logrado apartar de vosotros una terrible calamidad. Esas nubes no eran sólo portadoras de la lluvia, sino de granizo y rayos, verdaderas piedras de fuego. Rogad, no obstante, porque antes de un año sobrevendrá otra tormenta, cuyos efectos dependerán de vuestra fidelidad.»—A los once meses justos se realizó la profecía.

En Ainsa, en el mes de Julio siguiente, acudieron á oírle diez mil personas durante ocho días sin verse saciados de sus predicaciones, habiéndose visto obligados los jurados á darle escolta por las calles para que no le ahogara la multitud. Era un éxito demasiado hermoso para que no se mezclara en él el diablo, tomando esta vez el asunto por el lado jocoso, que es una arma terrible. En lo mejor de un patético sermón se oyó el rebuzno de un mulo tan fuerte y tan perfecto que impresionó á todos los asistentes, pero se calló ante una enérgica intimación del Santo, sin que por ninguna parte se hallara al causante de aquella interrupción.

Un autor de la localidad hace mención de otro crucifijo dejado también allí por el Santo, el cual parece que les dijo: «Organizad procesiones de penitencia todos los domingos de Cuaresma, y si os amenazan desgracias públicas llevad este crucifijo.» Desde entonces le llevan efectivamente en peregrinación hasta el monasterio de San Victoriano, situado en las montañas.

«Desde Ainsa, dice el historiador de Ribagorza, vino el Santo á Benabarre, nuestra capital, alojándose la noche que precedió á su entrada en la propiedad de José Clemente Piniés, en la que se conserva aún con gran respeto la cama en que descansó. Esta propiedad, que se llamaba Mas de la Pudeola, cambió su nombre por el de Mas Ferrer después del paso del Santo, y éste le vaticinó que jamás se experimentaría en ella la pobreza. En agradecimiento se

celebra en ella su fiesta el 5 de Abril con toda la solemnidad posible, dando de comer en ese día á todos los pobres que se presentan.

»En este país se refieren otros muchos prodigios familiares obrados por el Santo en favor de sus huéspedes.

»En Benabarre se hospedó con sus hermanos en casa de Linares, que también le quedó deudor de un especial beneficio. En Fonz hizo una profecía memorable y muy grata, á saber: que ninguno de sus hijos moriría en el campo de batalla. En todos los pueblos de este país por donde pasó hizo innumerables conversiones, restableció las buenas costumbres y enalteció las instituciones religiosas, gracias á su elocuencia y á sus milagros. (*Historia de Ribagorza*, por Maner y Siscar, t. III, p. 479).»

Ya hemos dicho que San Vicente Ferrer fué clásico hasta el siglo XVII, hecho que los autores españoles, y en especial el que acabamos de citar, han consignado antes que nosotros.

«Los admirables sermones, dice, que predicó en nuestro país San Vicente Ferrer, han sido conservados y algunos impresos en latín, notándose que creó nuevas formas de la oratoria que en el siglo último han sabido utilizar los más célebres oradores franceses, como Massillón, Bourdaloue, etc.»

En Cervera recibió la visita de Santo Domingo que creyó conveniente inspirarle personalmente confianza para los rudos y últimos combates que le esperaban, y una noche que descansaba en el convento de su Orden, vió que se abría el techo de su habitación y que dejaba ver la radiante aparición del santo Patriarca, el cual se sentó familiarmente en el borde de su humilde lecho. Vicente Ferrer se levantó y quiso besar los pies de su bienaventurado Padre, disponiéndose á vestirse, en lo cual poco había de tardar el que tiene que levantarse para Maitines, pues como dormía vestido, no tenía que ponerse más que el calzado y la capucha.—«No, dijo Santo Domingo, tú eres mi hijo querido y vengo á hablar un rato familiarmente contigo.»—Y empezó la conversación.

El bienaventurado Patriarca se aseguró ante todo de lo principal; de su eterna salvación, y luego se animó la conversación, que continuó hasta la madrugada, y como el murmullo de ella atrajera la atención de los demás religiosos, fueron á la puerta de la celda, en donde se detuvieron heridos por los brillantes rayos de luz que filtraba por las rendijas. Interrogado el Apóstol, tuvo que confesar el hecho, porque es un deber el revelar la gloria de Dios, y Pedro de Moya, uno de los testigos del prodigio, no hubiera dejado de hacerlo.

Razzano, que habitualmente emplea un estilo sobrio, se eleva en esta ocasión hasta el entusiasmo: «Hay un hecho, dice, digno de memoria y que absolutamente no puedo pasar en silencio, porque es un admirable testimonio de la veneración que inspiraba nuestro Héroe aun á los habitantes de las regiones celestiales... En Cervera, en Cataluña...» Y refiere extensamente la entrevista nocturna de los dos Santos.

Este convento de Cervera, edificado en 1318 en el sitio que antes ocupaba una mezquita, tuvo su período de gloria cuando Felipe V trasladó á él la Universidad de Lérida, y hasta 1835 se conservó religiosamente la celda de Vicente Ferrer con la tradición referente á la misma. «*El convento está hoy completamente arruinado, dice una carta de la localidad. En la hecatombe sacrilega de 1835 no hubo víctimas, ni escenas sangrientas que lamentar: el pillaje y el incendio fueron las hazañas que desplegaron nuestros héroes en aquella saturnal fornada.*»

A cuatro leguas de Cervera se halla la aldea de *Santa Coloma de Queralt*, adonde llegó providencialmente el Apóstol el día en que tenía lugar la recepción solemne de las reliquias de la santa patrona del pueblo, alcanzando el mismo éxito que en todas partes, en recuerdo de lo cual se ha dado su nombre á la plaza en que predicó.

Se comprueba su presencia hasta Conflans, cerca de la frontera francesa, en Agosto de dicho año 1415, por cuyos sitios había una cartuja célebre llamada *Scala Dei*, hasta la que siguió la multitud á Vicente Ferrer. Allí predicó éste, y luego rogó al portero que diese de comer á aquella gente, que ascendía á algunos miles de personas, agotándose en seguida todas las provisiones del convento... Lo que entonces ocurrió puede leerse en el Evangelio de San Mateo, capítulo XV:

«El maestro llamó á sus discípulos y les dijo: Me da lástima esta multitud; persiste en seguirme y no tengo qué darles á comer y sin embargo, no puedo despedirla así, porque muchos de ellos se morirían de hambre por el camino.—«Pero, dijeron los discípulos, en este desierto ¿dónde podremos encontrar bastante pan para tanta gente?»—Entonces el maestro preguntó: «¿Cuántos panes teneis?—Siete y algunos peces.—Haced sentar á la multitud.» Y tomando los panes y los peces, dió gracias, los bendijo y los entregó á sus discípulos para que los repartieran y todos comieron y quedaron saciados y con los restos se llenaron siete cestas, siendo el número de los que comieron 400, sin contar las mujeres y los niños.»

No causa sorpresa el leer que aquella multitud, maravillada, hizo pedazos la capa del taumaturgo para guardarlos como reliquia. La parte de ella que pudo preservarse del destrozo se conserva religiosamente en el monasterio, así como la disciplina que los Cartujos pudieron sustraer, y Diago afirma haber visto estos objetos en 1600, diciendo que la disciplina es una cuerda con seis nudos revestidos de hierro. Los pedazos de la capa tienen la virtud de curar la rabia, de lo cual no hay que burlarse, pues los que se burlan adquieren la enfermedad y así le sucedió al Alcalde de Gandesa, como se recuerda muy bien.

Debido á las oraciones de Vicente Ferrer, se renovó casi diariamente este prodigio de la multiplicación de los alimentos en este periodo de su vida, lo cual era un poderoso antidoto contra el olvido, porque esta clase de milagros se borra difícilmente de la memoria de los hombres. Pero además en este caso lo sorprendente é inaudito es que el milagro perseveró durante largos años, como vamos á ver.

«Yo iba en la comitiva del maestro Vicente, dice un testigo, cuando llegamos á un pueblo de Cataluña que se llama Villalonga en número de unas mil personas, en donde un caballero llamado Saint Just le ofreció un refrigerio á él y á los que le acompañaban. Esto ocurrió en el mes de Agosto, y yo vi á ese caballero y hablé con él. Trajeron el vino ofrecido en una vasija que contenía medio tonel y bebimos de él, primero el maestro Vicente, y luego todos los demás, viéndose al terminar que la vasija, que era lo que en catalán se llama una *portadora*, estaba todavía llena, como si nadie hubiese bebido.

»Al llegar el maestro Vicente al pueblo de San Martín, distante tres millas, vió que se le acercaba aquel hombre caritativo y le dijo: «Id, dad de ese vino á todos los que os lo pidan.» Diez años después vi á ese sujeto y aun daba de aquel vino á todos los enfermos y, cualquiera que fuese su enfermedad, todos sanaban, y asegura por la salvación de su alma que daba todos los días sin que disminuyera lo más mínimo.

»Fui testigo de este milagro el año 1415.— «*Et dixit per animam suam numquam minnebatur vinum; et quod quotidie distribuebat, et non deficiebat. Hoc miraculum dixit testis ipse vidisse in anno MCCCCXV.*»
Declaración del obispo de Telesia.

«Yo iba por Cataluña acompañando al maestro Vicente cuando llegamos á un lugar situado entre los pueblos de la Rocha y San Solon, fatigados y hambrientos. El maestro Vicente, poseído de tris-

teza, tomó una senda escarpada, que conducía á un bosque, cerca de cual se veía una pequeña casa y nosotros le seguimos. Sentóse debajo de una encina y mandó que todos nos sentáramos para descansar un poco, cuando al cabo de un instante vimos desembocar por todas partes gentes que traían comestibles en tal abundancia que todos quedamos saciados, atribuyendo el hecho á milagro. Éramos 2.500 personas.» (Declaración del mallorquin Antonio Rocés).

Este último prodigio es objeto en el proceso de Nápoles de un artículo especial y en el oficio de San Vicente Ferrer hay un responso que le da toda la autoridad de la liturgia.

Res igitur digna spectaculo:
Ab ignotis quando vectoribus
Allatos panes tradidit populo
Degenti secum in memoribus...
Tunc exultant vivorum millia,
Dum intuentur viri magnalia.

Es el hecho en si relatado en versos bastante malos.

A pesar de estos asombrosos milagros, no habían terminado las conferencias de Morella y en virtud de una nueva orden del rey se dirigió Vicente Ferrer á Barcelona, en donde debía embarcarse para Niza.

Dejaba á España para no volverla á ver, pero este dolor no era tan grande, como el sentimiento que experimentaba por la desgracia de esta patria de las almas que se llama la Iglesia.







CAPÍTULO X

CONCILIO DE PISA

El cisma á vuelo de pájaro.—Intrigas deplorables.—Desconfianza mútua de los Pontífices.—La tierra y el agua.—Manera brutal de terminar.—El concilio de Pisa: Tres Papas.—Bonifacio Ferrer en Pisa.—Embajada en movimiento.—Lo que debe pensarse del concilio de Pisa.—Juan XXIII.—Adónde llevan los cismas.

PARA comprender los hechos importantes que se van á realizar y para los cuales tomó ya nuestro Héroe su puesto definitivo en la Historia, es preciso trazar á vuelo de pájaro las evoluciones del gran cisma.

Cuando se supo la evasión de Aviñón, el duque de Orleans hizo pedir los votos por escrito al episcopado francés, y habiéndose declarado la mayoría de los obispos por volver á la obediencia Aviñonesa, Carlos VI, fiel á su conciencia, adoptó esta opinión sin mira ulterior, haciéndole Benedicto XIII por su parte las más halagüeñas promesas, que se apresuró á olvidar.

Bonifacio IX, por el contrario, hubiera cedido, á no impedírselo los que le rodeaban, según cuenta Froissard, con referencia á Pedro de Ailly, que fué á Roma en 1398: los romanos temían que el Papado se alejara de nuevo de la ciudad y le dijeron á Bonifacio: «Santo Padre, vos sois el verdadero Papa y estáis en posesión de la herencia y patrimonio de San Pedro; no sigáis los consejos en contrario y permaneced aquí, pues sea quien quiera el que os amenace, nosotros estaremos á vuestro lado y expondremos nuestras vidas y haciendas en defensa de vuestros derechos.—Hijos míos, respondió el Pontífice, estad tranquilos y seguros de que seguiré

aquí siendo Papa y que cualesquiera que sean las proposiciones que me hagan ó proyectos que tengan los reyes de Francia y Alemania ó sus Consejos, no me someteré á su voluntad.»

A pesar de todas estas incertidumbres, el papado seguía siendo en Europa el árbitro del derecho público, y por aquí puede juzgarse el crimen que cometían los que debilitaban su prestigio. El Pontífice romano podía destituir al Emperador, y destituyó realmente al indigno Wenceslao, al que sucedió Roberto de Baviera, elegido el 20 de Abril de 1401.

Este acto de vigor presagiaba un triunfo definitivo, cuando una intriga refinada de Benedicto XIII frustró tales esperanzas. Envió á Roma unos nuncios encargados de cansar á Bonifacio, de arrancarle su dimisión por todos los medios posibles, pero con absoluta prohibición de ceder por su parte en lo más mínimo. Dichos nuncios empezaron por negarse á considerar á Bonifacio como Papa, con pretexto de igualdad de derechos, lo que irritó á la corte romana, y luego propusieron varios arreglos perfectamente estudiados en la forma, pero inaceptables en el fondo. El Pontífice sentía que se apoderaba de él una violenta cólera; pero ellos, representando su papel hasta el fin, simulaban un gran sentimiento por sus negativas y le rogaron que expusiera sus pretensiones, á lo cual respondió el Pontífice que, habiendo recibido su potestad de Dios, todos debían someterse á ella, y que Benedicto XIII era un hereje y un infiel. En seguida se levantó y salió de la habitación, falleciendo dos días después, el 1.º de Octubre de 1404.

Los Cardenales Romanos, testigos de la evidente mala fé de los nuncios de Aviñón, se apresuraron á darle un sucesor en la persona de Cosimo Migliorati, Inocencio VII, que tuvo que defenderse de horribles atentados, quedando abierto el camino de las revoluciones, gracias á ese cisma tan prolongado.

El nuevo Pontífice era un hombre sabio y virtuoso. En dos cartas, que fueron consideradas en Francia como la expresión fiel de la verdad, declaraba que ni él, ni algún otro de los cardenales de su obediencia hubiera sido promovido al papado, si se hubiera podido alcanzar de los embajadores de Benedicto XIII una promesa formal de abdicación.

Saliendo de Aviñón, marchó éste á Italia, reuniéndose en Génova con Vicente Ferrer por Pascua de 1405. Aunque pertenecía á Francia, era Génova una población italiana, y dando á entender que se aproximaba á su rival, iba tanteando el terreno, para lo cual pidió á



El B. Pedro de Luxemburgo.

Inocencio una entrevista y ofreció salvoconductos como un jefe de ejército. No se equivocaba Inocencio, pero las masas siguen al que más se mueve, y si Benedicto no hubiera perdido el tiempo esperando al duque de Anjou, un atrevido golpe de mano hubiera producido en Roma una revolución que facilitara la entrada de los Colonna en su nombre; á lo menos juzgando según los cálculos humanos, pero sin duda Dios se burlaba de estas intrigas bastante miserables.

Marchó de Génova huyendo de la peste y ya le hemos visto vagar por las orillas del Mediterráneo.

En Niza recibió la visita de Coleta de Corbie, cerca de Amiens. Esta santa joven, que con los otros dos santos Pedro de Luxemburgo y Vicente Ferrer, sostenían de un modo anómalo este deplorable cisma, iba á pedirle los poderes necesarios para la reforma de las Clarisas, que llevó á cabo.

Pedro de Luxemburgo, perteneciente á esa ilustre familia que ha dado cuatro reyes y tres emperadores, acababa de terminar en París sus estudios eclesiásticos. La pureza de sus costumbres y su piedad angelical llamaron la atención de Clemente VII que le confió, siendo aún muy joven, la diócesis de Metz y poco después le creó cardenal, siendo esto motivo para que el joven redoblara sus austeridades, que le abreviaron la vida, mereciendo ser colocado entre los bienaventurados. Esta apacible figura calma, como la vista de una flor celestial, la impresión que nos produce el triste espectáculo de las luchas humanas.

Las peregrinaciones de Benedicto XIII fueron mal vistas en Francia y de nuevo se habló de abandonarle. Sin embargo, para no separarse de la prudencia que exigían negocios tan graves, se reunió en Noviembre de 1406 una tercera asamblea de la Iglesia galicana, en la que, á pesar de los esfuerzos de Pedro de Ailly, Juvenal de los Ursinos, encargado del informe, propuso la ruptura definitiva.

Inocencio VII había fallecido en Marzo de 1406, y Roma, assolada por los bandos, pedía que se eligiese nuevo Papa. Quería un jefe que la defendiera, porque éste es efectivamente el medio ordinario de salvar á los pueblos, pero en este caso el mismo jefe corría peligro. Sin embargo, se vaciló, y quizás una carta oportuna del rey de Francia y una embajada de Florencia hubieran logrado que se dilatase la elección. Sea lo que quiera, fué elegido Angelo Corrario, Patriarca de Constantinopla, con el nombre de Gregorio XII, y ya entonces las declaraciones fueron más terminantes, comprometiéndose solemnemente ambos Pontífices á abdicar, si

uno ú otro moria ó abdicaba y, cosa nueva y más importante, á reunir los cardenales de ambas obediencias y no crear otros nuevos si no para equilibrar los votos.

Gregorio XII, de edad de setenta años y de un carácter leal, deseaba mucho la unión y escribió al rey de Francia, á los demás príncipes y á las Universidades cartas apremiantes en las que decía que, si preciso era, iría á pié á Aviñón; así es que se creyó llegado el momento de que se restableciera la paz. Benedicto XIII leyó estas cartas en pleno Consistorio y se mostró admirado, respondiendo poco después en los términos que se deseaba y añadiendo que, como le quedaban pocos días de vida, era preciso apresurarse. Hallábase entonces en Marsella, adonde le envió Gregorio un sobrino suyo y se entablaron cortesés preliminares, conviniendo en que ambos Papas se reunirían en Savona.

Para aprovechar tan favorables disposiciones envió Francia una embajada á los dos Pontífices, compuesta de siete arzobispos ú obispos, de nobles, de abades y de los sabios más célebres, entre ellos Gerson. Benedicto XIII les recibió afablemente, aseguró que aceptaría la *via cessionis* (la dimisión) con preferencia á cualquiera otro medio y produjo con su elocuencia la impresión habitual; pero cuando se le pidió que redactara una bula en este sentido, contestó que bastaba su palabra, y cuando se le propuso reunir á los cardenales de las dos obediencias dijo que no era menester darse tanta prisa. Se mostraba su antigua obstinación.

No logró mejor éxito la embajada de Gregorio XII, pues, impulsado por los que le rodeaban, dijo que no quería oír hablar de Savona, objetando su falta de recursos y la poca seguridad que le ofrecía un país sometido á la influencia francesa. Preciso fué que Francia se comprometiera á poner á su disposición dos galeras tripuladas por gente de la confianza del Pontífice y le diera además rehenes, y como á pesar de eso aun vacilaba, se le recordaron los términos de su carta. Finalmente, á fuerza de buenas razones se decidió, pero con la condición de que tan luego llegara á Savona, se desarmarían los buques de los dos partidos. El belicoso Pedro de Luna se negó á esta exigencia, dando así fundamento á los temores de Gregorio. Evidentemente estos dos viejos estaban convencidos de que cada uno de ellos sólo trataba de apoderarse del otro.

No por eso dejó de ir Benedicto á Savona con diez galeras bien armadas, y Gregorio fué por tierra sin apresurarse mucho y procurando que se cambiara el lugar de la entrevista. Su dignidad padecía

con esta actitud equívoca, sobre la cual se chanceaba la gente de una manera irrespetuosa, diciendo que el uno era un animal terrestre y el otro un animal acuático y que ninguno de los dos quería dejar su respectivo elemento.

Entre tanto, los embajadores de Castilla emitieron una nueva idea que iba á abrirse camino: *cesión y concilio (via cessionis et synodi)*, acerca de la cual ambos Pontífices se mostraron muy reservados.

Pronto se supo que Ladislao, rey de Nápoles, aprovechándose de esta confusión, se había apoderado de la marca de Ancona y después de Roma.

Este Ladislao, álias Lancelote, era hijo de Carlos de Duras, y había sido adoptado por la reina Juana, la que, á pesar de haberse casado cuatro veces, no había tenido sucesión. Ella fué la que al principio favoreció el cisma, llamando á Fondi, á los cardenales disidentes, y en calidad de condesa de Provenza había vendido á Clemente VI el Condado Venesino por 80.000 florines de oro, contribuyendo de este modo á perpetuar la permanencia de la Sede en Aviñón, que era sólo provisional.

Habiéndose rebelado Carlos de Duras contra su protectora, revocó ésta la adopción en favor de Luis II, duque de Anjou, cuyo cambio originó la guerra, envenenada terriblemente á causa del cisma, porque Urbano VI se decidió en favor de Ladislao, como heredero de los derechos de su padre, y Clemente VII por Luis de Anjou. La reina fué vencida y ahogada entre colchones, y á consecuencia de estos sucesos se dirigió Ladislao sobre Roma.

Llegadas las cosas á este extremo, los Cardenales Romanos empezaron á separarse de Gregorio, y éste, que se había vuelto muy receloso, creó cuatro cardenales, á pesar de lo que se había convenido, de los cuales dos eran parientes suyos, y trató de intimidar á los demás con amenazas, provocando de este modo la crisis que había de dar por resultado, después de tantas agitaciones estériles, la solución del gran cisma. Siete cardenales se escaparon á Pisa, desde donde dirigieron á toda la cristiandad cartas, en las que declaraban que no habían hecho más que cumplir su juramento de preparar á toda costa la unión tan deseada; y que, si bien reconocían á Gregorio como Papa legítimo, había faltado á sus promesas. Francia apremió por su parte, manifestando á Benedicto XIII que se sustraía á su obediencia, á lo que éste contestó con amenazas de excomunión. Entonces la Universidad se declaró en su contra, se quemaron sus bulas y se maltrató á sus partidarios, publicándose los decretos reales

en virtud de los cuales quedó Francia neutral entre las dos obediencias.

Los cardenales reunidos en Pisa se trasladaron á Livornia, adonde habia prometido concurrir Benedicto XIII, pero se contentó con enviar nuncios con la misión de contesar en su nombre que el único medio de salir de aquella difícil situación era la celebración de un Concilio general. Más tarde negó haber dado semejantes poderes, y en apoyo de esta negativa convocó el Sinodo de Perpiñán en 1408, del que ya nos ocupamos.

Vueltos á Pisa, escribieron los cardenales á toda la cristiandad exponiendo la necesidad del Concilio, y en Octubre de 1408, en número de veinte, se dirigieron á los demás colegas, excitándoles á separarse de los dos Pontífices, «según el compromiso contraído de reunir ambas obediencias».

Algunos canonistas intentaron demostrar que obraban de una manera contraria á todas las tradiciones; pero, gracias á Dios, la tradición no ofrecia ejemplo de un caso semejante. La gran mayoría de los cristianos, las Universidades de Bolonia y de Paris, Gerson el primero, salieron en defensa de los cardenales de la Unión y refutaron á aquellos canonistas escrupulosos, y Enrique IV, rey de Inglaterra, escribió á Gregorio una carta muy apremiante, en la que le demostraba que este terrible cisma habia ya costado la vida á muchos miles de hombres.

El Concilio de Pisa se abrió el 25 de Marzo de 1409. Fué verdaderamente imponente, porque concurrieron á él veinticuatro cardenales, sin contar los nuevamente elegidos, cuatro patriarcas, doscientos obispos, entre presentes y representados, cerca de trescientos abades, los Generales de las Principales Órdenes, los diputados de las Universidades, los representantes de todos los principes y repúblicas de Occidente.

Sólo haremos mención de la importante sesión de 15 de Junio, en la que, después de destituir á los Pontífices por contumaces, se dispuso todo lo necesario para la elección del nuevo Papa.

Se abrió el Cónclave el mismo día 15 de Junio, y once días después salió de la urna el nombre de Pedro Philargi, arzobispo de Milán, de la Orden de Frailes Menores, el cual tomó el nombre de Alejandro V, y fué coronado solemnemente, enviando nuncios á todos los principes.

Antes de disolverse el Concilio, aprobó el nuevo Papa sus resoluciones, como también todo lo que habian hecho los otros dos

Pontífices *in foro conscientiae*, declarando luego que la cuestión de la reforma sería tratada en el próximo Concilio general, que debía reunirse á más tardar dentro de tres años. Entre tanto, deberían los prelados celebrar Sinodos particulares para reunir los antecedentes que ilustraran los puntos que se habían de discutir.

Tales fueron los actos oficiales del Concilio de Pisa, en el que, dicen, hubo otros secretos que duermen todavía envueltos en el polvo de las bibliotecas, del que saldrán más pronto ó más tarde. Entre tanto, lo más prudente es referirse á lo que relatan los que tomaron parte en aquellos acontecimientos, si su perspicacia y buena fé están libres de toda sospecha. Los juicios tardíos siempre abundan en comparaciones más ó menos interesadas.

Bonifacio Ferrer, General de los Cartujos, descansaba en su soledad, cuando recibió la orden de concurrir al Concilio de Perpiñán en 1408, y aunque suplicó que se le dejara vivir alejado de los negocios, según era su vocación, fué preciso obedecer *in virtute sanctae obedientiae*, y Benedicto XIII le envió como plenipotenciario á los cardenales de Pisa, entre los cuales estaba bien quisto porque conocían su carácter conciliador. El cardenal Brancaccio le escribió en nombre de todos:

«Reverendo Padre y muy querido amigo.

»Vuestra presencia en Perpiñán nos causa gran alegría porque será beneficiosa á los grandes intereses de que nos ocupamos. Nos parece que el pueblo y el clero están providencialmente bien dispuestos para contribuir á que tengan término nuestras largas tribulaciones, y aun cuando no hay necesidad de excitar vuestro celo por la paz de la Iglesia, os suplicamos, sin embargo, que hagáis cuanto os sea posible, ya con vuestras oraciones, ya valiéndoos de vuestra influencia con Nuestro Santo Padre, para que ninguna astucia diabólica defraude tan lisonjeras esperanzas.

»Todos estamos aquí dispuestos á continuar hasta morir la obra comenzada.

»Dispensadme si no escribo á Nuestro Santo Padre, pues sé que no recibe con agrado mis palabras, y salud de mi parte á vuestro hermano Vicente, á quien Dios quiera que me sea posible volver á ver.

»Pisa 20 Enero 1409.»

Bonifacio Ferrer pensaba asistir á la asamblea de Pisa, como los Priors de las otras Cartujas, y así lo induce á pensar el hecho de que los Cartujos celebraron un solo Capítulo después del gran cisma

y en él acordaron reconocer al nuevo Papa y hacer rogativas, no por el Papa, sino por la union. Copio de los *Anales Cartujos* la siguiente relacion, en la que se echa de ver el sentimiento de un gran cansancio y á veces cierto tinte de melancolia que hace desviar la pluma del cronista: «Cuando Benedicto XIII supo que los cardenales de la Union reunian un Concilio en Pisa, convocó en Perpiñán á los obispos y dignatarios de su obediencia, y Gregorio XII hizo lo mismo por su parte en Cividale, en el Frioul. ¡Tres Concilios á la vez, cosa nunca vista! Y solo aquel que no tenia Papa que lo presidiera, y del que los otros se burlaban, fué el que tuvo éxito.»

La actitud de los pisanos hizo fracasar estas disposiciones. Bonifacio Ferrer refiere ingénuamente todas las peripecias de su largo viaje de Perpiñán á Pisa, á través de Francia, Provenza, Génova y Lucca, durante el cual él y sus compañeros sufrieron mil contrariedades.

Detenidos en Nimes casi como prisioneros por los ministros del rey de Francia, fué precisa la intervencion del rey de Aragón para que obtuvieran un salvoconducto: en Pisa fueron silbados en las calles y amenazados públicamente, sin hallar proteccion en parte alguna, si se exceptúa un florentino que tenia negocios en España y les ofreció un asilo. «Arreglaos como podáis», les dijo la policia de aquel tiempo en substancia: *Tanta fuit commotio contra nos, quod illi cardinales et quidam Mareschallus Curiae dixerunt nobis patenter: non possumus vos defendere ab istis periculis, vos videtis.*

Ni aun pudieron más tarde salir de la ciudad sino á escondidas.

Habían llegado el 11 de Junio de 1409, y cuando pidieron audiencia, se les contestó que era demasiado tarde, y que ya no podían ser oidos los mandatarios de Pedro de Luna (no del Papa); y esto que aun no se habia abierto el Cónclave, si bien la sentencia contra los dos Pontífices se pronunció el 5 de Junio. Desde este momento los pisanos se mostraron intratables. El gran error de los Cardenales fué no esperar las contestaciones á las cartas que habian dirigido á toda la cristiandad, pues al mismo tiempo que los delegados de Benedicto XIII, llegaron á Pisa los embajadores de Aragón y de Castilla, y poco después los de Gregorio XII; los cuales no fueron mejor recibidos ni tratados.

Bonifacio Ferrer se muestra severo con esta actitud de los pisanos. «¡Qué extraño amor de la paz! exclama. ¡Así nos recibes, Congreso de Pisa, cuando acudimos á tu llamamiento, á tus ruegos!

»¿Ha existido jamás, no ya una nación, sino una secta, un rito, una autoridad cualquiera, cristiana ó pagana, que así trate á los embajadores? Si lo que éstos traen es bueno y útil, hay que aceptarlo con gratitud, si no sencillamente rechazarlo: pero eso de no oírles, excede los límites de toda inconveniencia. Y si me decís, que sabiais de antemano lo que traíamos, os responderé que eso es insensato, pues solo Dios conoce lo que abriga el corazón humano.»

Bonifacio, efectivamente, había exigido á Benedicto XIII plenos poderes para obrar en su nombre, *plenissimam potestatem et copiosissimas instrucciones tam patentes quam secretas*, ¡pero ay! preciso es añadir que el cartujo añade con tristeza: «Benedicto engañaba hasta á sus representantes: *Benedicti mens erat ipso suos legatos deludere.*»

A la mala fé de Pedro de Luna se deben todas estas miserias, pues había agotado la paciencia de todo el mundo.

Sin embargo, no habían terminado los contratiempos de Bonifacio Ferrer y de sus compañeros. Cuando quisieron visitar á Gregorio XII, retirado en Bolonia, les envió á decir el Gobernador Baltasar Cossa que por via de salvoconducto les haría quemar vivos allí donde pudiera cogerles: *Dicatis eis quod vel cum securitate vel sine illa, si illic eos possum reperire, ego tradam eos vivos igni concremandos.*

Niem dice de una manera brutal que había razón para tratar como espías á los enviados de Benedicto XIII.

¡Y he aquí lo que hacía el cisma de la Iglesia, de las almas y aun de las simples conveniencias!

Es evidente que había llegado al límite la exasperación, pues este irresistible impulso popular decia á su manera que hay casos en los que sólo pueden suprimirse las causas forzando las consecuencias, y bajo este punto de vista puede disculparse el proceder del Concilio de Pisa.

Pero no es disculpable bajo el punto de vista doctrinal, y Bonifacio tenía razón al decir que «hollaban la fé, el honor de la Iglesia, la autoridad del Soberano Pontífice, el respeto que le es debido; que se sublevaban contra el Papa y se sobreponían á él.» —Verdaderamente, del hecho del Concilio de Pisa al dogma de la superioridad del Concilio sobre el Papa no había más que un paso, y bien lo ha demostrado el Concilio de Constanza.

Las teorías más subversivas se cubrirían con el manto de la ley de la necesidad y no habría principio que permaneciera incólume. Si Urbano VI era Papa legítimo, y ya hemos probado que lo era, tam-

bién lo eran sus sucesores; por lo tanto Gregorio XII era el verdadero Papa y solo él tenía el derecho de convocar un Concilio. Él reunió de hecho el de Constanza apoyando al Emperador Segismundo y renunciando al Pontificado, y entonces y solo entonces, fué cuando confirió al Concilio el derecho de elegir un jefe. Hasta aquel momento tenía la Iglesia uno perfectamente conocido, y nadie, absolutamente nadie, podía sustraerse á su autoridad, no teniendo razón Héfélé, cuando tratando de justificar al Concilio de Pisa, sienta el principio de que no podía tener á su frente al Papa porque no se sabía quién era el Papa. Se sabía muy bien, y los cardenales de Pisa lo sabían mejor que nadie, y su deber, ya que conocían su legitimidad, se cifraba, no en obtener su aprobación, sino en obedecerle hasta el fin. Al crear un nuevo Pontífice, no hicieron en realidad más que aumentar el desorden.

Pero no puede, al parecer, ponerse en duda su buena fé; á lo menos nada demuestra que no obraran guiados por el sentimiento del deber y teniendo por mira el bien general. Los que disponen de esa cosa sagrada que se llama la autoridad, y sobre todo la autoridad divina, son los que deben procurar no turbar los espíritus.





CAPÍTULO XI

PERPIÑÁN

Baltasar Cossa — El rey enfermo en Valencia. — Dos antagonistas. — El emperador Segismundo en Narbona. — Gloriosa página de historia. — El Papa y el emperador. — Cómo se preparan los actos decisivos. — Borcoll y el estudiante. — Sermón improvisado. — Judíos molestos, aunque convertidos. — Dibújase el desenlace.

(1416)

GREGORIO XII se había limitado á pedir en la Asamblea de Cividale que se designase un lugar para la reunión de los tres colegas, prometiendo abdicar bajo condiciones que, atendidas las circunstancias, no podían ser aceptadas, y el mismo cansancio que había motivado, si no justificado, las violencias cometidas en Pisa contra los embajadores de los dos Pontífices, hizo que trataran á estos como perturbadores del sosiego público. Benedicto XIII estaba lejos; pero Gregorio XII fué víctima del resentimiento popular, viéndose obligado, para evitar los peligros que le amenazaban, á escaparse disfrazado, dejando sus vestiduras á su chambelan, que fué el que sufrió el atropello.

Ya hemos visto que Ladislao, rey de Nápoles, invadió los Estados de la Iglesia, los cuales fueron recobrados por Luis II de Anjou, á quien se había unido Alejandro V. Pero como aun no había seguridad en Roma, se retiró á Bolonia, en donde falleció á los diez meses de pontificado, dándose la tiara á ese mismo gobernador Baltasar Cossa, que tan mal había tratado á Bonifacio Ferrer, el cual tomó el nombre de Juan XXIII.

San Antonio hace su retrato con dos pinceladas: «Superior en los negocios temporales; nulo por lo que respecta á los intereses espirituales: *Vir quidem in temporalibus magnus, in spiritualibus nullus.*» Algunos cardenales que habian rehusado darle su voto decian: «Emperador tal vez, Papa no.» Juicios ciertamente severos.

Se han exagerado en gran manera su aventurera juventud y su vida escandalosa. Napolitano de nacimiento, noble, pero pobre, debió su fortuna á Bonifacio XII, que le nombró cardenal-diácono y le envió como legado á Bolonia, en donde desplegó verdaderos talentos militares y administrativos. Se le acusó de haber envenenado á Alejandro V y de haber intrigado para lograr el pontificado; pero no hay pruebas de ello, siendo solamente cierto que sus trabajos por extender el cisma le atraieron enemigos implacables en una época en que no se hacia escrúpulo de calumniar á un rival. En circunstancias semejantes no hubieran elegido los cardenales á una persona notoriamente indigna, aparte de que, conduciéndose como soldado, nada tiene de extraño que le atribuyeran las costumbres de tal y fuera poco mesurado en la imposición de contribuciones y castigos.

Sin embargo hay aqui una horrible página de historia. «Mientras Gregorio XII vagaba sin asilo como grotesco fugitivo, Luis de Anjou, vencedor de Ladislao, había recobrado á Roma para Alejandro V y en ella se instaló Juan XXIII, abandonando luego á este leal protector para favorecer á Ladislao, cuyo carácter emprendedor y poco escrupuloso conocia, á condición de que le entregara á Gregorio XII muerto ó vivo. Ladislao lo prometió todo, lo olvidó todo, dejó escapar al anciano Pontífice, se volvió contra Juan XXIII y atacó de nuevo á Roma, de la que se apoderó por asalto; arrojó ignominiosamente de alli al papa y los cardenales, saqueó las basílicas, entregó las mujeres á la lascivia de sus soldados, sin perdonar á las virgenes consagradas á Dios y cometió crueldades horribles. Disponiase á proseguir sus conquistas, cuando le envenenó una joven, de la que estaba enamorado.» (Amat de Graveson, *Historia Eccles.*, tomo II, pág. 12).

Aterrado Juan XXIII, preparó activamente, de acuerdo con el emperador Segismundo, el Concilio de Constanza, á cuya ciudad se dirigió, creó cardenales de mérito, y hasta intentó levantar una Cruzada contra los moros de España, cuyo proyecto no llegó á realizarse por la mala voluntad de Benedicto XIII.

En aquel tiempo llegó Vicente Ferrer á Perpiñán en virtud de la siguiente carta que había recibido del rey Fernando:

«Al religioso amado y devoto nuestro Fray Vicente Ferrer, Maestro de la orden de predicadores.

Como (segun entendemos que tendreis noticia) estén acordadas vistas en la ciudad de Niza por todo el Junio próximo entre nuestro Santísimo Señor el Sumo Pontífice, el Rey de romanos y Nos, para arrancar la raiz del envejecido cisma por el medio más breve; y como ya ejecuta el plazo, emprendemos con todo calor este viaje, Vos, á quien sobre esto escribe tambien el dicho Señor Sumo Pontífice, afectuosamente os rogamos y en el Señor os requerimos, que para el feliz logro de tan sumo negociado (en que son oportunas las negociaciones de los devotos fieles y en que juzgamos apreciables con exceso vuestro consejo y oraciones) emprendais desde luego el viage á Colliure y alli aguardeis al dicho Sumo Pontífice y á nos, que pasaremos á mediado Junio por esa villa; esperando en el Señor, cuya es la causa, que no aprovecharán poco vuestros loables consejos, y la atención devota de vuestros méritos. Dada en Valencia debajo de nuestro sello secreto á diez y ocho de Mayo de mil cuatrocientos y quince» (1).

Para Fernando y para Vicente Ferrer seguía siendo Papa Benedicto XIII.

El Santo se dirigió inmediatamente á Collioure, predicando por todo el camino, según las etapas que dejamos mencionadas, y apenas llegado, supo que el rey acababa de caer enfermo en Valencia á consecuencia de un enfriamiento que cogió la noche de Navidad y que presentaba síntomas alarmantes, hasta el punto que por un momento se le creyó muerto y uno de sus oficiales le cerró los ojos. Habiendo recobrado en parte la salud, pidió que la entrevista se verificara en Perpiñán, población más próxima y que se hallaba situada en sus Estados, y allá se dirigió Vicente Ferrer, llegando á fines de Agosto.

Su presencia, así como la del Papa y del rey, habían atraído una multitud considerable y todo se preparaba para uno de esos actos solemnes de que depende el porvenir de los pueblos.

El Papa ocupaba el castillo, guardado por trescientos hombres de armas, en su mayoría caballeros de San Juan, mandados por su sobrino Rodrigo de Luna. El rey estaba acompañado de sus cinco hijos, las reinas y una corte brillante y numerosa.

(1) Esta carta, copiada de Vidal y Micó, es algo más extensa que la que inserta el autor. (N. del T).

Pero la atención se fijaba principalmente en Benedicto XIII y Vicente Ferrer, esas dos personalidades tan salientes, presintiéndose que el esfuerzo de la lucha se iba á concentrar en estos dos hombres que se estimaban profundamente y que tomaban uno de otro, á lo menos en parte, la aureola que atraía hácia ellos todas las miradas. El pueblo, que goza en las luchas empeñadas, vislumbraba en ellos, al través de las más sinceras muestras de deferencia y de respeto, dos antagonistas gigantes, uno de los cuales debía caer para no volverse á levantar.

El Concilio de Constanza se había abierto el 5 de Noviembre de 1414, y en él ofició pontificalmente Juan XXIII, solo por honor, no por reconocimiento de un derecho, habiéndose pedido la renuncia de los tres pontífices. Juan fué el primero en acceder; Gregorio XII se mostraba bien dispuesto; sólo faltaba Benedicto XIII.

Aunque su presencia fuese necesaria en Constanza, el emperador Segismundo creyó que el nudo de la cuestión era la entrevista de Pedro de Luna con el rey y que era preciso asegurar á todo trance un éxito que podía verse comprometido irremisiblemente por las pasiones y el desfallecimiento. En su consecuencia se puso en camino para Perpiñán, acompañado de diecisiete obispos, si bien para poner á salvo su dignidad se detuvo en Narbona, desde donde envió una embajada con órdenes severas y precisas. Los embajadores no besaron los pies del Pontífice, limitándose á darle el tratamiento de Serenísimo y poderosísimo Padre, actitud que no era la más propia para conjurar el conflicto.

Entonces llevó verdaderamente Vicente Ferrer todo el peso de esta situación crítica, yendo y viniendo de Perpiñán á Narbona, no contando más que consigo mismo, pues sabía muy bien que una palabra mal interpretada podía echarlo todo á perder. En los largos conflictos de opinión llega un momento en que las preocupaciones del amor propio cierran completamente los ojos acerca de los más respetables intereses y las más graves responsabilidades; pero como contraste viene á brillar en medio de estas tinieblas la santidad, esto es, la abnegación heroica.

Por último, el 12 de Septiembre de 1415 los embajadores de Segismundo, después de una larga audiencia, obtuvieron de Benedicto que prometiese hacer *lo que fuera preciso para bien de la Iglesia*. Esta palabra *preciso* tan clara para todo el mundo, era en su ánimo una reticencia llena de sorpresas, cosa que el emperador no ignoraba, pero, sin embargo, quiso contentarse con esta respuesta, y el

17 de Septiembre partió para Perpiñán al frente de mil caballeros. El rey de Aragón envió á recibirle á su hijo mayor con la flor de la nobleza española, llegando hasta Salces, siendo su entrada triunfal y celebrándose magnificas fiestas.

Vióse entonces en Perpiñán una de las asambleas más imponentes que menciona la historia, pues además de las tres Cortes, de los condes de Foix, de Saboya, de Lorena y de Provenza, estaban los embajadores del Concilio de Constanza, á saber: el arzobispo de Tours y los más distinguidos legistas y doctores; la embajada de Francia, compuesta del arzobispo de Reims, del obispo de Carcasona, del gran maestro de Rodas, del Preboste de la Universidad de Paris y de tres doctores de la Sorbona; Inglaterra se hallaba representada por el obispo de Worcester y algunos doctores; el rey de Hungría, por su gran Canciller; el de Navarra, por su pronotario; el de Castilla, por el célebre arzobispo de Burgos, Pablo de Santa María y una multitud de señores y de maestros en todas las Facultades. Así es que era más que un Congreso europeo, pues hasta quiso el emperador que asistiera un rey moro cautivo.

Al día siguiente de su llegada, después de oír misa, fué el emperador á visitar á Benedicto XIII. Sigamos la crónica del rey Juan II escrita por su consejero Pérez de Guzmán, testigo ocular.

«El sábado 20 de Setiembre fueron á ver al Santo Padre el Emperador con toda su corte y los embajadores de los reyes cristianos, á los que esperaba aquél en el gran salon dispuesto expresamente para el objeto. Al lado de su trono habia otro, un poco más bajo, en que debía sentarse el Emperador. Cuando llegó este, se levantó el Papa, se descubrió la cabeza y ambos se dieron la mano y el beso de paz, lo cual se hizo así porque el Emperador no le reconocía como verdadero Papa. Este quiso que el Emperador se sentara primero, pero no habiéndolo consentido se sentaron los dos á la vez.

»El Emperador le dijo que venia con grandes deseos de verle, tanto para conocer á tan excelente persona, como para trabajar por la pacificación de la Iglesia de Dios, la cual debía verificarse no reconociendo mas que un solo Vicario de Jesucristo. Con este objeto habia venido de paises tan lejanos, arrostrando grandes fatigas y peligros, y le suplicaba que no pusiera obstáculos á esta paz, que principalmente dependia de él por su avanzada edad y gran sabiduria, bastando para eso que se resolviera á renunciar al Papado, con lo cual honraria en gran manera á Dios y terminaria el gran desorden que reinaba en la cristiandad.

«El Santo Padre le respondió que su petición era muy justa y digna de un príncipe tan cristiano como él; que sentía una gran satisfacción en conocer personalmente á tan ilustre interlocutor, cuyas excelentes virtudes había oído elogiar y que estaba dispuesto á hacer lo que exigiera el servicio de Dios. Luego fueron juntos á visitar al rey Fernando que seguía gravemente enfermo.»

El Pontífice recibió también á los embajadores del Concilio, diciéndoles que había un medio seguro de conseguir la unión, y que, si no daba resultados, él renunciaría sus derechos.

Mientras trabajaban los poderes de este mundo, no estaba ocioso Vicente Ferrer, pues sabiendo que la vida del cristianismo atiende ante todo á disponer las almas, él se ocupaba con preferencia de las almas.

El rey le ofreció los músicos de la capilla real para la celebración de la misa, pero él rehusó, prefiriendo las austeras bellezas del canto litúrgico. Por lo demás consagraba á su capilla un cuidado especial, no permitiendo que cantaran en ella más que sus sacerdotes, así como no admitía otros más que ellos para el servicio del altar. Y los cronistas hacen notar que sobre todo en Perpiñán la gente tenía una complacencia en ver como celebraba la misa, predicación muda tan eficaz como la de la palabra.

Desde que llegó se había levantado un tablado al aire libre y allí predicaba al pueblo en lengua vulgar, pero en el Congreso hablaba en latín por respeto á la tradición de la Iglesia, impresionando profundamente los ánimos.—«Yo me encontraba en Perpiñán, dice un testigo, y oí los discursos pronunciados por el maestro Vicente. Había allí diecisiete arzobispos ú obispos, para los que la asistencia á sus sermones era el asunto de más interés,» —«Y todos, dice otro testigo, se sentían inflamados del deseo de devolver la paz á la Iglesia.»

Sus conversaciones particulares terminaban lo que había empezado su palabra en público; pero sobre todo organizaba la omnipotente conjuración de la oración, y todas las noches se veían desfilar los austeros disciplinantes en cuyas filas se mezclaban personajes del más alto rango, con el rostro cubierto con un velo; sublime careta de las locuras de la penitencia.

Había en Perpiñán una Universidad fundada por Pedro IV en 1370, la cual estaba muy floreciente, pero también, ¡ay! profundamente corrompida. Pronto cambió todo de aspecto, á juzgar por este cuadro consolador que nos pintan los historiadores; las antiguas

enemistades se fundieron al fuego de la caridad divina, cerrándose las casas públicas, los usureros restituyeron los bienes mal adquiridos, la disoluta juventud se hizo laboriosa y devota. Maravillas de la misericordia divina personificadas en esa pobre joven, visiblemente poseída del espíritu maligno, que iba desmelenada repitiendo el nombre de un estudiante, del que estaba perdidamente enamorada, creyendo, como tantas otras, que sería eterna esa ilusión del amor, y que se sintió un día helada por la burla de un sér vulgar, siendo curada por Vicente Ferrer;—personificadas también en ese pecador escandaloso llamado Borcoll, cuya vergonzosa conducta igualaba á su riqueza, el cual, impresionado por un sermón del maestro Vicente é impulsado por uno de esos bruscos remordimientos, de que hemos presentado ya otros ejemplos, vendió todos sus bienes, entregó su importe á los pobres, se retiró á una gruta y allí pasó el resto de su vida entregado á la oración, los ayunos, las vigiliass y las mortificaciones.

Guillermo Portas, sacerdote, bachiller en derecho, natural de Apiana, en la diócesis de Elna, se hallaba en Perpiñán cuando Vicente Ferrer se avistó allí con Benedicto XIII y el rey de Aragón y «él también ha visto asistir á los sermones del maestro Vicente á muchos prelados, cardenales y otras personas distinguidas, saliendo todos profundamente conmovidos. Antes de su llegada los laicos y muchos sacerdotes no sabían hacer la señal de la Cruz y él les enseñó. (Felizmente no se trata aquí más que de la manera rápida como la hacían, según dijo un día Vicente Ferrer: «No es la Cruz del buen Dios lo que haceis, sino el circulo del diablo). Él hizo que terminaran muchas enemistades; las mujeres abandonaron sus provocativos adornos; muchas gentes incorregibles y corrompidas se hicieron fervorosos cristianos y seguían por las noches las procesiones de disciplinantes golpeándose sin compasión.»

«Después de su partida, dice el manuscrito de M. de Saint Malo, se organizó en Perpiñán la cofradía de los disciplinantes voluntarios que tantas veces ensangrentaron nuestras calles.»

Hay una parte escogida del rebaño de Jesucristo á la que su misma vocación retiene apartada de estas grandes manifestaciones religiosas tan fecundas en frutos de salvación; tales son las Órdenes enclaustradas, á las que no olvidó el Apóstol, dedicándoles las noches; pero también allí seguía la multitud á este encantador. Una noche que había de predicar en las Clarisas, cuyo convento está hoy convertido en cárcel, se llenó completamente la iglesia y habiendo

pedido el Santo á la multitud que se retirara, porque tenía que tratar de los deberes religiosos, nadie se movió. Entonces el Santo dirigió á Dios en su interior una corta oración y tomó un tema diferente.— «Hizo un discurso sobre la Pasión tan patético, que todo el mundo lloraba, dice un testigo, y las personas ilustradas que le oyeron quedaron asombradas de que hubiera podido improvisar un sermón semejante, diciendo en alta voz que aquello era más bien cosa divina que humana.»

En Perpiñán, como en todas partes, se ocupó también de los judíos, y á petición suya dispuso Benedicto XIII que se celebraran conferencias cuatro veces al año en la iglesia de San Juan, cuya carta ha sido conservada en los registros notariales. Todo se hacía entonces por medio de notarios, así es que la historia se encuentra refugiada en sus empolvados archivos.

En ellos hallamos también los reglamentos de una cofradía establecida en Perpiñán en 1418 para *el poble nouvellement vengut en la Santa Fè catòlica*, en la cual los neófitos toman el nombre de sus padrinos ó de importantes personajes católicos, lo cual podría dar lugar á equivocaciones, si no se tuviera en cuenta esta costumbre. Así es que en documentos públicos figuran los nombres de Benedicto de Luna y Vicente Ferrer, que son sencillamente nombres de judíos convertidos. La historia de los judíos en esta época es sumamente difícil, porque en sus relaciones con los cristianos estaban sometidos á una legislación especial y si llegaban á convertirse se encontraban en una situación anómala acerca de la cual nada había establecido.

«Los judíos, dice el opúsculo de M. Emilio Desplanques, habitaban en Perpiñán en el *Call*, barrio aislado, cercado de pared y con una sola puerta de entrada, comprendido entre el convento de Predicadores, la calle de la Anguila, la calle de la Academia y la muralla de la Ciudad. Allí vivía el *judío del rey*, agente ó representante de éste, *procurador* real, del que se servía el rey, al que vigilaba y encarcelaba, y si le daba permiso para salir, le recomendaba como si fuera un producto que se deteriorara fácilmente.» La judería de Valencia, saqueada en 1409, pertenecía á la reina.

El rey Fernando quiso que asistiesen á los sermones de Vicente Ferrer, á lo menos en ciertos días, y la historia atestigua que lo hacían gustosos. La caridad ardiente del Santo, su desinterés y su elocuencia acabaron por triunfar; sin embargo, un día trataron de afrentarle de una manera que fuera sonada, aprovechando la circuns-

tancia de asistir un numeroso público, el Emperador, el Pontífice y los Príncipes. Cuando el orador encontraba un texto que apoyaba su pensamiento, acostumbraba dirigirse á los judíos y preguntarles: «¿Reconocéis esta autoridad?» Pero en esta ocasión los rabinos protestaron en alta voz diciendo que citaba equivocadamente los Libros Santos y componía una Biblia á su capricho. Se produjo un gran tumulto y el escándalo parecía que iba á ser muy serio, cuando la palabra siempre atendida de Vicente Ferrer, calmó la excitación popular, diciendo luego tranquilamente á los judíos: «No se acostumbra en este país interrumpir al predicador, ni entablar desde el púlpito discusiones públicas; pero venid esta noche á mi celda y os convenceré plenamente.»

No podían negarse á esta invitación, y habiendo quedado convencidos y satisfechos, confesaron que habían cedido á las instigaciones de algunos envidiosos. Como el suceso había sido tan público, les preguntó Vicente Ferrer si les repugnaria retractarse públicamente, y como ellos le dijeran que no, les sugirió la manera de hacerlo fácil y honrosamente, con lo cual creció todavía más la admiración que ya inspiraba. Los rabinos se convirtieron y con ellos sesenta familias, es decir, casi todos los judíos que había en Perpiñán, y aun hicieron más, se agregaron á la comitiva del Santo y cuando poco después les vieron pasar por Tolosa, decía la gente: «Estos son los judíos de Perpiñán convertidos por el maestro Vicente.» *Ecce isti sunt quos convertit magister Vincentius in Perpiniano.*

El perpiñanés Guillermo Portas relata el escándalo, añadiendo que sus instigadores fueron tres ó cuatro «*rabi: hoc est magistri in hebrayco*». Además de la reparación pública, el rey les impuso una multa.

«Los judíos, dice el P. Llot en su *Noticia sobre la reliquia de San Juan* (1590) eran muy numerosos en Perpiñán y aun he encontrado vestigios de su sinagoga en la calle de la *Fusterie*. El maestro Vicente los convirtió casi todos y al mismo tiempo puso término á las guerras intestinas que asolaban el Rosellon.»

Este humilde monje atraía la atención de todo el mundo, en términos que se olvidaban las fiestas, los espectáculos y hasta el cisma, para no pensar más que en los sermones del maestro Vicente, á los que asistían con afán los cortesanos, los altos personajes y hasta el emperador, ocupando su sitio delante del estrado en que el infatigable Apóstol vertía á torrentes su elocuencia.

Dejáronse oír sublimes acentos, pero Benedicto XIII permaneció

inexpugnable, sin que dieran resultado las más afectuosas entrevistas. Hasta los escritores españoles se muestran severos con el obstinado pontífice: «Prefirió, dice Antist, abandonar á sus cardenales, los reyes, sus amigos, Vicente Ferrer, hasta el mismo Dios, antes que su dignidad. Dios castigó con una deshonra eterna á este hombre obstinado, que quiso á todo trance salvar la honra humana.»





CAPÍTULO XII

FIN DEL CISMA

Nueva agonía.—El médico celestial.—«Ossa arida».—Rey mártir.—Últimas tentativas.—El 6 Enero de 1416.—Una reina penitente.—El vencedor.—Difícil milagro.—Muerte del rey.—¿Estuvo Vicente Ferrer en el Concilio de Constanza?

Ast se pasó un mes y con él noches de agonía! Cuando todos eran felices, gracias á él, el pobre Santo, que sufría las angustias de su alma, sentía de nuevo quebrantado su cuerpo, hasta que se apoderó de él una intensa fiebre. Como doloroso corolario de Aviñón, fué Perpiñán testigo de las mismas escenas de duelo y de gloria.

El Prior de su Orden le hizo trasladar á su propia celda, que era más espaciosa y ventilada, creyéndose ya próxima su muerte, y Benedicto XIII, á quien Dios hacía esta suprema advertencia, le envió su médico, llamado Francisco Ginés, á quien acompañaba su discípulo Andrés de Foulques (*mecum comitante*), que es de quien tenemos estas noticias.—«Dad gracias al Soberano Pontífice, dijo el Santo, y recibidlas también vosotros, pero no espero el remedio de la tierra. El jueves podré presentarme otra vez en público.»—Ante una afirmación tan categórica nada había que oponer; el médico dijo á los que le rodeaban: «Segun la ciencia no le queda una hora de vida, pero predicará el jueves seguramente, toda vez que él lo afirma.»

En el día marcado subió, efectivamente, al púlpito y ante una multitud hondamente conmovida, como las olas antes de la tempestad, habló durante tres horas sobre un texto extraño, que ha llegado hasta nosotros y que pasaba evidentemente por encima del

auditorio para ir á herir en el corazón al que, más duro que las losas sepulcrales, no debía entenderle: *¡Ossa arida, audite Verbum Dei!* Allí estaba Pedro de Luna, pero la flecha, ¡ay! se embotó, como se embotan los mejores deseos de Dios contra la obstinación humana.

Entre tanto, el emperador multiplicaba sus visitas á Benedicto XIII y acorralado éste en sus últimas trincheras, fijó las siguientes condiciones, seguro medio, en su opinión, de llegar á la paz universal: «Que se considerara como nulo el Concilio de Constanza y se celebrase otro en Francia, en el cual se le confirmara en el papado, después de lo cual lo dimitiría, quedando de cardenal y *legado á latere* con plenos poderes en los países sometidos á su obediencia.» Esto era una verdadera burla. El emperador se separó de él dominado por la cólera, y no pudiendo explicarse semejante terquedad, acusó al rey de Aragón de alentar bajo mano la resistencia del Pontífice. ¡Pobre rey! que estaba postrado en el lecho del dolor y á quien se consideraba digno de sacrificarse por los pueblos, como otros á quienes Dios reserva su mejor corona!—Y no era ésta su cruz más pesada; pero Vicente Ferrer le había enseñado á sufrir.

Este por su parte medió con el Pontífice y esta vez hizo que hablara el deber francamente, pero Pedro de Luna permaneció inflexible, si bien comprendió que estaba terminada la partida y se dispuso para marchar á Collioure, en donde estaban sus buques.

El emperador había salido de Perpiñán sin despedirse (5 de Noviembre de 1415) amenazando armar á toda Europa contra España. Fernando, vigoroso de espíritu, aunque imposibilitado hasta de firmar, tuvo bastante fuerza para tomar dos enérgicas resoluciones: dió orden á los puertos prohibiendo salir buque alguno sin su expreso permiso y envió á sus hijos á comunicar solemnemente al emperador, como á su soberano, que estaba decidido á renunciar á la obediencia de Benedicto XIII. Esta embajada alcanzó á Segismundo en Narbona, el cual, haciéndose cargo de la situación, se dió por satisfecho.

Desde ahora van á precipitarse los acontecimientos. El 12 de Noviembre hizo el rey una primera y respetuosa intimación al Pontífice, el cual, lejos de atenderla, respondió que ya se hubiera marchado, si tuviera libertad para ello, y en su consecuencia mandó el rey que se le franquearan los caminos y le envió un salvoconducto. Luego hizo ir á Collioure una embajada con encargo de renovar sus instancias; pero el obstinado viejo se contentó con decir estas palabras al poner el pié en la galera pronta á partir: «Decid á vuestro

rey de mi parte: *Me qui te feci misisti in desertum*: me arrojas al desierto, á mí que te he hecho lo que eres.»

Poco después se hallaba en Peñiscola y allí se presentó una tercera diputación para tentar el último esfuerzo. Verdaderamente era honrar demasiado una energía tan mal empleada. Pero todo fué inútil: había llegado el momento de obrar.

Por exceso de precaución mandó el rey que se reuniera una asamblea de obispos y de doctores, á los que se unieron embajadores de Castilla, de Navarra, de los condes de Armagnac y de Foix, es decir, de toda la obediencia Aviñonesa.

Zurita da cuenta de los trabajos de esta asamblea en los siguientes términos: «Supuesto que Benedicto podía devolver la paz á la Iglesia y rehusaba hacerlo á pesar de todos los ruegos y advertencias, era permitido sustraerse á su autoridad. No renunciando el pontificado, lo retenía injustamente, y por lo tanto habia que tratarle como si desde un principio lo hubiera usurpado. Si él era el verdadero pastor y el verdadero padre, debía preferir ver la Iglesia unida sin él á verla destrozada con él, imitando á aquella madre que prefirió separarse de su hijo á verlo partido en dos pedazos.

»Después de oír todas las razones expuestas, quiso el rey tomar consejo del venerable maestro Vicente Ferrer, y este santo hombre respondió que si Benedicto resistía á la tercera súplica, ya no habia lugar á duda, porque nuevas dilaciones podrian traer una situación insoluble. De no sustraerse á su obediencia, no podia celebrarse el Concilio de Constanza, porque todos los cardenales y prelados adictos á Benedicto XIII se negarian á concurrir á él, y los de la otra obediencia harian otra eleccion, con lo cual se perpetuaba el cisma. En cuanto al verdadero Papa, añadía, mi opinion es que lo será el que elija el Concilio general. Pedid tan solo por medio de juramento la seguridad de que todo se ha hecho segun Dios y la conciencia: si exigis otras condiciones, os arriesgais á eternizar las disputas.»

Y no le faltaba razón. Comentando su pensamiento, dijo en el púlpito que Benedicto era el verdadero Papa, pero que siendo el papa un beneficio personal, debía renunciar á él por el bien general.

La asamblea, después de deliberar detenidamente, se adhirió á su parecer, y el rey, á quien se iba informando á cada momento de la marcha del asunto, envió á Vicente Ferrer esta resolución en un pliego cerrado, á lo cual respondió el Apóstol que en conciencia no se podia ya retroceder. Inmediatamente los plenipotenciarios del rey

Fernando, los embajadores de Castilla, de Navarra, de Armagnac y de Foix renunciaron solemnemente en su nombre y en el de sus soberanos y pueblos á la obediencia del Papa Benedicto XIII.

«Llegada la fiesta de la Epifania de Nuestro Señor, dice el Analista, se publicó el acta de renuncia con toda la solemnidad que exigian tan graves intereses, habiendo pronunciado antes el maestro Vicente Ferrer un discurso, porque se consideraba la intervencion de semejante hombre la mejor garantia del acto que se realizaba, dándole una especie de consagracion aceptada por todos.»

En efecto, solo Vicente Ferrer tenia autoridad bastante para promulgar un acto de tal importancia; solo él podia contener las murmuraciones, hacer callar los intereses y tranquilizar las conciencias.

Este grandioso espectáculo aparece descrito por Juan Lecomte en una carta dirigida á Pedro Thillia.

«Me habian dicho que Fr. Vicente habia de predicar en el castillo el siguiente lunes á presencia del rey, y dar á conocer al pueblo por orden suya el acuerdo tomado por él y el Serenisimo Emperador para la paz de la Iglesia. Efectivamente, en dicho dia, que era el de la Epifania de Nuestro Señor, me quedé en Perpiñan hasta después de medio dia, asistiendo á la solemne misa que celebró el maestro Vicente con gran fervor delante de la capilla del castillo y ante un numeroso gentio, que calculé en diez mil personas. Predicó el mismo, tomando por texto de su sermón las siguientes palabras: *Le ofrecieron presentes*, y habló del decreto real aprobándolo y censurando la conducta de Benedicto XIII, despues de lo cual y antes de que terminara el sermón, le trageron el acta original de sustraccion de obediencia, sellada con el sello real y firmada por el principe primogénito.

»Como no todos comprendian el latin, se habia escrito el documento en el mismo pliego en las dos lenguas, latina y vulgar, leyendo los dos textos.

»Hallábanse presentes el rey de los tres reinos, el principe primogénito, muchos señores y gran multitud de pueblo entre la cual estaba yo.

»Terminada la lectura del documento, el maestro Vicente pronunció estas palabras: «El rey cree firmemente que en este dia y á la misma hora los reyes de Castilla y de Navarra publicarán la misma sustraccion de obediencia, pues asi se les ha rogado.» Y luego terminó su discurso diciendo: «*Bones gens*, lo mismo que los tres reyes en semejante dia ofrecieron á Nuestro Señor presentes magni-

ficos, nuestros tres señores reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, hacen hoy esta ofrenda á Dios y la Santa Iglesia en favor de la union y de la paz.»

Escrito en Narbona el 12 de Enero de 1416.

¡Extraña comparación y propia del gusto de aquel tiempo! dicen ciertos autores. ¿Y por qué extraña?—Las consecuencias que de ella sacó el Apóstol no debieron carecer de interés, aunque no fuera más que á propósito de la amarga mirra.

Y en cuanto á la estrella que guió á los Magos ¿no era él mismo la estrella encargada de guiar á los cristianos en aquellos tiempos turbulentos? Sin duda que más de uno haría esta aplicación en su interior. La Orden de la Verdad á que pertenecía tenia ya por emblema esta estrella y por divisa las palabras de los Magos: *Vidimus enim stellam ejus*.

Terminado el sermón, leyó la declaración siguiente:

«Acta de sustraccion de obediencia, decreto de renuncia.

»Nos Fernando, rey de Aragon, etc.

»Los reinos de la tierra pueden alguna vez ser útiles al reino de los cielos inspirando un saludable temor á los perturbadores de la paz de la Iglesia, y por otra parte Aquel que ha creído deber confiar su proteccion á los principes exigiria cuenta á estos de cualquiera alteracion que sufriera dicha paz. ¡Feliz el gobierno que por medio de leyes sabias puede envanecerse de unificar la sociedad cristiana!

»Desde nuestra juventud el profundo amor que profesamos á la Iglesia nos ha impulsado á procurar la paz de la misma; pero desde que por voluntad del Omnipotente nos vimos investidos de la dignidad real, se ha acrecentado esta disposicion natural con el deber que en ese sentido nos imponen las leyes divinas y humanas.

«Y no ha sido este un vano deseo, sino que para realizarlo no hemos retrocedido ante fatiga alguna, pues sin mentar lo que hayamos podido hacer pública ó privadamente, basta mencionar lo que consta á todo el mundo, á saber, nuestros esfuerzos para lograr que se nos reunieran en conferencia solemne en nuestra ciudad de Perpiñan Nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XIII y nuestro muy ilustre hermano el rey de los Romanos, á fin de conseguir la union por via de renuncia, reconocida por todos como la más conveniente. Efectivamente, todo el mundo sabe que el Pontifice ha dado muchas veces á su competidor la esperanza de llegar á una inteligencia por medio de esa renuncia con tanta frecuencia prometida, no debiéndosele echar la culpa de que aquella no se realizara, pues para eso

seria preciso creer que hablaba de una manera muy distinta á lo que pensaba. Llevados de nuestra confianza, basada en tan fundados motivos, y cuando ya el serenísimo rey de los Romanos, impulsado por su celo universalmente reconocido en favor de la Iglesia, habia llegado á nuestra ciudad, acompañado de los prelados, de los doctores enviados por el Concilio de Constanza, y de los embajadores de Francia, Inglaterra y otras naciones católicas, hemos creido que sin gran perjuicio del asunto que se trataba y de la misma Iglesia podíamos acceder á la demanda de un corto plazo que nos habia hecho el Papa Benedicto, á fin de no darle motivo alguno de descontento. En nuestro respeto y piedad filial hácia su persona estábamos muy persuadidos de que no pondria obstáculos á tanto bien y se avergonzaria de faltar á su palabra, tantas veces repetida, sobre todo teniendo en cuenta que además de sus promesas, estaba y está obligado por derecho divino y humano en bien de las almas á renunciar el Papado para evitar tantos escándalos en la Iglesia de Dios y lograr un bien universal, tan evidente, aun cuando fuera incontestable su derecho.

»¡Pero ay! las cosas se han dispuesto de otro modo; lo que parecia imposible se ha realizado y lo que parecia fácil ha ofrecido infinitos obstáculos. En efecto, ¿quién hubiera creido que el papa Juan, tan rico, tan poderoso, apoyado por tantos soberanos, renunciara pura y simplemente? ¿Que Gregorio, á quien precisamente acusaba Benedicto XIII de oponerse á la dimision, renunciara tan facilmente esos derechos, adquiriendo por ello tanta gloria? ¿Quién se hubiera atrevido á pensar, por el contrario, que cuando todo se presta á la union de la Iglesia por un conjunto de circunstancias verdaderamente providenciales, cuando todos los príncipes cristianos le dirigen las más humildes y apremiantes súplicas; quién se hubiera atrevido á pensar que Benedicto XIII se negaria á consentir en la dimision é impediria la santa union de la Iglesia que podia obtenerse con una sola palabra salida de sus labios, que le reportaria tanta gloria?

»Cuando hemos comprendido por sus respuestas y su manera de considerar la cuestion que ya nada habia que esperar mas que la ruptura definitiva de las negociaciones y la perpetuidad de este cisma, ya tan funesto al pueblo cristiano y á las almas fieles, despues de pensarlo maduramente y previo el consejo de los representantes de las diversas naciones y de las ciudades de nuestro reino aqui reunidos, confiando en la proteccion de Dios, hemos resuelto no conceder más dilacion, ni permitir más subterfugios.

»Por medio de nuestro querido hijo primogénito hemos suplicado al Pontífice, por hallarnos impedidos de hacerlo personalmente á causa de una grave dolencia, y del mismo modo le han suplicado los embajadores de nuestro querido sobrino el rey de Castilla, de nuestro pariente el Conde de Armagnac, exponiéndole todas las razones por las que Dios exigía este sacrificio, que procurara la union de la Iglesia, renunciando pura y simplemente sus derechos, á lo cual está obligado en conciencia.

»Pero nada han podido lograr tan humildes súplicas, pues no ha dado respuesta alguna satisfactoria, dejando completamente á un lado la union de la Iglesia y continuando la provision en sus familiares de las sedes vacantes en nuestro reino, y luego, fingiendo temor, se ha marchado de nuestra ciudad, en cuyo castillo habia hallado un seguro refugio. ¿Qué podia temer al abrigo de sus murallas, guardado por hombres de guerra, rodeado de amigos, de parientes, de servidores fieles y hallándose en su pais? Más bien le ocupaban los medios de inspirar temor á los demás, que sus temores personales, contando, como contaba, con todas las seguridades confirmadas por la fé del juramento y con la garantia jurada de muchos nobles Barones y de los Cónsules de la ciudad enteramente á su disposicion. Aparte de que nos hubiera sido muy facil impedirle la huida, si, lo que Dios no permita, hubiese sido tal nuestro propósito, á aquel á quien no pudieron detener nuestros desolados ruegos.

»Pero, aunque profundamente afligidos por su partida y preocupados con los otros medios que podrian emplearse para lograr la paz de la Iglesia, cediendo á nuestro afecto particular á la persona del Pontífice y al honor debido á su rango, persuadidos de que al fin y en un caso extremo no se negaria á dar un consentimiento que tanta gloria le habia de reportar, antes de que se embarcase en Collioure le enviamos diputados en nuestro nombre y en el de los otros principes con encargo de reiterar nuestras respetuosas y apremiantes súplicas, á las que dió una respuesta negativa, embarcándose en seguida en un buque.

»Por último, sabiendo que habia elegido para su retiro el castillo de Peñiscola, situado en tierras de nuestro dominio, le hemos enviado por tercera vez nuestros embajadores y los de los principes cristianos, sin que esta insistencia afectuosa haya conmovido su corazon, antes bien persistido en su obstinacion.

»Viendo esto, y teniendo la seguridad de que se habia hecho todo

lo humanamente posible sin lograr resultado, hemos seguido otro camino. Después de implorar el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, considerando que casi todo el pueblo cristiano está actualmente reunido en Constanza representado por sus embajadores, sus prelados y sus hombres más notables, resuelto á obedecer sin reserva y de toda voluntad al Pontífice que elija la Iglesia universal y que seria injusto é inhumano privarles de nuestro concurso al objeto de lograr la paz y la unidad, hemos decidido que los embajadores de los reyes y de los principes de la obediencia del Papa Benedicto, como tambien los prelados y otros eclesiásticos convocados por el Concilio, segun costumbre, se trasladen á Constanza á la mayor brevedad y unan sus esfuerzos á los de los demás asistentes, para que pueda por fin la Iglesia salir de su tribulacion y verse unida y pacificada bajo la autoridad de un solo pastor legitimo é indiscutido: todo á tenor de las conclusiones acordadas entre el serenísimo rey de los Romanos y los embajadores de Constanza de una parte, y de otra Nos y los demás principes de la obediencia Benedictina.

»Nos ha impulsado en gran manera á promover de este modo la unidad católica el ver á los Griegos y los gefes de las principales iglesias de Oriente que por fin deploran su larga separacion de la Iglesia Madre y, alumbrados por la gracia, desean vivir bajo la autoridad del mismo gefe legitimo tan luego sea nombrado.

»Pero como las mejores resoluciones son perfectamente inútiles, si no se destruye todo lo que se oponga á su egecucion, considerando que tan felices resultados, y especialmente la conservacion de la fé católica, no podrán alcanzarse mientras los prelados y demás súbditos nuestros estén sometidos á Benedicto XIII y obedezcan sus órdenes, sobre todo habiendonos comunicado el Pontífice su proyecto de reunir tambien por su parte un Concilio de su obediencia para deliberar acerca de la respuesta que nos habia de dar; siendo muy evidente de una parte que los prelados convocados por él no podrian ir á Constanza, y de otra que jamás se resolverá á hacer lo que viene rehusando hace siete años y no ha querido hacer ante esta augusta asamblea, y por lo tanto que será siempre un obstáculo directo al cumplimiento de nuestras disposiciones, impidiendo á todas luces la union y la paz de la Iglesia:

»Atendiendo á todas estas consideraciones y otras más debidamente tenidas en cuenta, oponiéndose claramente la obediencia del Papa Benedicto al bien de la paz y á la extincion de este deplorable cisma, después de tomar consejo de los Prelados, de los Condes, de

los Barones, de los gefes militares, de los doctores y de los sacerdotes, asi como de los delegados de los príncipes, reinos ó ciudades aqui reunidos, nos comprometemos en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores á abandonar enteramente la obediencia del Papa Benedicto XIII y mandamos que la abandonen á todos, Prelados, Duques, Condes, Barones y en general á toda persona constituida en dignidad, tanto eclesiástica como secular, que resida en nuestro reino y en las diócesis que nos están sometidas. Les ordenamos expresamente que desobedezcan en absoluto sus órdenes, que no promulguen sus bulas, cartas ó cualquiera otro escrito de sus mandatarios; y prohibimos terminantemente á los colectores ó subcolectores de diezmos ú ofrendas destinadas á la Cámara apostólica que respondan á sus imposiciones, mandándoles que se atengan á las órdenes que les comuniquemos sobre el particular, siendo nuestra resuelta intencion reservar estos fondos para el Pontífice que elija el Concilio, salvo lo que pueda necesitarse para la union de la Iglesia.

»Ordenamos además á todos nuestros súbditos que disfruten beneficios eclesiásticos, cualquiera que sea su dignidad, aun pontifical ó cardenalicia, que residan precisamente en su iglesia, sin seguir en modo alguno la corte de Benedicto, ni permanecer en ella tiempo alguno, y en caso de desobediencia retendremos sus rentas.

»Que ninguno de nuestros súbditos bajo titulo alguno y cualquiera que sea su dignidad eclesiástica ó secular, se permita contravenir á estas nuestras órdenes, pues de lo contrario incurrirá en graves penas. Por último, mandamos á todos nuestros gobernadores, justicias, jurados y demás oficiales, cada cual segun su cargo, que detengan á todos los que desobedezcan nuestras órdenes y nos consulten inmediatamente sobre lo que proceda.

»En testimonio de lo cual hemos querido que las presentes llevasen nuestro sello.

»Dado en Perpiñan y firmado por nuestro hijo primogénito (por sernos imposible hacerlo personalmente) el 6 de Enero del año de Nuestro Señor 1416; quinto de nuestro reinado.

»Alfonso, primogénito.»

Sin duda habrá observado el lector la firmeza y la habilidad con que está redactado este escrito, en el que ninguno de los agentes podia poner en duda el menor detalle, porque todo lo que en él se afirma habia pasado á la vista de todo el mundo.

Notificóse al emperador de parte de los reyes de Aragón, de Cas-

tilla y de Navarra y de los condes de Armagnac y de Foix, no sólo este decreto, sino el haberse puesto en ejecución (1).

Tan luego como llegó á Constanza la noticia de tan feliz suceso, se cantó un solemne *Te-Deum*, seguido de una magnífica procesión en acción de gracias. Todos los obispos lloraban de alegría, y Gerson, haciéndose intérprete del reconocimiento público, escribió á Vicente Ferrer diciéndole: «A no ser por vos jamás se hubiera llegado á semejante acuerdo, gracias al cual, que es obra vuestra, todos los que nos hallamos aquí esperamos llegar en breve al bien tan deseado de la paz.»

Reunido el Concilio de Constanza y aceptado como legitimo, Vicente Ferrer se consideró obligado á apoyarlo, y en virtud de su misión divina, reconocida por los pueblos, estaba en el caso de ilustrarlos.

Permitaseme añadir que el acto llevado á cabo por él en Perpiñán señala un punto culminante en las esferas del alma. Pedro de Luna y Vicente Ferrer siguen por largo tiempo un mismo camino, hasta que llega un momento en que se separan: la Iglesia suplica de rodillas al obstinado viejo que se compadezca de ella, y no la atiende: ella no le ha maldecido porque respeta todos los sepulcros, pero le envuelve en una discreta sombra: ¡terrible castigo de una madre ofendida!

Por otra parte nada demuestra mejor la influencia de Vicente Ferrer sobre su época. Sabido es que los principes se aferran á sus ideas, sobre todo cuando se mezclan en el gobierno de la Iglesia, de lo cual es una prueba la increíble aberración de Alfonso V, empeñado en sostener el ridiculo Pontificado de Muñoz sobre la roca de Peñíscola. Aquí se trataba de hacer entender á los españoles, pueblo en el que tan desarrollado está el orgullo nacional, que debían abandonar á un Papa español y el más inteligente de los tres; y este milagro lo hizo Vicente Ferrer.

Había terminado por completo el cisma; lo que en adelante se

(1) Esta notificación decía así:

Al Emperador Segismundo.

Por las presentes os damos noticia de que hoy día de la data hemos quitado y mandado quitar en nuestros estados la obediencia al Señor Benedicto, á fin de que la Iglesia de Dios, desposada con Esposo único, y el cristiano pueblo que por tantos años padecía borrasca, descanse en paz. Remitimos á vuestra Serenidad el decreto de esta sustracción de obediencia que hemos hecho publicar en nuestros dominios. Y entendemos que en este mismo día y en la propia forma habrán ejecutado semejante sustracción en sus estados mi sobrino el Rey de Castilla y los condes de Armañac y de Foix. En lo que queda por hacer, iremos dando las debidas providencias con mucho calor, etc. Firmado de mano de nuestro primogénito en 6 de Enero.» (Vidal y Micó). (N. del T.)

haga, aun en Constanza, será consecuencia del acto realizado por Vicente Ferrer en Perpiñán; elemento secundario, al parecer, en el juego de las fuerzas humanas, pero en manos de Dios factor de las obras que cambian la faz del mundo.

Salió de Perpiñán como si hubiera realizado un acto ordinario, sin escuchar los ecos del gran bienestar producido á la cristiandad.

No quiso que sombra alguna empañara esta obra de pacificación, y como había hecho cuando la elección de Caspe, la justificaba en todas partes sin rodeos. Habiendo sabido que la reina Margarita de Prades había emitido entre los que la rodeaban algunas dudas sobre el particular, la fulminó una censura tan vigorosa, que, atemorizada la princesa, se retiró al monasterio de Valldoncelles para hacer penitencia.

Y hallándose dispuesto á recorrer de nuevo la España, si era necesaria su presencia para tranquilizar los espíritus, dirigió el rey á las autoridades esta carta, que pone de manifiesto su agradecida veneración:

«El rey Fernando.

»A todos nuestros queridos y fieles gobernadores, vicarios, bailios, procuradores... jurados, cónsules y demás oficiales públicos ó sus tenientes, como también á todos los intendentes de nuestros puertos, administradores de aduanas, guardas de las fronteras, etc., á los que lleguen las presentes, salud y afectuosa consideración.

»En vista de que Fr. Vicente Ferrer, maestro en ciencias sagradas, que nos es muy querido, se propone, según su costumbre, recorrer nuestras tierras y reinos para predicar en ellos la palabra de Dios, encargamos á todos y cada uno de vosotros de la manera más expresa y bajo pena de incurrir en nuestra indignación, que veléis por él y todos los de su comitiva, como si fueran las niñas de vuestros ojos, en todas sus idas y venidas, no permitiendo que persona alguna les cause daño ni molestia, cualquiera que sea su condicion. Y si hubiera alguien bastante temerario para intentar hacerles algun daño, impedidlo con todo vuestro poder y la fuerza de las armas. Y si el daño estuviera ya hecho, haced de modo que se repare lo mejor posible, acogiendo siempre con respeto, bondad, caridad y distinción á personas que de nuevo recomendamos á vuestra solicitud.

»Dado en Perpiñán, bajo nuestro sello particular, y firmado por nuestro primogénito, por impedirnoslo hacer la enfermedad, el 8 Enero 1416.»

«Firmado: Alfonso primogénito.»

Por mandato real, Pablo Nicholai.

Efectivamente, el Apóstol empleó los meses de Enero y Febrero en recorrer el Rosellón y Cataluña, disipando todas las dudas, acallando las recriminaciones, extinguiendo las chispas de discordia, aunando las voluntades.

El rey moribundo, por su parte, bajo pretexto de cambiar de clima, pero en realidad para tranquilizar á la reina D.^a Catalina, emprendió con trabajo el camino de Castilla, sorprendiéndole la muerte cerca de Igualada, á seis leguas de Barcelona, el 2 Abril de 1416, á los treinta y siete años de edad. Verdadero mártir de su deber de rey, había ido á Perpiñán á pesar del mal que le minaba, abandonando el dulce clima de Valencia, y este último viaje fué una prueba de su fé. Rey rodeado de una gloria precoz, al que nada ha faltado, ni aun la calumnia; pero Zurita le ha vengado noblemente con su buril inmortal como el de Tácito.

He dejado en suspenso una cuestión, de poca importancia ciertamente, pero que trato de resolver como las demás.

El rey Fernando, persuadido de que nada se terminaría sin Vicente Ferrer, había empleado todos sus esfuerzos en decidirle á ir á Constanza, y había enviado con este fin á su embajador en el Concilio, el Dr. M. Antonio Caxal, General de la Orden de la Merced, instrucciones concebidas en los siguientes términos:

«*Item*: esplicará al Rey de Romanos y á los embajadores de la congregacion de Constanza, notificándoles como seria de mucho fruto que el Maestro Fr. Vicente fuese á la dicha congregacion y concilio que se ha de celebrar; y ya el dicho señor le hizo hablar de ello y hallólo muy duro, y duda poderlo acabar. Y por eso que se hagan luego buenas cartas de parte del dicho Rey de Romanos, y otras de los dichos embajadores; y después, de la dicha congregacion, exhortatorias y convocatorias para el dicho concilio, y por las dichas cartas cree el dicho señor, que él temiendose carga de conciencia iria. Pero las dichas cartas vengan luego, señaladamente la del Emperador y la de los embajadores; porque el Maestro Fray Vicente había de ir poco á poco predicando y no tendría tiempo» (1).

El embajador encontró al emperador en Lyon, y dió cuenta al rey del resultado de su misión en los siguientes términos: «En lo relativo á llamar á Vicente Ferrer al Concilio, el Emperador ha ordenado inmediatamente y á presencia mia que se le escriba, é igualmente ha hecho escribir al Concilio para que envíen una carta convocatoria

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

á dicho maestro Vicente, que espero fundadamente que ha de dar resultado.»

Alfonso V imitó al principio la conducta del rey su padre, siendo uno de sus primeros cuidados escribir también á Fr. Vicente Ferrer, rogándole asistiera al Concilio:

«A nuestro amado y devoto religioso el Maestro Vicente Ferrer.

Religioso y amado nuestro: Exhortandoos la congregacion de Constanza, en fuerza de la convocatoria adjunta, á que asistais personalmente en ella juntamente con otros á efecto de apagar el cisma y establecer la union de la Iglesia, segun lo acordado: afectuosamente os rogamos y os requerimos por las entrañas de Jesucristo, que comparezcáis cuanto antes en dicha ciudad, para donde hemos ya destinado cuatrocientos y cincuenta florines con que tengáis la debida asistencia en los seis meses que en ella os detendreis. Y si fuese mayor la detencion daremos providencia de mas dinero; pues no es razon se desvie de un negocio tan del servicio de Dios soldado alguno de la milicia católica, cuando se interesa la perenne paz de la cristiandad, en cuyo asunto no se ha de cesar por gastos ni trabajos. Dada en Poblet debajo del sello secreto á quince de Abril de mil cuatrocientos diez y seis.—El Rey Alfonso» (1).

Otra carta:

«Al religioso y amado nuestro el Maestro Fr. Vicente Ferrer.

Religioso y amado nuestro: Pues tenemos tiempo aceptable y gozamos dias de salud, obremos bien mientras dura el tiempo; y así, para que felizmente se concluya lo que tan gloriosamente votasteis, os rogamos y por las entrañas de la misericordia de Cristo Jesus os requerimos y exhortamos, que mirando á Dios, cuya causa se hace, apresureis vuestra ida á Constanza, donde la salud pública, necesitada de vuestra conducta, os llama ya con enronquecida garganta, para que no le falte vuestra caridad, ni lo permita Dios, yendose lejos. Y os certificamos que en ello, además del servicio que hareis á Dios y la gloria inmortal de vuestros méritos, nos dareis inmensa complacencia. En Barcelona debajo de nuestro sello secreto, á treinta y uno de Agosto de mil cuatrocientos diez y seis. — El Rey Alfonso» (2).

Y creyendo que el Apóstol no resistiria á sus ruegos y los del emperador, previno á los delegados españoles que se aconsejaran

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

(2) Vidal y Micó. (N. del T.)

del maestro Vicente y se atuvieran á su parecer. «*Item de totes les damunt dites coses comunicaran, é en llurs consells demanaran á Mestre Vicent.*»

Gerson le escribió á su vez:

«Al nombradísimo doctor y predicador celoso de la salud de las almas el maestro Vicente, de la orden de Predicadores, mi muy amado Padre en la caridad de Cristo.

Juan Gerson.

»Tan señaladas cosas he oido repetidas veces de vuestras virtudes, en particular comunicando familiarmente con el R. P. y Señor General de vuestra orden de Predicadores, que me pareceis bien figurado (conforme á vuestro nombre) en aquel sugeto que vió el Evangelista San Juan, atalaya de la Iglesia, cuando escribió: *Vi, y hé aqui un caballo, y el que le montaba tenia un arco, y diéronle una corona, y salió vencedor para vencer.* ¡Oh glorioso Vicente! verdaderamente salisteis para vencer. ¿Pero á quien? ¿De qué manera? ¿con qué armas y aprestos militares? ¿con qué arco triunfariades coronado? El Apóstol S. Pablo, cuyo imitador sois, responde: *las armas de nuestra milicia no son carnales;* y añade lo que vos mejor que yo entendeis. Ahora se me ofrecen á mi corazon en este punto muchas cosas, las cuales de mejor gana y por ventura con más utilidad comunicara á boca á vuestra sabiduría, que por la pluma: mas otras ocupaciones me embargan, y juntamente el respeto de no cansaros con difusas cartas, cuando os considero empleado en negocios trabajosísimos. Solamente insinuaré lo preciso para esplicar mi deseo y el de otros muchos. Varias personas de cuenta y el sobredicho maestro y señor general dan insigne testimonio y singular alabanza de vuestra caridad y del celo que teneis de la paz de la Iglesia, cuyas capitulaciones no se concluyeran jamás en la Corona de Aragon, ni se atreviera nadie á quitar la obediencia tan justa y tan animosamente á Pedro de Luna (que tan endurecido está contra nuestra madre la Iglesia) si no fuera por vuestra autoridad y parecer. De este vuestro tan señalado favor, los que nos hallamos en el general concilio esperamos coger el fruto tan deseado de la union y paz de la Iglesia, la cual ya casi cuarenta años que está desterrada. Dichoso Vos, tres y aun cuatro veces bienaventurado, si os hallásedes aquí, y no de oido, sino con vuestros mismos ojos quisiéredes ver la eleccion del Sumo Pontífice que ya se acerca. Quiero decir, si con eficaz presteza, dejando entre tanto las compañías, mostrásedes vuestra alegre cara á este sagrado concilio. Si no me engaño, mas conforme es esto á vuestras costumbres,

que si os quedásedes por ahi empleado en lo que habeis comenzado. Acordaos del Bienaventurado Apóstol Pablo, que escribe á los Gálatas lo siguiente: Despues de catorce años subí á Jerusalem en compañía de Bernabé y Tito, y comuniqué con los Apóstoles el Evangelio que predico á las gentes; particularmente lo traté con los que parecian algo, porque mi carrera en la predicacion no fuese enbalde. Lo dicho basta para que entendais lo que os conviene. Aquí en Constanza se halla casi Jerusalem, porque en ella residen los prelados reverendísimos y agradables á Dios, junto con los doctores del Evangelio, con los cuales humilde y saludablemente podreis tratar lo que predicais, dejando á parte otros bienes que de vuestra venida se esperan. Creedme, doctor consumado, que muchos hablan muchas cosas de vuestros sermones y sobre todo de los que se disciplinan, porque fué secta reprobada en tiempos pasados muchas veces en varias partes del mundo. Y aunque Vos no la aprobais, segun lo que atestiguan los que os conocen, pero tampoco la reprobais eficazmente. De ahi salen muchos dichos, que se divulgan por los pueblos, y aun acá entre nosotros. Y aunque muchos no se tengan por verdaderos ni creibles entre los que tienen bien comprendida y entendida vuestra vida; pero yo os ruego, que á imitacion de S. Pablo (el cual con estar cierto por revelacion, que su predicacion era conforme y ajustada á la voluntad de Dios, quiso ir á Jerusalem, y tratarlo con los Apóstoles para condescender con los flacos, y para autorizar su misma doctrina) hagais lo que os ruego, nombradísimo señor y maestro.

»Nuestro Señor sea con Vos, y recibid con buena voluntad esta mi carta, la que escribo el pie en el estribo, que dicen, hoy que celebro adelantadamente la fiesta del sobredicho S. Bernabé, compañero del dichosisimo Apóstol S. Pablo, á nueve de Junio, vispera del Santísimo Sacramento.

»Mas porque no sé si la discrecion de vuestro prudente celo querrá tomar mi consejo y venir acá por ahora, he determinado trataros ingénua y sinceramente, como quisiera que tratasen todos con mi bajeza. Ahi os enviamos yo y el padre antes nombrado las quejas que habemos entendido, no solo por palabras de algunos, mas tambien por cartas de otros; y hacemos esto no para condenaros ó culparos, ni por enojaros (Dios lo sabe), si no para mayor cautela en el negocio. Mil veces he experimentado cuantas cosas y mentiras se refieren á los predicadores, y algunas veces entiendo que es por malicia, desden ó envidia; mas tambien entiendo aquella sentencia: *Da ocasion al sabio y la tomará con presteza*. Nuestro Señor

os guarde y os guie, conserve y confirme en el bien vuestra vida. Amen.—Constanza 9 de Junio de 1417.»

Pedro d' Ailly, Obispo de Cambrai, añadía en *postdata*:

«Reverendo Maestro y Padre muy amado:

»Las pláticas familiares que me acuerdo haber pasado con Vos en Génova y Pádua y otras partes, y vuestros saludables sermones que he oído, me hacen confiar de Vos cualquiera cosa buena, y en especial las cosas de humildad, que es el fundamento de toda virtud. Por tanto he querido aconsejaros las cosas sobredichas, juntamente con mi amado hermano y compañero el canciller de Paris.—Vuestro en todo, Pedro Cardenal de Cambrai» (1).

¿Fué Vicente Ferrer á Constanza?—Las instancias para que así lo hiciese fueron apremiantes, como se acaba de ver. La primera carta de Alfonso V, fechada en Poblet, adonde el joven heredero del trono de Aragón había ido acompañando el cadáver de su padre, debió excitar los más vivos sentimientos en el tierno corazón del Apóstol y obligarle á ceder á la última voluntad de un monarca, cuyo generoso celo había podido apreciar. Pero él se guiaba siempre por consideraciones elevadas, y por otra parte, si su presencia en el Concilio podía ser útil, en realidad no era necesaria. Puede asegurarse que no asistió.

Y sin embargo, escritores de mérito han afirmado lo contrario: ¿quiénes están equivocados?—El abate Trithème, que vivía á fines del siglo XV, autor erudito, aunque un poco vago, dice en la página 305 de su libro de *Scriptoribus Ecclesiasticis*, impreso en Colonia en 1546: «Vicente Ferrer, de la Orden de los Hermanos Predicadores, hombre de profunda ciencia, de vasto talento y de gran elocuencia, el predicador más célebre de su época, honrado en vida y después de muerto con la aureola del taumaturgo... etc.—*Brilló con gran esplendor en el Concilio de Constanza en 1418.—Claruit personaliter in Concilio Constantiensi, anno Domini 1418.*»

Todos los autores que han afirmado la presencia de Vicente Ferrer en el Concilio se han inspirado en Trithème.

Nuestro Fontana mismo participa de esa opinión: «Vicente Ferrer entró en Constanza, en donde hacía tiempo que se le esperaba, siendo recibido con gran alegría. Dió inmediato término con su autoridad á una controversia que se había empeñado entre los

(1) He copiado estas cartas de Vidal y Micó, porque por su extensión y estilo parecen acercarse más al original latino. (N, del T.)

Padres á propósito del cisma, decidiendo él solo lo que se había de hacer, y esto ocurrió por dos veces.» (*Monumenta dominicana ad annum 1417*).

Una vez en marcha el error, tomó parte en él la imaginación, y así llega Téoli á asegurar que Vicente Ferrer pronunció el sermón en acción de gracias por la elevación al Pontificado de Martín V. En la iglesia de la Minerva, en Roma, hay una capilla en la que está representado Vicente Ferrer dirigiendo la palabra al Concilio de Constanza en presencia de Martín V. Pero Fontana dice formalmente que el discurso de que se trata fué pronunciado por el Padre Juan de Puynoix, por orden expresa del Papa, y cita su texto. Por lo demás, él mismo se contradice, porque en su *Theatrum Dominicanum*, pág. 376, habla largamente del Concilio de Constanza y cita los nombres de todos los Dominicos presentes, sin mencionar á Vicente Ferrer.

Dicen otros (entre ellos Victoria) que Vicente Ferrer se halló en Constanza al mismo tiempo que el historiador Trithème, lo cual es imposible, porque Trithème nació en 1462. «El 1.º de Febrero de 1462, dice en la pág. 450 del tomo II de sus *Anales Hirsangenses*, treinta minutos despues de las once de la noche, vi la luz del mundo!»—Era el estilo que se acostumbraba.

En cuanto á la capilla de San Vicente Ferrer en la Minerva, la hizo el artista por encargo, sin averiguar si lo que se le hacía pintar era cierto según la historia. Por último, Fontana, volviendo sobre este asunto en un Apéndice especial, no sólo no menciona ya su ida á Constanza, sino que cita la frase del Legendario oficial: «Los Padres del Concilio le tuvieron mucha consideración y le enviaron un mensaje honorífico.» Este mensaje encontró á Vicente Ferrer en Dijon. He aquí cómo refiere este hecho importante un documento público:

«Mientras el maestro Vicente estaba en Dijon, se pronunció en el Concilio de Constanza una empeñada discusión sobre un punto de fé, y no pudiendo ponerse de acuerdo, propuso el Maestro general de los Dominicos Juan de Puynoix atenerse á lo que decidiera el maestro Vicente.—«El nos dirá la verdad, porque jamás han profesado sus labios una mentira».

»Encaminóse, efectivamente, á Dijon una embajada de la que formaban parte el cardenal de Santo Ángelo, dos maestros en teología y dos doctores, y habiéndole propuesto la cuestión, el maestro Vicente la explicó, añadiendo: «Dios no ha querido iluminarnos sobre este particular á causa del orgullo de muchos. Hay allí

un demonio que impide que la verdad... (la frase queda incompleta). Sin embargo, esto no son más que juegos de niños y me asombra que hombres tan sabios no hayan podido resolver esta cuestión.» Y la resolvió, considerando todo el Concilio la respuesta que dió como un prodigio, siendo efectivamente la fórmula que ofreció tan perfectamente clara, que no podía cambiarse una palabra. *Et totum concilium tenuit ad miraculum, ita quod nihil aliud poterat supplevi.*» (Declaración del Obispo de Tlésia).

Este trono brusco es propio de los testimonios, pero hubo preámbulos más amables, según puede conjeturarse por estas frases de la declaración: *Inter multa quæ Mag. Vincentius locutus fuit.* Su primer biógrafo dice que derramó lágrimas, efecto de la sorpresa que experimentó en su humildad. En cuanto á las palabras que parecen duras, trazan, ¡ay! toda la historia del gran cisma. Un autor añade: «Una palabra de este hombre pesaba más que toda la ciencia de los cardenales y de los doctores que componían esta augusta Asamblea.»

Si Vicente Ferrer hubiera ido á Constanza, no hubiese tenido razón de ser la embajada de Dijon.

Hermann von der Hard tampoco habla de él en su Historia del Concilio de Constanza, la obra más completa sin duda que se ha publicado sobre esta materia, compuesta con sujeción á los manuscritos originales, en la que relata día por día todo lo que se hacía y los discursos que se pronunciaban. Sin embargo, se ocupa con frecuencia de Vicente Ferrer, relata sus trabajos en Perpiñán y le llama *Theologus et Orator toto orbe decantatus* (t. II, pág. 522).

Zurita, cuyo mérito como historiador es conocido, habla extensamente del Concilio y nombra entre los representantes del joven rey Alfonso á un famoso doctor, *el más afamado predicador después de Vicente Ferrer*, excelente ocasión para decir que éste había ido á Constanza.

El ministro Lenfant, historiador también á su manera del Concilio de Constanza, cuyos documentos estudia, dice que le parece seguro que Vicente Ferrer no asistió á él, *aunque no comprenda por qué.* *Porqués* como éste dejarán de comprenderlos siempre los orgullosos sectarios como Lenfant.

La lista de los Dominicos enviados al Concilio por el rey de Aragón no menciona á Vicente Ferrer.

De haber asistido, no se explicaría que Martín V, en Noviembre del año 1417, el mismo mes en que fué elegido, enviase al Apóstol plenos poderes apostólicos por medio de Antonio Montanus, que

fué uno de los primeros cuidados del nuevo Pontífice. Por lo demás, los partidarios de la opinión contraria sólo invocan razones convencionales.

«En lugar de ir á Constanza, dice con mucha razon un biógrafo de Santa Coleta, le pareció mas importante venir á trabajar por el feliz éxito de estas negociaciones con una pobre Clarisa, junto á la verja de un pequeño monasterio.»

Viviendo en las alturas adonde no llegan los espíritus vulgares, obedecieron estas dos almas á inspiraciones acerca de las cuales no tenemos por qué emitir juicio.

Labbé, en su Historia de los Concilios, como entreviendo la verdad, reprodujo las frases de Tritéme suprimiendo la palabra *personaliter*, porque de hecho intervino y de una manera muy activa con su respuesta á la *embajada de Dijon* y con sus cartas escritas en colaboración con Santa Coleta.

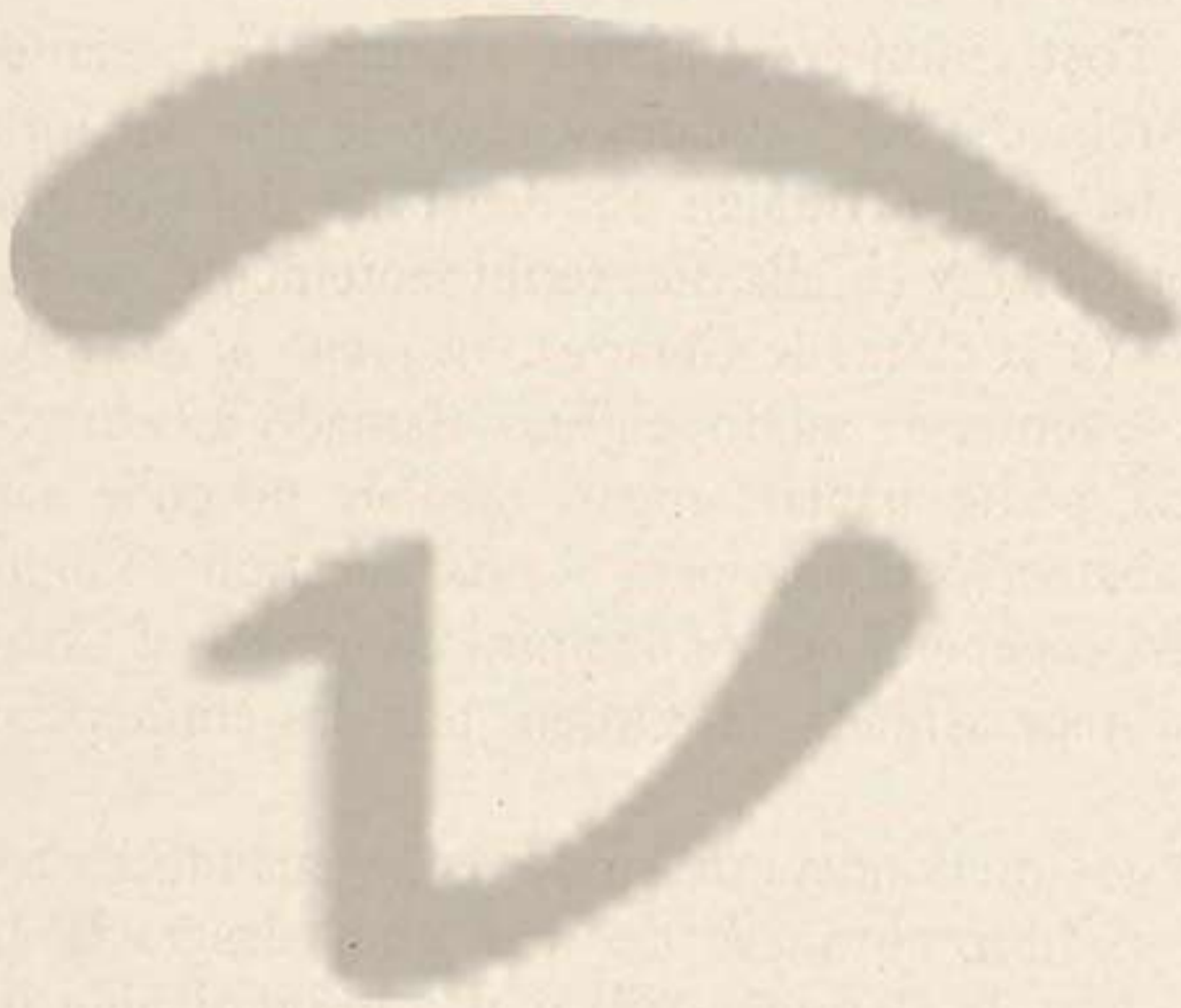
Finalmente, Lingi Tosti, monje de Monte Casino, en la actualidad director de los Archivos del Vaticano y autor de una Historia de la condesa Matilde, ha escrito también una Historia del Concilio de Constanza, muy apreciada, y en ella dice terminantemente, página 129: «*Il santo né rispose (á la carta de Gerson), né venne al concilio.*»

Vicente Ferrer no se sentía de modo alguno llamado á la dirección oficial de la Iglesia; podía hablar, rogar, mediar, no gobernar, aparte de que en esta abstención habia para él una cuestión de delicadeza, porque el Maestro general de los Dominicos asistia al Concilio y además estaba representada la Orden por las eminencias del saber.

No por eso fué menos preponderante su acción, y cuando Pastor dice que si el mundo se libró entonces de una gran desgracia, lo debe á la grandeza de alma de Gregorio XII y al celo infatigable de Segismundo, olvidando á Vicente Ferrer, esto es más que una laguna histórica, en que á buen seguro no hubiera incurrido sin más que consultar á su compatriota Héfelé (Historia de los Concilios, t. XLV. § 565).

El Concilio de Constanza es la obra de Vicente Ferrer y en tal concepto no es inoportuna una rápida ojeada á esta gran asamblea.







CAPÍTULO XIII

CONCILIO DE CONSTANZA

Papel del Sacro Imperio. — Huida de Juan XXIII. — Artículos cargados de tempestad. — «Conciliariter tumultuariter». — El cónclave — Suerte de los tres Pontífices. — El Dominicano Juan Dominici. — Continuación del Concilio de Constanza. — Consecuencias actuales. — «Non prævalebunt».

EL Concilio, que se había abierto en Noviembre de 1414, seguía luchando con mil dificultades. El emperador Segismundo dirigía desde el principio la marcha de los negocios, en la cual, esta institución inaugurada en la persona de Carlomagno y cuyo carácter providencial no puede desconocerse, desempeñó su verdadero papel. ¿Por qué no ha de haber merecido siempre su hermoso título de Sacro Romano Imperio?

A fin de evitar que los italianos tuvieran preponderancia, se votó por naciones y no por personas, estudiando cada nación separadamente las cuestiones y sometiendo á las sesiones generales el resultado de sus trabajos. Estas naciones eran: Alemania, Inglaterra, España, Francia é Italia.

Por un momento hasta se pensó en excluir á los cardenales del Cónclave; pero el cardenal Fillastre hizo observar que esto era contrario á toda la tradición eclesiástica, y entonces surgió la idea de agregarles treinta delegados de cada nación, innovación no menos grave, por lo que Juan XXIII, temeroso de la responsabilidad en que pudiera incurrir, porque todo se hacía bajo sus auspicios, se escapó mientras se celebraba un torneo, retirándose á Schaffouse.

Además de la ingerencia de los laicos, la ciudad de Constanza se hallaba en estado de sitio, lo cual podía coartar la libertad de discu-

sión, y como habían acudido á Constanza una multitud de extranjeros, como se sucedían las fiestas y los espectáculos entre la gente alegre, en que tomaban parte también los prelados, cosas todas que han hecho que se juzgara con severidad hasta el mismo Concilio, parece justificada la resolución de Juan XXIII; pero hizo mal en huir y estuvo á punto de producir muchos males con su ausencia, necesitándose toda la energía del emperador para impedir que se disolviera el Concilio.

Mas entonces faltó la moderación y Gerson creyó obrar acertadamente emitiendo ciertas proposiciones, de que luego se ha abusado con exceso acerca de la omnipotencia del Concilio frente al poder papal. Pero aun revistió más gravedad el siguiente hecho. El Viernes Santo, 29 de Marzo de 1415, celebraron una sesión las tres naciones, Francia, Alemania é Inglaterra, de la que salieron dos artículos que amenazaban tempestades: 1.º El Concilio Ecuménico recibe su poder directamente de Dios y el mismo Papa debe someterse á sus decisiones. 2.º El que le rehuse la obediencia, aunque sea el Papa, sufrirá sin remisión la pena merecida.

El emperador comprendió que se había ido demasiado lejos y propuso se redactaran en términos más moderados, proposición que estaba á punto de ser aceptada, cuando se supo que Juan acababa de trasladarse de Schaffouse á Laufenbourg, nueva escapada que produjo el más pernicioso efecto, presentándose de nuevo aquellas proposiciones, que fueron aprobadas, á pesar de las protestas de algunos cardenales.

Tal es la versión de lo ocurrido admitida generalmente, pero no es exacta. Los manuscritos del Vaticano prueban que se respetó el deseo del emperador y que las dos terribles proposiciones no llegaron á votarse en la cuarta sesión. Sólo más tarde el Concilio de Bale las hizo insertar con objeto de servirse de ellas contra Eugenio IV, y de allí han pasado sin dificultad á la historia, así como nuestros famosos artículos orgánicos han sido considerados con la más insigne mala fé como formando parte del Concordato.

La intención del Concilio no pudo ser formular una doctrina, aunque no hubiera otra razón que la de no ser entonces ecuménico, ni podía decretarse como artículo de fé la superioridad del Concilio, toda vez que la infalibilidad personal del Papa está reconocida como dogma. Por lo tanto no debe verse en los actos del Concilio en esta ocasión más que expedientes á que obligaban á recurrir circunstancias excepcionales.

Se censura la conducta de Martín V que, una vez elegido Papa, aprobó todo lo que había hecho el Concilio; pero hay que distinguir: *Conciliariter*, ahí está la palabra; y lo que entonces se hizo no tenía ese carácter si no otro muy distinto que se ha expresado por este adverbio un poco bárbaro: *tumultuariter*.

Enviáronse al papa Juan embajadores intimándole que resignara sus poderes incondicionalmente; pero el Concilio, tal vez sin razón, no se contentó con esto, sino que le citó en términos bastante duros para que compareciera ante él, cuya orden no creyó el Pontífice en su dignidad que debía obedecer. Entonces fué desposeído después de leer 72 capítulos de cargos, violenta requisitoria que hay que admitir con desconfianza y que muestra á que grado de exaltación habían llegado los ánimos, teniéndole preso en diferentes puntos hasta la elección de Martín V.

En Junio de 1415 se había recibido en Constanza la dimisión de Gregorio XII, que fué recibida con satisfacción y grandes demostraciones de respeto hácia su persona, siendo reconocidos sus cardenales como formando parte del Sacro Colegio.

Pedro de Luna lanzó desde su asilo de Peñíscola todos sus rayos, ya impotentes, contra los que llamaba sus enemigos. En Noviembre de 1416 se le formó proceso, en el cual se hacían constar los antiguos motivos de queja que había contra él, sus olvidadas promesas, su carácter pendenciero, su terquedad. Sin embargo, se intentó una inteligencia; pero los mensajeros enviados por el Concilio encontraron un viejo raro, que les despidió con rudeza y ásperas palabras, por lo que se le destituyó públicamente el 26 de Julio de 1417.

Después de estos preliminares se puso sobre el tapete la cuestión de saber si debía darse desde luego una cabeza á este cuerpo que carecía de ella hacía mucho tiempo ó proceder á la reforma, cuestión que promovió discusiones que solo la tranquila energía del emperador pudo dominar. Puede asegurarse que á él se debe el que el Concilio llegara á buen término á través de tantos obstáculos procedentes de las cosas, de los hombres y de todo. Acabaron, al fin, por entenderse, estableciendo las bases de la reforma que debía operarse de conformidad con el Papa, á cuya elección se procedió sin demora.

El 8 de Noviembre de 1417 entraron en cónclave en el depósito de granos, preparado para este objeto, 53 electores, de los cuales 23 eran cardenales y los 30 restantes los delegados de las naciones

admitidos por esta vez, habiéndose tomado todas las medidas acostumbradas para los cónclaves.

Cada nación intentó desde luego inclinar á su lado la balanza; los diablos que había visto Vicente Ferrer empleaban sus últimos esfuerzos. «*Quando concilium erat in Constantia, erant mille millia dæmonum repugnantium unioni Ecclesiæ.*» (Sermón del cuarto domingo después de Pentecostés).

En el primer escrutinio hubo alguna confusión de votos, lo cual les avergonzó un poco. Alemania cedió la primera, después Inglaterra, Francia y por fin España. Italia, á la que se había querido eliminar á toda costa, quedó dueña del terreno sin combatir, y el tercer día todos los votos fueron para el romano Otto Colonna. La Providencia sabe mejor que nosotros lo que debe hacerse.

Era el 11 de Noviembre, día de San Martín, y el nuevo Papa tomó el nombre de Martín V. Tenía cincuenta y siete años, y era un hombre virtuoso, pacífico, modesto y benévolo. Aplaudido por 80.000 personas y llevando el emperador á pié la blanca hacanea del Papa, se dirigieron á la catedral en procesión interminable. Los anales de Constanza relatan estas fiestas espléndidas de la eterna juventud de la Iglesia católica.

Ocupáronse inmediatamente de la reforma, cuyas líneas generales quedaron trazadas, debiendo el Papa entenderse con cada nación por medio de un Concordato. Martín V publicó en seguida una bula doctrinal, en la que de intento empleaba términos generales acerca del predominio del Papa sobre el Concilio.

Se separaron magníficamente, acompañando al Papa á su salida de Constanza 40.000 jinetes, entre los que figuraba el emperador que llevaba del diestro el caballo montado por aquél.

Quedaba terminado el cisma. Se veía la necesidad de una reforma. Algunas represiones vigorosas aplicadas á peligrosos innovadores volvieron á unos al buen camino, al paso que hicieron á otros más obstinados, pues tal es la ley de este mundo para las almas; pero los hombres de buena voluntad podían disfrutar de la paz y encaminarse á Dios, y la Iglesia recobraba su marcha ordenada.

Tal vez no sea inoportuno recordar el modo de ser de este poder maravilloso que funciona aquí abajo con tan pobres elementos. Dios confía á la actividad humana la elección de la persona del Papa, pero se reserva el conferirle el poder.

Convenía que la Iglesia, encargada del gobierno de las almas en este mundo visible, tuviera una organización jerárquica bien definida,



El Emperador Segismundo.



El Papa Martín V.

cómoda, que se adaptara fácilmente á las circunstancias; y por eso, desde San Pedro acá, *sintiendo*, como dice la teología, que debía obrar así, adoptó el procedimiento de la elección.

El clero romano, convertido poco á poco en el Colegio de cardenales, es el que ha elegido siempre los Pontífices, y si algunas veces, como en Constanza, fueron admitidos príncipes, monjes ú otras personas á concurrir á esta elección, no fué á hacerla, siendo preciso en Constanza el consentimiento de los cardenales para que fuese válida la elección de Martin V.

Si la Iglesia llega á dudar de la legitimidad del jefe que necesita, tiene, más que el derecho, el deber de asegurarse de ella, y al exigir la renuncia del Pontífice dudoso, no hace más que mirar por su propio honor, los intereses sagrados de las almas y la paz del mundo. Esto es lo que hizo en Constanza y lo que puso término al gran cisma de Occidente.

Puesto en libertad Baltasar Cossa (Juan XXIII) por orden del nuevo Papa, fué á reunirse con él en Florencia, echándose públicamente á sus pies, espectáculo conmovedor que hizo derramar lágrimas á todos los que lo presenciaron. Martin V le hizo decano del Sacro Colegio, señalándole asiento aparte en todas las ceremonias. Al descender de hecho de las grandezas humanas, Baltasar Cossa escribió á Pedro de Luna instándole á que imitara su sumisión, y llevó algún tiempo en Florencia una vida de penitente, falleciendo el 20 de Noviembre de 1419.

Respecto á este Pontífice no podemos admitir el juicio del abate Cristóbal (*Historia del papado en el siglo XV*, tomo III, pág. 224), á pesar de atenuarle diciendo que «supo aprovechar las lecciones de la desgracia» al expresarse de este modo: «Después de la sentencia de Constanza no cabe duda que Baltasar Cossa fué uno de los personajes más indignos de la historia...» Cuando en Schaffouse le presentaron el infame libelo que sirvió de base al proceso que se le formó, confesó humildemente que había en él algo que era verdad, pero se entristeció en gran manera al ver los odiosos crímenes que tan gratuitamente le imputaban. Esta fué la causa de sus fugas sucesivas, porque no se creía seguro en ninguna parte.

Todavía se muestra más injusto el abate Cristóbal respecto á un hombre que en esa triste época representó un papel de gran importancia, á saber: nuestro B. Juan Dominici, de Florencia, arzobispo de Ragusa: «De estos cuatro personajes (los cardenales nombrados por Gregorio XII) Juan Dominici era sin contradicción el más notable

por sus talentos y el que más merecía el capelo por sus adulaciones y complacencias. Sus virtudes eran incontestables, pero era una de esas naturalezas en las que el carácter no corre parejas con la inteligencia y la piedad, á las que arrastran las circunstancias y las posiciones seducen, que la majestad del poder subyuga y que cambian á menudo de buena fé, sin duda porque miran estos cambios como un progreso de sus ideas.»

Olvida el autor que cuando un hombre virtuoso respeta y defiende un hecho realizado contra cuya inoportunidad protestó, no hay en esto contradicción, y si abnegación. A sus reiteradas instancias se debió la renuncia de Gregorio XII. El Pontífice, indeciso por naturaleza, se prevenía contra sus irresoluciones, haciendo de Juan Dominici un plenipotenciario cerca del Concilio, el cual abrió éste en nombre de su señor *ad cautelam*, y hasta que se publicó la renuncia quiso que se le tratara como Papa é hizo poner su escudo en el convento de los Agustinos que le habia sido destinado para su residencia.

Cuando llegó Carlos Malatesta, portador de la dimisión de Gregorio XII, el cardenal de Ragusa se dirigió á la asamblea y convocó de nuevo el Concilio, como representante del Romano Pontífice, y después de cumplida esta formalidad con gran sentido de su dignidad, leyó la fórmula de la renuncia, puso á los pies del emperador su birrete rojo y fué á sentarse entre los obispos, pero el Concilio no lo consintió. San Antonio hace de él un cumplido elogio y Gregorio XVI lo elevó á los altares.

Angelo Carrario (Gregorio XII) fué nombrado legado de la Marca de Ancona y murió en Recanati el 18 de Octubre de 1418. Cuando Martin V tuvo noticia de su muerte, mandó que se le tributaran solemnisimas honras fúnebres. «Vergonzosa mediania», añade el abate Cristóbal, expresión ciertamente demasiado dura. Sensible es que esta obra, basada en buenos documentos y escrita con objeto de poner coto á exageradas apologias, extreme la nota de severidad.

El Concilio de Constanza ha sido objeto, más que el de Pisa, de violentas polémicas, habiéndose tratado de abusar de la prudencia de Martin V; pero la historia demuestra que el nuevo Pontífice sólo aprobó lo que era obra de todo el Concilio, obrando con la madurez de un juicio sereno. Nada habia entonces establecido respecto á las relaciones del Papa con el Concilio ecuménico, y hay cosas que no se ven bien hasta después de realizadas. Pero además, Martin V

propio jure despidió el Concilio, sin que nadie pensara disputarle este derecho, y en su bula de 10 de Marzo de 1418 califica al Papa de Soberano Juez y prohíbe apelar de sus decretos. Cuando se trató de condenar á Juan Huss, se preguntó en nombre de quién se le condenaría, y el cardenal d' Ailly de Cambrai, patriarca de los galicanos, manifestó que, siendo el Concilio superior al Papa, debía condenarse en nombre del Concilio; pero la oposición fué general.

Hay que tener en cuenta el estado de los ánimos excitados contra Juan XXIII, por lo que se llegó hasta pretender que ni él, ni sus cardenales tomaran parte en las deliberaciones del Concilio, *bajo pretexto de que se trataba de juzgarle*. Lutero sentó más tarde la misma proposición, por donde puede verse en que pendiente se colocó al principio el Concilio de Constanza.

El fondo, el verdadero fondo quedó á salvo; el *non patietur vos tentari supra in quod potestis* permaneció siendo una verdad; pero la antorcha salvadora de la humanidad vaciló. Dios suspendió á su Iglesia como niño indócil, sobre un abismo; pero afortunadamente los andadores son sólidos y firme la mano que los sostiene.

Por otra parte, el remedio se encontraba entonces al lado del mal, pues gracias á los Santos con que se glorificaban los dos partidos, encontraban los pueblos, en medio de aquellas tinieblas, brillantes luces que les guiaran y eminentes virtudes que imitar en este ingrato suelo. La fé era muy viva, siendo cosa curiosa ver el afán con que se pedían jubileos, pareciendo que entre pueblos y principes había una especie de emulación ingénuá que les llevaba á aprovecharse de estas miserias, como de una inesperada fortuna, para obligar á Dios en cierto modo á perdonarles sus pecados. Todo el mundo pensaba en la unión de la Iglesia, pero nadie ponía en duda el carácter sagrado del Papa á quien obedecía. ¡Cosa extrañal no había en el cisma ningún cismático.

Pero hay más: se fortaleció el vigor moral. Probablemente no hubieran brillado con tanto esplendor esas dos grandes antorchas que entonces produjo la Iglesia, sin el espectáculo de tantos males. Bien lo demuestra la historia de San Vicente Ferrer; y el que quiera leer con atención la vida de Santa Catalina de Sena verá que los acontecimientos que acompañaron al gran cisma ejercieron sobre ella una maravillosa influencia. Su fé adquirió una nueva intensidad y su celo una expansión católica en proporción de las calamidades de aquel tiempo. Mientras las almas débiles cedían á la influencia que enerva (*ubi abundaberit iniquitas refrigescet caritas*), haciendo que

su egoísmo contribuyera al desorden universal, las otras se apiñaban alrededor del altar.— Es la última criba.

En nuestra época ha conmovido á muchos espíritus el hecho de que la Iglesia saliera victoriosa del gran cisma, y en efecto, solo Dios podía librarla de las dificultades con que luchaba y perpetuar esta sociedad, que es en la tierra, á pesar de todo, la expresión de su sabiduría, de su poder y de su amor.

El mundo cristiano se ha aprovechado de estas lecciones y desde entonces converge más poderosamente hácia el centro de la unidad católica.

El espíritu de contradicción, de discusión, de investigación, que tuvo su origen en el gran cisma y que vemos desarrollarse con tanta energía en nuestros días, tiene alerta á todas las fuerzas vivas de la Iglesia: es el enemigo que tiene vigilantes las guardias.

La reforma, vigorosamente aplicada por los Concilios, ha hecho desaparecer aquellas llagas que corroían á la sociedad cristiana. Hoy no conocen nuestros enemigos ni aun el nombre de la simonía, odioso crimen, una de las causas del gran cisma y al que éste había dado tan lamentable desarrollo, como sucede con frecuencia en las viperinas progenies del mal. Hay, sin duda, en la Iglesia fragilidades aisladas que una malignidad, hija de la corrupción, se complace en abultar, en poner de manifiesto, en hacer públicas, cuando no las inventa en provecho de infinitas infamias ó mezquinas ambiciones; pero es indudable que, por la fuerza misma de las cosas y el funcionamiento normal de la vida, un miembro viciado sería pronto expulsado, como un elemento es despedido en un cuerpo sano por la circulación de la sangre.

¿Hablaemos de esa infalibilidad pontificia, cuya necesidad han hecho reconocer las divagaciones del Concilio de Constanza? Precisamente llega después de seis siglos, en el momento en que el principio de autoridad se encuentra minado y batido en brecha, para que los ánimos fatigados por las disensiones estériles de la multitud descansen en la unidad y haya siempre un faro brillante en medio de estas incesantes tempestades de un mundo que se desploma.

Que se desengañen los enemigos de Dios: *Non prævalebunt.*

Oigo decir que la guerra contra la Iglesia no ha sido hasta aquí más que un juego de niños y que llegará un día en que el progreso humano dará tales embestidas á esta institución que le desafía, que se verá obligada á ceder.—¡Pobre gente!

El mundo actual se halla en el apogeo de los goces, como lo estaba el mundo Romano cuando la Iglesia se desarrollaba, es decir, que es incapaz de vigor, y los espíritus perspicaces reconocen en varias señales que no es ciertamente la Iglesia la que está en decadencia. Un buen cristiano, que fué al mismo tiempo un gran político, García Moreno, ha dicho: «Dios no muere», pero hay otra expresión que conviene mejor á nuestro país: Dios siempre ha existido.

Sin embargo, el mal que existía tuvo terribles consecuencias, pues el cisma borró la línea divisoria entre los dos poderes, y de aquí el escándalo de la deposición de Eugenio IV en el Concilio de Bâle, restos informes, pero peligrosos, del gran cisma, como sucede con ciertos reptiles que intentan dañar con los trozos de su cuerpo mutilado. De aquí nació también esa larga serpiente del Galicanismo, que el protestante Sismondi define: «el privilegio de estar sometido exclusivamente al poder civil». El clero, que tan imprudentemente defendió estas libertades desdichadas, dejó á sus sucesores una triste herencia, porque todos los poderes en su persecución las han esgrimido contra ellos.

El celo verdadero, pero exagerado, por la reforma, dió origen á los errores de Wiclef, de Juan Huss y de Jerónimo de Praga, precursores de Lutero, y hasta los poderes temporales se vieron amenazados con escritos tales como los de Juan Petit y de Falkenberg, en que se hacía la apología del asesinato político. Envilecido el poder arriba, nada tenía de extraño que el pueblo sacara las consecuencias á su manera, siempre brutal.

Jamás se toca impunemente á los principios, porque con ellos se debilita otro tanto la humanidad. Una Providencia benéfica ha inculcado en ella ciertas nociones bien determinadas, instintivas más que formuladas, con las que ha vivido largo tiempo, y los que intentan destruirlas son sus grandes enemigos, porque las sociedades, lo mismo que los ríos, no se remontan á su origen.

Después del gran cisma quedó la humanidad herida de atonía, á la manera de un enfermo que ha estado á las puertas de la muerte. Consagrada por entero á la dicha de vivir, olvidará los gérmenes del mal que han quedado en su organismo, acogerá con entusiasmo las modificaciones realizadas en su existencia y les dará nombres retumbantes, pero realmente se notará en todo una inferioridad evidente.

Se acababa de ver en Constanza el poder del Sacro Romano Imperio; pero pronto se irá eclipsando poco á poco esta gran auto-

ridad que iba á recibir su consagración á los pies del Vicario de Jesucristo, que dirimía en última instancia las contiendas de los poderosos y desempeñaba en honra de la Iglesia el magnífico papel soñado más tarde por nuestro rey Enrique IV.

La monarquía cristiana, personificada en San Luis, comprenderá ya menos su misión y solo por intervalos realizará el hermoso título de «Pastor de los pueblos», cantado por la antigüedad. La gloria exterior despedirá algunas veces brillantes reflejos, pero las fuentes de la verdadera grandeza se habrán enturbiado, hasta el día en que, batida en brecha por el espíritu revolucionario, sancionará el poder civil, muchas veces á pesar suyo, el mal bajo todas sus formas y sólo se conservará en pié, gracias á los restos de las antiguas instituciones que no habrá tenido tiempo de destruir.

El pueblo apreciaba el honor que Dios le había hecho llamándose aquí en la tierra *obrero é hijo del obrero*, y protegido por el rey, teniendo sus asociaciones, sus cofradías, sus gremios, trabajaba para patronos cristianos y contaba sobre todo con la justicia divina. Sabía muy bien que debe obedecer y no mandar y que un grado más de independencia es á menudo una desgracia.

La Iglesia á su vez, libre también y respetada, había echado poderosos retoños; Cluny, Citeaux con Clairveaux, su hija más ilustre, todas las ramas Benedictinas, las ilustres familias Dominicana y Franciscana: en lo sucesivo, aunque la Iglesia continúe su obra de vida, ya no recobrará su fecunda preponderancia. La influencia de las Órdenes religiosas se irá debilitando y muchas de ellas desaparecerán: las legislaciones monásticas entrarán en una vía menos austera, así como ha suavizado la Iglesia su disciplina. Surgirá en el siglo XVI un gran organizador, Ignacio de Loyola; pero no hallando en la humanidad, considerada individualmente, ese temple enérgico de otra época, creará un molde, en el que el hombre, rehecho y domado hasta en sus fibras más sensibles, se funde en la potente unidad de la corporación, concurriendo dócil é impersonalmente á la obra común. Sucederá en la Iglesia una cosa parecida á lo que ocurre en los ejércitos permanentes, en los que el valor individual es absorbido por el número como una gota de agua en el océano. Las nuevas Congregaciones ya no se llaman Órdenes religiosas, sino Institutos de clérigos regulares.

El espíritu del mal, por el contrario, extenderá su influencia, las almas estarán más dispuestas á dejarse dominar por él, ya no asustará la rebeldía; las herejías, que no eran hasta aquí más que textos

de la Escritura mal aplicados, se arrogarán el derecho de protestar en general. Y mientras los antiguos heresiarcas necesitaban para propagar su doctrina una honradez verdadera ó fingida, veremos á Lutero apoyarse impunemente en su indecencia. Los pensadores audaces adquirirán influencia, sentarán principios sobre los cuales trabajarán nuevas inteligencias, que procurarán extenderlos, intentando agruparlos en haz, hasta que, confundiendo Dios su lenguaje, prefieran con Voltaire, ignominioso rey de los siglos futuros, burlarse de todo y cubrir sus impurezas con una afectada indiferencia.







CAPÍTULO XIV

PEÑÍSCOLA

Harmonía de los medios. — Cólera impotente. — El castillo. — Cencerrada magistral. — Pedro de Luna y las arañas. — «Tretse son tretse»: El arca de Noé. — Gil Muñoz. — Últimos momentos del gran cisma. — Los años de Pedro. — El veneno. — Una profecía de Vicente Ferrer. — Cabeza digna de figurar en un museo.

HEMOS visto morir á dos Pontífices que reinaban á la vez cuando terminó el gran cisma: quedaria incompleta esta historia, si no relatara brevemente los últimos días del tercero, Benedicto XIII.

Peñíscola, llamada por los antiguos la pequeña Tyro, fué utilizada como posición estratégica desde los tiempos más remotos, y en ella quiso Amílcar instalar el centro de una nueva patria cartaginesa. En ella edificaron los Templarios un castillo con vastas y hermosas habitaciones, pasando después á pertenecer á los Caballeros de San Juan y luego á la Orden de Montesa, que la donó al Papa Benedicto XIII el 1.º de Diciembre de 1415.

Esta roca inexpugnable, desnuda y desierta, se adapta de singular manera con la fortuna de este Pontífice á quien nada pudo doblegar, así como se ve á los seres de la creación vivir en los medios que se armonizan con sus colores y sus destinos.

Cuando el rey Fernando ordenó que en lo sucesivo nada se hiciera en favor del papa Benedicto, los Caballeros quisieron obedecerle y el Pontífice, irritado, juró vengarse. «Pero el pobre (sic) no pudo hacerlo de otro modo, dicen sus Anales, que arrojándonos de

la villa y castillo de Peñíscola, sin tener en cuenta que si el gran Maestre no hubiera puesto á su disposición esta fortaleza, no hubiera tenido donde fijar su planta en este mundo, una vez declarado cismático.»

El cronista Pérez de Guzmán refiere que cuando Benedicto XIII vió abandonada su obediencia, hizo instruir un proceso á Fernando y envió por todo el reino órdenes relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad, haciendo pronunciar todos los días la sentencia de excomunión. ¡Pobre rey moribundo!

Los catalanes, que con gusto hubieran visto la rehabilitación de Pedro de Luna, reconocían su terquedad y han conservado un proverbio que dice: «*Tretse son tretse,*» es decir, «No insistáis, porque perderéis el tiempo.» Esto viene, al parecer, de la costumbre que tenía el Pontífice de repetir, cada vez que le proponían la dimisión: «*Yo soy Benedicto XIII, Benedicto XIII*», y de aquí sin duda este adagio familiar: *Tretse es lo punt de las donas*; que no necesita traducción ni comentario.

La relación que hicieron el 21 de Enero de 1417 los delegados del Concilio de Constanza de su entrevista con Benedicto XIII en Peñíscola retrata el carácter dominante del Pontífice, su gusto por la ostentación y la firmeza de sus ideas. Envió á su sobrino y sus doscientos arqueros á recibir á los delegados, rogando á éstos que esperaran hasta el día siguiente, para que tuviera tiempo de preparar su recepción. La comparación del arca de Noé reasume perfectamente sus habituales reflexiones: «*Verberando manum suam ad cathedram dixit: hic est arca Noe.*—Toda la humanidad estaba en el arca de Noé, toda la Iglesia está en la roca de Peñíscola. Es verdad, continuó, que yo he prometido, en el Cónclave en que fui elegido, llegar hasta la renuncia, pero no antes de apurar los otros medios, y éstos distan mucho de haberse apurado, en mi opinion, siendo yo único juez para apreciarlos. Por lo demás, yo he enviado mis embajadores á Constanza; nada absolutamente se me puede reprochar. Me llaman herético y cismático, á mi que soy Papa; los heréticos y cismáticos están en Constanza, pues sin ellos hace año y medio que hubiera terminado el cisma. Sobre este punto no cederé jamás, podeis decírselo de mi parte.»

Pedro de Luna es el tipo del hombre encastillado en una idea, que nada ve más allá, ni á su rededor, y malgasta en la soledad todas las fuerzas de su espíritu; que no sabe rendirse á la verdad venga de donde venga; que olvida que el disputar y el obstinarse son cualidades vulgares, y el cambiar de opinión, corregirse y aban-

donar una determinación errónea son, por el contrario, cualidades raras, respetables y filosóficas.

Murió sobre su roca inaccesible, sin dar señales de enmienda, en Noviembre de 1424, y este hombre, á quien San Vicente Ferrer prestó su poderoso concurso, no lo cuenta la Iglesia entre sus Pontífices.

Además de haberle depuesto el Concilio, le excomulgó Martín V el día de Pascua de 1419 al saber su resistencia á dimitir, por lo cual emite el analista Zurita esta dolorosa reflexión: «Trasladaron á Illueca á Pedro de Luna, porque habiendo sido excomulgado, no se le podia dar sepultura eclesiástica.» Su cuerpo, tan bien embalsamado, que más tarde se creyó que se conservaba natural, fué depositado primero en la capilla del castillo de Peñíscola y luego transportado á su castillo de Illueca y colocado en la misma habitación en que nació, en la cual ardía constantemente una lámpara. El obispo italiano Porro subió un día á dicha habitación y rompió la lámpara con su bastón, y los franceses en 1811 profanaron el cadáver y arrojaron los restos por la ventana. Cumpliéndose una profecía de Vicente Ferrer, los muchachos jugaron con su cabeza, pero su familia pudo recobrarla, y hoy se halla en una humilde caja de pino en poder del conde de Argilio en Sabiñano, cerca de Calatayud.

Esta cabeza mide 38 centímetros desde el nacimiento de la nariz hasta el cerebelo y otro tanto de una á otra oreja: la nariz muy combada, el cráneo liso y llano con una ligera inclinación regular; conserva aún un ojo en su órbita y los músculos del cuello ofrecen señales de haber sido desgarrados violentamente: toda ella está cubierta de una piel gruesa. Esta cabeza de Luna merecía ocupar un sitio en uno de los santuarios de la ciencia, en donde sería un interesante objeto de estudio para la anatomía.

Se ha observado que Pedro de Luna había llevado la tiara treinta años (1394-1424) más que San Pedro, cosa que no se había visto, ni debía volverse á ver, de donde dedujo el grave San Antonio que no era verdadero Papa; pero Pio IX ha demostrado que se puede ser verdadero Papa y exceder los años de Pedro, lo que prueba que en materia de profecias ó deducciones no está de más la circunspección.

Algunos autores, que á la verdad no han merecido mucho crédito, opinan que Pedro de Luna murió de muerte violenta. «Todo el mundo afirma, dice Viciiana, que fué envenenado y que el autor de

la muerte fué quemado en la playa de Peñíscola, en donde se muestra un montículo de piedras que señala el sitio en que esto tuvo lugar.»

Hallándose á las puertas de la muerte hizo jurar á los dos cardenales que le habian seguido que elegirian su sucesor, y éstos, subyugados hasta el último momento, nombraron á Gil Muñoz, canónigo de Barcelona (Diciembre de 1424). Estos cardenales se llamaban Julián Lobera, aragonés, y Domingo de Bonnefoi, cartujo francés. El rey Alfonso el Prudente, no justificó este título, porque intentó sostener este ridiculo pontificado, como represalias contra Martín V, que habia reconocido por rey de Nápoles al duque de Anjou; pero Berenguer de Bardaxi hizo que interviniera el cardenal de Foix, pariente del rey, y todo se arregló. Por otra parte, no parece que Clemente VIII (este es el nombre que tomó Gil Muñoz) tuviera mucho apego á la tiara.

Cuando se hizo la paz entre el Papa y el rey, Martín V envió al minúsculo Pontífice un franciscano inteligente que le hizo dimitir en 1429, falleciendo en Mallorca, cuyo obispado se le confirió; pero los dos cardenales fueron encarcelados. En el Boletín Eclesiástico de Tortosa (año 1859) y bajo el título de *Episcopologio de la diócesis*, por D. Angelo Sancho, se encuentra la relación detallada de los últimos momentos del gran cisma en Peñíscola.

España debe mucho á Pedro de Luna, el cual enriqueció la Universidad de Salamanca, dotándola de estatutos excelentes y de especiales privilegios, construyendo además ó reedificando diferentes iglesias y conventos, entre ellos el de San Pedro, mártir, en Calatayud, en cuya iglesia estaba enterrado su padre. Zaragoza le es deudora de su más hermosa cúpula y tres bustos relicarios de plata dorada con esmaltes y piedras preciosas de un valor inapreciable: Tortosa conserva de él un magnífico relicario, un cáliz soberbio, una cruz muy rica y la pila bautismal de precioso mármol, en la que están esculpidas sus armas, resaltando la brillante luna creciente en fuerte relieve sobre todo lo que procede de su generosidad.

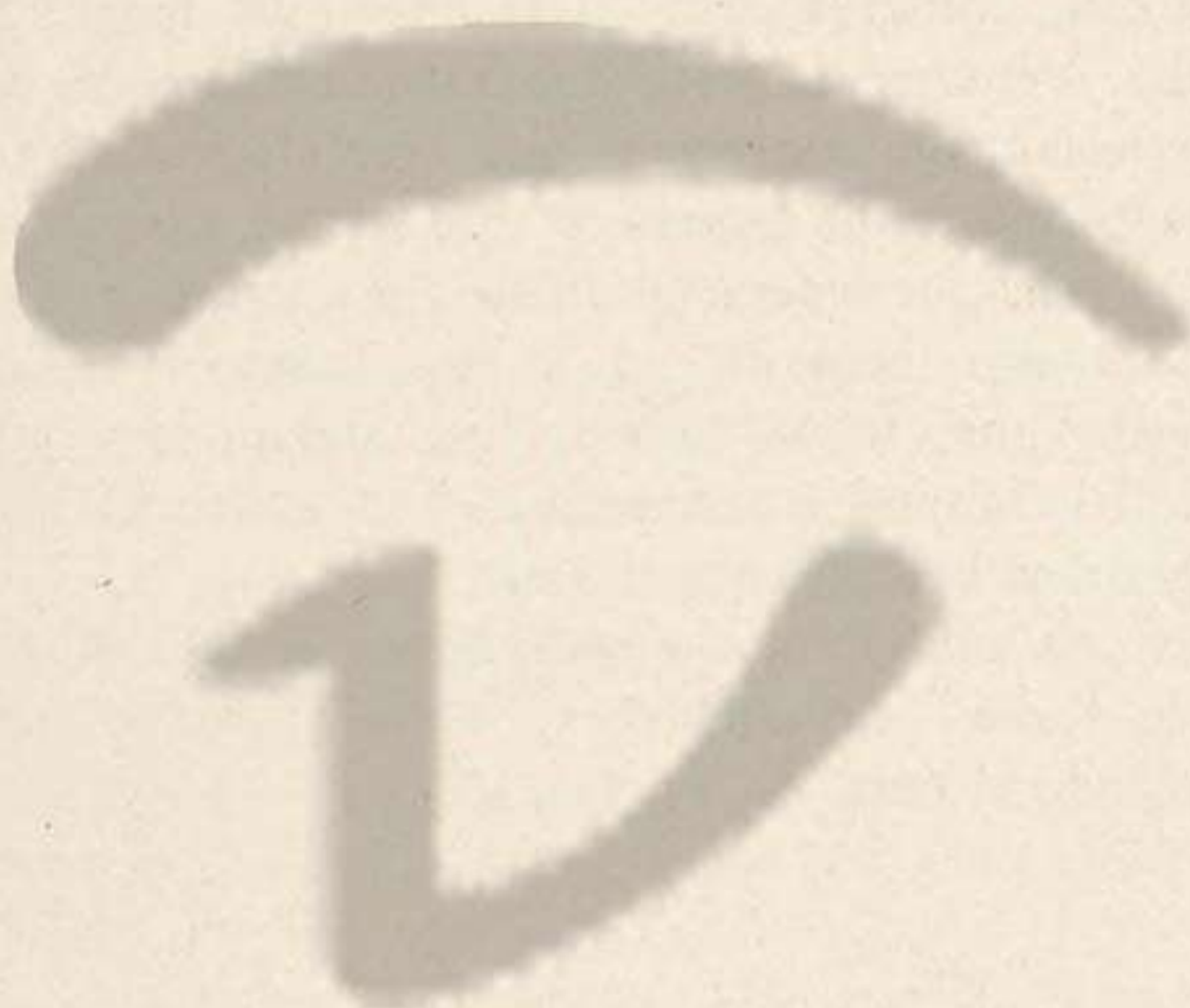
Aunque legitimamente debiese volver Peñíscola á la orden de Montesa, Benedicto la legó en su testamento á la Santa Sede; pero como Alfonso V tenia interés en poseer una fortaleza de tal importancia enclavada en sus dominios, envió una embajada al papa Martín V, el cual se la cedió generosamente, viniendo á ser la prueba de su reconciliación y mostrándose el papado espléndido como siempre.

En el día Peñiscola es una aldea agrupada sobre una roca, en la que sólo es digno de visitarse el castillo, desde cuya azotea se disfruta la magnífica vista del mar, y en los días de tempestad se asiste á un magistral concierto formado por los silbidos del viento y el ruido de las olas que se precipitan en las grutas subterráneas. «Se ve allí en efecto, dice Mundina, una caverna que los habitantes llaman gruta del Papa Luna, que comunica á la vez con el mar y el interior de la fortaleza, y en la cual penetran con violencia las olas, se elevan y vuelven á caer en forma de espesa lluvia, produciendo un espectáculo admirable y un ruido ensordecedor. También existe una escalera labrada á pico en el granito y disimulada detrás de la roca para embarcarse secretamente ó recibir provisiones en caso de asedio.»

Aun vive en Peñiscola el recuerdo de Benedicto XIII, *el papa Luna*, como allí le llaman, conservándose en la iglesia del lugar su cruz pectoral y su cáliz. Venérase también una buena imagen de la Virgen en madera, perfectamente conservada, que, según la tradición, fué llevada por Santiago, apóstol de España, y ante la cual acostumbraba orar Pedro de Luna, que á pesar de todo era hombre de fé. Un día encontró el santuario lleno de arañas; las maldijo y desde entonces no se ha visto una, según afirman los habitantes, y yo añado que no sería difícil comprobar la verdad de este aserto en un país en que la limpieza deja bastante que desear.

Hay en Peñiscola una *Calle de San Vicente Ferrer* en la que se ostenta su imagen de barro, celebrándose su fiesta y novena con solemnidad, como en todo el reino de Valencia.





QUINTA PARTE

SOL PONIENTE

(1416-1419)





CAPÍTULO PRIMERO

MEDIODÍA DE FRANCIA

Peregrinación á Perpiñán.—El castillo de los reyes de Mallorca.—Carta de la reina Margarita.—El convento de los Dominicos.—San Juan el Viejo y M. Viollet-le-Duc.—La lluvia y el buen tiempo.—Beziers generoso.—Alegria meridional.—Guillermo Seuhier.—Milagros fastidiosos.

(1416)

VICENTE Ferrer había obedecido en Perpiñán á ese amor á la Iglesia que hace de un creyente un mártir, y su corazón se oprimía al recuerdo de aquél de quien había sido el amigo, la gloria y el más seguro sostén. Por eso vino á buscar en Francia las fortificantes distracciones que proporcionan los movimientos de los pueblos que se encaminan hácia la salvación y la verdad.

Una vez en esta bendita tierra, que parece tener la misión de consagrar todas las grandezas, ya no la abandonará, antes al contrario, le dará durante unos años, demasiado cortos por desgracia, lo que impropriamente podría llamarse «los restos de una voz que se apaga y de una vehemencia que se extingue». Para Francia serán las últimas olas de esa elocuencia arrebatadora que conmovió el mundo durante veinte años, su vejez, iluminada con resplandores de ultratumba, sus últimas prodigalidades de milagros.

Recorramos, antes de abandonarle, el teatro del gran drama que puso término al cisma de Occidente y dió al Héroe de esta historia tan marcado relieve, con el mismo interés doloroso con que se recorre un campo de batalla.



Preciso es saludar este antiguo castillo de los reyes de Mallorca en donde se hospedaba Benedicto XIII, que se ve de lejos al salir de la estación y cuya plataforma de la torre se eleva más de 60 metros sobre la ciudad. En el ala del Mediodía hay un gran salón con anchas ventanas ojivales, provisto de bancos á los lados, en el que el Pontífice recibió solemnemente al emperador Segismundo. En el patio interior se había levantado un estrado delante de la capilla, desde el cual se pronunciaban los discursos oficiales y predicó Vicente Ferrer su famoso sermón el 6 Enero de 1416, como lo prueba la siguiente carta de la reina Margarita de Prades, viuda del rey Martin, á su tío el obispo de Mallorca:

«Venerable Padre en Cristo y querido tío.

»Debemos participar á vuestra venerable Paternidad que el lunes, fiesta de la aparición (sic) de los Reyes magos, estando el rey sobre un estrado alzado *delante de la capilla principal del castillo*, despues de la misa celebrada en un altar erigido en el mismo estrado, en presencia de gran número de personas notables y de una multitud inmensa que habia acudido á dicho castillo para oírle, predicó el maestro Vicente un sermón en el que dijo, entre otras cosas y muy afirmativamente, que Nuestro Santo Padre era el verdadero Vicario de Jesucristo, de lo que no le permitian dudar una porción de circunstancias que él conocia; pero que como Nuestro Santo Padre ponía obstáculos á la union (cosa que no podriamos explicaros en una carta), el rey, obedeciendo las órdenes de Dios, que hay que respetar más que las del Papa, habia resuelto dictar ciertas disposiciones de acuerdo con su Consejo, las cuales habian de ser desagradables á Nuestro Santo Padre, pero muy provechosas para la salvacion de su alma, así como la medicina es amarga para el enfermo. Estas disposiciones se han publicado ya, y como son bastante estensas no las puedo recordar por entero, pero contienen en resumen, etc. Añadió que en el mismo dia se publicarían análogas disposiciones en los reinos de Castilla y de Navarra y en los condados de Foix y de Armagnac, etc.

»Escrito en Perpiñan, sellado con nuestro sello secreto, el 13 Enero del año 1416.—La reina Margarita.

»Por mandado de la reina, Pedro Suau.» (Archivos de la Corona de Aragón).

Esta capilla, del más puro estilo, ha sido bárbaramente dividida en dos en el sentido de su altura, como la de Aviñón, por medio de un piso horizontal.

Preciso es saludar también este hermoso convento de Santo Domingo, muy floreciente en aquel tiempo, que aunque recientemente fundado, contenía más de cien religiosos. El P. Llot describe el antiguo *dormitorium*, cuyos restos excitan la admiración, en el que se hallaba la celda de Fr. Pedro Durand, donde se operó la milagrosa curación. Este *dormitorium* monumental, á lo largo del cual estaban escalonadas las celdas, está hoy día, ¡ah! atestado de cañones y material de guerra, contra cuya profanación protesta un fresco muy hermoso y bien conservado que se halla á la entrada en la capilla de las cofradías. Siempre y en todas partes, en lugar de los conventos, cuarteles, cárceles ú hospitales. ¡Qué singular progreso!

Reconstruido en 1558 el convento de los Dominicos de Perpignan, fué transformado en hospital en 1794, pudiendo colocarse en él 2.000 enfermos. El claustro, adornado de columnas romanas, ha sido desfigurado en varias reparaciones y la iglesia, que sirve de almacén de forrajes, aunque reducida en un tramo, asombra todavía por las proporciones de tan magnífica nave.

Falta saludar también esa antigua catedral de San Juan-el-Viejo, en donde el Apóstol acostumbraba predicar al pueblo. «Dentro de sus muros habia resonado más de una vez la voz poderosa del célebre predicador San Vicente Ferrer, dice el P. Llot, y hasta el año 1718 se conservó el púlpito desde el cual tres siglos antes excitaba al arrepentimiento á los pecadores más empedernidos.» El P. Llot se equivoca, porque este púlpito fué respetado hasta 1820 en que se le destruyó como inútil antigualla.

Aun se enseña una repisa historiada, adosada á uno de los muros interiores de la iglesia que se dice haber sido el pedestal de este púlpito, y verdaderamente cuadra bien con las señales que indica M. Viollet-le-Duc, tan competente en estas materias. «En el siglo XIII, dice, cuando se establecieron las Ordenes de Predicadores para combatir la heregia, la predicacion vino á ser una necesidad á la que tuvieron que sujetarse las disposiciones arquitectónicas de los edificios religiosos, y los Dominicos, entre otros, edificaron iglesias con dos naves, una para coro de los religiosos y el servicio divino, y otra para la predicacion. Entonces fué cuando se hicieron los púlpitos fijos, formando parte de la edificacion, adoptando para ellos la forma de un balcon saliente en el interior de la iglesia á modo de cornisa, con un nicho abierto en el espesor del muro, al que se subia por una escalera practicada en la misma pared. En Valencia se halla el

púlpito auténtico de Vicente Ferrer construido de este modo y Perpiñan pertenecía entonces á España.

A una hora próximamente de Perpiñan, en el camino de Elna, se extiende la vista por un hermoso panorama que compensa al viajero de la molestia de la penosa ascension: de un lado las cumbres cubiertas siempre de nieve; al otro el mar azul en el que vienen á perderse las últimas estribaciones de los Pirineos; en el centro el armonioso tablero de damas que ofrecen las tierras cultivadas. Distraido en la contemplacion del paisaje, no echa uno de ver un pequeño monumento de ennegrecidos ladrillos, desgastados por las tempestades y por los años, en el que hay un nicho que debió contener una estatua y al pié la inscripcion siguiente que el musgo va cubriendo y amenaza borrarla:

A l' onor de
St Visens
Ferrer set de
Setembre

Statio de
St Visens
Ferrer 7 Setembre
Collioure.

16—A.

Alli se detenian las multitudes que acompañaban al Santo desde Elna y Collioure y alli le esperaba todo Perpiñan. Una mano piadosa, presintiendo el olvido, levantó esta columna de 2^m 50 próximamente, que aun se llama *Oratori de San Vicens*, así como el collado lleva el nombre de Término de San Vicente.

En adelante nos será fácil seguir el itinerario, gracias al proceso de canonizacion y á los documentos de los archivos municipales, porque en aquella época los municipios, inteligentes y solícitos de la dicha de sus administrados, nada descuidaban para asegurar el éxito de la Buena Nueva.

Despues de emplear dos meses, poco más ó menos, en afirmar la unidad de la Iglesia en Cataluña y el Rosellon, penetró el Apóstol en Langüedoc por Narbona, en donde pesaba un azote que preparó la obra divina. Efectivamente, la Providencia nos llama la atencion hácia los bienes eternos por medio de golpes misericordiosos dirigidos á nuestros bienes perecederos.

Raimundo Fabri refiere en el proceso de canonizacion que la sequia se dejaba sentir en toda la Senescalia de Carcasona y especialmente en ciertas aldeas, cuyos habitantes salieron al encuentro de Vicente Ferrer, suplicándole que les socorriese. Dirigióse él allí y habiendo hecho colocar á la gente alrededor de una cruz, como se

hace en las rogativas, se pusieron á orar, y á los pocos instantes, cuando todo el mundo estaba aún de rodillas, cayó un abundante rocío, preludio de la lluvia, que duró dos días y medio. En la tarde del tercer día ordenó la marcha, aunque seguía lloviendo y el cielo estaba completamente cubierto, y habiéndoselo hecho observar, respondió: «No tengáis cuidado, esto ha concluido», y efectivamente, cuando todo estuvo dispuesto cesó la lluvia, «y yo lo presencié», dice el testigo.

Solo estuvo allí tres días, pero éstos fueron más provechosos que una larga misión. Él tenía prisa y Dios también, poniendo á las cosas rápidas el sello de las duraderas.

La siguiente etapa fué á Beziers.

«Un día que estaba predicando en la plaza de Santa Magdalena se puso á llover á cántaros y las gentes corrían á ponerse á cubierto: «No os mováis, dijo el Santo, el buen Dios pondrá remedio». Y diciendo esto, juntó las manos, levantó los ojos al cielo, oró un instante y en seguida se mostró el sol en todo su brillo. Para mí, observa el testigo, las obras de este hombre eran más divinas que humanas.»

El nombre de Dios producía en él una tierna emoción, como cuando se evoca el recuerdo de un sér muy amado, y más de una vez se aprovecharon de esta sensibilidad divina para obtener de él cosas que repugnaban á su modestia ó á su desinterés. «En Beziers le ofrecieron los magistrados treinta escudos de oro y él los rehusó, pero insistieron por amor de Dios y consintió en que los entregaran al director de su Compañía, pero con orden de darlos en seguida á los pobres. Puedo afirmarlo como testigo ocular.»—Durante este periodo todos los testimonios tienen este carácter de afirmación categórica.

Este mismo testigo añade que queriendo disfrutar todavía de esas hermosas fiestas espirituales, lo abandonó todo para seguir al Maestro, y por él sabemos que el Apóstol evangelizó de nuevo en Montpellier, predicando unas veces en los Benedictinos de San Germán y otras en Nuestra Señora de las Tablas y en otras muchas iglesias, habiéndole seguido á Castelnaudary y «á todos los demás puntos que recorrió».

En Castelnaudary le acogieron con entusiasmo enteramente meridional, según declara Hugo Cado, que se halló presente, y Nicolás del Bosquet, juez real del Lauraguais. «El maestro Vicente dicen, llegó á Castelnaudary un martes del mes de Marzo antes de Pascua con su comitiva ordinaria, aumentada en aquella ocasión

con muchos habitantes de las poblaciones próximas, especialmente de Beziers. Por orden de los cónsules, que dieron á la vez el ejemplo, acudia diriamente todo el pueblo á la misa y al sermon delante de la iglesia principal, reuniéndose unas diez mil personas, y por las noches la compañía del maestro Vicente hacia una solemne procesion y se disciplinaba públicamente, lo cual imitaban las gentes del pais con tal fervor que corria la sangre hasta el suelo, diciendo á veces: «¡Señor Dios, Jesucristo, misericordia!»

»De aqui se dirigió el Santo á Tolosa, siempre predicando por el camino, y en todas partes se hacia la procesion de disciplinantes, y al salir de un pueblo siempre se le agregaban definitivamente muchas personas, algunas de las cuales llegaron á ser santos.»

Cerca de Castelnaudary, por la parte baja de la población se extiende un espacio de terreno que desde tiempo inmemorial se ha llamado *sermón*, siendo difícil atribuir á este nombre otro origen que el paso por alli de Vicente Ferrer, pues los protestantes no celebraban sus reuniones al aire libre. Allí fué, sin duda, donde se reunió la multitud para oír al predicador situado delante de la iglesia que está edificada en la altura.

En Montolieu tuvo lugar la curación de Guillermo Seuhier, el cual la refiere del siguiente modo:

«El honorable ciudadano Guillermo Seuhier, comerciante, de edad de setenta años, nacido en Bram, testigo juramentado, etcétera.—Dice: no es que yo estuviese enteramente ciego, pero aunque sabia leer, entendia y hablaba el latin, se habia debilitado tanto mi vista en tres años, que de ningun modo podia distinguir, ni descifrar una letra; es más, me era imposible reconocer á las personas de mi familia, aunque fuesen mi padre ó mi madre.

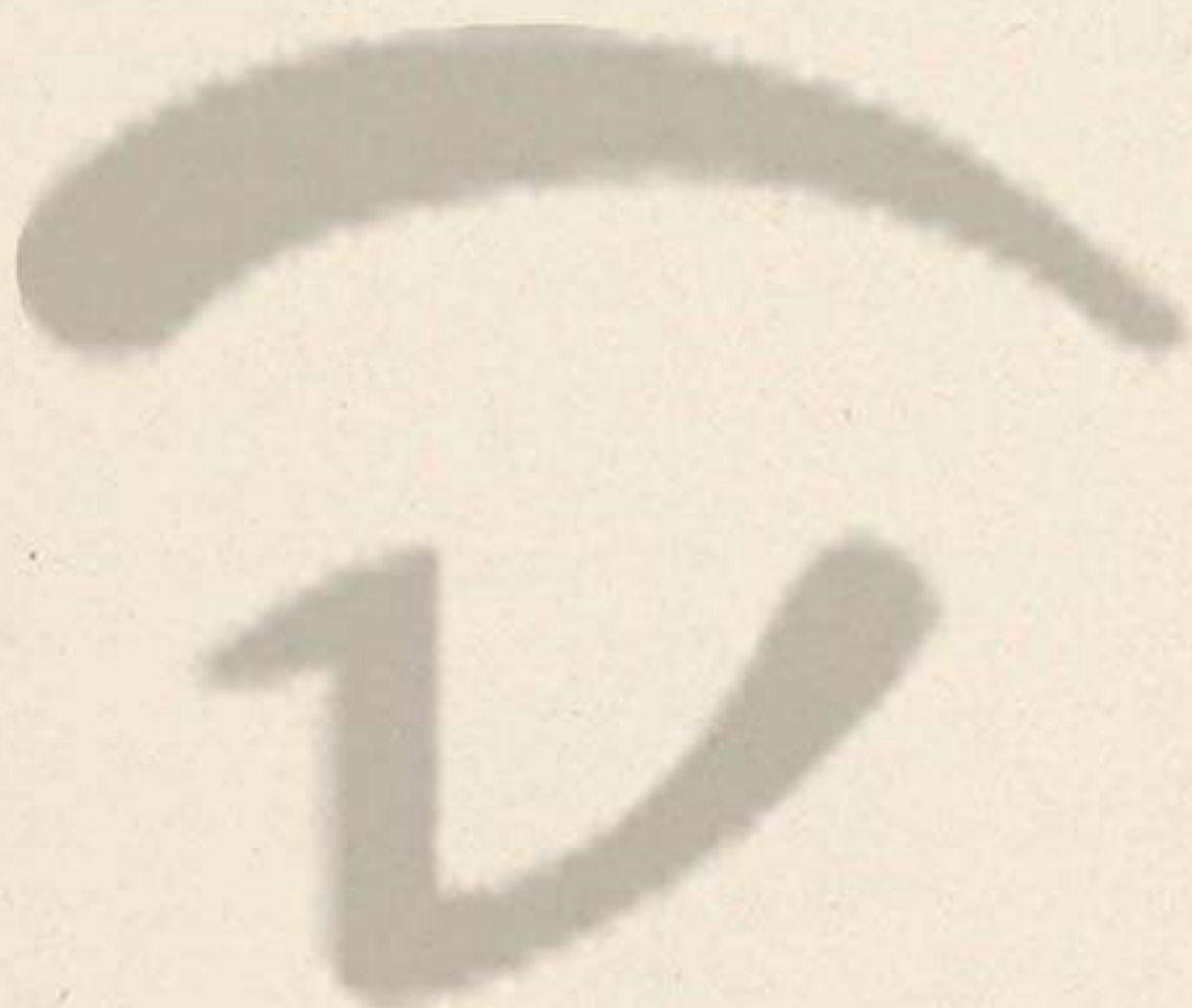
»Hace de esto treinta y siete años, poco más ó menos, el 25 de Marzo vino el Maestro Vicente á predicar á Montolieu, diócesis de Carcasona, y habiéndome dirigido allí atraído por la fama del santo predicador, me hospedé en casa del capellan del monasterio. Al bajar la escalera el maestro para ir á predicar en el sitio dispuesto al efecto, me puse de rodillas en las gradas, diciéndole que le creia verdadero discípulo de Jesucristo y en nombre del mismo le rogaba que me devolviese la vista. Él se detuvo, me hizo la señal de la cruz sobre los ojos, pronunciando ciertas palabras de que no me acuerdo y en seguida, á presencia de doscientas personas, recobré la vista tan completamente, que he tenido los ojos tan buenos como el primero y así los conservo por la gracia de Dios.»

Este monasterio de Montolieu era una Abadía de Benedictinos fundada en 780 por el abate Ulemond, bajo la protección de Carlomagno, en la cual, como en todas las de su clase, se habían reunido grandes tesoros de erudición, que fueron quemados en 1734 en la plaza de armas de Carcasona. En la iglesia del monasterio había una vidriera que representaba á Vicente Ferrer curando al ciego.

El primer biógrafo del Santo menciona, aunque sin dar importancia al hecho, otro enfermo curado y un sordo al que le devolvió el oído al cabo de siete años de haberle perdido. Ya no se hacía caso de las curaciones ordinarias.

El Apóstol bajó hasta Pamiers, porque en los Archivos, *ad annum* 1429, se hace mención de un «compañero del maestro Vicente que había predicado con él en esta población y que había vuelto, pero al que no se le pudo dar dinero á causa de estarse reconstruyendo el puente nuevo.»







CAPÍTULO II

TOLOSA

Entrada triunfal. — Mujer aplastada. — Una declaración de siete páginas. — Huelga universal. — Los milagros. — Curiosa castigada. — Sermón sobre la pasión. — El valle de Josafat. — Episodios. — Un contradictor desgraciado. — Niños muy juiciosos. — El mercado de las disciplinas. — Las cofradías de penitentes. — Ruinas sangrientas.

(1416)

VAMOS ahora á asistir á su entrada en Tolosa, que tuvo lugar el viernes antes de Pascua florida.

Después de la primera fiesta de Ramos ¿se hallarán muchos triunfos que puedan compararse con el de este monje viejo, achacoso, montado sobre un pobre jumento enjaezado con una albarda, sin brida y con estribos de madera suspendidos por cuerdas? «*Equitabat asinum cum embarda et sine freno, cum strepis ligneis cum cordis ligatis.*» (*Proceso de canonización*).

«Hizo su entrada en dicha ciudad de Tolosa entre cuatro y cinco de la tarde, saliendo á recibirle una gran multitud, y se dirigió al convento de los Hermanos Predicadores; pero era tan compacto el gentío en la plaza, que se vió precisado á entrar en la casa del Rector y para salir de allí hubo que rodearle por delante y por detrás y por los lados con unos fuertes maderos llevados por hombres vigorosos que le librarán de la presión de la gente. Aun así se precipitaba esta á besarle las manos por lo que tuvo que ponérselas sobre la cabeza, y le arrojaban pañuelos para tener á lo menos un objeto que hubiera tocado sus vestidos, siendo preciso que entrara en su celda por una escalera escusada.»

También aquí veremos animarse todo y en proporciones crecientes: los preparativos silenciosos, las multitudes, el fogoso orador, el milagro de las lenguas, las influencias directas; y veremos subir el entusiasmo hasta llegar á explosiones sin igual en la historia de la elocuencia.

Podríamos sustituir los testimonios oficiales con un relato más rápido, pero que no tendría tanta autoridad, y por lo tanto y para evitar la monotonía nos serviremos de aquéllos, si bien omitiendo preciosos detalles, que bastarían á la gloria de muchos santos.

«Yo era entonces sacristan del convento, refiere Pedro Gauthier, de los Hermanos Predicadores, y por temprano que abriese la puerta de la iglesia, siempre hallaba esperando una multitud de gente, que habia permanecido allí seis ó siete horas sin mostrar impaciencia. Una mañana que me retrasé por olvido fué tal el tropel que se precipitó al abrir, que derribó á una señora, pasándole sobre su cuerpo más de cien personas; pero ella no se asustó, sino que invocó en su corazón al taumaturgo y al cesar la avalancha se levantó, oyó la misa y regresó á su casa sin una contusion.

»Al principio se negó á hacer públicamente milagros, queriendo evitar todo motivo de vanagloria; pero al ver la tristeza de estas buenas gentes, imponía á los enfermos sus manos, orando é invocando el nombre de Jesus, les daba su bendición y se retiraban curados y satisfechos.

»Todos los dias acudia mucha gente al claustro del convento con gran devoción á venerar el estrado desde el cual predicaba tocándolo con mucho respeto con las manos y la frente.»

La declaración del arzobispo Bernardo de Rosergio ocupa siete grandes páginas en folio, y las da como testigo ocular, estando él entonces estudiando en Tolosa. Sólo citaremos una parte.

«Me acuerdo de que el venerable maestro Vicente Ferrer, en 1416, entró en Tolosa por la puerta de Narbona el viernes antes de Ramos, sobre las cuatro de la tarde, acompañado de numerosa comitiva de personas piadosas que caminaban con mucho orden, llevando al frente la cruz y cantando Letanias ú otras plegarias. La mayor parte de los habitantes salió á su encuentro, acompañándole hasta la iglesia metropolitana, en donde, despues de orar ante el altar mayor, bendijo al pueblo en voz alta, y luego, siguiendo los cantos y con gran recogimiento, se trasladó al convento de los Hermanos Predicadores.

»Durante seis dias predicó en el claustro del convento, pero aumentando sin cesar el concurso, por orden del arzobispo, Domingo

de la Torre Blanca, se levantó un estrado á propósito para el objeto enfrente de la catedral.

»Vicente Ferrer empezaba á predicar despues de la misa con el semblante animado y el aspecto de un joven, y expresaban sus palabras una caridad tan ardiente, tenia su voz vibraciones tan poderosas, y explicaba los sagrados misterios con una elocuencia tan arrebatadora, que sus oyentes, instruidos ó ignorantes, escuchaban absortos aquel lenguaje divino, que servia de alimento á su alma, sin dar señales de cansancio aunque el sermon durase dos ó tres horas, y los doctores recogian estos sermones en latin ó en lengua vulgar que luego estudiaban con mucho fruto.» Una de estas copias se conserva todavía en la biblioteca de Tolosa.

«Todo el mundo acudia á sus predicaciones, asi de la ciudad, como de los alrededores, eclesiásticos y seculares, interrumpiéndose los trabajos y cerrando almacenes, talleres, oficinas, posadas y escritorios.»

«Yo me hallaba entonces, refiere M.^e Hugues, notario real, de asesor de M.^e Guillermo de Fraga, presidente de las causas criminales, y aunque teniamos mucho trabajo, suspendimos las audiencias y lo mismo hacian las demás Cámaras, lo cual duró todo el tiempo que el maestro Vicente estuvo en Tolosa.»

Interrogado el arzobispo acerca de las procesiones de disciplinantes, cuya rareza debía llamar la atención de la autoridad eclesiástica, responde sencillamente que en Tolosa «todos los dias, despues del sermon ó por la noche, muchas personas se revisten con un sayo de penitencia y forman una procesion, golpeándose de cuando en cuando con disciplinas de hierro hasta derramar sangre y dando grandes muestras de compuncion: cuyo espectáculo provocaba en todos los que lo presenciaban una viva contricion de sus pecados.»

Respecto á los milagros dice que «mientras Vicente Ferrer habitaba el palacio episcopal, acudia diariamente multitud de enfermos de todas edades y diferente condicion y el maestro Vicente salia de su cuarto con las manos juntas apoyadas en el pecho, les dirigia palabras de consuelo, les exhortaba á poner su confianza en Dios, les hacia hacer la señal de la Cruz diciendo al mismo tiempo: «¡Jesus, Hijo de Maria y salvador del mundo, sedme propicio y misericordioso!» y luego les bendecia con esta misma invocacion. Algunas veces les ponía la mano sobre la cabeza ó les signaba en la frente y muchos han afirmado luego que en seguida se sentian curados de sus males. El Jueves Santo curó á un paralitico á la puerta del

palacio en presencia de todo el pueblo.»—El Santo había aceptado la hospitalidad en el palacio arzobispal para evitar la aglomeración de la multitud entusiasmada que asaltaba el convento.

Él contenía á su voluntad la lluvia ó el rayo, y así lo hizo en la plaza de la Catedral y en el patio del Carmelo, en donde dió esta lección á una multitud poco paciente: «Vaya, buena gente, esto no es más que agua y no alabardas; además, Dios va á poner remedio.» Y luego, á una señal de la Cruz, se abrió la nube en dos como una tela.

En el convento de las Clarisas quiso quedarse absolutamente sólo con los religiosos y las religiosas. Una mujer curiosa se escondió en un rincón, no contando con la vista interior del maestro Vicente, el cual la hizo salir, y llevada de un pueril rencor exaltó la cabeza á sus hijos, que resolvieron matar al Santo; pero éste los paralizó, diciéndoles: «Decid á vuestra madre que repare en seguida las faltas cometidas, y entre tanto quedareis tullidos.» Preciso era quebrantar el orgullo en bien de todos.

«En fin, dice Pedro Gauthier, fueron tantos y tan sorprendentes los prodigios que conozco personalmente, que hubiera podido creerse que se formaba un mundo nuevo.» Efectivamente, Dios creaba un mundo nuevo en las almas.

Este testigo hace especial mención del sermón del Viernes Santo sobre la Pasión, en que la afluencia de gente fué tan considerable, que no bastaba á contenerla la plaza de San Esteban y todos los tejados de su alrededor estaban llenos de espectadores. Jamás se vió espectáculo semejante.

«Mostró el Santo tal profundidad de miras y tal unción, dice Juan Régis, rector de la iglesia metropolitana, que se creía uno asistir en persona á este gran drama.»

Un oficial, Juan de Saxis, se expresa de este modo: «El Viernes Santo, además de otros días, predicó el maestro Vicente sobre la Pasión de Nuestro Señor en presencia del arzobispo, de muchos prelados, de gran número de maestros en ciencia sagrada, de doctores, licenciados en ambos derechos, de oficiales reales y de una multitud que se calculó en 30.000 personas. Representó tan al vivo la crueldad de los judíos para con el Salvador; empleó acentos tan dolorosos y reflexiones morales tan felizmente deducidas, que todos creían asistir á la realidad de esta tragedia, arrancando la piedad lágrimas y sollozos de todos los corazones, de lo cual fui testigo. Este sermón duró próximamente seis horas, sin que nadie mostrara

cansancio, habiendo acudido de largas distancias muchos extranjeros para oír á un predicador tan famoso. Habló, como siempre, en valenciano, y sin embargo, nadie dejó de comprenderle, relatando todo el sermón en su lengua, como si hubiera sido compatriota suyo, lo cual fué público y notorio.»

Percin, autor de los *Monumenta Conventus Tolosani*, añade este detalle: Mientras predicaba la divina Pasión con las más patéticas palabras, cayó un joven de un sitio elevado y quedó gravemente herido, pero él le curó en seguida. Iba á continuar el sermón, pero sobreponiéndose el entusiasmo popular al respeto debido al templo, se elevó una exclamación inmensa: «Un gran profeta se ha presentado entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo.» El orador se calló; «pero luego, pidiendo silencio con un ademán, continuó su discurso con tal eficacia de gracia, que más de una vez le interrumpieron todavía los gemidos, los sollozos y los golpes de pecho. Nadie se retiró de allí sin estar contrito y cambiado en su interior, porque derramaba las palabras de vida con tales acentos como no se habian conocido desde el tiempo de los apóstoles.»

No fue éste, sin embargo, el golpe maestro dado por el incomparable orador.

«El venerable y discreto messire Juan Régis, rector de la Iglesia metropolitana de Tolosa, recuerda que un día el maestro Vicente, predicando sobre el texto: *Levantaos, muertos, y venid á juicio*, imprimió á su voz un acento tal, que todos los corazones quedaron sobrecogidos de espanto, pues parecia más bien la voz de un ángel que la de un hombre, estallando en el auditorio los gemidos y los sollozos, como si estuviera contemplando el día de las últimas justicias...»

Tres siglos después se conservaba aún, no sólo la tradición, sino la emoción de estos hechos, como puede verse por el relato de Percin: «El domingo de Ramos predicó en la Iglesia de San Esteban sobre este texto: *Levantaos, muertos, y venid á juicio* y llenó de tal terror los ánimos, los corazones y hasta los sentidos de sus oyentes, que ya no parecia un hombre, sino el mismo ángel que llamará á la humanidad á los pies del tribunal supremo. El inmenso auditorio que llenaba, no sólo la espaciosa nave, sino tambien la plaza y calles inmediatas, se postró muchas veces con el rostro pegado al suelo sin poder levantarse y pidiendo misericordia, y cuando el Santo bajó del púlpito, le rodeó ávida la multitud, besando sus manos, tocando respetuosamente su hábito y hasta arrancando algunos girones de él como reliquia.»

Por esta reseña puede juzgarse de los efectos que produciría — «Fué tal el éxito de la mision, dice el arzobispo, que todos los pecadores públicos cambiaron de conducta.»

Desde el primer sermón las mujeres de mala vida fueron llorando á llevar las llaves de sus casas á los regidores y poco á poco desaparecieron por completo los juegos de azar y las blasfemias.

Juan Juardi, juez real, refiere que se decia en alta voz por las calles: «Este hombre viene á salvarnos, pues si hasta aqui podiamos alegar ignorancia, ¿qué se puede decir despues de oir semejante predicador? Somos perdidos, si no lo atendemos.»

«Yo sé perfectamente, añade, que personas que hasta entonces habian luchado en vano contra la lujuria, se corrigieron al fin, y he oido decir al arzobispo de Tolosa, consumado teólogo, que desde el apóstol San Pedro acá no habia habido en la Iglesia un predicador que pudiera compararse al maestro Vicente.»

Algunos pequeños episodios que hubieran podido ser desagradables sólo sirvieron para aumentar su gloria.

Un joven, encaramado en la fachada de la iglesia y por consecuencia á espaldas del santo, se habia dormido en una posición muy peligrosa y habiendo hecho uno de esos movimientos de oscilación propios de los durmientes, la multitud, sobrecogida, iba ya á gritar, cuando él tranquilo y volviéndose á medias, hizo la señal de la Cruz y el imprudente joven se colocó inconscientemente en una posición más segura.

Un religioso interrumpió un dia al orador en medio de su discurso, al oir hablar del fin del mundo, diciéndole: «Padre, está escrito que antes de la venida del Antecristo será destruida Babilonia.»

Vicente Ferrer, después de intimarle inútilmente que callara, le dijo: «Es verdad, pero es preciso entender el sentido de las palabras: Babilonia quiere decir confusion del pecado, ó, si se quiere, desorden universal por el pecado.»

Muchos testigos hablan de este episodio, habiendo producido el escándalo un gran murmullo en el auditorio: «*de qua fuit magnus murmur in populo.*» Este religioso era un Franciscano llamado Francisco Labori, buen hombre, pero un poco inocente, y tenia en la mano un libro, sin duda el Apocalipsis, que ha trastornado más de una cabeza. Al oir hablar de la proximidad del fin del mundo, no pudo contenerse.

El testigo Galbaud Dahusti refiere á este propósito que Vicente Ferrer predijo entonces la destrucción de Paris y de Rouen: «Todos

nos quedamos sorprendidos porque conocíamos la prosperidad de estas dos ciudades; pero más tarde recordamos estas palabras al ver á Rouen sitiado por los ingleses y largo tiempo bloqueado, interrumpidas las comunicaciones con Paris, el poder pasando á manos extranjeras y la misma capital sitiada á su vez y reducida al último extremo. Entonces comprendimos que el maestro Vicente habia hablado segun la inspiracion divina que en todo le servia de guia.»

Cuando la contradicción excedia los limites regulares intervenia Dios directamente. Juan de Saxis, militar y doctor en leyes, procurador real en Francia, se conmovió al pronto ante el espectáculo de la misa celebrada con gran fervor por el Santo y cantada con una harmonia dulce y patética por sus cantores, «honradas y devotas gentes», decia. Pero por la noche ocurrió cierta aventura que para él, acostumbrado á la disciplina, tuvo mucha importancia.

«El dia de Pascua predicó el maestro Vicente á la hora acostumbrada en la plaza de San Esteban, siendo asunto de su sermón la resurreccion del Salvador, diciendo de qué manera y en qué momento tuvo lugar esta resurreccion; luego á qué personas se apareció primero, en dónde y en qué forma, á cuyo sermón asistí.

»Por la noche me ocurrió ir á oír otro sermón que predicaba un religioso de otra Orden, el cual por de pronto expuso el tema con cierto tono de suficiencia, y luego, recordando unas palabras pronunciadas por Vicente Ferrer, pero sin nombrarle, dijo que lo que aquella mañana se habia predicado *por alguno* era apócrifo y debia entenderse de un modo muy distinto, como tenia la seguridad de demostrarlo muy pronto á su auditorio. Apenas hubo pronunciado estas palabras, alteráronse sus facciones, se puso muy pálido, espiró la palabra en sus labios y fué preciso que le ayudaran á bajar del púlpito y retirarse á su convento, haciendo que lo llevaran á su pais y sin que se le haya vuelto á ver. Toda la ciudad quedó persuadida de que esto fué un castigo del cielo, y tal es tambien mi opinion.

»Añadiré que, á mi juicio, el maestro Vicente es uno de los elegidos y por consiguiente santo, y como tal debe ser canonizado por la Sede Apostólica.» Y firma esta relación como si fuera el parte de una victoria:

Saxis.

En las declaraciones del proceso vuelve á hallarse estas terminantes palabras:

«Creo firmemente que desde el tiempo de los apóstoles no ha habido en el mundo un predicador de semejante santidad y ciencia.

Son innumerables las almas que ha salvado y seguramente, si hay seres elegidos por Dios, él es uno de ellos, de donde deduzco que debe ser solemnemente beatificado.» (Declaración de *Juan Salvatoris*, cura de Santa Magdalena).

Galbaud Dahusti refiere que «un guardian de los Hermanos Menores asistió varias veces al sermón del maestro Vicente, con otro hábito que le prestaron, con intención de hallar algo censurable en sus ceremonias ó en sus palabras. Pero fué en vano, porque el maestro Vicente era un verdadero pozo de virtud y de ciencia. Por lo cual el Franciscano decía en alta voz que jamás se había visto, ni se vería cosa semejante.»

Es por todo extremo lisonjera la declaración de Fr. Hugo Nigri, de los Hermanos Predicadores, profesor de Sagrada Escritura, gran inquisidor de Francia, decano de la Facultad de teología de Tolosa, penitenciario del Papa y consejero del rey cristianísimo. Jamás ha oído hablar á un hombre tan versado en la ciencia de las Escrituras, que explicara con tanta claridad los textos sagrados y los aplicara tan oportunamente. «Muchos eran, añade, los que tenían prevención contra el maestro Vicente, pero en cuanto le oían hablar, se convertía su prevención en un concierto unánime de elogios.»—Esta declaración comprende también siete páginas in-folio.—Encontró en varias ocasiones á Vicente Ferrer y sospecho que instintivamente ejercería su oficio de inquisidor, pero jamás halló cosa que mereciera corrección.

Cuando Vicente Ferrer partió de Tolosa una multitud de estudiantes pusieron su porvenir eterno bajo la protección perseverante de este encanto que les subyugara un día, abandonándolo todo para seguir á este Apóstol, que iba por el mundo sin contar con asilo seguro para el día siguiente y al que la muerte podía sorprender de un día á otro. ¿Pero qué es la muerte para el que ha mirado una vez al cielo con fé?

«Yo había, dice Juan Salvatoris, sacerdote, cura de la iglesia parroquial de Santa Magdalena, arreglado mi porvenir en el sentido del mundo y del matrimonio, y había de ser notario; pero al salir de Tolosa el maestro Vicente, le seguí con otros varios jóvenes, estudiantes como yo, hasta su muerte.»

En este viaje íntimo y lento fué cuando pudo sorprender esos conmovedores detalles que nos ha transmitido su testimonio entre otros. «Siempre el Santo se cambiaba la ropa interior á oscuras, no habiendo visto jamás más parte de su cuerpo que las manos.» Este

testigo repite hasta la saciedad, siempre maravillado, el don de lenguas que las peripecias de nuestro relato nos han hecho perder de vista, pero siempre nuevo para los oyentes: *Quod omnes audientes cuiuscumque linguæ essen, recedebant bene instructi laudantes Deum.*

También se aumentó el número de mujeres de su comitiva; pero sintiendo próximo su fin y tal vez por consideración á algunas almas timoratas «las reunió en comunidad en un vasto local que el Cabildo puso á su disposición, en donde llevaron la vida más edificante, habiendo provisto también el Cabildo á su subsistencia.» Por lo demás, obrando de este modo, no se privaba del precioso auxilio que dan á la obra divina estas almas consagradas por la Iglesia bajo el dichoso epíteto *devotus femineus sexus*. Y ellas no olvidaron en su retiro al que les había mostrado la perspectiva de amores imperecederos.

El Municipio de Tolosa no fué indiferente á estas hermosas manifestaciones y concedió «cien francos (sic) por el amor de Dios al *sollempnis magister in Theologia* que las habia promovido.»

Tal fué la misión de Tolosa, estando todos acordes en que su fama nada fué en comparación de la realidad. Mientras duró la presencia del Apóstol, cesó toda preocupación humana, hubo mercado permanente de cilicios y disciplinas y la plaza mayor se llamó valle de Josafat á causa de los gritos de terror y del pasmo que recogió á la multitud cuando el Apóstol, sumergido por un instante en el infinito de Dios, puso de manifiesto esa visión terrorífica del juicio final.

Una providencia especial velaba sobre estas almas ansiosas de su salvación y se realizó plenamente la palabra evangélica: «Buscad el reino de Dios, que lo demás se os dará por añadidura.» «Las casas vacías serán guardadas por los ángeles», dice un autor: y efectivamente, los niños, á los que habian dejado solos desde media noche, abrían sonrientes sus ojos y sus brazos á sus padres regenerados.— «Yo tenia tres pequeñuelos, y muy temprano me dirigia con mi mujer á la misa y el sermón, dejándoles acostados, no regresando hasta que terminaba todo el oficio, es decir, alrededor de las once, encontrándoles siempre tranquilos, alegres, buenos, sin que se hubieran movido de la cama, ni llorado. Tengo la convicción de que en esto habia algo de maravilloso.» (Declaración de *Hugo*, notario real).

En tan gran multitud, cuyo número no podía apreciarse, jamás hubo desorden alguno y nadie sentia fatiga, ni molestia; ni una

disputa, ni una palabra inconveniente en concursos tan numerosos de hombres y mujeres, de noche; ni un accidente. Fué una hora de buen sentido absoluto en la vida de un pueblo, durante cuyo período poseyó todo entero el sentido de Dios, es decir, de la verdad, de la belleza y de la bondad.

Algo de esto hemos visto en nuestros días, cuando apareció Lacordaire. Tolosa especialmente lo reconocerá en esas ovaciones, en ese Dominico interrumpiendo á cada momento su discurso por los entusiastas gritos de un gentio inmenso, en esos estudiantes tocados de la gracia, que van á pedir á un monje la solución del problema de la vida.

El espectáculo extraordinario de los Disciplinantes había impresionado todos los espíritus y de él se ocupan con frecuencia los testigos en términos expresivos.

«El maestro Vicente supo inspirar á sus oyentes la penitencia en Tolosa con un éxito maravilloso, así es que muchas personas se imponían flagelaciones públicas é iban en grupos por la noche cantando por la ciudad lastimeras melodías en honor de la divina Pasion. Yo mismo he tomado parte en estas penitencias públicas, de lo cual me envanezco, y me he encontrado entre centenares de personas ilustradas y maestros de todas las Facultades, realizando á la vista de todo el mundo este acto saludable de reparación.»

«Una gran multitud de hombres y mujeres, arrepentidos de sus pecados, iban por la ciudad con los pies desnudos, vestidos con el hábito de la penitencia, golpeándose sin compasión; yo he visto correr la sangre hasta el suelo, y á más de uno inspiró este espectáculo el amargo pesar de una vida de desórdenes.» (Declaraciones del archidiácono *Berenguer Alberti* y de *Hugo*, notario real).

«Algunas veces, dice el inquisidor Hugo Nigri, era tan abundante la sangre, que se hubiera creído que salían de un lagar.»—Pedro Pelafigue, de la Tercera Orden de San Francisco, que tuvo ocasión de lavar la ropa de los disciplinantes, encontró en ella fragmentos de carne.....

Si hemos de dar crédito al Dominico Pedro Gauthier, había su lujo en la penitencia: «Yo formaba parte de los que organizaban las procesiones de disciplinantes. Era imposible no reconocer una acción directa de Dios, viendo á gentes de valer, laicos y clérigos, hacer públicamente penitencia y golpearse con disciplinas de hierro ó de plata, pues los plateros exponían en sus tiendas tales objetos. Se reunían por la noche y para no ser conocidos se revestían en la

obscuridad con una especie de túnica de lino que bajaba hasta los pies, abierta solo por detrás desde el cuello hasta la cintura. Yo les he visto en número de doscientos y trescientos.

»Hasta se mezclaban con ellos algunos niños, cuyo fervor era tal, que hubieran venido muchos días seguidos, si se les hubiese permitido. Esta procesion de penitencia continuó por mucho tiempo despues de marcharse el maestro, y se celebraba todos los días, fueran ó no feriados, y aun tiene lugar en el día (1454). Más de una vez puso Dios á ellas el sello del prodigio por intercesion de su servidor.»

«Y dejaban oír hermosos cantos en honor de la Pasion de Cristo y de la Virgen Maria en vez de las groseras canciones que se acostumbaban.»

Después de su partida se hizo otra procesión de desagravio á un punto situado á un cuarto de hora de la ciudad, en donde se reunian antes para entregarse á actos licenciosos y abominables supersticiones. «Yo habia visto antes, dice Juan Hugues, entrar la gente en esta iglesia y asistir á los pasos y bufonadas de los payasos y titiriteros; pero entonces presencié un espectáculo muy distinto, pues esa misma gente iba allí en procesion, precedida de un gran crucifijo de madera y se disciplinaba con rigor.»

Estas procesiones de disciplinantes se conservaron mucho tiempo después de Vicente Ferrer, ó por mejor decir, subsisten todavía en esas cofradias de penitentes con que se honran algunas ciudades del Mediodía. El arzobispo de Tolosa dice que «estas procesiones se extendieron en gran manera y fueron para muchas gentes ocasión de enmendar su vida y prepararse á una santa muerte».

En 1459 se estableció en Tolosa una cofradia en honor de San Vicente Ferrer y con su advocacion, como acredita el siguiente documento.

«Juan Amici, vicario de la ciudad de Tolosa, etc., á todos los que las presentes vieren, salud.

»Ha llegado á nuestro conocimiento que algunos hombres probos, nobles, comerciantes, patronos ó simples ciudadanos de esta ciudad desean con ansia erigir una cofradia en el convento de los Hermanos Predicadores en honor de la santa Virgen y especialmente para gloria del confesor y doctor Vicente Ferrer, hace poco canonizado. Nos, á quien Dios dispensó el señalado favor de contemplar á este Santo, que hemos oido su palabra en esta noble ciudad de Tolosa y le hemos visto elevado á los altares por nuestra Santa

Madre la Iglesia, deseando de todo corazón alentar esta piadosa obra, permitimos en cuanto está en nuestras facultades que sea establecida dicha cofradía.»

«De aquí deduzco, añade Percin, que los descendientes de estos nobles solicitantes erigieron algún tiempo después en nuestro pequeño claustro y capilla de los Tres Reyes la cofradía de que se trata, de la cual es el primer patrono San Vicente Ferrer.»

Resta hablar de los monumentos que fueron testigos mudos de estas maravillas.

El púlpito en que predicó San Vicente Ferrer en Tolosa, y que ilustraron también San Bernardo, Santo Domingo y San Antonio de Padua, era todavía objeto de culto público cuando estalló la revolución.

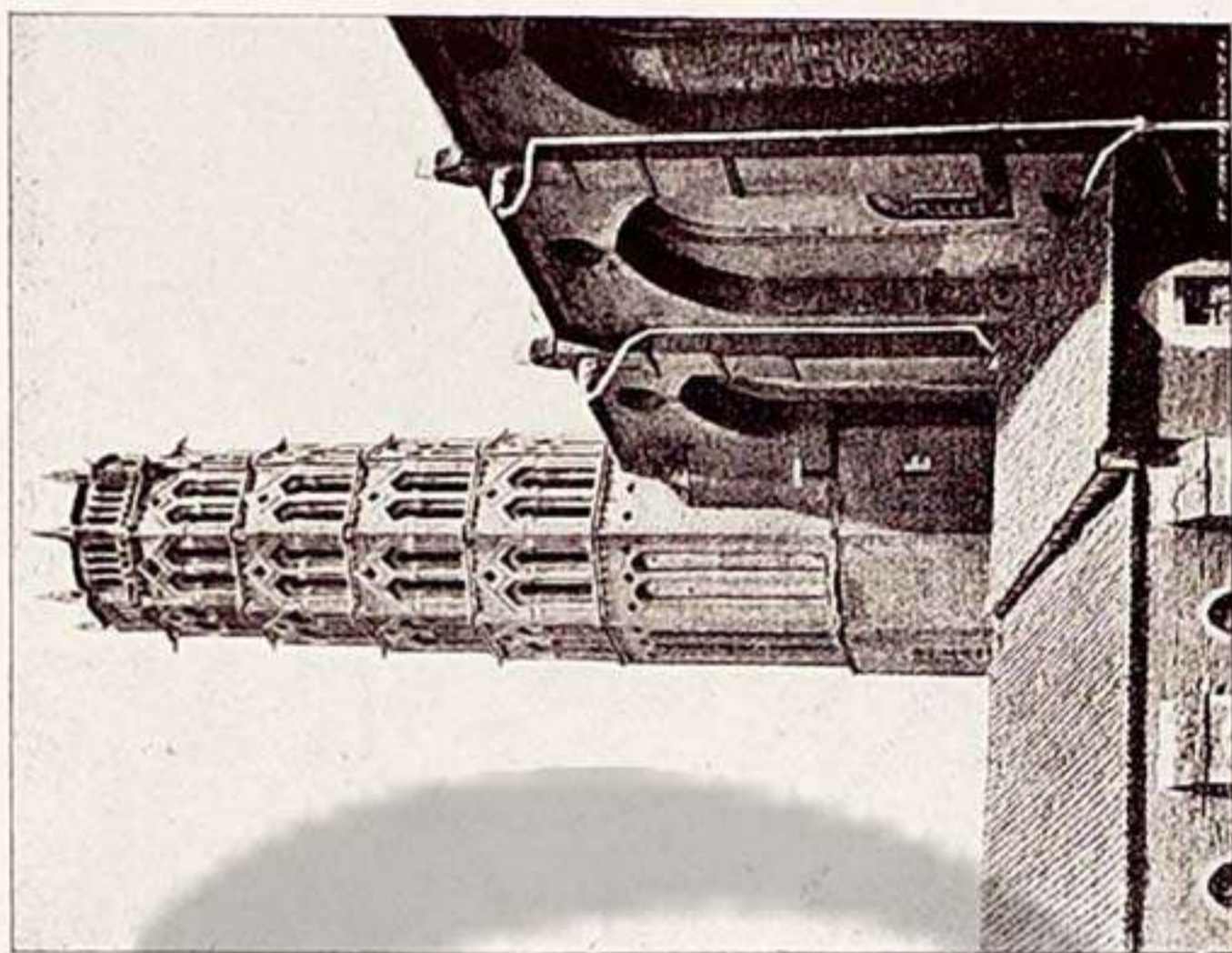
El convento de los Hermanos Predicadores se ha convertido en instituto de segunda enseñanza, después de haber sido depósito de caballos sementales. La iglesia, que tiene dos naves de prodigiosa altura, cuyos nervios se extienden en haces maravillosos, tipo de esas iglesias monásticas de que habla Viollet-le-Duc, todavía existe; pero sus veinticinco capillas están revestidas de una capa de yeso y los vidrios de sus grandes ventanas ojivales rotos en gran parte. ¡Ni aun se han quitado las piedras á que se ataban los caballos!

El campanario, que los arquitectos reconocen como el tipo perfecto en su estilo, deja ver horribles grietas como heridas sangrientas, contribuyendo el color rojo de los ladrillos á inspirar ese doloroso sentimiento. Sobre este campanario se elevaba una flecha de metal, que se ha convertido en moneda de cobre.

La sala capitular, cuyas dos columnas de apoyo, esbeltas y ligeras, son la admiración de los que las contemplan, está relativamente conservada. El refectorio ha servido durante mucho tiempo de salón para las recepciones oficiales.

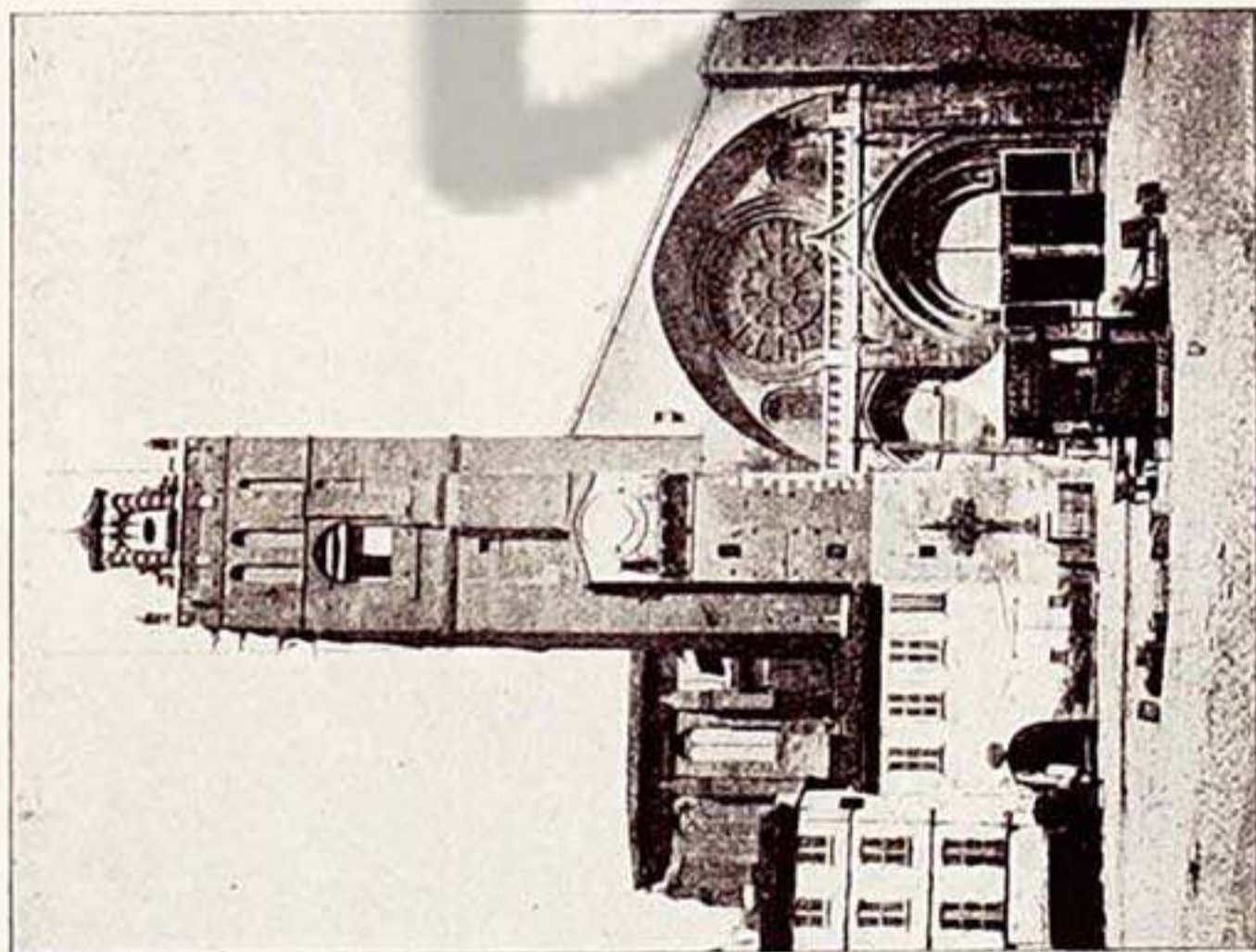


TOLOSA



Iglesia de los Jacobinos.

TOLOSA



Iglesia de San Esteban ante la cual predicó
San Vicente Ferrer.



CAPÍTULO III

A TRAVÉS DEL MEDIODÍA

Una máquina de guerra.—El epiléptico de Montesquieu.—Entusiasmo.—Una página del Evangelio.—Escribano cortés.—El legendario Milon.—En dónde recibió Santo Domingo el Rosario.—Tres relaciones contemporáneas.—Gentes confesadas á su pesar.

(1416)

DEDRO Gauthier acompañó al Santo de Tolosa á Portet, á Muret, en donde se detuvo tres días, y luego á Castanet, en donde predicó el viernes antes de Quasimodo, «pareciendo las tres horas que duró el sermón poco más de una hora».

«He oído decir á personas dignas de crédito, dice otro testigo, que mientras predicaba el maestro Vicente en Muret, diócesis de Tolosa, se apoderó un loco terror del auditorio al ver que se venia abajo de repente un enorme aparato de guerra; pero el maestro Vicente gritó: «¡Nadie se mueva! No temais; Dios está con nosotros». —Y en seguida volvió todo á su anterior estado».

«En Muret, escribe á su vez Percin, dió públicamente gracias á Dios por la victoria alcanzada sobre los hereges en 1123, el mismo año en que le fué revelado el Santísimo Rosario á nuestro Padre Santo Domingo por la excelsa Reina de los cielos. Ocurrió que mientras predicaba amenazaba venirse abajo una especie de andamiage muy elevado, que en su caída hubiera ocasionado muchos muertos y heridos; y ya gritaban asustados de todas partes, cuando el siervo de Dios, poderoso en obras y en palabras, apaciguó el tumulto y con un ademán conjuró el peligro. Apenas acabado el sermón y cuando se hubo retirado la multitud, vino al suelo



el andamiage, pero volvieron á levantarle en memoria de semejante prodigio, cuya relacion he visto por mis ojos en los archivos reales del condado de Comminges.»

Es bastante difícil formarse idea de esta máquina, que un testigo llama *stramentam guerræ*: sin duda era alguna balista ó catapulta ú otro instrumento semejante, destinado á batir en brecha las murallas de las ciudades y conservado allí como trofeo ó antigualla.

«El honorable y prudente messire *Juan de Avessane*, que posee cien libras y aun más, declara que el maestro Vicente se trasladó de Muret á Hauterive y de aquí á Montesquieu. (Es Montesquieu Volvestre: 5000 hab.)»—«Había allí epilépticos; y uno de ellos, Geraud Tournier, aconsejado por el testigo, fué á buscar al Santo y le rogó que pidiese á Dios le curara de tan terrible mal, y el maestro Vicente hizo sobre él la señal de la Cruz y le dijo: «Id en paz». Desde entonces no ha vuelto Geraud á padecer tal enfermedad.»

La condesa de Caramán, hija del vizconde de Rédé, en Rosellón, que entonces pertenecía á España, pidió al Santo que fuera á sus posesiones, á lo cual accedió éste atendiendo á su origen español, predicando tres veces en la plaza del mercado de Caramán ante un auditorio que se calculó en diez mil personas.—Lo cual prueba que la multitud lo mismo le seguía á las aldeas que á las grandes ciudades.

El entusiasmo constante parece que se comunica aquí á los textos oficiales.

«Sé de ciencia cierta, y me acuerdo sin temor á equivocarme, que hace mucho tiempo, cuando yo era joven, la fama, con sus bulliciosas alas, trajo á mi país el nombre de cierto Hermano Predicador, maestro en teología, súbdito del rey de Aragon, cuyo nombre estaba en todas las bocas; se llamaba el maestro Vicente y vino á esta ciudad (Castres).....»

Su entrada fué como en Tolosa, incluso «un fuerte círculo de madera, en el que hubo que encerrarle para que no le ahogase la multitud.» Fué primero á hacer una devota visita al altar mayor de la iglesia del convento de Dominicos y rogar sobre el sepulcro de San Vicente Mártir, su patrón. Predicaba sobre un estrado levantado en el cementerio del convento, permaneciendo en la ciudad la semana de las Rogativas, y el día de la Ascensión, después de haber bendecido á los enfermos, según su costumbre, se retiró á su celda.

«Vimos llegar dos hombres, uno de ellos sacerdote y el otro seglar, que llevaban á un paralítico, y habiendo dicho los depen-

dientes que volvieran á la hora de Vísperas, el paralítico no quiso retirarse y se agarró con todas sus fuerzas á una barra de hierro, pidiendo á gritos la bendición de Fr. Vicente. Al oír este el ruido salió y preguntó: «¿Qué quereis de mí?—La salud y vuestra bendición. Hace siete años que estoy postrado en el lecho del dolor.»—Entonces el Santo bendijo al paralítico en presencia nuestra, poseido de una gran fé, y le tocó en diversas partes del cuerpo recitando algunas oraciones: el enfermo quedó al pronto como sumergido en un sueño misterioso, y luego, mientras reparaban sus fuerzas los que le habían conducido, se levantó, se aproximó á ellos diciendo que estaba curado y les rogó que se acercaran con él á dar gracias á Dios y al maestro Vicente. Yo le he visto despues muchas veces, andando como todo el mundo.»—¿No se diría que este pasaje está tomado de los Hechos de los Apóstoles?

«La misma noche de la Ascension, mientras Vicente Ferrer estaba predicando, se levantó un fuerte viento huracanado, acompañado de relámpagos y truenos espantosos, que sacudió todas las campanas de la ciudad. El Santo hizo poner á todo el mundo en oracion é inmediatamente cesó la tempestad como por encanto, apareciendo el cielo radiante y sin nubes. Yo me hallaba presente.»

«Yo tenia, añade el testigo, una prima novicia en Prouille, á la que impedia profesar una grave enfermedad, la cual prometió hacer pintar el retrato de Vicente Ferrer, que en su opinion no podia menos de ser canonizado. Habiendo curado, cumplió su promesa y he visto á muchas personas alcanzar la curacion de sus males orando ante esta imagen.»

Castres nada ha conservado que recuerde el paso del Apóstol, porque allí se han multiplicado más que en otros puntos las ruinas producidas por la Revolución. Aun se recuerdan las carretadas de libros y manuscritos preciosos vendidos al peso á los tenderos de aquel tiempo. Lo que ha quedado de los archivos no alcanza á los comienzos del siglo XV y es inútil hojear á Marturé, Magloire, Mayral, Don Vaysette y los documentos inéditos sobre los Albigeneses de Compayré.

Un honrado escribano, recaudador del registro y comisario real cerca del senescal de Tolosa, nos hablará de Alby.

«Ha leído con toda la atencion profesional ciertos capitulos y memoriales que le han presentado, escritos en papel, titulados: interrogatorio acerca de la vida, las predicaciones, las disciplinas y los

milagros de Vicente Ferrer, y jura hablar y declarar en verdad sobre este asunto.

«Hallábase en Alby terminando sus estudios y educando al mismo tiempo al hijo de un magistrado, cuando se promovió en toda la comarca un rumor á propósito de cierto Fr. Vicente, de quien todo el mundo hablaba, el cual se hallaba predicando en Tolosa.

»El maestro Vicente, predicando de pueblo en pueblo, llegó por fin á Alby el viernes antes de Pentecostés de aquel año 1416, poco antes de la puesta del sol, haciendo una entrada triunfal, porque toda la poblacion, grandes y pequeños, acudieron á recibirle y acompañarle. Su comitiva ordinaria marchaba en procesion, cantando letanias con magestuoso tono y precedida de un hombre con ropa talar negra, llamado Milon, que llevaba un crucifijo.»—Este Milon llegó á ser legendario. Era probablemente un antiguo pecador que hacia penitencia á vista y presencia de todo el mundo y que habiendo aceptado el cargo de porta-cruz y organizador de la procesión, arrastraba la multitud en pos de si con su hermosa voz.

«El primer dia predicó el maestro Vicente en la iglesia del convento de los Hermanos Predicadores. Despues se levantó en la plaza de Salm Salm un estrado en el que predicó hasta el viernes de Pentecostés. El dia de Pentecostés tomó por texto de su sermon: *«Todos quedaron poseidos del Espiritu Santo.»*—El lunes: *La gracia del Espiritu Santo se ha distribuido, etc.*—El martes: *Una gran alegria se ha manifestado en esta ciudad.*—El miércoles: *Cuando me pongan en la Cruz atraeré á todo el mundo.* De los otros textos no me acuerdo. (Habian transcurrido veinte y ocho años).

»Predicaba con tal perfeccion, que desde entonces no he oido jamás otro que se le pueda comparar. Calculo que ascenderian á diez ó doce mil personas las que concurrieron de Alby y de los pueblos inmediatos, y no he visto en mi vida auditorio mas atento, pues nadie se movia, ni salia, ni bostezaba, ni se dormia, escuchándole todos con piadoso interés.»

Y añade el buen escribano, apoyándose en muchos documentos, que á su juicio el maestro Vicente está en la gloria y que hay motivo para que le canonicen.

Y no se olvida del milagro diario de la transfiguración. «El Santo, dice, era viejo, débil y pálido; pero despues de decir la misa y cuando predicaba parecia joven, en buen estado de salud (*optimo statu*), ágil y lleno de vida.»

En fé de lo cual, firmado

Alberico de la Roche.

La verdad de estos relatos se halla confirmada por los archivos de la localidad:

«El 20 de Mayo envian los cónsules á buscar al maestro Vicente, maestro en teología, á San Pablo Cap-de-Joux para que predicara en Alby, en donde permaneció hasta el 20 Junio, organizando procesiones, diciendo la misa y predicando al aire libre. Habia muchos confesores. Cuando se marchó el predicador se entregó á su *governador* un bolsillo conteniendo veinte y cinco escudos como expresion de la satisfaccion con que habia sido acogida su buena doctrina.» (Inventario de los *Archivos del Tarne*. C. C. 172).

Aqui se presentan en el *Cartulario* una serie de documentos originales que nos hacen asistir á la formación de nuestra lengua nacional: en ellos se puede comparar de nuevo el precio de los alimentos y los salarios con los que rigen en el día, y sobre todo se verá de qué manera era recibido Vicente Ferrer.

A algunos kilómetros de Alby se levanta en una altura el venerable santuario de Nuestra Señora de la *Drèche*, visitado por Vicente Ferrer, el cual se encontró allí como en familia. Una bula de Honorio III concedió á Santo Domingo y á su Orden naciente varias iglesias y tierras contiguas, sobre una de las cuales estaba edificada la antigua capilla. Antes de la revolución se podia saludar, no lejos de allí, un pequeño oratorio que se ha considerado siempre como el centro de las misiones de Santo Domingo en la comarca de Alby, lugar conocido allí todavia con el nombre de *Lous predicadous* y en donde, según una tradición respetable, recibió Santo Domingo el Rosario de las mismas manos de la Santísima Virgen.

Después de Alby señalan los historiadores la presencia de Vicente Ferrer en Gaillac y en Cordes, pueblos de importancia en los que permaneció diez días, pero que no han conservado recuerdo alguno de su visita; luego en Najac, en donde fué tan grande el entusiasmo, como vamos á ver por los *Libros Parroquiales*, calcados sin duda alguna en los atestados juridicos.

Misión célebre en Najac en 1416.—«En aquel tiempo hizo Dios salir del seno de España uno de los más célebres predicadores que hayan existido, siendo Valencia su ciudad natal y Vicente Ferrer su nombre. Como Najac es una poblacion importante y la llave de la alta Guyena, se dirigió á ella el Santo directamente desde Cordes, predicando al paso en la Guépie.

»Hizo su entrada en la ciudad montado en un asno y acompañado de un vuelo general de campanas, mientras un número considerable de hombres y mujeres, tanto de Najac, como de las parroquias inmediatas, alababan á Dios y gritaban: ¡Bendito sea el santo predicador! Le acompañaban cinco religiosos de su Orden y algunos otros sacerdotes para confesar á los penitentes y les seguían muchas personas devotas de diferente condicion, humildemente vestidas, precedidos todos por un hombre llamado Milon que llevaba una cruz de madera con la imagen de Jesucristo. Causó gran edificacion en el pueblo ver la modestia y mortificacion de esta comitiva, los cuales, una vez llegados á la iglesia, terminaron sus cánticos segun costumbre y el Santo recitó la colecta en honor de San Juan, titular de la iglesia, y luego bendijo al pueblo.

»Se observó que al llegar montado en su humilde cabalgadura parecia viejo, pero al recitar la oracion y bendecir al pueblo parecia tan robusto que no se hubiera creído tener más de treinta años, aunque en realidad tuviese sesenta (siete).

»Despues de Visperas el referido Milon iba por las calles de la ciudad reuniendo á los niños de dos en dos en procesión... Despues de las letanias y la disciplina reunía al pueblo y cantaba hermosas estrofas en honor de la Pasion de Nuestro Señor y de la Santa Virgen, y luego hacia una pequeña exhortacion al pueblo, el cual quedaba vivamente excitado á la devocion y arrepentimiento de sus faltas. Y todo el mundo elogiaba las admirables predicaciones, las buenas obras y la santa vida del maestro Vicente, no hallando nada reprehensible en él, ni en los que le acompañaban, antes al contrario no se podia menos de hablar bien de ellos.

»Por la noche, al sonar la campanilla, acudia toda la comitiva seguida del pueblo, y el director de aquella la formaba en dos grupos, uno de los hombres que habian de disciplinarse precedido de una cruz, y otro de las mujeres al que precedia la imagen de la Pasion, haciendose en seguida la procesion al rededor de la iglesia con tanta devocion y recogimiento, que todos los asistentes prorumpian en sollozos. Este ejercicio nocturno se repitió los cinco dias que duró la mision.

»Al amanecer llegaba el Santo á la iglesia, apoyado en el brazo de uno de sus compañeros á causa de sus achaques, y predicaba con un fervor, una energia y una animacion admirables, citando tan oportunamente pasages de la Sagrada Escritura, que aun á las personas instruidas les parecia que el Espiritu Santo le dictaba los

textos. Al principio explicó estas palabras del salmista: «El desierto se cubrirá de flores y las colinas se cubrirán de alegre verdor», y muchos de sus oyentes, poseídos de espanto, se sentían conmovidos hasta el punto de caer en una especie de pasmo...

»La ciudad de Najac, como otras muchas, conservó largo tiempo el recuerdo de esta célebre misión y todos sus habitantes sintieron en gran manera la partida del Santo, siguiéndole llorando hasta la Feuillade, en donde se despidieron de él muy conmovidos. Esta dolorosa y para siempre memorable partida tuvo lugar el 22 Junio 1416.» (Libro Parroquial, p. 281 y siguientes).

Najac es una ciudad de la Edad Media á la que un viaje aun en el día por esas montañas de la Auvernia es muy penoso: ¿qué sería entonces para este viejo extenuado? No es, por lo tanto, de extrañar que haya querido pasar de largo por Saint-Flour, colgado como un nido de águilas en una roca. En Najac predicó sin duda delante de la puerta de la iglesia frente á un vasto espacio de terreno inclinado en fuerte pendiente. Por lo demás, no hay archivos, ni otra cosa que un cofre lleno de pergaminos, roídos en gran parte, que acaban de ser inteligentemente inventariados por un sacerdote celoso de las glorias de su país, el abate Alf. Lagarrigue, pero que no contienen noticia alguna relativa á nuestro asunto.

Vicente Ferrer se dirigió á Villafranca en donde predicó otros cinco días.

Villafranca.—Este relato difiere poco del anterior, pero esta semejanza prueba que no ha tenido parte la fantasía en los recuerdos de los historiadores.

«El maestro Vicente, de la Orden de Predicadores, vino á Villafranca el año 1416, el 22 de Junio, siendo yo Lector en el convento de los Frailes Menores, y entró montado en un jumento entre doce y una de Visperas, procedente de Najac. El clero de la catedral y los Hermanos de San Francisco salieron en procesión á recibirle y con ellos una multitud de hombres y mujeres alabando á Dios y exclamando: «¡Bendito sea este santo varón tan deseado!» Venían con él muchas personas devotas de diferente condición, humildemente vestidas, precedidas de un hombre que llevaba un gran crucifijo de madera, siendo de notar la gran austeridad de costumbres que observaban, yendo los hombres separados de las mujeres. Primero se dirigieron á la iglesia principal, que estaba situada en un lugar elevado y despues de cantar lo que tenían por costumbre, recitó el Santo una oración en loor de Nuestra Señora, á la que está dedicada

la iglesia, volviéndose luego hácia el pueblo y dándole su bendición. Montado en el asno parecía muy viejo, pero cuando recitaba la oración y al bendecir al pueblo no parecía tener más de treinta años.

»De la iglesia le llevaron á casa de un comerciante en donde se quedó hospedado, y al anochecer, cuando su comitiva hubo descansado en varias casas, en donde fué bien recibida, tocaron á completas y se dirigieron á la iglesia la compañía del Santo y mucha gente del pueblo. Entonces el director de la penitenciaría dispuso su gente como dos regimientos, en un lado los hombres que marchaban disciplinándose, en otro las mujeres, haciéndose la procesión de penitentes al rededor de la iglesia, que duró dos horas con tal ostentación de piedad que no hubo persona de corazón tan duro que no se sintiese conmovido y no llorase, ya por sus pecados, ya al recuerdo de la Pasión de Cristo y en vista de tal ejemplo de penitencia. Lo mismo sucedió en los otros cuatro días que el Santo permaneció entre nosotros, y no solo entonces, si no que este género de penitencia se conservó durante algun tiempo en Villafranca.

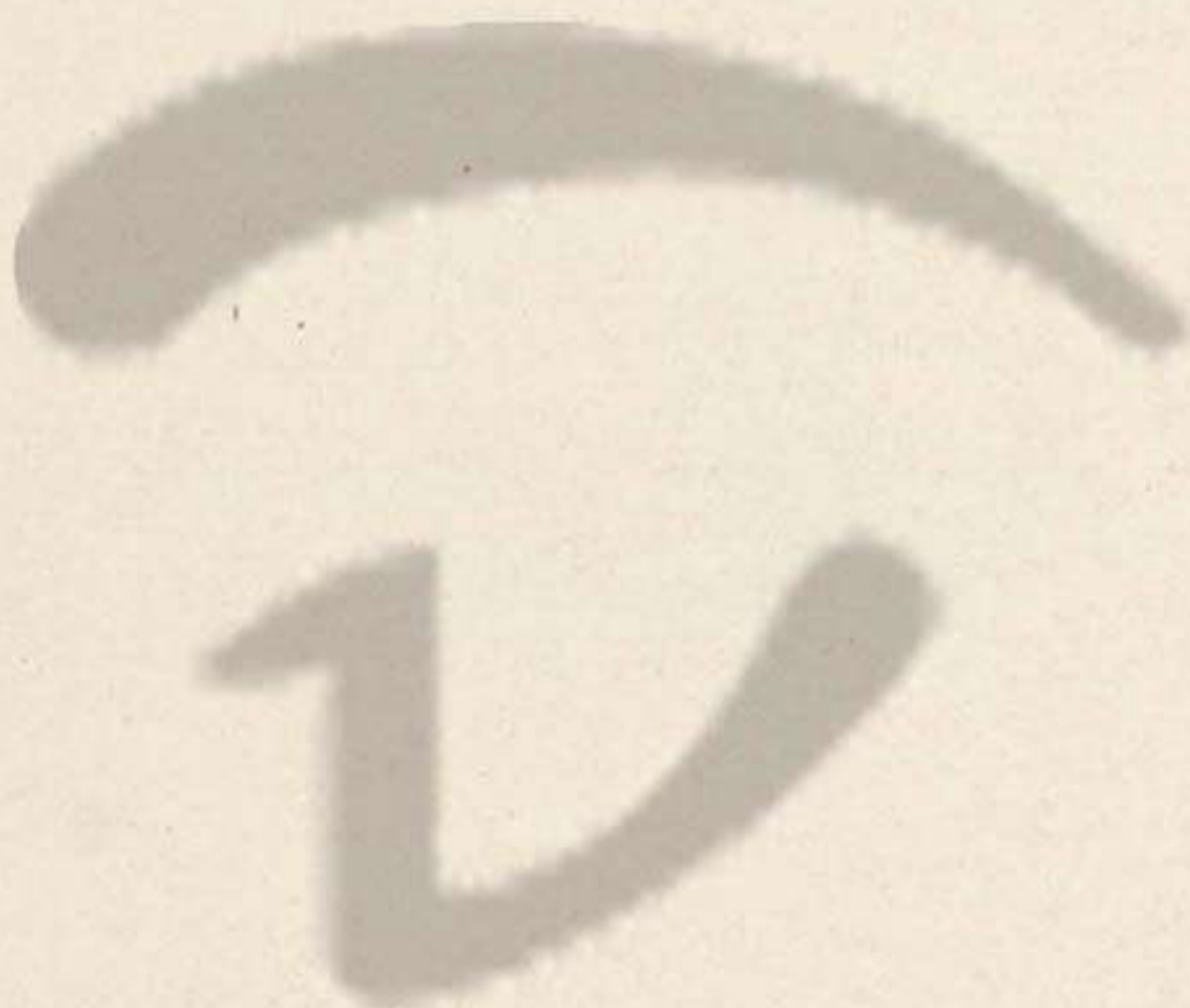
»La vispera de San Juan, desde la una de la madrugada ya estaban llenas de gente, no solo la plaza de la iglesia, que es muy espaciosa, pues tiene un tiro de ballesta de larga y otro tanto de ancha, si no además dos anchas calles que desembocan en ella. Llegó el Santo para predicar, apoyándose como un viejo decrepito en algunos hombres de su compañía y en pos de él una multitud tal que cubrió todas las azoteas, tejados y balcones. Subió el Santo al estrado, se quitó su capa, revistiendo las ropas sacerdotales, cantó la misa, y dejando luego estas y volviendo á tomar la capa de su Orden, predicó aquel día y los tres siguientes con la fogosidad de un joven de treinta años, entendiéndole todos los que le escuchaban, aunque habia de diferentes naciones, y muchos de ellos repitiendo y escribiendo sus sermones. Citaba tan á propósito la Sagrada Escritura, que á las gentes ilustradas les parecia que el Espíritu Santo la habia escrito expresamente para autorizar lo que él decia.

»Su predicación no era en tono de chanza, si no de tal eficacia, que penetraba y conmovia los corazones por duros que fueran, así es que por efecto de ella muchas personas se decidieron á hacer penitencia y perseveraron en el buen camino, cesando por completo las enemistades en Villafranca, abandonándose los proyectos siniestros y reinando la paz. Él observaba escrupulosamente las reglas de su Orden y llevaba consigo muchos religiosos de los más instruidos,

quedando toda Villafranca edificada al ver tales cosas, siendo de sentir que tanto bien fuese pasagero.»

En Villafranca predicó desde el atrio de Nuestra Señora, teniendo á su frente la Casa Consular, sitio muy á propósito. Pero nada se encuentra en los Anales de Villafranca, ni en las Memorias de las Cofradías, siendo evidente que estos relatos están inspirados en el proceso de canonización.







CAPÍTULO IV

EN EL PAÍS DE AUVERNES

Rodez.—Milhau.—Mende.—Marvéjols.—Saint-Flour.—Gran miseria.—El consolador.—Episodio del recluso.—Enfermo bien asistido.—Vichy.

(1418)

DE Villafranca se dirigió el Apóstol á Rodez por Saint-Affrique y Sauveterre.

«30 Junio 1416.—El Consejo municipal acuerda ofrecer 10 libras tornesas al maestro Vicente en el caso de que venga á predicar á Saint-Affrique, segun anuncia el rumor público.»

«6 Julio 1416.—Los cónsules ponen en conocimiento del Consejo que el maestro Vicente llegará á Saint-Affrique dentro de ocho dias, segun les ha asegurado su compañero Raimundo Picarlat, á quien habian enviado á avistarse con él.»

Y efectivamente fué allí, pues en la nota de los gastos municipales consta que se construyó un púlpito y que se compró pescado para manutención del Santo por la cantidad de 11 sueldos 8 dineros.

En Rodez predicó primero en la plaza del Mercado Nuevo, en uno de cuyos ángulos se halla la Casa municipal; pero habiendo aumentado la concurrencia, se trasladó al prado de San Félix en la parte baja de la ciudad, sitio que ha sufrido pocas modificaciones y en el que podria fácilmente maniobrar la caballeria. A fines del siglo último aun se veia en una pared que limita este prado una estatua de San Vicente Ferrer levantada en el sitio mismo en que predicó. El municipio de Rodez asignó 40 libras tornesas para la manutención de los religiosos que acompañaban al Santo.

Saint-Affrique, Sauveterre y Rodez fueron evangelizados del 25 de Junio al 23 de Julio.

Por lo que hace á Milhau nos da noticias la carta de un Dominico de esta poblacion á otro Dominico de Rodez.

«Lunes 29 Julio 1416.—Informado el Consejo municipal de que el maestro Vicente se hallaba en Sauveterre, se apresuró á escribirle rogándole encarecidamente que honrara á Milhau con su presencia, enviando la carta por medio de Bernardo de Salle y Pedro Barrière, los cuales volvieron el jueves siguiente con la fausta noticia de que el santo viagero les habia recibido afablemente, prometiéndoles acceder á la peticion del Consejo. En su consecuencia se adornó la plaza pública como en los dias de las mayores solemnidades, cubriendo las paredes con telas y tapicerías, levantando un estrado en el medio de ella y sobre él un altar y adornando la fuente de *Mage* en forma apropiada á la circunstancia.

»Los cónsules por su parte no perdieron un minuto y contando, con razon, que habria gran afluencia de forasteros, hicieron traer granos y preparar alojamientos.»

«Jueves, 23 Julio.—Hácia el anochecer todas las campanas anunciaron que se aproximaba el maestro Vicente.»—Esto es verdad, porque se pagaron «*als senniers (tocadores) per so car avian fays trinhos (repiques) á la venguda de M. Vincens*» 11 sueldos 6 dineros.—Pocos instantes despues, la poblacion entera, con más la multitud de fieles que habia acudido de las parroquias inmediatas, se agolpaba conmovida y ansiosa de ver y de oir hácia la puerta por la que iba á hacer su entrada. El santo viagero se fué al convento de su Orden.»

«Como los más pequeños detalles ofrecen interés en este episodio de la historia de Milhau, permitid que os diga que apenas hubo llegado, deseosos los cónsules de demostrarle por todos medios su viva gratitud, hicieron llevar pan, vino y un hermoso barbo condimentado con vino blanco y especias finas. Dejad que añada, siempre en elogio de los mismos magistrados, que estos regalos se repitieron en los dias siguientes, consistiendo el que se le hizo el dia 29 en cuatro truchas del *Tarn* y de la *Dourbie*.

»Las personas piadosas de todas clases y condiciones que se habian unido al Apóstol y le seguian cruzando reinos é imperios eran en número de ciento cuarenta ó ciento sesenta y de ellos tuvieron los cónsules especial cuidado, alojándolas por parejas en las principales casas de la ciudad.

»La predicacion duraba por lo menos tres horas y, sin embargo, ¡oh prodigio de la elocuencia y de la fé! siempre le parecia al auditorio embelesado que habia terminado demasiado pronto.

»Nuestro Santo se marchó el dia 29 por la tarde, yendo á pernoctar en Compeyré.

»Cuando estaba á punto de marchar, le suplicaron los cónsules, de acuerdo con el Consejo, que aceptase la módica suma de 20 libras para atender á la manutencion de su compañía, recomendándose á la vez á sus fervientes oraciones, cuya suma no queria aceptar. Pero habiendo sabido que entre las personas que le seguian habia un sacerdote encargado de proveer á estas de calzado y otros objetos precisos, le pedimos que tuviese á bien admitir en nombre de Dios y para las necesidades de la compañía del maestro Vicente las expresadas 20 libras, que fueron al fin aceptadas, entregándose las en un saquito, ya en el camino de Compeyré.»

M. H. Affre presentó hace poco tiempo al concurso de la *Sociedad de Letras, Ciencias y Artes del Aveyron* un trabajo titulado: *El Consulado de Milhau*, que obtuvo una medalla de plata y en cuyo trabajo, que es el fruto de una paciente investigación hecha en los Archivos municipales, hay hermosas páginas acerca de San Vicente Ferrer.

De Milhau se trasladó el Apóstol á Puy, por Mende y Saint-Flour, empleando en este trayecto apostólico los meses de Agosto y Septiembre.

La historia manuscrita del Gévaudan por el abate Pronzet nos dice que «San Vicente Ferrer, seguido de un centenar de penitentes vestidos con sacos y descalzos, predicó en Mende durante muchos dias en las plazas públicas y obró muchas conversiones».

La ciudad de Mende conservó este recuerdo. «Tan luego como fué canonizado el Santo, en 1457, el canónigo Bernardo Robin hizo construir en la catedral un altar en su honor, y en el año siguiente á petición del dean Guilabert de Cénare, acordó el Cabildo que en lo sucesivo se celebrara la fiesta de San Vicente Ferrer en la diócesis con nueve salmos y nueve lecciones.»—El canónigo Robin se limitó á cumplir la última voluntad de uno de sus cofrades, Ponce Joardain, que habia oido predicar á Vicente Ferrer en Mende. No tardaron en multiplicarse los milagros ante este altar.—*Et de post idem sanctus ibidem multis miraculis daruit.* (Extracto del testamento del canónigo Ponce Jourdain en fecha 28 de Enero de 1476).

«Se destinaron dos beneficiados al servicio del altar del Santo con rentas fijas, pero durante las guerras de religion fueron confis-

cados casi todos los bienes afectos á esta fundacion.» (*Archivos depart. de la Lozere. Serie G. n.º 1941*).

Como Mende, ciudad fortificada, no tenía *Plazas*, tuvo que predicar Vicente Ferrer en la catedral, que era muy capaz, la cual fué demolida por los calvinistas, excepto las torres, y además fundieron la campana *sin par*, cuyo enorme badajo se enseña todavía.

De Mende se dirigió el Apóstol á Saint-Flour por Marvéjols y Saint-Hély d' Apcher.

La iglesia principal de Marvéjols ocupa el punto más alto de la población y alrededor de ella se extendía en aquella época un vasto espacio descubierto á propósito para la predicación al aire libre, pudiendo en caso de necesidad utilizarse el cementerio, próximo á la iglesia, y allí fué sin duda donde predicó el maestro Vicente.

Desde 1230 existía en Marvéjols un convento de Dominicos perfectamente situado sobre la muralla, cuya iglesia sirve hoy de capilla á los penitentes blancos, establecidos en el siglo XVII, pero que muy bien pueden ser los sucesores de los penitentes de San Vicente Ferrer, cuya imagen se halla encima de la puerta de entrada en el interior de la iglesia, estando representado con alas y penacho.

En Saint-Hély d' Apcher existe también una cofradía antigua de penitentes; pero no hay otras tradiciones.

En Saint-Flour gran entusiasmo, enumerándose en la historia local los reyes, delfines, príncipes, duques con muchas grandezas y personajes de todas clases que han visitado esta población, sin que ninguno de ellos tuviera una acogida como la que se dispensó á este pobre monje español.

Saint-Flour no era entonces feliz, porque conservándose fiel al rey, venía á ser el blanco de todas las vejaciones del partido Borgoñón que maltrataba á sus comerciantes y dificultaba sus negocios, apoyado, ¡ah! por el Obispo-Señor, Bertrand de Cadonia, que se aprovechó de la ocasión para abolir el privilegio en virtud del cual los Consejos sólo le habían tributado un homenaje *limitado* (doblada la rodilla, no rodilla en tierra). Hasta llegó á hacerles detener, merced al apoyo que le prestaba el «pequeño municipio», el pueblo bajo, engañado como siempre por la falaz promesa de eximirle de impuestos.

Y durante años hubo una lucha horrible, á la que se unía por parte del Obispo la excomunión, sin que los habitantes de Saint-Flour tuvieran seguridad, pues velaba la traición alrededor de los cónsules, y sin alcanzar justicia, ni mejora alguna en su triste situación.

Los registros consulares de Saint-Flour en esta época están llenos de detalles dolorosos, sucediéndose los asesinatos, los incendios y otras calamidades, hasta la destrucción de las bandas de Borgoñones en 1420, y sobre todo hasta el advenimiento del Delfin regente en 1422.

En el periodo álgido de estas miserias, en 1416, fué cuando se anunció la llegada del maestro Vicente, «como se le llama en Francia», hombre de reputación europea, considerado en vida como santo, que iba predicando por todas partes la palabra de Dios.

Cuando se supo que había llegado á Murvéjols, los cónsules de Saint-Flour, Felipe Jovenroux, Erail Ayméric y Pedro du Puy, le escribieron tres cartas sucesivas por indicación del Consejo, invitándole con premura á que fuese allí. Sin duda el mismo sentimiento de dolorosa impotencia que dictaba las reiteradas súplicas de los jurados de Valencia inspiraba la pluma del Maestro Durand Colonge, notario y secretario del Consulado de Saint-Flour; y sin embargo, estas cartas no obtuvieron respuesta favorable, porque Saint-Flour, que era de difícil acceso, no figuraba en el itinerario que se había trazado el Apóstol. En su vista se envió á Marvéjols una diputación compuesta del primer Cónsul, Felipe Jovenroux, del Jurado Esteban Monneyras y de Pedro Courtebotte, dependiente del consulado. Entonces accedió el santo varón.

Tan luego como se recibió en Saint-Flour la buena nueva, se quitaron de la plaza de la catedral los materiales acumulados hacia veinte años para la reconstrucción del edificio, porque entonces, como ahora, no había en la población más que esta plaza, verdaderamente hermosa, en la que pudiera colocarse una multitud considerable. El 18 de Agosto se emprendió la construcción del tablado y de la barrera que debía impedir la aglomeración de la gente, pero pronto se echó de ver que aquél sería demasiado pequeño para los chantres y la celebración del oficio solemne; así es que el 9 de Septiembre se hizo de nuevo y los sacerdotes Gerardo Clavieres, Juan Verghat, Esteban Beránger y Juan Mousset emplearon todo el día 11 en adornarle, revistiéndole completamente con hermosos paños sostenidos con garfios de hierro. Delante del altar ardía día y noche una lámpara suspendida de un hilo de cobre, á pesar de estar aquél aun desmantelado.

Por fin llegó el Santo en la noche del 15 al 16 de Septiembre, seguido de su acompañamiento ordinario.

Preciso era que el caso fuese muy solemne ó más bien único, no

para que una enorme multitud, venida de veinte leguas en contorno, se instalase durante dieciséis días alrededor del tablado—fué preciso reforzar la guardia de las puertas, doblar la ronda nocturna y confiar á dos capitanes experimentados el cuidado de la seguridad pública; —no para que el real Baile de la Alta Auvernia que residia en Aurillac, el hijo de Saint-Flour Guillermo Ayméric, consejero del Parlamento de París, el señor de Montchaumon, el señor d' Apcher y otros grandes personajes se pusieran en movimiento; sino especialmente para que pudiera salir de su encierro el *recluso* Juan Durand, confinado hacia diez años (desde 1406) en el estrecho calabozo del puente del Arrabal.

En aquel tiempo, lo mismo en Auvernia que en cualquiera otra parte, era preciso saber lo que se queria. Cuando después de la marcha del maestro Vicente volvió Juan Durand á su nido de piedra, sepultura anticipada ó peor todavía, pues su estrechez no le permitia acostarse, se comprendió que la falta de aire y de movimiento abreviaría su vida; pero quiso que se le encerrara allí de nuevo y vivir sólo el resto de sus días entregado á la oración, y se respetó su voluntad, falleciendo el 30 de Octubre de 1421.

Hasta entonces no habia habido ejemplo de que un *recluso* saliera de su celda; ¡pero qué! ¡el maestro Vicente resucitaba los muertos! Esta derogación de las severas reglas de la reclusión, en un pueblo frío y reflexivo, era una prueba inequívoca de entusiasmo; así es que se vió á este espectro atravesar la multitud rodeado de los cónsules y de su familia, como si fuera el cadáver de una persona distinguida y ocupar un sitio delante del altar al aire libre.

La misión produjo los efectos acostumbrados. «El Maestro Vicente predicaba al pueblo sin diatribas revolucionarias, pero flagelaba á los poderosos, tronaba contra el espíritu de venganza y les obligaba á reconciliarse á pesar suyo. Desapareció todo rencor hasta el punto que, habiendo regresado el Obispo de Constanza, se olvidó su duro proceder y los cónsules le enviaron regalos y le convidaron á comer.»

No fué extraña á este resultado la compañía de Vicente Ferrer, comprendiéndose bien la impresión que en un pueblo desgraciado causaría el contraste del lujo de los arrendatarios y mercaderes con esta cuadrilla de mártires voluntarios, demacrados, ensangrentados, predicando á su manera la renuncia de los bienes terrenos, la nada del cuerpo, la aspiración á Dios, la esperanza de otra vida.

Se respetó la austeridad del maestro y de sus discípulos, cuyo gasto, «mientras permanecieron allí,» sólo ascendió á 2 libras 2

sueldos 3 dineros, consumiendo todos ellos en dieciséis días 30 ó 35 cortadillos de vino de Espirat, vino común, y siendo las provisiones muy sencillas, casi sin especias, á pesar de que entonces se usaban mucho, y lo mismo de vinos finos del Ródano, del Mediodía, moscatel, etc.; pan, huevos, pescados, alguna fruta y por último aceite y lumbre.

No sucedió lo mismo con el enfermo que hubo que dejar en la ciudad y que fué asistido con gran solicitud en prueba de agradecimiento al maestro Vicente. El Maestro Antonio, médico ambulante de la misión, y el Maestro Esteban Bru, especialista del país, rivalizaron en abnegación, proveyendo la ciudad al hermano Guillermo, furriel de la Compañía, del dinero necesario para la compra de «azúcar (melaza), agua de rosas, azúcar rosado; pasta de membrillo, confituras, caldo de pollo, lavativas y otras medicinas.» Terminada la convalecencia, fué llevado el enfermo al Puy «en un buen rocín».

Cuando llegó el momento de partir el maestro Vicente, se le ofreció en un modesto bolsillo de 5 dineros una limosna de 20 libras, suma excesiva para la ciudad en aquellos tiempos de penuria, y el primer cónsul y los jurados le acompañaron hasta el Piroux, distrito Norte de Saint-Flour.

Obsérvese que ya en aquel tiempo tenían fama las confituras de Auvernia. La pasta de membrillo que consumió el enfermo importó 4 dineros.

Hay que observar que el mayor gasto consistió en ese tablado al aire libre, indispensable al predicador en todas partes, pues en él se ocuparon catorce obreros desde el 29 de Agosto, y el 10 de Septiembre hubo que rehacerle.

La tarifa de los notarios, que eran á la vez amanuenses públicos, no era tan elevada como en el día, á juzgar por la suma pagada á M.^e Durant Colonghas «por seis cartas cerradas escritas una á Monseñor el delfín, otra al señor de Monchanson, la tercera á Juan Lonc para que reparara el puente del Palomar, y tres al maestro Vicente, de parte de los cónsules, rogándole que viniese. En junto: 2 sueldos, 6 dineros.»

«Vicente Ferrer estuvo tres semanas en el convento de los Jacobinos», dice el Diccionario histórico de Cantal (Art. *Jacobinos*). Este convento, que se fundó el año 1323, es en el día una escuela laica y la iglesia se ha convertido en parroquia bajo la advocación de San Vicente Mártir.

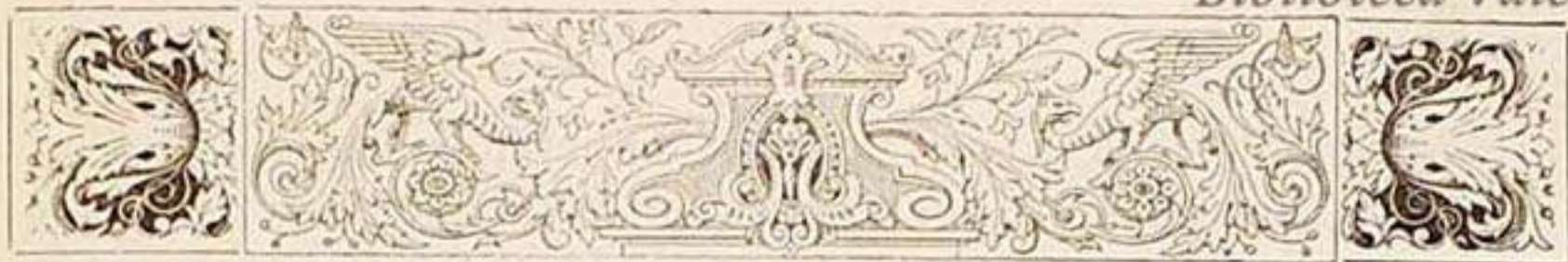


En Saint-Flour tuvo que dejar algunos obreros para la catedral que entonces se estaba construyendo.

Aquí encontramos una nueva prueba de que los sacerdotes que acompañaban al Santo se esparcían por el camino que éste seguía para continuar la obra de salvación, pues uno de ellos predicó las Cuarenta-Horas en Saint-Flour en 1428 y se advierte cierta expresión patética al mencionar al «*bon chapela*, discípulo del maestro Vicens», que llegó «el domingo de *caramentant* (entrante Cuaresma ó domingo de Carnaval).»

La fama de las aguas del centro de Francia data de fecha muy lejana, siendo ya conocidas en aquella época Rogat, Nérís, la Bourboule y Vichy; tiene por lo tanto cabida aquí el episodio de Aguas-Calientes. Había allí unos baños que eran muy frecuentados y en los que tenían lugar muchos desórdenes: de ello protestó el Santo, pero no se le hizo caso, y valiéndose de su intuición sobrenatural, puso en evidencia á los culpables sin nombrarles, viéndose éstos obligados á enmendarse.





CAPÍTULO V

DE PUY A BESANÇON

Crónica sencilla.—Bertrán Duguesclin.—Moulins.—Un arrendatario del impuesto.—Frio y calor.—Una ciudad digna de verse.—El prado de Aynay en Lyon.—El maestro Vicente en Macon ó el registro de Juan Crochat.—San Lázaro de Antun.

(1416-1417)

Las historias locales nos han conservado la relación detallada de las predicaciones de Vicente Ferrer en el Puy, figurando entre ellas en primer lugar el libro de *Podio* ó crónica de Esteban de Médicis, vecino del Puy.—M. Meyer dice de éste que sacó con inteligencia sus datos de fuentes que se han perdido.

«Del Fr. Vicente de Ferrières, saludable propagador de la fé católica.

»El año 1416, el 3 de Octubre, llegó al Puy el muy honorable maestro Vicente de Ferrières, religioso de la Orden de los Hermanos Predicadores, doctor en teología, natural de Valencia en Cataluña, el cual iba predicando la palabra de Dios por todo el reino de Francia, entrando en la ciudad del Puy dicho día proximately á la hora de Vísperas. Iban con él ochenta á cien religiosos vestidos á modo de ermitaños, que le seguían constantemente para oír y aprender la santa doctrina, marchando de dos en dos como en procesion, y llevando uno de ellos delante una bandera en la que estaba pintado un devoto Crucifijo, en cuya forma fueron á alojarse en el convento de San Lorenzo.

»Al día siguiente mandó construir un hermoso tablado cerca del Breulh, junto al muro de los Cordeleros, en el que había á un lado un bonito altar para decir la misa y cerca de dicho altar un pequeño estrado para los chantres que le acompañaban en la misa, porque el dicho Fr. Vicente no cantaba más que por nota. Y dichos hermanos al llegar á dicho sitio formaban una vistosa y muy devota procesion y cantaban devotas antifonas y oraciones y al mismo tiempo se golpeaban y disciplinaban con fuerza, saliéndoles la sangre en abundancia y exhortaban al pueblo á que se disciplinara para purgar sus pecados, por lo que muchos se disciplinaban al ver como lo hacian estas buenas gentes para lograr el perdon de sus pecados.

»Y subian al tablado llevando delante una bandera en la que estaba pintada la imagen de Nuestro Señor atado á la columna; y una vez reunidos dicho Fr. Vicente cantaba la misa y terminada esta se ponía á predicar con mucha uncion, acudiendo el pueblo en número incalculable á oír la santa predicacion de diez, de quince y hasta de veinte leguas, no pareciendo que tuviera mas de treinta años, á pesar de ser un hombre viejo, llevando una vida de mortificación, pues solo comia una vez al día. En sus predicaciones reprendia á todos, cualquiera que fuese su estado, por las ofensas que hacian á Dios y todos le alababan, excepto los clérigos, y hacia milagros; habiendo predicado quince sermones en el Puy en los que trató diferentes asuntos muy elevados.

»Hay todavía en el Puy en la sacristia de los Jacobinos una capa que el Santo llevaba en la procesion mientras estuvo en el Puy que he visto y tocado con mis manos varias veces.

»Y por espacio de diez y nueve años siguió llevando la misma vida, yendo á morir á Vannes, en donde está enterrado, obrando Dios grandes milagros en honor de este glorioso santo, por lo cual el papa Calixto III, compatriota suyo, en el año 1455 lo puso en el número de los santos confesores, mandando que se celebrara su fiesta en las nonas de Abril.» (*Crónica de Esteban de Medicis*, t. 1, pág. 283) (1).

Sigue una noticia referente á nuestro convento del Puy que merece conservarse:

«En el año de Cristo 1380 (después de la muerte del señor condestable Bertran du Claisquin) se mandó por estas gentes, después

(1) Este pasaje y el siguiente los inserta el autor en francés antiguo, copiados de dicha crónica. (N. del T.)

de muchos lamentos y lágrimas, que se le diera sepultura eclesiástica en la iglesia de los Hermanos Predicadores de dicha ciudad del Puy con la pompa que merecía y fué recibido muy honrosamente con antorchas por los dichos ciudadanos de dicha ciudad del Puy, con gran duelo y pompa y honores, lo cual ocasionó un crecido gasto. Y su dicho cuerpo fué enterrado en dicho convento de los dichos Hermanos Predicadores en un hermoso sepulcro recientemente construido delante del altar mayor de dicha iglesia debajo de la capilla de Santa Magdalena y de San Roque que despues ha hecho edificar el señor Jaime David, vecino del Puy.» (P. 230).

Los Artículos de la Sociedad de Agricultura del Puy, 1834, por Mr. Fis, refieren que «en 1562, 8.000 hugonotes, mandados por el señor de Blacons, no pudiendo sorprender la ciudad, saquearon los arrabales, robaron la iglesia de San Lorenzo, rompieron las estatuas de su fachada y las vidrieras y profanaron los sepuleros, entre ellos el de Duguesclin, magnífico monumento de la fé del siglo XVI, sobre el cual se leía este epitafio: *Aquí reposa el muy noble y valiente señor Bertran de Clasquin, conde de Longueville, condestable de Francia, que falleció el año mil CCCLXXX el 14 de Julio.*»

La historia moderna sólo añade algunos detalles: «El célebre Dominico hizo su entrada en esta ciudad, humilde y solemne á la vez, el 3 Octubre 1416, montado en un asno á causa de sus achaques, apeándose en el convento de su Orden y empezando por orar en la augusta catedral, yendo luego á pedir al vicario general permiso para predicar, aunque tenia un permiso universal dado por el Soberano Pontífice. Su fama habia atraído tal multitud de gente, que ninguna iglesia podia contenerla, siendo preciso, á petición suya, levantar un altar en el prado de Breuil. Quince veces predicó y por un prodigio repetido, no solo no se alteró su voz, á pesar de su decaimiento, si no que á pesar de que solo hablaba en español ó en latin, todos sus oyentes le entendian.» (*Historia de la iglesia de Auvernia*, por el conde de Résie, t. III, p. 328).

En el volumen RR. de nuestros *Archivos generales* en Roma se lee que «cuando Vicente Ferrer predicó en el prado de Breuil, la gente ocupaba las torres, los campanarios, las casas y las azoteas».

El Apóstol fué de Puy á Clermont Ferrand, pero no de un tirón. Sin duda alguna, pudiendo disponer de más tiempo que en 1407, se propuso conmover hasta el fondo toda esta interesante comarca de Auvernia, que por otra parte nos ofrece los más preciados documentos.

Riom, que era entonces la verdadera capital de la provincia, volvió á verle en esa calle «frente al reloj» que menciona M. de Chabrol, en el sitio en que los religiosos de San Amable (Agustinos que subsistieron hasta la revolución) celebraban los oficios y predicaban el día del Corpus, por ser muy pequeña su iglesia. Con mayor razón hubo que levantar el tablado á la llegada de Vicente Ferrer, siendo tal la concurrencia, que hubo que poner guardias en las puertas de la ciudad, según se desprende de la sentencia de 7 de Marzo de 1417, por la que se condena á los cónsules á pagar el salario de dichos guardias.

Delante de la torre del reloj hay una hermosa calle, ancha y regular, cuyas casas de antigua apariencia vieron al maestro Vicente. Según todos los indicios, debió predicar dando frente á la cuesta de Layat, punto favorable para que se extendiera por allí la multitud hasta las murallas en las que pudieran, en caso de necesidad, colocarse los oyentes. Aun se ve sobre una columna colocada en el ángulo de una casa una estatua de piedra que representa á un monje.

El jueves siguiente á Santa Catalina de este año 1417, 30 de Noviembre, se levantó el tablado, que llegó á ser célebre. Estos buenos auverneses, duros para el trabajo, tenían sed, y en los cinco primeros artículos de la cuenta del gasto hecho se designa lo que se les dió para «beber». Verdad es que hacía frío y todo el mundo sabe que el frío y el calor, llegados á cierto extremo, producen idénticos efectos. También se hace mención varias veces de «los haces de leña y de sarmientos» para calentar las *disciplinas* (lo que significa, sin duda, la sala en que los disciplinantes cambiaban de traje) y también del «carbón para calentar las manos del maestro Vicente cuando cantaba». Hay que tener en cuenta que el Santo era casi septuagenario.

Predicó también en Montferrand, población real, antigua y curiosa ciudad que entonces tenía importancia, absorbida hoy por la capital; pero tuvo que hospedarse en su convento, situado en la ciudad nueva y que hoy se llama la Visitación, habiéndose conservado la capilla en su mayor parte. La gran arteria que baja de la Plaza Delille á los Carmelitas Descalzos y al Cementerio se llama calle de los Jacobinos, y el barrio, barrio de los Jacobinos.

Montferrand merece que nos detengamos en él un momento, porque es una muestra en grande de la Edad Media y de su arquitectura. No hay una casa que no tenga su puerta y ventanas esculpidas; en casi todos los patios interiores sube serpenteando la escalera de

granito sólida y bien labrada: encima de la puerta de entrada se ve un asunto religioso en relieve, por lo general la Anunciación, mutilado ordinariamente por la revolución.

Entre los monumentos que suelen enseñarse á los extranjeros hay que mencionar el Presidial, el Palacio de Beanjeu, la casa de los Canónigos, la calle de Adán y Eva, la oficina del boticario con una escultura, muestra..... característica, que no puede decirse más que en el *Cartulario*. La iglesia, que es del siglo XIV, ostenta unas esculturas en nogal de un trabajo muy delicado, que se han reproducido á menudo.

No hay duda que Vicente Ferrer debió predicar en la hermosa Plaza de la *Rodade*, desde la que va descendiendo suavemente el valle que separa Montferrand de Clermont, teniendo enfrente el Puy de Dôme elevando majestuosamente su *cúpula* flanqueada de la cadena de montañas, á cuyos pies se asienta la Capital de la Auvernia.

Los archivos de Moulins, adonde se dirigió por La Chiéze y Saint-Pourçair, conservan también las cuentas de lo que se gastó con motivo de la llegada del maestro Vicente, abriéndose la cuenta con la suma de 7 libras, 7 sueldos y 4 dineros de indemnización de perjuicios pagadas al arrendatario del impuesto de consumos, porque se había pregonado que los que trajeran pan á la ciudad estarían exentos de dicho impuesto. Realmente era de temer la escasez atendido al gran número de personas que habían acudido á oírle de muy lejos y que no querían marcharse antes de que se fuera el Santo.

«A los que llevaron á Fr. Vicente y su acompañamiento y equipaje desde La Chiéze á Moulins en la primera semana de Febrero de 1416 (calendario antiguo), se les dan 115 sueldos. El lugar adonde los enviados de Moulins fueron á buscar al Apóstol es la *Chaise-Dieu*, en donde había entonces un célebre monasterio de Benedictinos.»

Se construyeron dos «tablados», de los que el uno sería probablemente para los cantores, y al partir el Apóstol le obligaron á recibir treinta libras de gratificación.

El Santo subió hasta Lyon, á juzgar por estas palabras del célebre jurisconsulto Guy Pape: «he visto esas dos grandes lumbreras de la ciencia divina que iban predicando por el mundo: Vicente Ferrer en Lyon, en 1415 (error visible), y Bernardino de Sena en el Piamonte, en 1429.»

En Marzo de 1417 (estilo moderno) los cónsules de Lyon acordaron «enviar á uno de ellos, Aymard de Chaponay, que llevara una carta de su parte á Vicente Ferrer, que está en Courzien, en la que le participan que los lyoneses están llenos de júbilo desde que han sabido que va á predicar á su ciudad.»

Otro consejero, Juan Leviste, con su capellán, un procurador y un criado fueron hasta el Arbresle á recibir al Santo, que predicó aquel año en el prado d' Aynay, perteneciente á la abadia de este nombre, siendo preciso derribar la cerca para agrandar un sitio ya tan espacioso.

Con fecha 2 de Junio acordaron los cónsules gratificar á Fray Gabriel, discipulo del maestro Vicente, que habia predicado ocho dias en Lyon. Como el maestro habia partido en pos de la gloria, quisieron aún oír un eco lejano de su palabra en la de su discipulo.

Refiere la Rochette, historiador de los obispos de Mâcon, tomándola de los archivos de esta ciudad, la entrada solemne del maestro Vicente, procedente de Lyon, el 4 de Mayo de 1417.

«Desde el 23 de Abril se habia contratado con un carpintero la construccion de un tablado en el que debia predicar el Apóstol al aire libre. El obispo Juan Christini, al frente de su Cabildo y acompañado del clero y de una multitud inmensa, salió á recibirle á la puerta de la ciudad, siendo conducido el piadoso cortejo á una pradera que todavia se llama el Breuil, en donde se habia levantado un tablado para que el santo misionero fuese fácilmente visto y oido de la multitud que se agolpaba á su paso y que no hubiera cabido en ninguna iglesia.» (*Historia de los obispos de Macon*, por De La Rochette, tomo II, p. 355).

Continúa el autor citando, alterándolo, el documento municipal, pareciendo preferible dejarle su forma original y su sabor de antaño.

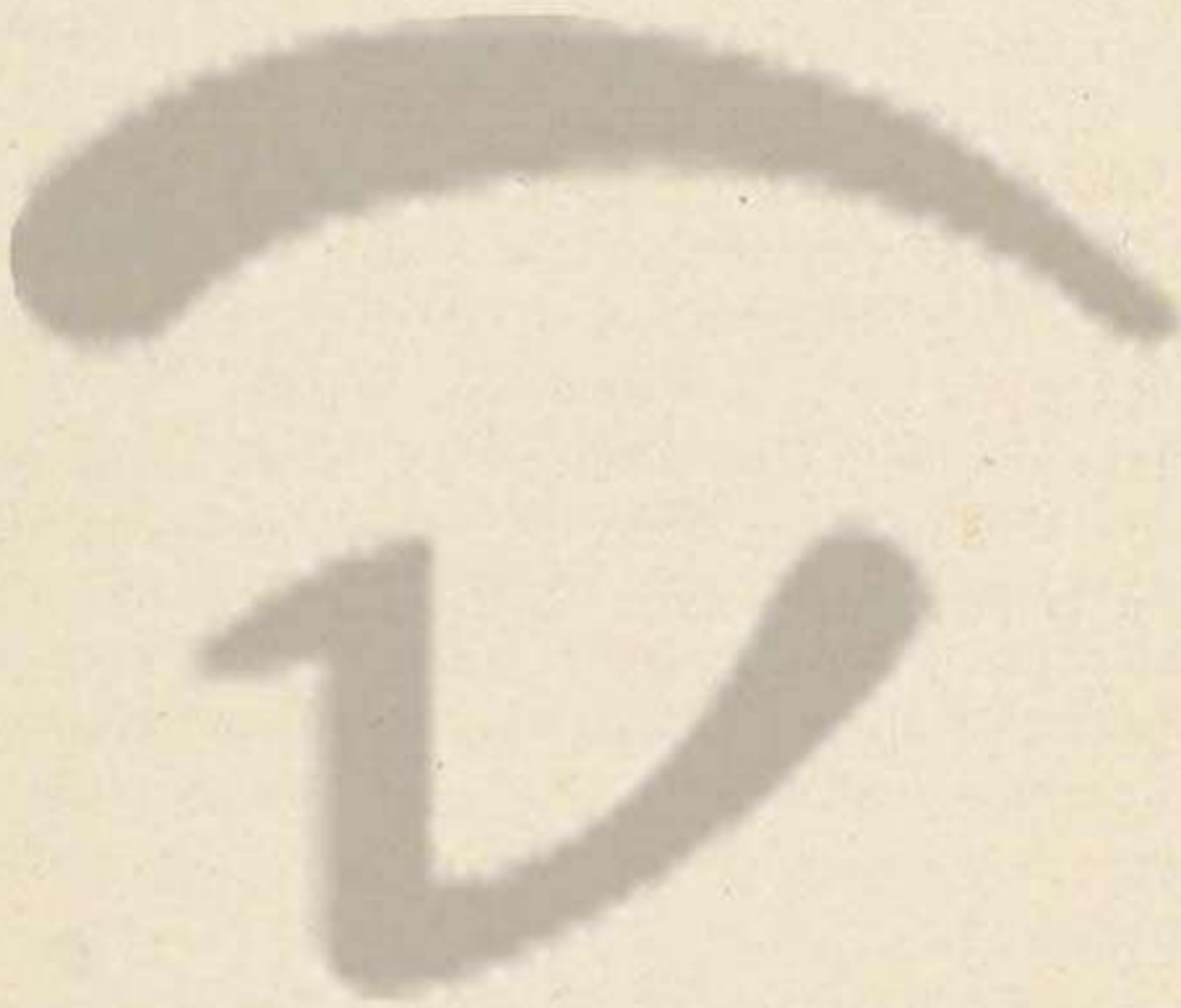
«1417.—Item el martes III dia de Mayo del año citado, á la hora de Visperas, llegó á Mascon el maestro Vicente Ferrer, maestro en teologia, y trajo con él en procesión VIxxX religiosos..... hombres y fué alojado dicho maestro Vicente en el convento de los Hermanos Predicadores de Mascon, y los dichos religiosos en la dicha ciudad de Matcon, es á saber, XXX en el claustro de la iglesia de San Vicente y el resto en las casas de los vecinos de la ciudad, y predicó el dicho Fr. Vicente en el prado del rey llamado del Brul y dijo la misa el miercoles siguiente V de dicho mes y continuamente todos los dias dijo su misa solemnemente; y predicó hasta el martes XIII del dicho mes en cuyo dia XIII de dicho mes partió á Mascon.

»Y se acordó por el dicho procurador de la dicha ciudad en virtud de la ordenanza dictada por la mayor y sana parte de la dicha ciudad, se entregaran al hermano Symart de la Grolette, sub-prior de los Jacobinos de Mascon, para el gasto de dicho maestro Vicente y de cuatro religiosos sus servidores IX escudos..... que valen X libras, 2 sueldos, VI dineros y al rector que tenia la administracion de los dichos VIxxX religiosos X libras para las necesidades de los dichos religiosos. Y durante dicho tiempo se hicieron todas las noches procesiones de gentes en parte desnudas que se golpeaban hasta hacerse sangre á dicho prado y por las calles de la ciudad, tanto de hombres, como de niños desde XII años hasta de VII, y mugeres y viejos iban gritando: todo sea en honor y memoria de la sagrada pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Y los dichos niños gritaban: Señor Dios, Jesus, misericordia! De tal modo que causaba gran admiracion y piedad verles y oirles. Y despues que el dicho Fr. Vicente se marchó de Mascon todos los viernes, sábados, domingos y dias feriados seguian haciendose estas procesiones de disciplinantes y los niños iban todos los dias por la ciudad en gran procesion llevando la cruz y rezando el *Pater Noster*, *Ave Maria* y el *Credo* y exclamando: Misericordia Virgen Maria! Madre de Dios rogad por nosotros y por todos los pecadores. *Amen.*»

«El 22 de Junio siguiente vino á Macon Fr. Rafael, Dominico de la compañía de Fr. Vicente, y predicó en la iglesia de los Jacobinos de su Orden y en la plaza de Prévot, asistiendo gran número de personas de la ciudad y de fuera de ella.» (*De La Rochette*, opus. cit.)

El prado de Breuil es lo que actualmente se llama en Mácon el barrio de San Antonio y el claustro de San Vicente un grupo de edificios que rodean la iglesia de este nombre, antigua catedral destruida en sus tres cuartas partes, y cuyos restos son imponentes. El convento de los Dominicos transformado, excepto algunas arcadas del claustro, se ha convertido en colegio de los Santos Angeles y la iglesia, cortada horizontalmente, en salón de recreo. En los Archivos de Autun se hace constar el paso del Santo por esta ciudad: «1.º de Septiembre de 1440: jornales empleados en el campo de San Lázaro frente á la capilla en que predicaron el difunto Fray Vicente y otros.»

Este campo, hoy plaza pública central, en la que se celebran las contrataciones, tiene excelentes condiciones para que pueda colocarse en ella una gran multitud.





CAPÍTULO VI

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

De Zaragoza á Besançon.—Lo que hace que se terminen los concilios —La cruz de la tierra y la cruz del cielo.—«En menos de dos años y en Francia».—El calvario de Auxonne.—Encuentro en el valle.—Itinerario confuso.—El representante Lejeune.

VICENTE Ferrer tenia prisa por llegar al Franco-Condado. Sin duda á su deseo de encontrar allí una alma humilde según el mundo, habrá debido nuestra Francia los maravillosos frutos de salvación que la han mantenido cristiana.

En la *Vida de Santa Coleta* por el abate Larceneux, cura de Belmont (Jura) se encuentra bien detallada la relación de esta entrevista, no habiendo economizado este digno sacerdote trabajo, ni viajes, para descubrir los documentos que hicieran relación á este asunto, así es que se considera este trabajo como el más verídico y el más completo. «Lo compuso, dice, desde Abril de 1784 á Mayo de 1785, sirviéndole de base manuscritos empolvados escritos en diversas lenguas, indescifrables en su mayor parte, conservados en Besançon, Poligny y Gand que copió muchas veces. Sus investigaciones y el resultado de las mismas se hallan en el monasterio de las Clarisas de Poligny reunidas en 110 cuadernos bien conservados.»

«Vicente Ferrer habia escrito desde Zaragoza á la Bienaventurada participándola que iba á Besançon para verla y conferenciar con ella acerca de los negocios de la Iglesia y el cisma en virtud de órdenes recibidas de lo alto; que se ponía en camino, pero que su viaje seria largo, porque tambien tenia orden de predicar al paso por todas las

poblaciones de Francia, y que ya la avisaria cuando se aproximara á Besançon. La Bienaventurada recibió la segunda carta fechada en Auxonne y en ella le decia que no se limitaria á predicar algunos sermones en Besançon, si no que haria una mision para tener más tiempo de verla y conferenciar con ella. Cuando Coleta anunció esta mision, experimentó la ciudad una gran alegría, porque la fama de este gran predicador encendia el deseo de oirle, y la mayor parte de la nobleza del pais y de las ciudades próximas se trasladó á Besançon, acudiendo tambien muchos de apartadas provincias, de Suiza y de Lorena.

»San Vicente Ferrer llegó á Besançon el 4 de Julio del año 1417 con una multitud de discipulos y otras personas que le seguian, entrando por la puerta de los Mínimos y dirigiéndose inmediatamente á la casa de Santa Clara para ver á la Bienaventurada. Despues de conferenciar algun tiempo con ella en secreto, se retiró al convento de los Dominicos, que era su Orden. En el mismo dia levantaron sus discipulos un altar en la plaza de San Pedro y un púlpito contiguo á él. Tres semanas duró la mision y los antiguos que han hablado de ella refieren que los sermones de Vicente Ferrer y los milagros de Santa Coleta cambiaron completamente el aspecto de la ciudad.»—Y aqui se extiende en frases encomiásticas de la elocuencia del Apóstol.

«Seis veces predicó durante su mision en la iglesia de Santa Clara, delante de la Bienaventurada y las religiosas. No se sabe lo que se trató en las conversaciones secretas de estos dos grandes santos; solo se supo seis semanas despues de la mision, por cartas de Thiébaud de Rougemont, arzobispo de Besançon, que estaba en el Concilio de Constanza, que los dos Santos habian escrito á los Padres del Concilio de parte de Dios que se mantuvieran firmes, pues de él saldria un gran Papa que terminaria el cisma y devolveria la paz á la Iglesia. Las cartas las habian dirigido al prelado de Besançon, el cual les dió las gracias y las presentó al Concilio en donde se leyeron públicamente.

»No puede expresarse, decia la carta del prelado á su Cabildo, el gozo que mostró el Concilio, sabedor de la santidad de estos dos Santos que hacian milagros, resucitaban muertos y habian llegado á ser los oráculos del mundo cristiano, con tanto más motivo, cuanto los dos habian abandonado á Pedro de Luna, que era por su obstinacion el escollo en que se estrellaba el Concilio. Desde aquel momento ya no se dudó del buen éxito del Concilio, se estableció

una maravillosa conformidad entre las naciones que le formaban y fué elegido Martín V.»

La misma relación, con pequeñas variantes, se halla en una Vida de Santa Coleta, escrita en 1520, que tiene toda la autenticidad de un documento público.

«Hablando un día San Vicente Ferrer con el P. de la Balme, confesor de la Bienaventurada, le confirmó que solo había venido de España con objeto de verla, preguntándole el Padre cómo había conocido á la Santa en Francia, estando él en España, á lo cual contestó confidencialmente que estando un día en oración en Zaragoza rogando por la Iglesia, vió á Santa Coleta á los pies de Jesucristo, instándole para que terminara el cisma y tuviera misericordia con los pecadores que eran causa de él. Jesucristo me dió á entender también que era su voluntad que yo viniese á Besançon para verla, predicando al paso en las ciudades de Francia, y que cuando me hubiese reunido con ella en Besançon, nos comunicaría sus proyectos y lo que concernia á los intereses de su Iglesia.»

«Habiendo visto San Vicente Ferrer, sigue diciendo el abate Larceneux, la cruz que Jesucristo había enviado á la Bienaventurada (ya hablaremos de ella en breve), se prosternó en seguida con gran respeto, oró ante ella un rato con fervor y luego la abrazó, haciendo á la Santa muchas preguntas sobre las circunstancias de tiempo, lugar y manera como le fué enviada en presencia del confesor y de todas las religiosas de la casa. Felicitó á la Santa por semejante regalo recibido del Rey de los reyes y luego la rogó que admitiera el obsequio que quería hacerle de lo que en su pobreza tenía de más valor y más conforme con el regalo de Jesucristo, y era la cruz que había llevado de España y con la cual había entrado en todas las poblaciones de Francia en que había predicado.

»Esta cruz, de pino, pintada de negro, de dos dedos de ancha y cuatro á cinco pies de larga, groseramente tallada, había sido hecha en España y se conserva aún como una reliquia en el convento de Santa Coleta, en Besançon, al extremo de una galería y cerca del oratorio de la Santa, siendo visitada diariamente por las religiosas, que rezan ante ella una oración particular. En uno de sus lados lleva la inscripción siguiente: «Esta es la cruz que San Vicente Ferrer, al venir de España á Besançon en 1417, regaló á Santa Coleta, entonces reformadora de la Orden de Santa Clara de esta ciudad.»

»Después de ofrecer el Santo la cruz á la Bienaventurada, no se cansaba de contemplar asombrado la que esta había recibido de

Jesucristo, dirigiéndola palabras tan patéticas, que la Bienaventurada quedó arrebatada en éxtasis en presencia del Santo. Cuando salió de él, le dió las gracias por su obsequio diciéndole que estas dos cruces del Maestro y del servidor eran lo que más estimaba en el mundo y las conservaría con mucho cuidado. Pero que para agradecersele mas particularmente iba á decirle lo que el Señor le habia dado á conocer respecto á él en ese arrobamiento que acababa de tener, esto es, que Dios le llamaria á si antes de dos años para recompensarle por sus grandes servicios. El P. Vicente, sorprendido con semejante profecía y repitiendo las palabras de la Bienaventurada: *Antes de dos años*, le dijo que esperaba ir á morir en España. «En Francia», respondió la Bienaventurada.» Su profecía se cumplió al pie de la letra.

«Fué un espectáculo conmovedor que la pluma no puede describir el que se ofreció en el momento de separarse estos dos Santos para siempre: ni uno ni otro pudieron pronunciar una palabra, la verja estaba abierta y todas las religiosas, de rodillas y deshechas en lágrimas, pidieron al Santo su bendición. Este tierno adios se encuentra descrito en un manuscrito de los Archivos del convento de Besançon.»—Como tantos otros, este manuscrito ha desaparecido después de la revolución.

Séanos permitido dar algunos detalles sobre las dos maravillosas cruces.

Aun se puede venerar en el convento de las Clarisas de Besançon un inestimable tesoro, única alhaja en este reino de la pobreza, consistente en una cruz de oro que contiene una partícula de la Verdadera Cruz, llevada á Santa Coleta por San Juan, de parte de Nuestro Señor, de parte del Esposo que nada sabe negar á la Esposa. La cruz es verdaderamente de oro terrestre y, sin embargo, extraño á la tierra y está incrustada de perlas finas.

También se conserva la cruz de San Vicente Ferrer, humilde hermana de la cruz del cielo, «dada por él mismo á nuestra bienaventurada Madre al partir de la ciudad». *Carta de las Clarisas de Besançon á las de Amiens* de 27 de Junio de 1624.—Tiene 1^m95 de alto; los travesaños miden 0'94 y tienen poco más ó menos tres dedos de anchos. Termina en punta porque estaba destinada á entrar en una mortaja hecha en el púlpito, y los travesaños terminan también en bisel: es de madera de pino, habiendo estado en un principio pintada de negro y llevaba un Cristo de talla sujeto por tres clavos. Se la designa impropriamente con el nombre de bastón de San Vicente Ferrer, pues no se servía de ella como bastón.

A mediados del siglo XVIII, en fuerza de manosearla y llevarla en procesión, se le cayeron los travesaños, reemplazándolos con otros de madera más dura: también se desprendió el Cristo, por lo cual se tuvo la idea de sustituirlo por un Cristo pintado, cubriendo el resto de la cruz con un estuco verde obscuro y asegurando el asta con unas abrazaderas de hojalata, así como el cartel de madera de pino que lleva la inscripción habitual INRI.

El Cristo se sujetó bastante torpemente con alambres á una cruz-relicario «muy hermosa» del siglo XIV, y habiéndose echado de ver en estos últimos tiempos la irregularidad, se ha adherido de nuevo el Cristo á la cruz primitiva, en donde encaja perfectamente. El asta conservaba un largo clavo, que probablemente sería uno de los primitivos ó su *facsimile*; los otros se han perdido. En el sitio en que correspondían exactamente los pies del Cristo hay en la madera de la cruz un agujero oblicuo, y oblicuo es también y en el mismo sentido el que presentan dichos pies. En el lugar de las manos no hay agujeros, porque no pareció que debían hacerse al renovar los travesaños.

No debe caber duda alguna sobre el particular, recordando que el Capuchino P. Firmin, confesor de las Clarisas de Besançon, antes de la Revolución, tenía costumbre de decir á la persona á quien legó este Cristo al morir: «Guardadle con mucho respeto, porque procede del bastón de San Vicente.» Según todas las probabilidades, el mismo P. Firmin debió fijar el Cristo en el relicario.

Para más seguridad, una comisión de sabios, al frente de la cual estaba M. Gauthier, archivero de Doubs, ha comprobado en 1892 que la cruz llamada de Vicente Ferrer y el Cristo son del mismo origen, de la misma época, perfectamente adaptables uno á otra, y que, según todas las indagaciones hechas, es preciso ir á España y remontarse á los tiempos del Santo para hallar Cristos como éste.

Confrontando los manuscritos del abate de San Lorenzo, las cartas de las Clarisas conservadas en los archivos provinciales, los inventarios de los monasterios, y sobre todo teniendo á la vista y en las manos estos venerables objetos, como he podido yo hacerlo con toda comodidad, se llega á adquirir una convicción absoluta.

No hemos querido interrumpir el relato de Larceneux, pero hay que rectificarle, pues no fué Besançon la primera etapa del Santo en el Franco-Condado, ni allí su primer encuentro con Santa Coleta. Según una carta de la abadesa Marta Taboureau á las Clarisas de Amiens (9 Julio de 1624), debieron encontrarse en Auxonne y orar

juntos en el calvario construido por la Santa en el huerto de su convento, de cuyo calvario quedan algunos restos.

Las efemérides de Auxonne, recogidas por M. de Giroux, hacen mención de la presencia de Vicente Ferrer los días 17, 18 y 19 de Abril de 1417. «Le acompañaban, dicen, cien Dominicos y diez mil personas», lo cual evidentemente quiere decir que su comitiva ordinaria, vestida de blanco y negro, ascendía á unas cien personas y que le habia seguido de las últimas poblaciones en que habia estado una gran multitud ansiosa de oír otra vez su palabra. Predicó en la plaza que hoy se llama de los Cuarteles, á la izquierda de la iglesia de Nuestra Señora.

«Una nueva entrevista de los dos Santos tuvo lugar en Poligny en Junio de 1417. Segun la tradicion, Santa Coleta, que entonces se hallaba en el castillo de su amiga Blanca de Saboya, en Frontenay, tuvo conocimiento sobrenatural de la venida de Vicente Ferrer y debieron acercarse uno á otro guiados por una luz interior, verificandose el encuentro en un sitio llamado todavia valle de San Vicente, en el que por orden suya brotó una fuente para apagar la sed que sentian, la cual ha conservado su nombre.

»A su entrada en Poligny fué recibido con gran solemnidad, escoltandole la multitud hasta la Iglesia de San Hipólito, en donde le esperaban el cura Jaime Morelli y los Dominicos, predicando en la plaza contigua y por la noche en las Clarisas. Despues de pasar unos dias en Poligny, se trasladó el Santo á Besançon, adonde llegó el 4 de Julio.

»En las Clarisas de Poligny dejó dos cuerdas en forma de disciplinas con gruesos nudos, en cuya parte inferior se ven aun las huellas de la sangre adherida, creyendose que esta era la disciplina que usaba este gran Santo.» (*Memoria de todo lo que ha hecho nuestra Bendita Madre en el convento de Poligny*. Ms. p. 21).

El Diccionario geográfico del Franco-Condado de Rousset no dice más que una palabra de Coleta y de Vicente Ferrer cuya entrevista supone tuvo lugar en Poligny en Junio de 1417, pero hace grandes elogios del convento de los Dominicos «en el que reinaban la disciplina y el fervor y por el cual sentia una predilección especial el Soberano, habiéndose fundado en él más de diez mil misas». La iglesia, de granito, se ha convertido después de la Revolución en alhóndiga, profanación que contrasta con el espíritu religioso del país. Un zócalo con inscripción encima de una piedra funeraria recuerda que allí predicó Vicente Ferrer. En cuanto al convento, se ha utilizado para instalar en él la subprefectura.

Courtépée, erudito historiador de la Borgoña, hace ir á Vicente Ferrer de Dijon á Auxonne y, según lo que acaba de leerse, la misión de Auxonne y de Poligny precedió á la de Besançon; pero cronológicamente por lo menos las principales predicaciones del Santo en Dijon tuvieron lugar después de la de Besançon. Además este itinerario está bastante enrevesado y habría tiempo para una excursión á Lorena. Tal vez la explicación del enigma la da Courtépée al decir que el Santo se detuvo allí al pasar de nuevo. La misión en Lorena es positiva y tuvo lugar en esta fecha, pero no consta en documento alguno, como no le haya servido ese púlpito portátil y recompuesto que se emplea para enseñar la doctrina en una capilla de la catedral de Toul, como dice una tradición vaga.

Otras tradiciones, vagas también, pero que deben tener su razón de ser, subsisten en esta comarca y hasta el territorio de Belfort, señalándose como hechos positivos una de las ramas de la familia Ferrier establecida de tiempo antiguo en Bavilliers, cerca de Belfort, con título de nobleza. En la iglesia había una capilla dedicada al Santo.

Algunos otros datos servirán para confirmar el conjunto de estas noticias.

Refiere un antiguo manuscrito á su manera la entrada de Vicente Ferrer en Besançon: «El año 1417, día de San Martín, 4 de Julio, llegó á Besançon un grupo de hombres, mugeres y niños que iban golpeándose con varas, azotes ó disciplinas, siguiendo la predicacion de un jacobino llamado Fr. Vicente, del reino de Valencia, en tierras de Aragon, el cual llevaba en su compañía algunos discipulos vestidos de ermitaño.»

En las cuentas de la ciudad de Besançon hay una laguna entre el 24 de Junio de 1413 y el 24 de Junio de 1418, así es que nada se encuentra referente á la misión de Vicente Ferrer en 1417; pero medio siglo después aun vivía el recuerdo de esta misión, como lo prueba el asiento siguiente de las cuentas de 1466: «Cuenta de Esteban de Choys, tesorero de la ciudad por un año, 1.º de Enero de 1465.—31 Diciembre de 1466, del XVIII Enero al lunes despues de la Purificacion. Primeramente, pagado á Juan Grenier, el *juesne* por un jornal de su carro con tres caballos para conducir piedra á la casa de la ciudad con destino á la reparacion de los cuartos de San Vicente V *grosviez*.»

El trabajo de Larceneux apenas es otra cosa que la reproducción de los manuscritos de la Hermana Perrin y de Pedro de Vaux, ambos

contemporáneos de Santa Coleta, los cuales se conservan en Gand, en el convento de las Clarisas y de los que hay una copia en Poligny, trabajo indigesto, pero curioso. La Hermana Perrine era sobrina del P. H. de la Balme. Dicen que estas memorias tentaron la pluma de Veuillot; pero la historia de Santa Coleta ha sido escrita además por el P. Sellier, S. J. (1853) y por M. Douillet, cura de Carbie, en donde nació la Santa (1869) á cuyas obras hay que agregar los recientes trabajos del abate Bizouard, capellán castrense de Auxonne.

Los recuerdos de Vicente Ferrer en el Franco-Condado no se limitaban á los monasterios de las Clarisas. Chiflet, historiador conocido, dice que el púlpito en que predicaba el Santo se conservaba con gran veneración en el convento de los Dominicos, y que después de su canonización logró Besançon uno de sus brazos, preciosa reliquia conservada en la basilica de Santa Magdalena. Pero en vano se buscaria hoy el brazo de San Vicente Ferrer. El 8 de Junio de 1794, dia de Pentecostés, se celebró en Besançon lo que se llamó la fiesta de Chamart, paseo público, en la cual el representante Lejeune hizo amontonar las cruces, relicarios y confesionarios, á los que prendió fuego por su mano renovando la blasfemia de los judíos: «Que el Dios de los católicos salve su culto, si le es posible». Luego quemó incienso diciendo: «Quedan destruidos los últimos restos de la superstición.» A esta fiesta presidía, en un estrado aparte, la diosa Razón, una joven, hija de un empleado de aquel tiempo, á la que se obligó también á ostentar su seno en los altares... Estos odiosos sacrilegios le causaron un indecible disgusto, se hizo una cristiana perfecta y aun la nombra todo el mundo en Besançon.





CAPÍTULO VII

BORGOÑA Y EL NIVERNÉS

Francés antiguo.—La peste en Clairvaux —Pulpito en una tienda.
—La primera piedra del convento de Chambery.—Capa, misal,
bastón y sombrero.—Estilo de procurador.—Bula de indulgen-
cia.—Decize.—Obispo poco complaciente.—A vuelo de pájaro.

(1417)

ENTREMOS con el maestro Vicente en la capital de los duques de Borgoña, la cual nos ofrece también felizmente documentos oficiales casi ininteligibles á ojos mortales.

«El miércoles día noveno de Julio reunidos en los Jacobinos los señores que se expresan (siguen los nombres de los consejeros presentes).

»Item, que todos los panaderos cuiden de cocer pan blanco en bastante cantidad para que no falte en la ciudad, especialmente mientras esté en ella Fr. Vicente, que debe venir en breve.

»Item, que sea cualquiera la afluencia de gente con motivo de la venida de dicho Fr. Vicente los posaderos y dueños de casas de hospedage no se permitan cobrar mas alquiler por los caballos que el de costumbre, esto es, cinco blancas por día y noche bajo pena de multa.

»Item, que durante el tiempo que dicho Fr. Vicente permanezca en esta ciudad solo estén abiertas tres puertas de la misma, á saber, la del puente de Ousche, la de San Nicolás y la puerta Nueva, en cada una de las cuales habrá para su guarda XII personas. bien

armadas, IV arcabuceros y II arqueros, los cuales no dejarán entrar á ningun forastero con armas, á no ser que las dejen en la puerta, y dichos guardas rondarán por la noche en union de otros que se designarán para la seguridad de *Madame* y de la ciudad.»

El 27 de Julio se construyó una tribuna de madera junto al muro de la Cartuja para la duquesa Maria, Mme. de Guienne y Mademoiselles, que querian oír predicar á Fr. Vicente, el cual acababa de llegar y debía predicar en las afueras de la ciudad, cerca de la Cartuja.

«El viernes sexto día de Agosto, etc.

»Se dió permiso á los Jacobinos para pedir limosnas por la ciudad durante quince días.

»El miércoles diez y siete de Agosto, etc.

»Se acordó que la ciudad haga un regalo á Fr. Vicente, de la Orden de los Jacobinos, maestro en teología, que ha venido á hacer muy buenas y notables predicaciones, cuyo regalo consista en paño ó vagilla de plata ó moneda, lo que se crea mas propio y mas digno hasta la suma de XX francos.»

Según Courtépée, Vicente Ferrer se dirigió de Dijon á Bourg-en-Bresse, en cuyo camino se encuentran Rochefort-sur-le-Doubs y Tournus, que guardan recuerdo de su paso. Aquí debemos hablar de su visita á Clairveaux. Los hijos de San Bernardo se veían diez-mados por la peste, él roció con agua bendita todas las dependencias del convento, y la peste cesó de repente y los enfermos sanaron.

Algunas líneas del archivero de l' Ain recuerdan el paso del Santo por Bourg-en-Bresse: «El mercado servia de forum, si así puede decirse, y allí se paseaba la gente y se trataba de los intereses de la ciudad y allí se predicó durante el largo tiempo que duró la construcción de Nuestra Señora. El púlpito estaba en el centro del edificio, colocado sobre una tienda, y en él predicó el Dominico San Vicente Ferrer. Este púlpito, cubierto respetuosamente con una tabla, existe todavía en la iglesia de las hermanas de San José que, como es sabido, fué la iglesia de nuestros antiguos Dominicos, salvo las transformaciones modernas.» (*Descripción de la antigua ciudad de Bourg*, por M. Brossard, archivero de l' Ain, p. 32).

Este púlpito es de encina, de forma octógona, los sacerdotes lo besan antes de subir á él, y lleva la siguiente inscripción en una plancha de cobre.

Sanctus Vincentius Ferrerius
 Apostolatu
 Saeculo XIV per Galias
 Suscepto
 De hoc suggestu
 Conciones in vico Mercatorio
 Palam habuit
 Populo Burgensi
 In unitate fidei confirmando.

No es posible dudar de la presencia del Santo en Chambéry en esta época, en vista de las afirmaciones de los Anales Dominicos.

«En 1414 Amadeo, duque de Saboya, viendo el resultado de las predicaciones de San Vicente Ferrer, pidió á nuestros Padres que establecieran algunos conventos en sus dominios, y rogó al Papa Juan XXIII que apoyara su pretension, expidiendo este al efecto sus cartas apostólicas fechadas en Mantua el 29 de Enero.» El cisma, que se hallaba entonces en su periodo álgido, impidió la realización de este proyecto, pero se volvió á él más tarde, según lo pue refieren los *Archivos Generales* de la Minerva.

«En el año 1418, bajo el pontificado de Martín V, siendo Segismundo emperador y Amadeo VIII duque de Saboya, se había extendido de tal modo la fama de los Hermanos Predicadores, que los habitantes de Chambéry suplicaron al duque Amadeo que procurara obtener de Martín V la licencia necesaria para fundar un convento. Efectivamente, el Papa expidió una Bula, según la cual, los Hermanos Predicadores, que hacia ya tiempo edificaban por su ciencia y piedad á las poblaciones de Annecy y Montmelian, podian establecerse en Chambéry, capital de la Saboya, y defender en ella las sanas doctrinas contra las nacientes herejias. Parecia que el Pontífice previa á esos hijos ilustres que tan enérgicamente habian de oponerse á Lutero y á Calvino, y romper con el martillo de las Sagradas Escrituras su impiedad sacrílega.»—(La Bula lleva la fecha del 21 Noviembre de 1417).

«Y en este mismo año 1418 ocurrió por no sé qué feliz casualidad que, hallándose San Vicente Ferrer evangelizando la Saboya, con el éxito que todos saben, puso la primera piedra del convento de Chambéry.»

Besson (*Memorias para la Historia Eclesiástica de la Saboya*, 1759) dice aún más explícitamente todavía que «los religiosos de Santo

Domingo, establecidos en Montmelian, fueron llamados para formar la comunidad de Chambery, 1418, la cual tuvo el honor de ser dirigida algun tiempo por San Vicente Ferrer» (pág. 322). Pero esto es un error, pues el paso del Santo por la población tuvo que ser rápido. «Al marcharse lograron los religiosos, á fuerza de súplicas, que les dejara su sombrero, su bastón y su capa, cuyas reliquias fueron luego honradas por gran concurso de pueblos con infinitas ofrendas.»

«Yo he oido decir á nuestros padres más ancianos y más graves, que las reliquias de San Vicente Ferrer se exponian todos los años á la veneracion de los fieles el 22 de Enero, fiesta de San Vicente Mártir, porque en el mismo dia habia puesto la primera piedra del convento de Chambery. Y afirmo que realmente son el sombrero del Santo, que tantas veces se han puesto en su cabeza los fieles para curarse de dolores violentos; su misal, su capa y su baston, tales como los veneraban hace cuarenta y cinco años los mencionados Padres, segun una tradicion no interrumpida.

»En fé de lo cual, Fr. André Monediu. Año 1623.»

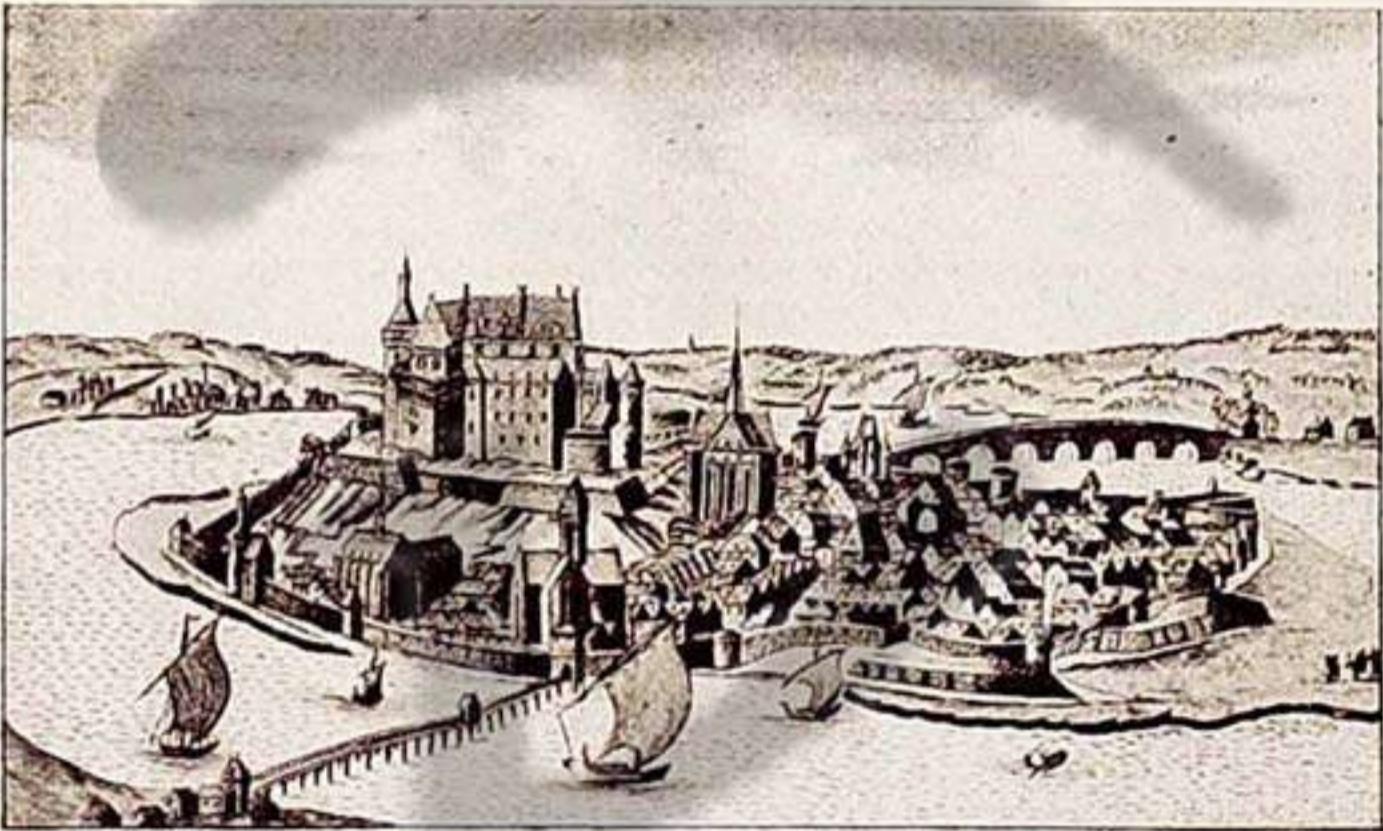
La aldea de Croy se encuentra en la carretera principal que conduce de Italia al condado de Borgoña y «alli predicó San Vicente Ferrer cuando se dirigia á Besançon, escoltado sin duda de sus disciplinantes y ermitaños, de modo que la patria de Vaud ha tenido su parte en todas esas extrañas escenas de la Edad Media. La construccion de la capilla de Santa Ana es un testimonio de la profunda impresion que produjo San Vicente Ferrer en estos pueblos.» (*Memorias y documentos publicados por la Sociedad de Historia de la Suiza romanda*, T. III, p. 738).

Recordemos que esta capilla fué edificada en el sitio llamado de los *Clées*, villorrio perteneciente al monasterio de Romainmotier.

Para que todos estos datos concuerden es preciso suponer con Courtépée que el Apóstol fué de la Auvernia á Suiza, pasando por Dijon y Besançon y que volvió por el mismo camino predicando siempre.

Nevers.—Parmentier, Procurador general del Tribunal de Cuentas del Nivernés, escribió en 1770 una historia de los obispos de Nevers, que quedó inédita, y en ella refiere, en un estilo frio como los números la llegada de nuestro Santo á dicha ciudad.

«1417.—San Vicente Ferrer predica en Nevers en la plaza del Mercado de ganado, cerca del hospital de San-Didier, tomando por texto estas palabras: *Ecce tabernaculum Dei*. Los regidores le habian



Vista de Decise, según una estampa antigua.



enviado á buscar á La Palisse (20 leguas) y llegó á Nevers el sábado antes de la fiesta de San Clemente (22 de Noviembre), permaneciendo hasta el día de San Andrés (30 Noviembre); en junto nueve días. Se hospedó en los Jacobinos, los cuales pretenden poseer su púlpito portátil, y llevaba consigo seis compañeros. Al salir de Nevers se dirigió á Bretaña, pero sólo fué embarcado hasta la Charité, si bien se le facilitó un guía hasta Bretaña. El gasto que se ocasionó con este motivo ascendió á 41 libras, 13 sueldos, 8 dineros.

»Cuando Vicente Ferrer fué canonizado, los nivernesés, que en vida le habian honrado como santo, edificaron en su honor una capilla en la iglesia de los Hermanos Predicadores que él visitó en otro tiempo, y á ella acudia con frecuencia gran multitud de gente llevada del gran respeto que inspiraba la memoria del santo varon.

»Los archivos de la prefectura guardan el original de un Breve de Calixto III concediendo á los que visiten esta capilla un año de indulgencia, al cual añadió 100 días el cardenal Alano, legado en Francia.»

En una breve historia de Decize se resume lo que se encuentra en los archivos concerniente á nuestro héroe: «El maestro Vicente Ferrier, español, que gozaba de una gran reputacion de virtud y santidad, viajaba por Francia y habiendo sabido los habitantes de Decize que se hallaba de paso en Bourbon-Luncy, le enviaron á Hugo Palican para suplicarle que viniese á honrar la ciudad con su presencia, habiéndole dado al mensajero para el viaje 11 libras tornesas. Aceptada la invitacion por el Santo personaje, llegó á Decize el 9 de Diciembre, siendo recibido con muchos honores, y hospedándose en casa de Enrique Besserand, una de las personas notables y señor de Laménay. Se levantó una capilla en la que el ilustre huésped dijese la misa, etc., y luego se le condujo á Nevers en un barco cubierto. Los gastos de la recepcion ascendieron á 24 libras, 11 sueldos, 10 dineros. Vicente Ferrier, que despues fué canonizado, iba á predicar en Bretaña y murió en Vannes en 1419.»

En aquel tiempo se hablaba casi francés en el Nivernés, como lo prueba el hermoso documento de Decize, que nos da á conocer lo que se pagó «á los XVII hombres que se emplearon en limpiar la plaza en que se colocó la capilla del maestro Vicente; por cierto número de clavos para sujetar los adornos de dicha capilla; por la cena de los que el martes se encargaron de guardarla durante la noche; por IV libras de cera trabajada en antorchas y cirios, y por III libras de bujias, y además por una caja de confituras, azúcar, gengi-

bre, clavo, azafrán, cinamomo, almendras; y por una pierna de buey y otra de puerco, un capon y una gallina, compradas para hacer la comida del maestro Vicente.»—Se trata de su comitiva, la cual no estaba sujeta á su régimen en extremo austero. Un poco más adelante encontramos lo que se pagó «por el aceite para freir los manjares del maestro Vicente (II sueldos VI dineros); y por el pescado y tres tortas hechas de queso, etc., etc.» Verdadero regalo que se hallará en el *Cartulario*.

En Bourges esperaba á Vicente Ferrer una prueba bastante difícil, último asalto del infierno que podía echar por tierra muchas cosas hechas ó en camino de hacerse. El arzobispo, que se hallaba ausente de su diócesis, volvió á ella resuelto á impedir la entrada al santo Apóstol.

No habiendo sabido defenderse contra la influencia que á veces ejercen los rumores públicos, no vió en ese título de legado *á latere Christi* que se daba Vicente Ferrer y en esa multitud que le seguía más que el sello de un gran charlatanismo. Pero cuando este viejo, que llevaba en su frente una especie de brillo que no tenía nada de terreno, cayó humildemente á sus pies y le pidió su permiso y la bendición, el prelado titubeó; y cuando en el primer discurso conmovió su corazón esta vez tan poseído de Dios; cuando sobre todo el Santo, sonriendo afablemente, le hizo comprender que nada se le ocultaba del secreto de las almas, no pudo contener su emoción, se adelantó hasta el pié del púlpito derramando lágrimas, le estrechó en sus brazos y dió gracias á Dios en voz alta por haberle enviado semejante apóstol, no permitiendo que se hospedase en otra parte que en su palacio, en donde le recibió con toda clase de consideraciones.

Antes de dejar su anterior alojamiento pagó el Apóstol su hospedaje á su manera, curando á la mujer del huésped que padecía unos dolores insufribles, haciendo la señal de la Cruz sobre sus miembros doloridos.

Sensible es que ningún documento se encuentre en Bourges que relate estos hechos.

En el *Patriarchium Biturense*, la historia del obispo contemporáneo de Vicente Ferrer sólo ocupa una página é igual silencio guardan las crónicas del país. Hay que tener en cuenta que en el 22 de Julio de 1487 un terrible incendio destruyó los archivos municipales, y que en 1562 los protestantes «saquearon especialmente el convento de los Dominicos, encarnizados contra estos valientes defensores de la fé», como dice un cronista de la localidad. Todos sus archivos, todo

lo que había sido coleccionado por estos pacientes investigadores, fué destruido con un salvajismo que no excluía la rapacidad.

Dos declaraciones jurídicas iluminan como un faro todo este viaje á través de nuestras provincias centrales.

«Pedro del Colombier, de la comitiva del Santo, afirma que se convirtió infinito número de pecadores en España, en el Mediodía de Francia, en Carcasona, pero sobre todo en Auvernia, en el Bourbonés, el Lyonesado y la Borgoña. Él se hallaba presente y ha visto especialmente á las mujeres renunciar á todos sus hábitos de lujo y vanidad.

»Del mismo modo muchos hombres, eclesiásticos y seculares, abandonaron sus beneficios ó sus rentas, entre ellos ese Fr. Blaise, de Auvernia, que, siendo muy rico, se hizo pobre voluntariamente, y otros muchos señores que se unieron á la comitiva del maestro Vicente »

«Durante todo el tiempo que le seguí he sido testigo de muchos milagros obrados á ruegos del Santo Apóstol en el Albigeis, la diócesis de Rodez, el Velay, la Auvernia, el Bourbonés, la Borgoña; enfermos de todas clases venían á pedir su bendición, él se la daba, les imponía las manos y se marchaban curados y alabando á Dios.

»Muchos endemoniados se vieron también libertados por él, siendo todo esto notorio y admitido como cierto en todas esas comarcas.» (Declaración de Beranger Alberti, que siendo un joven estudiante, había seguido al Apóstol durante diez y ocho meses, es decir, desde Tolosa hasta su muerte).

En Tours recibió al célebre orador Antonio Montano, que iba á participarle como á un rey la muerte de Martín V (11 de Noviembre de 1417).

Tours y la Turena «que eran entonces, dice un cronista, una verdadera Babilonia de vicios, se cambiaron, gracias á él, en una Jerusalén de paz y de virtud».

Por fin, en Enero de 1416 atravesó el Anjou, predicando siempre, y por Nantes penetró en Bretaña.







CAPÍTULO VIII

«IN FINIS ORBIS TERRAE»

Declaración de Juan Bernier.—En dónde termina el mundo.—
Todo está perdido, todo está salvado.—Vicente Ferrer y Juana
de Arco.—Angers.—De Nantes á Vannes.—Savenay.—Dichoso
pais que no ha conocido traidores.—Cómo se han formado las
ciudades de Francia.—Questembert y Theix.

(1418)

JUAN Bernier, de Cordúnes, diócesis de Nantes, declara que
«Juan, duque de Bretaña, en 1417, oyendo hablar tan bien
del maestro Vicente, que se hallaba entonces en Auver-
nia, le encargó por tres veces que fuera á rogar al Santo varon que
se trasladase á Bretaña para afirmar la fé católica; la primera vez fué
al Puy, la segunda á Bourges, la tercera á Tours; y el maestro
Vicente, despues de leer las cartas del principe, consintió en ello con
toda benevolencia y humildad.»

El primer biógrafo de Vicente Ferrer dedica un tomo entero de
los cuatro que comprende su biografía á relatar lo que hizo su Héroe
en Bretaña durante los dos últimos años de su vida. Allí se renova-
ron los milagros de todas clases, en mayor número todavía; allí ese
brillante sol, después de recorrer nuestro hemisferio, y antes de
extinguir su luz en el Océano de la eternidad, hizo brillar sus últi-
mos rayos, tal vez más hermosos y más llenos de vida que el esplen-
dor de la mañana ó los ardores del mediodía.

¿Será permitido al historiador, sin faltar á su misión serena y fría,
formular en alta voz la reflexión que asalta á su espíritu, en un siglo

en que todo marcha tan aprisa, los libros, los hombres y los acontecimientos?

El Juez supremo había anunciado á su profeta del fin de los tiempos que moriría *in fines orbis*, en donde termina el universo: ¿es esto solo una indicación geográfica? Si la última voluntad de un moribundo es sagrada, si el testamento de un hombre es un acto que con justo titulo se impone á toda legislación, ¿no será permitido ver una significación maravillosa en las circunstancias, prodigiosas por otra parte como toda su vida, que acompañaron á la muerte del Apóstol europeo? ¿Sería de admirar que la muerte de este profeta encerrase alguna predicción de gran importancia? ¿Quién sabe si no resonará el primer toque de clarín de las falanges vengadoras allí donde se extinguió el último sonido de esa trompeta del juicio?

¡Ah! es de temer que la Francia, después de haber llevado á todos los puntos del globo su espada ó su genio de proselitismo, inaugure la serie de las naciones decadentes, avanzada de la muerte como de la vida. Pero quedará en pié ese pedazo de pueblo de corazón tan francés, que ha sabido dar tantas lecciones de honor y de fidelidad, aun á la misma olvidadiza Francia; allí permanecerá velando sobre la tumba de su patria adoptiva y esperando, como sus antepasados, que el cielo se desplome.

Hay á lo menos esta circunstancia que parece demostrar que los destinos del mundo están enlazados con la suerte de Francia; mientras Vicente Ferrer anunciaba á la vieja Europa el fin de toda carne, Francia había llegado al límite extremo de su decadencia. Todo estaba perdido, completamente perdido: el rey de Inglaterra, vencedor en todas partes, firmaba sus documentos con el arrogante titulo de rey del reino unido de Francia é Inglaterra. En este doloroso momento, mostrando Dios su voluntad por un prodigio, murió Vicente Ferrer en tierra francesa: de esta tumba salió un perfume de inmortalidad: en ella se elaboraba la esperanza.

La prueba de ello es una coincidencia conmovedora. Cuando el mundo recobraba aliento, en esa misma noche en que el ilustre anciano vagaba por los alrededores de la ciudad bretona, buscando en vano el camino de regreso, en el otro extremo de Francia oía una humilde niña voces misteriosas: Juana de Arco tenía siete años. Y ha sido Calixto III, el Papa profetizado de Vicente Ferrer, el que debía canonizar á éste, ha sido Calixto III el que ha borrado de la Historia la monstruosa iniquidad del Proceso de Juana de Arco, cuya acta de anulación lleva la fecha de 7 de Julio de 1456.

Vicente Ferrer parece que profesaba á Bretaña un especial cariño, sin duda porque su vejez, sus miras más allá de la tumba, todo, se harmonizaba en él con este pedazo de tierra de un carácter tan particular, de aspecto melancólico, en que todo respira una poesía austera. La naturaleza sencilla y fuerte de sus habitantes debió impresionar su corazón, y su rectitud atraer sus atenciones.

Agrada leer en los documentos los detalles de su apostolado en Bretaña; es conmovedor ver á este anciano extenuado, desfallecido, al parecer, excepto en los momentos en que del ardiente hogar de su corazón se escapaba la viva llama de su inspirada palabra, ir por la tarde á enseñar á los niños; acostumbrar á sus tímidas manos á hacer la señal de la Cruz, y á su lengua poco expedita á recitar las oraciones; buscar á los pobres y á los desvalidos, en este país en que el pobre parece más pobre que en otra parte, y el desvalido más abandonado.

Dichoso entre el pueblo, iba, sin embargo, allí donde le llamaba la caridad, y al ocuparse de los grandes, se empleaba en procurar el bienestar del pueblo. Vamos á seguir estas benditas huellas, á lo menos en cuanto nos permitan las informaciones canónicas, únicas fuentes formales de noticias.

Catorce meses permaneció en Bretaña; desde el 8 de Febrero de 1418 al 5 de Abril de 1419, día de su muerte bienaventurada.

Ya hemos visto que consagró á Angers y Anjou los principios del año 1418 (sistema moderno al que nos atendremos en lo sucesivo).—Llegó á Nantes el 8 de Febrero, deteniéndose sólo esta vez 10 días; de Nantes á Vannes por Savenay, Fegréac y Redon, del 19 al 23 de Febrero. A Redon dedicó 8 días; el 3 de Marzo estaba en Questembert, predicó en Theix el 4, é hizo su entrada en Vannes el 5. Limitémonos á esto en este capítulo.

La Turena y Anjou, jardines de Francia tal vez demasiado dichosos, no han conservado huella alguna del Apóstol taumaturgo.

La Turena estaba gobernada por príncipes de sangre real bajo el título de duques, y en 1417 era su gobernador Luis II de Anjou.

En Tours las más activas pesquisas no han dado resultado alguno; sólo una memoria local dice que en 1417 se abrió un canal destinado á hacer pasar el Loire junto á los muros de la ciudad, como defensa natural en caso de peligro, y tal vez la importancia de este trabajo hizo pasar desapercibido, á lo menos para los registros públicos, al célebre predicador.



Además, Benoit de la Grandiere declara en su historia manuscrita de la Municipalidad de Tours, que se perdieron los registros municipales de 1400 á 1422. Según M. Colón (el bibliotecario), la misma laguna ofrecen los archivos municipales de estos tiempos.

En Angers duró la predicación un mes entero.—«Durante este mes, dice el ingénuo historiador Guyard, hizo caer de la cabeza de las mujeres la cresta de su vanidad.»

El Apóstol encontró á su Orden establecida en Angers desde 1222, ocupando el convento los actuales edificios de la Gendarmería, en la plaza de la Catedral. Todo se ha transformado; pero debió predicar en el atrio de San Mauricio, ó mejor, como en Lyon al principio, en el extenso claustro que ocupaba una parte de la plaza de San Mauricio.

Ningún recuerdo queda en los archivos del obispado, ni de los Jacobinos, ni de la ciudad, ni se ha encontrado dato alguno en el *Tribunal de Cuentas* de los condes de Anjou, después de examinadas éstas detenidamente. El Anjou era entonces Ducado-Parria, siendo el titular Luis II de Anjou.

Sólo se sabe que en la iglesia del convento se hallaba la imagen de Vicente Ferrer y una de sus reliquias. Es patrón de la parroquia de Brissac á cuatro leguas de Angers, habiendo sustituido á otro patrón, lo cual prueba un gran movimiento de opinión.

Por el Loire se dirigió á Nantes, á donde llegó el martes de Carnaval, 8 de Febrero, saliendo á recibirle á la ribera el obispo Enrique el Barbudo, su clero y el pueblo.

La información canónica no es muy lisonjera para las costumbres de los pobres bretones en esta época, y son muy criminales los que retrotraen este pueblo creyente al triste estado de que los sacó el gran taumaturgo de la Edad Media. Los archivos locales dejan entrever los mismos desórdenes.

«En el mes de Octubre de 1416, dicen los Anales de Nantes (1416-1417), el Obispo Enrique el Barbudo celebró un sinodo en el cual, entre otros acuerdos que se tomaron, se fulminó sentencia de excomunión y multa de 10 libras contra los que se permitan hacer *le chélévali* (cencerrada) en són de burla de las mujeres que se casan en segundas nupcias. Esto no tenia importancia; pero otra de sus disposiciones prescribia «que se hiciesen buenas confesiones para resistir á los sortilegios y fascinaciones, muy frecuentes en la diócesis.»—El diablo hacia de las suyas.

Vicente Ferrer predicó esta vez sólo diez días en la plaza delante de la catedral; pero á reserva de volver. También aquí es digna de estudio la eficacia de este hombre: por dos veces ha sembrado la semilla divina en tres puntos del globo, el reino de Valencia, la Auvernia y la Bretaña, y en ninguna otra parte son tan tenaces como en ellos las raíces de la antigua fé.

Llevado Euclés David, feligrés de San Nicolás, en Nantes, de una atracción irresistible, siguió al Apóstol y trazó su último itinerario por Vannes, Tréguier, Saint Briec, Saint-Malo, Dol, Rennes, la Normandía, Avranches, Bayeux, Coutances, Caen; y luego nuevamente á Bretaña por Dol.

Estos itinerarios á vuelo de pájaro nada tienen de determinado; pero según las señales marcadas por otros testimonios, el Apóstol seguía con preferencia los caminos de las salinas, pues en estos parajes había y hay todavía marismas saladas muy importantes. Además, los caminos de Bretaña han sido inmortalizados por el numen de La Fontaine. ¡Pero qué! acostumbrado á los inverosímiles barrancos de España, iba el Apóstol montado tranquilamente en su viejo jumento delante de su comitiva por poéticas veredas en aquel país que ofrecía en aquella época todos los encantos y las producciones del Mediodía. Se trasladaba por la tarde de un pueblo á otro, orando y cantando, meditando al compás del susurro tímido todavía de los abejarucos y refrescando su frente con la brisa perfumada por las primeras violetas de Febrero.

Saliendo de Nantes el 19 de Febrero se dirige hacia Redón, sin que conozcamos en este trayecto otra etapa que la de Fégréac, pero por necesidad tuvo que detenerse en Lavenay el 19 de Febrero por la tarde. Para él detenerse equivalía á predicar. Los torneos de Lavenay eran célebres,⁸ y en esta ocasión fué tan numerosa la concurrencia como en los días de las grandes lides.

Reanimó tan completamente la savia cristiana en esta comarca, que desde entonces no han dejado de brotar vigorosos gérmenes, aunque no recordemos más que al B. Grignon de Montfort y Poutchateau. †

No debemos pasar sin saludar á esa pequeña población de Fégréac, que se ha conservado tan fiel, que no hace mucho aun pudo decir su cura con cierto orgullo al obispo de Nantes: «Aquí, Monseñor, jamás ha habido un traidor.» Y efectivamente, en los días más aciagos de la revolución, un sacerdote hijo del país (el abate Orain, muerto en olor de santidad) cuya cabeza había sido pregonada, pudo

ejercer su ministerio, protegido contra las más activas pesquisas, por la industriosa solicitud de los habitantes.

De Fégréac salen los hombres á centenares á la menor indicación, como en tiempo de San Vicente Ferrer, para trabajar en el famoso Calvario, célebre en toda la Bretaña.

Todavía cuenta Fégréac 1.800 personas que comulgan, según el cómputo de la *Fe bretona*, pero entonces formaba un solo pueblo con Rieux, asentado al otro lado del *Vilaine*, estando unidos por un puente, cuyos pilotes pueden aún verse en las bajas mareas. Rieux, importante estación galo-romana, comprendía también á Hentrioux, y el conjunto constituía la ciudad de *Durétium*. No lejos de allí, hácia el Norte, pasaba por las alturas, como siempre, la vía romana, atravesando el puente de los *Flandres*, *Pons Flamini*, dicen los anticuarios, por el que pasó César para ir á combatir á los vénetos y asolar á *Dariorigum* (Vannes).

En la Edad Media llegó á ser Rieux una plaza fuerte, cuyo castillo, situado en la ribera derecha del *Vilaine*, dominaba el puente y la ensenada en que se abrigaban los buques, porque entonces prosperaba el comercio. Este puente, que era la llave de la Bretaña, fué destruido por Francisco I para facilitar la navegación, y de este modo hizo la fortuna de Redon. A este propósito circula una leyenda de las que tanto abundan en este hermoso y honrado país.

Un pobre huérfano seguía un día transido de frío las márgenes del río, mientras las lavanderas golpeaban su ropa y movían su lengua y habiéndolas pedido por amor de Dios que le facilitaran un asilo en que pudiera abrigarse, se lo negaron con rudeza. Entonces se dirigió á Redon, dos leguas más allá, en donde le acogieron con mucha caridad, y este huérfano, que era el Salvador Jesús, prometió á Redon, en recompensa, que prosperaría á medida que decayera Rieux... Todo esto ocurrió mucho antes de San Vicente Ferrer.

Éste encontró en Rieux, además de un Priorato de Benedictinos, una Abadía de Trinitarios, á la que Ana de Rieux había dado *Capelle munita*, Juan I los edificios claustrales y se había aumentado además con las liberalidades de Juan II. Hoy día el castillo, el Priorato, la Abadía, todo está arruinado;—sólo la costumbre de poner á los niños al recibir el bautismo el nombre de Vicente recuerda al que les devolvió la fe.

Pedro Jolis, de Fégréac, refiere que Perrinet Perrault, completamente sordo hacia seis años, fué llevado á Vicente Ferrer que predicaba en esta parroquia y «el maestro Vicente le tocó las orejas

REDÓN



Vista general.

DINAN



Vista general.

diciendo una oración, y le hizo la señal de la cruz, recobrando en seguida el oído como no le había tenido jamás, lo cual fué considerado como milagro.» La esposa de dicho Perrinet confirmó el hecho.

Alrededor de un monasterio de Benedictinos fundado por San Convoion en el siglo IX bajo el nombre de San Salvador, se agruparon algunas casas, porque instintivamente los hombres buscaban abrigo donde tuvieran cerca la bendición de Dios en tiempo de paz, la seguridad en tiempos de trastornos y la caridad en tiempo de miseria. Poco á poco fué creciendo el pueblo, llegando á ser la ciudad que se llama Redon, y esta es la historia de las dos terceras partes de las poblaciones francesas. En ella predicó Vicente Ferrer durante ocho días; en cuanto al monasterio, se ha convertido en el colegio de las Euclistas.

Habiendo faltado á sus deberes uno de aquellos á quienes Dios había confiado el porvenir eterno de los demás, Vicente Ferrer se mostró severo, y el pobre monje se afectó tanto que no hacía más que llorar y quiso seguir al Apóstol, temiendo su debilidad, pero su superior no lo consintió.—Esta es, en términos generales, la traducción de la siguiente declaración jurídica:

«El R. Padre Ives (el Senescal), Abad de San Salvador de Redon, Orden de San Benito, declara que el maestro Vicente estuvo en Redon durante ocho días en dos veces, obrando como en todas partes muchas conversiones, entre otras la de uno de sus subordinados (del Abad de San Salvador) llamado Pedro Boutouiller, el cual llevaba antes una vida desordenada, observando desde entonces la conducta más ejemplar, y hasta quiso renunciar al cargo que desempeñaba para seguir al maestro Vicente, pero el Abad se opuso.»

De Redon á Vannes. Hay cuatro testigos que han oído al maestro Vicente predicar en Questelbertz (Questembert).

Profunda debió ser la impresión que produjera, porque uno de ellos, herido más tarde por una desgracia de familia, se acordó del predicador sin par y refiere largamente la conversación que tuvo con su mujer á propósito de los milagros del Santo y la súplica ferviente que le dirigió en favor de su hijo mudo, la cual naturalmente fué atendida.

En efecto, fué tan profunda aquella impresión, que Ives, Abad de Lanvaux, se acordaba treinta años después del texto del sermón: *Aqua quam dedero vobis, si quis biberit ex ea, non sitiet amplius.* Sólo predicó una vez.

El sitio donde predicó en Questembert debió ser la Cruz del cementerio actual que data, según dicen, de los Normandos, y se eleva sobre una altura muy cerca de una bonita capilla dedicada á San Miguel, ó bien delante de la Iglesia, en la plaza del Mercado, que fué también cementerio en otro tiempo. En la iglesia parroquial está representado en la vidriera de la izquierda y hay además en el altar á la derecha una imagen suya, encontrándose ésta también en las dos capillas auxiliares de la parroquia, Bréardec y San Doué, y, lo que es más extraño, es titular de esta última.

En Theix, pueblo importante á ocho kilómetros de Vannes, en el camino de Nantes, se había levantado el tablado para la predicación y el altar, claramente designados por los testigos: «*in quodam habitaculo alto*» sobre un montículo situado á la izquierda del camino viniendo de Vannes; cuyo montículo, sembrado de rocas desiguales, domina por todos lados pendientes suaves, siendo el sitio más á propósito para que pueda colocarse un numeroso auditorio. El Apóstol predicó allí el viernes 4 de Marzo, día no feriado; de donde se sigue que en los pueblos y aunque no fuera día festivo la concurrencia era también extraordinaria y requería esos preparativos exteriores.

El día siguiente hizo su entrada en Vannes.





CAPÍTULO IX

VANNES

Cambio visible.—Un hombre de fé.—«Colligite fragmenta».—Milagros al paso.—La habitación del Santo.—Muzillac.—Prières: la piedra de los lenguados.—La endemoniada de Guérande.—Abelardo.—Rennes: el mediador.—El Guerno y los púlpitos al aire libre.

(1418).

QU el maestro Vicente entró en Vannes el sábado antes del domingo de *Laetare* (6 de Marzo) del año 1418, saliendo á recibirle hasta la capilla de San Lorenzo, que dista media legua, el obispo Monseñor Amaury, el Cabildo, el clero, la nobleza y el pueblo, los cuales le dispusieron una recepción magnífica. Él iba montado en un pequeño jumento, y así llegó á la casa de Robin-le-Scarb, en donde se hospedó.» (*Declaración de Ives le Gluidic*, arcipreste de la iglesia de Vannes).

La capilla de San Lorenzo está á tres kilómetros de Vannes; es gótica, bastante sencilla y moderna, edificada según el plan y en el mismo lugar que la antigua, sin que recuerde nada en ella á Vicente Ferrer. A diez pasos de la capilla, hay sobre un talud del monte, un precioso Calvario algo mutilado, digno de verse, y al lado opuesto del camino, un poco más lejos, una cruz de granito de una sola pieza, alta, sólida, gastada, desafiando al tiempo, sin adorno, ni inscripción alguna, que tal vez pudiera marcar el sitio en que se avistaron con él.

Muchos testigos hablan de esta entrada en Vannes, lo cual prueba que impresionó á todo el mundo. Efectivamente, tuvo dos

aspectos muy diferentes, que contrastaban á la vista: á algunas millas de la ciudad toda la pompa de una recepción solemne, el duque Juan, la duquesa, hija del rey de Francia, su acompañamiento, el obispo, los magistrados, el pueblo; pero al aproximarse á sus puertas se desplegaba en dos líneas todo lo que ofrece la miseria humana de enfermedades, achaques, degradaciones físicas y morales. Preciso es haber asistido en Bretaña á algunas peregrinaciones de Santa Ana d' Auray, por ejemplo, para poder formarse idea de esta colección de lisiados, de mancos, de leprosos, de cancerosos, de ciegos, de baldados, de mendigos de todas clases, ostentando sus rojos muñones, sus horribles llagas cubiertas con trapos llenos de pus.

Se concibe que el entusiasmo tomara grandes proporciones al ver todo este pueblo andrajoso enderezarse al recibir la bendición del Santo, arrojar sus muletas, dejar en las zanjas sus carretones, esos mil trofeos de la miseria, encontrándose de repente alegres y sanos, levantando al cielo sus brazos libres y sus ojos serenos, y emprender luego la marcha con esos movimientos propios de miembros por mucho tiempo entumecidos, cantando ú orando en voz alta, formando á la cabeza del cortejo.

«Cuando el maestro Vicente hizo su primera entrada en Vannes, vi delante de la casa de Pedro Bourdin un gran número de enfermos que imploraban al Santo que les curase sus dolencias, y yo mismo me acerqué como los demás y me retiré curado.» (Declaración de Rival Madec).

Esta entrada de Vicente Ferrer en Vannes con su séquito de infelices, que por la bendición de este hombre recobran la alegría de vivir, la tengo por completamente verídica; sin embargo, quiero apoyar en otros argumentos esta certeza emanada, no tanto de los documentos, como de la identificación de la inteligencia con el asunto. El historiador Téoli experimentó también este sentimiento al escribir lo que sigue: «Después de franquear la puerta de la ciudad se presentó á sus ojos un espectáculo infinitamente más grato á su corazón que el primero, y fué un número infinito de pobres, infelices, ciegos, tullidos y mendigos de todas clases, colocados todos en dos filas, que juntando las manos imploraban su bendición. El santo anciano, todo compasión y caridad, les bendijo con toda voluntad, devolviéndoles en un instante la apetecida salud.» (Téoli, *Vida de San Vicente Ferrer*, pág. 186).

Un infeliz privado de todo movimiento, no pudo contenerse á la vista de tantos dichosos y elevó su voz, centuplicada por su ardiente

fé, dominando los rumores de la multitud y las aclamaciones de entusiasmo.

«Había entre los enfermos un hombre llamado Juan Leben que hacía diez y ocho años que estaba paralizado, y viendo que los demás se volvían curados y que él no podía acercarse al maestro Vicente, se puso á gritar con todas sus fuerzas: «¡Oh servidor y amigo de Dios! ¡dignaos escucharme!» repitiendo sin cesar: «¡Tened compasión de mí, gran servidor de Dios!» en términos que el maestro Vicente, movido á compasión, se acercó á él y le dijo: «No tengo oro, ni plata, pero te daré lo que Dios me ha dado. En nombre de Jesucristo, levántate y vuelve á tu casa», é impuso sobre él las manos, como tenía por costumbre. En seguida se levantó curado el tullido y el Santo exclamó con los ojos llenos de lágrimas: «Toda gloria y todo honor á Vos, Señor, y á vuestro Santo Nombre!» Entre tanto, aquel en quien se había obrado el milagro apenas podía abrirse paso entre la multitud entusiasmada, y cantaba, dice Razzano, *cum aliis omnibus ad eundem concurrentibus*.

Esta curación del paralizado está representada en un cuadro que se ve en la catedral de Vannes.

El día siguiente predicó el Apóstol en la plaza de los Torneos, delante del castillo del Armiño, en presencia de toda la Corte ducal, siendo el texto de su sermón: «Recoged los pedazos, para que no se pierdan». Iba allí á morir. ¡Qué maravilloso cesto era este, de cuyo contenido habían disfrutado ya todos los pueblos! ¡Si tales eran los restos, podemos imaginarnos lo que habría sido el festín; si tales las espigas destinadas al espigador, lo que habría sido la cosecha! Y no por eso cesarán los prodigios.

«El maestro Vicente predicó en la misma plaza todos los días desde el IV.º domingo de Cuaresma hasta el martes de Pascua, y lo mismo que en todas partes, curaba despues del sermón á todos los enfermos que se presentaban.»

«Olivia, esposa de Alaño Aufredic, atacada de una parálisis parcial, fué á buscar al maestro Vicente despues de un sermón y éste la recibió con afabilidad, la tocó en la cabeza y en el brazo é hizo sobre ella la señal de la Cruz, diciendo: «En nombre de Jesús» y al llegar á su casa se vió libre de todo dolor, continuando así los diez años que vivió todavía.»

Había algunos enfermos llevados de larga distancia y si se había calculado mal el tiempo ó los accidentes del viaje, había que ir á buscar al Santo en su domicilio; pero él no se impacientaba y aque-

llas pobres gentes eran recibidas desde luego.—Juan, colono de Calmont, que habia recibido una herida grave en la guerra, fué á buscar al maestro Vicente á casa de Robin el Scarb. Avisado por uno de sus compañeros, bajó el Santo al patio, tocó la herida mirando al cielo, recitó una oración é hizo la señal de la cruz y desde este momento ya no sintió el herido dolor alguno. Él ha visto, añade, en ese mismo patio á gran número de enfermos que recurrían al maestro Vicente y se volvían curados y alegres: *Letos et curatos recedentes*.

«Hacia tres años que mi madre sufría atroces dolores en la cabeza, cuando fué á ver al maestro Vicente en la casa que habitaba en Vannes, suplicándole que la librara de aquel tormento: hizola él la señal de la Cruz en la cabeza, invocando el nombre de Jesús, y desde entonces no volvió á tener dolor alguno.» Así se expresa Miguel Macéot.

Desde la habitación que ocupaba Vicente Ferrer en casa de Robin el Scarb podia ir por un pasillo entre dos casas inmediatas al estrado en que habia de predicar y cantar la misa, distante pocos pasos, al extremo de la plaza de los Torneos.

Todavía se ve dicha casa en la calle de los Plateros, habiendo sido convertido en capilla el cuarto que ocupaba el Santo, verdadera celda de monje; pero se experimenta un sentimiento de pena á la vista de estos sitios tan llenos de recuerdos, pues se nota en ellos mucho desaseo, la escalera es estrecha y peligrosa, y la pobre celda apenas recibe luz. Hay allí algo que hacer para gloria de San Vicente Ferrer.

La plaza de los Torneos está poco más ó menos lo mismo: es una especie de calle ancha en pendiente, irregular, pero que ofrece un teatro espacioso y cómodo para hablar al aire libre, en el que las almenas y azoteas del castillo se cubrían de oyentes. Del castillo del Armiño no queda más que la torre del Condestable (de Clisson), hoy museo arqueológico.

Después de pasar en Vannes veinticuatro días, se puso el Santo en camino para evangelizar el resto de la Bretaña el martes de Pascua de este año 1418. La esperanza de poner término á la guerra de cien años, que tan desastrosa fué para Francia, le llevó hasta Normandía, centro de las operaciones del rey de Inglaterra. Sólo le quedaba un año de vida.

Su comitiva le seguía siempre y en ella, además de los maestros en teología, bachilleres y otras personas notables que indican los

testigos, vemos figurar nombres que parecen sacados del libro de oro de las cruzadas: Enrique del Val, Denoual de Chef de Bois, Josso du Plessis de Rosmadec, todos jóvenes, de esos que la Bretaña ha prodigado por largo tiempo, siempre dispuestos á defender la causa de Dios.

Por su parte los sacerdotes secundaban con emulación el celo del Apóstol, en especial uno que llamaba particularmente la atención por su extraordinaria y humilde devoción. «El maestro Vicente llevaba consigo un joven sacerdote secular que mientras él predicaba reunía á los niños y les enseñaba el *Pater*, el *Ave*, el *Credo* y la señal de la Cruz, del cual se decía que habiendo hecho un pacto con el demonio, le libró de él el maestro Vicente.»

Ya conocemos á esta alma agradecida á la que se debe una de las primeras biografías del gran taumaturgo. La Bretaña es el único país de lengua extranjera en que penetrara el Apóstol como en su casa; allí estaba su testamento; no se pondría en duda la extensión del milagro; indudablemente el sacerdote que enseñaba á los niños durante la Misa tenía el dón de lenguas.

La primera etapa fué Theix por segunda vez, el 29 Marzo, á donde le había seguido Oliverio le Bourdiac, entonces joven, que más tarde fué rector de Limerzel, el cual, asombrado de oírle predicar el mismo día de su salida de Vannes, preguntó si era esa su costumbre, á la que le contestaron que así venía haciéndolo por espacio de veinte años.

Según la tradición, en esta segunda estancia en Theix debió levantarse el *habitaculum altum* en el cerrillo del *Moustoir*: este nombre de *Moustoir* (*moustier, moutier, mouastère*), indica un establecimiento religioso que ha desaparecido. Hay en Theix una capilla gótica del siglo XIII dedicada, como la sinagoga de Toledo, á N. S. la Blanca, que ha visto á Vicente Ferrer.

De Theix á Muzillac, 30 de Marzo.—Muzillac, pueblo de importancia, le ofrecía un sitio muy á propósito para la predicación delante del pórtico de la Iglesia que da al cementerio en declive, cuya pendiente se prolonga en los campos inmediatos. Muzillac se ha visto libre de toda epidemia después del paso del Apóstol, mientras los pueblos próximos eran víctimas de varias plagas. Tiene su imagen en la iglesia, de la cual es el segundo patrón; se hace, como en Vannes, una procesión en el día aniversario de la traslación de sus reliquias; se ha dado su nombre á una aldea y en Mariac le han dedicado una capilla.

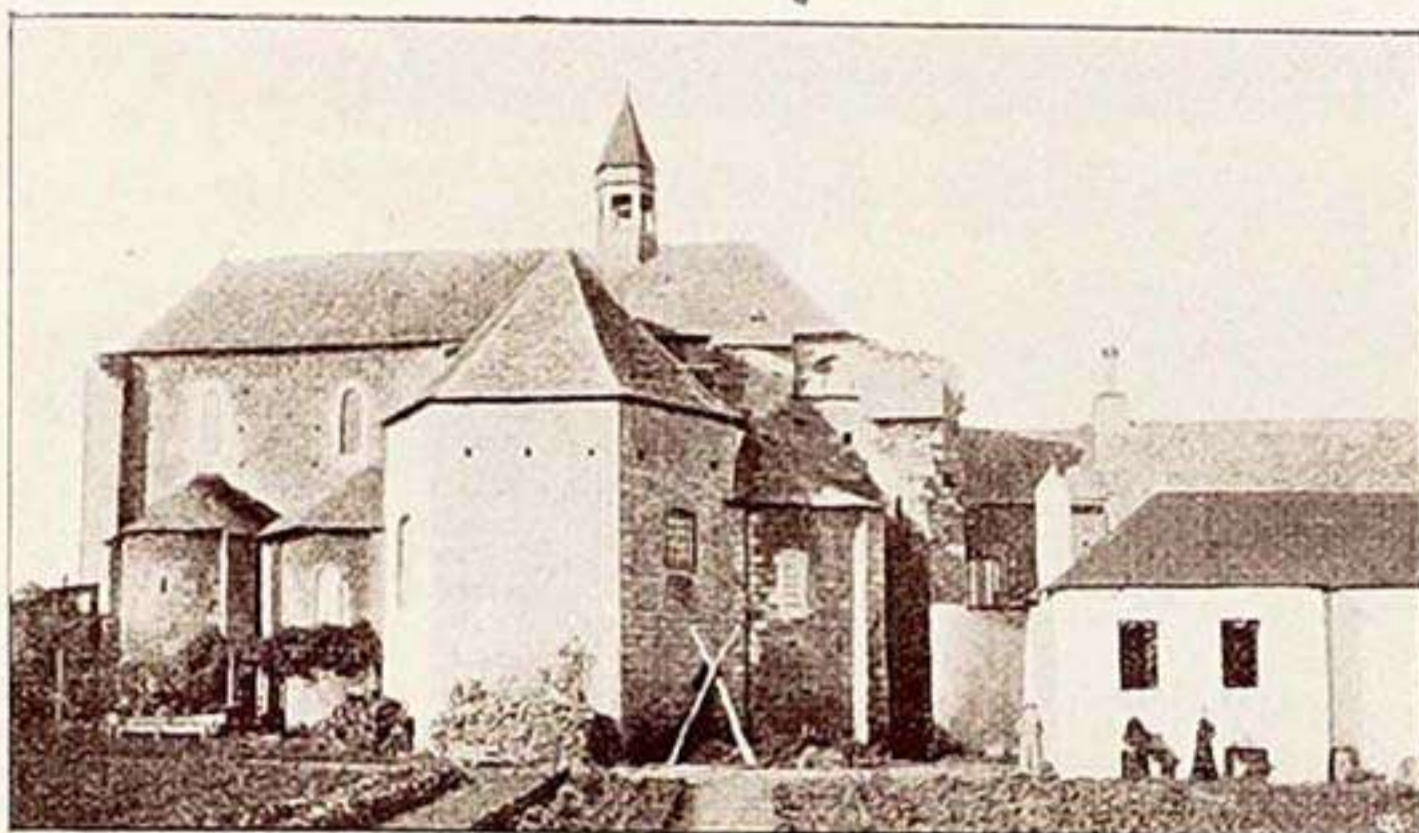
No lejos de allí se elevaba la capilla de Guerno, célebre por sus *Peregrinaciones* á la verdadera Cruz, en la que ningún testigo dice que predicara Vicente Ferrer; pero el curioso púlpito exterior debe su origen á sus predicaciones al aire libre que han sido imitadas después por otros y que motivaron especiales construcciones muy elegantes de las que volveremos á hablar.

«La iglesia de Guerno, dice M. René Kerviller (*Púlpitos exteriores en Bretaña*) dependía de la encomienda del Temple de Carentoir y fué reconstruida hacia el año 1570, en pleno renacimiento. El púlpito exterior se halla situado en la pared desnuda, próximamente en el medio de una de sus fachadas y se destaca de un modo muy pronunciado, teniendo la base en forma de nido de golondrina y el tornavoz en forma cónica estilo del renacimiento.

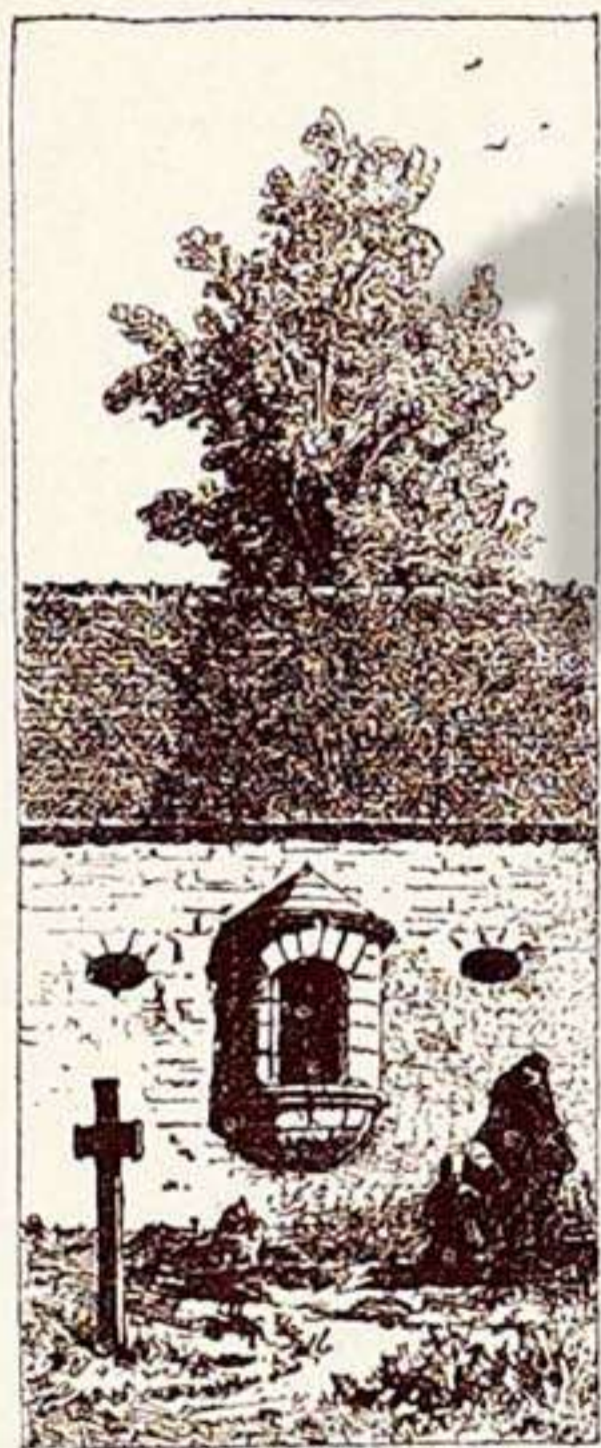
»Cerca de este púlpito hay una pequeña pila de agua bendita empujada en el muro, al pié del cual corre un banco de piedra dividido en asientos separados en su extremo Este.—¿Para qué este púlpito en esta aldea perdida en medio de los eriales del país de Muzillac?— Es que la capilla de Guerno poseía un trozo de la verdadera Cruz y una bula que la concedía muchas indulgencias, y á ella iban á predicar religiosos de Vannes y de Rennes en la Cuaresma, siendo tan considerable la afluencia de gente el día de Viernes Santo, que jamás cabía en la iglesia y por eso se predicaba la Pasión en el cementerio.»

Vicente Ferrer es patrón de la parroquia y su fiesta se celebra con gran solemnidad el primer domingo de Septiembre, como en Vannes.

El 31 por la tarde llegó el Apóstol á Prières, distante 4 kilómetros de Muzillac, abadía cisterciense fundada por el duque Juan I, que yace allí enterrado, lo mismo que Juan III. En un principio se alzaba solitaria á orillas del mar, pero poco á poco fué atrayendo á los marinos de Nantes, para los cuales hicieron construir los monjes habitaciones confortables y barcos de pesca, pagadero todo por medio de *diezmos*, es decir, la décima parte del pescado que cogieran. Todavía se ve la «piedra de los Lenguados», enorme piedra plana con groseros dibujos en bajo relieve que figuran peces más ó menos perfectos. Esta colonia nantesa, compuesta únicamente de marinos, como en otro tiempo, constituye hoy el pueblo de Billiers, de unas mil almas, los cuales, valientes y habiéndose conservado tal como eran, no hablan muy mal de los monjes, sus fundadores. La abadía era espléndida; el cercado anexo magnífico, admirándose en él los corpulentos árboles, raros y que tan buen efecto producen al lado del mar. La grandiosa iglesia se había terminado apenas cuando estalló la re-



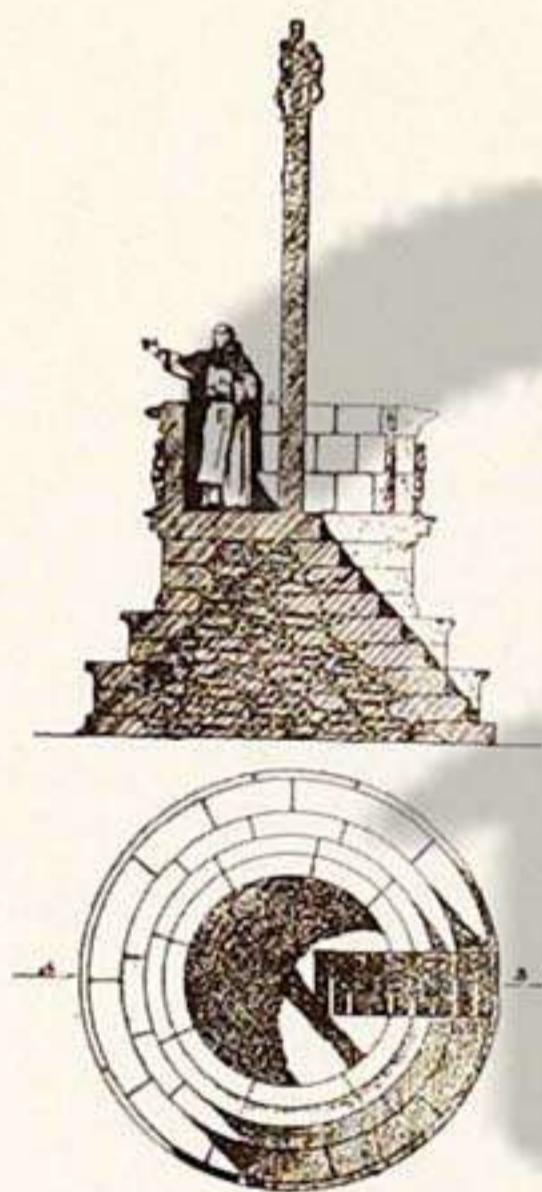
Capilla de San Martín en Josselin.



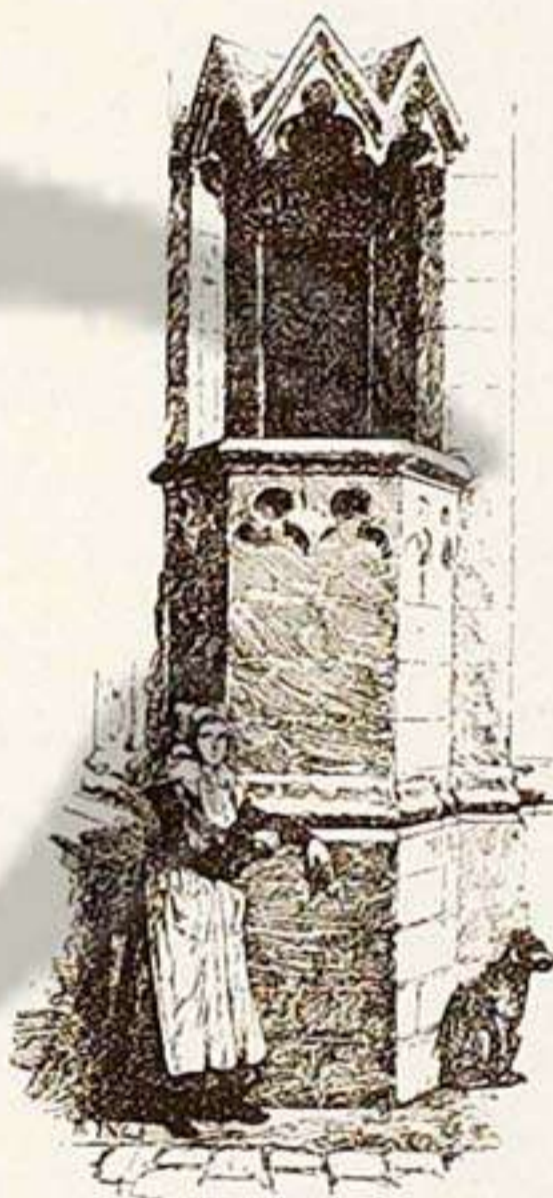
Pulpito de Guerno.



Pulpito de Vitré en su actual estado.



Púlpito de Pleubian
(plano y corte).



Púlpito exterior de Guerande.

Tomados de los púlpitos exteriores de Bretaña por M. René Kerviler.



volución y los actuales pescadores la han demolido, exceptuando una ala que les sirve de capilla particular, y en cuanto al monasterio sólo se conserva la torre, de la que los marinos han hecho *un Amer*, y las dependencias.

El Apóstol se dirigió hácia Guérande por una zona de marismas, cuyos puntos principales son La Roche Bernard y Pont d'Armes, del 2 al 8 de Abril; pero á pesar de la importancia relativa de estos interesantes pueblos, apenas se conservan otros recuerdos que algunas vidrieras y el culto oficial: sólo en Pont d'Armes hay algunos informes restos de capilla embebidos en la habitación de un herrero; y nada más.

Algo más tiempo se detuvo el Apóstol en Guérande, hermosa, aunque pequeña, ciudad, bien conservada, con sus murallas, sus torres y sus almenas góticas.

«Hallándose el maestro Vicente en la comarca de Guerande, llevaron una endemoniada á la capilla de San Gildas del Bosque fuertemente atada en un carro, y al pasar el convoy por el sitio en que predicaba el Santo, preguntó éste qué enfermedad tenia aquella muger, hizo detener el carro y pidió que esperaran á que terminase el sermón. Concluido éste, se aproximó á la endemoniada, la signó, y quedó en seguida curada, volviendo alegre á su pueblo y dando gracias á Dios y al maestro Vicente.»

En la antigua colegiata de Saint-Aubin, hoy iglesia parroquial de Guérande, hay un púlpito exterior que lleva el nombre de San Vicente Ferrer. Es muy posible que predicara en él, pero hay que suponer que construido tal vez en la época de San Ives, el cual también evangelizó al aire libre á su querido pueblo bretón, se le incrustó después por respeto en la nueva edificación, pues la fachada actual de la iglesia no se remonta más allá del siglo XVI.

M. René Kerviller habla de él en los siguientes términos: «El púlpito está abierto en el grueso del pilar derecho de la puerta principal, al lado de la escalera de caracol por la que se sube al campanario, de modo que se llega á él por un pequeño ramal abierto en esta escalera por el interior de la iglesia. El tornavoz lo constituye una sola piedra en forma de dosel sin cimballo piramidal, y el conjunto ofrece un carácter general de solidez en armonía con los gruesos pilares del pórtico, pudiendo desafiar á los vientos y tempestades.»

Aun se encuentran en Bretaña muchos de estos púlpitos exteriores y también Calvarios contruidos de granito, cuya plataforma

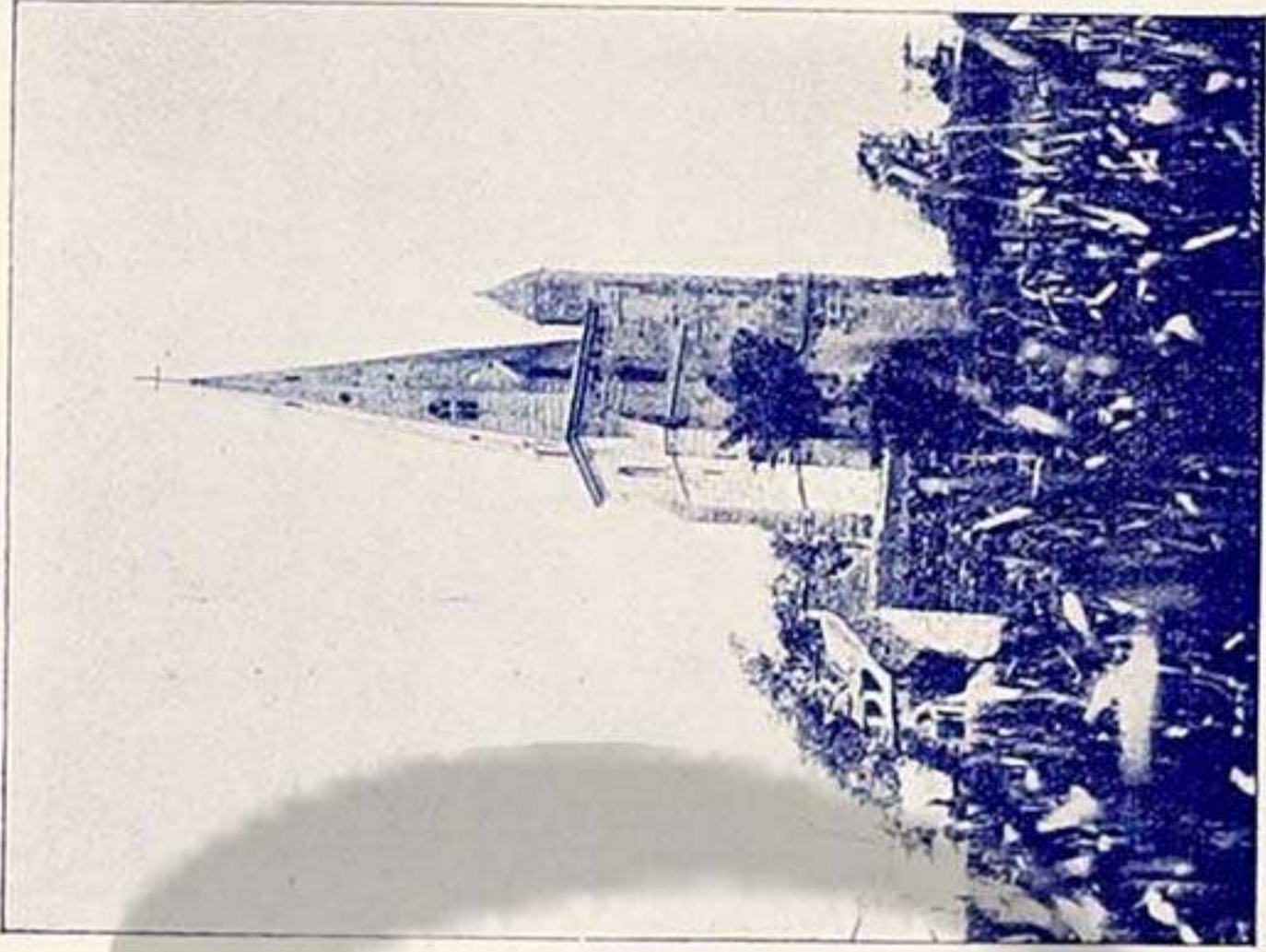
estaba hecha de manera que sirviera de púlpito, la mayor parte de los cuales se edificaron después de la época de Vicente Ferrer en recuerdo suyo y pensando en los apóstoles del porvenir, siendo uno de los más hermosos el de Vitré.

«Yo no dudo, dice también M. René Kerviller, que el éxito extraordinario de las predicaciones de San Vicente Ferrer en Bretaña haya sido el que sugiriera la idea de la construcción de estos púlpitos exteriores, siendo testimonios magníficos de ello los grandes calvarios con figuras erigidos después de estas misiones, algunos de los cuales, entre ellos el de Pont-Chateau, sirven muchas veces en nuestros días de estrados levantados para los sembradores de la divina palabra cuando tienen lugar peregrinaciones numerosas.

»Los tres púlpitos de los calvarios de *Runan*, de *Pleubian* y de *Plougrescant* en las Costas-del-Norte, el de *Plounasgou* en el Finisterre y los de *Kerinec* y de *Treminou* en el antiguo obispado de Quimper, cerca del litoral Sur de Bretaña, son pequeños edificios muy originales que considero únicos en su género. Sobre todo el de Runan tiene para nosotros un interés especial, porque el pequeño pueblo de este nombre posee una capilla de San Vicente Ferrer, célebre por su romería que tiene lugar ocho días después de Pascua, capilla que no ha podido edificarse más que en conmemoración del paso apostólico del santo monje.

»Además, la iglesia parroquial, que en otro tiempo llevaba el nombre de Nuestra Señora de Plouec, contiene una piedra sepulcral sobre la cual están esculpidos los bustos de Juan V y de su mujer Juana de Francia, hija del rey Carlos VI, á los que hemos visto asistir en Vannes á los sermones de San Vicente. Juan V tenía gran devoción á Nuestra Señora de Plouec y en 1414 estableció una feria cuyos productos debían consagrarse por completo á la conservación y embellecimiento de la capilla de Nuestra Señora, y con el mismo objeto establecieron otras dos ferias sus sucesores Juan VI en 1421 y Pedro II en 1430, siendo así como se explica que á fines del siglo XVI se reconstruyera la iglesia con gran lujo, añadiéndole el calvario y el púlpito en memoria del Apóstol venerado por el buen Duque.»

De Guérande remontó á Rennes, siguiendo probablemente las vías romanas que dejan á la izquierda á Redon y el Vilaine, encontrándose el 14 de Abril en Saint-Gildas-du-Bois y el 20 en Rennes. En Saint-Gildas hallaba el recuerdo, muy amortiguado sin duda, de un antiguo apostolado más conocido por su abadía de Rhuy á la



Cruz Nickel.



Antigua iglesia de S. Aubin en Rennes.

que tan triste fama había dado Abelardo. Seis días dedicó á evangelizar estos pueblos del interior, de los que la tradición sólo cita los nombres de Pléllan y Mordelles.

«Siempre ocupado en su papel de mediador, dicen MM. Ducret, Villeneuve y Maillet en la *Historia de Rennes*, fué secundado Juan V en su benéfica mision por una de las mayores celebridades del siglo, el Dominicó Vicente Ferrer, que llenó con sus predicaciones todo el Occidente y vino á terminar en Bretaña su carrera apostólica. El día en que vino á traer á Rennes el fruto de su palabra evangélica salieron á recibirle fuera de la ciudad el obispo Anselmo Chantemerle seguido de todo el clero, de la nobleza, de los magistrados y del pueblo, con la pompa reservada á los príncipes, ofreciéndole hospitalidad en el palacio episcopal; pero Vicente Ferrer rehusó humildemente y pidió un asilo al convento de la Baena-Nueva.

»Durante los tres días que estuvo el Santo en Rennes predicó en la plaza de Santa Ana, rodeado de una multitud atenta que no hubiera cabido en las iglesias, y todas las casas que empezaban á edificarse en este sitio abrieron sus ventanas á los impacientes oyentes, los cuales invadieron hasta los tejados. La palabra del santo predicador llegaba sin esfuerzo á los oídos de todos y á todos los corazones, siendo un gran bien, el único posible entonces, que esta voz pura y vibrante viniese á recordar los principios de la moral eterna en unos tiempos de desorden.»

«El convento de los Jacobinos de Rennes fué fundado por Juan de Monfort. Viendo este príncipe desordenado su ejército en la batalla de Auray, hizo voto de fundar una iglesia y un monasterio en Rennes en honor de Nuestra Señora, y habiéndose rehecho sus tropas y dado muerte á Carlos de Blois, se presentó un heraldo diciéndole: «Señor, os traigo una buena nueva, sois duque de Bretaña.» En el mismo instante confirmó el vencedor su voto y declaró que la iglesia que mandaría edificar estaría dedicada á la Santa Virgen, bajo la advocacion de *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, lo cual ratificó ante los Estados reunidos en Rennes en 1366, y á instancias del obispo de Nantes y Tréguier, que había pertenecido á la Orden de Santo Domingo, quiso que esta iglesia fuese servida por Jacobinos. El convento sirve hoy de almacén de provisiones y suministros militares para un cuerpo de ejército, no quedando más que algunos arcos del claustro, y está situado al lado de la iglesia actual de Saint-Aubin.» (Marteville, *Historia de Rennes*, p. 120).

«El rey de Inglaterra, que habia desembarcado en Normandía, quiso oír esta voz tan poderosa emitida por un cuerpo débil y envió un embajador al Dominico, no titubeando este en acudir al llamamiento del rey, con la esperanza de ser tal vez el instrumento de la paz.»—«Un día supimos, dice el testigo Oliverio Rauxel de Bréhan Lundéac, que un heraldo del rey de Inglaterra habia venido á buscarle y llevarle á la corte. Este heraldo hacia subir á 30.000 personas el número de las que asistian en Rennes á los sermones del maestro Vicente, y aun le siguió una gran multitud cuando fue á donde estaba el rey de Inglaterra para oír una vez más sus predicaciones.»

Este testigo no habla solo por referencia: «Yo he oído, dice, al maestro Vicente en Rennes el 20 de Abril 1418 en la plaza Saint-Aubin (*alias* Santa Ana) entre el convento de Hermanos Predicadores y los muros de la ciudad. Entonces era yo joven y no iba á los sermones mas que para ver la gente (*sic*), pero cuando fui me impresionaron mucho y no me cansaba el oírlos.»

En una cuenta muy bien ordenada hallamos que «el Dean, maestro Jaime de la Mandeaye, fué por orden de los Sres. del Cabildo á ofrecer el pan y el vino al maestro Vicente Ferrer que habia complacido mucho al pueblo de Rennes con sus sermones.»

El pan y el vino ofrecidos diariamente por orden de los Señores Canónigos al Santo predicador constituía lo que se llamaba los honores del Cabildo, y era una costumbre que se seguía con todas las personas importantes que iban á Rennes por primera vez, consistiendo dicha ofrenda por lo común en dos *estamaulx* de vino (el *estamal* ó *estamaire* era una vasija con tapadera), equivaliendo cada uno en capacidad á litro y medio, y dos docenas (ó 24 libras) de pan capitular.

Sumando los gastos del Cabildo anotados por el Deán Mandeaye con motivo del doble paso por Rennes de San Vicente Ferrer, se ve que ascienden en los cinco días indicados á cinco libras 1 sueldo y 10 dineros, las cuales, comparando el valor respectivo de la moneda, representarían hoy, según el cálculo de M. C. Leber, Frs. 112, 02.

Según esta cuenta del Cabildo, el Apóstol estuvo en Rennes precisamente los días 20, 21 y 22 de Abril y luego viene una interrupción hasta el 2 de Mayo.

A pesar del «caballo» que en ella se menciona para dicho maestro Vicente, ¿fué de un tirón á Caén, en donde se hallaba el rey de Inglaterra, volviendo inmediatamente después?—Esto parece difícil: sin

duda no estuvo en Caén más que tres días, pero evangelizó la Normandía.

Es más probable que anduvieran por los alrededores de Rennes. Flotan en el aire diversos nombres sin más fundamento de crédito que la tradición: Vitré, Fougères, Bazouges, Antrain; pero por el lado opuesto hácia Saint-Briéuc son más positivas las noticias. Según el testigo Oliverio Nouvel, predicó en Aubigné, no lejos de Rennes; y curó milagrosamente á un niño, el cual algunos años más tarde se vió atacado de una enfermedad extraña que destruía su nataraleza, pero se acordó de Vicente Ferrer que le curó de nuevo.

En su *Catálogo del Arzobispado de Rennes* (Tom. IV, p. 277) dice M. Guillotín de Corsin que hay varios recuerdos relacionados con el antiguo San Juan de Montfort, especialmente la predicación de San Vicente Ferrer.

No tenemos datos precisos de su permanencia en Normandía, sabiendo sólo que estuvo en Dinan en Junio y en Saint-Briéuc en Julio: hay, pues, margen para hacer conjeturas, y la más probable es que después de pasar otros dos días en Rennes, se trasladó á Caén, evangelizó la Normandía, y volvió á entrar en Bretaña por Dol, Miniac y Saint Malo.







CAPÍTULO X

ENTRE LOS INGLESES

El poder de Satán.—Una enfermedad extraña.—Un mandato de Dios.—Caso particular de la influencia de los espíritus.—La cruz de Saint Ló.—Notas diplomáticas y arrogantes.—Tregua y resurrección.

(1418)

CERCA de Saint Ló se presentó al Santo un desgraciado atacado de un mal muy extraño y misterioso, y dijo que lo llevaran á Caén. Acababa de predicar en Caén con grande admiración de todos, y especialmente del rey Enrique y de su corte, sobre todo á causa del don de lenguas, cuando llegaron los padres del pobre enfermo, y de esta realidad viviente y asombrosa tomó ocasión para pintar el poder de Satán sobre la humanidad; después de lo cual, cosa rara y que recordaba á *Jesús estremeciéndose*, se arrugó su frente é intimó al enemigo del género humano, en nombre del Todopoderoso, que dejara libre el cuerpo de aquella criatura.

Pero vale más que dejemos la palabra á los testigos.

«El maestro Vicente se dirigió á Caén, en Normandía, en donde predicó tres veces ante el rey de Inglaterra, los grandes de la corte y una multitud considerable de diferentes paises, que le comprendieron perfectamente, como si hubiese hablado en el idioma de cada uno de ellos.

»Habia en Saint-Gilles, cerca de Saint Ló, diócesis de Coutances, un niño de diez ú once años llamado Guillermo de Villiers, el cual estaba mudo y en dos años y medio no habia comido, ni bebido, y

cuyos padres, oyendo hablar de la santidad del maestro Vicente que predicaba entonces en Caén, diócesis de Bayeux, en donde se hallaba el rey de Inglaterra, condugeron allí al niño en un carro, rogando al Santo que pidiera á Dios su curacion ó su muerte. El Santo hizo poner en oracion á la concurrencia, que era numerosa, y el niño habló, bebió, comió y se encontró completamente curado. *Et totaliter sanatus inde recessit.*»

Juan de Villiers, hermano del sanado por milagro, refiere á su vez este prodigio, que debia herir la imaginación de los ingleses.

«Mi hermano Guillermo tenia un tumor en el ano que le sajó un barbero y desde entonces estuvo tres meses en cama, sin hablar, ni tomar alimento alguno, ni hacer otra deyeccion que la sangre que le salia por las narices cuando le contrariaban, estando, además, por completo insensible físicamente. Muchas veces en mi presencia se le golpeó con una vara hasta hacerle sangre y ni lloraba, ni daba señal alguna de dolor; y sin embargo, seguia creciendo, sin adelgazar gran cosa y entendia todo lo que se hablaba á su lado.

»El Santo, despues que terminó el sermón y á presencia de una gran multitud, hizo sobre el niño la señal de la Cruz, diciendo: «Que la bendicion de Dios, Padre, Hijo y Espiritu Santo descienda sobre tí y te acompañe siempre.» Luego le preguntó: «¿Qué sientes, hijo mio?—Padre, un mandato de Dios que se está cumpliendo en este instante.» Y en seguida, á la vista de todos, empezó á comer, á beber, en una palabra, recobró la salud que ya no perdió jamás. «.....*Et illico infans coepit edere et bibere, nec de post ipsam sentiit infirmitatem.....*»

Finalmente, Gilles Lescarne, hospedado en Saint-Gilles en casa del curado (tenia cuarenta y ocho años), le preguntó acerca de estos hechos, de los que aun se hablaba en aquella época, y he aquí la respuesta que obtuvo:

«Yo me hallaba en aquel estado desde que tenia siete años, y habiendo venido el maestro Vicente á predicar en Normandía, me presentaron á él, desde luego, en Saint-Ló, pero no quiso hacer nada en mi obsequio, mandando que me llevaran á Caén, en donde estaba el rey de Inglaterra con todo su séquito, como así lo hicieron mis padres. Allí en presencia del rey, de los grandes y de todo el pueblo me hizo el maestro Vicente la señal de la Cruz, despues de lo cual recobré incontinenti todas las funciones normales de la vida y poco despues me sentí completamente curado. A mi modo de ver, yo tenia en mi cuerpo los espíritus malignos, que salieron de él con violencia en virtud del mandato del maestro Vicente.»

El Santo afirmó que durante aquel tiempo un espíritu benéfico había conservado las fuerzas del niño, permitiéndole desarrollarse; demostración sensible de la influencia simultánea que ejercen en nosotros los ángeles buenos y los malos.

El testigo citado más arriba, Juan Ruault, tuvo la curiosidad de ir á Saint-Gilles á ver el niño curado, y de este viaje trajo la noticia de que Vicente Ferrer multiplicaba los milagros por todas partes en Normandía.

Esta frase, aunque general, parece suficiente para comprobar la tradición de que resucitó un muerto en Saint Ló y curó á un enfermo en la basilica, y como su permanencia en cada localidad era muy breve, allí más que en otra parte debió imprimirle el sello permanente, es decir, el milagro. No puede explicarse de otro modo lo de la Plaza y la Cruz Ferrier ó Plaza de la Cruz Ferriér de que se acuerda todo el mundo en Saint Ló: esta plaza quedó agregada á la de *Beaux Regards* cuando se hicieron los trabajos de alineación para dejar aislada la catedral, y la Cruz subsistió hasta la revolución; era muy antigua, toda vez que los hugonotes en tiempo de Enrique II colgaron de ella un cerdo en señal de desprecio.

Verdad es que en los documentos públicos se designan indistintamente esta Cruz y esta Plaza con los nombres de Ferrier ó de Ferry; pero hay que tener en cuenta que las gentes del país suprimen ordinariamente la última consonancia en las palabras terminadas en *ie* y dicen, por ejemplo, tengo mal en el *pi*, por decir en el *pié*. No ha existido en la comarca ningún otro Ferrier, y en cuanto á Ferry, existía uno hácia el año 1500, monedero del Obispo de Coutances, que tenía en esta plaza su Fábrica de Moneda. ¿Será él el que levantaría esta cruz?—En rigor es posible, pero queda la dificultad del nombre de *Ferrier*, como no se la explique por esa reciprocidad de fonética, en virtud de la cual el pueblo, para hablar como los *Señores*, añadiría *ie* á las palabras terminadas en *i*; pero esto es una suposición gratuita.

La Cruz debió estar situada en el lugar en que se levantaban, como en todas partes, el estrado, el altar y el púlpito, y por otra parte no podía elegirse mejor sitio, porque se extendía ante el orador un vasto espacio en suave declive hasta el *Oire*. La hermosa balaustrada que hoy termina la plaza por este lado no existía entonces, y si se objeta que la limitaban las murallas, diremos que éstas ofrecían á la multitud cómodos asientos desde los cuales podían ver y oír perfectamente, y además estaba á dos pasos de la catedral, hoy aislada. Hay contiguo á la catedral un púlpito exterior de los que con tanta

frecuencia se ven en Bretaña, pero este no tiene la misma razón de ser, pues daba al patio del palacio del Obispo y servía para promulgar las órdenes de la autoridad que era á la vez episcopal y civil, porque en los Obispos se resumían ambas jurisdicciones.

Además de Caén y Saint Ló los testigos oficiales designan formalmente á Bayaux, Avranches, Coutances y Dol, por donde volvió á entrar en Bretaña, una vez terminada su misión. En Coutances había un convento de Dominicos que en el día es seminario. «Pero, dice Quesnault (*Investigaciones acerca de la ciudad de Coutances*), muchas memorias prueban que el convento ha sido quemado dos veces, robado y asolado por los herejes, arruinado por la guerra, la peste, etcétera; de modo que fueron quemados los archivos y nada queda de ellos». Por bajo de Coutances, hácia el mar, se ven unos arcos monumentales, cubiertos de abundante yedra, que prueban que los monjes eran tan diestros como los Romanos en la cuestión de acueductos.

La hermosa catedral de Dol guarda la imagen del Santo, pero moderna.

Se leen en el *British Museum* con un doloroso interés las notas diplomáticas cambiadas en esta época entre las dos Cortes de Francia é Inglaterra, en las cuales no se echa de ver la apurada situación de la primera, antes bien la realeza francesa supo conservar hasta el fin su dignidad. Gracias á la intervención de Vicente Ferrer se pactó una tregua de tres meses que permitió á Francia respirar, esto es, preparar su salvación.

Encuéntrese en los archivos del Loire Interior (E. 121) una carta del rey de Inglaterra, Enrique IV, á sus súbditos que empieza así:

«Enrique por la gracia de Dios, rey de Francia y de Inglaterra y Señor de Irlanda, á todos los que las presentes vieren, salud.

»Sabed que nuestro querido hermano y primo el duque de Bretaña ha venido en persona á avistarse con nos por este motivo»; la paz entre los dos soberanos, cuyas vias había preparado Vicente Ferrer.

Era tanto más urgente su intervención, cuanto la situación acababa de agravarse con la invasión de los Ingleses en Normandía (1417) los cuales desembarcaron en Touque (Calvados) y se esparcieron libremente por la Provincia, que había quedado sin defensa. Por otra parte, los excesos de los Armaguacs y los Borgoñones asolaban el resto del hermoso país de Francia.





CAPÍTULO XI

DINAN

Idilio bretón. — Cirios reveladores. — El convento de los Dominicos.
— Un valiente caballero. — La cuestión del Rosario. — Misión en verso.

(1418)

DINAN era en aquella época una alegre residencia, rodeada de una encantadora campiña, que le imprimía el carácter de una población meridional, más bien que de una ciudad bretona, hallándose cubiertas de viñedo todas las laderas que bajan hasta el *Rance*.

«Todos los días, dicen los testigos, acudía á los sermones del maestro Vicente gran multitud de gente de todas clases, eclesiásticos y seculares, nobles, clase media y plebe, no faltando tampoco el duque Juan, de ilustre memoria, Roberto de la Motte, obispo de Saint Malo, y gran número de personas distinguidas.»

Cesaron los desórdenes, que eran grandes, y tuvieron lugar muchos milagros, que refieren los testigos, pero eran de los que el taumaturgo solía hacer á cada paso á centenares. «Entre otros, dice Guyard, presentaron al Santo á Tomás, hijo de Juan Le Fontenay, epiléptico, el cual vió confirmada la esperanza que abrigó de verse curado del mal que le atormentaba.»

Juana le Moulmier fué atacada de parálisis después de haber dado promesa de matrimonio y hacia tres años que se hallaba en tal estado, cuando San Vicente predicaba en Dinan. La hizo conducir á la iglesia de los Hermanos Predicadores, en cuyo convento se hospedaba el Santo y éste la curó haciendo sobre ella la señal de la Cruz

volviendo á pié á su casa y desposándose con su prometido, que habia tenido la paciencia de esperar.—Admirable idilio bretón.

Guillermo de Linquillie, licenciado en leyes, hijo del magistrado encargado por la ciudad de la asistencia del Apóstol y de su comitiva, refiere un hecho bastante curioso: «Mi padre guardaba como reliquias dos cirios que habian servido para decir la misa al maestro Vicente, los cuales quiso aprovechar mi madre para la fiesta de la Candelaria, pero no pudo encontrarlos. Al cabo de mucho tiempo vió una noche mi padre dos cirios encendidos encima del cofre que habia en su alcoba y mi madre los vió tambien, y luego supimos que en aquel mismo dia pagaba el maestro Vicente su tributo á la muerte.»

El convento de los Dominicos de Dinan habia sido fundado en 1224 por un noble bretón, Alano de Lanvallay, mereciendo citarse el relato de esta fundación, tal como se encuentra en la *Historia genealógica* de Dupaz.

Dupaz escribe en ese estilo un poco cándido y enfático que se usaba en el siglo XVI, pero disponia de documentos sobre los que se apoya y que cita á veces con extensión estando generalmente reputado como critico.

«Lanvallay es una pequeña población y parroquia situada cerca de la ciudad de Dinan, al otro lado del rio de *Rence* hacia el Este en el Obispado de Dol, en cuyo lado y junto á dicho rio y parroquia se ven las ruinas de un vetusto y antiguo castillo del mismo nombre que servia de morada á los antiguos señores de Lanvallay, cuya antigüedad he comprobado remontarse á cuatrocientos años ó tal vez más. En tiempo de Alano, Vizconde de Dinan, que vino á este señorio en 1182, permaneciò en él 14 años y murió en 1196, vivia un tal Ivón de Lanvallay, caballero, á quien se nombra expresamente en un contrato celebrado entre el dicho Alano, Vizconde de Dinan, y Roberto, Baron de Vitré, su hermano Raoul de Aubigné y Bernardo Prior de Lihon. De este Ivón de Lanvallay procedia otro señor de Lanvallay llamado Alano, que fué un prudente caballero tan devoto y religioso, como valiente y atrevido, siendo él el fundador del convento de los Hermanos predicadores de Dinan; convento, digo, que siempre ha criado y producido hombres excelentes y de gran reputacion, tanto por lo ejemplar de su vida cuanto por su ciencia y doctrina.

»He aquí el motivo de la fundacion de este convento. Este Alano de Lanvallay se cruzó en 1216 en compañía de Pedro Girand, Obispo de San Malo y fué á combatir á los herejes albigenses con

una tropa de soldados de á pié y gentes de armas en la época en que Santo Domingo, patriarca, autor y fundador de la Orden de los Hermanos Predicadores, iba predicando y combatiendo con la espada de la predicacion y la cuchilla de la palabra de Dios.

»Hallándose una vez en la guerra acompañado de unos pocos soldados católicos y casi como sitiado y rodeado por gran multitud de herejes, se vió tan apurado y estrechado, que perdió toda esperanza de resistir á sus enemigos. En tan crítica situacion se encomendó á la Santísima Virgen, la cual, como muy benigna señora, acudió en su socorro combatiendo por él y arrojando á los enemigos ciento cincuenta piedras con tal acierto y fuerza, que derribaron á muchos de ellos y amedrentaron á los demás, en términos que se declararon todos en fuga, viéndose por este medio libres él y sus soldados.

»Esta maravilla fué causa de que al regresar á su país, siendo muy rico y poseyendo muchas tierras, fundase el convento de Dinan, de la Orden de Predicadores, llamado tambien de Santo Domingo, de cuya Orden se hizo él religioso poco tiempo despues, recibió el hábito en este mismo convento y aquel valiente soldado temporal se convirtió en un esforzado campeón espiritual y excelente predicador.

»Viajó por toda Francia predicando el Santo Rosario y por último se retiró á la ciudad de Orleans, en el convento de dicha Orden, en donde pasando de esta vida á otra mejor, fué enterrado delante del altar de la gloriosísima Virgen. Su boca y sus manos estaban transparentes y diáfanas como el cristal, debido á las muchas veces que su boca habia pronunciado las santas oraciones del sagrado Rosario y sus dedos habian tocado los granos que facilitan el medio de rezarle cómodamente.»

Alberto el Grande refiere el mismo hecho con corta diferencia. «Alano, dice, se puso su rosario sobre su armadura y entonces la Santa Virgen deslumbró con su brillo al ejército de los Albigenses, en términos que al joven guerrero le bastó lanzar sobre ellos ciento cincuenta piedras que les aporrearon de tal modo, que muchos de ellos quedaron muertos en el sitio.» El mismo Alberto el Grande refiere que Alano se libró de un naufragio inminente cuando venia de Tierra Santa, pues el buque se estrelló contra una roca en alta mar; pero la Santa Virgen hizo surgir 150 islas inmediatas por medio de las cuales pudieron los pasajeros llegar á la orilla como por un puente.

M. Odorici, al que todo el mundo recurre cuando se trata de las antigüedades de Dinan, pone aquí la sordina de la crítica á estas

relaciones y á nosotros nos parece muy bien. Después de citar extensamente á Dupaz, á quien llama el sabio Dominico, añade: «Si hoy se quisiera escribir la fundacion del convento de los Dominicos de Dinan, se despojarian estas diferentes narraciones de la exageracion á que tan inclinados eran los historiadores antiguos y se ceñirian á la verdad limitándose á decir que el señor de Lanvallay, salvado por la intercesion de la Madre de Dios de una muerte que parecia inevitable, quiso mostrar su reconocimiento á su bienhechora fundando el convento de los Hermanos Predicadores. Pero hay en la candidez de nuestros padres algo que nos embelesa, á pesar de que contra ello se subleve la fria razon.» (*Investigaciones acerca de Dinan y sus cercanías*, por Luis Odorici, Dinan 1857, p. 312).

Por otra parte las leyendas tienen por lo general un fondo de verdad, pues los *títulos* del convento dicen «que Alano de Lanvallay, señor de los castillos y tierras de Lanvallay, Tressaint, etc. cerca de Dinan, mandando en el Langüedoc una partida de soldados cruzados, quedó tan edificado de las virtudes y predicación de Santo Domingo, que le ofreció un terreno en una de sus posesiones en la ciudad de Dinan.»

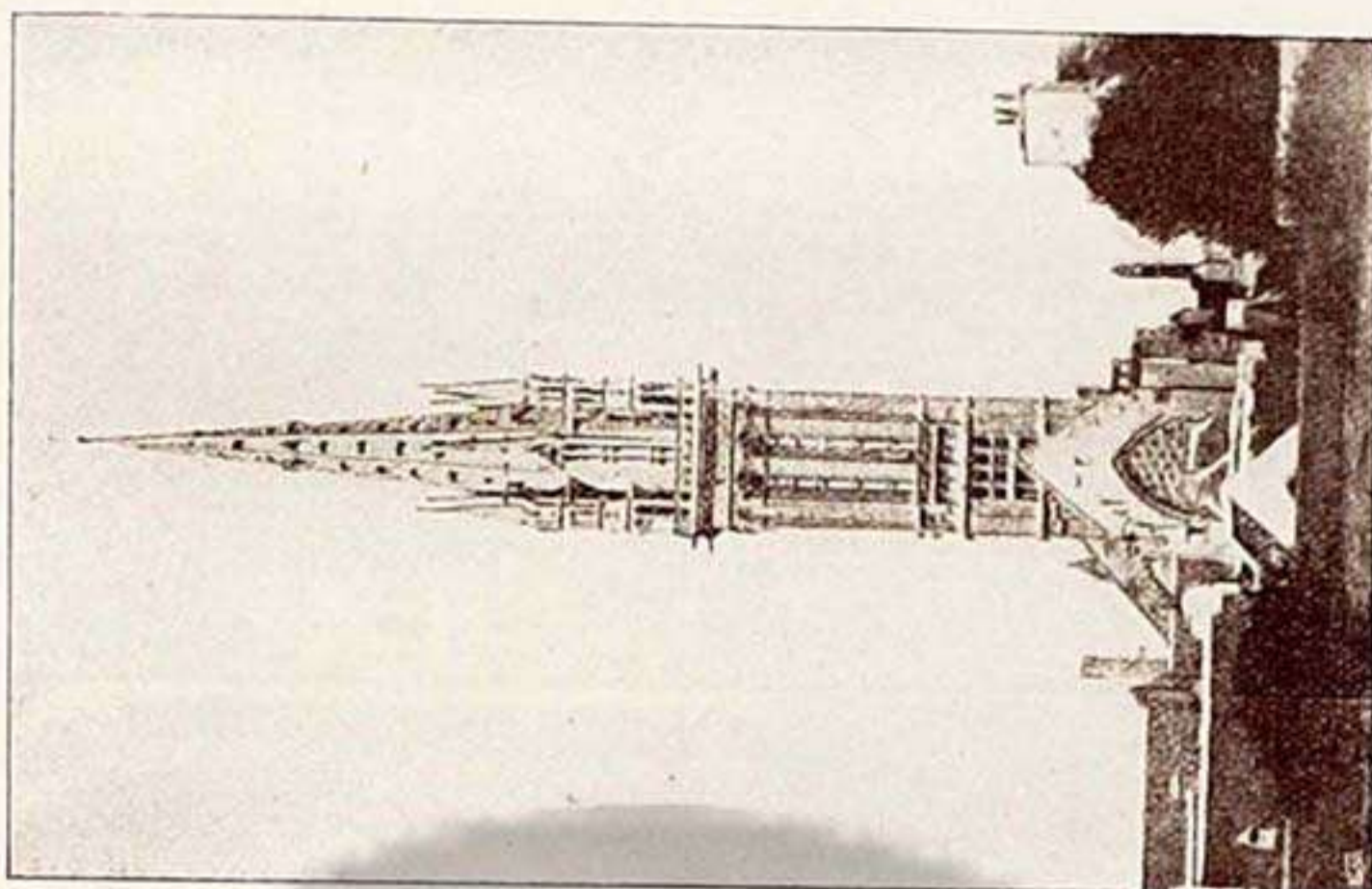
Los Coetquen, descendientes de los Lanvallay, decian poseer una carta autógrafa de Santo Domingo en la que se reconocia á aquellos como fundadores del convento de Dinan. Es positivo que Santo Domingo estuvo en Bretaña en dos épocas distintas, una en 1213 en Morlaix, donde se hallaban el duque Pedro y la duquesa Alicia, y la otra en 1217 en Nantes. «Se cree, dice Alberto el Grande, que el motivo de este viaje fué para persuadir al Duque y á la nobleza que se cruzaran contra los Albingenses.» Esto es indudable.

Alano de Lanvallay se cruzó en 1216 y llevó al Santo muchos nobles reclutas, y en la misma época se comenzó á construir el convento, terminándose en 1224.

Este convento, debido al Rosario, presenta á su manera documentos que acreditan su origen. Hasta entre nosotros se ha disputado á Santo Domingo esta hermosa invención, sin que me sea posible adivinar el motivo; nuevo desatino de la escuela hipercritica, que en nada se apoya y da un formal mentis á toda una serie de Bulas pontificias, haciendo de este modo el juego de los adversarios sin utilidad alguna visible.

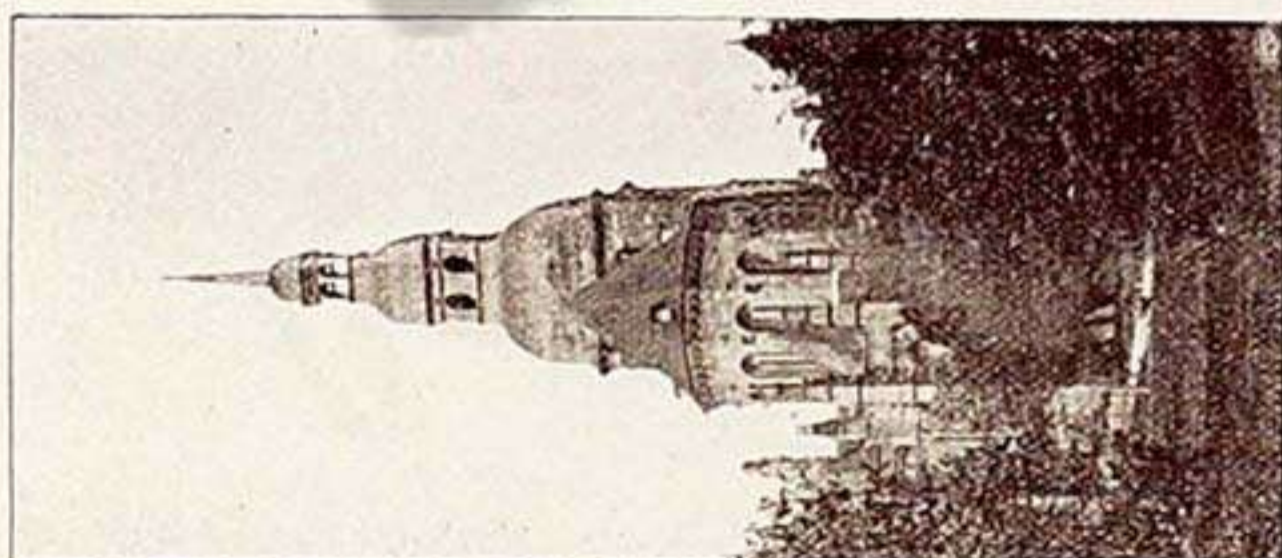
«En el medio de la capilla *del Rosario*, dicen las *Etrennes Dinanaises* acerca de los Títulos de las fundaciones, se halla enterrada Tiphaine Raguanel, esposa de Bertrand Duguesclin. Los Señores de Chatel y

S. POL DE LEÓN



El Campanario calado.

DINAN



Iglesia de San Salvador.

de Monterfil tenían su sepultura en las bóvedas del muro y los Señores d' Engoulvent la tenían en el suelo de la capilla.» (P. 97, 98).

Muchas veces se reunieron los Estados Generales de Bretaña en este convento de Dinan y las asambleas generales de la ciudad también se celebraban en él el día de San Sebastián en que se renovaban las autoridades municipales. Era un magnífico monumento que se levantaba en medio de un vasto espacio limitado por la plaza de San Salvador, el Palacio Episcopal, la calle del Reloj (Zurradores), el camino de Lehon y los muros de la ciudad. La calle del Mercado pasa por el sitio que ocupaba el convento y aun se ve en ella un trozo de la portada, habiendo sustituido el Mercado á la iglesia, cuyos pilares sostienen un piso accesorio ocupado por un casino (!). El olor de los pescados podridos y otros—en vez de los vapores del incienso.— ¡Progreso!

En esta iglesia se conservó durante mucho tiempo el corazón de Duguesclín, que hoy está en la iglesia de San Salvador, en el lado izquierdo, en una urna funeraria á la que sirve de marco una especie de puerta saliente, debajo de la cual se lee:

Aquí yace el corazón del Señor Bertran Du Gueaquin que fué en vida Condestable de Francia y murió el XII de Julio del año mil III^e VIII^{xx}, cuyo cuerpo reposa con los de los reyes en San Dionisio en Francia (1).

Vicente Ferrer predicó primero en San Salvador de Dinan, en cuya iglesia toda la parte derecha es anterior á su época, incluso el púlpito al que se subía por el exterior como en San Juan el viejo de Perpiñán. Pero luego debió predicar en la Plaza del Campo ó Plaza Duguesclín, la cual no ha variado de aspecto, habiéndose colocado en ella la estatua de Duguesclín en memoria de un combate sostenido por el valiente caballero contra Tomás de Cantorbéry.

En el Jerzual, barrio pintoresco y sucio, que es la única arteria por donde entonces se comunicaban las dos laderas sobre las cuales está edificado Dinan, hay una callejuela que lleva el nombre de San Vicente, pero un documento del siglo XIII menciona expresamente el barrio San Vicente del Jerzual, lo cual prueba que se trata de San Vicente Mártir.

También se padece un piadoso error en creer que la *Puerta de San Vicente* en Saint Malo ha recibido su nombre de San Vicente Ferrer; se llama así porque da á la arteria que conduce á la catedral, fundada

(1) La inscripción está escrita en francés antiguo, conservándose en la traducción la fecha del año tal como en ella se expresa. (N. del T.)

en otro tiempo por los monjes de Marmontier bajo la advocación de San Vicente Mártir. Pero tales errores honran en gran manera á los que dan origen á ellos.

Un erudito, M. Maheo, nos ha conservado un pequeño poema que en el lenguaje de aquella época resume todos estos hechos.

Paso de San Vicente Ferrer por Dinan (1).

Des villes et forbougs de Dynan
Acourayent esprins de grand joie
Bien deceulx devotz habitanz
Pour voir le grand prescheur de la foy.
De la campagne et des champs,
Durant cestz dix jours de mission,
Chalcun advenait en chentant
A les glise de notre donaison,
Pour ouir et escouter en ce lieu
La parole de leslu de Dieu.
Toulz, sans exception dauleua,
Nobles, baronz, aussi vilains,
A gouster de sa voix le parfum
Dans le clouestre estayent admins,
Dedans leglize du monastire,
Y fut posé bans et banselles
On nombre de genz sarimerent,
Soyt notables et jovencelles;
La fonsle advenant si presseé
En leglize par un grand concour,
Dont meintes personnes malaysces.
Sy tinrent en la grand cour
Le clairgé y maintz habytanz
Notables dyci et dalantour
Du saint missionaire á Dynan.
Impetrerent aussi á leur tour
Qu' il pleust de leglize le chanceau
Estre á son agreyment quiter
Pour mieulx sur le champ es chevaux
Devant touz estre á prescher:
Ce qua limpetition diceulx
Fust dict et fait le jour suivant.
Genz de toute sorte estayent heureux
Dour en aise discour si savant;

(1) La dificultad de traducir esta antigua poesia al verso castellano nos obliga á insertarla original. (N. del T.)

Nulle part plus belle feste fut veue
 Et plus grande devotion cogneue.

Pour monstrier sa vie et repoz,
 Il estirait toutes les nuictz,
 Pour si avoir souplesse á son doz,
 Les langes et le doux de son lit;
 Et a quatre heures du matin
 De se lever il estait certain.
 Durant deux heures bien entières,
 Il ne decessoit point en prieres
 A Dieu et á Benoiste Marie
 Dans toulz lieuz comme dans cetuy.
 Après de meintes oraisons,
 La cloche aprestoit á sa messe
 Un chascun se fousloit de presse
 Et estoit en contemplation
 Despoir de ouir sa douce voix
 Qui ornait le cueur de la foy.

Quay qu' il fust de grand mesgreur,
 Et aussy de pitayable paleur,
 De chair ni de brune ni de blanche,
 Il ne mangeoit qu' an sainen dimanche;
 De ung platz legumes il prenoit
 Et son vin avecque l' eau blanchissoit;
 Ni de soir non plus du matin
 Il ne disponilloit ecinture de crin
 Quelle serrait durement son corps,
 Et que voulait bien endurer
 Jusqua trespaz de vie á mort.

Quand Vincent Ferrier dit á Dieu
 A tout le bon peuple lecoutant,
 Que devoit quitter icelieu,
 Laquelle chose fut larmoyant;
 De moment que le sainen missionaire
 Advertit son despart en chaire,
 Peine fust bien grande en lesprit
 Du bon peuple par lui converti.
 Vers chemin de Dol cheminant
 Par gran coneour y fast mesné,
 O de maintes larmes et cloches sonant
 Jusqua il fust bien esloigné.





CAPÍTULO XII

DE DINAN Á BREST

Hospitalidad interesada.—Un obispo catequista.—El Apóstol de grandes alas.—Huella perdida.—Germinación de granito.—Los albañiles de Quimper.—Un solideo bieu auténtico.—Un loco sublime.

(1418)

DIEZ días consagró el Apóstol á Dinan.

En otro tiempo las diligencias unían á Dinan por un lado con la Bretaña francesa hácia Rennes por Jugón, por otro lado con la Bretaña bretona por Saint Brieu. Vicente dedicó un día á Jugón, y de allí se trasladó á Moncontour, sitio de muy curiosa y antiquísima peregrinación á San Maturino, formalmente indicado en el proceso de canonización.

En Lamballe se empeñó en hospedarle una noble dama, empeño que no era del todo desinteresado, sino que tenía alguna parte en él la curiosidad, y Dios consintió en renovar esta vez el prodigio de la habitación iluminada.—*«In camera sua de nocte, sine ministerio aut lumine ignis apparebat maxima claritas. Apud locum de Lamballa hoc multis vicibus inspexerunt et viderum.»* (Declaración de Godofredo Bertrand, Prior de San Martín de Josselin).

Este testigo es un terrible reincidente que había multiplicado semejantes indiscreciones en su convento de Josselin.

Además la castellana de Lamballe sufría violentas cefalalgias de las que la curó el Santo en pago de su hospitalidad.

Una relación detallada, que reproducimos con todo su sabor de antaño, nos deja edificados acerca de la permanencia del Apóstol en Saint Brieu.

Catálogo Cronológico ó Repertorio de los Obispos de Saint Brieuç con las cosas notables acaecidas en su Episcopa lo desde el año quinientos veinte y cinco de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo hasta hoy 1725. (Página 41).

«En el año mil cuatrocientos diez y ocho todos los Obispos de Bretaña, entre ellos el obispo Juan de Malestroit que tenia mucho gusto en predicar y habia oido hablar de los grandes talentos para la predicacion que poseia San Vicente Ferrer, á quien se llamaba comunmente el apóstol de las provincias, el cual despues de recorrer casi toda Europa, vino felizmente á la ciudad de Saint Brieuç llevando por todo equipage un pobre asno, muy flaco por las fatigas del viaje. Y con motivo de la venida de San Vicente á Saint Brieuç, muchas personas de condicion que deseaban ver y oir al religioso, á quien ya se llamaba San Vicente, vinieron á Saint Brieuç en donde debia descansar unos dias.

»Los obispos de Saint Malo y de Treguier, que eran muy amigos del obispo, llegaron dos horas despues que San Vicente Ferrer, lo que aumentó la alegria del obispo Juan de Malestroit, que les recibió con mucho agrado y les retuvo en Saint Brieuç diez dias, durante los cuales oyeron predicar á San Vicente con tanta uncion, que quedaron encantados. Y como todo el pueblo y los niños de Saint Brieuç seguian por todas partes á San Vicente, este pidió permiso al obispo de Saint Brieuç para dar un domingo algunas instrucciones en forma de catecismo sobre la doctrina cristiana á toda aquella gente, en particular á los niños, y el obispo de Saint Brieuç le invitó á ello (sic) y le rogó que preguntase á algunos de aquellos niños acerca del misterio que tuviese á bien.

»Finalmente el Señor de Saint Brieuç mandó publicar que el domingo daria el Santo religioso algunas instrucciones á los niños sobre la doctrina cristiana, invitando á los padres y á las madres, á los amos y amas de casa á que enviaran á sus hijos y sirvientes. Entonces los tres obispos digeron al Santo religioso que deseaban hallarse presentes cuando diera á los niños aquellas instrucciones. El religioso, sin responder cosa alguna, se inclinó humildemente ante los tres obispos y al dia siguiente, reunidos en la Iglesia los niños con una multitud de gentes, terminadas las visperas, empezó el santo religioso su discurso, que encontraron tan conmovedor los obispos que se hallaban en una tribuna con las personas de condicion, y toda la gente que le veia y oia, que á la verdad si el santo religioso Vicente Ferrer no hubiera contenido las lágrimas de todos los oyentes despues de un discurso de una hora, no hubiera podido

seguir adelante, sin acordarse de que el obispo de Saint Brieuç le habia ordenado, por decirlo así, que preguntara á algunos niños ú otras personas del auditorio lo que bien le pareciese. De repente y sin inspiracion de nadie pidieron los niños, dejando de llorar, que les preguntara San Vicente acerca de los articulos de la fé que acababa de predicar. El santo religioso tuvo una gran alegria al oir á los niños que le pedian lo que el prelado de Saint Brieuç deseaba de él no sabiendo que habian sido instruidos por el mismo Obispo! Grande fué la alegria de San Vicente, pero la tuvo mayor al ver que los niños y todos aquellos á quienes preguntaba respondian con tanto acierto á todas sus preguntas, que los prelados y personas notables quedaron asombrados, resolviendo los prelados velar para que en lo sucesivo se enseñase el catecismo en su diócesis con más esmero que hasta allí.»

Este documento lleva al Apóstol hasta Jugón «en compañía de los tres obispos, los cuales le dejaron en manos del Obispo de Saint Malo, Roberto de la Motte, quien le llevó en su carruaje hasta la ciudad de Dinan». Habria que suponer que de Rennes bajaria hasta Saint Brieuç; pero además de no ser esto probable, las fechas de Junio para Dinan y de Julio para Saint Brieuç son precisas. El autor de la relación, como tantos otros, escribe por conjeturas desde que salió de su pueblo el Apóstol.

El modelo del género es Alberto Legrand.—*La conversación de San Vicente Ferrer, de la Orden de los Hermanos Predicadores en Bretaña*. Tomado de su libro: *Vidas de los Santos de Bretaña Armórica*.

Aparte de algunos detalles que copiaremos, no se preocupa más que de una cosa, de hacer salir al encuentro del Santo á todos los Obispos cuyos Anales escribe. Además se refiere á Gayard, y Guyard escribe sujetándose al Proceso de Canonización, pero este Proceso no dice casi nada en lo que toca á la Baja Bretaña, laguna que debe atribuirse al gran número de milagros, de los que pronto se sintieron saciados los comisarios. Para tranquilizar su conciencia se extendieron hasta Nantes y Dinan, pero no se ocuparon de Quimper, ni de León, ni de Tréguier. «Yo he pasado, dice Bernardo Guyard, por muchos puntos de Bretaña en los que la tradicion refiere maravillas que no son comunes, dando perfectas señales de ellas... Pero como los que hacian la informacion en Vannes vieron que habia milagros para canonizar á diez Santos, no atendieron á todos para no alargarla demasiado y evitar que se impacientaran el duque, el pueblo y el obispo.»



Durante muchos meses perdemos las huellas del Apóstol, pareciendo que haya recobrado sus grandes alas y vuele por el aire, que aun conserva la estela menos que el agua. Sin embargo, no en todas partes es el silencio absoluto: hagamos como él; recojamos las tradiciones que se conservan.—Una línea de Saint Briec á Lesneven, en donde terminaremos este capítulo, pasa aproximadamente por Pontivy, Rostrenen, Carhaix, Hernebont, Quimperlé, Quimper, Pont l'Alebé, Concarman y Chateaulin.

La primera observación que hay que hacer es que por todas partes y especialmente en la región de Pontivy se produjo entonces una extraordinaria germinación de granito, no vista antes, no sólo para las Iglesias oficiales, sino también para capillas de devoción particular, digámoslo así.

La estatua más antigua de San Vicente Ferrer está en la iglesia parroquial de Pontivy y otra se venera en la capilla de N. S. de la Houssaie, parroquia de Noyal-Pontivy; por último, San Vicente Ferrer es el titular de la Iglesia parroquial de Kerfourn.

También es patrón de Calhonet, cerca de Callac, y su fiesta se celebra el 6.º domingo después de Pascua por disposición de la autoridad diocesana.

En Quimperlé tenían los Dominicos un convento construido en 1254 en el sitio que ocupaba el antiguo castillo de los duques, el cual ocupan hoy las Señoras del Refugio, no quedando del antiguo más que la fachada y la iglesia. Todavía se ve en el refectorio de las religiosas un antiguo púlpito de madera que servía á los Dominicos para la lectura que se hacía durante la comida, el cual es posible que sea un recuerdo del apóstol taumaturgo, pues es del modelo de los púlpitos portátiles que él se hacía construir. En este convento fué enterrado Juan de Monfort: su sepulcro, descubierto por casualidad en lo que era el coro, más que profanado, de la contigua iglesia, junto con los restos de los religiosos, espera el monumento que no dejará de dedicarle una respetuosa piedad, toda vez que en presencia de la muerte se borran las disensiones políticas.

Quimper estaba entonces levantando su hermosa catedral, inclinada de intento de derecha á izquierda, como la cabeza de Cristo en la Cruz, en la cual aparece en la tercer ventana en su cuarto tablero la figura de un caballero presentado por San Vicente Ferrer. ¿No será uno de aquellos que ofreció el Santo como auxiliares en la humilde tarea de los aparejadores? Por la monografía de las grandes catedrales sabemos que los nobles de ambos sexos, impulsados por una

voluntad decidida, ponían sus delicadas manos al servicio de los monjes arquitectos y recordamos que en la comitiva de San Vicente Ferrer figuraban nombres y títulos inscritos en el libro de oro de las Cruzadas.

Myr de Lezcleuc aseguraba que la catedral de Quimper ó por lo menos las torres y la capilla del Folgoat habían sido construidas por los albañiles de San Vicente Ferrer, y sea lo que quiera, las fechas coinciden, pues la capilla del Folgoat fué dedicada en 1419. El Apóstol tenía absoluto empeño en que todos los que le seguían trabajasen según sus medios, y nada tiene de extraño que sintiendo aproximarse su fin, dejase allí una parte de su comitiva, asegurándola con el pan de cada día ese sitio en el paraíso que esperaban los obreros de la Edad Media, elevando más con la fé que con sus manos esas espléndidas obras maestras del arte cristiano.

Evangelizó todo este país que respira una poesía salvaje, en donde se oye siempre á lo lejos el rugido de la ola misteriosa que bate las rocas de Penmarch. En esta comarca es donde se encuentran los más hermosos púlpitos al aire libre, especialmente en Quérinec, cerca de Douarnenez, santuario dedicado á N. S. en Tréminou, cerca de Penmarch, centro de grandes peregrinaciones. En cuanto á recuerdos, todos se los ha llevado el viento del mar, á excepción de los calvarios de granito y la fé de las almas.

Sin embargo, se encuentra su imagen en la capilla de Nuestra Señora de Confort, parroquia de Méglar, y también en Lesneven existía antes de la revolución otra excepción interesante.

En efecto, Lesneven poseía un precioso regalo bajo el punto de vista taumatúrgico, recibido de la misma mano del Apóstol... No podíamos referir el hecho mejor que lo hace M. de Kerdanet en su edición anotada de los Santos de Bretaña.

«Refiere la tradición que San Vicente Ferrer tenía un especial afecto á esta ciudad, á la que había legado su solideo, el cual se ha conservado allí durante mucho tiempo en un relicario de plata en forma de capilla, que fué abierto el 14 Octubre 1669. «En él hemos encontrado, dice el acta que se extendió, este solideo de tela negra, el cual no ha perdido su forma, á pesar de haberse chamuscado en el incendio que hubo en una casa profana á donde le habían llevado accediendo á los ruegos y devoción de los inquilinos y habitantes de dicha casa, y este mismo solideo hallado en el relicario se asegura que es el verdadero solideo del Sr. San Vicente de Ferrier (sic) según consta en un certificado y testimonio dado por el venerable y discreto

señor Guillermo Le Brunec, que fué en vida vicario perpétuo y canónigo de Lesneven, del cual se inserta copia fielmente tomada del original que estaba con el solideo en dicho relicario:

»Los abajo firmados, vicario perpétuo en la iglesia del señor San Miguel en Lesneven y canónigo de la misma, los señores Senescal Baile y procurador del rey en Leon y nobles habitantes de dicho Lesneven, certificamos que segun declaracion de la generalidad de dichos habitantes, el verdadero solideo del señor San Vicente Ferrier ha sido colocado en un relicario de plata mandado hacer por el maestro Julian Crouézé y Francisco Pellan, mayordomos, sito en dicha iglesia, segun la dicha declaracion, hecho y claveteado (sic) por el maestro Cristobal L' Uzinec, maestro platero en nuestra presencia, despues de colocar en él dicho solideo y la presente acta con un papel sujeto con tornillos que dice: Aqui está el verdadero solideo del señor San Vicente Ferrer, colocado en este sitio en el año mil seiscientos treinta y nueve por el venerable y discreto señor Guillermo Le Brunec; cuyo relicario ha sido entregado en seguida al honorable Ives Le Reffloc'h y á Enrique Kervisan, Mayordomos actuales de dicha iglesia. En testimonio de lo cual firmamos la presente en Lesneven, hoy diez y siete del mes de Abril de mil seiscientos treinta y nueve, domingo de Ramos.

»De todo lo cual he redactado la presente acta para que valga y sirva á mayor gloria de Dios y honor de sus Santos y para mostrar á la posteridad la veneracion que debemos profesar á tan raro y precioso tesoro. En Lesneven hoy doce de Octubre de mil seiscientos treinta y nueve, en presencia del abajo firmado.

»Firmado: Juan Macé, vicario PP.^o (perpétuo) de Lesneven, Reiffloc'h, preste y canónigo.»

A dos pasos de Lesneven se eleva esa joya de granito que se llama N. S. del Folgoet, *alias* Folgout.

En el diario de la parroquia se lee: «La Colegiata del Folgoet, dedicada en 1419, ha sido construida durante cuarenta años por albañiles que Juan V hizo ir de todas partes.»—Y además: «Se ha añadido (á los diversos asuntos representados en las vidrieras) á San Vicente Ferrer, Dominico, que ha evangelizado la Bretaña, pasado por Lesneven y probablemente por el Folgoet, cuya iglesia se construía entonces.» (p. 35).

Estos albañiles recibían tres dineros de jornal. «Se pregunta uno, dice M. de Coetlogon, en su *Historia de N. S. del Folgoet*, que obreros podían contentarse con tan módico salario y una comida tan frugal.»

(pan y un poco de leche).—Y responde: «Eran monges encerrados (cuando no trabajaban) en sus pequeñas celdas del Creyer, cerca de Folgoet. Solo han olvidado una cosa, grabar sus nombres en la piedra, aunque tal vez hayan preferido inscribirlos en el Libro de la vida, teniéndolos ocultos á la estéril curiosidad de los siglos venideros. La gloria les respeta hoy hasta en sus tumbas y teme alarmar esos castos corazones en los que la humildad sobrepujaba al genio. Además, ellos no pedían mas que oraciones en premio de sus trabajos: Vosotros, los que venís á este sitio, rogad á Dios por los muertos.»

Pero ¿por qué esta obra maestra, que no tiene igual en el mundo, está perdida en un rincón de Bretaña?—¡Ah! ¿por qué?—Cuando San Vicente Ferrer empezaba á abrir las alas de su alma precoz á los horizontes de la vida divina, en 1358, entraba en la vida eterna un humilde y más que humilde hijo de Bretaña, de esta Bretaña que ha sido grande hasta en sus humildes. Loco sublime, había nacido rebelde á las cosas de la inteligencia y jamás pudo aprender más que dos palabras: *Ave Maria*; las mismas que el genio naciente, Santo Tomás de Aquino, se tragaba en su cuna; las mismas que el gran Apóstol de la Edad Media ponía y quería que pusiesen los predicadores al principio de todo sermón. Y para él, como para Santo Tomás y para San Vicente Ferrer, todo se deducía de aquí naturalmente; pero este era en realidad un loco ó á lo menos se le tenía como tal, y se llamaba *Ar foll*, el loco.

Cuando había recogido el pan de cada día decía humildemente: «¡Ave María! Salaun *d debré bara*» (comería bastante pan) y se volvía á la choza que se había construido al pié de una verde encina y orillas de una fuente en la que remojaba sus mendrugos, repitiendo siempre sus dos palabras: *Ave Maria* en combinaciones sin número ó mejor dicho, según una escala de su infinito amor que le sugería su corazón todo poseído de la amable virgen; repetía las letras, pero variando los sonidos. Se mortificaba atrozmente, como todos los santos; ¡extraño atractivo del dolor! Cuando en el invierno (*grouvit*) helaba hasta el extremo de hendir las piedras, él se subía á su árbol, cogía una rama en cada mano y se balanceaba acompasadamente cantando: *Ave Maria*.

Al morir, en el día de Todos los Santos, 1.º Noviembre 1358, adquirió su semblante una belleza milagrosa; sin embargo, se le enterró sin pompa alguna, siendo su sepultura humilde como su vida, estando sólo señalada por cuatro piedras clavadas en tierra que limitan su espacio: *dolmens* microscópicos. Pero un día se vió salir de la

tierra inculta y elevarse poco á poco hácia el sol un soberbio lirio, sin que pájaro alguno hubiera dejado caer la semilla, ni plantado la raíz mano alguna mortal, y cuando se abrió, pudo leerse en cada hoja escrito en letras de oro: *Ave Maria*. Abrióse la fosa, se descubrió el cuerpo y se vió que este lirio salía de la boca de Salaun.

El municipio acordó construir una capilla en el sitio que ocupaba la choza á la sombra de la verde encina que había cobijado á Salaun el *simple*, como le llama su antiguo cronista, la cual fué comenzada en 1365, interrumpida por causa de la guerra en 1370 y vuelta á emprender en 1404, siendo por fin dedicada en 1417 por el Obispo de León Alaino de Larne, en el año mismo en que San Vicente Ferrer acababa de rehacer la Bretaña cristiana.

La iglesia del Folgoet (bosque del loco) es una joya de granito; es la palabra que mejor expresa la impresión que produce. No es posible describirla; es preciso verla, ó por mejor decir, era preciso, pues la enumeración de las partes de que está formada sólo puede dar una ligera idea de ella. El autor de la *Devota peregrinación á Nuestra Señora del Folgoet* se contenta con enumerar «estas maravillas: los campanarios, las portadas, los nichos, las estátuas, la cúpula, los altares, los escudos, las columnas, asientos, lontananzas; y esas vides y esas flores y esas guirnaldas.

»En la portada de la capilla de los doce Apóstoles, especialmente, los racimos de uvas coordinados, enlazados, esculpidos en la misma piedra, circulan en el encage de la ojiva y la hermosa cúpula, trabajo de encage dentellado, se eleva sobre pilastras sumamente delgadas, llenas de nichos, de pequeñas estátuas y de otros adornos, pareciendo que la piedra haya sido cortada como cartón ó amasada como blanda cera.» Y esta piedra es granito de Bretaña, á tal punto duro, que se pule como el mármol. «Esta hermosa roca gris, dice en su lenguaje el *Diario de las Minas*, (t. XXVI, p. 211), que tira más ó menos al negro ó al bronceado, es una mezcla de cuarzo, anfíbol, feldespató y mica.»

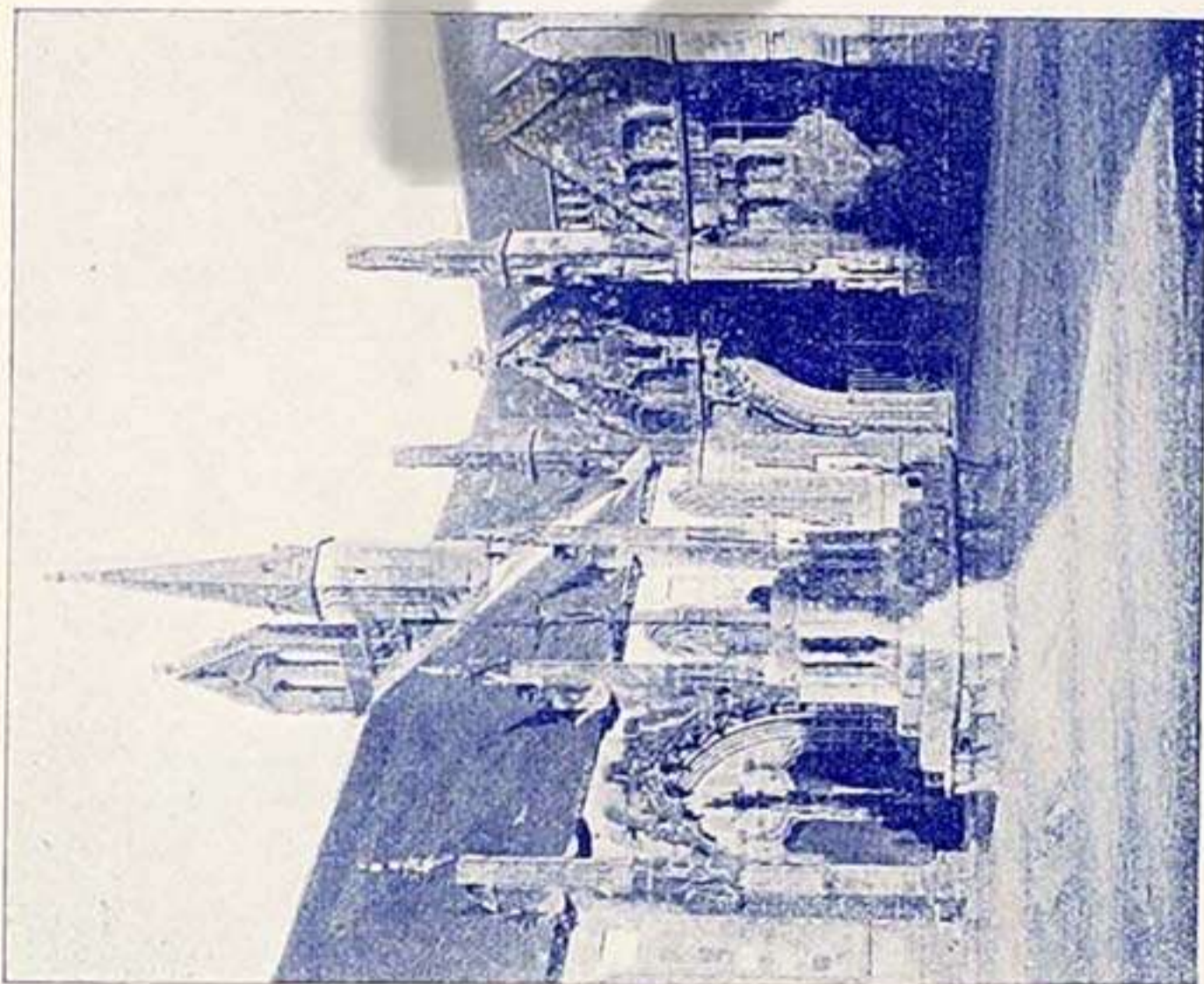
Y el piadoso peregrino termina con este verso primaveral:

Hoc decorant variis grata vireta rosis.

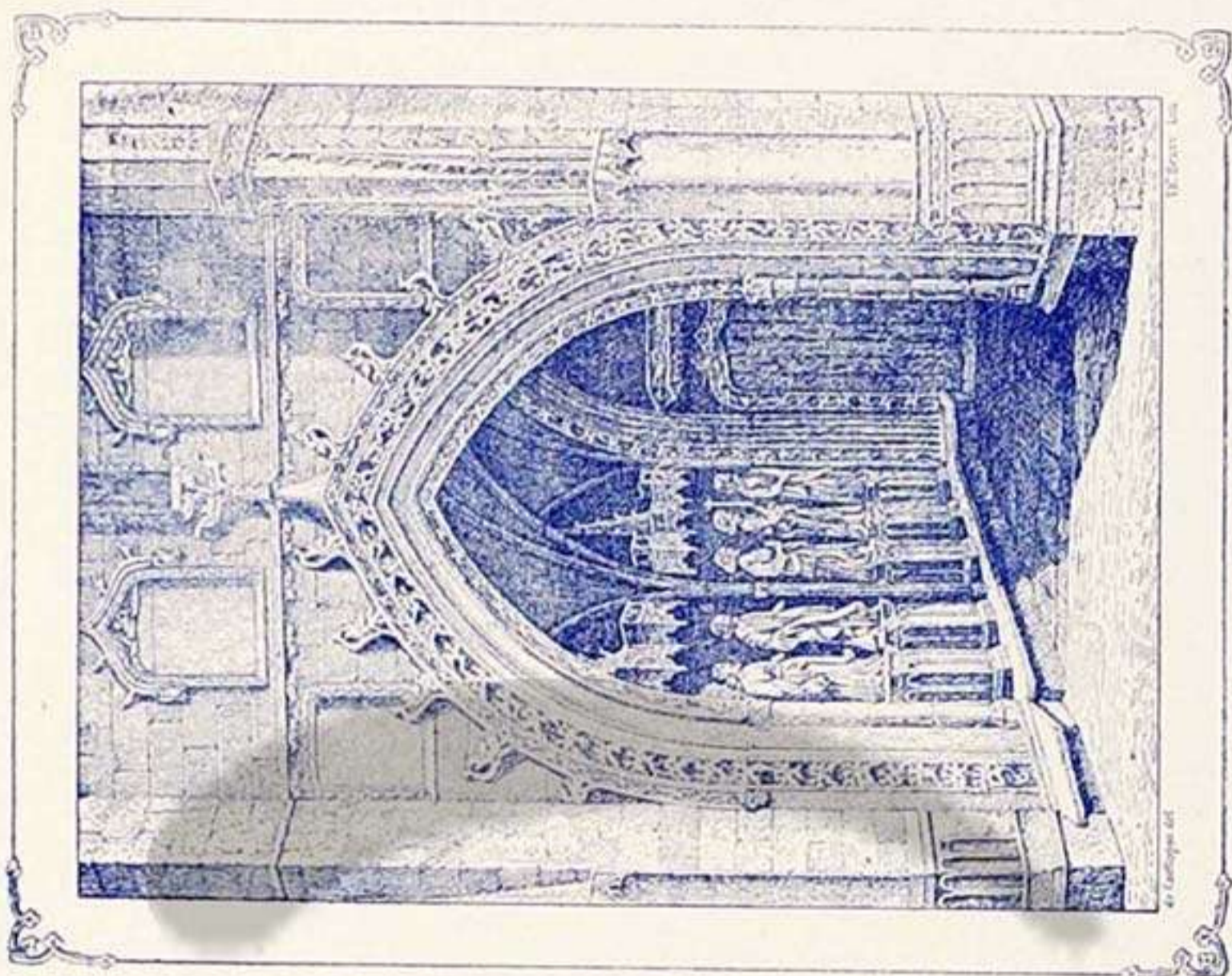
El campanario principal, porque hay varios, es una imitación del *Creisker* de San Pablo de León, del cual decía Vanban: «Es la obra de arquitectura más atrevida que en mi vida he visto.»

En cuanto á las estátuas, citaremos estas frases doloridas del catálogo de los objetos que se han librado del vandalismo revolucionario: «La iglesia del Folgoet contiene una multitud de estátuas

EL FOLGOET



Vista general.



Portada de los Apóstoles.

mutiladas, cuya factura y estilo me han llamado la atención... El patio del Folgoet parece un campo de batalla; miles de estatuas llenan las capillas, los pórticos, todos los alrededores de la iglesia. ¡Cuántos trages extraños van á desaparecer! ¡Qué obras tan curiosas van á perderse!»

El duque Juan V erigió en Colegiata el Folgoet en 1423. Pronto se formó un pueblo á su rededor, del que fué iglesia parroquial la capilla, en cuya vidriera principal está representado San Vicente Ferrer al lado de Santo Domingo en el acto de recibir el rosario.







CAPÍTULO XIII

TODAVÍA EN BRETAÑA

El campanario más hermoso.—Del viaducto de Morlaix.—Relicario sin igual.—La tibia de la pierna enferma.—La Virgen de alabastro en Chatelandreu.—El asno despreciado.—La Bretaña cristiana.—Más perros rabiosos.

(1418)

SAN Pol de León, cuyo calado campanario es, como todos saben, el más hermoso de aquellos contornos, tenía, antes de la revolución, por supuesto, una capellania dedicada á San Vicente Ferrer, cuya figura se ve, examinándolo con cuidado, en las volutas de la primera silla del coro á la izquierda, dominando la escena del juicio final.

En Morlaix había un hermoso convento de su Orden, cuya iglesia con sus espléndidas vidrieras acaba de ser odiosamente desfigurada, en el cual pasó quince días, conservándose en veneración la celda que ocupó.

«Predicaba, dice Alberto Legrand, que era del país, en lo alto de la calle de las Fuentes, cuyo sitio se eleva por encima de la ciudad, y la gente se situaba para oírle en las cunetas y contraescarpas del castillo, viniendo á quedar la ciudad entre ella y el Santo; y no obstante la distancia iba su voz milagrosamente al oído de sus oyentes, que le entendían tan bien como si estuvieran al pié del púlpito, en memoria de cuyo prodigio se levantó en aquel sitio un pequeño oratorio en su honor.»

El viajero que atraviesa Morlaix por el viaducto del ferrocarril puede darse bien cuenta de lo que dice el historiador. Extiéndese la

ciudad sobre dos colinas de fuerte pendiente, así es que desde el punto en que estaba situado el Apóstol tenía a la vista un doble anfiteatro lleno de oyentes hasta la cumbre de la opuesta colina, siendo la distancia entre ambos puntos de unos doscientos metros, apreciada a vista de pájaro.

Todavía existe la calle de las Fuentes, siendo posible que un rosetón ojival con las vidrieras tapadas, que parece servir de frontispicio a la fuente, fuera un resto del antiguo coro de los Carmelitas, construido sobre el solar de la capilla de San Vicente Ferrer, la cual fué efectivamente demolida en 1626 para ensanchar el monasterio de las religiosas.

«De Morlaix, continúa diciendo Alberto Legrand, fué a Lannion, Land-Treguer (Tréguier), cuyo obispo Matias du Kosher, acompañado de los canónigos y capellanes de su catedral salió a recibirle cerca de la iglesia Creck Nickel.»

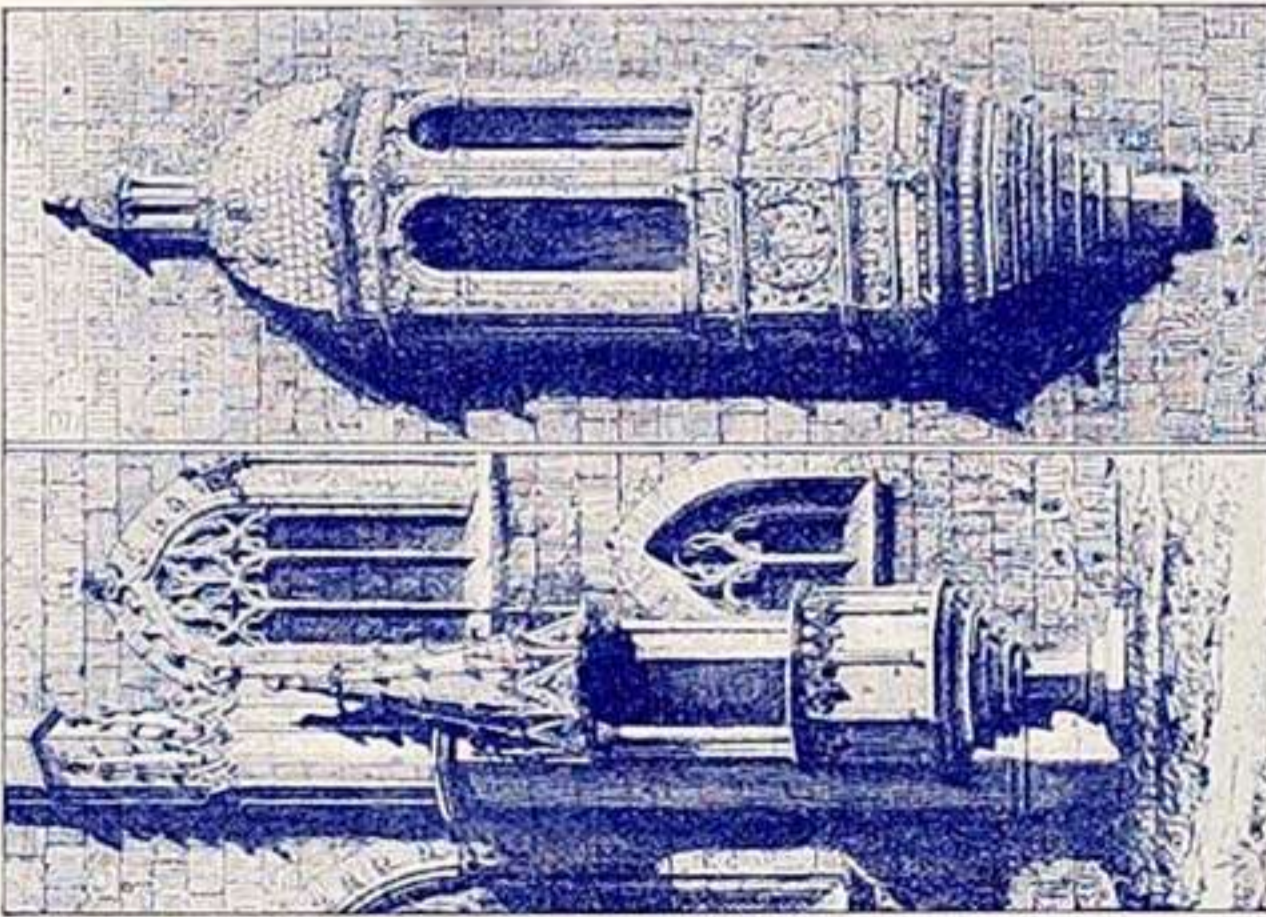
Tréguier, muy devoto de San Ives, no ha guardado de San Vicente Ferrer más que una tradición oral, pero es posible que el monumental púlpito-calvario construido cerca de allí, en Plouguescant, sea debido a su paso, como aun se levantan cruces en recuerdo de misiones.

Allí está permanentemente Creck Nickel, a lo menos su torre, sirviendo de faro a los marinos. Abundan las hermosas cruces destinadas a la predicación: Plouguescant, Plougastel, Runan, de las que ya hemos hablado, y sobre todo Pleubihan. «El púlpito de Pleubihan, dice M. René Kerviller, es una tribuna circular de granito de 2^m 30 de altura, a la que se sube por unas cuantas gradas y en cuyo centro se eleva una cruz también de granito, teniendo en las caras exteriores esculpidas algunas escenas de la Pasión. En las grandes solemnidades religiosas aun predicán allí los curas de Pleubihan el Evangelio a sus fieles reunidos en aquel sitio.»

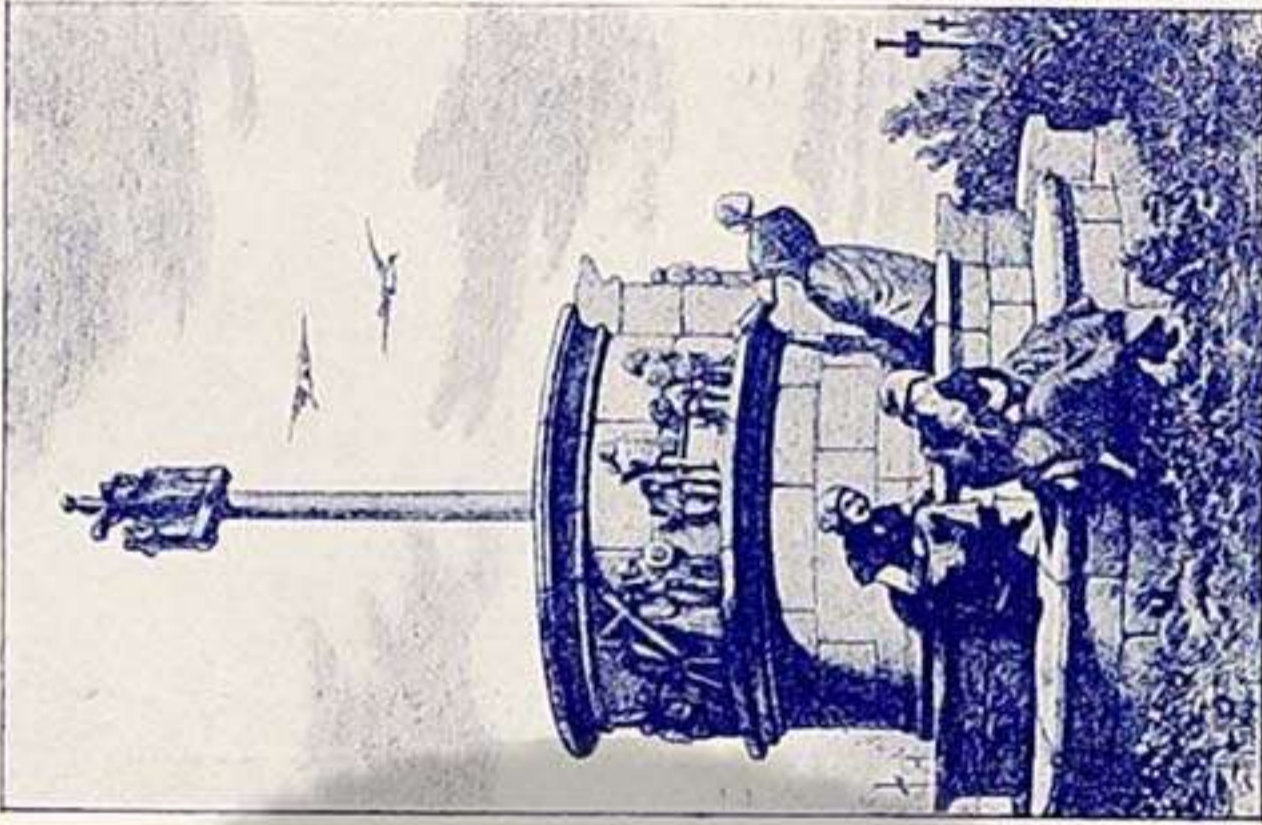
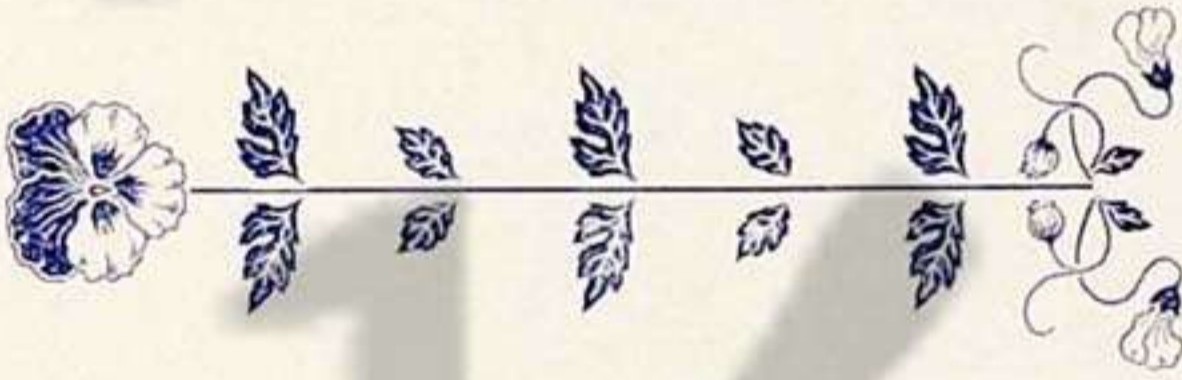
Pero en Pleubihan debemos detenernos por otro motivo, quiero decir, por esa Providencia particular que guía al obstinado investigador, cuando en sus pesquisas sólo tiene en cuenta la gloria de Dios y de sus Santos.

Había en un rincón de la sacristia de Pleubihan un pedestal de estatua con una plancha de plata adornada de flores de lis y llena de reliquias insignes, cuya caja pedestal que podía tener 40 centímetros de largo y 35 de ancho y de alto llevaba escrito en uno de sus lados: Reliquias de San Vicente Ferrer. Cuando se piensa que para lograr, no sin trabajo, una reliquia de San Vicente Ferrer del tamaño de una

PÚLPITOS EXTERIORES DE BRETAÑA, SEGÚN M. RENÉ KERVILER



I. Púlpito de Vitré.



II. Púlpito de Pleubihan.

cabeza de alfiler, es preciso escribir mil ciento páginas acerca de ese glorioso Santo y hacer venir su busto del fondo de España, había motivo para creer aquello un sueño. Apoderarme de aquella caja, llevarla al palacio del Obispo, reunir una comisión de médicos y hacer declarar su autenticidad por una orden episcopal, era un programa que saltaba á la vista, y este programa se ha realizado, como se verá en el capítulo dedicado á las reliquias. Sólo diré aquí que entre esta riqueza, verdaderamente extraordinaria y formando apenas la tercera parte de ella, se hallaba una tibia, una tibia de hombre, de viejo, una tibia enferma hacia tiempo, la verdadera tibia de San Vicente Ferrer, que desde 1408 á 1419 le obligó á ir por montes y por valles montado en un pobre asno.

Pero ¿cómo se encontraban allí tales reliquias?—Pleubihan, admirablemente situado á orillas del mar, había tenido un Priorato de Benedictinos que dependía de la Abadía de San Jorge, de Rennes, fundado en 1302 por Adela, hermana de Conan, duque de Bretaña. La Priora era á la vez soberana temporal, extendiéndose su jurisdicción sobre todo ese territorio llamado la *Península*, que es hoy el cantón de Lezardrieux, pero entonces Lezardrieux ni aun era parroquia, siendo sus dos principales centros Pleumeur (*plebs major*) y Pleubihan (*plebs minor*), y ejerciéndose la justicia por un Preboste.

Este estado de cosas duró hasta la reunión de la Bretaña á Francia en el reinado de Luis XII y es verosímil que alguna Priora de sangre ducal quisiera para su monasterio algunas hermosas reliquias del gran taumaturgo y que se la complaciera más allá de sus deseos. Otra opinión circula en Vannes que acusa á la época de los Abades y Obispos comendatarios del siglo XVI, época abominable de desolación en que todo se hacía arbitrariamente por gentes que sólo se cuidaban de ostentarse de cuándo en cuándo y cobrar las rentas.

En tiempo de la revolución las planchas de plata de la estatua tentaron á los ladrones oficiales, pero San Vicente les dijo: «No pasaréis de aquí.» Del mismo Priorato nada queda.

Cinco días dedicó el Apóstol á Guingamp, en donde todavía encontró un convento de su Orden.

En la bonita y curiosa iglesia de Guingamp se ofrecen delante del coro dos imágenes no vulgares y bien iluminadas; San Vicente Ferrer en actitud de predicar y Santa Francisca de Amboise, estando él representado con *casulla* de la Edad Media, contra todas las tradiciones y características que lo presentan siempre con su capa de

Dominico. Sin duda que veneraría á N. S. de Guingamp, cuyas romerías son célebres en toda la Bretaña. El convento de los Jacobinos, edificado en 1284 en el terreno que hoy ocupa Montbareil, fué destruido en 1591 por el ejército del Príncipe des Dombes, y sólo los muros que le cercan parecen remontarse á aquella época. Su situación era excelente, frente al acueducto cuyas aguas servían para el riego de su huerto, lo que les ocasionó muchos pleitos.

Un cura de Chatelaudren, hombre erudito y celoso, ha resucitado las tradiciones en el Diario de la parroquia (1874):

«Sobre la colina que domina la pequeña población de Chatelaudren se levanta una antigua capilla dedicada á la Santísima Virgen que debe su origen al gran taumaturgo y apóstol de Bretaña.

»Al pasar San Vicente Ferrer, en 1417, por Kastel-Andren, castillo edificado por Andren V, rey de la Bretaña Armórica, en el siglo V, consagró todo este territorio *An Itron-Vari* «á la señora Maria» como se decía entonces, é hizo voto de construirle un santuario con las limosnas que recogiera en sus misiones entre los cofrades del Santo Rosario.

»Los múltiples y asombrosos milagros obrados en este sitio doblemente bendito, atrajeron pronto tan gran multitud de fieles, que en los siglos XVI y XVII fué preciso agrandar el santuario.

»La nueva iglesia con sus siete altares, enriquecida por la piedad y limosnas de los fieles, poseía en otro tiempo, además de rentas considerables, objetos de arte de gran valor que desaparecieron en parte en 1793. Los preciosos restos arrancados á la Revolución y sobre todo las pinturas sobre madera en 132 cuadros—una de las más notables páginas legadas por el siglo XV, no solo á Bretaña, sino á Francia entera—hacen de esta iglesia uno de nuestros más ricos y más curiosos monumentos históricos.» (Memoria dirigida por M. Geslin de Bourgogne al Ministro de Bellas Artes en 1849).

«Entre otras riquezas, más caras aun á la piedad que al arte, hay una cuyo descubrimiento debemos á uno de nuestros primeros pintores, enviado el año último por el Ministro de Bellas Artes para reproducir las pinturas de la bóveda. Este tesoro, oculto bajo espesas capas de estuco, es una grande y hermosa imagen de Nuestra Señora en yeso, representando á la Virgen Madre sentada con el cetro en la mano y teniendo sobre sus rodillas al Niño-Dios. Es el modelo, tan humano y celestial á la vez, que se empleaba siempre en la Edad Media, como el más á propósito para encanto de la vista y arrebató del alma, y todo induce á creer que esta es la imagen dada por San

Vicente Ferrer, ante la cual se han arrodillado tantas generaciones y de la que tantas mercedes se han alcanzado. Una antigua leyenda fielmente conservada en la comarca de Chatelaudren dice que llegará día en que sean tan numerosos los peregrinos que acudan á Nuestra Señora que gastarán con sus rodillas el pavimento del Santuario.»

Y, sin embargo, Vicente Ferrer fué mal recibido en Chatelaudren ó por lo menos su asno, porque el albeitar de la población se negó á herrarlo. Además, según Alberto Legrand, «habiéndose burlado de su asno los soldados de la guarnición del castillo, les predijo que dentro de poco los asnos y las ovejas pastarían en las ruinas y escombros del castillo, lo que así se verificó, habiendo sido demolida esta fortaleza tres años después, en castigo del atentado cometido por los de Penthévre en la persona del duque Juan.» La arrasada fortaleza es hoy un paseo público lleno de hierba en el que pacen, efectivamente, en libertad los asnos y las ovejas.

Sin embargo, no quiso el Santo dejar la ciudad bajo el peso de esta amenaza y la puso bajo la protección especial de la Santa Virgen, y ya hemos visto que se procuró los recursos necesarios para edificar una iglesia á Nuestra Señora. Chatelaudren reparó su falta.

«Antes de 1790, se lee también en el Registro de la parroquia, existía en Chatelaudren una capilla dedicada á San Vicente Ferrer, la cual fué célebre por mucho tiempo á causa de la numerosa Congregación que en ella se reunía; pero fué vendida durante la tormenta revolucionaria y convertida en una casa particular. Está situada en la parte baja del campo de la feria llamado Plaza de San Vicente y hay á corta distancia una bonita fuente que lleva también su nombre.» Esta capilla de San Vicente Ferrer, habitada actualmente por unos honrados aldeanos de oficio silleros, es todavía objeto de cierta veneración, enseñándose al que la visita las pilas del agua bendita, las vigas, las credencias abiertas en el muro, y el sitio semicircular que ocupaba el altar. Una estatua de madera muy antigua pretende representar al Santo y aunque es obra de un artista caprichoso, estas buenas gentes han rehusado muchas veces desprenderse de ella, á pesar de haberles ofrecido crecidas sumas.

La estatua que hay en Nuestra Señora es de alabastro, habiéndose salvado de la rapacidad revolucionaria por los colores sencillos con que se creyó conveniente embadurnarla.

En Chatelaudren está la línea que separa las dos Bretañas, así es que en un día de mercado creería uno hallarse en plena torre de Babel por los diferentes tonos de voz que se oyen.

Vicente Ferrer dedicó de nuevo algunos días á Saint-Brieuc, en donde habia tenido la dicha de encontrar un Obispo del que puede decirse sin reticencia: *¡Bonum opus desideravit!*—Y siempre milagros y abundantes frutos, porque en este pais ignorante, pero sencillo, no podian menos de ser maravillosos los resultados de tal predicación, y efectivamente lo fueron.

«Cuando el maestro Vicente llegó á nuestra comarca, dicen los testigos, pocos sabian el *Pater noster*, pero se reformó profundamente gracias á sus predicaciones y esta reforma dura todavia.» «Las blasfemias, los perjurios y otros crímenes eran cosa corriente, pero todo se corrigió por las enseñanzas del maestro Vicente, cambio que aun se sostiene, correspondiendo á él todo el honor del mismo.»

Endes de Plumaryat le siguió á Rennes, á Dinan, á Ploërmel y á Vannes y dice que en todas partes hubo el mismo concurso y los mismos frutos. Oliver de Bourdiec precisa más y dice:

«Por sus virtudes y sus predicaciones cambiaron completamente los príncipes, el clero y el pueblo, y me consta que después de su paso vivieron las gentes mejor que antes.» Es él sin duda el que ha hecho á Bretaña cristiana.

No lejos de Saint Brieuc, en uno de los caminos de la Baja-Bretaña á donde os lleva el destino cuando quiere que *rabisiè*, ocurrió un episodio semiburlesco: «Yo formaba entonces parte de la comitiva del maestro Vicente, refiere el testigo Henri Duval, y nos dirigiamos de Saint Brieuc á Quintin yendo el Santo á pié, cuando el asno que llevaba sus libros cayó en un lodazal del que no podia salir. «¡Jesus! exclamó, ¡ayudadle!»; pero la pobre bestia seguia atascada. Entonces uno de los que se hallaban presentes la pinchó con un baston cuya punta era de hierro, diciendo al mismo tiempo: «¡Tú saldrás por todos los diablos!» Y en efecto, se levantó. Pero el maestro Vicente, á quien causó horror aquella invocacion, hizo quitar los libros de encima del borrico y ya no quiso montar en él, siguiendo á pié hasta la ciudad. Además soportó este pequeño accidente con toda paciencia y caridad.»

La vidriera que se le dedicó en la actual Iglesia de Quintin fué más bien como peregrino al Ceñidor de la Santa Virgen, que como evangelizador de la Bretaña.—En efecto, en un interesante opúsculo titulado: *Nuestra Señora del buen parto ó el ceñidor de la Santa Virgen en la Colegiata de Quintin en Bretaña*, se lee: «Entre los peregrinos de N. S. de Quintin debe contarse á otro Santo, cuyas reliquias y patronazgo reservaba Dios á Bretaña, Vicente Ferrer, el cual se detuvo en

nuestra ciudad en una de sus correrías apostólicas, habiendo oído nuestros padres esta voz que anunciaba la próxima venida del soberano Juez y resonaba como el primer eco de la trompeta del Angel.» (P. 12).

El país de Londiac ha conservado algunos recuerdos, que transcribiremos tales como los hemos recogido en la localidad: «Antes de la Revolución solo era La Motte una aldea dependiente de Londiac (ahora es parroquia de 3.000 hab.) y en los registros de la Iglesia está siempre designada con el nombre de iglesia de San Vicente de la Motte; así es que se decía y escribía: X ha sido enterrado en el cementerio de la iglesia San Vicente de la Motte.

»Aun ahora dirá el pizarrero: Voy á cubrir á San Vicente.—El arrendamiento de San Vicente es muy productivo para el sacristan, etc.

»San Vicente Ferrer es el primer patron de la parroquia y San Ives el segundo.

»Hay cerca del presbiterio una fuente que lleva su nombre, la cual no se ha visto jamás agotada, ni aun en los años de gran sequía. También se dice que en La Motte no hay que temer á los perros rabiosos, porque la tierra de San Vicente les abrasa los pies, y efectivamente no hay recuerdo de que jamás haya sido mordido nadie por perros rabiosos.

»La fiesta de San Vicente se celebra el tercer domingo despues de Pascua. Hay muchas personas que llevan su nombre.»







CAPÍTULO XIV

SIEMPRE EN BRETAÑA

Predicación cumplida — Culto entibiado. — Josselin: el misterio de las ladradoras. — El combate de los Treinta. — Madre tímida y consolada. — Escena antigua — Carrier en Nantes. — Una discípula póstuma de Vicente Ferrer — Reliquias. — Autógrafo de M. Olier.

(1418)

HABÍA en la Chéze una gran capilla dedicada á la Santísima Virgen, bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Piedad, que, totalmente abandonada hacia algunos siglos, se hallaba sin techo y el interior lleno de escaramajos y ortigas. El gran apóstol de Bretaña, San Vicente Ferrer, la habia visto en este estado en el curso de sus misiones, y predicando un dia al pueblo, despues de expresar el gusto que hubiera tenido en restaurarla, aseguró que esta gran empresa estaba reservada por el cielo á un hombre que el Todopoderoso haria nacer en los tiempos venideros, hombre que vendria de incógnito, que se veria muy contrariado y befado y que, sin embargo, con el auxilio de la gracia, llevaria á cabo esta santa empresa. Tuviera ó no Monfort noticia de esta profecia, ello es que emprendió el reparar estas ruinas y lo consiguió maravillosamente. » (Tomado de la *Vida del venerable servidor de Dios, Grignon de Monfort*, que acaba de ser beatificado).

La capilla objeto de tal profecia se halla sobre una altura, á 150 metros próximamente de la ciudad: es de hermosa apariencia y bastante espaciosa para servir de iglesia parroquial. El B. Grignon de Monfort sólo empleó un mes ó seis semanas en su reedificación, si

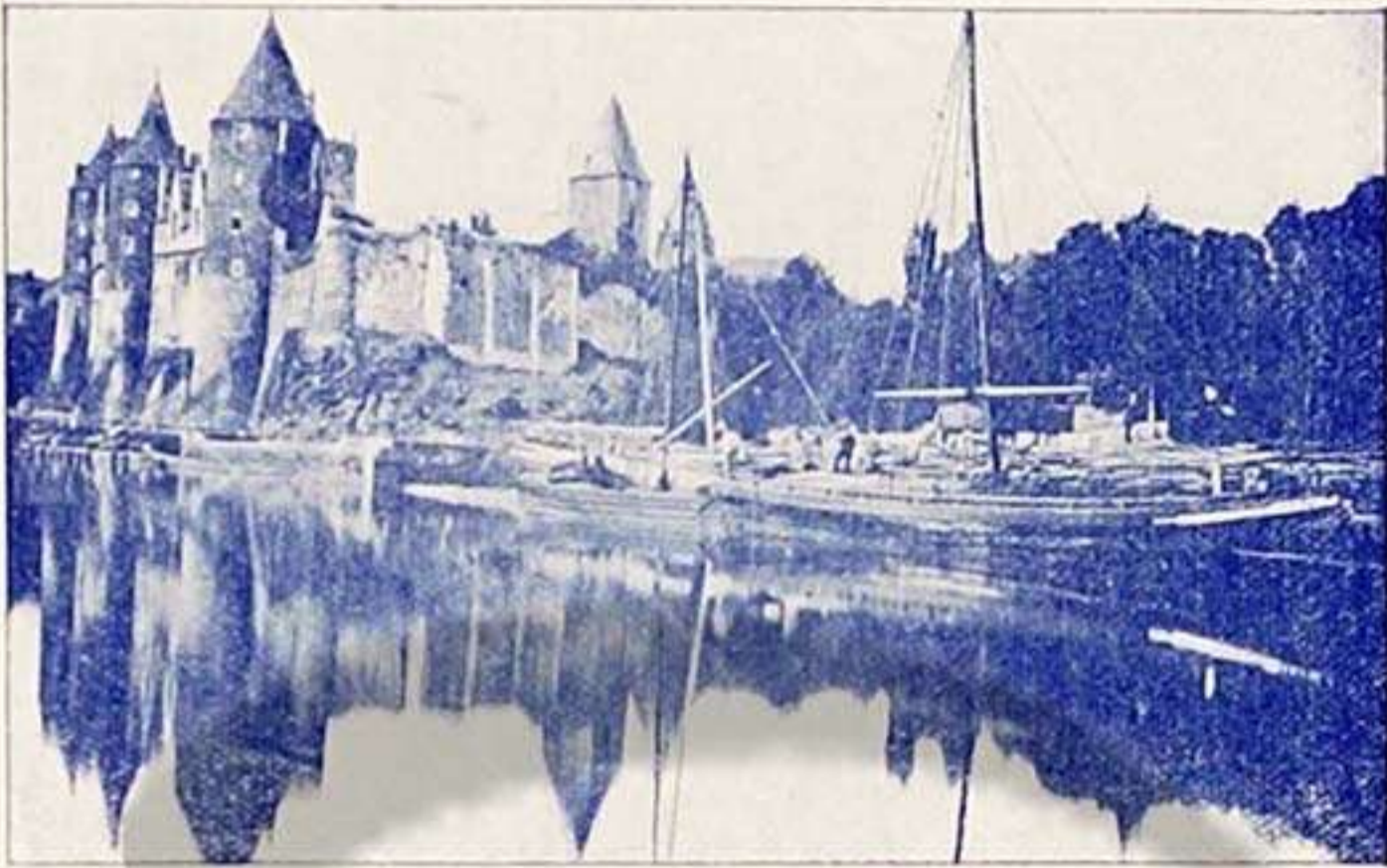
bien es verdad que pudieron utilizarse las paredes, la portada principal y las laterales de granito, que vieron á San Vicente Ferrer predicar frente á la antigua iglesia dedicada á San Andrés, en la plaza del mercado, la cual ha desaparecido hace 50 años.

Uno de los últimos curas de la Trinidad-Ponhoet ha dejado un manuscrito bastante voluminoso titulado: *Notas acerca de la ciudad de la Trinidad-Ponhoet*. «Una declaración canónica dice que allí predicó Vicente Ferrer» y la detalla. «Fué llamado, añade, por Alano VII, vizconde de Rohan, de quien dependía la Trinidad.»

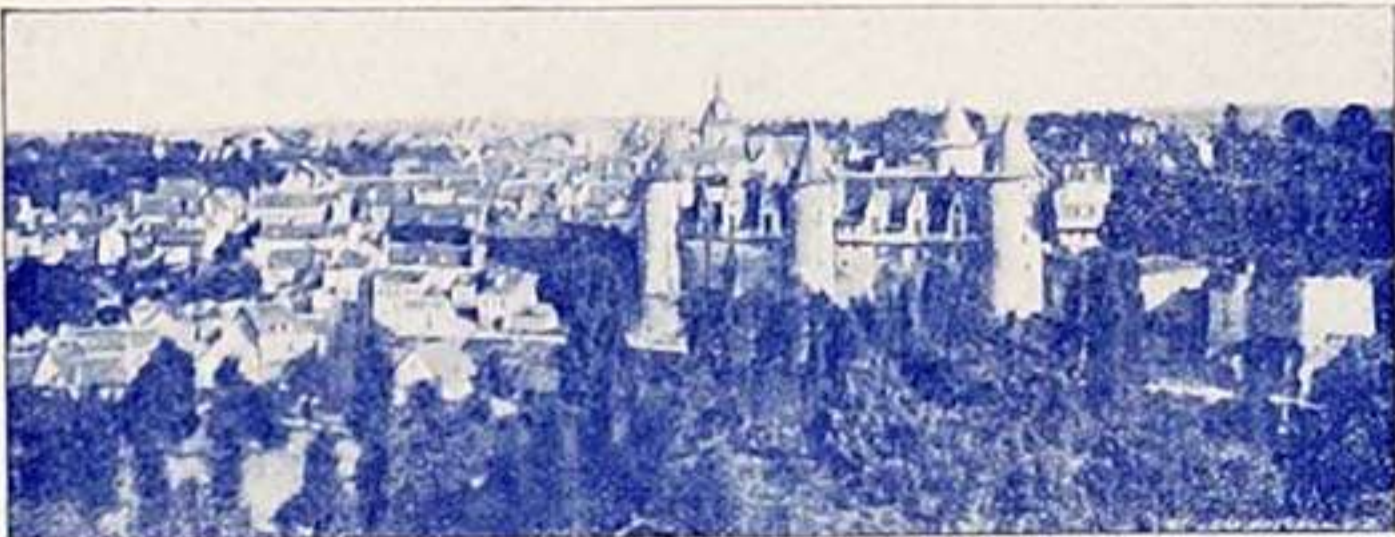
En memoria del suceso, el buen cura había hecho colocar en su iglesia la imagen de San Vicente Ferrer enfrente del púlpito, pero ha desaparecido, quedando sólo el zócalo. ¿Por qué no se la reemplaza? Se dice que el culto á San Vicente Ferrer en Bretaña es demasiado pobre. Vicente Ferrer debió predicar en la Trinidad delante de la antigua iglesia, cerca del puente, cuyo sitio está marcado por una cruz, pues sólo allí había un espacio suficiente. La actual iglesia, Priorato de Benedictinos, y después colegiata, completa la vista panorámica de la Trinidad, centro de la vía romana de la cual aun se ven restos de trecho en trecho, importante población de la Edad Media, conjunto desordenado de hermoso aspecto, en la que todavía se celebran importantes ferias. En la vidriera del lado Sur que representa la vida de San Judicael, rey que se hizo monje, patrón del pueblo, hay un medallón trifoliado que recuerda á San Vicente Ferrer, y aunque es moderno y está en sitio poco visible, no deja de continuar la tradición. En la vidriera que da frente á esta está el B. Grignon de Monfort.

Josselin, en donde tenían su corte los Rohan, herederos de los Penthièvre, sobresale aún en este país lleno de maravillas. El sitio es admirable y el castillo de los duques de Rohan un soberbio monumento perfectamente conservado. En la iglesia está el sepulcro de Oliverio de Clisson, obra maestra mutilada en la época de la Revolución. Todavía se conserva allí la célebre romería de Nuestra Señora del *Roncier* y el misterioso fenómeno de las ladradoras, como también el recuerdo de San Vicente Ferrer, representado por una estatua.

Según el testimonio de Gilles Malletaille, encargado por el señor del pueblo de llevar provisiones al priorato de San Martín en donde se hospedaba el Santo, se renovaron allí esas curiosidades no siempre discretas y bien intencionadas, pasando noches enteras con el ojo pegado á la trampilla del techo de su cuarto para ver lo que hacía en la intimidad con Dios este taumaturgo extraordinario.



Vista de Josselin.



Josselin, otra vista.

Entre Josselin y Ploërmel tuvo lugar el famoso combate de los Treinta en una meseta rodeada de abetos, hecho que se conmemora por medio de una columna muy sencilla que parece respetar la modestia del valor, invitando á los Bretones á imitar á sus antepasados.

Ploërmel sólo guarda por tradición el recuerdo del Apóstol, no obstante verse su imagen en la iglesia de los Hermanos *Ménaisiens*, moderna, pero de expresión bastante inspirada. Los procesos de canonización son más explícitos.

Se hablaba en Ploërmel de los infinitos milagros obrados por Vicente Ferrer, en ocasión en que una pobre madre tenía á su hijo en estado desesperado: «Le llevé yo solo, dice el testigo, al maestro Vicente, que habitaba entonces en el priorato de San Nicolás, situado en el arrabal de Ploërmel, pues la madre no se atrevió á venir. Entré al Santo de la enfermedad del niño, y despues de oirme le hizo la señal de la Cruz, y con las manos juntas recitó una oracion, y apenas terminada ésta sonrió el niño, que desde entonces está lleno de vida.»

Tanto en Ploërmel, como en Josselin, se acordaron más tarde del Apóstol taumaturgo, y más de un rayo de su gloria póstuma partirá de allí.

Por Redon, al que evangelizó de nuevo, se dirigió el Apóstol por segunda vez á Nantes.

Esta etapa suprema empieza por una escena digna de la antigüedad, aunque ¿qué tenemos que envidiar á la antigüedad, como no sea historiadores tales como Tito Livio y Tácito?—Los compatriotas del Santo que le habían seguido hasta allí, viendo que disminuían sus fuerzas sensiblemente, le rogaron que volviese con ellos á Valencia para terminar allí sus días.

Inútil es decir que esta alma que jamás habia tenido ni sombra de aspiración terrestre, no cedía á un sentimiento humano cuando se hallaba al borde del sepulcro; y sin embargo, esa dulce y misteriosa atracción del lugar que nos ha visto nacer, ese no sé qué formado con los restos de nuestros ascendientes, con el polvo de nuestros dolores y de nuestros amores, que se llama la *patria*, nombre tan hermoso como no hay otro en el cielo, todavía le conmovió, porque los Santos pueden amar las cosas santas y por lo tanto pueden amar á su patria y á su madre, y Jesucristo tuvo estos dos amores.

Partieron por la noche sin avisar á nadie para no entristecer á aquella buena gente; pero he aquí que al rayar el día y después de una larga marcha se encontraron á las puertas de la ciudad: «Dios quiere que muera aquí» dijo el Santo. Aquí, es decir, en Bretaña.

Esta vez predicó en el cementerio de San Nicolás, en el que luego se edificó la basilica del mismo nombre, explicándose el cambio del lugar por el número de oyentes que un documento oficial eleva á setenta mil. Allí empezaron de nuevo los milagros con más profusión y según dice el testigo. «Muchos leprosos y enfermos iban á implorar su curación» y ya sabemos que jamás era en vano.

«La esposa de un oficial, que se habia quedado ciega, y á la que una fé tardía impulsó á seguir al Santo, se presentó á él un dia en el convento de Dominicos en donde se hospedaba suplicándole que le devolviera la vista. Él le tocó los ojos, hizo sobre ellos por tres veces la señal de la sagrada Cruz diciendo: «Que Jesucristo os devuelva la luz» y á la tercera invocacion la ciega empezó á ver. (*Declaración del Dominico Juan Mabé, el cual asistió con todo el clero de Nantes á la recepción del Santo ad Ripariam ligeris*).

»La joven que la servia de guia, dice el ingénuo historiador, iba delante á la ida y detrás á la vuelta »

Vicente Ferrer predicó allí todo el Adviento de 1418, su último Adviento, y para juzgar de los resultados no hay más que tener en cuenta lo que es todavia Nantes, ciudad laboriosa y fecunda en obras de vida.

Pero en vano es que se busquen allí los recuerdos: el convento de los Dominicos está hoy dedicado á una industria cualquiera y la iglesia, que aun conserva cierto carácter, ha sido cortada en dos por una nueva via de comunicación.

Aun habia más que destruir: Dios estaba allí más vivo. Asi es que la barbaridad y la ferocidad humanas se concentraron allí en los dias de la Revolución y durante dieciocho meses funcionó una Comisión para buscar y quemar todos los archivos de los conventos, obispados, castillos y parroquias. Allí reinó durante tres meses Carrier, escoria de las ignominias humanas, cuya elocuencia consistía en blasfemar, jurar y repetir: «¡Denunciad, denunciad, hato de... El Loire es bastante ancho y bastante profundo!»

Para dar más fuerza á sus discursos subió un dia al púlpito de Santa Cruz. Un emisario secreto de Paris, encargado de expiarle, encontró que esto *hacia más mal que bien!* ¡Pobre lengua francesa! La Convención guillotiné á Carrier, á pesar de su sistema de defensa sencillo y concluyente: «Yo no he hecho más que ejecutar vuestras órdenes.» Vense en los cenagales de la naturaleza maldita algunos monstruos venenosos que espantados de su propia fecundidad, devorarán á su espantosa prole.

Felizmente puede la mirada descansar de estos horrores pasándose en la consoladora visión de esas almas verdaderamente escogidas que la influencia de Vicente Ferrer elevó sobre las más altas dignidades de la tierra. La bienaventurada Francisca de Amboise, nacida en 1427, estuvo casada con Pedro, duque de Bretaña, segundo hijo de Juan V y de Juana de Francia, hija de Carlos VI. «La duquesa Juana era una de las princesas más virtuosas de aquel siglo. Educada en la escuela de San Vicente Ferrer, la había escogido Dios para sembrar la semilla primera de la virtud en el alma de la pequeña Francisca.» (*Vida de la Bienaventurada Francisca de Amboise*, por Mgr. Richard, arzobispo de Paris.—París y Nantes, 1865).

«La duquesa Juana, dice otro biógrafo, había sido la madre y maestra espiritual de Francisca de Amboise, que le fué confiada cuando tenía cuatro años de edad y á la que legó, como el más precioso depósito, las enseñanzas de San Vicente Ferrer. Mientras los caballeros cabalgaban á través de los bosques, Juana de Francia y las damas de su séquito se entregaban á ejercicios de piedad recomendados por el Santo (esto tenía lugar en Gingamp, en donde residía una de las brillantes cortes de Europa), así es que los nombres de Juana y de Vicente Ferrer quedaron desde entonces grabados en el corazón de Francisca que tomó á los dos por guías de su vida y que á su vez se consagró al culto del ilustre Apóstol.»

Hacia ya ocho años que éste estaba en la gloria, cuando vino al mundo Francisca de Amboise, tierna flor comparable á la Bienaventurada Margarita de Saboya, la cual fué llevada á la corte del duque Juan V para ser allí educada en previsión de su futuro matrimonio. La duquesa Juana le consagró todos sus cuidados, conociendo la influencia que las mujeres ejercen en el espíritu de los principes y realmente Francisca completó á su marido muchas veces, sin mezclarse de una manera directa en el gobierno.

La duquesa le enseñó todo lo que ella había aprendido de Vicente Ferrer, incluso la manera de orar, de modo que Francisca vino á ser la nieta del Santo abuelo.

Al llegar á los quince años se celebró su matrimonio, asignándoles á los nuevos esposos el ducado de Guingamp como dote y residencia.

Pedro era caprichoso, aunque de buen corazón; tuvo celos y atormentó algún tiempo á su mujer; pero desengañado al fin, vino á ser el mejor instrumento, el noble cómplice de las obras santas en que ella empleaba su vida.

Habiendo heredado el ducado de Bretaña por muerte de su hermano mayor Francisco, se guió por los consejos de su mujer, no teniendo por qué arrepentirse, siendo su primer cuidado el hacer canonizar á Vicente Ferrer, por lo que á ella principalmente se debió esta grande gloria de la Iglesia y del mundo.

Muerto su marido, Luis XI, que como buen político pensaba anexionarse la Bretaña, quiso que se casara con su cuñado (sabido es que él se había casado con Carlota, princesa de Saboya) y con este objeto hizo un viaje á Bretaña; pero Francisca opuso una resistencia absoluta y cuando se quiso obligarla por la fuerza intervino Dios por medio de un milagro.

Con la idea de consagrarse á la vida religiosa, vió en Nantes al general de los carmelitas, el cual la indujo á que fundara en Vannes, en el sitio llamado el *Buen don ó tres Marias ó Nazareth*, un monasterio de carmelitas, cuyas primeras madres vinieron de Lieja, en el cual ingresó también ella el 25 Marzo 1467 á la edad de 40 años. Elegida Priora siete años después, hizo del convento un paraíso, habiendo llegado á ser legendaria su divisa: «Sobre todo haced que Dios sea lo que más ameis!»

Su cuñado Francisco II, nuevo duque de Bretaña, que residía entonces en Nantes, quiso tenerla á su lado: «Sixto IV ordenó la traslación regular del Buen-don al monasterio Benedictino de los *Scots (De Seotiis)* vulgo los *Couets*, en la ribera izquierda del Loire, hoy seminario, en donde murió en olor de santidad en Octubre 1485.»

«La Bienaventurada Francisca de Amboise guardaba cuidadosamente un rosario de madera que había recibido de San Vicente...» «Después de canonizado, el cardenal legado Alano Coétivy, le regaló un dedo del Santo, su gorro doctoral y su cinturón, que ella recibió como preciosas reliquias y al morir las legó á su monasterio de Coëtles-Nantes, fundado por la misma.» (*Vida de la Bienaventurada*, por el venerable Alberto Legrand, edición Kerdanet, p. 349).

Durante la Revolución M.^{me} de La Salmonière, última priora, se retiró al convento de las Señoras hospitalarias de la Gran Providencia, á las que salvó su extraordinaria caridad, llevando consigo las reliquias de Santa Francisca de Amboise y de San Vicente Ferrer, y á su muerte las dejó á la comunidad que le había dado asilo.

La actual superiora y muchas hermanas que la han conocido lo han atestiguado y lo atestiguan aún, por lo cual Mgr. Jaquemet, obispo de Nantes, declaró auténticas dichas reliquias.

Autorizado para romper los sellos, he podido ver y tocar á mi comodidad estos preciosos objetos: el rosario es de madera oscura ordinaria, alerce ú otra parecida, siendo sus granos del grueso de un guisante pequeño y estando ensartados por un bramante sin nudos: tiene exactamente cinco decenas separadas por *paters* un poco más gruesos y ligeramente acanalados: su cruz inicial está formada por cinco granos y sin duda de esta disposición procede la costumbre de recitar al principiar el rosario el *credo*, el *pater* y tres *ave Marias*, en lugar de seguir el método dominico que parece mucho más racional. No es de extrañar que hallándose la Bienaventurada en posesión de este tesoro, ayudara con todo su poder al B. Alano de la Roche á *restablecer* las cofradías del Rosario.

El cinturón es de cuero fuerte y bastante ancho. El gorro de lana negro, su tocado ordinario, está remendado, sin duda por él mismo, á juzgar por la desigualdad de las puntadas.

El pañuelo (*sudarium*) es de una tela gris gruesa y sólo hay un pedazo como de 20 centímetros.

Ya hablaremos más adelante de la influencia póstuma de Vicente Ferrer sobre la Iglesia y el mundo, influencia cuyas poderosas ondulaciones se sienten todavía. Nantes nos ofrece de ello una prueba, no sólo auténtica, sino autógrafa.

Tomado de las memorias autógrafas de M. Olier.

M. Olier da cuenta de la visión que tuvo en Bretaña de San Vicente Ferrer.

«Me dió á entender que la gracia apostólica no consistía solo en esto y que no era dado á todos obrar con la misma energía, pues dependía de Dios el obrar con eficacia por aquel á quien tenía á bien en favor de las personas que quería y que este don era concedido segun la intencion (sic) que Dios tenía de valerse de sus ministros.

»Me daba á entender que alcanzaria para mí la eficacia y el don proporcionado á mi vocacion y mi empleo que no exige principalmente el ejercicio asiduo de la predicacion.

»Además me dió á entender que tendria la gracia de formar hijos de Dios que continuarían nuestros proyectos en pro de su divino servicio y extenderían el reino de Jesucristo, lo cual sería de un provecho más estable y permanente que el de la sola predicacion que pasa pronto y no tiene tantas consecuencias.

»Y para eso deseaba que empezase á hacer alguna cosa en Nantes, que está cerca de Vannes y que enviara allí algunas personas á

las que él comunicaria su gracia y bendicion para que empezaran á obrar segun sus intenciones y continuaran los trabajos en esta provincia de Bretaña que Dios ha puesto bajo su proteccion.

»Despues de lo cual, habiendo ido á ver al Vicario General de Monseñor de Vannes, me manifestó que seria de desear para el bien de la provincia que hubiese en Nantes algunos establecimientos, sin hablarme de su propia diócesis, á la que parecia olvidar para más confirmarme. Y habiendo llegado á Nantes encontré grandes facilidades y semillas (sic) en el corazón de las personas más importantes de la ciudad y de la diócesis para obrar alguna cosa en gloria de Dios.

»Este gran Santo me pidió una misa al mes para estas intenciones. Y antes de salir me pidió que recitase tambien mis oficios é hiciera mis horas á las mismas intenciones, lo que le prometi, pidiéndole que se dignara poner en mí sus disposiciones.»





CAPÍTULO XV

LA MUERTE

La casa Dreulin. — Modo de pagar su escote. — Un hermoso rincón de tierra. — La almohada. — Salida falsa — «Señores bretones». — Súplica atendida — Horas supremas — La duquesa de Bretaña. — Las mariposas blancas. — Sepultura. — Vannes de luto.

(1410)

GXTENUADO, pero con el alma tranquila y seguro de hacer la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida, se encaminó lentamente á Vannes para morir allí.

La entrada del Santo en Vannes fué tan solemne como la vez anterior, formándose la procesión en la capilla de Santa Catalina, cerca del cementerio de San Paterno, de la que sólo se conserva uno de los muros que se ha utilizado para construir una casa vulgar. La duquesa le envió su litera, de la que se sirvió por deferencia.

Este mismo sentimiento le hizo aceptar esta vez la hospitalidad de un caballero llamado Dreulin, personaje de la corte de Bretaña y cuya casa estaba situada en la misma plaza de los Torneos.

«He visto en Vannes una cuaresma al maestro Vicente, que estaba alojado en la casa Dreulin, hoy Fanchour, el cual predicaba y cantaba la misa todos los días. Su elocuencia era extraordinaria... Muchas veces he presenciado sus comidas y he visto que comía y bebía poco y jamás de carne. Muy poco tiempo antes de caer mortalmente enfermo todavía predicaba y venían á oírle de dos y tres leguas de alrededor, cosa que yo he presenciado.»

Se deduce de estas declaraciones que hasta el momento de morir conservó el Apóstol su valor, su memoria, su fuerza y su austeridad.

Debia morir al terminar la cuaresma. Cuando la naturaleza agotada pidió gracia, ésta suplió á la naturaleza: antes y después de hablar estaba abatido, extenuado, había que ayudarle para andar y sostenerse en pié: todo lo que le quedaba de vida se concentraba en su palabra.

Pagó los cuidados que le prodigaron de la manera que tenía por costumbre, pues habiendo caído en una caldera de agua hirviendo un niño, hijo de sus huéspedes, le volvió á la vida haciendo sobre él la señal de la cruz.

Se intentó luchar contra una catástrofe á todas luces inminente, y él, bueno y apacible, dejaba hacer.

Hay á corta distancia de Vannes un rincón de tierra encantador en donde la vista abarca el pequeño mar (Morbihau) y su archipiélago, de una poesía más seductora que el archipiélago griego. Allí, gracias á esas corrientes de agua templada, de cuya benéfica influencia participa aún Roscoff, se desarrolla toda la vegetación meridional y al sentirse los primeros efluvios primaverales, se respira un aire tibio y embalsamado. Allí podía el Santo soñar á su placer con el cielo, en este rincón de tierra que ofrece á la vez un aspecto de aspereza salvaje y de suave melancolía, en donde la atmósfera gris agranda los objetos; en donde cuando se ve destacar en el horizonte al ponerse el sol la silueta de un hombre ó de un objeto, se cree en la aparición fantástica de los seres sobrenaturales.

«Es tradicion constante en el municipio de Arradon, pequeño pueblo situado cerca de Vannes, á orillas del mar, que el gran Domingo ha habitado allí por más ó menos tiempo durante su permanencia en Vannes, y todavia se enseña en un campo una pequeña protuberancia de granito que presenta dos cavidades gemelas inmediatas una á otra y redondeadas en forma de cúpula que se consideran como la impresion milagrosa de las rodillas del Santo, así es que con frecuencia los aldeanos imploran allí á San Vicente Ferrer colocándose en la actitud en que suponen se ponía él.

»Hay en este municipio una antigua casa de campo que lleva el nombre de *Truhelin*, que equivale á *Dreulin*, y ya sabemos que el domicilio en que se hospedó el Santo, situado entre el castillo de l' Hermine y el convento de los Frailes Menores era el de un caballero cuya esposa era amiga de la duquesa y se llamaba Dreulin. A la residencia campestre de este caballero es á donde el extenuado Apóstol iba á descansar un poco.

»De tiempo inmemorial los colonos de Truhelin, que se suceden de padres á hijos en esta heredad, conservan piadosamente en una

caja de encina una piedra, objeto de general veneracion, que se designa con el nombre de *almohada de San Vicente Ferrer.*»

En 1672, al proceder al inventario de los bienes del señor de Truhelin, se presentó un cofre ó *caja* que contenia *la piedra que habia servido de almohada al maestro Vicente*, la cual está hoy en lo que resta de la antigua iglesia de Arradon.

La casa Dreulin en Vannes fué destruida en tiempo de la liga, no quedando nada de ella, y el barrio entero ha sido transformado.

Según el historiador Guyot, el duque de Bretaña habia elegido á Vannes para su residencia en atención á la belleza y fertilidad del pais y de aqui toma pié para hacer un pomposo elogio de Vannes:

«Esta ciudad supo resistir á César: tenia un comercio mas estenso que la antigua Tiro: Polonio y Strabon afirman que Venecia estaba orgullosa de deber á Vannes su existencia, siendo por mucho tiempo idénticos los trajes y costumbres de ambas: las islas inmediatas y principalmente la de Rhuyson son encantadoras y están pobladas de pájaros armoniosos y de rico plumaje.»—Creería uno leer un capitulo de *Telémaco*.

Penetrados de dolor los Valencianos de pensar que iban á perder á su amigo, su protector y su hermano, y más todavia de pena por dejar tan lejos de su patria esta gloriosa tumba, renovaron sus suplicas, á las que él accedió de nuevo sonriendo.

«Cuando objetaba, dice Alberto Legrand, que según la profecia debia morir en *Occidente*, respondian los Valencianos que el Occidente es relativo y que Valencia está al Occidente de alguna parte del mundo.»

Despidióse de la duquesa y de su corte: lloraron, pero respetaron el sentimiento á que obedecia, en un pais en que se hallará siempre el amor á la patria cuando haya desaparecido del resto de la tierra.

Guyard, que refiere la muerte del Santo con una naturalidad admirable, enumera detalladamente los motivos que tenian los Españoles para llevársele, *que no son los mismos que alegaron*: «Ellos se consideraban como guardianes de un gran tesoro y que serian mal recibidos en España, si no llevaban consigo á San Vicente Ferrer; y por otra parte, donde estaba la cuna debia estar el sepulcro. Y lo que ellos le dijeron fué: que allá abajo le esperaban con ansia; que si llegaba á caer enfermo, se encontraria mejor en su convento respirando el aire natal; que estaba terminada su carrera y ya no habia para él más que el *in reliquo*; pero como sabian que era más fácil

llevarse la ciudad de Vannes que á San Vicente, resolvieron salir de noche; y en efecto, partieron por la noche.»

«Los religiosos que le acompañaban, viéndole enfermo, le hicieron embarcar para su patria; pero habiéndose agravado el mal de repente, se vió obligado á volver y fué recibido al són de todas las campanas de la ciudad.» Asi se expresa su Oficio Propio de la diócesis de Vannes.

La primera falsa marcha fué por tierra; la segunda por mar, y la tradición señala el punto preciso en que se embarcó, casi enfrente de la puerta actual de la ciudad, la cual se construyó en 1622 y lleva el nombre de *Puerta de San Vicente*. Su estatua, que se colocó en 1624, mira y protege al puerto de Vannes, y á este propósito se refiere, que habiéndola quitado con motivo de una reparación que duró algún tiempo, sobrevinieron durante su ausencia repetidas desgracias que hicieron recordar la protección que dispensaba.

No lejos de la puerta se descubre un resto de fachada de una capilla edificada en el sitio en que desembarcó, que se llamaba capilla de *Fétis*.

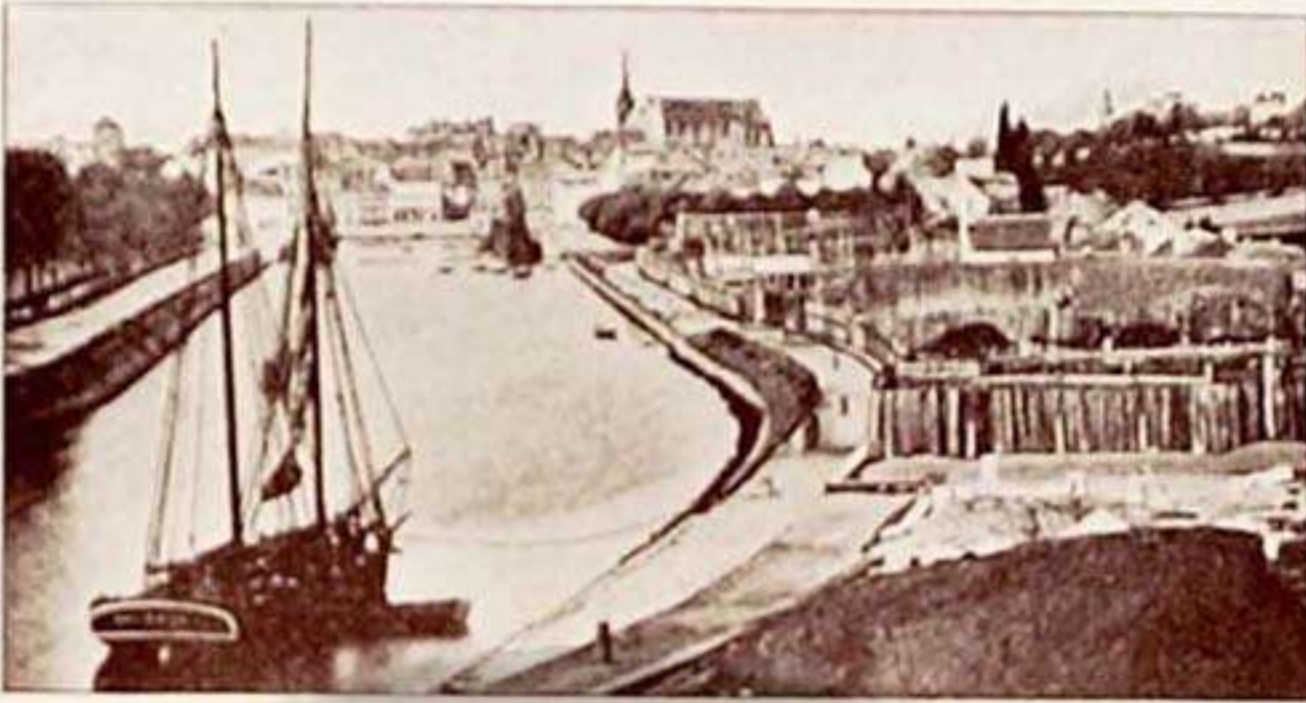
«Cuando volvió á entrar por la mañana se suspendieron en la ciudad todos los trabajos, acudió todo el pueblo y hubo una alegría general como en los días de gran solemnidad.»

De vuelta á su morada curó por última vez á todos los enfermos que se presentaron y dijo al pueblo: «Id, hijos míos; Dios me envía aquí otra vez, no para predicar, sino para morir. Volved á vuestras casas, y Él os recompense el honor que vuestro afecto ha creído que debía tributarme.» Aquella misma noche se apoderó de él una fiebre violenta, acompañada de dolores terribles; pero atleta acostumbrado hacia mucho tiempo á dominar el dolor, no dejó un momento de sonreír.

A fuerza de piadosas instancias se consiguió que tomara algunas medicinas fortificantes, que aceptara un colchón y que se despojara de su cilicio, que la duquesa le quitó para guardarlo como reliquia. La destreza compasiva de las mujeres logró que tomase una sopa de carne, pero haciéndole creer que era de pescado.

Como se aprovecharan de su condescendencia para rogarle que resolviera la cuestión que habia surgido entre los religiosos de su Orden y los magistrados con motivo de su sepultura, suplicó que no se turbara por tan fútil motivo la paz que habia predicado y que tanto deseaba á sus queridos Bretones. «Yo no soy más que un pobre monje, servidor de Jesucristo, pone en su boca Alberto Legrand, y

VANNES



Vista general.



Puerta de San VICENTE FERRER en Vannes.

debo ocuparme mucho más de la salvacion de mi alma, que de la sepultura de mi cuerpo. Que no sea mi muerte motivo de disputa. Dejad que el Prior del convento Dominico más próximo lo disponga todo.»—El convento más próximo era el de Guerande ó el de Quimperlé.

La corte, el obispo, los magistrados y el pueblo fueron todos á visitarle, derramando abundantes lágrimas, y él les consoló lo mejor que pudo. Don Lobinean pone en su boca este discurso según Razzano.

«Mis carisimos señores: No os aflijais por mi partida, antes dadme mil enhorabuenas de que el Señor me quiera llevar de esta vez á su gloria, como lo espero de su bondad inmensa. Ya, ya es tiempo de que hallándome en edad tan adelantada pague á la mortalidad el general tributo. Mi cuerpo quedará en vuestra compañía, y mi espíritu, donde Dios le colocará, será vuestro procurador y patrono, y os sabrá negociar los más apreciables dones y consuelos, como se conserve en esta ciudad la doctrina que os he predicado. Cuanto os he dicho en estos dos años con tanta frecuencia hallareis ser una pura verdad, y de inmenso provecho para vuestras almas. Todos sabeis cuan llena de todos vicios hallé esta vuestra region de Bretaña, y que no he perdonado á fatiga alguna para arrancar vicios, y procurar en todo el mayor aprovechamiento de las almas, cuyo fruto es bien patente á todos. Haced todos conmigo gracias al Señor, dador de todos los dones, porque á mi me hizo la gracia de sus divinas y eficaces palabras, y á vuestros ánimos con sus auxilios les dispuso para que fructificase en ellos mi doctrina en vuestro mayor aprovechamiento. Solo falta, amados mios, el que perseveréis constantes en lo comenzado, y que lo que de mi habeis aprendido jamás lo pongais en olvido. Con esto en el tribunal del divino juicio, que tanto os he predicado y debeis tener siempre presente, seré vuestro perpétuo abogado. Quedaos con la bendicion de Dios, amados mios. A Dios, que yo de aquí á diez dias dejaré la terrena cárcel que detiene á mi espíritu, para que libre de las prisiones y la sombra vuele á aquella mansion que es toda libertad y toda luz» (1).

La intervencion de San Vicente Ferrer ha sido muy eficaz porque la vigorosa tenacidad de este pueblo ha resistido á la perfidia, á la violencia y á la acción más disolvente todavia de sus apóstatas. La fé y su respeto á las tradiciones hacen todavia de él como un pueblo

(1) Vidal y Micó, que lo da algo más extenso que el autor. (N. del T.)

aparte en medio de las olas ascendentes de una vituperable indiferencia.

Tuvo con sus discípulos una última conversación en la que desahogó su corazón de apóstol, de hermano y de amigo.

Habiendo quedado solo, hizo que le dieran la absolución con la indulgencia plenaria *in articulo mortis*, único favor que había aceptado de Martín V cuando éste le preguntó qué deseaba en recompensa de tantos servicios como había prestado á la Iglesia.

Recibió con dulce piedad los sacramentos que sirven de viático á todo cristiano para ese viaje del que ya no se vuelve, sobre lo cual escribe un biógrafo estas hermosas palabras: «Hizo esto como todo el mundo para que la muerte no dudase en herirle creyendo que bajo esta envoltura mortal se ocultaba un espíritu celeste.» Desde aquel momento quedó unida su alma al Criador en un éxtasis dulce y tranquilo.

Entre tanto era general el duelo y terrible la angustia. Quisieron recibir una vez más su bendición y él accedió con gusto á pesar de su debilidad, acudiendo toda la población, sobre la que se bajó su mano desde su lecho de muerte bendiciéndola.

Cuando llegó el noveno día se cubrieron sus facciones de una palidez livida, anuncio de una próxima agonía. Hizo que le leyeran la Pasión de Nuestro Señor según los cuatro evangelistas, luego los siete salmos de la penitencia, recitando él también el salterio, cosa á que estaba tan acostumbrado.

Y, cosa singular; este justo experimentó en el último instante una extraordinaria sensación de arrepentimiento y se observó como una dolorosa contracción de todo su ser al oír ciertas palabras del profeta penitente, apareciendo su frente empapada de sudor. Eran como los últimos saetazos de la inexorable justicia sobre esta alma que tanto habían respetado los ínfimos humanos. Entonces los religiosos que le asistían le dijeron: «No podemos hacer más que repetiros lo que habéis aconsejado siempre á los demás: tened confianza en Dios y en su misericordia.» Y al oír esto levantó las manos al cielo y entreabrió los ojos en los que brilló un penetrante destello.

Cuando acababan de invocar á todos los Santos en favor de este Santo que iba muy luego á aumentar el brillo de sus falanges gloriosas, sintiendo llegar la muerte, juntó las manos, levantó los ojos al cielo, estrechó por última vez el Crucifijo, inspirador y testigo de todos los misterios de amor que habían formado la trama de su vida,



Muerte de SAN VICENTE FERRER, según un cuadro que se conserva en la catedral de Vannes.

y se mostró en su semblante una singular expresión de alegría: terminaba dulcemente su peregrinación en la tierra.

Alma libre, pero que llevaba visiblemente el sello de su divino origen, había alcanzado una de las más elevadas cumbres á que le es permitido llegar al hombre, no para él solo, sino para el bien de esas multitudes que Dios, eterno Pescador, ha resuelto salvar en su inefable misericordia.

Murió el miércoles de la semana de Pasión, 5 de Abril de 1419, á la hora de Vísperas, y edad de 70 años.

«El V día de Abril de dicho año mil cuatrocientos XVIII (estilo antiguo) el glorioso confesor y amigo de Dios hermano Vicente Ferrat, natural de Aragon, religioso de la Orden de los Hermanos Predicadores, entregó á Dios su alma en la ciudad de Vannes, en casa de uno de los vecinos de la misma llamado Le Faucheur. Fué más tarde canonizado y admitido en el paraíso por sus santos milagros: el cuerpo fué sepultado en el coro de la Iglesia catedral de Vannes, y para conocer el año y el mes de su fallecimiento tómense las letras numerables de este versículo: *Inclite Vincenti capit heu te mors in Aprili.* (Alano Bruchard. *Grandes crónicas de Bretaña.*)»

La duquesa de Bretaña quiso lavar con sus reales manos los pies del gran misionero, homenaje instintivo que la lengua sagrada expresa en estos términos: *Quam pulchri pedes evangelizantium bonal*—Jamás fué mejor aplicado. El agua de que se sirvió esparcía una suave fragancia y permaneció pura hasta su completa evaporación, y muchos enfermos lograron con ella la curación de sus males.

La duquesa conservó su capa como reliquia, poniéndole la de su confesor, que era también Dominico.

En el momento de espirar penetró en su habitación por la abierta ventana un grupo de blancas mariposas, creyéndose que eran ángeles que venían á recibir su alma, pero es más probable que fueran atraídas por el penetrante aroma que en aquel instante exhaló su cuerpo.

En la primavera, sobre todo en los países húmedos, se encuentran multitud de mariposas blancas del género *noctuelles*, á las que se da el sobrenombre de ángeles por su blancura. En español *Palomas* significa á la vez mariposas y palomas, si bien para designar á las primeras se emplea más generalmente la palabra mariposas, y esto es lo que ha inducido á errar á los historiadores al hablar de palomas. «Estas pequeñas mariposas, dice Guyard, volaban por la habitación con una alegría sin igual, pareciendo que con sus diminutas alas qui-

sieran producir en el aire una música para cantar como un triunfo su entrada en el cielo.»

Un cuadro de valor que se conserva en la catedral de Vannes representa la muerte de San Vicente Ferrer.

Así que murió se cerró herméticamente la casa, porque se decía que los Frailes Menores por un lado y los Dominicos por otro querían arrebatarse el cadáver.

El Obispo y el Cabildo le hicieron guardar cuidadosamente, no conformándose con que fuera enterrado en otra parte que en la catedral de Vannes, y no eran vanos sus temores, porque cuando fué el Obispo por la noche á llevarse el cadáver hubo una verdadera batalla, resultando heridos muchos religiosos, y gracias á que el cordón de tropas de que estaba aquél rodeado pudo hacerse respetar. Aun así fué llevado á la fuerza por el vicario Juan Collet, el mismo que le administró los últimos Sacramentos, Ives de Gluidic y otros sacerdotes.

«En la noche de aquel día, dice el historiador de Bretaña, fué llevado el cuerpo procesionalmente á la catedral, asistiendo el pueblo, incluso los que tenían el encargo de seguirle desde la casa Dreulin y de impedir que se apoderaran de él los Frailes Menores, cuyo convento estaba situado en la parroquia, y se le colocó en el coro. Muchas personas acudían por devoción á tocar como reliquias estos venerables restos y las ropas que los cubrían.

»Todos con el Obispo á la cabeza, sin arredrarles el prejuzgar la decisión de la Iglesia, inauguraron el culto público tributado á estos santos despojos; la duquesa llevando al príncipe Francisco y una de sus damas al príncipe Pedro (el duque estaba preso en el castillo de Chantocé por la duquesa de Penthièvre), la nobleza, la justicia, la ciudad y sus cercanías; visto de lejos, se hubiera dicho que toda la Bretaña estaba en Vannes, homenaje tan universal como espontáneo.»

Fué tal la concurrencia, que hubo necesidad de conservarle expuesto tres días para que quedara satisfecha la devoción de los fieles y rodearle de soldados armados. En todo este tiempo conservó el cuerpo toda su flexibilidad y su rostro el color fresco y natural, como si estuviera dormido, y el aroma de que hemos hablado llenaba la iglesia y se esparcía al exterior.

Flaminin nos traza un cuadro de la entristecida Vannes bastante verosímil.

«No solo los que presenciaron su muerte, sino la ciudad entera quedó sumida en profundo dolor, sin que sea posible llorar más

amargamente al mejor padre, ni al hijo más querido. Nadie se ocupaba más que de aquella comun desgracia; por todas partes gemidos, por todas partes lamentos, á los cuales se mezclaban las alabanzas al Santo: el uno elogiaba su austeridad y su vida ejemplar; el otro ponderaba su erudicion admirable, verdadero repertorio literario; un tercero la fuerza irresistible de su elocuencia y el don de profecía que poseia en tan alto grado; otros, en fin, recordaban sus infinitos milagros. Y á medida que se le alababa, crecia el entusiasmo y redoblaban los elogios y á nadie se tachaba de exageracion al ensalzar de este modo á este hombre, modelo de todas las virtudes.»

Según las declaraciones canónicas, Juan Lavazi, carpintero, hizo el ataúd y le colocó en él revestido con su hábito de predicador en presencia de la duquesa Juana, de Madame de Malestroit, y de otras muchas señoras, llevándole á la iglesia en procesión que presidió el obispo con su hermano el obispo de Saint Malo. Colocáronle primero en el coro con la cara descubierta, tocando en él varios objetos, y luego en la sacristia, esperando órdenes del duque.

Recibidas éstas, abrió la fosa el albañil Guillermo Robert, celebró la misa de *requiem* el sacerdote Ives Dano, y se le dió sepultura entre el coro y el altar mayor, en el lado Norte, delante de la silla episcopal, el viernes 7 de Abril, á las cuatro de la tarde.

Juan Lavazi añade que se colocaron sobre su sepulcro, por precaución, gruesas barras de hierro y grandes piedras «porque querian guardar su cuerpo como reliquia».

Los funerales se celebraron con toda la solemnidad que puede imaginarse, acudiendo á ellos todos aquellos á quienes les fué posible; y el obispo de Vannes en persona, teniendo á su lado al obispo de Saint Malo, depositó con gran respeto los sagrados restos en la sepultura abierta enfrente de la silla episcopal.

La virtud taumatúrgica exuberante, por decirlo así, en Vicente Ferrer, que ya se manifestó en el seno de su madre, quedó inherente á su cadáver y á todo lo que le había pertenecido. Dos difuntos colocados al lado de su tumba abierta, volvieron á la vida y dieron testimonio en la tierra de su gloria en el cielo.







CAPÍTULO XVI

EL SANTO CUERPO

Posesión disputada.—Delegado inteligente.—La Liga en Bretaña.
—Comedia seria.—Demasiado bien escondido.—El hallazgo.—
Obispo poco orgulloso.—Nuevo reconocimiento.—Estado actual.

EL cuerpo de San Vicente Ferrer pertenece á la catedral de Vannes. Esto es un hecho y un derecho, no sólo porque los Soberanos Pontífices han expresado su formal voluntad sobre este punto, sino porque así habia de ser desde el principio, toda vez que, según declaración de dos testigos al preguntar al Santo dónde queria que le enterrasen, contestó: «Donde disponga el obispo de Vannes». Y esta pregunta se la hizo uno de sus hermanos, Ives Nubian. Otro testigo dice: «Donde disponga el duque de Bretaña y el obispo de Vannes». Pero el duque de Bretaña y el obispo de Vannes han dado á conocer francamente su decisión.

A pesar de esa pacífica intimación del moribundo á propósito de sus restos mortales, no dejó de haber resistencias, y la verdad es que se trataba de un tesoro de gran valor.

Los Hermanos Predicadores decían, y al parecer no les faltaba razón, que el que tan al extremo llevó la obediencia durante su vida, debía también mostrarse obediente al morir y, por lo tanto, atenerse á los deseos de sus inmediatos superiores.

Aunque el voto de obediencia sea absoluto en la Orden de Santo Domingo, se respeta la última voluntad. Sin embargo, no hubiera faltado el obispo á ninguno de sus deberes al consentir que se llevara el santo cuerpo á Guérande ó á Quimperlé, en donde se hallaban los conventos más próximos, pues, si se ha de creer á otro de sus

discipulos, Juan de Millocen, Vicente Ferrer dijo también: «Si es posible, que se tome parecer del Prior del convento más próximo.»

Había en favor de los Dominicos un precedente muy significativo en la cesión milagrosamente forzada de las reliquias de Santo Tomás de Aquino, las cuales permanecieron mucho tiempo en poder de los Cistercienses, entre los cuales había fallecido, pasando luego á manos del conde de Fondi; pero á consecuencia de apariciones, censuras y hasta castigos repetidos, hizo Santo Tomás que se entregasen por fin á los Dominicos, y hasta el Papa, que se había opuesto en un principio á esta traslación, cambió de repente de parecer.

Así es que no cesaron éstos de protestar con motivo del cuerpo de San Vicente Ferrer, no queriendo dar lugar á la prescripción y que luego pudiera decirse: «La posesión es un título».

En cuanto á la posesión, una ordenanza del duque de Bretaña se expresaba en estos términos:

«Pedro, por la gracia de Dios, Duque de Bretaña, Conde de Monfort y de Richemont, á todos los que las presentes vieren, salud.

»Como por la gracia divina el bendito maestro Vicente de Valencia, de la Orden de Predicadores, despues de predicar muchas y santas doctrinas para exaltacion de la fé católica, haya fallecido en esta nuestra ciudad de Vannes y sido sepultado honrosamente en la Iglesia de Vannes, una de las iglesias catedrales honorables de nuestro pais; y habiendo mandado Nuestro Santo Padre en obsequio Nuestro que el cuerpo de dicho maestro Vicente quede en dicha iglesia perpétuamente despues que fuere canonizado, segun aparece de las bulas de nuestro dicho Santo Padre expedidas en el séptimo Idus de Octubre del año mil IIII cincuenta y uno; hacemos saber que por las causas antedichas y además porque mi querida señora y madre la Duquesa, por la gran devocion que tenia á dicho maestro Vicente, se ha hecho enterrar en la dicha iglesia cerca de la tumba de dicho maestro Vicente, hemos hecho jurar á nuestros muy queridos y leales consejeros el Obispo y Canónigos de Vannes que jamás consentirán que dicho cuerpo sea trasladado de dicha iglesia, si no que lo impedirán con todo su poder, sin hacer uso de relajacion ó dispensa del juramento; y por otras causas que á ello nos mueven es nuestra intencion y voluntad que, segun lo ordenado por nuestro dicho Santo Padre, el cuerpo de dicho maestro Vicente permanezca en esta iglesia de Vannes perpétuamente, como previene dicha ordenanza de nuestro Santo Padre, la cual bajo palabra de príncipe prometemos guardar y hacer guardar, no obstante cualesquiera cartas

que por importunas demandas ú otro motivo pudieran alcanzarse de Nos, las cuales queremos que no tengan efecto alguno. Y queremos que á la copia de estas letras, hecha por uno de nuestros tribunales, se le dé la misma fé que al original.

»Dado en nuestra ciudad de Vannes el último dia de Noviembre del año mil III cincuenta y cuatro.»

(*Otro escrito*).—«Sin perjuicio de lo dispuesto hemos retenido algunas reliquias, tanto para Nos como para distribuir á los colegios de la orden de Jacobinos existentes en nuestro pais, lo que por consideracion á los mismos nos han permitido y concedido los dichos Obispo y Cabildo.

«Fecha *ut supra*.

»(Firmado): *Pedro*.

»Por el Duque y de orden suya.

G. de Bogar.»

Arch. del Cab.—*Orig. perg.*—*Gran sello ducal en cera encarnada.*

En efecto, Nicolás V decia expresamente en su Bula expedida el 5 Octubre 1451: «Queriendo evitar que dicha iglesia (de Vannes) sea molestada ó turbada con motivo de dicho cuerpo por los Hermanos Predicadores ó cualquiera otra persona y acudiendo á los ruegos de nuestro querido Hijo Pedro, Duque de Bretaña, Nos queremos, y de ciencia cierta decretamos, declaramos y mandamos que dicho cuerpo, aun después de la canonizacion, si esta tiene lugar, permanezca en dicha Iglesia *á perpetuidad*, no obstante cualquiera disposicion en contrario y aun cuando el mismo hermano Vicente hubiera pedido que se le enterrase en otro sitio.»

Aun después de esta Bula terminante de Nicolás V y la ordenanza categórica del Duque de Bretaña, no perdieron sus esperanzas los Dominicos. Un Papa podia dar lo que otro habia rehusado.

El dia de la canonización el Maestro General, de conformidad con el voto formulado por el Capitulo general de la Orden, presentó según las fórmulas legales, una instancia pidiendo el cuerpo del nuevo Santo, declarando para evitar una discusion inoportuna, que apelaria de la decisión á la corte de Roma.

Tres años después, en 1458, se dirigió una súplica al nuevo Pontifice, Pio II, en la cual se decia en substancia, que cuando San Vicente Ferrer llegaba á cualquier punto, siempre se hospedaba en los conventos de su Orden; que atendida su profesion, no podia haber tenido otra intención que la de conformarse con todas las obligaciones que de ella se derivan, cualquiera que fuese por otra

parte la fórmula de que se hubiese servido.—Efectivamente, algún tiempo antes un Dominico fallecido en Vannes había sido enterrado en los Franciscanos, esperando que se le pudiese transportar al convento más próximo.—Que aunque sus hermanos los Dominicos habían querido, fundados en este derecho, llevarse el santo cuerpo, habían sido rechazados con una violencia indigna. Que la canonización se había hecho principalmente á expensas de los Dominicos y gracias á sus cuidados; y que el derecho exigía que se perteneciese muerto á aquellos á quienes se había pertenecido en vida.

Por estas razones pedían al Papa los exponentes que se dignara designar algunos cardenales para examinar el asunto.

Pío II nombró á los cardenales de los Ursinos y de Zamora, los cuales tal vez hubiesen dado la razón á los Dominicos, si en el interin Francisco II, duque de Bretaña, no hubiese enviado al Papa una embajada, de la que formaban parte el obispo de Saint Malo, testigo de las fiestas de la canonización, y sobre todo un hombre hábil, Bertrand de Coëttanezre, vicescanciller, al que confió la causa el obispo de Vannes, remitiéndole la bula de Nicolás V.

Coëttanezre acudió en derechura al Papa, el cual, reconociendo la autenticidad de la bula, ya no titubeó y el 9 Febrero 1459 publicó otra bula previniendo á los Dominicos y á sus habientes derecho que se abstúvieran de inquietar en adelante á Vannes en la posesión de las reliquias de San Vicente Ferrer bajo ningún título, ni pretexto. El mismo Coëttanezre llevó en persona esta bula al cardenal de Zamora, que se hallaba entonces en Sienna é hizo testimoniar sus cláusulas por un notario apostólico para que nadie alegase ignorancia. El pleito estaba fallado.

Surgió una nueva cuestión con motivo de la autenticidad de la bula de Nicolás V, la cual fué dirimida por un decreto de Pío II fecha 20 Febrero 1459.

Además de Marcial Auribelhi, han ido á Vannes cinco Generales Dominicos á visitar la tumba del Santo: Salvo Casseta, de Sicilia; Joaquin Turriano, Veneciano; Juan Claireau, Normando; Silvestre de Ferrara y Nicolás Rodolphi, Florentino. Este último hizo edificar un convento de Dominicos en un arrabal de Vannes, que fué dedicado á San Vicente Ferrer, en 1633, cosa que las autoridades de Vannes no habían querido permitir hasta entonces por temor á que los Dominicos se llevaran el cuerpo de San Vicente Ferrer. En 1628 ya había tomado su nombre el convento de Carmelitas situado en el Puerto.

Todo marchó bien hasta el siglo XVI. Al estallar las guerras de religión tomó las armas la católica Bretaña y el gobernador Mercoeur, duque de Penthièvre, hizo pedir socorro al rey de España para sostener á la liga, el cual envió una tropa de Valencianos. Estos creyeron llegada la ocasión de apoderarse de los tan deseados restos de su glorioso compatriota, y para ello emplearon primero los medios diplomáticos, haciendo intervenir al duque de Mercoeur, el cual hizo hincapié en la gratitud debida.

Carta del duque de Mercoeur al Cabildo de la Iglesia catedral de Vannes.

«Señores:

El deseo que abrigo de complacer al rey católico en todo aquello que pueda serle grato, como persona á quien tanto deben los católicos de esta provincia, me mueve á escribiros la presente para haceros saber la singular devocion en que tiene el precioso cuerpo del Señor San Vicente Ferrer, el cual, segun creo, yace en vuestra iglesia. Deseando en gran manera tenerlo entre sus joyas y tesoros más sagrados, me encarga os ruegue muy encarecidamente tengais á bien acceder á su peticion, atendido el gran favor que nos ha hecho. Y he encargado al Señor maestro Cornet que os lleve expresamente esta noticia de mi parte y os haga patente con más eficacia el deseo de Su Majestad sobre este punto; que si os place acceder á él, tratándose de un rey tan grande, verdadero protector de la Iglesia católica, como os lo suplico de nuevo, quedaré en la obligacion de ayudaros en todo lo que de mi dependa con toda la buena voluntad posible.

»Dios, Señores, os conserve en su santa guarda.

»Vuestro buen y afectuoso amigo

»Enmanuel de Mercoeur.

»Nantes el 6 de Enero 1592.»

Algunos canónigos se prestaban á ello, á juzgar por una carta de Felipe II concebida en estos términos:

«Don Felipe, por la gracia de Dios rey de España, de las dos Sicilias, de Jerusalem, etc.

»Venerables y nuestros muy queridos Dean y Cabildo de Vannes.

»Ha llegado á mi noticia la buena voluntad con que habeis ofrecido enviarme las reliquias del santo cuerpo de San Vicente y con gran satisfaccion y alegria os doy gracias por vuestra buena disposicion, y atendida la devocion que tengo á San Vicente, os ruego que ordeneis me sean remitidos lo más pronto posible, pudiendo tener

de este modo la seguridad de que me prestareis un gran servicio, al que os quedaré muy reconocido.

»Dado en Valladolid hoy 20 de Julio 1592.

»Yo el Rey.»—(Traducción contemporánea).

Los canónigos contestaron atentamente que lo que pedia no estaba en sus facultades.

«Señor:

»Acabamos de recibir la carta con que Vuestra Majestad nos honra dándonos á conocer su singular devocion á la memoria y santas reliquias del Señor San Vicente, acerca de la cual ya nos habia hablado antes el Señor duque de Mercoeur, gobernador de esta provincia, instándonos con gran empeño que satisfaciésemos vuestro deseo. Respecto á lo cual siempre le hemos suplicado, como tambien suplicamos á Vuestra Majestad por la presente, que crea que si de nosotros dependiese, hubiésemos accedido en seguida á vuestra demanda, pero habiendo pensado maduramente sobre el caso, encontramos que de ningun modo nos es licito tocar á estos tesoros, tanto por hallarse ausente Monseñor nuestro Obispo, que hace año y medio está en Paris por negocios del Estado, cuanto porque hemos hallado en nuestro Archivo bulas de nuestro Santo Padre, en las que se prohíbe expresamente á toda persona, cualquiera que sea, trasladar dichas reliquias fuera de nuestra iglesia, bajo pena de excomunion y de incurrir en la ira de Dios, cuyas bulas originales hemos enseñado á dicho Señor de Mercoeur; y para que os asegureis más de esta verdad hemos enviado á uno de nuestra comunidad á Monseñor Don Mendo Rodriguez de Ledesma, vuestro embajador en Nantes, para hacérselas presentes, á fin de que Vuestra Majestad esté seguro del hecho por su conducto. Sintiendo en extremo no poder cumplir vuestra devota voluntad, de la que somos enteramente humildes servidores, suplicamos á Dios fervorosamente os dé, Señor, con toda prosperidad y bendicion larga y venturosa vida.

»En Vannes hoy último de Mayo 1593.

»Vuestros muy humildes y afectisimos servidores.»

Entonces los españoles tomaron otro camino, organizando una comedia popular, decididos á aprovechar un momento favorable para apoderarse de las reliquias. Pero un tal Burguerol, hijo de Nantes establecido en Valencia, teniendo alguna noticia del proyecto, previno á sus compatriotas, los cuales con el mayor sigilo confiaron el depósito al canónigo más antiguo. Este le ocultó tan bien en su casa, que no pudo hallarse hasta después de haber partido los Españoles,



Tapicerias representando los milagros de S. VICENTE FERRER.

y hallándose en su lecho de muerte, hizo llevar el precioso cofre á la sacristía de la catedral, en donde permaneció mucho tiempo sin tributarle honor alguno por temor á los hugonotes (1).

Valencia despertó de aquel entorpecimiento pidiendo por segunda vez las reliquias en el año 1600 y el obispo de Vannes, Jaime Martín de Belleassise, entendió la lección. Para dar mayor lustre al culto del Santo hizo fabricar unas hermosas tapicerías que representaban milagros suyos, los cuales existen todavía hechos jirones en el desván de la catedral de Vannes. Tienen en conjunto 28 metros de largo por 1'90 de ancho; están divididas en dos y se colocaban en el interior del coro á cada lado del altar, produciendo un efecto soberbio. Cada mitad comprende siete asuntos:

Honorio 3.º, aprobando la Orden de los Jacobinos, les da su bendición el año de gracia 1216.

San Vicente, enviado á buscar por el duque Juan V por la santidad de su vida, va á encontrarle en Bretaña.

Al llegar el Santo á Vannes, en 1417, salen á recibirle en procesión general con el obispo y clero al frente.

Dos hombres que murmuraban mientras predicaba son castigados y luego curan de repente por la oración del Santo.

El rey de Aragón entrando en su cuarto y viéndole rodeado de una brillante claridad que... (da estupefacto).

Una paralítica tocada por el Santo queda curada milagrosamente, diciéndole: Anda en nombre de Jesús.

Entrega su alma en Vannes, 1419, á la edad de 70 años, y es enterrado en la iglesia catedral, cerca del altar mayor.

Un loco furioso llevado á la tumba del Santo queda de repente curado.

Un niño caído de un árbol y que creían muerto, encomendado al Santo, recobra la vida.

Un enfermo atacado de un mal grave, se encomienda al Santo y queda curado.

Encomendado por sus padres al Santo un niño atacado de la peste, recobra la salud.

Otro de cinco años de edad que ha caído en el río sale salvo á tierra por intercesión del Santo.

Después de infinitos milagros es canonizado el Santo por Calixto 3.º, 1455, en el reinado de Pedro 2.º, duque de Bretaña.

(1) En el Apéndice se dan más noticias sobre el particular. (N. del T.)

Esta tapicería fué dada por el Reverendo Padre en Dios Señor Jaime de Martín, Obispo de Vannes, Consejero en el Consejo de Estado, el año 1615.

Empezaron de nuevo las peregrinaciones y la fé provocó nuevos prodigios cuya fama se extendió muy lejos. La reina María de Médicis, el príncipe de Condé, el duque de Guisa, los duques de Brissac, atestiguaron de modo evidente la veneración que profesaban al taumaturgo y la predicación de los Dominicos hizo lo demás. Entonces se pidieron las sagradas reliquias y para reparar el pasado olvido hicieron construir los canónigos una hermosa capilla y una caja de plata.

El obispo Sebastián de Rosmadec mandó hacer pesquisas y se acabó por descubrir en el *chappier* el antiguo cofre con tres cerraduras, que se hicieron saltar, encontrando en él un cráneo sin la mandíbula inferior y algunos huesos que despedían un olor balsámico, más dos monedas, una de Juan V y otra de Francisco I, duques de Bretaña.

Entre tanto el canónigo teologal había abierto la sepultura antigua en la que estaban las vértebras y un pequeño relicario de plata que contenía la mandíbula inferior. Esto ocurría el 24 Mayo 1637. Nadie abrigaba duda acerca de la autenticidad del recobrado tesoro, pero se necesitaba una certeza absoluta, y para ello el 7 de Agosto el obispo reunió el Cabildo y á presencia suya declararon con juramento Juan Petit, Señor de la Bergerie, doctor en medicina, y Claudio Gossement, cirujano, que aquellas eran partes de una misma cabeza. Buscóse también en otra caja llamada de los *Cuerpos santos*, pero nada se halló en ella perteneciente á Vicente Ferrer.

El 23 del mismo mes convocó el obispo una junta de teólogos en la capilla de San Vicente Ferrer, cerca del coro de la catedral, y á los dos médicos dichos se unieron du Buisson y Thomazzo, doctor el uno y cirujano el otro, los cuales empezaron por examinar la mandíbula, y si bien los nuevos doctores, queriendo hacer honor al arte, pusieron al principio algunas dificultades, por último se adhirieron á la opinión de los anteriores. Ocupáronse luego del cuerpo y de las vértebras y vieron que se ajustaban maravillosamente, envuelto todo en ese perfume particular que servía como de lazo de unión mística á estos preciosos restos. En vista de ello el obispo, cubierto con la mitra y empuñando el báculo, declaró que aquéllas eran las reliquias de San Vicente Ferrer, prohibiendo á todo el mundo tocar á ellas bajo pena de excomunión y trasladándolas á la caja de plata regalada por los canónigos.



Capilla de SAN VICENTE FERRER en Vannes
detrás del altar mayor de la Catedral.
Sus reliquias principales están en una caja debajo de la imagen.

En los días 5 y 6 de Septiembre tuvieron lugar solemnes procesiones, llevando la caja por la ciudad, deteniéndose ante los conventos de los Dominicos, Capuchinos y de Nazareth con asistencia de 150.000 personas. Los vecinos de Vannes se habían mandado hacer para esta circunstancia trajes con los colores blanco y negro, que son los colores dominicos.

La pastoral que publicó el obispo Sebastián de Rosmadec respira un santo entusiasmo.

Pastoral de Monseñor de Rosmadec con motivo del hallazgo del cuerpo de San Vicente Ferrer.

IN NOMINE JESUS

«Sebastian de Rosmadec, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica obispo de Vannes.

»Hacemos saber á todos los fieles de nuestra diócesis que si grande fué la alegría del Señor Amaury de la Motte, nuestro antecesor obispo de Vannes, de ver en su tiempo al bienaventurado San Vicente Ferrer anunciar la palabra de Dios en su diócesis y dejar su cuerpo á su disposición para que le diera sepultura aquel que tuviese á bien ordenar, dejando el mundo para gozar de la eterna gloria en el año 1418; y si el Señor Ivas de Pontral, su sucesor, tuvo también la dicha de ver en su tiempo canonizar á este gran Santo por el Soberano Pontífice Calixto III en el año 1455, y sacar su cuerpo y santas reliquias de su sepultura en nuestra iglesia catedral por el ilustrísimo cardenal de Coetivy, legado de Su Santidad, del título de Santa Práxedes, en el siguiente año 1456 para ser veneradas; no es menor nuestro gozo en el día que el de estos antecesores, por haber encontrado las preciosas reliquias de este gran Santo ocultas por mucho tiempo á nuestros antecesores. Este gozo no sería completo, si no os lo comunicáramos, informándoos de lo que ha pasado en el descubrimiento y hallazgo de sus santas reliquias.

»Por la autoridad de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo, de los bienaventurados San Pedro y San Pablo, de la Santa Iglesia y por la que tenemos en este lugar y diócesis declaramos que estos huesos aquí presentes en su conjunto y en cada una de sus partes son verdaderas reliquias del cuerpo de San Vicente Ferrer, confesor, canonizado por el Santo Padre el Papa Calixto III el 13 Julio 1455. Ordenamos y mandamos que sean venerados como tales

ahora y en lo venidero: prohibimos que se expongan á la veneracion otras que no sean estas ó las que de ellas se saquen licitamente segun el orden establecido por la Iglesia y las cuales sean debidamente reconocidas; prohibimos bajo pena de excomunion separar de ellas ni llevarse la más pequeña porcion sin permiso nuestro, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

»De esto es, amados diocesanos, de lo que hemos querido informaros, para que participeis con Nos del reconocimiento debido á tan gran merced como la que Dios nos ha hecho; y así como San Vicente cuando vino á esta ciudad para instruir á vuestros padres en lo tocante á su salvacion comenzaba sus sermones con estas palabras tomadas de San Juan: *Colligite quae superaverunt fragmenta ne pereant*, vosotros tambien teneis que guardar con mucho cuidado los preciosos fragmentos de su cuerpo, honrándolos con la devocion que merecen y es necesaria para que Dios bendiga las armas de nuestro buen rey Luis XIII, conserve su persona y nos permita vivir en paz bajo sus santos mandamientos; y para invitaros á que les tributeis el honor y veneracion que les son debidos, los hemos colocado en la caja de plata construida como ya se ha dicho á presencia de Mgr. el obispo de Treguer y de todo nuestro Cabildo; se han celebrado las cuarenta horas ordenadas por Nos en nuestra iglesia catedral, á las que con gran satisfaccion nuestra han concurrido más de 150.000 personas, y hemos hecho trasladar dicha caja al altar de la capilla edificada en honor de Nuestra Señora y de San Vicente Ferrer, detrás del coro de nuestra dicha iglesia catedral. De todo lo cual hemos hecho instruir la sumaria correspondiente por el señor Mathurin Nicolazo, nuestro secretario, hoy jueves diez de Diciembre por la tarde del año 1637.

»Firman en el original que queda en mi poder.

»El Señor Sebastian de Rosmadec, obispo de Vannes.» (Siguen las otras firmas).

En tiempo de este pontificado, bendecido por el cielo, encontró un honrado aldeano la imagen que ha dado origen á la célebre romería de Santa Ana de Auray.

Este mismo obispo confió la guarda moral del precioso tesoro á una cofradia establecida en honor del Santo, cuyo reglamento fué aprobado en 31 Agosto 1637, y la cual llegó á ser numerosa y formada de personas de calidad. En las kalendas de Marzo de 1645 concedió Inocencio X indulgencia plenaria á todo asociado el dia de su admisión y el 6 de Septiembre.

El mismo Inocencio X declaró privilegiado el altar de San Vicente Ferrer el día de Difuntos, todos los días de la Octava y todos los lunes, miércoles y viernes del año. (22 Junio 1653).

Pio VI con fecha 21 Junio 1782, á la vez que renovó las concesiones de Inocencio X, añadió nuevas y preciosas gracias.

Mgr. Becel ha reorganizado esta cofradía.

Después de colocadas las reliquias principales del Santo en la caja de plata regalada por los canónigos, creyó el obispo Sebastián de Rosmadec que debía honrar también la primitiva tumba en la que se habían dejado las vértebras y algunos huesos y así lo dispuso en su testamento, colocándose en dicha tumba restaurada la siguiente inscripción:

†

Anno salutis MDCXLVIII hoc monumentum Sⁱ Vinc^{ti}
beneficio et munificentia illus^{mi} domini Sebastiani de Rosma-
dec nuper defuncti episcopi Venetensis marmoreum positum
fuit, sedentibus, Innocentio X Summo Pont^{ex} et illus^{mo} Do-
mino Carolo de Rosmadec ejusdem Venet.^a Diocesis praesule.

En 1770 los trabajos que se hacían en el coro de la catedral exigieron la demolición de la capilla subterránea en donde estaba la tumba, por lo que fué retirada la urna y depositada en la sacristía hasta que se construyese un nuevo monumento que fué encargado al escultor Fossati y es la tumba actual de mármol rojo y negro.

Hubiera sido conveniente que se hubiese colocado en la capilla dedicada al Santo, detrás del altar mayor y encima de la antigua sepultura; pero esta capilla, aunque bella y espaciosa, no hubiera sido bastante capaz para el gran concurso de gente en tiempo de romería. Por esto se colocó en el lado izquierdo del crucero poniéndole la siguiente inscripción:

†

Anno salutis MDCLXXVII
Monumentum hoc, prius in sacelo
Sub choro hujus ecclesiae constructo, positum;
Ad S.ⁱ Vincentii decentiorem cultum, in hac-ce parte,
Sumptibus capituli venetensis restitutum fuit;
Sedente Illustrissimo ac Reverendissimo
D. D. Sebastiano Michaelae Amelot
Venetensi episcopo.

No se puede celebrar la misa en la misma tumba, sino en un altar situado detrás de ella, dedicado en otro tiempo á San René, y el conjunto se llama hoy Capilla del sepulcro.

El 4 de Mayo de 1777 hizo llevar allí Mgr. Amelot la caja de madera que había quedado en la sacristia.

Ladrona siempre y activa en proporción la Revolución exigió del obispo constitucional, Carlos de Masle, que le entregara la caja de plata de San Vicente Ferrer. Dios permitió que las reliquias quedaran intactas. El obispo informó del hecho á sus diocesanos en una pastoral más estudiada que digna con fecha 17 floreal año IV de la república francesa una é indivisible—(6 Mayo 1796).

Por último el 24 Abril 1816, en tiempo de Mgr. Beausset Roquefort, se hizo un último reconocimiento de las reliquias, y como existen en el día tal y como las menciona el acta que se levantó entonces, conviene citarla por entero.

«Nos Juan Mathurin de Gal, arcediano de la iglesia catedral, y Luis Julio Coquerel, gran penitenciario de la misma iglesia, vicarios generales de Monseñor el obispo de Vannes, en virtud del poder y encargo que el mismo nos ha dado el 23 de Abril, hemos procedido al reconocimiento de las reliquias de San Vicente Ferrer y de las demás que se hallan en la catedral ó en la sacristia en la forma siguiente:

»En el año mil ochocientos diez y seis, el 24 de Abril, instalados en la sacristia de la iglesia catedral, revestidos con nuestro traje de coro y una estola, hemos convocado á M. Vicente Bocherel, canónigo, y M. Vicente Le Ficher, canónigo honorario, y M. Le Loutre René-Ange, doctor en medicina, á quienes hemos rogado su asistencia.

»En seguida nos hemos trasladado á la capilla de San Vicente y hemos hecho bajar de encima del altar una caja en forma de urna, revestida exteriormente de una gasa de oro falso, como los clavos y galones de las esquinas y lados de dicha caja. Habiendo hecho quitar esa cubierta, hemos visto que la caja estaba cerrada con tres llaves, y habiéndola abierto, hemos encontrado en su interior una tela de seda carmesí y reliquias de San Vicente Ferrer, á saber:—Un paquete sellado con el sello episcopal conteniendo pequeñas porciones de los huesos y del hábito de San Vicente Ferrer, dos humeros, uno de los cuales estaba roto, dos fémures, una tibia, un radio, siete porciones de costillas con un cordon rojo de seda, un omóplato, una parte de omóplato, una clavícula, dos calcáneos, una porcion del hueso sacro, dos astrágalos, un hueso de la nariz, una porcion del

cúbitus, varias vértebras y partes de vértebras atadas con un bramante que hemos sellado con el sello episcopal.

»Los lienzos y trozos de tela de seda que estaban cubriendo ó envolviendo estas reliquias eran muy viejos, por lo cual los hemos sacado de la caja, así como el polvo que habia en ella y los hemos entregado á M. Le-Gal, y habiéndolos reemplazado con dos pedazos nuevos de tela de seda en los cuales hemos envuelto las reliquias, hemos cerrado la caja con las tres llaves las cuales hemos entregado á M. Coquerel, la hemos sellado con el sello episcopal y la hemos vuelto á colocar en el altar de San Vicente.

»Inmediatamente nos hemos trasladado á la sala capitular encima de la sacristia y hemos encontrado allí:

»1.º El busto de San Vicente de madera dorada colocado sobre un zócalo dorado y cerrado con cuatro tornillos; le hemos hecho abrir y hemos encontrado en él una cabeza á la que le faltaba una parte del parietal derecho. En la cabeza del busto hemos hallado la mandíbula inferior, que comparada con la superior concuerda perfectamente. Hemos estampado tres sellos sobre el cordon de seda carmesi con que está atada y dos sellos sobre la cinta de seda roja bordada de amarillo que sujeta la cabeza y en la parte inferior del zócalo cuatro sellos sobre otras tantas tiras de cinta carmesi dentada.

»2.º Un pequeño relicario de plata dorada con muchos agujeros, el cual se introduce en el agua que han de beber los enfermos de calenturas, y que contiene reliquias de San Vicente. También le hemos puesto el sello episcopal.

»No pudiendo abrir el sepulcro de San Vicente Ferrer por el excesivo peso de la losa que le cubre, nos referimos al testimonio de M. Bocherel, el cual nos ha asegurado que hay en él una vértebra de San Vicente y dejamos terminada esta acta en el dia y año citados.

»Coquerel du Filois, vic. gen. Vicente Le Ficher, can. hon. Bocherel, canónigo. Le Gal, vic. gen. Le Loutre, D. m.»

El cráneo de San Vicente Ferrer está, efectivamente, debajo de un busto de madera dorado bastante fea.

Hay que decir algunas palabras respecto á los fragmentos de los preciosos restos que la piedad ha podido arrancar á la celosa intransigencia del Cabildo de Vannes.







CAPÍTULO XVII

RELIQUIAS ESPARCIDAS

Prohibición alzada.—Canónigos acordes.—El Gran Maestro de Malta.—Maria Luisa de Francia.—La tibia enferma.—Último colchón.—Espiritada anticipada.—El sombrero de Lyon.—Los brazos que han sostenido el mundo.

EN Abril de 1456 el cardenal Alano de Coetivy alzó la prohibición de tocar á las reliquias del Santo y dió á Pedro, duque de Bretaña, un dedo de la mano derecha en recompensa de su celo.

Pedro II lo legó por su testamento fecha 5 de Septiembre 1457 á la colegiata de Nantes, en donde quiso ser enterrado, y en él está mencionado en estos términos:

«*Item* le legamos la imagen que poseemos del Señor San Vicente, en cuya imagen hay uno de los dedos de la mano derecha de mi dicho señor San Vicente engastado en oro pendiente de una cadena del mismo metal sujeta á un anillo.»

Esta reliquia formaba parte del tesoro de la colegiata hasta la Revolución, y en la visita episcopal de 27 Abril 1638 se la describe así:

«Además se nos ha puesto de manifiesto otra imagen de San Vicente Ferrer, confesor, vestido con el hábito de la Orden de los Hermanos Predicadores, que lleva en la mano un relicario de oro adornado con cuatro piedras y algunos huesos de Santos y en los lados veinte y seis piedras. Segun nos ha manifestado dicho capiscol, en dicho relicario hay un hueso de dicho San Vicente. Detrás de la cabeza tiene una aureola de plata con los extremos dorados y esta

inscripcion en caracteres antiguos: San Vicente, confesor.» (*La Iglesia real y colegiata de Nantes*, por Esteban de la Nicollière).

El Cabildo de Nantes quiso tener también una reliquia de un Apóstol tan Bretón por el corazón y el Cabildo de Vannes le complació fraternalmente:

«¡Qué hermosos, decían en su carta de remision, son los pies de los que anuncian la paz y traen todos los bienes!—Tal es el language del Apóstol empleando las palabras y el estilo de Isaias. Hermosos son sin duda y preciosos los pies del bienaventurado San Vicente Ferrer, ornamento de su Orden y de todos los predicadores, el Apóstol de la Bretaña, el señor y patron de nuestra ciudad; esos pies que despues de haber recorrido casi todas las comarcas del mundo cristiano, para anunciar el Evangelio de Jesucristo, se han detenido felizmente aquí entre nosotros, abandonando el cuerpo que sustentaban.

»De uno de estos pies benditos os enviamos una buena porcion, que será un monumento más duradero que el bronce que atestigüe el afecto que hace tiempo nos une y que no podrá menos de aumentar todavía la devocion que teneis á este Bienaventurado. Quiera Dios bueno y santo que los que unidos por el sagrado vínculo de la caridad, hayan tenido en la tierra tan poderoso intercesor, gocen además de la vida eterna gracias al auxilio y proteccion del mismo Santo cerca de Dios.»

Vicente Ferrer era un santo Europeo. Don Raimundo de Perellós de Rocafull, gran maestro de Malta, pensó que tenia derecho á algún fragmento de este cuerpo venerable y recurrió para lograrlo al embajador de Francia. Por esta vez todavía fueron espléndidos los canónigos.

«Para perpétua memoria.

»El dean, los canónigos y el Cabildo de la iglesia de Vannes á Su Alteza Eminentísima de Perellós de Rocafull, gran maestro de la celebérrima Orden de San Juan de Jerusalem, á los ilustres comendadores y á los nobles caballeros de la Orden de Malta, salud.

»El brazo de los pecadores será quebrantado y perecerán los restos de los impios y, segun el language de Sophonio, sus cuerpos serán como estiercol; pero los Santos florecerán como la azucena y serán como olor de bálsamo en presencia del Señor; serán exaltados sus brazos y sus huesos vivirán durante siglos, semejantes á perlas que brillan como el sol.

»Entre todos los demás resplandece el bienaventurado Vicente, Apóstol de los últimos siglos, hombre poderoso en obras y en pa-

labras, nacido en España y cuyo último suspiro recibió nuestra ciudad, que tiene la gloria de poseer sus restos; el que fué discípulo y lumbrera de la Orden de los Hermanos Predicadores, el infatigable heraldo del Evangelio, la trompeta terrible de la salvacion eterna y del temible juicio; el que despues de visitar todas las comarcas del universo cristiano y haber realizado tantas obras piadosas por Jesucristo, descansa aqui en el Señor lleno de méritos y rodeado de milagros; y el que, al morir, nos ha dejado como en depósito en nuestra catedral el tabernáculo de su cuerpo; el que ha sido el maestro de nuestra nacion y el patron de nuestra ciudad.

»Vuestra Alteza Eminentísima, movida por la extraordinaria piedad hácia el bienaventurado Vicente, nos ha pedido varias veces una reliquia insigne y al pedirla ahora de nuevo por conducto de su Excelencia de Mesmer, embajador de Francia, nosotros, dichosos por atender vuestro ruego, hemos encerrado en una pequeña caja con adornos de oro una parte considerable de uno de los brazos de este sagrado cuerpo y bajo nuestro sello y acompañada de una acta auténtica la hemos entregado á Fr. Urbano de Guitaut, sacerdote conventual de vuestra Orden y comendador de Guitté, para que la lleve á la iglesia de vuestro principado en donde ha de ser conservada, y no en otra parte alguna, como un monumento imperecedero de nuestra humilde deferencia hácia Vuestra Alteza y de nuestro gran respeto á toda la Orden.»

Por último, María Luisa de Francia, hija de Luis XV, reclusa en el convento de Carmelitas de Saint Denis, respondia al Cabildo con fecha 7 de Mayo 1779.

«Monseñor el arzobispo de Paris me ha entregado, señores, la reliquia de San Vicente Ferrer, por lo que os doy las más sinceras gracias, habiendo tardado tanto en contestar á la carta que me habeis dirigido para anunciarme su envio, porque esperaba que me fuese entregada. Pero diferentes negocios que le han ocupado sucesivamente le han impedido traérmela antes. Yo rogaré á este Santo con todo el fervor de que soy capaz que os otorgue en todo tiempo pruebas de su proteccion en el cielo, y os ruego, señores, que esteis bien persuadidos de que la estimacion que os profeso iguala á mi reconocimiento por el piadoso don que me habeis hecho y que me tengais presente en vuestras oraciones.

Sor Teresa de San Agustín, R. C. I. Priora.»

Hemos visto en otra parte que la duquesa fundadora del convento de Plasencia (España) obtuvo del rey Luis XI un dedo de San

Vicente Ferrer, que, como el resto de su cuerpo, obró muchos milagros. En la descripción de este convento por el P. Alonso González se lee lo siguiente (Lib. 11, cap. 3):

«El convento posee también un dedo de San Vicente Ferrer que la Duquesa, su fundadora, alcanzó del rey Luis XI, cuya reliquia le fué enviada de Vannes, en donde yace el cuerpo del Santo. Es objeto en Plasencia de gran veneración y muchos enfermos recobran la salud bebiendo el agua que ha tocado este dedo, de manera que de toda la comarca piden agua así santificada y que obra tantos milagros.»

En los Archivos del departamento de Finisterre, sección de Chateaulin, hay una acta concebida en estos términos:

«El 14 7.^{bre} 1777 Luis Le Gac de Lansalut, caballero Senescal de Chateaulin, requerido por Juan María Leisseignes de Rozaven, Rector, acompañado de Alejandro Teófilo Le Bescond... nos hemos dirigido vistiendo la toga á la iglesia de N. S. cerca de Chateaulin, á las 9 $\frac{1}{2}$ de la mañana y llegados allí hemos ido á la sacristía alta á la izquierda de dicha iglesia, para levantar acta de una caja ovalada que contiene una reliquia pequeña de vértebra del cuello de San Vicente Ferrer, sacada cuando se abrió su sepulcro en Vannes el 2 Mayo 1777.»

(A ella acompaña la auténtica de Mgr. Amelot, con el refrendo de Mgr. de S.^t Luc, Obispo de Quimper).

Fr. Juan Bernal en ocasión en que llevaba de Roma por mar á la condesa de Plasencia (Italia) una reliquia de San Vicente Ferrer, de parte del cardenal de San Sixto, Juan de Torquemada, se vió acometido de una furiosa tempestad, y habiendo puesto la reliquia en el puente del buque, se calmó aquélla de repente.

Salvo las porciones más ó menos importantes distribuidas oficialmente, los restos de San Vicente Ferrer están en Vannes, lo cual parece indudable después del reconocimiento de los mismos hecho en 1816. Sin embargo, hay muchas cosas que no se explican.

Existe una narración, que no es de desdeñar, según la cual el convento de Dominicos de Lugo poseía en un relicario de plata y cristal una parte por lo menos del cráneo de San Vicente Ferrer, la cual se ocultó en un convento de monjas en la época de la excomunión.

Pero el lote de reliquias más importante, fuera de Vannes, está en Pleubihan (Costas del Norte) descubierto providencialmente en el curso de nuestras investigaciones.

Ya se recordará que Pleubihan pertenecía al Priorato dependiente de la abadía de San Jorge en Rennes, siendo por su extensión jurisdiccional y número de habitantes uno de los más importantes de

Bretaña y tal vez de Francia. Todas las familias ilustres del país, sin exceptuar la familia ducal, estaban allí representadas, y como el duque Pedro se había reservado formalmente el derecho de distribuir las reliquias, es posible que en este caso fuera más generoso que lo que fuera de razón.

Pero es más probable que estas reliquias fueran regaladas con poca consideración por Andrés Hamon, obispo electo de Vannes en 1523 á su hermana Isabel Hamon, abadesa de San Jorge en Rennes, de quien dependía Pleubihan. Este Obispo era de los prelados caprichosos que tan funestos fueron para la Iglesia en el siglo XVI.

Sea lo que quiera, véase el contenido de este precioso depósito.

«El año mil ochocientos ochenta y tres, el diez y nueve del mes de Septiembre,

Nos, Eugenio Angel Maria Bouché, Obispo de Saint Brieuç y Tréguier, Caballero de la legion de honor, etc.

Hemos procedido en Nuestro Palacio Episcopal á la apertura de un relicario de forma octógona, cuya longitud es próximamente de cuarenta y dos centímetros y su ancho de veinte y ocho centímetros, todo él de madera de encina, cubierto de planchas de plata trabajadas, teniendo en la superficie exterior una multitud de flores de lis.

Este relicario, que parece haber servido de pedestal á una imagen y dividido en tres compartimentos separados por un travesaño de madera de encina, está cerrado por seis placas de cristal, cuyas uniones están cubiertas por láminas de plata y selladas en diferentes puntos con el sello sobre cera roja de Monseñor Le Groing La Romagére, Obispo de Saint Brieuç.

Este relicario contenia en tres fundas de seda color violeta huesos con etiquetas impresas que decian: «San Vicente Ferrer».

Con estos huesos hemos hallado un acta en que consta haberse abierto este relicario el veinte y seis de Agosto de mil ochocientos veinte y tres por Monseñor Le Groing La Romagére, y bajo un pequeño cristal ovalado una particula de las reliquias de San Gonéri, colocadas allí por Su Grandeza al cerrar el mismo relicario el 30 del mismo mes de Agosto, como se hace constar en dicha acta.—(Véase el *Cartulario*).

Como esta acta no contiene indicios de que mediara informe médico, hemos creído deber subsanar esta falta, á fin de facilitar la confrontacion de las reliquias con las de San Vicente Ferrer que existen en Vannes.

En consecuencia, se ha procedido á abrir el relicario en presencia de los Señores Doctores en medicina Frogé padre y Bourgault, llamados por Nos, y de los Señores Ollivier, Vicario General honorario; Dubourg, Vicario General; Limon, canónigo, Secretario del Obispado, y el Padre Fages, de los Hermanos Predicadores, que ha venido á esta ciudad con este objeto.

Despues de un detenido examen de los mencionados huesos, los Señores Doctores en medicina han reconocido:

1.º En el compartimento del medio:

—Un húmero completo, del lado izquierdo, cuya cabeza presenta algunas señales de desgaste.

—Una porcion de la parte media inferior del esternón.

2.º En el compartimento del lado de las reliquias de San Gonéri:

—Parte media superior de tibia derecha, presentando la superficie del hueso asperezas insólitas que parecen indicar una enfermedad del hueso: su volumen no es el normal, habiendo disminuido su diámetro casi en una cuarta parte.—(Al consignar esta observacion ignoraban los Señores Doctores absolutamente que San Vicente hubiera tenido una pierna enferma en los últimos años de su vida).

—Cúbito del lado derecho conservado en los dos tercios de su longitud: la tuberosidad olecránica se halla en parte destruida.

—Porcion del húmero izquierdo en los dos tercios inferiores, teniendo destruida en parte la superficie articular de la extremidad inferior.

Observacion importante: Este hueso, perteneciente al mismo lado que el primer húmero mencionado en el párrafo 1.º, no puede pertenecer al mismo individuo.

—Pequeño fragmento indeterminado.

3.º En el compartimento opuesto á las reliquias de San Gonéri:

—Porcion de un hueso iliaco presentando todavia en parte la cavidad cotiloidea.—lado indeterminado;

—Otro fragmento que se adapta perfectamente al primero para completar la cavidad cotiloidea.—el lado queda indeterminado;

—Fragmento de mandíbula (parte lateral izquierda del maxilar inferior con alvéolos sin dientes).

—Fragmento de tibia más pequeño que el otro, pero presentando las mismas rugosidades.

—Otro fragmento que parece pertenecer á una tibia de un tegido más compacto y mejor conservado.

Estos restos se ha reconocido que pertenecen á un hombre adulto.

Habiendo sido colocados de nuevo los huesos en los compartimientos correspondientes á medida que se iban examinando, se ha extendido el acta que reseña estas diversas operaciones, de la cual se han sacado tres copias, una para los archivos de Nuestro Obispado, otra para colocarla en el relicario con la de Monseñor Le Groing La Romagére y la tercera para enviarla á Vannes.

En fé de lo cual Nos hemos firmado con los testigos.

Siguen las firmas.

Es copia conforme.

Loco Sig.

S. Briec 15 Abril 1884.

A. Dubourg, v. g.»

La autenticidad de estas reliquias parece indudable por cuanto la mayor parte faltan en el inventario hecho en Vannes, como se puede ver en el acta extendida en 1816.

Sería una satisfacción encontrar también los objetos, milagrosos como sus reliquias, que usó el Santo, por ejemplo, el pobre colchón en que murió ó su gorro conservado en el monasterio del Buen-Des canso.—*Dicit quod multi vadunt ad dictum materacium, et sanantur.* (Breñaña. Declaración de Juan Duclerc).—*Audivit etiam quod ad Birretum dicti Mag. Vincentii sunt dictum quam plura miracula.* Declaración de Ives, abad de Lanvaux.

«En cierta ocasion, dice Guyard, cayó el Santo enfermo y pasó la noche en casa de Plessis Josso de Rosmadec, y la cama en que durmió fué luego fecunda en milagros. (Se perdió durante las guerras). Pero en memoria del hecho el actual heredero de esta casa (1634) nos ha alojado en ella (á los Dominicos) mientras se edifica en Vannes el convento en honor de San Vicente Ferrer.»

Existe en Madrid en poder de los Condes de Albar Fáñez una capucha de San Vicente Ferrer procedente del convento de Valencia.

Cerca de Calatayud, en Munebreza, se conservaba un Cristo que le había pertenecido y el cual debió regalarlo el cardenal Lobera, natural de ése pueblo y muy adicto á Benedicto XIII.

El monasterio de Nuestra Señora de la Piedra, reformado por el P. Martin de Burgos, discípulo de San Vicente Ferrer, guardaba con piadosa solicitud sus medias y otro gorro; Monterde su *varilla* (bastoncillo), tal vez la vara de que se servía parra arrear á su jumento.

El obispo de Telésia refiere la historia de una endemoniada (tan cierto es que no hay nada nuevo debajo del sol) que llevaron á ese mismo monasterio Cisterciense de la Piedra; «Decía ella que se veía atormentada por tres almas, la del rey Pedro de Castilla, la de un

noble del mismo reino y la de un doctor, cuyas almas, según la doctrina teológica, no eran más que espíritus impuros que la acosaban para inducir á error á los fieles. Cuando para librarla de ellos le ponían en los pies las medias del maestro Vicente ó el gorro en la cabeza, gritaba con voz terrible: «¡Oh! ¡cómo abrasa eso!» *Vicentiole, Vicentiole, incedunt me caligae tuae et birrum tuum...*»

Pero en aquel tiempo tuvo que marchar de allí el testigo; de modo que no supo el resultado, el cual, por otra parte, no puede ser dudoso.

Teoli ha publicado un libro de ocho capítulos acerca de los milagros obrados por los objetos que pertenecieron á San Vicente Ferrer, su oración, etc.

Nuestro convento de Lyon conservaba una taza de madera en la que acostumbraba beber, remedio universal para todos los que podían beber después que él.

«También nuestro convento de Chambery en Saboya conserva su capa, que es de una tela muy inferior, con su capucha negra adherida á ella según la usaba antiguamente la Orden, que apenas tiene caída por delante y muy poca por la espalda. También guarda su bastón, que es muy sencillo; su Misal en caracteres góticos y su sombrero, que es de paja revestido de una tela negra, habiéndose cubierto después de satén para que se conserve mejor, porque están obligados á llevarlo á muchos enfermos de dolor de cabeza que se curan en cuanto se lo ponen. El día de San Vicente Mártir acude á nuestra iglesia gran multitud de gente que baja de las montañas ó acude de poblaciones distantes para ponerse el sombrero por devoción y que impetran el favor de Dios por mediación de San Vicente Ferrer ó le dan gracias por las mercedes recibidas.

»Se cree que la costumbre de honrar á este Santo el día de la fiesta de su patron San Vicente Mártir es debida á que los pueblos de Saboya, á los que tanto bien hizo con sus predicaciones, habían empezado á invocarle y visitar sus santas reliquias antes de ser canonizado.» (*Anales Dominicos*).

En el siglo XVII se leía en el inventario de la sacristía del convento de Chambery: «Item las reliquias de San Vicente Ferrer, á saber: una capa, capucha, sombrero cubierto de satén negro con cintas (se perdieron desde el año 1652), un pequeño misal y su bastón, que estaba roto.»

Todo se perdió en la Revolución, excepto el sombrero, que ha vuelto al convento de Lyon, gracias á un buen Fraile converso natu-



Sombrero de SAN VICENTE FERRER, conservado en el Convento de Lyon.



Reliquias de SAN VICENTE FERRER en Nantes.

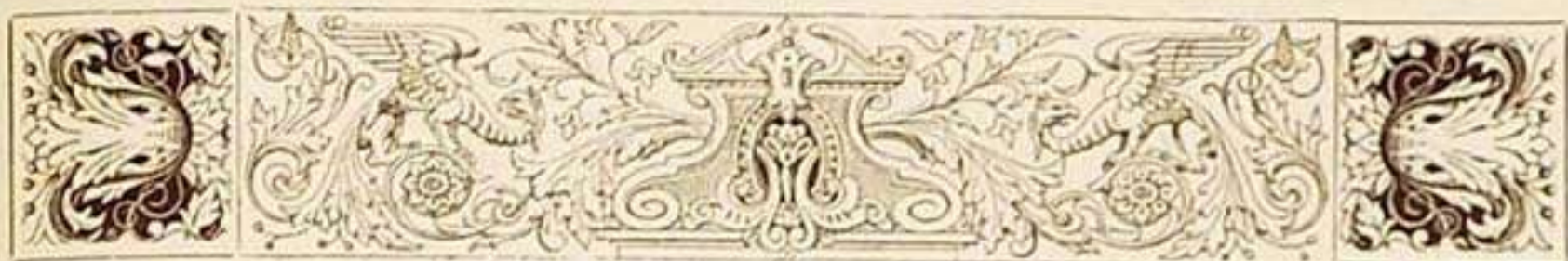
ral de un pequeño pueblo de Saboya, que lo llevó consigo á su destierro. Se ha tenido la atención de dar esta preciosa reliquia á nuestros Padres, los cuales han podido acreditar, sin gran trabajo, su autenticidad por medio de testimonios.

Sólo hemos mencionado aquí los objetos que no ofrecen duda para la historia. Pero ¡cuántos preciosos recuerdos habrán desaparecido en su camino y cuántas capas hechas pedazos!

Entre las reliquias propiamente dichas, recordaremos sólo que la Minerva ostenta con orgullo, al lado de los sagrados restos de Santa Catalina de Sena, una rodilla de San Vicente Ferrer. De esos dos brazos tan poderosos para sostener al mundo en su caída, uno de ellos se guarda en Santa Magdalena de Besançon, el otro se venera en el Vaticano, y es muy justo.







CAPÍTULO XVIII

RELIQUIAS EN VALENCIA

Francisco I prisionero. — Tres viajeros. — Peste oportuna. — Último superviviente. — Desgraciado olvido. — Un cronista ingénuo. — Milagros al paso. — El sordomudo de Madrid. — Olvido reparado. — Una reliquia cara.

No pudiendo Valencia conseguir el cuerpo de su ilustre hijo, quiso á lo menos tener reliquias suyas, toda vez que hasta entonces no habla logrado más que algunos objetos que le habian pertenecido.

Refiere Antist que Francisco I, prisionero en la batalla de Pavia, pasó por Valencia y los religiosos del convento fueron á besarle las manos y le pidieron los restos de su compatriota y hermano en religión. También los jurados, siempre corteses, fueron con todo aparato á saludarle cuando desembarcó en el Grao, el 30 Junio 1525, y á ponerse á sus órdenes. «Yo soy prisionero, dijo, de mi primo el Emperador, y no puedo ahora recompensaros, pero Dios querrá que pueda hacerlo algun día» (1).

En el mismo dia fué conducido al castillo de Benisanó, á cuatro leguas de Valencia, pero cumplió su palabra en lo que de él dependia.

En 1532 enviaron los valencianos á Roma dos religiosos para pedir á Clemente VII un Breve dirigido á los canónigos de Vannes, á lo cual accedió el Papa considerándolo muy justo. El Breve decia asi:

(1) Sanchis Sivera dice que el rey expidió un decreto para que se entregase á los Dominicos un brazo del Santo. Véase el Apéndice. (N del T.)

«Clemente VII á sus muy queridos hijos salud y bendicion apostólica.

»El nuevo Maestro General de los Hermanos Predicadores nos ha hecho presente lo muy honrado que es en Valencia, en donde nació, y en todo el reino el bienaventurado Vicente Ferrer, cuyo venerable cuerpo posee esa vuestra ciudad, y que seria muy de desear que el convento de los Hermanos Predicadores, en donde recibió el Santo su educación religiosa, poseyese alguna de sus reliquias. Por esta razon el Maestro General y el Provincial de la provincia de Aragon, bajo cuya jurisdiccion está Valencia, en donde acaba de celebrarse el último Capitulo general, esperando que acogereis favorablemente su peticion, han creido conveniente enviarnos los PP. Luis de Castellote y Gaspar Perez, maestros en teologia, con el encargo de pedirnos reliquias del Santo. Nos tenemos gran interés por esta célebre Orden tanto por su ciencia, quanto por su asiduo ministerio de la palabra evangélica y creemos que el mismo Santo no puede menos de ser favorable al proyecto de enriquecer con algunas de sus reliquias la cuna de su vida religiosa.

»Por este motivo y atendiendo la súplica del Maestro General de los Hermanos Predicadores y del Provincial de Aragon, os rogamos, atendiendo vuestra adhesion á esta Santa Sede y vuestra consideracion á la citada Orden, que deis á los enviados una porcion de los miembros ó del cuerpo del Santo, deseando que sea notable, y que esto se haga con el respeto y reverencia debidos, dándoos por la presente todo el permiso necesario al efecto.

»Dado en Roma, en San Pedro, bajo el sello del Pescador, el 8 Junio 1532 y el noveno de nuestro pontificado.»

Los dos religiosos se dirigieron á Bretaña acompañados de un tal Séradols, hombre de la confianza del embajador de España en Roma. La reina Leonor de Austria, hermana del Emperador, les dió en París cartas para el Cabildo de Vannes. Al llegar á Cambrai, cayó enfermo el P. Gaspar Pérez, y si bien muchos autores afirman que murió allí, Teixidor ha descubierto una firma suya en Valencia del 8 Agosto 1533 habiendo muerto en 1536 en Zaragoza, de cuyo convento era prior, después de haberlo sido del de Játiva. «*In conventu Cesaraugustae obiit Fr. Gaspard Perez Magister et Prior.*» (Acta cap. Prov. Barcinoni habiti).

Por consejo del Prior del convento de Cambrai, partió sólo el P. Castellote para Vannes, á donde llegó á fines de Julio.

El Cabildo de Vannes se negó en redondo, pero el enviado no se desanimó, y por otra parte el cielo vino en su auxilio, pues se decla-

ró una terrible peste que puso en fuga á los canónigos, de los cuales sólo seis quedaron en su puesto. Estos tuvieron compasión de sus largos viajes y de su perseverancia y le dieron un dedo de la mano derecha y un hueso del cuello con auténticas en regla, haciéndole jurar que lo llevaría todo á Valencia y no á otra parte.

Al regreso murió en Nantes el P. Castellote, y Séradols terminó el viaje, dando aviso en cuanto llegó á Murviedro á los magistrados de Valencia, los cuales comisionaron para recibirle á dos de los *caballeros* más distinguidos, D. Ramón Zaera y D. Pedro Exarch. Toda Valencia fué delante de ellos hasta el convento de San Bernardo, extramuros; los Dominicos mandaron hacer un relicario digno de objeto tan precioso, al que contribuyó la ciudad con 1.000 sueldos y los particulares con 2.528, pagándose al platero 180 libras por su trabajo.

¡Ah! el olvido se impone, aun á los más buenos. Esta reliquia, tan deseada y obtenida con tanta dificultad, no tardó en quedar relegada en un armario y luego veremos que fué necesario un largo debate para reconocerla.

Pero la Providencia, que se compadece de nuestras debilidades, envió otra.

Reliquias de 1600.

Dejaremos la palabra al sencillo cronista del convento:

Cómo entró en Valencia la reliquia de la costilla y cómo se la llevó á la sala dorada.

«Hallándose en Vannes Don Juan del Águila, mariscal de campo, se le regaló la costilla auténtica de San Vicente Ferrer en agradecimiento á los servicios que habia prestado, y él la envió por uno de sus oficiales encerrada en una caja de plata sellada y envuelta en tafetan. Dicho oficial llegó á Valencia el 1.º Agosto 1600, saliendo á recibirle las personas principales de la ciudad y los religiosos.

»Al llegar al puente de Los Serranos se nos presentó un espectáculo consolador, al ver la reliquia acompañada de caballeros con la cabeza descubierta, en silencio y sin la visera. Iban en la carroza el gobernador Jaime Ferrer, el Baile general Gaspar Mercader y cinco jurados. El sexto, llamado J. B. Julian, que estaba enfermo con calentura, al saber que llegaba la reliquia, se levantó muy contento de la cama y vino á donde estábamos completamente curado, creyendo todo el mundo que era obra de Dios y del Santo. Estos señores que estaban en la carroza se apearon y nos hicieron subir en su lugar, diciendo que era regular que fueran en ella los religiosos y no ellos,

y aunque nos resistimos, nos fué preciso obedecer, quedando solo en ella Beneyto, jurado mayor, que llevaba la reliquia en una caja, con los papeles, envuelta en una tela de damasco carmesi, color de los jurados de Valencia. Los demás iban delante de la carroza.

»Se quería hacer la procesion en secreto, pero pronto se esparció la noticia y vimos acudir muchos nobles, entre ellos el hijo del gobernador, su yerno y su cuñado, Antonio de Cardona, etc. y mucho pueblo. Se trajeron luces y este pequeño obsequio se les recompensó el Santo con un gran favor que otorgó á Doña Blanca de Cardona, madre, hermana y suegra de los citados nobles. Marchábamos con la cabeza descubierta en medio de la lluvia que caia uniéndose á las lágrimas de los devotos, cuando esta señora, que hacia seis meses que estaba tullida, quiso que la asomaran á la ventana y sin duda por efecto del frio que hacia se puso peor; pero en el momento de pasar la reliquia, se encomendó al Santo y quedó curada, pudiendo andar por su pie y aclamando al Santo á grandes voces en accion de gracias, en términos que bajó sola la escalera y salió á la calle llorando de alegría, así como su marido, su hijo y todos los que nos hallábamos allí. Los Jurados hicieron levantar acta por un notario de este milagro y ella, en agradecimiento, hizo solemnizar todos los años la fiesta del Santo en la iglesia de San Bartolomé.

»Por la noche hubo una fiesta muy brillante de oro, plata y otros adornos varios de plumas, flores, luces, etc. Al dia siguiente acordaron los Jurados destinar 6.000 ducados para estas fiestas, con los cuales se hicieron vistosos trages de ceremonia para los mismos Jurados y los demás oficiales y se repartieron socorros á los pobres, de modo que todos quedaron contentos.

»Se enviaron cartas á Don Juan del Águila y á su mayordomo que habia traído la reliquia expresándoles el reconocimiento público, queriendo cada cual tener la honra de hospedar á este último, y al marcharse se le entregó como regalo una letra sobre Madrid de 2.500 reales, de los cuales 2.000 para su señor y 500 para él.

»La reliquia se depositó provisionalmente en la capilla de los jurados llamada Sala dorada, en donde estuvo hasta el 17 de Abril, yendo el Patriarca y otros dos obispos á celebrar la misa en este altar improvisado. El domingo 16 Abril hubo misa cantada en la que yo hice de diácono, muy dichoso por prestar al Santo este servicio, y el P. Luis Ureta predicó con mucha elocuencia acerca de la veneracion de las santas reliquias. Hubo gran fiesta en la ciudad, se dió libertad á los que estaban presos por deudas, se suspendió el trabajo en las

oficinas públicas, hubo fuegos artificiales, iluminaciones pagadas por los jurados, justas en la plaza de la Seo con magníficos premios para los vencedores, y baile por la noche frente á la Sala dorada. El día siguiente, lunes, se llevó la reliquia con gran acompañamiento á la *Casa natalicia* hasta que se acordara el sitio en que habia de quedar definitivamente.

»El 27 Abril dispusieron los jurados que el clero de san Esteban y los religiosos dieran guardia permanente, celebrando la misa y cantando los *gozos*, y allí permaneció la reliquia hasta el 16 de Julio.

»Un decreto del rey fecha 7 Julio 1606 dispuso que se guardara definitivamente en la Catedral y allí se la trasladó colocándola en la capilla de San Vicente Ferrer, celebrándose en su honor una octava de fiestas con música, poesias, oficios solemnes y sermones, uno de los cuales predicó el Patriarca. Muchos milagros obró la reliquia, entre ellos uno en favor de un criadito de Don Juan de Villarrasa, sordo y mudo de nacimiento. Hallábase en Madrid y pidió á su amo que lo trajera consigo para ver las fiestas de Valencia, y el lunes, despues de la misa, besó la reliquia y en seguida se puso á gritar. El P. Sala quiso verle y le acompañó: al principio balbuceó y luego dijo: *San Vicente*, siendo estas sus primeras palabras inteligibles: luego le hicieron decir *Jesus* y lo dijo, y luego *Maria*. Lleváronle á la Seo y le colocaron en las gradas del altar con un gran cirio encendido en la mano, para que todo el mundo pudiera verlo y el Patriarca predicó sobre los milagros realizados aquel día.

»Despues de la misa mayor fué tal la aglomeracion de la gente que queria ver al niño que lo ahogaban y el gritaba: *San Vicente, San Vicente!* Poco á poco fué hablando y luego hablaba más que nosotros; pero el pobre niño que antes no tenia lengua, sino un pedazo carnososo como lengua de papagayo, con el egercicio de la palabra se le fué formando la lengua.»—Y el cronista se detiene á relatar sus primeros ensayos de la palabra. Este milagro está representado en un cuadro que se conserva en el Colegio. Hay otro cuadro que representa la entrada solemne de esta reliquia.—«Yo me hallaba allí, dice el sencillo cronista, pero no me han puesto en el cuadro.»

El Patriarca hizo además pintar en esta ocasión el retrato de San Vicente Ferrer al lado del de San Vicente Mártir.

Vidal y Micó tiene páginas llenas de entusiasmo sobre la entrada de esta reliquia y las fiestas que siguieron (p. 463-468), fijando en 25.000 reales la gratificación dada á D. Juan del Águila y en 10.000 ducados los gastos hechos por la ciudad en esta ocasión. Se puso en

libertad á todos los presos; duraron las fiestas diez días y en todos ellos se renovaban los milagros. Si se exceptúa en los *centenarios*, cuya descripción haremos más adelante, jamás se celebraron con tanta alegría y magnificencia las procesiones, cabalgatas, fuegos artificiales, músicas, ni hubo tanta prodigalidad de colores, banderas y adornos de todas clases. Fué una verdadera renovación del culto de San Vicente Ferrer en su patria: verdad es que lo promovía un ferviente admirador del gran taumaturgo, el B. Patriarca Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.

Él quiso que este entusiasmo no fuera pasajero y estableció ó ratificó fiestas anuales, hizo obligatoria la fiesta del Santo, con octava, como patrón de la ciudad y de todo el reino, y extendió esta disposición á toda su diócesis.

La Cofradía de la *Celda Santa* celebró desde entonces una solemne fiesta anual en honor del Santo el 5 Febrero, día de Santa Águeda, porque en ese día tomó el hábito Dominicano.

En la parroquia de San Esteban se celebró el aniversario del bautizo y en la de San Bartolomé el del milagro obrado en favor de Blanca de Cardona.

D. Lope Ferrer había compuesto un árbol genealógico destinado á glorificar á todos los que estaban ó pretendían, como él mismo, estar unidos al Santo por los vinculos de la sangre, árbol muy complicado, en el que, además del parentesco natural, representaba á su descendencia espiritual ó sea once Santos ó bienaventurados, y su descendencia social, es decir, Fernando de Castilla, Juan II, Fernando el Católico, la reina Isabel, Carlos V, Felipe II y Felipe III (que Dios guarde!), á quien estaba dedicado este trabajo.—En 1609, con motivo de la fiesta del Santo, se elevó ó más bien se construyó un árbol gigantesco, de sesenta palmos de altura, en el que figuraban en efigie todos estos personajes, el cual costó 1500 reales (1).

Pero el Patriarca Juan de Ribera deseaba tener en su Colegio una reliquia de San Vicente Ferrer y la quería notable, cosa que era muy difícil de lograr, para lo cual no escaseó diligencias, ni dinero, pues hizo que mediaran en ello el cardenal de Gondi y la reina Maria de Médicis, gastando 5500 ducados. Por fin, el 14 de Septiembre 1601 se le envió la reliquia tan solicitada, que era una tibia, *sive uno femorum*, dice la auténtica, la cual no llegó á Valencia hasta el 28 Octubre. El Patriarca la recibió con grandes demostraciones de respeto y

(1) Véase el Apéndice.

alegría é instituyó una fiesta conmemorativa de primera clase el último domingo de Octubre, con procesión que se detenía en los mismos sitios en que se había detenido la reliquia antes de colocarla en el *Sacrarium*.

Yo he tenido á la vista los documentos referentes á este particular, que consisten en varias cartas, especialmente las del Cardenal al Cabildo de Vannes. En el acta se hace constar que, efectivamente, se ha tomado del cuerpo una tibia y refiere un milagro obrado por esta reliquia en un hombre de Puzol, herido mortalmente. En la *constitución* de su Colegio se expresa el Patriarca Juan de Ribera en los siguientes términos:

«La canilla segunda de la pierna entera del bendito y esclarecido San Vicente Ferrer, Patron de esta ciudad y reino, la cual hubimos por particular misericordia de nuestro Señor, alcanzada por los merecimientos é intercesion de este gloriosísimo Patron: habiéndose ofrecido en esta empresa dificultades tan grandes, que es milagro notorio haberse vencido, segun lo refieren Mosen Juan Bautista Almoradi, Pedro Martinez Santos y Juan Balon, criados de nuestra casa que fueron enviados por mi á Paris con esta pretension y partieron á veinte y dos de Febrero de mil seiscientos y uno. Entregóseles la santa y preciosa reliquia á catorce de Setiembre de dicho año en Vannes» (1).

Desde 1532 estaba la primera reliquia de Vannes olvidada en la sacristía, porque ya no se llevaba á los enfermos, y hasta se empezó á dudar de su autenticidad, por lo cual los religiosos se vieron obligados á publicar la bula apostólica y demás documentos.

El archivero Sala se lamenta de esta indiferencia: «Ya teníamos, dice, tres huesos del índice de la mano derecha en un relicario de plata dorada, encerrado á su vez en otro mayor que tenia la forma de un dedo, el cual llevé yo mismo muchas veces siendo diácono. Pero llegó á ser tal la incredulidad, que el Patriarca envió á su vicario general, Casanova, al convento para examinar los documentos.

»Sin embargo, cuando se recibió esta reliquia en 1532 se obró un milagro tan notable como cuando llegó la reliquia de la costilla en 1600.

»En efecto, el 20 de Octubre en el momento en que la procesion pasaba por delante de la casa de D.^a Jerónima Almenar, que tenia una hija llamada Elena ciega de nacimiento y atacada de unas

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

calenturas hasta el punto de haberla desahuciado los médicos, al oír la música se asomó á la ventana y rogó al Santo que devolviese la salud á su hija y al entrar de nuevo en la habitacion se encontró á esta buena y que habia recobrado la vista. Esta Doña Elena vivia aún en 1600, cuando se recibió la otra reliquia y refirió el hecho al padre Diago. «Se armó tal alboroto en la casa, decia, al verme curada, que el Justicia, Mosen Alonso March, creyó que reñian y subió á la habitacion.»

Y hay un motivo mucho más grave para censurar tal indiferencia y es que ese dedo es precisamente el que el Santo levantaba cuando decia *Timele Deum*.

El 4 Agosto 1611 hubo en Valencia otra gran festividad para recibir en el convento de Dominicos otra pequeña reliquia de San Vicente Ferrer cedida por la reina de Francia al P. Juan Vicente de Valeriola, que habia ido á París para asistir al Capitulo general como definidor de la provincia de Aragón, la cual estaba encerrada en una caja de oro con los documentos que acreditaban su autenticidad.

Pocas ciudades hay tan ricas como Valencia en reliquias preciosas. Baste citar un trozo notable de la túnica del Niño Jesús, el *caliz de la Cena*, espinas de la Santa Corona, una tibia de San Vicente Ferrer, cuatro cabezas de apóstoles, el brazo derecho de San Lucas con el que escribió el Evangelio y retrató á la Santa Virgen, dos cuerpos intactos de los Santos Inocentes con herida aparente en la garganta, etc., etc. El *Sacrarium* del Colegio del Patriarca es sin duda único en el mundo como relicario.

Valencia venera también como reliquias de su santo Hijo su capa y capucha cosidas una á otra según el uso primitivo; su libro de sermones autógrafos; su púlpito en la Catedral, colocado al lado del Evangelio, que el B. Patriarca Juan de Ribera hizo revestir con una guarnición de bronce, colocando en él el retrato del Santo y tapiando la puerta: en San Martín, su gorro; en San Salvador, una capucha negra; en San Esteban, su cáliz; y, por último, la Biblia que regaló Benedicto XIII á Vicente Ferrer. Esta se compone de dos hermosos volúmenes en folio manuscritos, con esa bonita letra de la Edad Media que ha servido de modelo á nuestros incunables; todo en pergamino de una finura extraordinaria, con el texto sagrado y enfrente los comentarios de los doctores, con notas marginales concisas escritas por Vicente Ferrer, la mayor parte de las cuales han sido cortadas como reliquias, lo cual, aunque sensible, no me atrevo á censurarle, considerando menos culpable esto que el robar los

libros enteros y saquear los conventos. Tal cual está esta Biblia es un trabajo que no tiene precio. Sobre la cubierta se lee en caracteres góticos: *Ista Biblia estofata fuit S.^{ti} Vincentii Ferrarii Ord. Praedicatorum in sacra pagina magistri, quam sibi dedit sanctissimus in Christo pater Benedictus Papa XIII, cum esset confessor suus.*

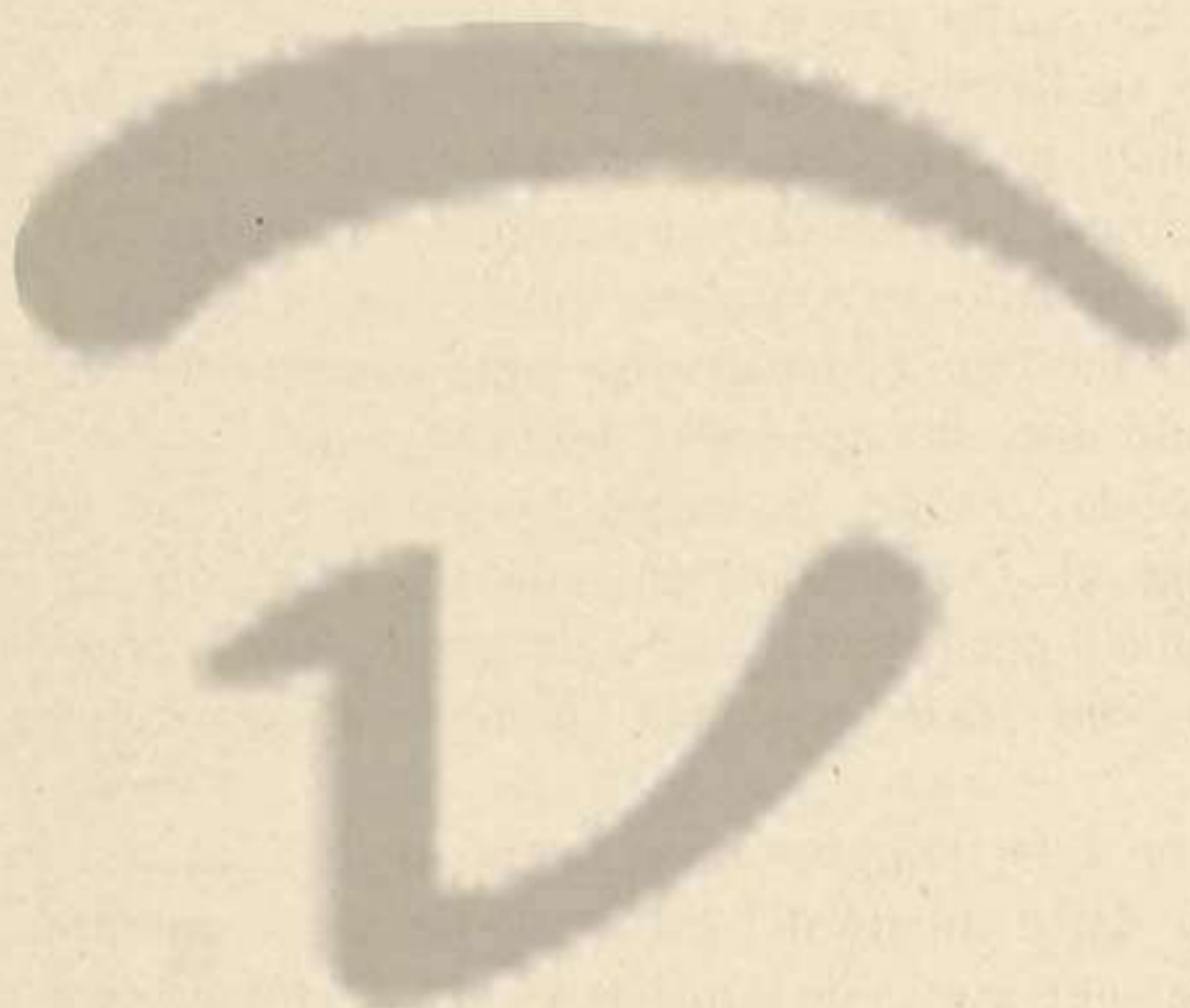
Hay en el tesoro de la catedral otra Biblia de Vicente Ferrer más portátil y que sólo tiene el texto, la cual parece que le servía de almohada, según refieren muchos testimonios.

El inventario de la sacristia del convento, hecho el 24 Junio 1544, menciona dos grandes imágenes, una de San Vicente Ferrer con un pedestal de cobre y relicario en la parte inferior; otro relicario en forma de viril, conteniendo un hueso de San Vicente Ferrer; una caja de plata dorada con cuatro leones por pies que contenía su cáliz; dos zapatos, de los cuales uno guarnecido de tela de oro y el otro de brocado, que se llevaban á los enfermos; un gorro de San Vicente Ferrer, también guarnecido de brocado, que se llevaba igualmente á los enfermos; una túnica y su cordón, y un pedazo de su escapulario. Este inventario se completó con el que se hizo el 4 Septiembre 1681, en el que figura además una cajita cubierta con un paño verde conteniendo una alba que había usado el Santo.

Recordemos su celda, testigo de tantas maravillas, y que se respetó al transformar el *Dormitorium* en sala de recepción. La entrada de la celda quedó encuadrada dentro de una puerta monumental, cuyo dorado solo costó 400 pesos (moneda de plata que pesaba una onza).

En lo que concierne á las reliquias propiamente dichas, fácil le será al lector erudito darse cuenta del estado de las cosas comparando las diversas actas que acerca de aquéllas se han levantado con la nomenclatura de los huesos humanos. Observo, sin embargo, que la anatomía de dichas actas deja algo que desear.

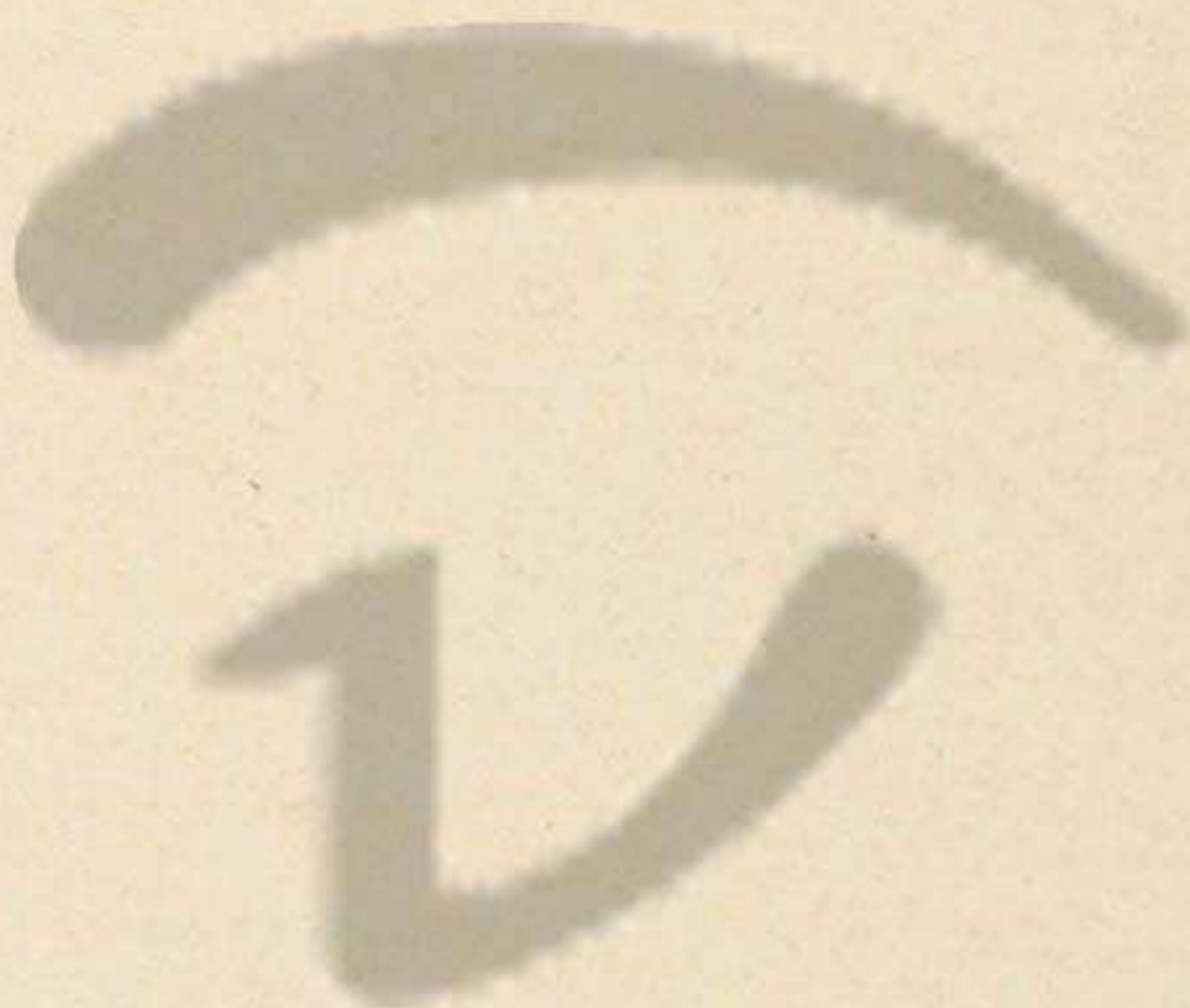
Se impone un *desideratum*: ¿en qué estado se hallan las reliquias de Vannes llevadas (*Bourlinquées*) todos los años sobre las espaldas de los marinos el 6 de Septiembre desde 1816?—Yo propondría que se hiciese un nuevo y solemne reconocimiento de ellas y de las de Pleubihan á título de confrontación, formando de todas ellas el nuevo depósito, y aprovechándose de esta solemnidad, á la que se invitaría á toda la Bretaña y á Valencia de España para reavivar universalmente el culto de San Vicente Ferrer. Esta sería buena ocasión para comprobar si ha conservado su poder taumatúrgico.



SEXTA PARTE

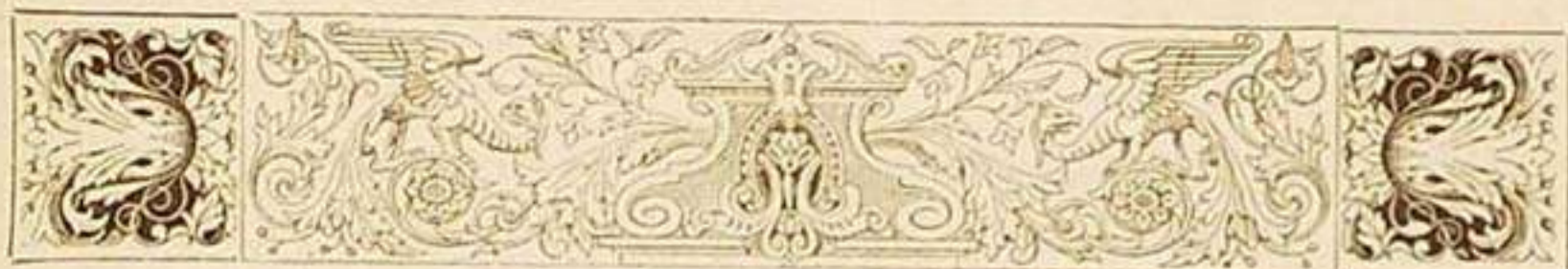
EN LA GLORIA

(1419)





APOTEOSIS



CAPÍTULO I

LA INFORMACIÓN CANÓNICA

Rebato de júbilo.—El libro de Enrique Le Médec.—¿Por qué no le canonizaron más pronto?—La peste vela.—Francisca de Amboise.—El santo cuerpo.—Los comisarios apostólicos.—El capítulo general de los Dominicos.—¡Dios lo quiere!—Impuesto de circunstancias.—La voz del pueblo.—Demasiados milagros.—Las informaciones.

(1419-1454)

APENAS se hubo cerrado el sepulcro de Vicente Ferrer, se abrió el proceso de canonización. El pueblo hizo su papel de nuncio de Dios: la gente acudía en tropel á la santa tumba, se organizaban procesiones, fiestas y otras demostraciones públicas; cuando tenía lugar un milagro extraordinario se echaban á vuelo las campanas, era un rebato de júbilo; y ciertamente, dice un cronista, no era entonces ninguna canongía el oficio de sacristán.

El domingo se recordaban los prodigios de la semana, y estos eran en tal número, que poco tiempo después el maestro Salomón Périon llevó á Roma, de parte del duque de Bretaña, un grueso volumen en que se relataban los milagros realizados, compuesto por Enrique le Médec según los datos suministrados por el libro de la parroquia.

Los *exvotos* y las ofrendas fueron en tanto número y tan ricos que el 31 Octubre 1419 publicó el obispo Amaury de la Motte un reglamento para repartirlos según las necesidades más urgentes.

¿Por qué no fué canonizado Vicente Ferrer hasta cerca de cuarenta años después de su fallecimiento? Ciertamente que los milagros no faltaban, ni tampoco la buena voluntad, pues todo el mundo se

ocupó de ello; los principes, los obispos, las Universidades, Vannes, la Bretaña entera, lloviendo las súplicas sobre Roma. El Cabildo de Vannes hipotecó sus bienes para subvenir á los gastos necesarios.

Parece que Martín V debía apresurarse á cumplir un deber de gratitud hacia un Santo que habia devuelto la paz á la Iglesia; Eugenio IV profesaba gran afecto á los Hermanos Predicadores, y quiso que el Concilio de Florencia se celebrase en su iglesia de Santa-Maria-Novella, eligiendo de entre ellos varios obispos y un cardenal y tuvo tiempo para canonizar á San Nicolás de Tolentino. Por último, Nicolás V canonizó á San Bernardino de Sena, según lo habia profetizado San Vicente Ferrer.

Si se han de tener en cuenta los motivos humanos, Alfonso V se habia interesado demasiado en la historia de Vicente Ferrer para que la canonización pudiera hacerse sin que tomara parte en ella; pero entonces apoyaba al último antipapa Gil Muñoz, sucesor de Benedicto XIII en la roca de Peñíscola.

Podrian invocarse también las persistentes turbulencias de la Iglesia en esta época, el concilio de Basilea y la lucha fratricida entre el duque Francisco y Gilles de Bretaña...

La verdadera razón es que aun no era Papa Alfonso de Borgia, y Vicente Ferrer habia vaticinado que seria éste el que le canonizase.

Tal vez era también necesario que se amortiguase un poco el entusiasmo producido por tal cúmulo de prodigios. El que se conservara en la memoria de los hombres después de treinta y cinco años podia muy bien tomarse como expresión de la verdad. ¡Ah! hasta llegó el olvido á extender su frio sudario sobre todas estas maravillas; pero vino la peste á reavivar los recuerdos, como lo hacen constar los testigos.

«Al cabo de seis ó siete años disminuyó algun tanto el concurso de gente á la tumba del maestro Vicente; pero de tres años á esta parte el brillo de los milagros ha despertado la fé y especialmente en este año se han hecho muchas procesiones en honor de dicho maestro Vicente *contra la peste*.

»De todas partes se elevan quejas porque no se ha canonizado aún al maestro Vicente.»

«Muchas personas honradas afirman que no cesará la peste hasta que se canonicé al maestro Vicente.»

«Y yo he oido decir que la peste habia desaparecido en las parroquias en que se habian organizado procesiones al sepulcro del maestro Vicente.»

Esta peste procedente de Asia, estalló en Europa en 1450: jubileo de la Muerte.

Según refiere Fernel, médico de Enrique II, sucumbieron las dos terceras partes de población: *Vix ut tertia pars viventium superstes evaserit.*

Mezeray fija en cincuenta mil el número de las personas que murieron en Paris en seis semanas y Bretaña fué cruelmente castigada. Pues bien, en esta época fué cuando en la tumba de Vicente Ferrer se realizaron los milagros más asombrosos.

El Dominico Ives de Pontsal acababa de ser nombrado obispo de Vannes. Como había sido tesorero de la catedral, conocía el estado de las cosas, y pareciendo que le estaba reservada la misión de hacer canonizar á Vicente Ferrer, se ocupó de ello sin levantar mano. Reanimó las romerías y favoreció su culto por todos los medios, y por orden suya continuó el sacerdote Ives Noel la obra de Enrique le Médec, es decir, que inscribió en un registro los milagros obrados en la santa tumba.

En 1450 Pedro, hijo segundo de Juan V, sucedió en el trono de Bretaña á su hermano Francisco, y con él se sentó en este trono Francisca de Amboise, la discípula de Juana de Francia y por consiguiente de Vicente Ferrer. La piadosa Juana había pedido como insigne favor el ser sepultada al lado de su maestro espiritual y en su lecho de muerte había hecho prometer á su hija adoptiva que se ocuparía sin demora en la canonización de su santo amigo y protector en el cielo. Libre y dueña, cumplió su palabra, encontrando además en el nuevo duque, su marido, el más decidido apoyo.

«Acordándose de las últimas palabras que le había dicho su difunta tia, la duquesa Juana da Francia, recomendándole sobre todo que procurase la canonización de San Vicente Ferrer, instó con gran empeño sobre el particular al duque Juan, su suegro, y al duque Francisco, su cuñado; pero habiendo heredado el ducado su marido, tomó este negocio con tal ahinco, que en el mismo año 1453, en la Pentecostés, se reunió en la ciudad de Nantes el Capítulo general de la orden, cuyos gastos sufragó ella con liberalidad». (Alberto Legrand, *Vida de la Bienaventurada Francisca de Amboise*, p. 549).

Pedro II se puso en seguida en relaciones con el Soberano Pontífice Nicolás V, y las cancillerías Europeas desplegaron un celo que las honraba en gran manera.

Alfonso V escribió en un estilo algo ampuloso que ocultaba una disimulada diplomacia:

«Santisimo Padre; no creo ignore V. Santidad la fama de la Santidad del maestro Vicente Ferrer, del qual la su vida fué aprovada en todo su esser, que se puede decir, que no fué su par en su tiempo. E la muerte la aprovó, é confirmó con muchos milagros, los quales yo vi que envió el Duque de Bretaña á mi hermano el Infante D. Enrique, que Dios aya, por dos criados suyos del dicho mi hermano, que pasaron por do él estaba, que eran idos á cercar el mundo, los quales me los mostraron; porque muy humildemente suplico á V. S. quiera suplir mi negligencia, por ser mi vassallo, é de aquellos á quien pertenece solicitar la canonizacion de este Santo hombre, é quiera dar orden que reciba el bravio porque corrió en este mundo, pues de él que sois verdadero Vicario, le ha dado el del otro. E aunque á él esta gloria mundana le aprovecha poco, aprovechará á los malos á trabajar á ser buenos, á los que son á medio camino, por ser perfectos; á los perfectos perseverar. E por tanto la mi tardanza no empache el beneficio de este Santo Hombre, la qual no empachó la demencia de nuestro Señor á sanar la muger encorvada por diez y ocho años: levante la fama de este Santo Hombre, encorvada por culpa de los que la debian solicitar, canonizándolo, la qual el bien merece, é los trabajos de su vida, é la doctrina: el qual hizo muchos bienes en las conciencias de los por donde andó. De lo qual le puedo facer buen testimonio, porque por la no cura de los á quien pertenecia, la Religion Christiana no solamente era neglecta, mas en gran parte olvidada; é las gentes ignorantes en obrar, y en creer fueron por él enseñadas y alumbradas, no menos por el exemplo de vida, que por el de palabras. Por tanto suplico á V. Santidad tan humildemente como puedo, quiera dar obra en lo canonizar, que por mi parte dispuesto estoy de facer lo que pueda en que esta santa obra haya efecto; lo qual terné á V. Santidad en singular gracia, é merced: é sobre esto embio á V. Santidad al Maestre Juan Fernando, Prior de Tortosa, é á Fray Carbonell de la Orden de Santo Domingo. Suplico á V. Santidad los quiera creer, é dar tal despachamiento, qual es mi esperanza, é la justa suplicacion merece. Assi mesmo suplico á V. Santidad que me quiera dar las reliquias de San Lorenzo é Vicente, que estando á Tiboli V. Santidad me prometió, y con los perdones. Escrita de mi mano en la torre á seis de Octubre.

De vuestra Santidad humilde fijo, que beso vuestros pies é manos.—El Rey de Aragon y de Sicilia» (1).

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

Las cortes de España enviaron sus instancias; el General de los Dominicos, Guy Flammuchet, gestionaba por su parte: Nicolás V accedió y el 15 Noviembre 1451 publicó una Bula por la que instituía tres comisarios apostólicos encargados de organizar la información preparatoria para la canonización de Vicente Ferrer. Dichos comisarios fueron: Jorge, cardenal obispo de Préneste; Alfonso Borgia, cardenal presbitero del título de los cuatro Coronados, el mismo sin el cual no podía llegar á término este grave negocio; y Juan, cardenal de Sant Angel.

Constitución de Nicolás V ordenando el examen de la vida y milagros de Vicente Ferrer.

18 Octubre 1451.

«Nicolas obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro venerable hermano Jorge, obispo de Préneste, y á nuestros queridos Hijos, Alfonso y Juan, el uno cardenal presbitero del título de los cuatro Coronados, el otro cardenal diácono del título de Saint-Ange, salud y bendición apostólica.

»La autoridad de las Sagradas Escrituras nos impone el deber, siguiendo el ejemplo de nuestros Padres, de considerar como que han alcanzado la gloria eterna á aquellos hombres á quienes recomienda la excelencia de su vida, si por otra parte han obrado vivos ó muertos verdaderos milagros, y colocarlos en el número de los Santos para que toda la Iglesia pueda consagrarles un celoso culto y solemnes alabanzas.

»Y como hace mucho tiempo que la vida ejemplar de Fr. Vicente Ferrer, natural de Valencia, de la Orden de los Hermanos Predicadores, sus purísimas costumbres, su fecunda predicación, su caridad, su paciencia, el brillo persistente de sus milagros, eran conocidos en todo el Occidente, Juan, duque de Bretaña, de gloriosa memoria, en cuyo país ha muerto este santo religioso, y que sabía que por sus méritos había obrado multitud de prodigios, á instancia de sus Prelados, de sus principes y de su pueblo, pidió á nuestro antecesor Martin V de feliz memoria que dispusiera la canonización de tan glorioso apóstol.

»Al morir Martin V, el mismo duque de Bretaña envió una solemne embajada de personas respetables á Eugenio IV, nuestro antecesor, de santa memoria, reiterando su petición; pero falleció á su vez el duque mientras se ocupaba en este proyecto.

»Por último, Nos mismo, elevado al rango supremo del Apostolado, hemos sido solicitado por nuestros queridos hijos, Juan, rey

de Castilla y de Leon, y Alfonso, rey de Aragon, que nos enviaron á este efecto cartas y embajadores, y por el Capitulo general de los Hermanos Predicadores reunido últimamente en Roma, para que nos ocupemos en semejante labor. Y habiéndonos hecho suplicar recientemente Juan, rey de España, y Alfonso, rey de Aragon, y Pedro, nuevo duque de Bretaña, heredero del celo de su padre por esta obra, en un consistorio general celebrado en nuestra presencia, por medio de nuestro querido hijo Andrés de Santa Cruz ciudadano romano y abogado consistorial, que confiamos á algunos de nuestros hermanos los cardenales de la S. I. R. el cuidado de tomar activa y solemnemente informes acerca de la vida de Fr. Vicente, sus milagros y sus circunstancias y darnos cuenta á Nos y á los otros cardenales; instados, en una palabra, á proveer á todo lo que exige una súplica de esta naturaleza.

»Nos, deseando vivamente aumentar la gloria del divino Nombre y dilatar las Ramas de la Fé católica, sobre todo en nuestro tiempo.

»Accediendo á todas esas súplicas y teniendo en cuenta vuestro reposado juicio, notable prudencia y fieles consejos que tan útiles nos han sido en nuestros mas importantes negocios y los de la S.^{ta} Iglesia, siguiendo el parecer de nuestros venerables hermanos y por rescripto apostólico, os confiamos el encargo de tomar informes de completa verdad sobre todo lo que queda dicho, sobre cada cosa y sus circunstancias, en la curia ó fuera de ella, buscando con cuidado la verdad; cuyo encargo podreis conferir tambien á la persona eclesiástica constituida en dignidad, de probada virtud y profunda ciencia en las sagradas letras que tengais á bien elegir para este objeto.

»Y cuando con todo detenimiento hayais reunido estos informes, nos traereis fielmente á consistorio secreto lo que vosotros ó vuestros delegados creais que se apoya en la verdad, á fin de que con vuestro consejo y el de los cardenales, podamos hacer para gloria de Nuestro Señor lo que la enseñanza de los S. S. Padres, los sagrados cánones, la justicia y la caridad cristiana demandan y requieren. Para ello os concedemos por las presentes y nuestra autoridad apostólica todo poder y entera facultad de obrar.

»Pero siendo esto el mas grave de los asuntos que se traen á resolucion de la sede apostólica, para que presidan en él un exquisito cuidado y gran pureza de conciencia y reine una verdad sólida y no aparente, queremos que vuestros delegados, por respetables que sean, presten en vuestras manos ó en manos de uno de ellos ó de cualquiera otra persona que designeis el juramento de no ver en todo lo

les confiais mas que á Dios y la verdad, y de obrar, segun recomiendan los sagrados cánones, con todo el celo y actividad posibles.

»Dado en Roma, cerca de San Pedro, el año de la Inc. de N. S. 1451, 15.º dia de las kalendas, de Noviembre, de nuestro pontificado el año quinto.»

En el interin se abrió en Nantes el Capitulo general de los Dominicos, los cuales habían consentido los hechos realizados á propósito de las reliquias de su santo hermano, salvo el renovar sus instancias en tiempo oportuno, y dieron á entender que no se ocupaban más que de su canonización. La elección del sitio en que se celebraba el Capitulo, al que concurrieron mil seiscientos cuarenta y cinco religiosos, y cuyos gastos corrieron de cuenta del duque Pedro, indicaba claramente aquellas disposiciones.

Para subvenir además á los gastos de la información quiso el duque Pedro que todos sus súbditos participasen en la glorificación del que habia devuelto su pais á la vida cristiana, publicando la siguiente ordenanza (1).

«Pierre, par la gráce de Dieu, duc de Bretagne, conte de Montfort et de Richemond, á nos presidents, sénéchaux, allonez, baillits et prévots, procureurs, leur lienténants, sergeans généraulx et particuliers et á tous aultres justicier et officiers de notre duché sur ce regnis salud.

»Comme deparavant ces heures, pour le faict de la canonizacion du très dévot réligieux home, mestre Vincent, de l'Ordre des Fréres Prescheurs, duquel repose le corps et est ensepulturé en l'église cathédrale de Saint Pierre de Vennes, qui pour la continnation des grâces inestimables, miracles vertueux et apparens que, á sa priére et supplication, Dieu, nostre creatour, fait par chascun jour, est digne d'estre canonizé, nous pour aider á supporter les charges qui convenables et nécessaires sont á fere en la matière, voulons et ordonnons par chascune escuelle de chascune paroesse generalmente par tout nostre pais soit levé cinq deniers une foiz et pour ung an seulement poier, et en estre la levée et recepte fete par les commis et depputez des evesques et cappitre du dict lieu de Vennes, ainsi que bien á plain par nos lettres patentes sur ce fainct peut apparoir. Et de present nous soit venu á connaissance que plusieurs de nos subgetz sont reffusans et de loians de poier les dits cing deniers, par quoi si pour-ven ni estoit, se-roit et pourroit estre retardée la dicte canoniza-

(1) Se inserta original por ser de difícil traducción. (N. del T.)

cion et l'ocuvre d'icelle qui desja est encommencée bien avant, que seroit à nostre grant desplaisir, savoir faisons, nous, désirant sur toutes choses la dicte canonizacion et l'ocuvre d'icelle estre parachevée et acomplye à l'honneur et lonange de nostre Createur et à l'intention de nostre Saint-Père le Pape et de nous et pour le bien de tout le peuple chrestien, ce que bonnement ne se peut fere fors par le moien desdicts deniers: avons vonlu et ordonné, voulons et ordonnous par ces présentes que la levée soit fete aux désirs et sellon la teneur de nos dites lettres, les-quelles voulons que aient efect et entérinence. Et vons mandons et à chascun de vons en son baillage et jurisdiction, si come à lui appartient, à la contribution desdits cinq deniers, ainsi et en la manière ordonnée contraindre nos dicts subgetz tant par execution et explectacion de biens, que par tantes aultres voies deues, licites et raisonnables...

»En manière que les dits commis et depputez pour en faire la levée puissent colliger promptement les dits deniers pour estre employez à ce que dessus, et que aucun tardement ne s'y trouve... car tel est notre plaisir.

»Voulous que à la copie de ceste, foy soit ajoustée comme à l'original; de ce faire et tenir fidèlement les choses à ce appartenantes et nécessaires nous avons donné, donnous plain pavoir, auctorité et mandement espécial.

»Mandous et commandous à tous nos féaulx et subjects en ce faisant vous obéir et diligemment entendre.

»Donné au chasteau de Bréant, le second jour de jauvier l' an mil CCCC cinquante troys (54).

Sigué: Pierre

»Par le duc en son conseil, P. Raoulet.

»Donné et fait par *Vidimus* à Vennes, en la chambre le XIX^e jour de fevrier l' an mil CCCC cinquante troys.

»Collation faite sur l' original, signé par moy Labarre, not., et par moy G. M. Garin, notaire.»

A despecho de algunos recalcitrantes, se cubrió este impuesto con entusiasmo, recaudándose doble cantidad de la pedida «pues jamás se habia presentado tal abundancia» dicen las Crónicas de Bretaña.

Los Dominicos de Valencia, más modestos, destinaron al mismo objeto la renta que pagaban anualmente al Maestro General para su guardarropa, sea XX libras, según se lee en el registro de gastos 30 Octubre 1453. «*Solvimus contributionem reverendissimi Magistri*

Ordinis, et vult quod serviat pro canonizatione reverendi et gloriosae memoriae Magistri Vincencii Ferrarii.»

»El general de los Dominicos Guy Flammuchet, habia fallecido mientras se celebraba el Capitulo general en Nantes é inmediatamente se tomaron las medidas de costumbre para proceder á una nueva eleccion, haciendo la duquesa y su corte rogativas en la capilla del convento.»

La eleccion recayó en Marcial Aurebellú, Aviñonés, célebre teólogo, que habia sido convertido por Vicente Ferrer. «Auribaeus (Martial) nacido en Aviñon á principios del siglo XVº, impresionado por los sermones de Vicente Ferrer que estaba entonces en la corte de Benedicto XIII, tomó el hábito de los Dominicos en 1424. Llegó á ser General de la Orden, contribuyó poderosamente á la canonizacion de Vicente Ferrer y celebró el famoso Capitulo de Montpellier en 1456.» (Barjavel, *Monografia del Departamento de Vandusa*) (1).

Siguiendo las órdenes recibidas de Nicolás V, los tres comisarios eligieron algunos subdelegados para tratar con ellos el negocio sobre el terreno y con más conocimiento de causa, los cuales fueron: para Bretaña, Raoul de la Moussaye, obispo de Dol, Juan l' Epervier, obispo de Saint Malo, los Abades de Saint-Jacut y de Buzuy y los oficiales de Nantes y de Vannes, acompañados de notarios apostólicos; para el reino de Francia, el arzobispo y el deán de la metrópoli de Tolosa y el obispo de Mirepoix; para Nápoles, Arnold, patriarca de Alejandria, arzobispo de Nápoles y el obispo de Mallorca; para el Delfinado, los obispos de Vaison y de Uzés, el oficial y el deán de San Pedro de Aviñon.

Tan luego como llegaron las cartas referentes á Bretaña, el Cabildo de Vannes, con fecha 26 Octubre 1453, envió á Guillermo Coetmeur plenos poderes para la canonización, encargándole que no economizara diligencia ni paso alguno *ubriumque fuerit opportunum*.

El nuevo General de los Dominicos habia celebrado en Nantes conferencias con el obispo y el duque de Bretaña sobre este particular, y luego, cuando tuvo en sus manos por medio de sus religiosos todos los antecedentes del negocio, convocó en la iglesia del convento una especie de reunion preparatoria, á la que asistieron el Duque, la corte y toda la nobleza de las cercanias. Poseido plenamente del asunto de que se trataba, habló con tal elocuencia, que todo el

(1) Debe haber aquí algún error de fechas, porque San Vicente Ferrer dejó la corte de Aviñon á fines de 1398, en cuya época no habia nacido Marcial Aurebellú. (N. del T.)

mundo exclamó: «¡Dios lo quiere!», y se suspendieron todos los negocios para ocuparse únicamente en esta cruzada pacífica.

La carga era pesada y la información podía ser larga: el obispo de Dol titubeó; el obispo de Saint Malo dijo que sólo podría ocuparse en ella poco tiempo y realmente se volvió á su diócesis sin haber oído más que á cinco testigos; sin embargo, convino en que se hablaría el jueves 15 Noviembre 1453 en la pequeña ciudad de Malestroit, y así lo hizo.

El día siguiente el obispo de Vannes, Ives de Pontsal, expuso el estado del asunto y rogó á los delegados por dos veces que abrieran inmediatamente la información oficial.

El espectáculo de la viva fé del pueblo que había acudido en tropel, completó la obra. Los delegados declararon que habían dudado al pronto si irían á Vannes á causa de la peste, pero que al fin se habían decidido en cuanto ésta cesara, ya que se ocupaban tan seriamente de Vicente Ferrer.

En consecuencia, el 20 de Noviembre, á las diez de la mañana, hicieron su entrada solemne en la ciudad con gran acompañamiento, saliendo el obispo á recibirles procesionalmente. Todas las campanas se echaron á vuelo, resonaron todos los órganos, se cantó un himno al Espíritu Santo y el Prior de los Carmelitas del Bondon reseñó con elocuencia los *exvotos* que adornaban el sepulcro.

Por tercera vez suplicó el obispo que se terminara la obra empezada. «El obispo nos ha rogado, por amor á la misericordia de Dios, decían los delegados en su informe, y en nombre de su pueblo que no cesa de elevarle súplicas en este sentido, que se proceda á la visita de la tumba del maestro Vicente y al examen de su vida y de sus milagros. Ha querido que nos hiciéramos cargo de las imágenes en cera, cruces, atahudes, sudarios de muertos resucitados, cadenas de cautivos libertados y otros *ex-votos* y que diéramos testimonio de ellos como prueba de dichos milagros.

»Como consecuencia de ello certificamos que es un hecho demostrado en toda la Bretaña y lugares comarcanos que Vicente Ferrer fué toda su vida buen católico y que todo lo ha hecho por la gloria de Dios; que por sus méritos se han obrado y se obran todos los días incesantemente numerosos milagros; y por este motivo no ha dejado de acudir á su tumba gran concurso de gente desde el día de su muerte hasta hoy. Hemos visto y oído gran número de ciegos, endemoniados, náufragos, personas atacadas de diversas enfermedades y especialmente de la peste que ha desolado este país, los cuales

afirman que han sido curados y librados del peligro de muerte por los méritos del maestro Vicente; y finalmente, son en tan gran número los *ex-votos*, que se necesitarían muchos días para contarlos.» —En vista de lo cual, proceden á los preliminares de la canonización.

Entonces se produjo un movimiento admirable. Los delegados bajaron de sus asientos y se dirigieron al santuario, al lado derecho del altar, y el obispo les mostró una modesta tumba labrada en un trozo de piedra amarilla sostenida por cuatro pequeñas columnas. Allí reposaba el que había sido árbitro de los grandes litigios y cuyos huesos eran por espacio de medio siglo los agentes cada día más activos de la alegría, de la salud y de la vida.

Reinaba en la multitud un silencio solemne. Los delegados, en nombre del cielo y de la tierra, preguntaron si efectivamente era aquella la tumba de Vicente Ferrer, y el pueblo gritó á una con voz que hizo estremecer las bóvedas: «¡Si, esa es!»

La información se hizo en el Priorato de Saint-Guen, situado á un kilómetro de Vannes, en un lugar admirable, que dependía de la abadía de S. Gildas de Rhuys. Todavía se ve el cercado del monasterio, pero completamente vulgarizado, conservándose sólo una arcada ojival que indica la puerta de la capilla.

La Comisión estuvo reunida con algunas intermitencias hasta Abril de 1454, habiendo oído á 313 testigos.

En el intervalo de unas sesiones á otras se examinaron 74 testigos en diferentes puntos por comisionados especiales, recogiendo el obispo de Dol en Plumaugat 3 declaraciones, el 15 Diciembre 1453, y 19 en Dinan del 11 al 15 Marzo 1454 (estilo moderno). El oficial de Vannes recibió durante los meses de Enero y Febrero 31 en Vannes, 6 en Redón, 2 en Nantes, 5 en Fegréac, 4 en Questumbert, 4 en Guérande.

Entonces suspendieron los delegados sus trabajos: «Hemos recibido é interrogado tantos testigos, dijeron; nos han referido tantos y tan grandes milagros obrados por el varon de Dios, como lo acreditan las declaraciones adjuntas, que consideramos supérfluo seguir adelante en nuestra información; y aunque todavía se realizan diariamente otros en la santa tumba, la damos por terminada y la enviamos á Vuestras Paternidades Reverendisimas.»

Era el domingo 7 Abril 1453-(1454).

«Si se hubieran hecho por toda la Bretaña, dice el historiador Guyard, las investigaciones que se hicieron en Vannes, veriais otras

muchas, caros lectores; pero no se disponia de tiempo, ni de los medios necesarios para tantos viages.»

Por otra parte, hubiera sido inútil, á lo menos para la canonización, pues, cuando llegó el legado, encontró que eran en tanto número los milagros, era tan enorme el legajo en que se relataban, que no dudó un momento en declarar que habia muchos más de los que se necesitaban, cerrando en consecuencia su información.

El proceso de Tolosa se instruyó en Abril 1454 y los solemnes preliminares del mismo indican que fué un acto de los más importantes, á la par que prueban la seriedad con que la Iglesia procede en la canonización de los Santos.

Los testigos prestaron juramento poniendo las dos manos sobre los Evangelios, y el arzobispo prestó un juramento especial en manos de su colega el de Mirepoix.

También allí, con objeto de facilitar las declaraciones de los testigos, se trasladó la Comisión á diversos sitios, entre otros á Prouille, centro Dominicó por excelencia.

Las declaraciones de Tolosa, en su mayor parte muy largas, llaman la atención por su uniformidad. Lo mismo que en Vannes, se refieren á los mismos hechos, con los mismos detalles, casi en los mismos términos, porque al cabo de treinta y cinco años se conservan las mismas impresiones imborrables.

En Nápoles se procedió de un modo algo diferente, pues en vez de dejar que cada testigo declarara según sus recuerdos, se redactaron veintisiete artículos sobre los cuales podian los interrogados reflexionar antes de prestar declaración.

Estas se recogieron en Agosto, Septiembre, Octubre y Noviembre en diferentes puntos.

Todos los interrogados, en número de veintiocho, aprueban los artículos generales en su contexto, la mayor parte de ellos como testigos oculares. En cuanto á los artículos especiales, por ejemplo: la curación de Mateo Studet y de *Virginitate*, dicen algunos *nihil scire*. Pero ninguno declara en contrario. El abogado del diablo quedó mal en este proceso.

Hay que leer en los documentos del mismo este cuestionario, abreviada monografía, requisitoria en regla de virtudes y de beneficios.

El obispo de Mallorca tuvo que bajar de su sitial y declarar como testigo... De nada se le dispensó: «Preguntado el testigo acerca de los motivos que le han inducido á prestar esta declaración, si lo ha hecho por ruegos, dádivas recibidas, favor ú otra consideracion huma-

na, ó si ha sido solo por amor á la verdad, contesta que solo el amor á la verdad ha dictado sus respuestas.»

Hubo, pues, tres obispos que declararon en el proceso, á saber: el de Télésia, el de Mallorca y el de Tolosa; otro testigo, Juan Saler, en el que había obrado el Santo un milagro, llegó á ser algún tiempo después obispo de Barcelona. Uno de estos prelados, sobre todo, merece especial mención por haber seguido al Apóstol casi por toda Europa, y es Fernando, obispo de Télésia.

También fué interrogado el rey Alfonso, el cual sabido es que murió en Nápoles; pero sólo conocemos la mitad próximamente de su interrogatorio por lo que se refiere á los artículos generales y á los reinos de León y de Castilla. Para él, el artículo décimo, es decir, el referente á las disensiones apaciguadas y á las innumerables conversiones de infieles, son de notoriedad pública: puede certificar respecto al undécimo por haber asistido en persona diariamente á la misa cantada y al sermón del maestro Vicente: en cuanto al duodécimo responde que ha visto muchas veces al maestro Vicente imponer las manos á enfermos y quedar éstos curados; al décimoquinto, que efectivamente el maestro Vicente ha trabajado activamente por la unión de la Iglesia, sobre todo en Perpiñán, en donde se hallaban el rey Fernando y el declarante, actualmente rey; al décimosexto, que en efecto concurrían á las predicaciones del maestro Vicente multitud de personas de diferentes naciones y todas le comprendían y se admiraban; al veintiuno, que era común opinión que Fr. Vicente observaba siempre la regla de los Dominicos, lo mismo cuando estaba en su celda, que en público; al veintitrés, respecto á la veneración en que le tenían los príncipes, que podía afirmarla á sabiendas. En cuanto á los demás, en general decía que lo que se indicaba en el artículo sobre el que era preguntado era verdad ó que no sabía cosa alguna sobre el particular.

Este proceso de canonización es uno de los principales y más hermosos que posee la Iglesia.

La información de Bretaña se encuentra en Vannes perfectamente conservada. De las de Tolosa y de Nápoles nos quedan preciosos fragmentos del ejemplar de Palermo que se hallan en la biblioteca de la Universidad de Valencia: se insertan en el *Cartulario*, cuidadosamente copiados, así como el Proceso de Bretaña.

La información de Tolosa abrazaba todo el reino de Francia y en ella declararon 48 testigos.

La de Nápoles debió abarcar probablemente los hechos realizados

en Génova, en España y en las Baleares, atendidas las frecuentes relaciones entre estos países, y además que allí se encontraba Alfonso V, rey de Aragón.

La de Aviñón comprendía el Delfinado y probablemente la Saboya y el Norte de Italia.

En Vannes acudió el pueblo en masa á atestiguar en favor de un protector tan pródigo en maravillas, y además allí residía el foco central: en las otras informaciones los testimonios fueron más estudiados y los testigos más escogidos. Aviñón no tuvo más que 18.

Si se poseyeran todos los interrogatorios, se encontrarían en ellos todos los milagros esparcidos en las obras de los diferentes biógrafos. Cosa extraña; el país que menos noticias ha aportado es España, de modo que cabe decir, como el obispo de Lucera, que ha faltado á todos sus deberes, no recogiendo los innumerables prodigios realizados por su glorioso hijo. Tal vez lo haya hecho por lo mismo que eran innumerables.

Estos diversos testimonios ofrecían un conjunto de maravillas tan extraordinarias, que Calixto III dió orden formal á los Dominicos de la Minerva que los pusieran á la vista de todos los que quisieran consultarlos á la primera indicación.






CAPÍTULO II

LA CANONIZACIÓN

**El Papa esperado.—En la Minerva.—El cielo aprueba.—Acróstico.
 —Los bretones tienen la palabra.—La primera estatua.—La voz
 de la historia.—Bula de canonización.**


DERMINADA la información el 7 Abril 1454, del calendario romano 1455, el obispo de Vannes, de acuerdo con el duque de Bretaña, eligió tres hombres de confianza para llevar á Roma el expediente y, en caso de necesidad, apresurar la canonización, siendo designados el canónigo doctor Juan Ynisan, Roland le Cozic, Dominico, y Gilles Gazin, licenciado en leyes.

Todo estaba dispuesto en la tierra y el cielo hablaba claramente.

Justamente al siguiente día del en que se sellaban los testimonios de los bretones, fué elegido Papa Alfonso Borja con el nombre de Calixto III. Por tres veces al recorrer la ancha vía del mundo se habia detenido Vicente Ferrer ante un niño y habia dicho: «Este me canonizará».

Nacido en Canals, cerca de Játiva, Alfonso Borja llegó á ser canónigo de Lérida, después de dirigir la parroquia de San Nicolás de Valencia y Martin V le nombró obispo de dicha ciudad al fallecimiento de Ulpiano de Bages, en 1429. Habia renunciado diferentes obispados, pero éste tocaba muy de cerca á su venerable amigo Vicente Ferrer, para que se negara á aceptarlo.

Intervino con éxito en las desavenencias entre Eugenio IV y Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles, y restablecida la paz, fué creado cardenal del titulo de los Cuatro Coronados, rehusando cargos

más importantes. Pero cuando en el Cónclave del 8 Abril 1455 salió su nombre de la urna, aceptó sencillamente la pesada carga del pontificado, habiendo ya dado pruebas de su humildad.

Ya sabemos que de antemano había elegido el nombre que había de tomar y que había hecho voto, no si era elegido Papa, sino *cuando sería Papa*, de hacer todo lo posible para destruir el imperio Otomano, omnipotente después de la toma de Constantinopla. Pero como era muy viejo, pues ya tenía ochenta y cuatro años, si bien se conservaba fuerte y vigoroso, todos se sonreían, de modo que su elección causó gran sorpresa. Pero una profecía de Vicente Ferrer no podía dejar de cumplirse.

Tan luego como ocupó el trono armó dieciséis galeras cuyo mando confió al patriarca de Aquilea, queriendo á toda costa reconquistar á Constantinopla, si bien sólo hubo algunas escaramuzas é insignificantes conquistas de islas. A su muerte se encontraron 1.500 escudos de oro que había reunido con dicho objeto. Él fué el que ordenó el toque del *Angelus* á medio día, especialmente contra los infieles.

Fué gran amigo de San Antonio, el cual fué á felicitarle y á alentar sus ideas belicosas, afirmándole, lo cual era cierto, que el mundo cristiano se sentía gozoso de verle Papa.

Este movimiento dió por resultado la victoria de Hunyade, en Belgrado.

Su primer cuidado fué canonizar á Vicente Ferrer, sabiendo muy bien qué protector se proporcionaba en el cielo, pero murió en Roma precisamente en los primeros días de Agosto 1458, sin haber tenido tiempo, una vez realizada la obra, de publicar las Bulas de canonización. En extremo piadoso, estableció la fiesta de la Trasfiguración (16 Agosto).

Cuando llegaron los enviados de Vannes, nombró para que le reemplazara en la Comisión de información á Alano de Coëtivy, de origen bretón, cardenal obispo de Aviñón, encargándole la redacción del informe.

Examináronse escrupulosamente todos los documentos, y el 3 Junio 1455, en público Consistorio declaró, en virtud de su magisterio infalible, que Vicente Ferrer figuraba en el número de los Bienaventurados, fijando para la solemnidad de la canonización el 29 de dicho mes, fiesta de San Pedro y San Pablo.

Por una condescendencia natural, atendido el carácter complaciente de Calixto III, dicha solemnidad se celebró en la Minerva.

«Este año, dice Fontana, en el día de la fiesta de San Pedro y San

Pablo, Calixto III puso á Vicente Ferrer en el número de los santos confesores, celebrándose una solemne procesion de Santa Maria-sobre-Minerva á San Pedro, á la que asistieron con gran devocion todo el clero romano, los prelados, los cardenales, la corte y un gentio inmensa, á fin de implorar la asistencia divina contra los turcos. Hay motivo para creer que en esta ocasion no fueron estériles las oraciones.»

«Allí se encontraban los Bretones y complace hallar en las actas de los Estados de Vannes, en tiempo del duque Francisco II, en 1462, estas palabras: Item, de que en Roma en el acto de la canonizacion de San Vicente enarbolaron los Bretones las banderas de Bretaña coronadas.»

Calixto III se apresuró á dar las gracias al duque de Bretaña.

«Calixto, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á Nuestro querido Hijo Pedro, Duque de Bretaña, salud y bendicion apostólica.

»En vista de las instancias de Vuestros consejeros el doctor Juan Ynizan, Roland le Cozic, de los Hermanos Predicadores, y Gilles Gazin, licenciado en derecho, enviados por Vuestra Excelencia cerca de Nuestro antecesor Nicolás V, de gloriosa memoria, despues de llamado este á Dios y haber Nos sido honrado, aunque indignamente, con el supremo pontificado, hemos dado impulso á la causa del bienaventurado Vicente, para cuya canonizacion ya Nos habiamos sido nombrado Comisario apostólico.

»Estaba reservado á nuestro tiempo la ejecucion de tan gran proyecto y es muy justo acceder á Vuestro deseo, ya que tantos trabajos y tantos gastos habeis tenido con este objeto.

»Queriendo por otra parte tratar este negocio con todos los cuidados y toda la gravedad que exige, hemos oido en cuatro consistorios secretos consecutivos la relacion de nuestros Venerables Hermanos, los Cardenales de Ostia, de Aviñon y de Saint-Ange, comisarios encargados de la informacion preliminar; hemos tomado además el parecer de todos nuestros otros Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia; despues de lo cual, en dos consistorios públicos uno de nuestros abogados consistoriales ha dado á conocer al pueblo los milagros del Bienaventurado Vicente. Por último, en un consistorio especial hemos recogido, como era debido, los votos de los prelados de la Curia romana.

»Provisto de este modo de todo lo que podia y debia excitarnos á la terminacion de esta grande obra, Nos hemos fijado la Fiesta de

los Santos Apóstoles Pedro y Pablo para el acto público y solemne de la canonización.

»En dicho día, estando llena la Basilica de una multitud inmensa, despues de la Misa solemne y de las declaraciones de costumbre, hemos pronunciado, definido y decretado que el Bienaventurado Vicente Ferrer de Valencia es *Santo* y que debe ser reconocido como tal por todos los fieles de Cristo. Hemos puesto su nombre en el calendario eclesiástico entre los de los demás santos y hemos mandado que se celebre su fiesta el 5 de Abril con el oficio de Confesor.

»Y siendo vuestra fé digna de elogio, y vuestra singular devoción, las que principalmente han contribuido con la ayuda de Dios á llevar á buen fin esta obra, despues de los cuidados que tambien emplearon en ella vuestro padre el duque Juan, de noble memoria, y vuestro hermano el duque Francisco, debemos expresar en nombre de esta Sede Apostólica, y sin perjuicio de la recompensa eterna que os está reservada, las más sinceras gracias por haber hecho y habernos puesto en condiciones de perfeccionar una obra digna de un príncipe cristiano, que ilustrará eternamente vuestro nombre. Os exhortamos á prestar igualmente siempre vuestro concurso á semejantes obras que aumentarán vuestra gloria ante los hombres y atraerán la bendición de Dios sobre vuestro reino.

»Injusto sería no alabar tambien el celo y la diligencia infatigable que en este gran negocio han empleado vuestros enviados, á los que hemos procurado recibir con todo el honor posible, honrando en sus personas la de Vuestra Excelencia.

»Dado en Roma cerca de San Pedro el año de la Encarnacion 1455, la vispera de las Fiestas de Julio, el primer año de nuestro pontificado.»

Pero ¿qué ocurría en Vannes aquel día? El santo cuerpo, instrumento de tantos méritos y llamado á tanta gloria, fué descubierto y colocado delante del altar mientras se celebraba el oficio divino, al que ya no le correspondía la nota fúnebre.

El cielo debía sin duda un milagro, pero hizo muchos, entre los cuales cuatro especialmente llamaron la atención. Valencia, que sin duda estaba representada en Roma, lo estaba también en Vannes, y sus dichosos delegados redactaron una memoria que nos han conservado los archiveros Sala y Falcó:

«En dicho día 29 Junio, fiesta de San Pedro y San Pablo, se obraron muchos milagros en dicha ciudad de Vannes. El cuerpo del Santo, su hábito y su capa se encontraron tan intactos y libres de

descomposicion como el dia en que le sepultaron. El cuerpo estuvo expuesto delante del altar durante la misa; dos muertos á quienes se cubrió con la capa del Santo resucitaron antes de terminar el oficio á la vista de la multitud; un pariente del duque de Bretaña quedó instantáneamente curado de la peste; un ciego de nacimiento cobró la vista; y otros muchos milagros tuvieron lugar por intercesion del Santo con gran admiracion de todo el mundo.»

El obispo de Lucera empezó á escribir la primera *Vida de San Vicente Ferrer*. El Maestro General de los Dominicos compuso el oficio del nuevo Santo, en el que intercaló un curioso acróstico, formando las primeras letras de las estrofas del himno de Vísperas y de las antifonas de Maitines y Laudes estas palabras: *Martialis Auribellis fecit*. ¿Por qué este juego del espíritu, tan frecuente en los amores mundanos, no había de permitirse á hombres enamorados de la santidad de sus hermanos?

El General de los Dominicos y el cardenal de Aviñón partieron poco después para ir á inaugurar en su glorioso sepulcro el culto público de San Vicente Ferrer.

El cardenal de Aviñón, Alano de Coetivy, fué el que censuró al sacro Colegio por la elección de Bessarion: «*Nondum barbam rasi, et nostrum caput erit!—In capite libri neophytum collocabimus!*»

Dom Lobineau describe exactamente las solemnidades que se celebraron en Vannes en esta ocasión.

«El cardenal de Coetivy, nombrado legado, llegó á Vannes el 2 Junio 1456, acompañado de Raul Rousset, arzobispo de Ruan; Lorenzo de Faye, obispo de Avranches; Leon Guérinet, obispo de Poitiers; Andrés de la Roche, obispo de Luçon; Felipe Rouaut de la Rousselière, obispo de Maillezais; Martin Berruyer, obispo de Mans; Juan de Beauvau, obispo de Angers; Jaime d'Espínay, obispo de Rennes; Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes; Ives de Pontsal, Dominico, obispo de Vannes; Juan de l'Epervier, obispo de Quimper; Raoul de la Moussaye, obispo de Dol; Juan de Coetquer, obispo de Tregnier; Juan Prigent, obispo de Saint-Brieuc; Guillermo Ferron obispo de León, y Mathurin le Léonais, abad de Santa Melania.

»La concurrencia, así de la nobleza como del pueblo, y lo mismo de Bretaña que de las provincias limitrofes y hasta de Inglaterra, fué enorme, calculándose en 150.000 personas.

»El 4 de Junio primeras Vísperas del Santo en su sepulcro, á las que asistieron el duque, los barones y los prelados. A las 11 de la noche Maitines de San Vicente Ferrer y traslacion de las reliquias,

las cuales fueron colocadas por el legado en una caja nueva, no dejando en el sepulcro más que algunas vértebras; esta caja se colocó cerca del altar mayor, cerrada con tres llaves, de las cuales se entregó una al legado, otra al duque y la tercera al obispo de Vannes.

«El día 5 en la misa solemne, despues del Ofertorio, anunció el legado la canonizacion de Vicente Ferrer, la que proclamaron los heraldos en latin, en breton y en francés.

»Despues de la misa y el *Te-Deum* se colocó la caja en un túmulo elevado, que aun se ve en una capilla en forma de cueva, situada debajo del coro de la catedral de Vannes.»

Sobre este túmulo, convertido en altar, se colocó la primera estatua del nuevo Santo, la cual fué también fecunda en milagros.

«La he vuelto á hallar en el presbiterio de la Isla de los Monjes (Morbihan), y á pesar de los estragos del tiempo y de la incuria con que ha sido tratada, aun conserva este precioso resto un sello de arte y de fé. Hoy se encuentra allí en virtud de una serie de trasmisiones que constan en una acta de la que doy un extracto.

«*Primo*, que los Señores Venerables y discretas dignidades y canónigos del Cabildo de la iglesia catedral de Vannes han acordado, previa deliberacion tenida hoy viernes primero de Septiembre de mil setecientos ochenta, hacer donacion á Mma. Juana Susana Touzé de Gran-Isla, señora de Gris, *de la primera y más antigua estatua al natural* de San Vicente, colocada desde que se empezó á darle culto en 1455 sobre el altar erigido bajo su invocacion en la cueva de su sepultura debajo del coro de la iglesia catedral de Vannes (como recompensa á su celo y piedad demostrados durante muchos años en adornar las cabezas, bustos, urnas y reliquias, capillas y antiguo sepulcro de San Vicente Ferrer, apóstol de Bretaña, en los dias de su fiesta y en otras solemnidades).»

Apenas elevado al solio pontificio se apresuró Pio II á terminar la obra de su antecesor, publicando el 1.º de Octubre de 1458, la Bula de canonización.

Perdónenseme las dificultades de esta traduccion: el latin de la Cancilleria Romana, rico y recargado de periodos, se amolda dificilmente al genio francés: se van costeando dos escollos; la inexactitud ó la pesadez.

Bula de canonización por Pio II.

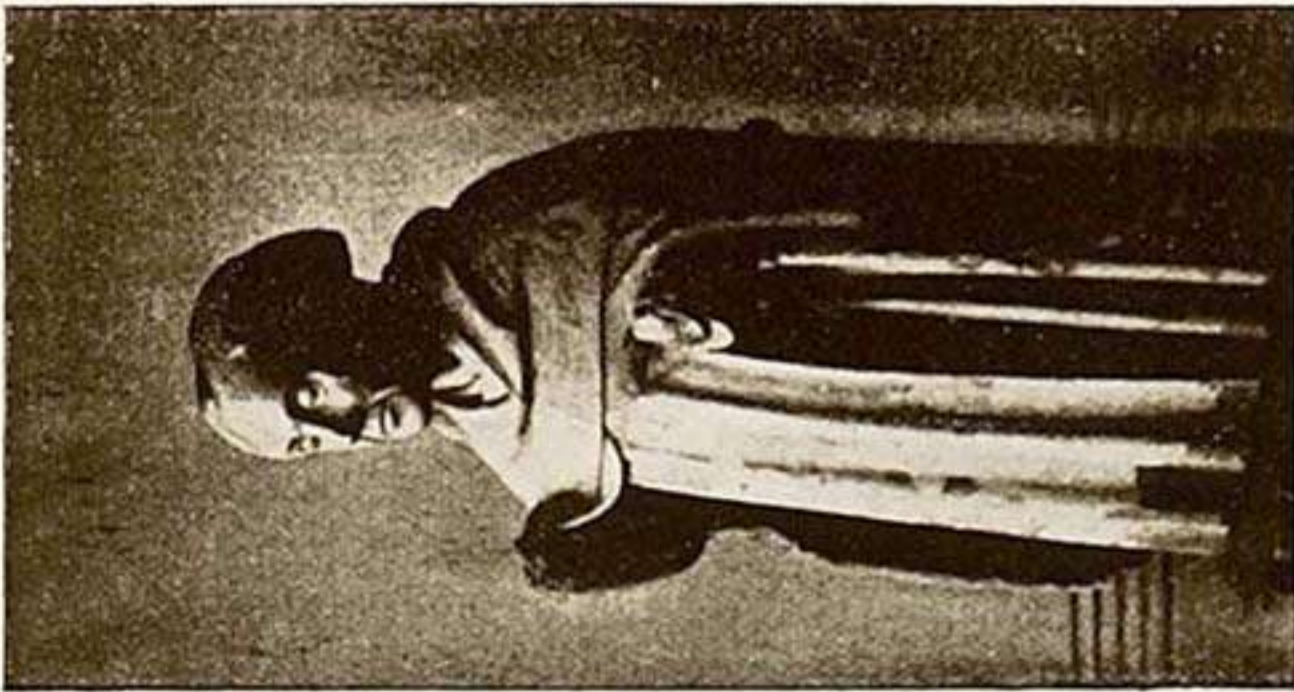
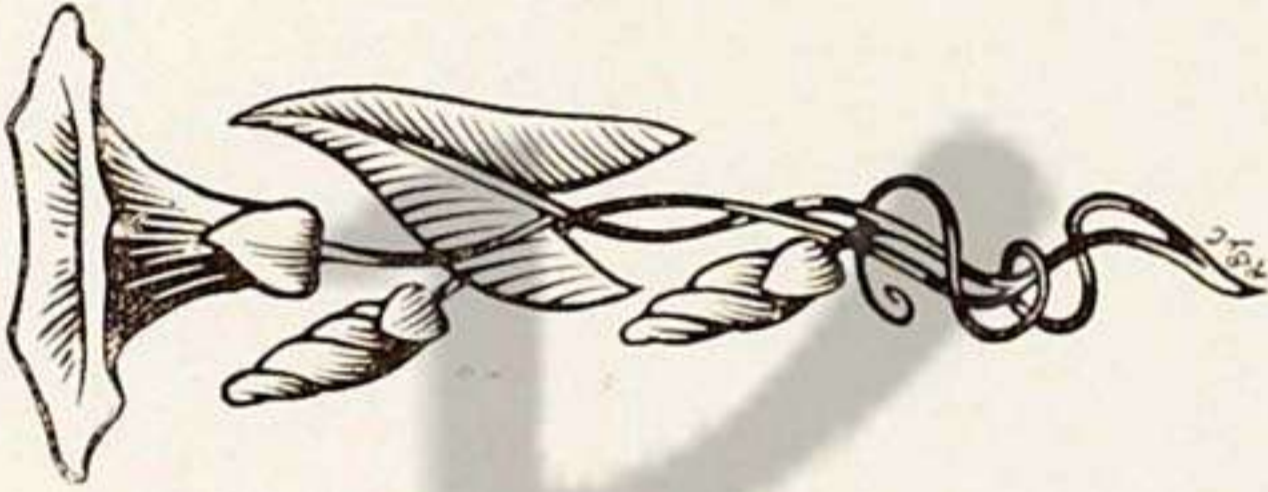
«Pio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpétua memoria. Cosa es puesta en razon y que conviene á la honestidad que aquellas cosas que con la próvida deliberacion del Romano Pontifice

y con el consejo y consentimiento conforme de los venerables hermanos nuestros los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y de todos los prelados que entonces residian en la Corte Romana, fueron determinadas, establecidas y ordenadas, aunque sobreviniendo la muerte del predecesor no hayan sido hechas Letras Apostólicas sobre ellas, tengan su entero efecto. Poco há Calixto Papa III de feliz memoria, predecesor nuestro, Vicario de Jesucristo por la Suprema disposicion en la tierra, y sucesor del Bienaventurado San Pedro, llavero del reino celestial, cuando por la suprema voluntad regia los gobernalles de la Iglesia militante, conoció por interior meditacion principalmente la inmensa clemencia de nuestro Dios, en que, queriendo con el brazo de su virtud reducir á sí al hombre que él habia formado á su imágen y semejanza, apartado del mismo, que es inconmutable bien por el engaño de la serpiente, y reparar en persona propia la caída de su culpa, usó del ministerio de la humana naturaleza, para que con su maravilloso poder de allí sacare medicina para los hombres de donde se veia dada la herida y por su propia bondad el mismo hombre deudor quedase tambien obligado. Porque aunque la omnipotente palabra fué antes manifestada á los Profetas para que, conociendo el secreto del Divino Consejo, y teniendo esperanza de la humana reparacion sirvieren solo á su Creador, adoraren al mismo Señor y enseñasen á adorarlo y honrarlo á los descendientes; con todo eso en el fin de los siglos, cuando vino la plenitud del tiempo, el Ingénito Padre de las Misericordias envió de los cielos al mundo su palabra, por la cual hizo tambien los siglos, para que tomando carne humana mostrase á los perdidos y caídos el camino de la eterna vida, lavase con su propia sangre en la ara de la cruz la culpa del primer hombre formado de la tierra, y nos abriese la puerta del cielo. Y para que semejante verdad de tamaño misterio, es á saber, de la Encarnacion y Redencion, constase á todos los mortales; á sus Apóstoles que él habia elegido para testimonio de su vida, doctrina y obras, y á los otros discípulos los envió por todo el mundo á predicar el Evangelio, para que con sus palabras, señales y virtudes, como con rayos del sol, alumbrasen á la redondez de la tierra. Pero como por el suceso del tiempo la iniquidad del astuto enemigo procurase con las mentiras del antiguo y usado engaño privar al género humano del fruto de tan grande y Sacratissima Redencion, y llevárselo al robo eterno; la Divina Clemencia, que siempre tuvo misericordia del género humano socorriendo sazónadamente á su Iglesia ortodoxa, envió muchos varones adornados de santidad y ciencia, coronados de virtudes conve-

nientes al tiempo, que como carneros del Divino rebaño diesen camino derecho á su grey, y la guiasen, y con sus buenas exhortaciones, obras y ejemplos, fortificasen los ánimos de los hombres que se bamboleaban, y, ó con la gloria del martirio, ó con la entereza de la vida, ó con la confutacion de los errores de los gentiles y de los herejes, ó con la predicacion de la Divina virtud y de la prometida felicidad eterna, diesen ayuda y proveyesen de grandisimas guarniciones á la misma Sacrosanta Iglesia. Que en los tiempos del mismo predecesor, como en las partes accidentales hubiese crecido muchísimo la muchedumbre de infieles y judios, y abundasen grandemente de riquezas y letras, y estuviese casi puesto en olvido aquel temeroso y postrer dia del juicio, la alteza de la Divina Providencia que habia dispuesto restaurar y hermosear á la misma Iglesia con esclarecidos varones para salud de los mismos fieles, á Vicente valenciano, de la Orden de los frailes Predicadores, y eximio maestro en sagrada teologia, que tenia en si los documentos del eterno Evangelio, como un diligente guerrero para confutar los errores de los mismos judios, y de los moros y de los otros infieles, y cual el otro ángel que volaba por medio del cielo, pronunciar y evangelizar á los que estaban sentados sobre la tierra el dia del extremo y temeroso juicio: lo envió en oportuno tiempo para que derramare las palabras de salud sobre todas las gentes, tribus, lenguas, pueblos y naciones, y mostrase acercarse ya el reino de Dios y el dia del juicio, y señalase la senda de la vida eterna. Pero como el predecesor Calixto, para edificacion de los fieles y memoria de los vecinos, hubiese determinado referir en parte la excelencia de tan célebre varon, que por gracia alcanzó lo que los ángeles tienen por naturaleza, y tambien los actos de su vida y conversacion atestigua, segun le fué patente y manifestísimo, que el mismo esclarecido varon Vicente habia nacido y sido criado de padres cristianos y honestos en una ciudad que entre las de España es principalísima, es á saber, en la de Valencia, y que desde tierna edad habia tenido corazon de viejo. El cual considerando, segun su ingenio le daba lugar, la corriente inconstante de este obscurecido siglo, y yendo ya en el año diez y ocho de su edad recibió con grandísima devocion hábito de religion de la dicha Orden; y hecha finalmente de la manera acostumbrada la reglar profesion, se dió tanto á las sagradas letras, que todos lo tenían por digno del magisterio en la misma facultad de teologia, y por eso alcanzó las insignias del mismo magisterio. Y despues, obtenida la acostumbrada licencia en tales cosas, comenzó á predicar la palabra de Dios y echar en los co-



Busto de S. Vicente Ferrer según los primeros retratos destinados á reemplazar el busto de Vannes.



Primera estátua de S. Vicente Ferrer (en madera de encina) Conservada en la Iglesia de los Monjes (Morbihan).

razones de los fieles las semillas de la bienaventuranza eterna y finalmente á confutar maravillosamente los errores y la perfidia de los judios y de los mismos infieles, mostrando con razon cuán terrible juez será para los malos é inicuos en el extremo juicio el mismo Redentor. En las cuales saludables predicaciones y loables actos perseverando muchísimo y dando lustre á muchas provincias de España, Francia é Italia, yendo por ellas como una nueva estrella; finalmente subiendo al año setenta de su edad dió fin devotísimamente á la corrida de su predicacion y vida. Y despues que Dios, el cual no permite ser acoceadas ó estar escondidas bajo de celemin las cosas que conoce serán de provecho á su Santa Iglesia, inspiró á aquellos que con la predicacion del mismo varon divino habian recibido los beneficios de las mismas sanidades espirituales y corporales, que manifestasen á la Sede Apostólica las señales de santidad que conocieron en el mismo varon divino, y la informasen de las obras del mismo Santo Varen. Así que Juan y Pedro, de calenda memoria, *quondam*, duques de Bretaña, y los Prelados y otras devotas personas del Ducado, y muchos elevados varones de otras provincias, entre las cuales viviendo el dicho Vicente habia sembrado la palabra de Dios, y los frailes tambien de la dicha Orden, acudieron una vez y otra, y en tiempos interpolados á la sobredicha Silla (teniendo el lugar de ella el llavero de feliz recordacion Martino V y despues Eugenio IV y más adelante Nicolás V, Romanos Pontífices predecesores nuestros) y tambien D. Juan de Castilla y de Leon y D. Alonso de Aragon, de clara memoria, Reyes ilustres, y muchos otros Prelados de las iglesias, y varones nobles seglares, y Universidades de estudios, y ciudades, y el amado hijo Marcial Auribelhi, Maestro General de la dicha Orden, en nombre de ella, tocaron con instancia á la misma Silla, afirmando que el insigne Santo mientras vivió, adhirió á las voces de los Profetas y á las palabras Evangélicas; de tal suerte, que guardó firmemente los Divinos preceptos, y no pasó por alto los consejos. Fué tambien grande predicador de la divina alabanza y reprendedor de la iniquidad humana, y delegado que le fué el oficio de la predicacion, usó así de él que menospreciando lo necesario para el amparo de la vida, no solo no trabajó para lo venidero, pero ni para un dia, contento con aquel vestido, con aquella morada y con aquel mantenimiento que Dios le aparejaba en el tiempo. No recibia ningun presente, aunque se lo ofrecian, si no que á los que se lo ofrecian lo dejaba ó aconsejaba darlo á los pobres. Mostróse en él tanto resplandor de gracia, hubo en él tanta abundancia de Espiritu Santo, salian

de su boca cuando predicaba tantas ponderaciones de la hermosísima verdad; que convertía á la Fé Católica judíos en grande muchedumbre, doctísimos también en la Ley, que con pertinacia negaban haber venido Cristo; y á muchos de ellos hizo eficacísimos predicadores de la venida de Cristo, Pasion y Resurreccion, y prontos para morir por el nombre de Cristo. Hubo en el Divino Varon tanta autoridad de decir y tanta gravedad, que á los hombres dados á las cosas terrenas y á las viciosas superfluidades los embestia de tal suerte con el temor del venidero juicio, que despreciaban lo terreno y amaban lo celestial, y las liviandades y superfluidades de todos las convertía en aficion de Dios. Cada dia cantó misa, cada dia predicó, cada dia (si no tenia urgente necesidad) ayunó. A ninguno negó los consejos santos y buenos, antes bien él convidó con ellos, no comió carne, ni vistió ropa de lienzo. Sobre los enfermos puso muy á menudo las manos, siguiéndose milagrosamente la sanidad, guardó costumbres castísimas, hizo muchos actos heróicos cuando puso en paz á los pueblos y reinos que lidiaban muy mucho sobre grandes cosas y cuando la vestidura inconsutil de la Iglesia de Dios se vió rompida, trabajó mucho, no en vano, para que se uniese y unida se conservase. Y andando con simplicidad y humildad recibia con mansedumbre y enseñaba á los que de él murmuraban y á sus perseguidores. Por él también la divina virtud, para confirmacion de su buena predicacion y vida, mostró muchos milagros, así por la imposicion de su mano, como por el tocar de sus reliquias y vestidos, y acimiento de votos: echó espíritus sucios, restituyó á los sordos el oido y á los mudos el habla, alumbró á los ciegos, limpió á los leprosos, resucitó muertos y libró milagrosamente á los que tenían otras varias enfermedades. De todo lo cual hubo tan eficaz aseveracion, que el mismo predecesor Nicolao, informado enteramente de la fama de su fé y de la excelencia de su vida y milagros, queriendo pasar más adelante conforme á la costumbre de la Santa Iglesia Romana, cometió á nuestros venerables hermanos, entonces suyos, Jorge, Obispo de Ostia, y al mismo Calixto, predecesor, constituido entonces en Menores, y á Juan de Santany, diácono, Cardenal, se informasen con diligencia por sí, ó por alguno de ellos en la Corte, y fuera de ella por los jueces que ellos señalarian, de la verdad de la fé, y de la excelencia de la vida, y de la gracia de los milagros. Los cuales, obedeciendo á los mandatos del dicho predecesor Nicolao, examinados en la corte algunos testigos, fuera de ella conforme al poder á ellos dado subdelegaron en la ciudad de Nápoles á los venerables

hermanos nuestros el Patriarca Alejandrino, el Arzobispo de Nápoles y el Obispo de Mallorca que moraban en ella. En las partes del Delfinado á los Obispos Vasionense y Uticence, y á los llamados hijos el Oficial de Aviñon y el Dean de la iglesia de S. Pedro de Aviñon. En el reino de Francia al Arzobispo de Tolosa, y al Obispo Mirapicense y á sus oficiales. En Bretaña á los obispos Dolense y Madoviense, y tambien á los Abades de la diócesis de S. Jacinto y de Busan, y de la Dolense, y de la de Nantes, y á los Oficiales de Nantes y de Vannes. Los cuales, conforme al tenor del poder á ellos dado por los comisarios, examinaron los testigos, y puestos por escrito los dichos de ellos, y cerrados con firmas y sellos de los notarios, los remitieron á la Corte. Y finalmente, mirados, reconocidos y vistos los Procesos, fué hallado que en la ciudad de Nápoles veinte y ocho; en la de Aviñon y sus partes cercanas diez y ocho: en el reino de Francia, es á saber, de Tolosa cuarenta y ocho y en Bretaña trescientos y diez testigos fueron examinados, entre los cuales se hallaron algunos Cardenales de la Santa Romana Iglesia, muchos Obispos y Prelados de iglesias, al antedicho Rey de Aragon, y otros muchos varones nobles del estado seglar, y varios bachilleres, licenciados, doctores y maestros en leyes, artes y sagrada teología. Y despues que el dicho predecesor Nicolao murió, Calixto, Papa III, de pia memoria, predecesor nuestro, poco antes constituido en Menores y uno de los antedichos comisarios, levantado á la cumbre del sumo Apostolado, en lugar suyo, puso delegado en semejante negocio al amado hijo nuestro Alano, presbitero, Cardenal de la Santa Romana Iglesia del titulo de S.^{ta} Práxedes, y hecho por los sobredichos comisarios al mismo predecesor Calixto fiel relacion en dos consistorios secretos de los dichos de los testigos examinados, halló que todas las cosas que fueron dichos de la fé, de la excelencia de vida, de los trabajos, de las castas costumbres, de los actos heróicos, de la humildad y simplicidad, y de los milagros del mismo Vicente, estaban probadas legitimamente. Y por eso, de consejo de los venerables hermanos nuestros, entonces suyos, Cardenales de la Santa Iglesia Romana, determinó que se habia de proceder en lo demás á la Canonizacion de Vicente. Y despues, conforme á la costumbre, hizo recitar públicamente en dos generales consistorios los dichos de los propios testigos. Y despues, llamados los mismos Cardenales y los Prelados que se hallaban en la Corte, todos ellos, sin discrepar ninguno, aconsejaron que con razon se habia de proceder á la Canonizacion del dicho Vicente. El mismo predecesor

Calixto, tambien en el dicho dia, es á saber, á tres de Junio del primer año de su Pontificado, en presencia de los mismos Cardenales y Prelados, de consentimiento conforme de todos ellos, pronunció y determinó que el antedicho Vicente se habia de canonizar. Y estableció y tambien ordenó que esto se haria pública y solemnemente en la fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo más cercana, es á saber, á tres de las Calendas de Julio del año sobredicho de su Pontificado. Y despues el dicho predecesor Calixto, viniendo el dia de la dicha solemnidad de los Apóstoles, como queda dicho, así por la escelencia de la vida, como por el resplandor de los milagros, y tambien por el verdadero conocimiento que del mismo Vicente, cuando entonces vivia, habia tenido, halló que habia alcanzado la gracia que Dios concedió á sus santos y escogidos; y que de eso se siguieron otras semejantes señales, que para conocer á los fieles y á los ministros de Dios mostró la verdad en su Evangelio, para informar á su Iglesia de modo que no pudiese errar, diciendo así: Estas señales seguirán á los que creyeren. En mi nombre echarán los demonios, hablarán con nuevas lenguas, pondrán sobre los enfermos las manos y tendrán salud. Por eso lo canonizó con autoridad Apostólica, y con el tenor de sus letras (si hubieran sido hechas) determinó haber de ser escrito en el Catálogo de los Santos, amonestó á todos y cualesquier Patriarcas, Arzobispos, Obispos y á los demás Prelados de las iglesias, y atentamente los exhortó, encargándoles, sin embargo de eso, que á ocho de los idus de Abril celebrasen cada año devota y solemnemente la fiesta del mismo S. Vicente, como de un Confesor no Pontifice, hiciesen celebrar de sus súbditos, y tambien honrar con gran devocion, para que con su pia intercesion pudiesen ser guardados de lo dañoso, y alcanzar los gozos sempiternos. Y le pareció que los milagros que Dios habia obrado por el mismo Santo, por la muchedumbre de ellos se pasasen en silencio, para que no salieran del modo de las letras, si se hubieran hecho. Mandando, que todos los procesos hechos sobre ellos se guardasen para perpétua memoria en la iglesia de la Casa de Santa Maria, sobre la Minerva de la ciudad, de la dicha Orden; y que se diese copia de ellos á los que la quisiesen, y que largamente (cuanto fuese posible) se declarasen en el oficio del mismo Santo Varon. Pero para que al sepulcro de tan grande Confesor, y á las iglesias, en las cuales de él se celebrase festividad, acudiese tanto con más devocion y abundancia muchedumbre de fieles, á todos los que verdaderamente penitentes y confesados acudiesen con reverencia y

devotamente cada año en la misma fiesta, al sobredicho sepulcro é iglesias para pedir allí sus sufragios, confiado el dicho predecesor Calixto de la misericordia del Omnipotente Dios, y de la autoridad de sus bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, les rebajó misericordiosamente siete años, y otras tantas cuarentenas de las penitencias á ellos injuntas. Mas porque sobreviniendo su muerte no fueron hechas las letras del mismo predecesor sobre la Canonizacion y sobre las otras cosas dichas, no se puede de aqui adelante, de ninguna suerte, poner duda en la semejante Canonizacion y las otras cosas sobredichas, aunque ella se publicó en la Basilica del Principe de los Apóstoles de la ciudad, estando presentes los mismos Cardenales, Prelados y la muchedumbre del pueblo; queremos, y por autoridad Apostólica determinamos, que la Canonizacion y las demás dichas cosas en el dicho dia, es á saber, á tres de las Calendas de Julio, tengan entero efecto, como si bajo de la data del mismo dia hubieran sido hechas las letras del mismo predecesor, segun arriba se cuenta. Y que basten las presentes letras para probar enteramente en cualquier parte la misma Canonizacion, y todas las demás sobredichas cosas, y que para eso no sea menester ayuda de otra prueba. A ninguno, pues, de los hombres sea lícito romper esta página de nuestro decreto y voluntad, etc. Dada en Roma en S. Pedro, año de la Encarnacion del Señor mil y cuatrocientos y cincuenta y ocho, en las Calendas de Octubre del primer año de nuestro Pontificado» (1).

Registrado en la Cámara Apostólica.

G. de Vulterris.

Desde que se publicó esta Bula, aumentó en gran manera la devoción, multiplicándose los votos y por consecuencia los milagros. «¡Vannes es la piscina de Francia y del mundo! exclama Guyard; imposible es contarlo todo.» Luego entona un ditirambo en honor de Vannes: «¡O Vannes! paso en silencio el gran número de tus habitantes, salvados unos de inminente peligro de su vida en medio de las embravecidas olas del Occéano, otros curados de parálisis, otros de la peste, otros de ceguera, otros resucitados, otros, en fin, curados de toda clase de enfermedades. Solo diré que puedes vanagloriarte de poseer uno de los mayores santos que hayan brillado jamás en el firmamento de la Iglesia!»

Y después de referir con toda la originalidad de su estilo los milagros del Santo, añade: «He ahí una gran parte de los milagros

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

que he recogido en la información de Vannes, habiendo corregido su relato en términos de preferir correr el peligro de quitarle interés, antes de que os pareciera demasiado difuso.»

Este proceder es sin duda el que ha dado origen á la diferencia que se observa en las narraciones, pues cada autor refiere los hechos á su manera, y por eso hemos preferido trasladar siempre que ha sido posible los documentos originales.

Guyard toma como testigo á la ciudad de Rennes, á toda la diócesis y á toda la provincia de que las oraciones de San Vicente Ferrer obran continuos milagros y de ellos corresponden un gran número al convento de los Dominicos de Rennes, pues ha visto con sus propios ojos á muchos religiosos y seglares abatidos por la calentura quedar súbitamente curados en cuanto se les leía la oración al Santo, y repite que no hace mención en su libro más que de un número muy reducido de milagros «en relacion con los 873 verdaderos que constan en el proceso de canonización: un verdadero laberinto de prodigios.»

Y ved aquí el resumen general de los hechos, tal como se ha impuesto á los historiadores: «En tiempo del maestro general Marcial Auribelhi se celebró con gran solemnidad la canonización del bienaventurado San Vicente Ferrer, quedando todo el mundo estupefacto ante el número de milagros que se hicieron públicos. Digamos tan solo que se comprobó como cosa cierta que despues de su fallecimiento habia resucitado 28 difuntos.» Ya veremos que el número verdadero fué mucho más considerable.

Por su parte la Orden Dominica, en el Capitulo general de Montpellier, en 1458, se ocupó de las fiestas de Vannes con ese estilo sobrio de los analistas: «Hacemos constar que el sagrado cuerpo de San Vicente, que yacia en Vannes, en Bretaña, en un sepulcro humilde, ha sido trasladado á un lugar honroso y bien adornado, en presencia del Reverendísimo Señor Legado de Francia, Alano, por la misericordia divina, cardenal presbitero de la Santa Iglesia Romana del titulo de Santa Práxedes, llamado comunmente cardenal de Aviñon; del ilustrísimo señor duque de Bretaña, de la ilustre señora duquesa, su esposa, del Reverendo Padre y Señor obispo de Vannes, del Reverendísimo Maestro General de la Orden, Fr. Marcial Auribelhi, de los canónigos de dicha iglesia de Vannes y de los religiosos de nuestra Orden, el 5 de Abril de este año 1456.»





CAPÍTULO III

TAUMATURGO

Páginas blancas.—Lo sobrenatural.—Lázaro duerme.—La vida en la muerte.—Sanción divina.—Orador y agente.—«Sicut parvuli».—El milagro.—El sembrador de prodigios.

EL manuscrito de Razzano en Venecia, que consideramos el más exacto, termina así:

«Así como durante su vida fué sembrando milagros, después de su muerte el simple contacto de sus venerables restos, de sus ropas ó de su tumba ha continuado hasta hoy produciendo los efectos más maravillosos, cuyos prodigios consignamos en el libro siguiente.»

Pero este libro ha quedado abierto y sus páginas en blanco. Es la *gloria póstuma* de nuestro Santo, de la que es preciso tratar como de todo lo demás.

Las tumbas de los Santos son manantiales de beneficios más ó menos intermitentes, que brotan al llamamiento ó, por mejor decir, á los golpes de la fé. A algunos de ellos les es permitido continuar durante siglos la acción excepcional que constituyó el carácter propio de su vida, y tal fué, tal es todavía, al menos en España, en Italia y en el Nuevo Mundo, el apóstol Vicente Ferrer. Apenas hay, exceptuando la Virgen María, quien le supere en esta taumaturgia universal.

Lo que se llama el libre pensamiento no admite el milagro, siguiendo una resolución tomada, porque el milagro se prueba, como cualquiera otro orden de hechos, y todos los días se producen aún á nuestra vista. Pero puede haber espíritus rectos que consideren estas negaciones tan gratuitas como atrevidas.

Sin tratar de hacer un estudio racional del milagro, conviene decir algo de él en la historia de un hombre cuya misión, iba á decir cuyo oficio, fué hacer más milagros que sermones.

Si, ciertamente, hay hechos sobrenaturales y apenas se han presentado otros en esta historia. ¿Y por qué no, si son auténticos?—Lo sobrenatural es la comunicación del Criador con su criatura, comunicación en extremo honrosa para el hombre. El espíritu reflexivo mira y adora, sin otro asombro que el de la gratitud al medir la distancia que Dios se digna franquear. Para el que ha leído la Biblia, es decir, la historia de las aproximaciones de Dios, y sobre todo el Evangelio, historia de *Dios hecho hombre*, los hechos sobrenaturales no tienen cosa alguna que sorprenda.

Dios puede hacer milagros.—Estimo bastante á mis lectores para suponer que creen en una causa inteligente y libre, fuera de la cual no hay más que un materialismo abyecto, que nada tiene de común con la ciencia.

Evidentemente no podríamos negar al Autor de los seres, que crea las substancias con sus formas, sus propiedades, sus movimientos, el poder de producir á su voluntad tales efectos, fuera de las fuerzas naturales y pasando por encima de las segundas causas. Los ríos remontan hácia su origen dos veces al día bajo la influencia de la marea; nada se opone á que Él, que ha puesto los astros en el espacio con su poder de atracción, suspenda durante algún tiempo el curso de un río.

Si Dios ha dado á la tierra la facultad de producir plantas curativas, y si debe más tarde volver á la vida las generaciones humanas destruidas por la muerte, ¿qué dificultad hay en que devuelva la salud sin remedios y la vida al día siguiente del en que ésta fué arrebatada por la muerte? Para nosotros Lázaro hacia tres días que estaba muerto; para él dormía, á fin de demostrar que el poder de resucitar era para Él cosa tan *natural*, como para nosotros el de despertar.

Y hay esto de admirable; que casi siempre el milagro tiene por objeto socorrer más pronto las miserias del hombre infortunado. Y esto que nosotros haríamos, si pudiéramos, ¿por qué no lo había de hacer Dios? Y, aunque no fuese más que para dar una muestra de su poder, ¿con qué título le disputáramos este medio de gobierno?

Lo mismo que Dios puede hacer milagros, puede también comunicar el poder de hacerlos á quien bien le parezca.

El milagro, considerado en el taumaturgo, no es más que una especie de restitución de la realeza conferida primordialmente al

hombre sobre el universo. Cuando el hombre, por el esfuerzo de una virtud heroica, viene á colocarse de nuevo en las condiciones en que se hallaba antes de la caída original, parece justo que Dios le reintegre en los privilegios inherentes á aquel estado perdido.—Y tal es el estado de los Santos: y este privilegio continúa después de su muerte, dando Dios á sus secos huesos más poder del que tuvo jamás la más vigorosa existencia.

El milagro realizado en una tumba, une de nuevo al hombre con ese Cielo á donde han ido sus hermanos, á donde irá á su vez él mismo á través del tránsito sombrío de la muerte. De este modo al terror reemplaza la esperanza, y se cobra aliento para marchar por una vía, ruda muchas veces, pero al cabo de la cual os tienden los amigos los brazos cargados de coronas.

Ya sabemos que es inmenso el campo en que trabaja la naturaleza y que sus límites nos son aún desconocidos; pero llega un punto, que todos reconocemos, en que cesa su poder; y todo lo que se produce más allá es del dominio exclusivo de Dios. Por eso las falsas religiones recurren y recurrirán en vano á esta fuente de popularidad, lo mismo que á la santidad de sus adeptos. Mártires fanatizados, más ó menos voluntarios, los tendrán tal vez; pero santos y taumaturgos, jamás. Esta es una *sanción* que solo Dios quiere conceder.

El milagro es, por lo tanto, un contraste con la regla establecida, un momento de suspensión en la marcha de las cosas, que atrae la mirada y la dirige hácia lo alto.

Este llamamiento se hace principalmente al pueblo, á la gente sencilla que no tiene tiempo para estudiar; y generalmente el pueblo acepta estos preliminares que el buen Dios le ofrece, como una invitación á reconocerse bendecido y protegido.

Para probar claramente á su pueblo que se ocupaba de él, y al mismo tiempo iluminar á los gentiles, puso Dios en manos de Moisés el milagro á su disposición.

Y cuando este pueblo, dominado por locos terrores é injuriosas mudanzas, murmuró y se desalentó, se multiplicaron cada día más los milagros, pudiendo decirse que este pueblo, tipo perfecto de los pueblos que Dios quiere para sí, vivió de milagros.

Cuando, en medio de la corrupción romana, los pocos espíritus vigorosos que aun se libraban del contagio sonreían con tristeza al ver la insensatez de sus dioses y dejaban caer los últimos jirones de una vana filosofía exclamando: «¡Virtud, no eres más que un nombre!»

Cuando en el mismo seno del pueblo de Dios los sacerdotes y los doctores de la ley iban á arrodillarse en los puntos más visibles, haciendo sonar la trompeta que anunciaba el reparto de sus limosnas, demacraban sus semblantes con el rigor de ayunos legales, blanqueaban, en una palabra, el infecto sepulcro de su corazón, para que les admiraran los demás.

Cuando la humanidad, rebajada á ese punto, oía el sermón de la montaña, tan nuevo, tan extraño, que hacía vibrar las fibras tanto tiempo oprimidas bajo el peso de la carne y de la sangre y agitar el espíritu como á impulsos de un vértigo ardiente, se comprende que á la vista de esos brillantes resplandores que la llamaban hácia las alturas, moviera la humanidad la cabeza y dijera con acento irrevocable: *Durus est hic sermo*.

Pero Él, el orador, ya sabía eso; así es que al bajar de su inmensa tribuna, como comentario á sus palabras, dijo al primer leproso que encontró: «Estás curado, yo lo quiero»; al oficial que se le presentó pidiendo la curación de su hijo: «Allá voy».—Y el mal no esperó que llegara el Maestro.

Y en la tarde de aquel célebre día *curó á todos los que padecían alguna dolencia*.

Al día siguiente tocó el turno á sus discípulos. La barca va á anegarse, Él duerme: «¡Señor, vamos á perecer!» Hace un ademán y el mar se apacigua.

Nada demuestra tanto como esta manera de proceder, y el que quiera leer con atención el Evangelio sobre este punto comprenderá que aquella multitud abandonara á sus doctores, sus fariseos y sus escribas, para adherirse á este práctico incomparable.

Y cuando los Apóstoles se esparcieron por el mundo predicando la doctrina del Crucificado, su misma sombra fué sembrando los milagros. «Nada tengo, decían á ese paralítico en el cual tantos paralíticos están representados, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo, levántate y marcha.»

El milagro es la obra de la fé; la fé, madre de los grandes arrojos, penetrante mirada que atraviesa todo lo creado y va á perderse en Dios origen del sér. ¿Qué negará Dios á un sentimiento semejante? Aunque no lo hubiera dicho él mismo, lo comprenderíamos: Tened fé, decid á esa montaña: «Quitate de aquí», y obedecerá. ¿No consideráis que sólo formáis un sér con Aquel que ha creado los mundos?

¿Qué temes, hombre de poca fé? No hay cosa que paralice tanto como el miedo: la fé juega con las tempestades como el pájaro;

poseída de la presencia de Dios, dueño de los elementos, envuelto en su tranquilidad, se aventura sobre las olas. De esto hallamos un lejano reflejo en la nativa potencia del genio humano. Recordad vuestros entusiasmos de la juventud: no habéis lanzado un grito en vuestro interior al leer, por ejemplo: «¿*Quod times? ¡Caesarem vebis!* ¿Qué temes? ¡Llevas á César!»

¿Habéis observado al niño antes de que las realidades de la vida hayan sujetado sus alas y oprimido su corazón? El tiempo y el espacio ¿son por ventura algo para él? ¿Deberá extrañarnos que Cristo, compadecido de la fragilidad de nuestros cálculos, nos haya dado al niño como modelo que nos conviene seguir hasta las puertas del reino que tratamos de conquistar? Los santos son niños sublimes, vigorosos y bellos con todo su porvenir inmortal, teniendo fé en su eterno Padre y jugando con su gloria. Y nosotros somos viejos decrepitos, heridos de infancia en sentido contrario.

El milagro es la señal de Dios cuando quiere fundar algo, no habiendo más que recordar los que ilustraron el origen del pueblo Franco, cuya primera bandera fué la capa de San Martín y que guardó mucho tiempo la idea que simbolizaba.—¡Pobre Francia! Sin embargo, el manantial de los milagros no se ha agotado en tu suelo, pero temo que el divino Señor lleve á otra parte los beneficios que tú desconoces!

¿Qué más? porque este asunto con que la impiedad pretende ponernos en un apuro es inagotable.

El milagro es un sello de plomo impreso en el corazón del incrédulo, no habiendo nada tan triste como ese fúnebre toque que se oye á cada milagro de Moisés: «*Ut induraretur cor Pharaonis.—Et induratum est cor Pharaonis.*» Hay en esto un estado psicológico muy fácil de comprender. El incrédulo es libre; quédese con su libertad; pero déjenos á nosotros, que también somos libres, ir en pos de Aquél que continuaba sembrando beneficios, sin que le importara que le mirasen con malos ojos la hipocresía ó la bajeza.

Siempre hay milagros en la Iglesia, porque la Iglesia está encargada de repetir siempre las cosas de la fé, que siempre sublevan al sentido humano. Pero hay momentos en que, como lo ha escrito en su magnífico lenguaje una de las víctimas más notables de las épocas sin fé, la humanidad está... Tan cansada, tan degenerada: sacude su cabeza con tal desesperación, como cuando Juan apareció en la arena de la playa; en que la esperanza humana se muestra cansada de ser madre y con el seno marchito de haber lactado tanto, descansa en su esterilidad.

En momentos tales hay que repetir el sermón de la montaña y hacer brillar con sucesivos relámpagos el camino perdido de la felicidad. Si la humanidad ve aún por sus ojos el mal que la oprime desaparecido con una palabra, al enemigo que la amenaza arrojado desdeñosamente á los puercos y á la muerte huir asombrada, sin duda que cambiará de opinión y aspirará aún á salvarse.

Tal es la historia de San Vicente Ferrer en su tiempo.

Todo estaba por hacer en tiempo de Nuestro Señor; todo había que rehacerlo en tiempo de San Vicente Ferrer.

Y él también iba sembrando milagros como el sol siembra la luz, y esa virtud taumatúrgica quedó inherente á sus venerados restos.





CAPÍTULO IV

EN LA SANTA TUMBA

**Por cansancio.—La campana y la fórmula.—Los endemoniados.—
 Como manzana podrida.—Caballo bien domado.—Bajo del molino.—
 Lobos de mar bretones.—Los votos.—Los burlones.—His-
 toria de Jacobo Le Petit y del Picardo Brabán.**

PARA formarse una idea de este poder taumatúrgico basta recordar que la Curia romana reconoció como auténticos 873 milagros, y sabido es que en este orden de cosas se muestra la Curia romana de una dificultad proverbial.

Pero no fué esto todo. «Si en tiempo oportuno, dice su primer biógrafo, se hubiesen hecho informaciones en Barcelona, en Valencia y en las demás ciudades de España, se hubieran necesitado treinta días por lo menos para hacerlas todas.»

Cuando se trató de canonizarle después de comprobado ese gran número de prodigios, de los que dos ó tres bastarian para poner en los altares á uno de esos elegidos del buen Dios que se llaman Santos, se suspendió la información por *cansancio*.

Realmente no podía ser otra cosa. Algunos autores han hablado de una campana de los milagros por medio de la cual durante veinte años después se llamaba para devolverles la salud á los lisiados é incurables, como se llama á los pobres para distribuirles limosnas; esto es falso, pero seguramente dió origen á tal idea lo que se desprende de las declaraciones jurídicas. Oigamos á estos dichos testigos:

«Durante todo el tiempo que fui en su compañía (quince meses) he visto á gran número de enfermos que venian despues de la misa

y del sermón y aun después de visperas á ver al maestro Vicente y pedirle que los sanara. El maestro Vicente imponía sobre ellos las manos poseído de un gran espíritu de fé, luego los bendecía y obrando Dios milagros por su medio, se volvían los enfermos «alegres» á sus casas.» Ahora bien, él predicaba todos los días.

«Mientras el maestro Vicente estuvo en Mallorca acudían á él diariamente personas que padecían toda clase de males pidiéndole la salud; él les tocaba, les imponía las manos recitando ciertas oraciones y en seguida quedaban curados. Esto me consta porque lo he visto por mis ojos, formando parte de la comitiva del Santo todo el tiempo que permaneció en la isla.»

El obispo de Tlésia, interrogado acerca de los milagros, responde claramente: *Quod non posset numerare omnia quae audivit et vidit, quae sunt verissima, nec possent ea libri capere.*—«Me sería imposible enumerar todo lo que he visto y oído, que es perfectamente cierto, ni podrían contenerlo los libros.»

El taumaturgo tenía su fórmula de la que se valía como de un poder inherente á su misión, poniendo en ella todo su espíritu religioso, como si fuera un sacramento especial que él administrase.—*Signa autem eos qui crediderint haec sequentur: super aegros manus imponent et bene habebunt.*—*Jesus Mariae filius mundi, salus et dominus qui te traxit ad fidem catholicam, te in ea conservet, et beatum faciat et ab hac infirmitate liberare dignetur. Amen.*

Benedicto XIII, el homónimo del antipapa, se sirvió de ella más tarde, y no sin resultados: así como de un vaso que ha contenido un precioso licor se desprende mucho tiempo después un exquisito perfume.

Vicente Ferrer realizó á la letra y durante toda su vida la palabra evangélica, de la que su fórmula es solo un compendio, reproducida por el proceso de su canonización. Acostumbrado en su purísima fé á considerar á Dios á la letra, por decirlo así, recordaba á Jesucristo sus propias palabras, y Jesucristo, que siempre hallaba en él la fé en el grado conveniente, respondía siempre según su promesa.

Su sepulcro en Vannes vino á ser, naturalmente, un centro de prodigios. Los lectores, familiarizados con el idioma que usa la Iglesia, deben darse el gusto de leer estos textos en el *Cartulario*, rebotando un encanto sencillo que no puede expresar ninguna traducción. Es el momento psicológico en que el latín se hace francés, en que la vivacidad gala obliga á Cicerón á despojarse de su toga majestuosa, pero incómoda; desaparece el período con sus giros y sus incidentes;

toma la frase cierto aire vivo; las palabras son aún latinas, pero no lo es la lengua.

Y encanta volver á encontrar esos nombres de hombres y de lugares que no han cambiado al cabo de cinco siglos, y á través de la narración sencilla y á veces rudimentaria cree uno ver por sus ojos como se suceden los acontecimientos.

Los primeros milagros se relacionan con ese mal extraño llamado *obsesión* ó *posesión* según el grado, mal del que, gracias á Dios, apenas tenemos idea, impregnados como estamos de atmósfera cristiana. Ya hemos hecho constar más de una vez en el curso de esta historia liberaciones de este género, que no fueron casos aislados.

«Tenia, dice el testigo Gimeno de Buerba, maestro en artes, tal poder sobre los posesos, que en cuanto se presentaba, se veia el espíritu malo obligado á retirarse sin poder volver.»

Setenta casos se han registrado de posesos curados por Vicente Ferrer, y no fueron los más notables, no pudiendo fijarse ni aun aproximadamente el número verdadero. Y esta clase de curaciones eran muy difíciles, á juzgar por las precauciones que toma la Iglesia, poco segura de conseguirlas cuando no es un Santo el que interviene en ellas, pues titubea ante esos infortunios sin nombre que con la locura, la epilepsia y la rabia muestran tan claramente á la humanidad toda la profundidad de su caída.

Refiere el testigo arriba citado que «una endemoniada bretona nombraba á primera vista todos los extranjeros que seguian al Santo y referia su historia; y muchas veces se observó que el demonio mordía á los exorcistas, revelaba sus pecados y blasfemaba horriblemente durante el exorcismo, pero que en presencia de Vicente Ferrer ni aun esperaba las fórmulas imprecatorias.»

Cuando se encuentra un hombre capaz de dominar á tales enemigos, hay que reverenciarle y dar gracias á Dios de quien procede semejante poder.

«Habia en la parroquia de Santa Maria *du Mené*, en el arrabal de Vannes, refiere Pedro Floch, un tal Perrin Hervé, llamado Grasset, que padecia una singular demencia: yo le he visto en su casa tendido, fuertemente atado con cuerdas, invocando al diablo y blasfemando de Dios y de los Santos. Se le llevó á Nuestra Señora del Buen Don; daba gritos terribles y le acometian verdaderos accesos de rabia cada vez que se le echaba agua bendita ó se nombraba á Dios, y Fr. Tomás, Carmelita, aconsejó que lo llevaran á la tumba del maestro Vicente. Atáronle las manos y los brazos con una cadena de hierro,

no recordando ya si le ataron tambien las piernas, pero sé muy bien que hubo que llevarle en alto, y al colocarle sobre el sepulcro se quedó dormido por espacio de una hora. Al despertarse preguntó por qué le habian amarrado de aquel modo, y habiéndoselo explicado, dijo: «Bueno, pero ahora ya estoy curado; el maestro Vicente ha venido á hablarme durante mi sueño. ¿No le habeis visto?»—Le desataron y volvió á su casa sano y salvo. Como se trataba de una enfermedad tan extraña, habia acudido mucha gente y en vista del milagro se echaron á vuelo todas las campanas. Yo vi despues al sujeto y estaba perfectamente sano.»

El mismo paciente nos explicará el caso:

«Perrin Hervé (*alias* Grasset), de la casa del príncipe Pedro, actual duque de Bretaña, natural de Guillac en la diócesis de Saint Malo, habitante en Vannes hace cuarenta años, de edad de cincuenta y siete, declara bajo la fé del juramento que hace unos veinte y ocho años un sábado por la Pascua se sintió acometido á las once de la mañana de un ataque al cerebro y á otras partes del cuerpo tan violento, que perdió el juicio y echó á correr como un furioso por calles y plazas, en términos que fué preciso sujetarle con cadenas. Él cree que se habia apoderado de él un demonio, pues no puede atribuir á otra cosa el origen del mal. El domingo siguiente fué llevado á la hora de visperas por su mujer, sus vecinos y amigos, que habian hecho un voto al maestro Vicente, al sepulcro de éste en la iglesia de Vannes, y habiéndole puesto sobre la losa que cierra el sepulcro se durmió teniendo por almohada la capa del Santo, guardada como reliquia por la duquesa de Bretaña. Durante su sueño vió al maestro Vicente de pié delante de él y le oyó pronunciar estas palabras: «Hijo mio, pronto estarás bueno.» Y en efecto, se despertó curado, y en agradecimiento dejó sobre la tumba las cadenas con que le habian atado, sin que despues haya vuelto á tener acceso alguno.»

Según el testigo Hervé Legooff, el Fr. Tomás, Carmelita, curó en la tumba de Vicente Ferrer porque el demonio le mordió terriblemente cuando le echaban agua bendita.

Otro testigo, interrogado acerca de los milagros, dice que algún tiempo después de muerto el maestro Vicente ha visto conducir locos y endemoniados al santo sepulcro y volverse curados. «¿Cómo lo sabéis?—Porque les he visto tendidos sobre la tumba y levantarse luego sin dar señal alguna de demencia, y se tocaban las campanas y acudia el pueblo á dar gracias á Dios y al maestro Vicente.»

Vienen luego los que podrian llamarse milagros ordinarios, de los que, sin embargo, deben citarse algunos al azar.

Por uno de esos movimientos de deglución que no siempre pueden evitarse, se había tragado una joven una hebilla de cinturón, de acero: no había que pensar en extraerla, y parecía inevitable la muerte, pues ya la muchacha no podía hablar, ni comer, ni beber, ni tener sosiego. Las personas que la vieron aconsejaron que se hiciera un voto al maestro Vicente; hizolo ella en el fondo de su corazón, la llevaron al sepulcro, y así que hubieron orado ella y los que la acompañaban salió la hebilla sola por la boca.

Juan Baut, entre otras muchas historias, refiere, que habiendo sido robado un vaso de plata, su dueño invocó al Santo, y aquella misma tarde se encontró al ladrón en un prado, en donde había enterrado el vaso, y del que no había podido salir.

«Mi hija Guillermina, dice el mismo testigo, fué atacada de la peste con tal fuerza, que estaba ya fria y al parecer muerta. El domingo me fui á la iglesia de Vannes en donde oí leer muchos milagros obrados por el maestro Vicente y me vino la idea de encomendarme á él, rogándole que salvara á mi hija, si tal era la voluntad de Dios. Al volver á casa la encontré alegre y con buen semblante. *Facientem lactam et bonum vultum.*»

«Mi hijo Jutn padecía ataques de epilepsia que se repetian dos y tres veces al dia, y acordándome de la santidad del maestro Vicente, le ofrecí mi hijo y encargué en su honor una imagen de cera de igual peso que este. Desde entonces jamás ha tenido ataque alguno.»

He aquí un pequeño milagro que Vicente Ferrer no podia menos de hacer. Guillermo Robert, cantero, el mismo que hizo la sepultura del Santo, tenia una llaga en la pierna que le hacia sufrir mucho, hasta el punto que se sentía morir: *Ex qua tantum dolorem patiebatur quod credebatur mori.* Dirigió al Santo una fervorosa súplica, diciéndole: «O maestro Vicente, amigo de Dios, rogadle por mí! que me cure la pierna: yo ofrezco una pierna de cera para vuestra tumba!» Y el Santo, al concederle lo que pedia, debió sonreír en el cielo pensando que á él jamás le había ocurrido hacer el signo de la Cruz sobre su propia pierna.

Godofredo Leclerc, barbero, fué llamado en cierta ocasión para afeitar la cabeza de la hija de Michard, sastre, sobre la que había caído un enorme madero; pero no pudo verificarlo porque tenia el cráneo fracturado, permaneciendo la niña en aquel estado medio dia y toda una noche, sin respirar, ni poder tomar cosa alguna. La madre

la ofreció al maestro Vicente, y en seguida dió un suspiro, empezó á hablar y quedó curada.

Juan Michard, sastre, confirma el milagro obrado en favor de su hija Juanita. «Se entretenía, dice, en saltar sobre un gran madero, cuando este osciló, la arrojó contra un monton de piedras y le cayó sobre la cabeza. Cuatro hombres apenas podían mover esta pieza de madera. La cabeza de mi hija, herida en diferentes puntos, ofrecía el aspecto de una manzana podrida. *Ad modum unius pomi putridi.*»

Después de una batalla contra los Ingleses, Rodolfo del Bosque, herido y refugiado en un pantano, desde donde veía á los enemigos mutilar y matar á los franceses y bretones, se encomendó en su interior á Vicente Ferrer:

«Apenas hube formulado el voto, dice, cuando se me presentó un caballo rojo con silla y brida; sali de mi escondite y monté en él sin que hiciera demostracion alguna de extrañeza, observando que tenía puesta la silla como yo tenía costumbre de ponerla. Solo á la intervencion del maestro Vicente puedo atribuir este socorro.»

Juan Quéré nos dirá que ha visto á un sacerdote de Lyon, que padecía de lepra, curado en parte después que hizo voto de visitar la tumba, y curado por completo en la misma tumba. Este caso llamó la atención y hablan de él muchos testigos.

Denoual de Chef-du-Bois refiere la curación de su hijo moribundo por efecto de una enfermedad verdaderamente extraordinaria y muy difícil de describir. Después añade: Volví yo á mi casa desde Carmengny cuando ví que estaba ardiendo la casa de Juan Hervé, habiéndose quemado ya toda la techumbre y no quedando de ella al parecer más que las cuatro paredes. Me arrodillé é hice arrodillar á mis compañeros, pidiendo al maestro Vicente que apagara el incendio, y lo apagó, en efecto, tan completamente, que un niño que había quedado en la casa se encontró sano y salvo y la casa apenas había sufrido deterioros insignificantes, observando además que apenas quedó en ella rastro de fuego. Y eso que este era tan intenso, que nadie se había atrevido á entrar en la casa, ni aproximarse á ella.

Juan Quelas, no encontrando abogado que quisiera encargarse de defender su causa ante el Consejo del duque, va á pedir uno á la tumba de Vicente Ferrer, el cual se lo concede.

Sigamos desde la ribera este pequeño drama acaecido en Josselin. Un niño, llamado Guého, que se estaba bañando, se adelantó imprudentemente hasta el remolino formado en la presa de un molino y

como no sabía nadar se sumergió en la corriente apareciendo por tres veces en la superficie y desapareciendo por completo después de la tercera. Entonces Margot Bondart y otros testigos de la catástrofe ofrecieron el desgraciado á Vicente Ferrer, y en seguida apareció sobre el agua sosteniéndose sobre ella tendido de espaldas como un muerto y sin hacer movimiento alguno. Los asistentes redoblaron sus súplicas y entonces dió una vuelta sobre sí mismo y se dirigió hácia la orilla. Esto no puede menos de considerarse como un milagro, porque todo el mundo en Josselin conoce esta balsa profunda en la que se han ahogado muchas personas, sin que jamás se haya podido salvar ninguna.»

«Los padres del joven Guhéo, dice Juan Levesque completando el relato, se hallaban entonces en Vannes con motivo del Jubileo, y yo ofreci en su nombre el niño al maestro Vicente. Entonces apareció, pero muerto, por lo menos tal es mi convicción absoluta, pues estaba inerte como una viga, y se adelantó hácia tierra atravesado sobre el agua en una distancia del largo de tres picas. Cuando llegó á la orilla, aunque parecia que la cabeza la tenia separada del tronco, y estuviese pálido como un cadáver y con los ojos cerrados, gritó: ¡Jesús! se le envolvió en una manta y recobró el conocimiento.»

Vamos ahora á oír á esos viejos lobos de mar bretones, honor de la marina francesa, que realizan diariamente prodigios de destreza y de abnegación.

Preciso es haber visto Penmarch en un dia de tormenta; es preciso haber visto esas olas monstruosas correr desgredadas, blanqueadas por su espuma, que parecen caballos salidos del infierno y van á estrellar su furia contra el impasible granito; es preciso haber oido en la punta del Raz resonar á cada ola esos truenos en las profundas cavernas en que no ha penetrado la vista humana; es preciso haber sentido esas corrientes de fuego que el vapor concentrado á una alta temperatura se esfuerza por elevar; es preciso haber visto en tiempo de calma y sin una nube en el cielo esas inmensas olas empujadas por no sé qué sorda violencia, subir, subir más, envolver la elevada roca en que están sentados alegres curiosos y arrebatarse traidoramente esos racimos humanos.—Esto ha ocurrido hace pocos años; una familia entera, padre, madre y dos niños, estando el cielo y el mar en completa calma, fueron arrebatados por una de estas olas.

Es preciso haber navegado en este archipiélago de guijarros, como dice el hiperbólico bretón, sembrado de rocas á flor de agua, espantoso laberinto que desvia de toda dirección normal, para conocer el

temple que Dios y los elementos han dado á estos hombres. Cuanto ellos hablan, como vamos á ver, se les puede dar crédito.

«Juan Guézan, de Calmont, pescador, de edad de cincuenta años, segun afirma el mismo y lo atestigua su aspecto, testigo prevenido, llamado y admitido á declarar despues de prestar juramento, detenidamente examinado é interrogado.»—Todas estas formalidades no le conmueven y mientras que, *nada embarazado* (expresión familiar de los bretones), dará vueltas entre sus dedos á su sombrero leonado, se animará su semblante hirsuto y dirá las cosas como saben decirlas.

Ante todo, quiere que se sepa su opinión sobre el maestro Vicente. «Predicaba muy bien, á mi juicio, y siempre he oido hablar bien de él.»

«El miércoles 28 de Noviembre último, hácia media noche, Juan Rochelart, Perrot Keranroux, mi hijo Natividad y yo estábamos pescando hácia el islote de An-Malucc, cerca de la isla de Houat, próximamente á unas ocho leguas marinas de Vannes, é íbamos á levantar las redes que habíamos echado la vispera, cuando se levantó una tempestad tan violenta y el mar se puso de tal modo embravecido, que á pesar de estar muy acostumbrado á frecuentar desde niño esos sitios, jamás he visto cosa igual. Como el peligro era tan inminente, largamos las amarras y abandonamos las anclas, decididos á que el barco marchara á la voluntad de Dios, pero era tan fuerte el viento, que aquél daba vueltas en el mismo sitio sin avanzar un solo paso (era un ciclón), y así pasamos tres horas. Entonces mandé, primero á mi hijo, como más inocente, y luego á los otros marineros que se arrodillasen implorando devotamente al maestro Vicente, y haciendo voto de ir en peregrinacion á su tumba, si nos salvaba de la muerte. Así sucedió; la tempestad se calmó en el acto, el mar se apaciguó y quedó en calma, encontrando intactas las áncoras, cuerdas y redes, que cien veces debían haberse hecho pedazos. Solo puede atribuirse esto á un milagro, pues yo que conozco la mar como el primero, afirmo que no había señal alguna de que se serenase el tiempo, y el haber cesado súbitamente la tempestad despues del voto solo puede atribuirse al maestro Vicente.»

Juan Rochelart, de cuarenta años, también de Calmont, pescador, declara á su vez que ha navegado por las costas de Inglaterra y más lejos mar adentro, y jamás ha visto una borrasca semejante. «Él también instó al joven Natividad, como más inocente, á que pidiera al maestro Vicente que no les dejara morir sin confesion, y en cuanto se hizo la súplica quedó el mar tan tranquilo que no podia pedirse más.»

Que mediten acerca de esta historia los que pregunten para qué sirve la inocencia. Esa misma conmovedora idea aparece con frecuencia en estos relatos.

«Yo hice entonces voto, añade el testigo, de no comer, ni beber en cuanto llegara á tierra hasta haber visitado la santa tumba, y así lo he hecho, y habiéndose divulgado el milagro, he venido aquí por orden de esos señores de la Iglesia.»—Y repitió con energía, como viejo marino, «que eso no era natural, que sus redes estaban muy perdidas y ellos ahogados sin el socorro del maestro Vicente.»

»Un día, dice otro testigo, en que volvíamos de España con gran cargamento y muchos pasajeros se levantó tal tormenta de viento y lluvia á la altura de Penmarch, que no se veía á dos pasos de distancia. El mar se puso muy agitado á consecuencia de la borrasca y pronto nos vimos obligados á dejar el barco á merced del viento.

»Después de confesarnos unos con otros, nos atamos de dos en dos, mientras el buque, impelido por la corriente, fué á estrellarse entre dos rocas de las que no había fuerza humana que consiguiera hacerle salir, y en esta situación permanecimos desde el alba hasta la hora de visperas. De repente vino á nuestra memoria el recuerdo del maestro Vicente; hicimos un voto y distinguimos á modo de un hombre blanco que cogía con sus manos la vela y la orientaba en la dirección conveniente; y en seguida salió el barco de entre las rocas y no tardamos en llegar al puerto mayor de Penmarch.»

Otros fueron salvados en circunstancias todavía más críticas.

«Cuando zozobró el buque, refiere esta vez un verdadero naufrago, al verme en el fondo del agua, hice un voto al maestro Vicente y en seguida senti una mano que me subía á la superficie; no vi á nadie, más que una tabla inmediata de la que me servi para ganar la orilla, no pudiendo atribuir mi salvación más que al maestro Vicente, porque yo no sé absolutamente nadar, y el naufragio ocurrió á más de cuatro leguas mar adentro.»

Un testigo, valenciano, volvía de Santiago de Compostela en un barco bretón con cinco peregrinos, y hallándose en aguas de Vannes tocó el barco en una roca á flor de agua quedando inmóvil por espacio de tres horas. Invocaron al maestro Vicente y al momento se desprendió de la roca por sí mismo, entrando en el puerto sin avería, sin que se perdiera efecto alguno, ni resultase nadie herido; pero así que estuvieron en tierra los pasajeros y el cargamento, se hundió el buque porque el choque había desencajado toda la obra muerta. «No hay que preguntar, dice el narrador, si fuimos con devoción á visitar la

tumba del maestro Vicente y á darle gracias por semejante beneficio.»

Sin duda se habrá fijado el lector en ese complemento que siempre acompaña á la invocación y sin el cual probablemente no se realizarían los milagros; quiero decir, los votos.

Dios los exige para corregir esa inclinación del género humano tan olvidadizo, tan personal, tan propenso á creer que todo se le debe, hasta los milagros. Aquellos á quienes el Santo curó en vida habían oído vibrar su palabra, habían sentido el contacto bendito de su mano, quedaba la impresión; y si le hubieran encontrado de nuevo, se hubiesen avergonzado de haber sido ingratos. Pero una tumba no tiene tanta eficacia.

Además, el voto nos une á Dios, eleva el alma como el contrato de un miserable con un poderoso, se siente en él cierto orgullo; mientras no se cumple, esta idea, siempre presente, nos impulsa al bien, y en ello intervienen la lealtad y la delicadeza. Más tarde su recuerdo puede detenernos en una fatal pendiente.

Finalmente, y sobre todo tal vez, el voto es la palanca del sacrificio; sujeta la pasión que nos domina, á veces oculta; es la ley providencial de la desgracia; toma de nosotros lo que no daríamos de buen grado. Un secreto instinto nos impulsa á él en el momento del peligro; el avaro prometerá un cirio enorme, el orgulloso un viaje descalzo.

Los votos no dejaban de ejercer acción sobre los demás, pues edificaban á los que los presenciaban, y los exvotos agrupados constituían como un fondo permanente al que acudían los afligidos para recobrar confianza.

Además, el Santo siempre dispuesto á acoger las súplicas, exigía sinceridad; quería que el prodigio tuviera resonancia; sobre todo no sufría las burlas. De ello nos darán una prueba varios testimonios:

«Pedro Lechanteur tenía de tal modo vuelta la cara, que no podía ver la parte anterior de su cuerpo. Curado por el maestro Vicente, prometió ir todos los años á visitar su sepulcro, pero no lo cumplió y se le volvió otra vez el rostro, subsistiendo el mal en tanto que dejó de hacer la visita prometida; pero habiendo renovado el voto, desapareció este de nuevo.—«¿Y cuántas veces tuvo lugar esta alternativa?—Seis ó siete veces.»

«Yo me vi atacado de una especie de apoplejía y había perdido la vista, pero habiendo hecho un voto al maestro Vicente, recobré la salud. A los tres días cumplí el voto, pero no hice pública mi cura-

cion, segun habia ofrecido tambien, y al cabo de ocho dias me volvió el mal y perdi de nuevo la vista. Entonces recurrí primero á las medicinas y una muger que era curandera me indicó que me sangrase y asi lo hice, pero asombrada al ver que no la recobraba, me preguntó si habia hecho algun voto. Entonces reconocí mi olvido, me hice conducir por mi vecina á la iglesia de Vannes y alli tuve un corto desvanecimiento, al salir del cual habia recobrado la vista sin notar huella alguna del mal. Esta vez tuve buen cuidado de publicar mi curacion.»

Habiendo ido dos jóvenes á dar un paseo por mar, se levantó una tempestad que les puso en gran peligro, por lo cual hicieron un voto al maestro Vicente y se vieron salvos. Uno de ellos dijo: «Vamos á cumplir el voto;» pero el otro replicó: «Ahora que nos hemos salvado ya no me cuido del maestro Vicente.» En el acto cayó medio muerto como herido por la mano de Dios, con todos sus miembros dislocados y ofreciendo un horrible aspecto. Todos le aconsejaron que cumpliera su voto lo más pronto posible, y habiéndole llevado al sepulcro, volvió á su anterior estado.»

«Juan Le Barz, patron de barco, salia del Morbihan cuando un buque español armado en corso, procedente de Belle-Isle, le atacó y apresó con toda la tripulacion. Los hombres que la formaban, viendo el peligro, se habian encomendado al maestro Vicente, excepto uno de ellos, Jaime Lepetit, el cual, instado por el patron á que imitara á sus compañeros replicó: «¿Qué socorro esperais del maestro Vicente, cuando no ha podido socorrerse á si mismo, toda vez que ha muerto como los demás?» A estas palabras se le torció la boca hasta debajo de la oreja, perdió el habla, cayó al suelo y alli quedó sin movimiento por espacio de dos horas. El patron le aconsejó de nuevo que se encomendara al maestro Vicente, y asi debió hacerlo interiormente, pues recobró la palabra, si bien conservó siempre una gran dificultad para hablar y cierta deformidad en el rostro.»

«Poco tiempo despues, añade el testigo, fuimos libertados por unos bretones de Penmarch.»

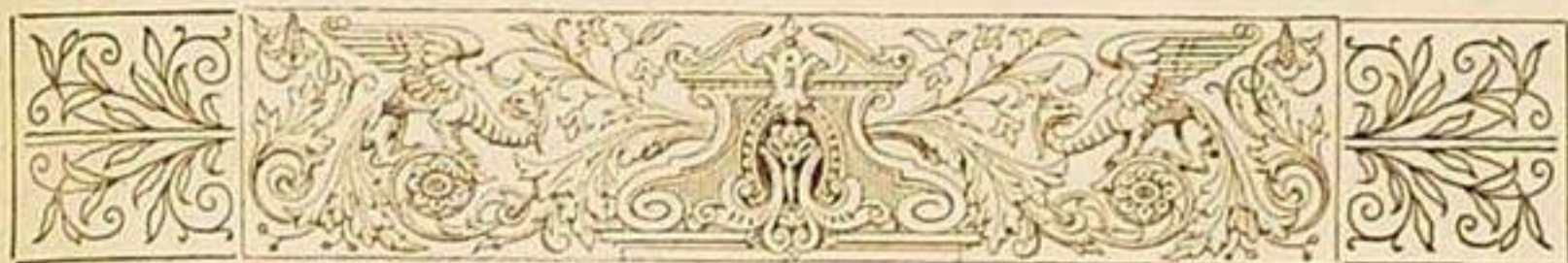
Otros muchos confirmaron la historia de Juan Petit.

Cierto clérigo secular llamado Brabán, natural de Picardia, profesaba odio al maestro Vicente y proferia contra él á menudo palabras injuriosas. Una bretona que lo oyó, la misma que declaró el hecho, pidió á Dios que hiciera de modo que Brabán necesitara recurrir al maestro Vicente, y fué atendida su súplica, porque antes de que pasaran dos años sufrió Brabán un ataque de parálisis que le puso la

boca á un costado y habiendo hecho un voto á San Vicente le volvió á su primer estado.

Estos castigos de insolentes habian tenido lugar algunas veces en vida del taumaturgo, si hemos de creer un testimonio segun el cual, habiendo murmurado un criado de la Duquesa de Bretaña contra las predicaciones del maestro Vicente, fué acometido de repente de un mal extraño, desprendiéndosele las entrañas como si hubiera sido despanzurrado.—*Ejus intestina ceciderant de ventre.*—Reconocida su falta, pidió perdón y quedó curado.





CAPÍTULO V

TAUMATURGO (Continuación).

Desfile de muertos.—Por un nido de maricas.—Juan Guerre.—
 Marido modelo.—Niño ahogado.—El amor más fuerte que la
 muerte.—Elocuencia maternal.—El embajador de España.—Mila-
 gros por grupos.—Una palabra de San Agustín.—Palacio de
 exposición.—Los héroes de Homero.

VA á empezar de nuevo el desfile de los muertos. La resu-
 rrección de un muerto, aunque se deba á un Vicente
 Ferrer, no es una cosa común, por lo cual los comisarios
 encargados de la información procuran asegurarse, como se va á ver,
 de que los testigos no se han fiado de las apariencias.

Micer Ives, abad del monasterio de Nuestra Señora de Lanvaux
 en la diócesis de Vannes, tenía un sobrino de dieciséis años al cual
 envió un día á coger nueces. Comprendió el muchacho que se trata-
 ba de subir á un soberbio nogal que había en el huerto del monas-
 terio, y no sólo lo hizo así con todo el ardor propio de su edad, sino
 que quiso coger un nido de maricas, suspendido, como siempre, de
 una de las ramas más altas.

No tardaron en avisar al abad de que su sobrino estaba caído al
 pié del árbol, y habiéndole reconocido, vieron que tenía rotos un
 brazo y una pierna y todo el cuerpo magullado. Creyendo el abad
 que estaba muerto, no pensó más que en invocar y hacer que sus
 religiosos invocaran al maestro Vicente para que le diera á lo menos
 tiempo para confesarse, y en cuanto se hizo la invocación, volvió en
 sí el joven y curó.

Un gran número de testigos, entre ellos los mismos religiosos, atestiguan el hecho.

«¿Cómo sabéis que estaba muerto?» preguntaron bruscamente á uno de ellos que habia ayudado á llevar al joven.—«Lo supongo, porque le he visto dar el último suspiro como hacen los moribundos, y además adquirió el color cadavérico y se quedó frio y rigido como los otros muchos muertos que he tenido ocasion de ver.»

Perrot Maret dice que su hija, de un año de edad, fué atacada de una enfermedad grave, de la que falleció, y al cabo de media hora la llevaron á la tumba del maestro Vicente, el cual la resucitó.

Naturalmente le preguntaron también: «¿Cómo sabéis que estaba muerta?» Y responde como todos: «Lo sé, porque habiendo presenciado la muerte de muchas personas, hombres y mugeres, presentaban las mismas señales que mi hija. No, nadie dudó que estaba muerta.»

Juan Guerre era un *Trecorois*, arquero del duque de Bretaña, que un día de paga riñó con sus camaradas y recibió tan graves heridas que le dejaron por muerto, pues «este Guerre, observa el testigo, era un hombre terrible que siempre estaba blasfemando, y este suceso le calmó un poco.» *Dictus Guerre erat multum terribilis et blasphemator. Et post non fuit ita terribilis.*

«Dicho Guerre se quedó frio y rigido, sin aliento y sin palabra, y en opinion de todos los presentes estaba muerto, llegando alguno á hacerle la señal de la cruz sobre la frente, como se hace á los muertos, y otro le puso plumas en la nariz y en la boca para ver si respiraba. Desconsolados de verle morir así sin confesion, las personas que se hallaban presentes hicieron un voto á San Vicente, y apenas formulado, recobró el muerto la palabra.»

El testimonio del sacerdote Oliverio Le Bourdiec, llamado *in extremis*, pero demasiado tarde, es aún más explicito.

«Yo le he palpado en la boca, en las narices, en el cuello, en el corazon y en muchos otros sitios del cuerpo, y en todos ellos estaba frio, duro y rigido como los muertos, y he visto muchos; ya no respiraba, todos los músculos estaban flojos, su color era el de un cadáver, durando este estado cosa de una hora. Mi conviccion y la de todos los que le vieron es que verdaderamente el maestro Vicente lo resucitó y así lo he hecho publicar el domingo siguiente en la iglesia de Vannes, sin que me quedara duda alguna.»

Cuando el resucitado recobró la palabra, le preguntaron qué habia sentido, y dijo que entre las sombras de la muerte habia visto cosas extrañas, bastante parecidas á la condenación. «Aseguro, añadió, que

en el momento en que más me atormentaban unos demonios de diversas formas, apercibi al maestro Vicente, vestido de blanco, que me libró y me *resucitó*, y desde este momento dejaron de atormentarme los demonios.»

«Juan Coento, labrador, de Saint-Mollf, declara que Perrina, su muger, despues de estar mucho tiempo enferma, perdió por fin la palabra, la vista, el oído y hasta la facultad de pensar. En la tarde de la fiesta de San Pedro y San Pablo, creyéndola bien muerta porque tenia su cuerpo enteramente frío, como pudieron comprobar todos los que se hallaban presentes, que no respiraba, que tenia los ojos vueltos, el color de un difunto y, en fin, todas las señales de la muerte que el testigo conoce muy bien por haber presenciado muchas, salió de su casa y se dirigió á un montículo inmediato desde donde se veía el campanario de la iglesia de Vannes, rogando humildemente al maestro Vicente que intercediera con el Todopoderoso para que se dignara resucitar á su muger. Habiendo vuelto á su casa la encontró muerta, como al salir, y se puso de nuevo á gemir y rogar al maestro Vicente durante una hora, al cabo de cuyo tiempo dicha muger abrió los ojos, habló, comió, bebió y quedó curada, levantándose de la cama al siguiente día, ocupándose de los quehaceres de la casa y sin sentir molestia alguna.»

Bien merecía esta gracia, sin duda, un marido tan perseverante. Y la mujer confirma el hecho, salvo que no puede darse cuenta de lo que pasó hasta el momento de la resurrección.

Juan Morio, de 35 años, declara que ha visto un niño muerto á consecuencia de haber caído por una escalera.—«Se parecía, dice el testigo, á todos los agonizantes y difuntos que he visto en mi vida, y en ese estado permaneció durante media hora; pero en cuanto se hizo el voto, que yo presencié, abrió el ojo derecho, empezó á hablar y luego comió, y al otro día anduvo por su pié y al domingo siguiente habia desaparecido todo el mal.»

Este milagro tuvo muchos testigos y uno de ellos reproduce la comparación tan natural en el país de la sidra: el cráneo estaba *quasi unum pomum putridum*. Todos convienen en que estaba bien muerto y que en cuanto se hizo el voto al maestro Vicente, (*illico*) en seguida se puso á comer.

«Marion, esposa de Guill de la Rivière, de Questembert, refiere que yendo al molino en un caballo indómito, se plantó éste sin querer pasar adelante, y al cogerlo su hijo de la brida, le dió tan fuerte patada en la sien, que cayó el muchacho al suelo quedando

dos horas como muerto, si no engañan las señales de la muerte, á saber: no movia miembro alguno, no respiraba, estaba frio y rigido, siendo impotente el fuego para darle calor. Encomendado fervorosamente al maestro Vicente, empezó á hablar, y entonces se encomendó él mismo y curó.»—Y todos los testigos de la escena afirman que el muchacho estaba bien muerto.

«Yo tenia una hija que cayó enferma y murió, yo al menos asi lo creo, por lo que hice hacer la cruz y el ataud para enterrarla; pero recordando mi muger y yo la santidad del maestro Vicente, hicimos un voto é inmediatamente recobró la vida sin que volviese á padecer mal alguno.»

«Yo he visto, dice otro, durante el año que siguió á la muerte del maestro Vicente, á un hombre y una muger venidos de Normandia con un hijo que entonces estaba con vida, pero que ellos aseguraban que habia estado muerto y habia sido resucitado por el maestro Vicente despues de un voto que hicieron en su honor, y he oido repicar las campanas para celebrar este milagro.»

«El Prior del monasterio de Val-de-Christ dice que muchos Valencianos van á visitar la tumba de Vicente Ferrer y refieren de ella maravillas, y cuenta la historia de una muger á la que su marido, celoso, habia dado dos puñaladas atravesándola de parte á parte: *A parte posteriori ad partem anteriorem*, y que recobró súbitamente la vida y la salud.»

Los siguientes hechos se relacionan con los dolores maternales, siempre tan conmovedores, y el carácter de acendrada fé que revisiten les hace aún más interesantes. En estos casos verdaderamente el amor es más fuerte que la muerte.

«Oliverio Rouxel, de Vannes, perdió á su hijo Oliverio, y la madre, que no podia creer en la muerte de un niño que amaba con delirio, le acercó una llama á la boca y á la nariz y le puso á los pies ladrillos muy calientes, y aunque todo fué inútil, no quiso que lo enterraran y le conservó á su lado. Al dia siguiente le preguntó á su marido si habia ido á orar al sepulcro del Santo, y habiéndole contestado que no habia ido, le pidió que fuera en seguida. Fué éste allá, dejó encendida una vela y le llevó otra á su muger para que á su vez fuera á ponerla en el sepulcro; pero no atreviéndose ésta á abandonar por tanto tiempo el querido cadáver, se dirigió á la iglesia más próxima, que era la de San Francisco, encomendó su hijo á Dios, á la Santa Virgen y á San Vicente Ferrer y dejó pagada una misa. Al regresar á su casa sale á su encuentro su hija y le dice que el niño

continuaba yerto y frio, pero ella no desespera todavía y vuelve á encomendarlo al maestro Vicente, despues de lo cual, al entrar en su cuarto, ve que el niño le tiende los brazos y le pide una fruta que habia allí próxima, porque tiene hambre. Loca de alegría, olvida la fruta y corre á anunciar á su marido que su hijo vive; entra él y el niño le sonríe y entonces le ofrece la madre la fruta y llevan los dos al querido sér resucitado á la tumba del Santo para darle gracias. El niño, que tenia nueve años, pasó el resto del dia jugando con sus compañeros.»

«Otra madre viuda perdió á su hijo menor, pero acordándose de las predicaciones del maestro Vicente, á quien ella habia visto muchas veces durante su permanencia en Bretaña y de quien cada dia oia contar maravillas, toma el cadáver, lo envuelve y lo entrega á un criado llamado Allenou para que lo lleve á caballo á la santa tumba, mientras ella sigue al fúnebre convoy. Llegados á la iglesia, deposita el cadáver sobre la piedra del sepulcro y se pone á orar diciendo: «Oh maestro Vicente, si sois santo como creo, como todós lo creemos, y si teneis algun poder en el cielo, devolved la vida á mi hijo.»

«Terminada su plegaria, empezó á moverse el niño, *puso el semblante alegre* y pidió cerezas que habia llevado el criado, habiendo desaparecido todo el mal. «Todavía vive, añade la dichosa madre, y aqui está pronto á contestaros.» Y diciendo esto, nos presentó á su hijo mayor, á su otro hijo Pedro y á Guillermo *el resucitado*. Les hemos examinado separadamente, interrogándoles con el mayor cuidado despues de hacerles prestar juramento, y sus declaraciones han sido completamente conformes con las de su madre. Todos los años vuelve el joven Guillermo á visitar la tumba y nos dice que lo hace cumpliendo el voto que hizo de esta peregrinacion en agradecimiento por su resurreccion.—Dicho sea en verdad, y sin obedecer á intriga ni soborno alguno.

»El pueblo se habia dirigido en tropel á la iglesia y se habian echado á vuelo las campanas, no cabiendo á nadie la menor duda sobre la muerte del niño y su resurreccion por los méritos del maestro Vicente.» *Declaración de la noble Señora Oliva de Coatsal.*

No fué esta la única madre feliz aquel dia y vamos á oir la maravillosa historia de un gran predicador futuro del culto de San Vicente Ferrer.

«Casi inmediatamente despues de la resurreccion de mi hijo llegaban á Vannes los padres de otro niño de año y medio próxima-mente, cuya madre, acometida en un nuevo embarazo de un loco

deseo de comer carne, en un acceso de delirio, lo habia partido en dos y aun se le veian las señales de la sutura. Este matrimonio venia al sepulcro á dar las gracias al maestro Vicente porque despues de un voto hecho en su honor se habia podido unir las dos partes del cuerpo de la criatura y ésta habia recobrado la vida.»

A este relato, demasiado sucinto, conviene añadir otro.

«He oido referir en Vannes que una muger que padecia ataques de locura, teniendo que preparar un dia la comida para su marido, cogió á su niño de unos catorce meses y lo partió en dos mitades y de una de ellas tomó una porcion que puso á cocer, sirviendo á su marido este guiso condimentado con azafran, de donde salia una de las manecitas. El marido, loco de dolor, fué á arrojarse al pié de la tumba del maestro Vicente, en donde permaneció hasta la noche orando y llorando, en términos que los encargados de la iglesia tuvieron que obligarle á salir; pero al entrar en su casa se entontró á su hijo jugando bajo de la cama como suelen hacer los niños, conservando aún en su cuerpo sobre la parte que habia sido cocida un tinte azafranado. En seguida volvió con él á la iglesia y lo ofreció al maestro Vicente. Yo he visto á este niño durante seis dias vivo y en completa salud, conservando ciertos señales en la parte superior de su cuerpo, y todo esto era público y notorio y sabido de todos en Vannes y sus contornos.»

Interrogado sobre la época en que ocurrió el hecho, dijo el testigo que habia sido en tiempo del jubileo de Compostela. Diago, que ha hecho el cómputo según este dato, la fija en 1420.

Ya volveremos á encontrar á este niño al hablar del Culto: es Vicente Pistoia, que habiendo tomado el hábito Dominico, fué enviado á Sicilia, en donde predicó con gran éxito la devoción al taumaturgo.

Sucédense los testigos, hablando todavia de niños salvados, de incendios apagados. Se han encontrado junto al sepulcro con multitud de peregrinos, diciendo todos que en sus parroquias respectivas se considera al maestro Vicente como santo y que por su mediación obraba Dios muchos milagros, entre los cuales citaré todavia este:

«Ella presentaba todos los indicios de la muerte: la boca cerrada, los ojos vidriosos; estaba pálida, fria, yerta; todo el mundo la tenia por muerta, y el maestro Vicente la resucitó.»

¡Cuántos otros en que los testigos repiten hasta la saciedad que ofrecian todas las señales de la muerte, que no respiraban, que yacian

rígidos y cadavéricos!—¿Se ha calculado alguna vez exactamente su número? San Antonio habla de veintiocho muertos resucitados después del fallecimiento del Santo, pero esta cifra, aunque ya respetable, está seguramente muy por bajo de la verdadera.

Aparte de la información propiamente dicha, recogeremos todavía algunos otros hechos, aunque la imaginación se cansa de todo, aun de tales prodigios.

El canónigo Francisco Castellón, del cual hemos tomado la extraña historia de Zamora, escribía en 1470: «San Vicente Ferrer no cesa de obrar milagros; de todas partes recibimos noticias de ellos.»

En Bolonia se ahogó un niño de cuatro años y su madre que había tenido este hijo después de hacer un voto en honor de San Vicente Ferrer, exhaló su dolor en una ferviente súplica:

«Por vuestra mediación, oh Vicente, le tuve, decía, y por ella debe serme devuelto; nos le has dado una vez y es preciso que nos le des de nuevo: tú hiciste fecunda á una esposa mucho tiempo estéril y estás obligado á socorrer á la más desgraciada de las madres.

¿De qué me ha servido haberlo engendrado, si tan pronto había de perderlo? ¡Mejor hubiera sido no dárnoslo, si nos le habías de arrebatarnos tan pronto y por tal desgracia! ¿Acaso me ha proporcionado otra cosa desde su nacimiento más que penas é inquietudes? Esto no es proporcionar gozo y alegría á una pobre muger, antes bien un continuo cuidado y un padecer sin tregua. ¿Para qué hacer brillar un rayo de luz, si luego ha de extinguirse? ¿Para qué ha aparecido este astro en el horizonte si tan pronto se había de ocultar? ¡Tú que has podido vencer un día las leyes de la naturaleza, podrás aún, Padre mio, librarle de la muerte por tus ruegos. Concédeme á mí que te suplico lo que á tantas otras has concedido. Por ti he vivido mi hijo; que vuelva á la vida por ti!»

Sin duda Vicente Ferrer no podía resistir á tal elocuencia, y mientras de este modo hablaba la madre llorando, empezó el niño á respirar y le fué devuelto sano y salvo.

En los registros del convento de Bolonia se encontraba este asiento con fecha 15 Abril de 1481:

«Toma de hábito del Fr. Vicente, de Bolonia, el mismo que fué resucitado por los méritos de San Vicente Ferrer, confesor.»—El mismo hecho encontramos relatado y comentado en las *Memorias históricas* de un religioso, fallecido en Bolonia en 1577: «En este año (1564), dice, se ha reunido en este convento de Bolonia el Capítulo general de la Orden, en el que ha tomado parte un reli-

gioso, natural de Roma, que á la edad de siete años se ahogó en el Tiber, recobrando la vida por intercesion de San Vicente Ferrer, el cual predicó en esta iglesia ante un gran concurso de fieles. Yo que escribo estas líneas se lo he oido referir diferentes veces y no he podido ninguna de ellas dominar un movimiento de asombro al ver á este resucitado.—Si las fechas son exactas, este religioso era centenario: ¡pero cuando uno es resucitado!...»

López de Salamanca refiere que en San Pedro Mártir, de Toledo, iban á enterrar á un niño, cuando la madre exclamó: «¡Padre San Vicente, tened piedad de mí! no tengo más hijo que este.» En seguida los que lo llevaban sintieron moverse el ataúd; el niño vivía.

He aqui un agradable relato tomado de Vidal y Micó, el historiador preferido de M. Meyer:

«Nombró embajador para el Duque de Bretaña el Rey de Aragon D. Alonso el V á D. Andrés Boxados, natural de Lérida. Llegó este caballero á Vannes, Corte del Duque, y celebrando su arribo aquel Principe con la magnificencia que debia, hizo un solemne y espléndido convite, dando orden que á los señores de su corte sirviesen caballeros de su familia, pero al embajador de Aragon le sirviese una hermosa doncella dama de la Duquesa. Estrañó mucho esta singularidad el embajador; pero acabado el convite le dijo el Duque: *No estrañeis, Sr. D. Andrés, que en este festin os haya particularizado mi estimacion, ordenando que os sirviese esa hermosa doncella. Sabed que San Vicente Ferrer, hijo de vuestra España y Corona de Aragon, cuando estuvo en esta corte la resucitó con solo su oracion á tiempo que la llevaban á enterrar. Yo la tengo en mi palacio para memoria viva de tan estupendo milagro.* Con esta noticia apreció más el agasajo el embajador á quien tambien regaló el Duque con un hueso de la nuca del cuerpo de San Vicente, reliquia que despues dió al convento de Lérida el mismo caballero» (1).

Las narraciones de Vidal y Micó recorren toda la escala de las miserias que afligen á la humanidad, desde la muerte hasta las enfermedades de los gusanos de seda, miserias todas sometidas á la jurisdicción de San Vicente Ferrer.

Y como si no fuera bastante las curaciones ó resurrecciones particulares, dicen los testigos que pueblos enteros fueron librados de varias plagas ó hablan de enfermos conducidos por bandadas á la santa tumba. Tomo del mismo Vidal y Micó un suceso de este

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

género, porque he tenido en mis manos la prueba auténtica del mismo:

«La universidad de Agullente, del mismo reino (1), tiene en su cercanía una ermita dedicada al propio Santo, con una Imagen suya de pincel muy antigua y milagrosa, lo que manifestó grandemente el año de mil y seiscientos. Prendió este año tan reciamente la peste en Agullente, que siendo lugar de solos ciento y cincuenta vecinos, mató en dos meses ochenta y tres. De aquí, atemorizada la gente, desertó el lugar, donde solo quedó el vicario con los regidores, viviendo sus vecinos por el monte y los campos en chozas, ó en las vecinas cuevas. Cuidaba de la ermita por este tiempo, y moraba en su conjunta habitación con su muger (como ermitaños de ella) Juan Solves, quien un día de estos estando en su cuarto, se asomó por una cloraboya que caía á la ermita, y vió un dominico arrodillado delante del Santo. Admirólo por estar las puertas cerradas. Llamó á su muger; pero cuando llegó ya no pareció el religioso ni le pudieron hallar, aunque reconocieron los altares y rincones. Repararon entonces en que la lámpara del Santo estaba encendida, rebosando de aceite, y aun les pareció que sobresalía y se derramaba; lo que tuvieron á milagro, porque habia muchos días que la dicha lámpara no ardía por falta de aceite. No habia á la sazón en Agullente quien lo diese, ni ellos se atrevían á bajar al lugar que se ardía en peste.

»Visto el prodigio empezaron los ermitaños á tocar la campana, á cuyos ecos subieron á la ermita el vicario, justicia y regidores persuadidos de que les habia sucedido algun trabajo; pero les sacó luego de cuidado el ermitaño, y les llenó de alborozo refiriéndoles el prodigio, cuya verdad contestaba la misma luz de la lámpara tan brillante, que parecia cosa celestial. Volviéronse alegres al lugar, y encontrando á Andrés Calatayud le refirieron el caso. No quiso este hombre creerlo, pero como (esparcida la noticia por el término) corriesen muchos á ver la maravilla, subió tambien por curiosidad á la ermita. Y estando arrodillado junto al altar, le cayó delante de sí la lámpara, sin romperse la cuerda ni faltar el clavo. Y con tener su plato más de un palmo de remate de punta aguda, se le quedó delante sin torcer á ninguna parte, sin quebrarse el vidrio, ni derramarse gota de aceite, ni apagarse la luz. Pasmóse Calatayud, y á voces pidió á Dios y al Santo perdon de su incredulidad.

(1) De Valencia. (N. del T.)

»Haciase ya tarde, y acordaron los presentes encender un cirio de aquella milagrosa luz, y en una redoma tomar del aceite de la lámpara é ir con él ungiendo los apestados. Egecutáronlo así, y visitando el lugar y todo el término fueron por las grutas y barracas ungiendo los heridos de peste, y con este celestial remedio todos quedaron libres y sanos. La luz que llevaban aquella noche no se les apagó en toda ella, sobre correr un recio cierzo y no llevar linterna. Esto sucedió á cuatro de Setiembre de dicho año; y agradecida la universidad de Agullente al Santo, votó hacerle fiesta en este día todos los años, y se hace. De lo de esta relacion tenemos testimonio auténtico del que conserva el archivo de dicha universidad» (1).

«Alano Philippot declara que siendo corista de la iglesia de Vannes veia todos los dias una multitud de peregrinos que ofrecian toda clase de ex-votos y publicaban los milagros obrados en su favor por intercesion del Santo... Que cada domingo se publicaban en el púlpito los prodigios realizados, y que era y sigue siendo un rumor público que todo el que invocaba al Santo era atendido.»

A muchos se les hacia esta pregunta subrepticia... «¿Qué es el rumor público.»—El rumor público consiste en que las gentes de una localidad digan uniformemente una misma cosa.—Y uno de ellos, sin turbarse, continuó: «Y yo he visto personas que llevaban mortajas, que aseguraban haber sido resucitadas por los méritos del maestro Vicente.»

«Tan luego como uno cae enfermo ó pierde algun objeto recurre en seguida al maestro Vicente y queda reparado el mal.»

El sacristán de la iglesia presentó á los comisarios inquisidores un volumen escrito por él en el que se relataban los milagros obrados durante cuatro años en el sepulcro del Santo. «Son tales, dice, y en tan gran número, que no es posible especificarlos, pero ruega que se dignen leer su trabajo, asegurando bajo la fé del juramento que sus relatos revisten la verdad más escrupulosa.»

«Por aquel tiempo vino á Tolosa un santo religioso de la Orden del Cister, del monasterio de Poblet, *valde recollectus et magnæ devotionis vir*, y predicando el domingo despues de la Epifania en la iglesia de los Hermanos Predicadores, se puso á elogiar á Fr. Vicente y referir los innumerables milagros que habia hecho. Al terminar el tercer sermon ante una gran multitud se atrevió á aventurar que no habia milagro obrado por los otros santos, que no hubiese hecho

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

tambien el maestro Vicente.» *Declaración de Hugo Nigri*, gran Inquisidor de Francia.

Luis de Granada llega hasta decir que hacia milagros con la misma facilidad que nosotros levantamos la mano; añade que sólo podría contarlos el que cuenta las estrellas, y asegura que ninguna información se ha hecho en España en donde más predicó el Apóstol.

Hay por lo demás un argumento negativo de más fuerza que todas las afirmaciones. *No se daba importancia al hecho.* «*Illa non mirantur homines quia frequentia sunt, et tamen mirabilia sunt.* Los hombres ya no admiran lo que ven con frecuencia por maravilloso que sea.» (San Agustín).

La verdad es que todos los historiadores han sentido cansancio, y por más que hayan tratado de variar las fórmulas, de limitarse á cierta clase de milagros, han tenido que detenerse, porque su simple enumeración fatiga aún á los amanuenses: sólo el número de los enfermos que se han curado acostándose sobre el colchón del Santo asciende á cuatrocientos.

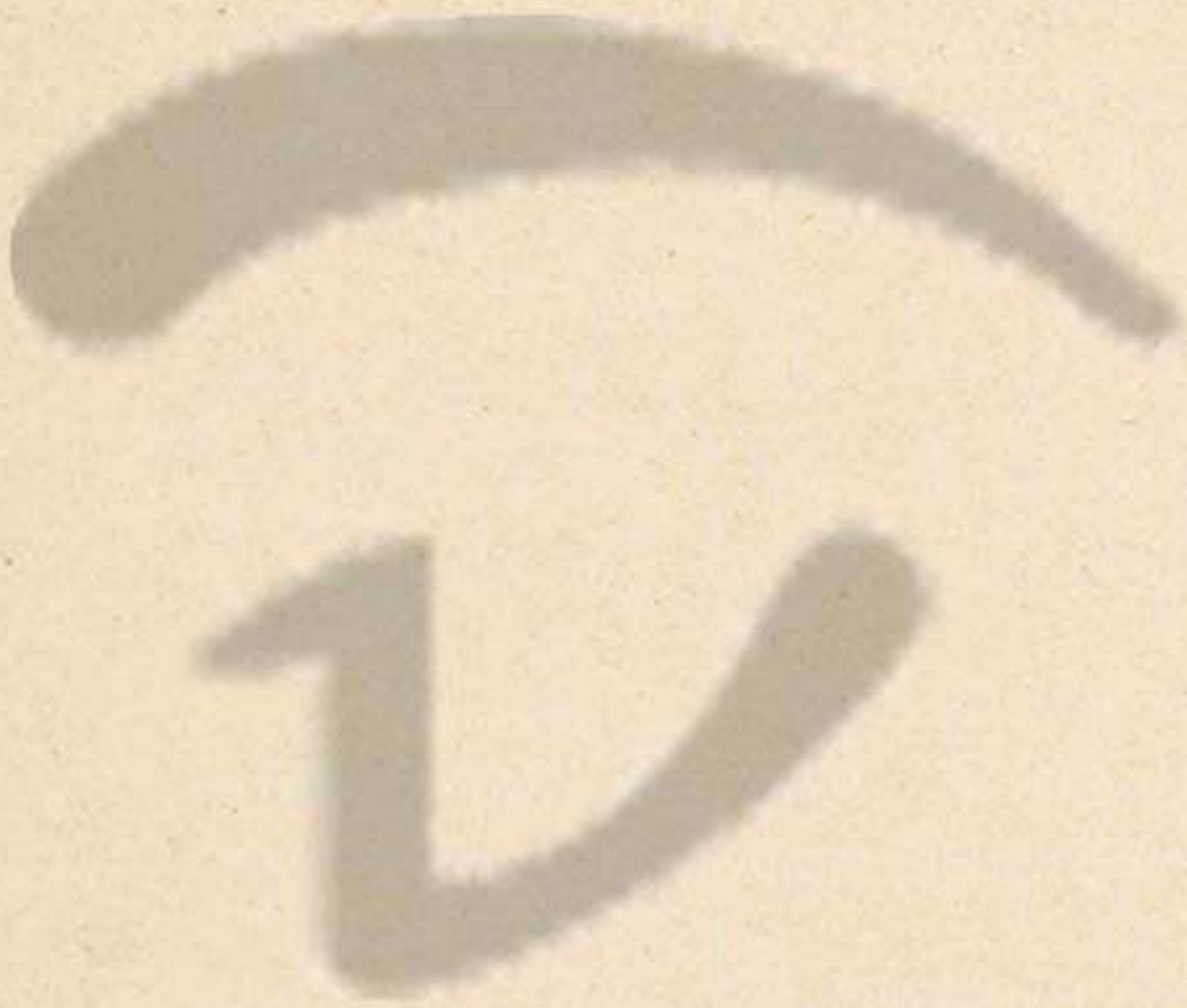
Cuando se ha repetido varias veces: enfermo que se curó, muerto que resucitó, no queda más recurso que la elocuencia de las cifras; pero éstas no las conocemos.

Si se reunieran todos los exvotos procedentes de milagros obrados por San Vicente Ferrer, no bastaría á contenerlos un palacio de Exposición, por grande que fuese.

Homero ha podido hacer, sin más asunto que el mal humor de un héroe vulgar, una obra maestra que nadie ha superado jamás, en la que nos llenan de admiración esos consejos de los dioses ocupándose de las cosas humanas y viniendo en persona á auxiliar la debilidad de los mortales: ¿qué no haríamos nosotros con nuestros santos, esos gigantescos héroes revestidos aquí en la tierra de toda su omnipotencia?...

Con frecuencia me asaltaba el espíritu esta comparación, cuando en la portada de los *Hombres ilustres de los Hermanos Predicadores* encontré los siguientes versos:

Jam Troes cantare sinat belloque superbos
 Graingenas docto carmine Macomides,
 Facundus sileat jam gesta insignia narrans
 Romulidum grandi Livius historia,
 Pallados omnigenae cultrix, virtutis imago,
 Eusicat alma ducum nam nova progenies.





CAPÍTULO VI

CULTO EN GENERAL

Canonización anticipada.—Breve de Calixto III.—El culto en Vannes.—Progresión rápida de los ritos.—Interviene España.—Oficio obligatorio.—Los lunes y los viernes.—Fórmulas litúrgicas.

Los pueblos canonizaron á Vicente Ferrer aún en vida, y sobre este particular hemos oido testimonios oficiales que no admiten duda. La Iglesia necesita esta voz del pueblo cristiano para dar la *sanción* que crea los Santos del calendario.

Ives, abad de San Salvador de Redón, atacado de pleuresia, estaba á punto de morir, cuando le vino la idea de hacer decir á sus religiosos una misa del *Espiritu Santo* con memoria de *San Vicente Ferrer*, prometiendo mandar hacer un buen retrato suyo *cuando fuera canonizado*. En seguida se quedó dormido y al despertar se encontró curado.

«Refiere el obispo de Mallorca que confesando á un clérigo que se hallaba moribundo á causa de la peste, le aconsejó que hiciera voto á Vicente Ferrer de mandar fabricar una estatua de cera de su altura y su peso, la cual se colocaria inmediata *al altar del futuro Santo*.—A la noche siguiente vió el moribundo que éste se le aparecía asegurándole su inmediata curacion, la cual fué comprobada al otro dia por los médicos.»

En Vannes se erigió un altar delante de su sepulcro casi inmediatamente después de su fallecimiento, en el que se celebraba diariamente misa en honor suyo.

«El año 1430, viendo el duque Juan V que se repetian los milagros en la tumba de San Vicente, dió al Cabildo de Vannes 30 libras de moneda de renta sobre un molino y malecon situados en la parro-

quia de Baden, para decir misa en el altar de San Vicente, 23 años (1) antes de su canonización.» (Alberto Legrand, *Catálogo de los obispos de Vannes*, p. 154).

El acta notarial lleva la fecha de Nantes, el 10 Abril 1430.

Dom Morice, en sus *Archivos de Gueméné*, refiere que en 1434, el 13 Octubre, es decir, once (2) años antes de la canonización, Isabel, duquesa de Bretaña, fundó á perpetuidad una misa que habia de celebrarse en la catedral de Vannes, en el altar de San Vicente Ferrer, legando para el pago de la misma 2.000 escudos de oro. El vizconde de Rohan asignó al Cabildo de Vannes, para hacer efectiva esta liberalidad, 163 libras de rentas sobre su señorío de Plouha y de Plouezec.

Otras ofrendas de la misma índole menciona Dom Lobineau en sus *documentos de la Historia de Bretaña*.

Dom Morice y Dom Lobineau son dos Benedictinos cuya autoridad nadie ha puesto en duda.

Y no es sólo en Vannes y en Bretaña. Apenas fué conocida la muerte del Santo, se apresuraron á honrarle en todos los países en que habia predicado, es decir, en toda la Europa occidental, y en todas partes las memorias oficiales hicieron constar un número enorme de exvotos, estatuas y altares erigidos en honor suyo.

Inútil es decir que Vannes continuó esmerándose en el culto de Vicente Ferrer luego que éste fué elevado á los altares por la Iglesia. Calixto III no tuvo tiempo para publicar la Bula de canonización, pero envió particularmente á la iglesia de Vannes un Breve, que es á la vez un testimonio de admiración y de estímulo.

«Sí, decía, la Iglesia se regocija de haber dado vida á semejante hijo y la patria celestial se complace también con la llegada de semejante huesped. Levántense, pues, todos los amigos de la fé y celebren con devoción su fiesta, para que él les recomiende á Dios con todas las consideraciones merecidas.

»Deseando que el culto divino se mantenga y acreciente continuamente en la catedral de Vannes, en donde reposa el cuerpo del bienaventurado Vicente, á todos los que visiten devotamente dicha iglesia en el día de la fiesta de San Vicente y contribuyan á su sostenimiento Nos concedemos indulgencia de cuarenta años y otras tantas cuarentenas.»

Esta indulgencia fué concedida á perpetuidad, estando fechado el

(1) Debe decir 25 años. (N. del T.)

(2) Debe decir veintiuno. (N. del T.)

Breve en San Pedro de Roma el 27 de Mayo del año 1458. Calixto III murió el 8 de Agosto siguiente.

Hasta la revolución celebró Vannes con fiesta de precepto el 6 de Septiembre de cada año la traslación de las reliquias de San Vicente Ferrer, cuya fiesta se trasladó después al primer domingo de Septiembre, con procesión, en que los marinos llevan el púlpito.

En cuanto á la fiesta principal, el 5 de Abril, los obispos de Vannes han procurado hacerla obligatoria para toda la diócesis; pero como esta fecha coincide casi todos los años con las solemnidades de Pascua, Mgr. de Bertin la trasladó al 5 de Mayo por orden de 9 de Noviembre de 1757.

En tiempo de Guyard (1637) la fiesta del 5 de Abril era muy solemne, y durante toda la noche llevaban las madres á sus hijos á besar la tumba del Santo, consagrándoles su porvenir. Allí se templaba la juventud bretona.

La noticia de la canonización de San Vicente Ferrer llenó de júbilo al mundo entero, celebrándose en todas partes con el mayor entusiasmo, del que aun se encuentran huellas en los archivos locales.

«El 1.º de Febrero 1455 (56) tuvo lugar en Perpiñan una gran solemnidad con procesion general para celebrar la canonizacion de San Vicente Ferrer.» (Memoria de la comunidad de San Juan, T. 1, página 668).

«El 1.º domingo de Cuaresma de 1456 se celebró con gran solemnidad en nuestro convento de Palma la canonizacion de San Vicente Ferrer, oficiando de pontifical y predicando el obispo de Mallorca Don Juan Garcia, que habia sido mucho tiempo compañero del Santo.» (*Teixidor* según una relación enviada á Valencia).

Los Soberanos Pontífices alentaron siempre su culto con todo su poder, otorgando preciados favores espirituales, poco comunes en aquella época.

Desde 1472 concedió Sixto IV siete años y siete cuarentenas de indulgencia á todos los que visitaren su iglesia en Florencia (convento de los Trinitarios) el día de su fiesta.

El pueblo cristiano edificó iglesias bajo su advocación; los municipios, agradecidos, le adoptaron como patrón de los pueblos que administraban; sus hermanos en religión levantaron en todo el globo monasterios en su honor.

Para poner un término á las peticiones que se sucedian sin cesar publicó Pio V un Breve, por el cual se permitia en toda España el Oficio público de San Vicente Ferrer (28 Junio 1571). Ya algunas

iglesias lo usaban particularmente, y á la vista tengo el que se compuso para la iglesia de Elna, impreso en Barcelona en 1511 y el de Tortosa en 1524.

La Biblioteca municipal de Nantes conserva también un breviario que se cree haber pertenecido á la bienaventurada Francisca de Amboise, y en cuyo calendario se lee el 5 de Abril: «San Vicente de Vannes I. IX Confes. no obispo.» (Escritura del siglo XV). Asi, pues, Nantes desde aquella época celebraba la fiesta de San Vicente Ferrer, á nueve lecciones, es decir, Oficio mayor.

Pero pronto quiso España que se hiciera obligatoria la fiesta para todo el universo.

«Habiendo comunicado Nuestro Santo Padre el Papa Clemente IX á la Sagrada Congregacion de Ritos una demanda hecha en nombre de Su Majestad Católica la reina de España por su embajador el marqués de Astorga, pidiendo que se incluya en el Breviario romano el oficio de San Vicente Ferrer, de los Hermanos Predicadores, la Sagrada Congregación ha acordado que todos aquellos que están obligados á recitar las Horas canónicas, asi seculares como regulares, deberán en lo sucesivo hacer el oficio de San Vicente Ferrer con rito semi-doble.—En vista de lo cual Su Santidad ha dado su permiso para que se publique el presente decreto.»—(29 Noviembre 1668).

Además de su oficio en el breviario Dominicó, se han compuesto en su honor muchos himnos en diferentes paises, los cuales publicaré en los *documentos* con la secuencia que se cantaba en la misa solemne; particularidad que denota un culto excepcional.

Hasta habian pedido algunas iglesias un rito más elevado, especialmente Mesina, á cuyos sindicos respondió favorablemente Pablo III con fecha 5 Septiembre 1536.

Y Benedicto XIII, de santa memoria, que imponía las manos á los enfermos usando la fórmula é invocación de San Vicente Ferrer, generalmente con éxito, mandó en Abril de 1726 que se celebrara su fiesta con rito doble en toda la Iglesia.

El Capitulo de los Dominicos celebrado en 1644 ordenó además al convento de Vannes y á los de la Congregación de Bretaña que hicieran el oficio de San Vicente todos los miércoles en que no hubiese impedimento; y Clemente, á petición de nuestro piadoso cardenal María de los Ursinos, permitió á toda la Orden recitar su oficio los primeros lunes ó los primeros viernes de cada mes que estuvieran vacantes. Este decreto lleva la fecha de 19 Noviembre de 1674 y de él emanan sin duda los privilegios de la misa votiva del Santo.

En tiempo de Vidal y Micó se celebraba anualmente en toda España una solemne novena en honor de San Vicente Ferrer, cuya costumbre parece que empezó en Calatayud, sin que en parte alguna terminara la novena sin que tuviese lugar algún milagro. «En Palencia el día primero que se empezó á predicar la Novena resucitó dos niños y dió salud á una muger hidrópica. Desde el año 1712 se ha hecho una magestuosa capilla y retablo de más de tres mil ducados de coste. La Novena con música se comenzó porque un músico tenía un hijo de cinco á seis años en el de 1715, el cual habiéndose caído en un pozo de tres estados de agua, estuvo allí casi una hora. Su madre invocó á San Vicente, y su padre vió un resplandor en el pozo: con esto salió libre y sano el niño sin haber tragado sorbo de agua, y dijo que San Vicente le habia librado. Celebróse por esto gran fiesta con música y villancicos del caso, y desde entonces acostumbra venir la capilla de los músicos á cantar en la Novena, que se celebra por la Ascensión á imitación de Madrid» (1).

Otra devoción esparcida en el mundo entero es la de los siete viernes que preceden á la fiesta del Santo, la cual tuvo origen en Italia á consecuencia de asombrosos milagros. Benedicto XIII la recomendó por medio de una Bula *Urbi et orbi* (6 Febrero 1726) y la enriqueció con Indulgencias confirmadas luego por Clemente XII, con fecha 23 de Enero 1733 (2).

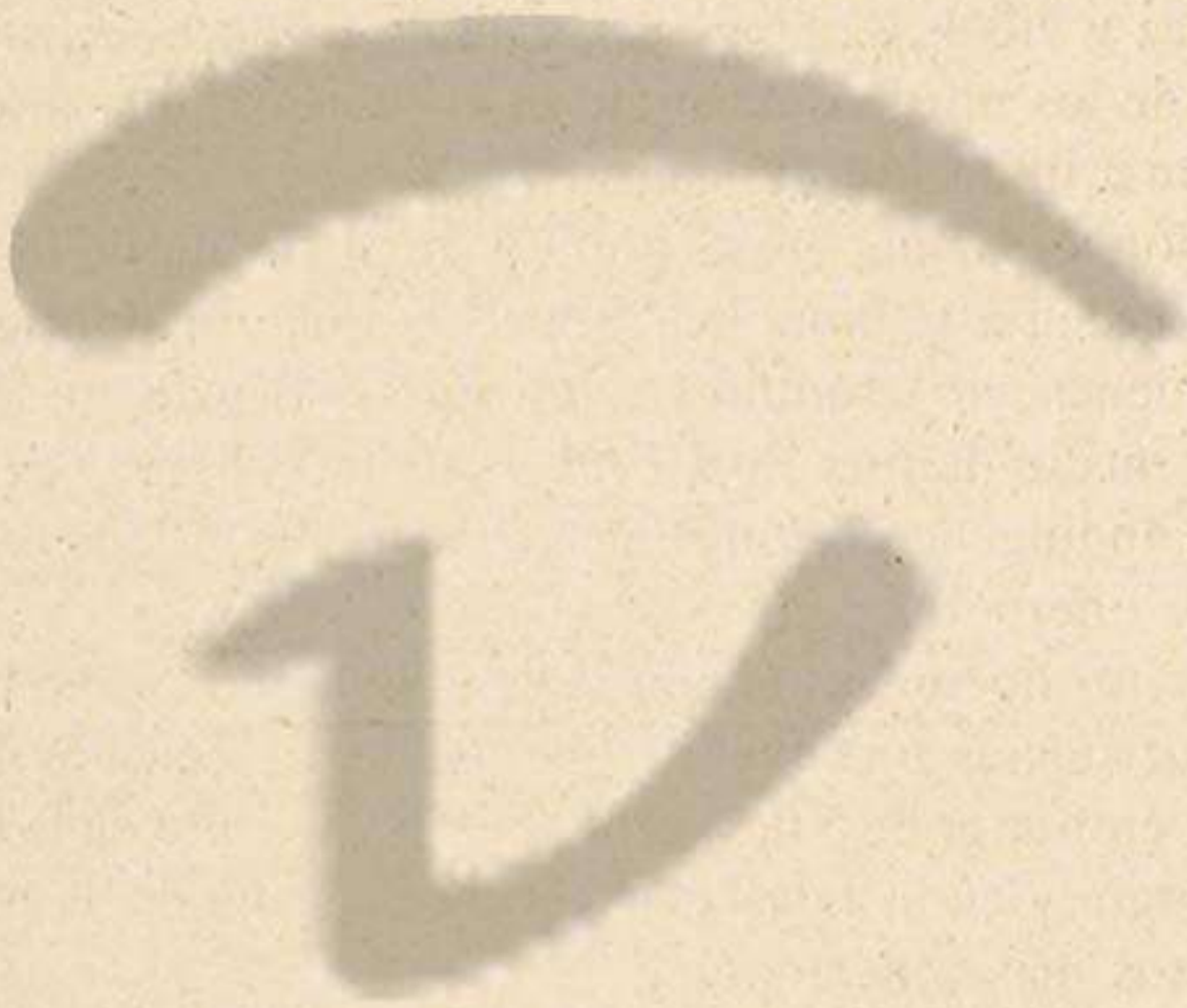
Son muchos los documentos pontificios publicados concediendo á las iglesias particulares ó conventos indulgencias, traslados de fiestas ó privilegios en honor de San Vicente Ferrer. Su culto en la Orden de Santo Domingo, y en la Iglesia en general ha seguido la progresión de los Santos más venerados.

La liturgia ha consagrado las fórmulas de bendición que él empleaba; los campos se ponen bajo su protección por una serie de oraciones muy hermosas: se le inyoca contra el rayo y los terremotos por medio de un rito especial: finalmente, en la bendición del agua se hace especial mención de él. En el pequeño formulario oficial que usamos, lo que se refiere á San Vicente Ferrer ocupa desde la pág. 14 á la 29.

Lo mismo que en vida, cae bajo la jurisdicción de su intercesión poderosa todo lo que aflige á la humanidad, incluso los animales dañinos.

(1) Vidal y Micó (N. del T.)

(2) Véase el Apéndice.





CAPÍTULO VII

CULTO EN VALENCIA

Profeta en su patria.— «Calle de San Vicente».—Milagro de bienvenida.—Primera capilla.—Jubileo lucrativo.—Dos Biblias.—El «Mocador».—Los restos del convento.—El Breve «Gloriosus».—Cambio de atenciones.—Puñado de milagros.—El retrato.—Las imágenes.—El protector.—Valencia la hermosa.

LA historia detallada de los honores tributados á San Vicente Ferrer sería por si solo una obra que exigiria mucho tiempo; por eso nos hemos debido contentar con ligeras indicaciones; pero hay que hacer una excepción por lo que se refiere á Valencia. Valencia ha procurado devolver á su ilustre hijo todo el honor que él le ha dado, asi que si el proverbio *nadie es profeta en su patria* es un epigrama contra las patrias ingratas, Valencia no lo fué, y si se refiere á las sombras que envuelven la infancia de los héroes, siempre humanos bajo algún aspecto, la infancia de nuestro Santo no tuvo sombra alguna.

Hay en Valencia una *calle de San Vicente*, pero es la de San Vicente Mártir, y si preguntáis por qué no hay una calle de San Vicente Ferrer, os responderán: «*Toda Valencia es de San Vicente Ferrer. Valencia entera pertenece á San Vicente Ferrer!*»

Valencia recibia á Vicente Ferrer como Roma á sus conquistadores, y todavia constituye de la manera más viva *la gloria y delicia del valentino pueblo*.

La ausencia de su Santo es para los valencianos un dolor constante, y si sus restos hubieran sido transportados á Valencia los hubieran recibido con delirante alegría. Después de las incomparables

fiestas del *Corpus*, la suya es la que se celebra con más esplendidez, siendo tan frecuentada su casa natalicia como el templo de la Virgen de los Desamparados, en el cual, además, ocupa el sitio de honor al lado de la Virgen.

No hay familia que por un título ó por otro no le considere como un protector siempre dispuesto á atender á los que le imploran.

Tan luego como Vicente Ferrer fué canonizado se desarrolló su culto en Valencia en grandes proporciones. El 1.º de Febrero 1456, domingo de la sexagésima, se celebró la fiesta de la canonización, organizándose una procesión solemne que salió de la Catedral, dirigiéndose al Convento de los Dominicos, en la cual figuraba la capa del nuevo Santo. Como siempre, se obró aquel día un milagro, resultando ileso un joven que cayó de lo alto del campanario: verdad es que se llamaba Vicente.—*Aquell dia caigué un fatri, que dien Visent, del campanar de Predicadors é nos feu ningun mal.* (Memoria contemporánea).

El municipio de Valencia dispuso que todos los años fuera día feriado el de la fiesta del Santo, sin que pudiera trabajarse en él y que se celebrara con la solemnidad posible.

Y poco después, el 3 de Abril de 1456: «Reunido el Consejo, recordó uno de sus honorables individuos, Rambaud de Cruilles, que en el último Consejo celebrado la vispera de la Quincuagésima, se había dado cuenta de una solicitud del convento de los Hermanos Predicadores, en la que manifestaban que habían resuelto erigir un hermoso retablo en honor del bienaventurado Vicente Ferrer, pero que sin una subvención y el concurso de los fieles no les era posible llevarlo á cabo, pidiendo en consecuencia al honorable Consejo se sirviera votar á este fin algún subsidio por amor de Dios y del Santo. El Consejo, oída esta proposición y la exposición de motivos, considerando que dicho Santo era hijo y natural de Valencia, á la que Nuestro Señor ha dispensado tantas mercedes... acuerda el subsidio.»

Un retablo era poca cosa; era preciso un verdadero monumento, y en 1460 empezó el convento la construcción de la capilla (1) de San Vicente Ferrer, á la que fueron trasladados su padre y su madre, la que respetó la Revolución y sirve hoy de iglesia castrense. Parece que no se terminó hasta 1473, pues en ese año se detuvo allí por primera vez la procesión el 5 de Abril, día de la fiesta del Santo, y las memorias de aquella época relatan esta solemnidad haciendo notar que se celebró con una pompa y un esplendor sin igual.

(1) Véase el Apéndice. (N. del T.)

Pero esta capilla, edificada en el sitio que ocupaba el antiguo refectorio, no era bastante hermosa al parecer de los valencianos, y en 1536 obtuvieron los religiosos un Jubileo por el cual podían ganar indulgencia plenaria todos los fieles que visitaran esta capilla, dando alguna limosna, desde las primeras vísperas del 9 de Marzo de aquel año hasta la puesta del sol del día siguiente, y este Jubileo, que se publicó en Valencia, Cataluña y Aragón, produjo 1.156 libras, 15 sueldos, 9 dineros.

Las *Memorias Manuscritas* de los archiveros Falcó y Sala, muy voluminosas, están llenas de detalles relativos al culto de *San Vicente Ferrer*, apoyados en documentos originales, y en ellas se lee, por ejemplo, que el retablo dorado de su capilla, tal como está en el día se puso el 16 de Abril 1611, y costó 250 libras: la lámpara fué regalada por el marqués de Leganés; los frescos fueron pintados por J. B. Bainco en 1692.

Siendo aún demasiado pequeña se rehizo por tercera vez en 1772, siendo los frescos actuales de Vergara, la escultura de la cúpula de Fr. Alberola, las pequeñas estatuas de José Pujol, y habiendo costado toda la obra 42.875 libras, 15 sueldos, 10 dineros. Se abrió al culto el 23 de Abril 1781.

En ella se ven cuadros que representan milagros del Santo ó á sus padres, obra de Vicente Salvador. El cuadro de la derecha, que representa el milagro de los barcos, es una verdadera colección de retratos, tanto religiosos como laicos: el de la izquierda es un hermoso cuadro representando el compromiso de Caspe.

Las cuentas municipales atestiguan que la ciudad tomó varias veces á su cargo el adorno de la iglesia del convento, y especialmente de la capilla de San Vicente Ferrer: es una corriente de simpatía que jamás se desmiente. Aun en el día las fiestas anuales de *San Vicente Ferrer* son verdaderamente soberbias, tomando parte en ellas todas las cofradías y todas las parroquias, engalanándose toda la ciudad, en términos que hay calles en que las casas desaparecen bajo las colgaduras, flores, inscripciones y banderas. Tal es la *Calle del Milagro* (1) en la que tuvo lugar el episodio del *Mocador* (pañuelo). Y así es como cosas que nos parecen inverosímiles siguen siendo á través de los siglos objeto de una creencia muy arraigada.

Puede juzgarse de la magnificencia de nuestro convento de Va-

(1) No debe confundirse esta calle llamada «del Milagro de San Vicente» con la calle del Milagro. (N. del T.)

lencia por el hecho de tener la iglesia 34 capillas, y además 12 altares, no contando entre ellas la de San Vicente Ferrer, única que se ha conservado. A través de las reformas hechas para convertirlo en cuartel aun se ven algunos restos de los espaciosos claustros, conservándose entera la sala Capitular, cuyo techo está sostenido por dos columnas en forma de palmeras, hermosa imagen del justo.

El arzobispo de Valencia, Martin de Ayala, reformó en 1565 el calendario de su diócesis, suprimiendo la festividad de San Vicente Ferrer. Tal vez fuera esto hábil; pero los jurados y la ciudad entera se conmovieron y acudieron en queja á San Pio V, entonces Supremo Pontifice, el cual respondió con fecha 24 de Mayo 1567 por medio del Breve *gloriosus in sanctis suis* (1).

«La fiesta del bienaventurado Vicente Ferrer, decia, se celebraba de tiempo inmemorial con gran solemnidad y devocion en la ciudad y toda la provincia de Valencia. El Sinodo provincial celebrado por el arzobispo y sus sufragáneos, por motivos que ignoramos, ha creido deber suprimir esta fiesta con gran sentimiento de los fieles, que sufren en su bienestar espiritual, y con peligro de que caiga en el olvido el culto de un Santo que hasta hoy ha sido tan venerado. Por ello, y considerando el honor debido á tan gran amigo de Dios y los deseos de los piadosos fieles, en virtud de nuestra autoridad apostólica, mandamos que la fiesta de San Vicente Ferrer se solemnice perpétuamente en la ciudad, diócesis y provincia de Valencia, siendo feriado el dia en que caiga dicha fiesta. Queremos que esta fiesta se incluya en el catálogo de las fiestas solemnes y que no pueda abolirse jamás, ni bajo pretexto alguno.»

En consecuencia, el Sinodo celebrado en 1577 por el bienaventurado Patriarca Ribera, «atendiendo al estrecho vinculo con que Valencia estaba unida á San Vicente Ferrer, su hijo y su patron, decidió que se celebrara su fiesta en la diócesis como fiesta de precepto.» Pero como esta fecha del 5 de Abril coincide casi siempre con las fiestas de Pascua, el arzobispo y el Cabildo de Valencia pidieron en 1594 á Clemente VIII que se trasladara dicha fiesta al lunes de Cuasimodo, lo cual les fué concedido por un Breve, fecha 20 de Septiembre 1594.

Hasta las brutales expoliaciones de 1835 era difícil decidir si el amor de los valencianos á su Santo superaba ó era inferior á las pruebas de protección que éste les prodigaba. La pintura, la escultura, el

(1) Véase el Apéndice. (N. del T.)

arte teatral, la elocuencia y la pirotecnia multiplicaban continuamente á los ojos de estos pueblos reconocidos los infinitos beneficios de San Vicente Ferrer: carestia, peste, terremotos, aflicciones, necesidades, males de todas clases, todo lo remediaba. Se escribió un grueso volumen conteniendo los milagros obrados principalmente el dia de su fiesta, del cual extractaremos algunos.

«Siendo niño Juan Luis Bertran, manoseando una pólvora cayó en ella por desgracia una pavesa, y encendida la pólvora le abrasó toda la cara y le dejó casi muerto. Con la noticia corrió luego á Predicadores Ursula Ferrer, su abuela (parienta de nuestro Santo) y arrodillada delante del altar de San Vicente le pidió por la salud y vida del nieto. Volvió á casa, y le halló fuera de peligro. Casó por el tiempo Juan Luis, y tuvo tal enfermedad que le tenían ya prevenida la mortaja. Pero cuando los que le asistian juzgaban que ya acababa de morir, abrió los ojos y pidió la ropa. Entendian los asistentes que deliraba, y lo decian; pero él les respondió: No desvario, que aqui han entrado San Vicente Ferrer y San Bruno, y me han dicho que no moriré de esta, y que el Miércoles Santo (que no estaba lejos) asistiré á los Divinos Oficios. Y así sucedió puntualmente. Enviudó despues Juan Luis de la primera muger, y deseando hacerse cartujo tomó con esos intentos el camino del convento de *Porta-Cæli*; pero en él se le aparecieron los mismos San Bruno y San Vicente, haciéndole saber, que no era voluntad de Dios que se hiciese cartujo, si que permaneciese en el siglo. Volvióse á Valencia, y poco despues casó en segundas nupcias con Juana Angela Eixarc, y de este feliz matrimonio nació el año mil quinientos veinte y seis el segundo Apóstol Valenciano de las Indias y gran lucero de este Real convento de Predicadores de Valencia, San Luis Bertran, á quien favoreció su pariente San Vicente» (1).

«En Valencia el año mil quinientos y once por el mes de Junio un niño de cuatro años se ahogó en la acequia del molino de la Robella. Llevóle su madre á Predicadores con muchas lágrimas á la capilla del Santo, y allí luego resucitó bueno y sano, de modo que pudo por su pié volver á su casa.»

«La hija de Luis Marc, privada de los brazos y de las piernas y además tísica, fué llevada á la misma capilla y volvió á su casa sin ayuda de nadie.»

(1) Este milagro y los que siguen están copiados de la *Vida de San Vicente Ferrer*, de Vidal y Micó. (N. del T.)

«En el mismo día alcanzó otra mujer la curación de su hijo moribundo, después de haber hecho cantar los Gozos de San Vicente Ferrer.»

«D. Francisco de Córdoba, Marqués de Aguilar, hijo del Conde de Sástago, escribe de su mano el siguiente prodigio en este año de mil setecientos treinta y cuatro. Habiendo ofrecido á San Vicente Ferrer visitarle todos los días en su casa del Colegio de Zaragoza, y manifestar mi gratitud con una limosna, si le merecía alcanzar de su Divina Magestad (por su intercesión) me curase de una quebradura del lado izquierdo: uno de los días de una novena que yo hacía al Santo me hallé con el cintero ó ligadura rota, siendo esta de hierro y bastante fuerte; y habiéndome después puesto otra, me pareció era falta de fé con el Santo, y volví de mitad del camino á quitármelo; y habiendo ido sin él no he hallado novedad aun en los mayores y fuertes ejercicios »

«En Valencia á Teodora Suarez, niña de cinco años, de una caída se le dislocó la una pierna y baldó la otra. Sin eso se le hizo una corcova en el pecho y otra en las espaldas. Paróse hidrópica y tan tullida, que no podía moverse de una silla en que la ponían. Así perseveró cinco años hasta el de mil seiscientos veinte y nueve, en que pasando por su puerta la procesión general del día del Santo, se encomendó con gran fé á él, ofreciéndole una vela de cera, y la madre le ofreció una presentalla de plata. No bien pasó la procesión, cuando pudo dar diez ó doce pasos; y poco después, subiendo á verla su padre, se levantó y dándole un abrazo, le dijo: *Padre, ya estoy buena, San Vicente me ha curado*. Diciendo esto quedó de repente sana de tantos accidentes y de la hinchazón del vientre muy en breve y sin médicos.»

«El año mil seiscientos diez y ocho se halló Valencia con mucha necesidad de agua. Hiciéronse las acostumbradas generales rogativas; y no bastando estas, se añadieron algunas particulares con públicas penitencias. Pero siempre el cielo de bronce, sin que la misericordia divina concediese la lluvia que se le pedía. Por estos días enfermó de tabardillo D. Vicente Villarrasa, hijo de D. Juan Villarrasa y de Doña Briada Frigola. Condújole la enfermedad á lo último, y desahuciado le dejaron en sus extremos sus padres (quizás por no verle morir), encomendándolo á una tía suya que le velase. Oyó esta señora que el niño la llamaba diciendo: *Tía, el Santo; tía, el Santo*. Levantóse la tía y preguntóle qué era lo que decía. Entonces el niño, señalando con la mano la pared que estaba á los pies del alcoba, dijo otra vez: *Tía, el Santo, que*

está allí. A las voces del niño y de su tía acudieron sus padres y hermanos; insistió el niño en lo propio delante de ellos. Preguntóle su padre qué Santo era, y él dijo que iba vestido de blanco y negro, y que tenía el brazo levantado, señalando con el dedo al cielo, y sobre la cabeza tenía una cosa muy resplandeciente. Entendió entonces su padre que era San Vicente, de quien él era muy devoto; y se arrodilló él y toda su familia hácia donde el niño señalaba, y preguntó al niño si acaso el Santo le había dicho algo, y él le respondió: *Si, padre, me ha dicho que ya estoy bueno, y que mañana lloverá.* Y así propio sucedió, y al día siguiente llevó él al niño bueno y con fuerzas al convento de Predicadores á dar gracias al Santo; y llovió en Valencia, como se deseaba, por espacio de tres días.»

«Célebre fué el favor que el año mil quinientos setenta y cuatro hizo San Vicente Ferrer á Doña Angela Montagud, Villanova y Ribelles, señora de la Alcuía, y devotísima del Santo. Esta señora se hallaba entonces perseguida de un caballero, que por sus intereses procuraba contra toda razón, ley de Dios y justicia, quitarle la vida. Doña Angela se guardaba como debía, y para esto frecuentaba el amparo de S. Vicente en la capilla que tiene en el convento de Predicadores de Valencia. Vispera de la Ascension del Señor saliendo de hacer la estacion al Santo á la plaza, el enemigo que la esperaba le disparó un carabinazo, metiéndole por el lado izquierdo de las espaldas dos balas y once gruesos perdigones. Para su curacion hicieron los cirujanos otro corte al lado derecho para sacarlos, y solo pudieron conseguir el sacar tres ó cuatro perdigones, dejándola con evidente peligro de la vida; y así aquella noche la desahucieron. Doña Angela, confiada con todo eso en su patron S. Vicente, se hizo traer su reliquia de Predicadores, y ordenó le pusiesen á la vista una imagen del Santo, dejándose con todo fervor en sus manos. A las tres de la mañana, estando despierta, se vió entrar por la cuadra dos religiosos dominicos, y que llegándose el uno de ellos le metió la una mano por la herida y la otra por el corte que le habían hecho los cirujanos, y sobre meterlas tan adentro que llegaban á cruzarse la una con la otra, no sentía Doña Angela dolor alguno, antes percibía un gran alivio y suavidad del cielo. Hecho esto volvió el religioso á atarle las vendas como estaban, y preguntándole la señora: *Padre, ¿quien sois?* La respondió: *Hija, yo soy Fr. Vicente Ferrer.* Oyendo esto, se halló Doña Angela repentinamente sana. Con el gozo quiso levantarse á besar los pies á su bienhechor, mas no pudo conseguirlo porque al momento desapareció. Dió luego voces á su familia para que cele-

brasen el milagro, diciendo como se hallaba ya sana y buena. Ellos no la creían; antes entendían que aquello sería delirar ó acabarse de morir. *No me muero* (dijo la señora) *antes estoy en mi juicio y muy buena. S. Vicente ha venido y me ha curado, quitad las vendas y lo vereis.* Quitáronselas y hallaron las heridas sanas, y junto á ellas una masa de plomo formada por San Vicente de las balas y perdigones. En memoria y agradecimiento de tan milagroso beneficio mandó Doña Angela hacer el rejado que hoy tiene la capilla del Santo en Predicadores, que le costó mil y doscientos ducados (como dicen los Maestros Gavaldá y Diago) y dejó mandado en su último testamento, de allí á muchos años cuando murió, trescientos ducados para dorarla y pintarla como hoy se halla.»

«El año mil quinientos diez y nueve, á cuatro de Mayo, Pedro de Frias, pelaire, perdió de repente la palabra por ocasion de un gran enojo que tomó. Concurrieron también otros señales en que pensaban los suyos que ya se moría. Enviaron presto por las reliquias de S. Vicente, y luego que las trajeron y le dijeron el Evangelio de San Marcos, á este ya respondió el *gloria tibi Domine*, y habló de allí adelante como solía perfectamente.»

«En el lugar de Foyos, en la huerta de Valencia, el año mil quinientos diez y siete, hallándose un devoto de S. Vicente, por un dolor de costado que padecía, desahuciado de los médicos, invocó de corazón y con gran fé al Santo; y entrando en un plácido sueño le pareció ver á S. Vicente que, con un compañero suyo, llegándose á él le abría el costado, y le sacaba una cosa gruesa como el puño. Sintió el dolor, y con él dando un grito despertó, y se halló del todo sano.»

«El año mil quinientos veinte y siete, á seis de Agosto, en Rafel Buñol, lugar distante dos leguas de Valencia, hallándose perdido del sentido del oído Mateo Mañés, después de haber buscado muchas esquisitas y costosas medicinas no halló remedio. Resolvió encomendarse muy de veras á S. Vicente, prometiéndole cierta cosa, y en el mismo instante fué perfectamente libre de la sordez, teniéndolo por milagro.»

«En la villa de Onteniente del reino de Valencia acontecieron algunas cosas bien notables, que refiere de muchos testigos el Maestro Antist. Una muger había parido algunas veces, echando siempre la criatura muerta, y como en aquella villa hay un suntuoso templo de S. Juan Bautista y S. Vicente, ella se encomendó muy de veras á este Santo, ofreciéndole pesar de cera al hijo que pariría primero,

si acertaba á salir vivo. Llegada la hora de parir echó una cosa muerta como las otras veces, y asi lo juzgaron más de diez personas que alli estaban, por lo cual decian que la echasen á un muladar. Al cabo de rato dijo una muger, que le parecia que respiraba la criatura. Pero para quitar cuestion trajeron un peso, y cargando la una balanza de cera y poniendo el parto en la otra, luego mostró con evidentes señales que vivia: y fué asi, por lo cual la madre que estaba muy triste hizo muchas gracias á Dios y á S. Vicente.»

«En mil quinientos ochenta y siete, el hijo de D. Fernando Fenollet, de edad de cinco años, atacado de aguda enfermedad con calentura y convulsiones, estaba ya desahuciado de los médicos. Pidió su padre al Prior del Convento, que era el P. Antist, que hiciera llevar una de las reliquias del Santo y en cuanto le tocaron con ella quedó curado el enfermo con gran admiracion de todos. El padre, agradecido, dió 50 libras para dorar el relicario.»

«El cinco de Abril de mil quinientos noventa y uno, una muger de Carpesa, llamada Ana Tevian, sordo-muda y muy enferma de una fiebre maligna, se recomendó á S. Vicente Ferrer dando á entender por señas que deseaba la llevasen á su capilla. Lleváronla, en efecto, el dia de la fiesta del Santo, y durante la misa, que se dijo á sus expensas, creyó sentir que alguno le abria la boca á la fuerza. La abrió por tres veces, como bostezando y gritó de modo que todos la oyeron: «Madre de Dios, he recobrado la palabra.» «Y usó despues de ella largamente.»—Consta por escritura ante notario.

Vidal se detiene refiriendo todos los milagros de que tenia noticia, pero no hemos podido hacer más que elegir algunos, muy pocos por cierto.

San Vicente Ferrer nada sabe negar á los que le invocan. Él paga las deudas de los pobres, hace confesar á las personas que menos pensaban en ello, dicta los sermones, apaga los incendios, da hijos á los que no los tienen, como sucedió especialmente á D. Alonso Valderrama, regidor de Santiago de Galicia. Siendo estudiante en Salamanca quedó impresionado con los milagros casi diarios que se registraban en los púlpitos sobre los cuales estaba escrito: *Aquí predicó San Vicente*, y de aqui nació su confianza inquebrantable en el gran taumaturgo.

En 1706 llegó á Valencia la condesa de Oropesa, penitente del P. Alegre, la cual estaba inquieta por el porvenir de su casa. El Padre le prometió *un hijo* de parte de San Vicente Ferrer para su próxima fiesta, y con esta confianza partió para Madrid, pero pasó la fiesta

(5 Abril) sin que se realizara la promesa y sus amigas se burlaron de ella. Entonces recordó que la fiesta del Santo en Valencia se celebraba el lunes de Cuasimodo, y no se entibió su fé, la cual se vió recompensada.

San Vicente Ferrer libra sobre todo de ese mal terrible llamado mal caduco (epilepsia) y Vidal cita casos tan numerosos como sorprendentes. Su libro, desde la pág. 420 á la 450 no es más que una sarta de hechos milagrosos.

En Valencia cesan ordinariamente los dolores con sólo aplicar al paciente el cilicio, la túnica ó cualquiera otro objeto que haya pertenecido al Santo, y la mayor parte de las veces basta con invocarle.

Estos favores recaian ordinariamente en almas agradecidas, como lo atestigua entre otros cien casos, el del ermitorio erigido en Alcora, no lejos de Valencia. En tiempos de sequia se llevaba la imagen en procesión á un cerro situado á un cuarto de legua del pueblo en donde se levantaba un altar guarecido por una tienda de campaña para decir en él la misa. Un año empezó á llover antes de que ésta terminase, y fué tan abundante la lluvia, que puso en dispersión á los fieles. Una pastora llamada Constancia Pallarés, que guardaba su ganado en otro cerro inmediato y presenció el hecho, prometió que si se casaba y llegaba á reunir una pequeña fortuna de la que pudiera disponer, haría edificar allí una capilla. Todo salió á medida de su deseo y allí está la capilla, muy bonita por cierto.

En 1517 Jaime Lombar, carpintero, había hecho el papel de león en una representación de San Jerónimo y por efecto de la fatiga le sobrevino un tumor acompañado de fuerte calentura y parálisis general. Ya iba á administrarle los Sacramentos un sacerdote de San Bartolomé, cuando se encomendó en lo íntimo de su corazón á San Vicente Ferrer, en cuyo honor recitó aquel día varias oraciones. A media noche se le apareció Vicente Ferrer y le dijo: «*Llevat, fill, no ages por de res. Levántate, hijo mio, no temas nada.*» Levantóse en efecto, completamente curado, y como hablase del *fraile* que le había visitado, creyeron que deliraba. «No estoy loco, decia, es *San Vicente* el que ha venido de su convento y mi curacion es una prueba que no admite réplica.» Se refería á una imagen suya de sólo el busto pintada sobre lienzo en actitud de predicar, que se conservaba en la celda del Santo. Habiéndose referido el hecho al obispo al día siguiente, mandó abrir una información, la cual se conserva en los archivos de la catedral.



El retrato más auténtico de SAN VICENTE FERRER,
conservado en Valencia.

Uno de los religiosos más ancianos ha referido á Antist, el cual recogió con mucho cuidado todos estos hechos, la curación parecida á esta del joven Marrades. Este niño cayó gravemente enfermo cuando tenia dos años de edad y como los médicos no atinaban con su enfermedad, el padre trató de despedirles. «Sí, dijo el niño que apenas hablaba, los médicos sí, pero el *fraile* no.» Habiendo curado de repente, le llevaron á todas las iglesias y conventos de la ciudad hasta que viendo el retrato de San Vicente Ferrer exclamó: «¡Padre, éste es!»

Como no carecía de interés el encontrar esta imagen que se aparecía á los enfermos y los curaba, la hemos buscado con el mayor cuidado. El valenciano Antist nos la da á conocer desde luego en estos términos: «Es, dice, un cuadro que representa al Santo de medio cuerpo en actitud de predicar, siendo el verdadero retrato de San Vicente Ferrer *sacado al vivo*, según dicen todos nuestros compañeros ancianos. Nosotros le teníamos colocado en su celda frente á la Virgen que le habló, pero se creyó más conveniente tenerle en el claustro y allí estuvo solo en su clase hasta 1517, *habiendo yo visto colocar los otros retratos que se pusieron despues.*» Ahora bien, Jaime Lombard dijo: «*El del claustro ha venido*» y este mismo es el que designó el joven Marrades; luego no era posible la duda.

Este retrato, piadosamente recogido por un particular, existe todavía; pero por desgracia, estando pintado á la cola y deteriorado por la humedad, era de difícil reproducción. Sin embargo, Ribalta se inspiró en él empleando su raro talento y su obra figura en el museo de Valencia, núm. 407, siendo ella la que reproducimos al principio de nuestro trabajo, dando aquí su verdadero retrato.

Parece que la virtud taumatúrgica haya pasado á todos sus retratos ó imágenes, no sólo en Valencia, sino en todas partes.

Hallándose el capitán de un buque valenciano sobre las costas de Tenerife, en cuyo barco, bastante averiado, llevaba toda su fortuna, se vió perseguido por unos corsarios holandeses, de los cuales le era imposible escapar. Pero confiando en San Vicente Ferrer, cuya imagen llevaba en la popa, se preparó á resistirles sin más defensa que un pequeño cañón, y lo hizo con tal fortuna, que cayendo el primer proyectil en el pañol de la pólvora hizo saltar el buque holandés.

Los milagros de esta clase ó parecidos son en gran número, y es que en el mar es mayor la fé.

Un labrador de Picasent llamado Juan Millá, tenía un retrato de San Vicente Ferrer. Una noche, oyendo que golpeaban en la pared,

se levanta de la cama, enciende una vela y ve que el retrato se mueve, al mismo tiempo que observa que cae polvo del techo, y sin más tiempo que el preciso para ponerse en salvo él y su familia, se hunde la casa, quedando, no obstante, intacto el cuadro, que más tarde fué llevado á la sacristia de su capilla. Este hecho tuvo lugar el 15 de Diciembre 1611.

Dos moros iban un día por el camino de Teulada, y al pasar ante una imagen del Santo uno de ellos saludó, por lo cual le reprendió el otro; en seguida recibió su castigo, pues una mano invisible le dió tal bofetón, que murió poco después á causa de la emoción sufrida.

Evidentemente fué milagrosa la protección otorgada por San Vicente Ferrer á los que le invocaron cuando ocurrió el temblor de tierra en el reino de Nápoles el 21 Noviembre 1732. Al verificarse éste se hallaban celebrando la misa de difuntos los Dominicos de Mirabella, en número de siete. Hundióse la iglesia con gran estrépito, oyóse de entre las ruinas una voz apagada que invocaba: ¡San Vicente! ¡San Vicente! y poco después salieron del coro, derruido como la iglesia, pero en el que habia una imagen de San Vicente Ferrer, los siete religiosos sin herida alguna. Uno de ellos, que no podia salir, se vió levantado por una fuerza sobrenatural, y de todos los asistentes sólo se salvó uno que dijo haberse encomendado á San Vicente Ferrer, encontrándose en un talego todos los manuscritos y registros del convento, cuya pérdida se lamentaba. De todos estos hechos hizo levantar acta auténtica, con fecha 21 Enero 1733, el Cardenal Pignatelli, Arzobispo de Nápoles y miembro del Santo Oficio.

En Santiago se atribuye la desaparición de la peste en 1710 á haberse celebrado una procesión en la que se llevaba la imagen del Santo.

El valenciano Antist termina sus relatos con este hecho que atañe á él mismo. «Siendo niño, dice, estuve una vez muy enfermo y mi madre fué á orar á la capilla de San Vicente Ferrer con la idea de prometer que no me impediria tomar el hábito dominico, si yo le pedia permiso para ello, encontrándome á la vuelta curado. Algunos años más tarde encontrándome en la celda del Santo el dia de su fiesta, sentí el deseo de abrazar la vida religiosa, formando en seguida la resolucion de abandonar la carrera de derecho que estudiaba, y además prometí escribir la historia de mi celestial inspirador. Nacido en la misma ciudad, bautizado en la misma pila, llevando el mismo hábito y el mismo nombre, hijo del mismo convento, pago mi deuda de gratitud.»

En Valencia se encontraba á San Vicente por todas partes. En la antigua Casa de la Ciudad su estatua coronaba una de las torres, viéndosela desde cualquier punto de la población: aun se le ve en la fachada del Ayuntamiento, en el puente Nuevo acompañado de Santo Tomás de Villanueva y en el puente del Real en compañía de San Vicente Mártir. La campana del reloj de la ciudad se llama *San Vicente*.

En el palacio de la Diputación (Consejo Provincial de la provincia de Valencia) había una estatua en madera muy hermosa y un rayo destruyó todos los adornos que la rodeaban, pero sin causar deterioro alguno en la imagen. «Yo la he visto, dice Sala, y allí se conserva en el presente año 1608» y añade: «No hay casa, por pobre que sea, que no tenga su oratorio, capillita ó santuario íntimo con lámpara é imagen del Santo. Y en la ciudad no hay plaza, ni calle, ni callejuela que no tenga una imagen pintada del Señor *San Vicente Ferrer*, sirviendo de muestra á la mayor parte de las tiendas.»

Valencia duerme confiada en la protección de este vigoroso taumaturgo y las tradiciones tranquilizadoras forman parte del aire que respira. A veces estallan tempestades horribles, pero Vicente Ferrer las conjura de antemano, pues él ha dicho que ninguno de sus habitantes morirá herido de rayo y hasta ahora se ha realizado su profecía.

Victoria describe complacido la tempestad del 28 Septiembre 1697, que él contemplaba desde una casa de campo, y en la que parecía que Valencia estaba ardiendo. Y, sin embargo, nadie sufrió daño y aun los deterioros materiales fueron insignificantes, lo cual se atribuyó al Santo, pues fueron tantos los rayos que cayeron, que á no mediar un milagro, debieran haber ocurrido muchas desgracias.

He aquí lo que yo he presenciado el lunes 2 de Abril 1883, día en que se celebraba la fiesta de San Vicente Ferrer. Hacia las cuatro de la tarde se extendió sobre el cielo, siempre azul, de Valencia una nube cenicienta, pesada y triste: el aire abrasaba, la brisa del mar cayó por completo como desalentada, y estalló de repente una violenta tempestad. Jamás he visto relámpagos tan fulgurantes, ni oído truenos tan horrorosos y tan frecuentes: cayeron cuatro rayos, uno de los cuales destruyó el tejado de una casa y derribó á dos personas que pudieron levantarse sin más accidente que el susto. Pero ví á un niño al que el fluido eléctrico hirió de tal modo, que en circunstancias normales hubiera quedado muerto, pues tenía los cabellos quemados, una herida profunda en la ceja y una ancha quemadura á modo de

banda negra que se extendía desde la espalda derecha á la clavícula izquierda. Derribado por el golpe, permaneció asfixiado como un cuarto de hora, y una hora después jugaba con sus compañeros, de lo cual quedaron asombrados los médicos, haciendo constar el hecho el arzobispo en la sumaria que se formó.

Cuando en el año 1500 la peste assolaba á España y sobre todo á Játiva, vieron los valencianos á San Vicente encima de la puerta de la ciudad por donde se salía para ir á Játiva, con una espada en la mano, como conjurando la epidemia, por lo que se puso allí una estatua que lo representaba en esta actitud.

El 18 de Junio de 1666 apareció á media noche una gran claridad sobre la *Casa natalicia*. Un hombre que la vió llamó en seguida á su familia y al dueño de la casa que habitaba, y todos ellos pudieron distinguir á San Vicente Ferrer, vestido con su hábito dominico y en medio de un nimbo luminoso, con los brazos abiertos, que se volvió tres ó cuatro veces mirando á la ciudad por todos lados. Al día siguiente hicieron comparecer los jurados á los cinco testigos, los cuales prestaron su declaración jurídica.

No tenía esto nada de extraordinario: el horizonte humano se había ensanchado por un momento para poder atestiguar *de visu* el hecho innegable de que el aire está poblado de espíritus invisibles, y que los Santos se ocupan de esta pobre tierra en la que han sufrido y merecido.

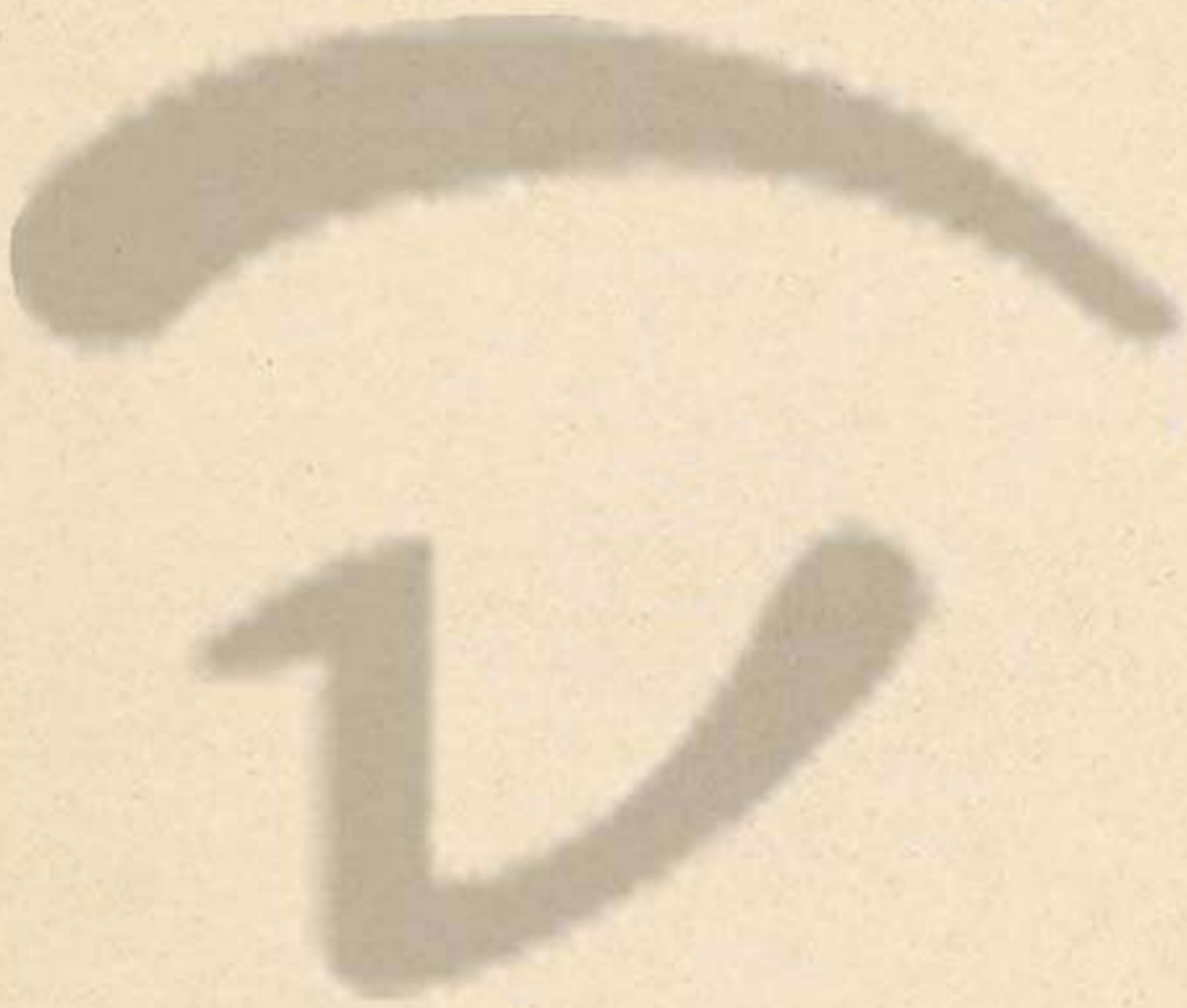
Pero la confianza debe ser motivada como cualquiera otro sentimiento y apoyarse en la buena conducta. Además de las profanaciones de que hemos hablado, Castelar creyó un día que debía ultrajar á San Vicente Ferrer diciendo que promovía motines. Así escriben la historia estos asesinos de las naciones. Se quiso celebrar en Valencia un solemne *Triduo* de reparación, pero por razones políticas no pudo llevarse á cabo. ¡Triste política y mal presagio! ¡Ah! el presagio no ha tardado en realizarse. Los castigos del cielo se han multiplicado de manera terrible y los Santos permanecen sordos.—¿Son éstos sólo castigos de misericordia que acabará por comprender la católica España?...

En resumen, sabiendo que Dios, que da las patrias, quiere que se las ame, Vicente Ferrer consagra á la suya sus mejores años, le da la paz, el sentimiento religioso y un rey prudente, y de aquí se originó un verdadero renacimiento en las artes y en la jurisprudencia. Perales, el continuador de Escolano, se ocupa con extensión y complacencia de los beneficios de la paz en su afortunada Valencia, que

adquirió entonces ese hermoso carácter de ciudad cortés, rica, ilustrada y poseída de noble alegría.

Verdad es que los extranjeros se acostumbran á Valencia y que se deja con sentimiento este pueblo afable, cortés, obsequioso; este clima ideal, estos naranjos siempre en flor. Pero cuando se ha nacido bajo ese cielo y se tiene un corazón recto, ¡cuánto debe costar el alejarse en busca de otros cielos inclementes, por caminos azarosos, á través de las crueldades humanas! ¡Y qué bien comprendemos que este hombre cuya alma rebosaba ternura, deseara contemplarle toda vía antes de morir!







CAPÍTULO VIII

CENTENARIOS

Diapasón de los espíritus.—Danza embrollada.—Algunos himnos.—Los carros históricos.—Industrias varias.—Ninfas que vuelan.—Las iglesias y los conventos.—Jesuita entusiasta.—Cortejo fantástico.—Los poetas.—El último centenario.

Asi como tuvo el raro privilegio de ser honrado en vida y principalmente en su patria, Vicente Ferrer dió un mentis al adagio que dice que el tiempo todo lo destruye, pues las fiestas centenarias de su canonización fueron *crescendo*. Las primeras de que vamos á ocuparnos se celebraron en 1665, cuyo relato hemos extractado de un manuscrito del P. Alegre, archivero del convento de Valencia en aquella época.

Cuando llegó el mes de Junio de 1665 se buscaron en los archivos de la ciudad antecedentes acerca de lo que se hubiera hecho en el siglo anterior, pero sólo se halló mención de una procesión general. En su vista se resolvió hacer algo mejor aquel año.

Con este objeto desde el 19 de Mayo fueron los Dominicos á visitar á los jurados, al Consejo de la provincia y al Cabildo de la catedral, aceptándose con entusiasmo su indicación. Para que nada faltase se decidió desde luego que hubiera corridas de toros, pues sabido es que *apenas se hallará Español alguno que pierda la afición á los toros antes de salir de la piel*.

Por medio de invitaciones oficiales se convocó á todo el clero de las parroquias y todo el personal de los conventos, y el 12 de Junio anunciaron los jurados por medio de pregón que «por orden del arzobispo se prepararan todos para las fiestas centenarias de San

Vicente Ferrer, especialmente para la procesión, asignando premios á los que más se distinguieran, ofreciendo la ciudad para dicho objeto sus banderas y gallardetes, como también los carros triunfales de *Corpus Christi*.» Esta última cláusula denotaba la importancia que se daba al acto, pues estos carros, llamados *rocas*, tienen una calle propia que lleva su nombre y un verdadero palacio por cochera. El municipio se obligaba también á costear fuegos artificiales. Por último, se disponían tres días de iluminación general, prometiendo recompensas á los que más se esmeraran en ella.

De todos los puntos del reino acudió gente á presenciar las fiestas. El 28 de Junio se pasearon los toros por la ciudad para excitar la afición, y luego hubo baile público, distinguiéndose entre los bailarines los tejedores de lana. «Encerrados en una especie de laberinto formado por una pieza de paño azul, bailaban sin salir de ella, pero cuanto más bailaban más se enredaban, estando combinado este embrollo con mucho arte y excitando la risa de los espectadores.»

Al medio día se echaron á vuelo todas las campanas y la fortaleza respondió por medio de una descarga general de todos los cañones y pequeños morteros emplazados sobre las murallas. Una de las piezas reventó y una rueda cayó al río, pero naturalmente nadie sufrió daño alguno.

Por la tarde todo el mundo acudió á la iglesia del convento para admirar lo bien adornada que estaba y el gremio de los sastres se trasladó al Grao haciendo un paseo militar. Hay que advertir que en aquel tiempo sostenían los gremios una especie de guardia armada para el caso de una sorpresa de los piratas ó de los Moros.

Al *Angelus* se repitió el vuelo de campanas y disparo de cañones, y toda la ciudad se iluminó *a giorno* con luces y hachones de todas formas y colores: las almenas, las ventanas, las iglesias, los conventos, en particular los Templarios (sic), el palacio episcopal, la casa del gobernador, la Casa de la Ciudad, la del Consejo provincial, el campanario de la catedral, las torres de Serranos y todas las inmediaciones parecía que ardían á la vez. No dejó de salir á la calle un carruaje, ni una persona sana. El primer premio de la iluminación lo obtuvo un carpintero de la calle de San Vicente, llamado Vicente Mendoza. En lo alto de la famosa torre el *Miguelete* se disparó un castillo de fuegos artificiales.

El martes 29 de Junio, á la salida del sol, repique general. A las ocho salió una cabalgata formada por todos los gremios de la ciudad, llevando á su cabeza al capellán de la *Ciudad*, montado en una sober-

bia mula y distribuyendo al pueblo imágenes del Santo: detrás iba la música municipal y luego los maceros con sus mazas de plata y los jurados vestidos de terciopelo carmesí, que iban á ver si las calles estaban bien adornadas.

El arzobispo celebró la misa mayor de pontifical y á la epístola se cantó el siguiente himno:

«Llenen los aires con su dulce sinfonia el clarinete, la flauta, la trompeta, el timbal y las castañuelas.—Viva, viva Valencia que celebra hoy la tan deseada fiesta del segundo centenario de San Vicente Ferrer! Viva Valencia!—Quién hubiera podido ver sin admiracion las iluminaciones que llenan la ciudad hasta el punto de parecer que arde en llamas sin quemarse.—Los cohetes subian hácia el cielo con tal fuerza, que las estrellas atemorizadas se ponian en guardia para defenderse. *Què medroses se posaren les estreles en defensa.*—La procesion desplegaba tanta pompa y riqueza, que con los altares de las calles toda la carrera parecia una iglesia.—El arte y la mecánica han hecho alarde de maravillosas invenciones.—El genio de los valencianos es tan activo é inteligente que sabe aligerar y poner en movimiento las pesadas *rocas*.—Es que Valencia quiere que se sepa que celebra la fiesta de su hijo.»

Luego el sermón por el doctor Buenaventura Guerau y al Ofertorio otro himno del que copiamos el estribillo y algunas estrofas:

«Oh! cuán brillante y luminosa es la hermosa estrella de Vicente! —Pero tan intenso brillo no es el de una estrella; la hermosa luz de su dorada cuna más bien parece la de la luna.—No! no es de la luna ese haz de llamas; esos ardientes rayos sólo pueden ser del sol.

»Blanca flor de lis con su capa de azabache, es la alegría y la honra de la ciudad.—Aviñon, que es un testigo fiel, nos dice la visita que te hizo Jesucristo: sus divinos dedos dejaron en tu megilla una gloriosa señal.—Veinte y ocho difuntos recobraron por ti la vida que regocija á los humanos. Oh maravillosa diestra que parece disponer á tu voluntad de la omnipotencia divina; tú prodigas al mundo milagros sin medida.—¿Por qué, siendo Valencia tu madre, no posee tus deseados restos?—Porque ella es generosa y al dar lo que más ama se purifica más. La Bretaña es, pues, el castillo bendito que encierra tu cuerpo y tus cenizas.»

Es un consuelo que se daba Valencia poco sincero en verdad.

Al alzar á Dios se cantó lo siguiente:

«Qué luz es esa tan pura y tan hermosa que despide tan vivos resplandores?—Es una estrella cuyo rastro sigue el mundo entero. Da

gozo verla, pues eclipsa á todos los demás astros. Quisiéramos seguirla de Oriente á Occidente.—Qué elocuente es esta estrella! Es una lengua de fuego que dicta, que habla, que sabe y enseña; que alumbra y guía, que ilumina é instruye.—Todas las sombras desaparecen ante la luz del gran santo Vicente; sus rayos penetran hasta el fondo de los abismos, trocándolos en esferas luminosas.—Ante esa potente llama se inflama la penitencia, se renueva la vida y la fé se hace más viva.—Fué un ángel y no un hombre que vino á unirse á nuestra naturaleza, puesto que tuvo las prerrogativas de la divinidad.—Este prodigio es evidente, porque lo supe de su boca; y habiendo él dicho que es un ángel, ya no me incumbe alabarle.»

En el convento de los Dominicos oficiaron los canónigos y en todas las iglesias hubo misa cantada con toda la solemnidad que se acostumbraba en la fiesta del patrón.

Después de Vísperas se organizó la procesión, marchando á la cabeza la milicia de los sastres, y otros soldados con tambores y trompetas disparando sus armas. A éstos seguían los carros triunfales, yendo en uno de ellos representantes de todas las naciones vistiendo sus respectivos trajes antiguos. Vicente Ferrer les predicaba de pié, teniendo en la mano un rodillo en el que se leía: *Time Deum et date illi honorem.*

En la trasera del carro habia escrito:

«Sería inútil trabajo buscar las excelencias y bellezas de la lengua valenciana. No hay ninguna que le supere en delicadeza y perfeccion, toda vez que San Vicente le dió tanto lustre en sus sermones y la hizo familiar á todas las naciones.»

Otro carro, de blanco y oro, iba ocupado por cuarenta y dos Niños de San Vicente y en la trasera iba el mismo San Vicente llevando en la mano un escrito referente á la fundación del Colegio. En la parte delantera se leía:

«Aunque niños, tenemos ya uso de razon y advertimos á los más avisados que se equivocan al llamarnos huérfanos. Sepa todo el mundo que con ello se injuria al gran San Vicente, nuestro padre, que nos mantiene y nos educa; y por consiguiente es á la vez nuestro padre y nuestra madre y toda nuestra familia.»

Estos carros iban tirados por doce mulas adornadas con penachos y cintas.

Seguían luego los gremios con banderas y carros triunfales. Los que más llamaron la atención fueron los molineros, en cuyo carro habia un molino de viento que funcionaba tan bien, que pudo moler

una tanega de trigo en el trayecto; luego los albañiles que llevaban una tarasca y cuyo carro representaba la torre de la catedral con todas sus campanas que iban repicando; luego los tejedores con una bandera de damasco carmesí y cuyo carro llevaba á Santa Ana sentada debajo de un dosel, teniendo delante un torno y el niño Jesús llenando los husos; á su lado iba un viejo ermitaño, que era San Antonio, abad, y en la delantera del carro Nuestra Señora montada en el asno, y San José. Estos santos son los patronos del oficio. Los ebanistas, con bandera de terciopelo carmesí con barras de oro, llevaban un carro que figuraba la cúpula de un templo sostenida por columnas bien proporcionadas. A los pies de San Vicente Ferrer habia una muger con un niño en brazos, representando á Calixto III y su madre. Este carro fué el que obtuvo el premio primero.

Detrás de los carros iban los obreros en lana, bailando su complicada danza, y luego los gigantes y los enanos.

Todo esto no era más que un preludio y hay que tener en cuenta que los valencianos no tuvieron más que un mes de tiempo para preparar todas estas maravillas.

La procesión propiamente dicha salió de la iglesia por la puerta de los apóstoles, formada por las comunidades religiosas, las parroquias con sus más hermosas cruces ricamente adornadas; el Cabildo con trajes nuevos apropiados á las circunstancias—para cuyo cambio necesitaron permiso de Roma que tuvieron que pagar muy caro (sic);—la reliquia del Santo incrustada en una estatua del mismo, de plata, llevada á hombros de ocho sacerdotes con dalmáticas; el arzobispo *Urbina* con su maestro de ceremonias y las dignidades con soberbias capas; el virrey, los nobles, los jurados y el pueblo. La estatua y el anda costaron 4869 libras.

Los Carmelitas habian levantado delante de su convento un soberbio altar, en el que estaban Nuestra Señora del Monte Carmelo, los cuatro evangelistas, de plata, seis grandes candeleros, del mismo metal, flores, imágenes, estatuas, entre ellas San Vicente Ferrer debajo de un arco de flores y cuatrocientas luces.

En la plaza del Tros-Alt se disparó un castillo de fuegos artificiales costeado por los Padres Mínimos: el altar levantado por las religiosas de la Concepción estaba todo cubierto de reliquias y adornado con el gusto exquisito peculiar á las mujeres.

Todas las casas de la calle de la Bolseria estaban cubiertas de ricos paños: un almacén de puntillas tenia toda la fachada, desde el pavimento hasta el tejado, revestida de puntillas blancas y negras. Al

extremo de la calle se levantó un altar que representaba el milagro del ángel del Apocalipsis en Salamanca, la visión de San Juan en Pathmos, el mar, un buque, un peñasco, y en el fondo del cielo San Vicente Ferrer con alas.

Toda la plaza del Mercado estaba cubierta de colgaduras y cuadros, y en uno de sus ángulos había un altar resplandeciente de oro y plata levantado por los Jesuitas, en el cual figuraba en el nicho principal San Vicente Ferrer, á la derecha Santo Tomás, á la izquierda San Raimundo de Peñafort, y en otros nichos San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja. Debajo de cada nicho se leían bonitas poesías, alusivas todas al asunto principal, *San Vicente Ferrer*.

Enfrente del convento de la Magdalena un castillo de fuegos artificiales costeado por los Padres de la Merced que representaba una batalla.

En la esquina de la calle del cementerio de San Martín había dos puertas, en las que, por un ingenioso mecanismo, se representaba á San Vicente montado en su asno y seguido de sus compañeros, que salía por una de las puertas de Vannes y entraba por la otra.

En la plaza de Cajeros se había levantado un inmenso altar en forma de tríptico en el que aparecían todos los Santos Dominicos: era obra de los hijos de San Francisco.

El altar levantado en la iglesia de San Martín representaba en el medio la visión de Pathmos, á la derecha el milagro de Salamanca, á la izquierda la resurrección del niño de Morella, y al llegar á dicho punto la procesión apareció en los aires una ninfa ricamente vestida, simbolo de Valencia, acompañada de otras cuatro que representaban el Turia (rio que pasa junto á la ciudad), la cual cantó el siguiente himno:

«Vicente, á quien tantos prodigios y extraordinarios milagros han elevado al rango de apóstol y de profeta, yo soy tu dichosa patria.—Yo soy Valencia la noble, cuya lealtad es alabada hasta el punto de figurar dos L L en mi escudo.—Yo soy una colonia romana, cosa de todos sabida, y he heredado de sus patricios las mayores virtudes.—Mi pueblo ha dado tales pruebas de valor en la guerra, que pocos le han igualado de cuantos alumbra el sol.—Italia, Alemania y Flandes recuerdan á tres de mis hijos que, generales los tres al mismo tiempo, alcanzaron mil victorias.—Yo les he tenido tan sabios, que en el Concilio de Trento dieron nuevo lustre al nombre católico.—Todo el mundo conviene en que el sitio que ocupó en el globo (cubierto siempre por el cielo azul) no cede á otro alguno por lo hermoso,

dulce y tranquilo.—Mis hermosos jardines bordan todo el año con claveles y rosas precioso tapiz para el estrado de Flora.—Pero todas estas dichas y todos estos goces nada valen comparadas con la de tenerte por hijo.—Porque apenas te he invocado en mis penas, al momento me veo libre de ellas, pudiendo contar siempre con tu socorro. Qué suerte más envidiable que la de tener por hijo un ángel que me proteja en todos los peligros!—Más dichosa que el fénix, que según los historiadores renace cada mil años, yo me renuevo de cien en cien.»

La parroquia de San Martín quiso distinguirse porque predicando en ella el Santo un día, se dejó olvidado el bonete, y cuando se le propuso ir á buscarle, contestó: «No, que lo guarden como recuerdo mio,» habiéndole puesto más tarde en un relicario de plata y llegado á ser un objeto precioso fecundo en milagros.

Un poco más lejos, un guantero había cubierto de guantes la fachada de su casa tan artísticamente combinados, que mereció el primer premio.

Un fundidor de campanas había levantado un altar en forma de gruta revestida de yedra, en el interior de la cual había una estatua de Vicente Ferrer, á cuyos pies brotaba una fuente.

Cerca de la iglesia de Santa Tecla, el confitero Francisco García había erigido un monumento de pasteles, adornado con ángeles, ramilletes, candeleros y dos águilas á cada lado, todo de azúcar, y para que nadie le tocara estaba guardado por dos alguaciles, mientras dos hombres con abanicos despedían las moscas. El pueblo le otorgó la palma (y sin duda también los niños).

En la calle del Mar un altar suntuoso representaba el milagro de los *Ams*: la procesión se detuvo frente á la Casa natalicia, en donde se quemaron unos fuegos artificiales costeados por la ciudad, figurando una ciudadela bombardeada.—Estos altares al aire libre parecían ser asunto obligado en las fiestas de San Vicente Ferrer, en los que por la mañana se decía la misa y por la tarde se representaban sus milagros.

En la plaza de Santo Domingo, en la que había una compacta muchedumbre, se hicieron salvas de artillería. Sobre la puerta principal del convento había un cuadro inmenso en el que estaban representados todos los religiosos honrados con un culto público, figurando en medio de ellos San Vicente Ferrer, y sobre la puerta del vestibulo, Nuestra Señora, rodeada de todos los santos de la Orden, esperaba á San Vicente con los brazos abiertos, con esta inscripción:

His velut ornamento vestieris. Las paredes de los claustros estaban cubiertas de ricos tapices y de cuadros representando á todos los fundadores de Órdenes; el claustro pequeño se había adornado con frutas artificiales debidas á la paciencia del Padre Domingo Vives; en la escalera de la enfermería se había colocado una fuente cuya taza era de cristal, y de la que manaba agua que se convertía en vino. En el claustro grande estaba San Vicente acostado, teniendo á sus lados á San Francisco de Asís y á Santo Domingo, y encima una gloria con ángeles: era la visión de Aviñón, representando á Jesucristo por un crucifijo colocado á la cabecera de la cama, pues no se atrevieron á hacer otra cosa, debiéndose todo esto á los Cofrades del Santo Nombre de Jesús. La celda del Santo, adornada por su cofradía, estaba brillante de luces.

La procesión entró en la iglesia por la puerta del coro: el altar mayor estaba magníficamente decorado; sus infinitas luces al reflejarse en los cristales y dorados remedaban los rubies, topacios y esmeraldas y hacían brillar el terciopelo de los tapices. Se salió por el claustro, en donde se había erigido un estrado figurando la puerta de San Vicente Mártir, sobre la cual estaba San Vicente Ferrer con una espada en la mano rechazando á la peste, tal como las almas piadosas le vieron de un modo sobrenatural en tiempo de calamidades públicas. También allí se reprodujo el milagro de Aviñón y la salida de Vannes por un movimiento circular; luego el milagro de la mujer fea, teniendo la estatua que la representaba dos caras, una fea mirando al público y otra hermosa mirando al marido; luego la predicación al rey moro de Granada, para lo cual se sacó del hospital un loco tranquilo al que se hizo creer que toda esta fiesta era en su obsequio, vistiéndole de rey moro y rodeándole de maniquis moros. Para imitar á Vicente Ferrer predicando se valieron de un mocetón bastante simple y dominado de la pasión de hablar en público, un futuro abogado, el cual, vestido de Dominico, predicaba tan furiosamente que todo el mundo se paraba para oírle, por lo que fué preciso hacerle callar.

Al lado de la capilla panteón de los reyes se había representado la tentación del viejo ermitaño y otras del mismo género, luego el milagro de Salamanca, todo con figuras de bulto de tamaño natural. Este milagro de Salamanca consistía en una gran rueda que giraba sin cesar, delante Vicente Ferrer en el púlpito, dos puertas, un muerto en su ataúd, tres sacerdotes y el crucero; la rueda daba vueltas, el Santo bendecía, el muerto resucitaba y se incorporaba incli-

nando la cabeza. Un poco más lejos estaba también representado Vicente Ferrer niño predicando á otros niños, y por último el milagro de la posada servida por ángeles.

En la plaza del convento había una plataforma de veinte pies de largo representando la isla de Pathmos; San Juan, sentado sobre una roca, con la pluma en la mano y teniendo á su lado el águila, miraba al cielo en el que aparecía un ángel que era San Vicente Ferrer. Una cuerda enorme tendida de un extremo al otro de la plaza sostenía un niño sobre nubes, teniendo en una mano una antorcha con la que alumbraba el *Time-te Deum* y en la otra una trompeta; moviendo la cuerda, el niño, vestido con el hábito dominico, parecía volar de Oriente á Occidente tocando la trompeta; luego desaparecía y volvía á aparecer arrojando coplas como estas:

«Temed á Dios Omnipotente y honradle como es debido, porque se acerca la hora del juicio.—Sin duda Valencia me dió la vida, pero este dichoso convento me ha dado alas para volar al cielo é ir á hacer mi nido en Vannes.—Con gran alegría me abrió San Pedro el cielo y en prueba de ello me canonizó el día de su fiesta.—Semejante al fenix, Valencia renace á esta dicha cada cien años.—Con semejante ángel custodio Valencia está segura de no padecer hambre, epidemia, ni guerra.»

Entre estas *aleluyas*, cuyo uso se conserva todavía, algunas recordaban proverbios ó disparaban dardos satíricos ó morales en forma chungona, como esta: «El que ha visto el segundo centenario de San Vicente Ferrer que se dé por satisfecho, pues es probable que no vea otro.»

De la roca de San Juan salían caños de agua que caían en el mar, y en la isla había árboles de diversas esencias, sobre el mar un buque, en la playa arena, conchas y el movimiento de la resaca.

Desde este punto se dirigió el cortejo á la iglesia de San Esteban, que estaba toda iluminada, y la pila especialmente muy adornada; á un lado de la iglesia estaban los *bultos* y al otro gentes de diversos países oyendo predicar á San Vicente Ferrer.

Por último, entró la procesión en la catedral terminando la fiesta con un himno cantado en la capilla del Santo y depositando la reliquia en el altar.

Tales fueron las fiestas del primer día.

El segundo día hubo misas todavía más solemnes en las iglesias particulares. Hay que haber visto estas solemnidades, organizadas por las cofradías y para las cuales hay casas especiales que tienen un

completo surtido de lujosos paños y gran cantidad de objetos para las iluminaciones. Los músicos de Valencia, que son muchos y verdaderamente artistas, rivalizan en gusto, originalidad y perfecta ejecución.

Por la noche fuegos artificiales en el Mercado y en la plaza de Santo Domingo.

El tercer día toda la población se encaminó al convento de los Dominicos, en donde celebraban los Carmelitas, y por la noche fuegos artificiales, costeados por los Trinitarios y por el convento de Agustinos extramuros, á los que siguieron dos días de corridas de toros.

La iglesia de San Bartolomé, que poseía un retrato de Vicente Ferrer, y cerca de la cual se realizó la milagrosa curación de doña Blanca, quiso tener su fiesta especial, la que se celebró el 12 de Julio siguiente.

Sin duda habrá observado el lector que en 1655 los milagros de San Vicente Ferrer formaban parte de las tradiciones más vivas del país; todos los recordaban y por decirlo así surgían espontáneamente de la pluma de los poetas, del pincel de los pintores y del pensamiento de los organizadores de las fiestas. Podría hacerse la historia completa del Santo con sólo reunir las aleluyas, las divisas, las inscripciones, los cuadros y los monumentos de su ciudad natal. Esto es lo que impresiona á todos los espíritus de buena fé y echa por tierra muchas veces todas las prevenciones.

El relato y la descripción del tercer centenario fueron hechos por un Jesuita en un tomo en 4.^o, que tiene nada menos que 450 páginas, y cuyo título es: *Fiestas seculares con que la coronada ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la coronación de su esclarecido hijo y ángel protector San Vicente Ferrer, apóstol de Europa.*—Escribiólas el Rdo. P. Tomás Serrano, de la Compañía de Jesús y las dedica á la misma muy ilustre ciudad. (Valencia, 1762).

El autor, que no carece de originalidad, empieza por una epístola á su sucesor, *Fénix muy erudito, muy sabio y muy discreto escritor del quarto siglo*, en la cual compara á los escritores de su especie á fénix que renacen de sus cenizas sin tener la ventaja de reconocerse. El grabado de la portada representa á un toro en el aire, simbolo de Calixto III, elevando á Vicente Ferrer más alto que elevó Júpiter á *Europa*, de quien tomó su nombre la Europa, cuyo apóstol fué Vicente Ferrer. El poeta Marcial había hecho antes que él este paralelo de dudoso gusto, y como no le parece bastante esta autoridad, acaba por decir que su toro vuela con permiso *del señor Intendente*.



Portada de la relación del tercer centenario
de SAN VICENTE FERRER en Valencia.

En este tercer centenario multiplicaron las escenas fantásticas el genio inventivo y el entusiasmo siempre creciente de los valencianos.

La ciudad contribuyó con 3.000 *pesos*, próximamente 12.000 francos. Valencia se esmeró en merecer la reputación que goza de hospitalaria, publicando el Corregidor una orden por la que se disponía el establecimiento de figones en que «todos los extranjeros fueran tratados como si estuvieran en sus casas.» Las cofradías rivalizaron en celo é ingeniosas invenciones; la unión hace la fuerza y también el dinero. El rey negó el permiso para corridas de toros por ser demasiado profanas, lo cual causó gran sentimiento, pero Valencia no sabe incomodarse y concibió en cambio el proyecto de hacer en el Turia un lago artificial y figurar en él un combate naval como en el Coliseo de Roma.

Los carpinteros hicieron un carro sobre el que iba una hidra enorme de siete cabezas figurando los siete pecados capitales: de cada cabeza salían continuamente coplas contra dichos pecados, vencidos por el héroe del día, Vicente Ferrer.

Los pasteleros, cuyo gremio se exhibía por vez primera, quisieron distinguirse. Su carro, en forma de anfiteatro, llevaba en la parte más elevada á su patrón San Diego de Alcalá, en el medio á San Vicente Ferrer y debajo un pequeño horno en el que iban cociendo toda clase de pastas, que amasaban un maestro y dos oficiales. Para llamar la atención del pueblo le arrojaban de cuándo en cuándo pollos asados y otros manjares apetitosos, alternando con pastas de exquisito gusto, los cuales recibía el pueblo, efectivamente, con tanto entusiasmo que todo lo cogía en el aire. Fué tal la cantidad que arrojaron de cierta clase de bombones llamados *glorias*, que parecía que se multiplicaban milagrosamente. Era un modo especial de recordar *la gloria de San Vicente*.

Los fabricantes de cajas llevaban un carro tirado por dos águilas cuyas plumas eran de *ofira* guiadas por dos niños vestidos de ángeles, en cuya parte posterior figuraba Vicente Ferrer en traje de clérigo con un ángel á sus pies; otros tres ángeles iban echando al pueblo pequeñas cajas, tambores microscópicos y abanicos. Luego seguía el carro de los torneros y fabricantes de cubos, sobre el cual iba en primer término San José sostenido por ocho volantes, en la parte posterior una bonita representación de la coronación del rey Fernando y en el centro unos ángeles trabajando al torno varios objetos que arrojaban á la multitud.

Seis gremios reunidos seguían en pos formando grupos vestidos según el uso de diferentes pueblos formando un total de noventa y dos personas, lo cual llamó mucho la atención.

El carro de los zapateros, arrastrado por cuatro cigüeñas, llevaba un arco de nubes atravesado por rayos y poblado de serafines entre los cuales estaba el ángel San Vicente, cuyo escudo sostenían cuatro ángeles. El carro de los sombrereros figuraba una fortaleza con todos sus accesorios; en la parte anterior y posterior dos reductos defendidos respectivamente por San Vicente y San Jaime, y en el medio una torre, desde la cual á los reductos iban y venían los moros y cristianos combatiendo; todo el carro estaba circuido por una muralla almenada.

El carro de los guanteros, que llevaba también á San Vicente sobre un trono de nubes, iba tirado por leones que de tiempo en tiempo abandonaban el carro, se metían en las tiendas y disparaban contra las anaqueladas bombones, que recogían los chiquillos, informándose los agentes de la autoridad de los daños que causaban en aquéllas, los cuales pagaban en el acto. Desde el carro arrojaban guantes y pastas, siendo éste seguido de un grupo de trece bailarines vestidos con traje de punto.

En el carro de los tintoreros de seda se representaba el milagro de Barcelona, llevando en la parte posterior á Vicente Ferrer, y todo el carro figuraba el mar con el castillo de Montjuich cubierto de cañones que disparaban sin cesar; también se veían dos buques que se dirigían al puerto, y en la parte anterior cuatro pavos reales guiados por un niño vestido de ángel con riendas de nácar.

Los fabricantes de velas presentaron un artefacto muy original: cuatro columnas de hermosa arquitectura servían de nido á San Vicente Ferrer y de cada una de ellas manaba una fuente, cayendo el agua en forma de cascada sobre seis gradas de vidrio de diversos colores, yendo á parar al fondo del carro, que presentaba la forma de un buque, en donde aparecía un pequeño mar en el que navegaban dos bonitos barcos; en la proa había una Fama y una Sirena que llevaban las riendas.

Los panaderos tenían también su torneo: en la parte posterior de su carro aparecía el Salvador rodeado de tres ángeles; en la anterior un ángel debajo de un arco teniendo las bridas, y en el centro se amasaba y cocía pan que se arrojaba al pueblo.

Los fabricantes de vidrio llevaban también su horno calentado al rojo blanco de donde salían objetos de vidrio de todas clases, que se disputaba la multitud con empeño.

El carro de los carniceros era más complicado: detrás un cordero con un libro sobre un trono de plata; en el centro San Vicente predicando rodeado de siete hermosas figuras representando las diversas lenguas; dos estatuas simbólicas arrojaban la una agua y la otra fuego; en la parte delantera un ángel llevando cuatro toros con las pezuñas y las astas doradas, y cuatro leones guiados por seis indios se lanzaban sobre los toros y los despedazaban con sus uñas.

Los molineros presentaron también esta vez un molino de viento cuya muela se movía con una velocidad increíble, *más que la lengua de un sacamuelas*, arrojando la harina á los ojos de los espectadores.

Los cordeleros, valiéndose de asombrosos efectos de óptica, representaban el milagro de Portugal en que el Santo dió la hermosura á una mujer fea. En el medio del carro aparecía el bautizo del Salvador; en la delantera un ángel llevando las riendas. Los guarnicioneros habían colocado en la parte posterior de su carro una torre y en el medio un bonito jardín y en medio de él un mecanismo que lanzaba continuamente *la dulzura envuelta en perlas* (sic); un ángel llevaba las bridas y arrojaba al pueblo carteras, espuelas y correas.

El carro de los tejedores de lino era suntuoso: San Vicente resucitaba á un niño; Santa Ana hilaba é iba echando al pueblo el producto de su trabajo. Dos negros guiaban los caballos.

Los veterinarios, los herreros, los cerrajeros, ojalateros, armeros llevaban otros tantos carros en los cuales aparecía sobre un trono, al lado de su patrón, el héroe del día, y en los que trabajaban muchos obreros como en el taller mejor montado. Los armeros quisieron distinguirse y pusieron en su carro un murciélago, al que guiaba un ángel con cintas azules por riendas, sentado en la trasera.

Los maestros ebanistas presentaron un carro en forma de dragón alado, en el que estaban representados cuatro milagros de una manera muy primorosa: hácia la cabeza las siete virtudes tenían encadenados á los siete pecados capitales; á la parte de la cola había un globo sostenido por cuatro figuras que representaban las cuatro partes del mundo y sobre él un hermoso niño con una cruz en una mano y una sierra en la otra imitaba al Niño Jesús; en el medio un trono majestuoso y en él, sobre nubes doradas, el Apóstol valenciano.

Los obreros carpinteros de taller tenían por carro un elefante guiado por un ángel el cual iba sentado en una silla trabajada con mucho arte, y sobre un elevado trono San Vicente coronando á Fernando rey de Aragón; un poco más bajo tres jóvenes vestidos de

capitanes y tres ninfas con tres escudos de armas: Cataluña, Aragón y Valencia recordaban el célebre compromiso de Caspe.

Los zapateros llevaban en la parte posterior de su carro, debajo de un rico dosel, á los santos reyes Crispín y Crispiniano rodeados de su guardia, formada de alabarderos, con su capitán y delante á San Vicente Ferrer niño sacando de un pozo muchos zapatos de varios colores, muy bien hechos, que arrojaba á la multitud. Grupos de *gitanillas* bailaban en medio del carro con tanto donaire que al mirarlas se olvidaba todo lo que se había visto hasta entonces.

El carro de los sastres representaba un águila inclinada sobre la esfera terrestre, alargando graciosamente el cuello y moviendo las alas; sobre el águila estaba San Juan cuando vió al ángel valenciano y en la parte más elevada el patrón del gremio *San Homobono* sobre un trono.

Los zurradores presentaban en medio de su taller la custodia del Santísimo Sacramento y en un extremo un león atado á una cruz; dieciséis hombres, ricamente vestidos de *Volantes*, llevaban alternativamente esta cruz, mientras los ocho que quedaban libres bailaban delante del viril; detrás de éste dos galeras, una de cristianos y otra de moros con toda su artillería, se abordaban con impetu y al chocar se izaba la bandera del gremio cogida á los moros en 1393 con la sagrada custodia.

Los pelaires presentaron dos carros: en el primero había un batán sobre el cual aparecía San Vicente Ferrer; en el otro *San Cristóbal*; éste era soberbio, digno remate de tan notables invenciones.

Luego seguía un torneo y los gigantes y enanos cerrando la marcha de esta primera parte del cortejo.

Téngase en cuenta que todos estos carros, aparte de los animales fantásticos, leones, cigüeñas, pavos reales, murciélagos que aparentaban arrastrarlos, iban en realidad tirados por cuatro, seis, ocho y hasta diez mulas ó caballos cubiertos absolutamente de paños de todos colores, de penachos, de brillantes adornos de cobre, de avalorios y de cascabeles y rodeados de gentes vestidas con todos los trajes conocidos, ejecutando danzas y torneos que representaban diferentes escenas. A juzgar por lo que aun se hace en Valencia, aquel cortejo debía tener más de un kilómetro de largo.

Los poetas, que pertenecían á todos los gremios, no tenían carro propio, sino que se habían distribuido en todos los demás y vestidos de ángeles iban arrojando versos al pueblo. De éstos se imprimieron

más de cuatro mil, entre ellos muchísimos sonetos. Aun había entonces Pirineos y no los había cruzado todavía la terrible sentencia de Boileau. Verdad es que el tema era fecundo y puede juzgarse de la imaginación de los poetas por el hecho de que una de las poesías que más gustaron presentaba á Pegaso felicitando al asno de San Vicente Ferrer.

El buen padre Jesuíta que celebraba en 450 páginas en 4.º el tercer centenario de San Vicente Ferrer, no fué el único cantor de esta memorable solemnidad. Entre las *Misceláneas* del Escorial he encontrado tres poemas, uno de ellos de 1.560 versos, en que se refieren las *funciones y públicos regocijos*, es decir, misas, procesiones ú otras ceremonias sagradas que tuvieron lugar en los *nueve días* que duró este célebre centenario; el segundo, compuesto de 880 versos, enumera los altares, arcos triunfales, pinturas, iluminaciones, etcétera; el tercero, que consta de 1.560 versos, como el primero, describe los carros, las cofradías, y relata los episodios que ocurrieron en estas espléndidas fiestas; todo en un tono alegre, pero de una alegría seria que hace pensar en las fiestas del cielo.

Este tercer centenario, dice Vidal y Micó, fué el más brillante de todos, porque además del esplendor de las fiestas y del entusiasmo público, hubo una emulación de generosidad de que se beneficiaron principalmente los huérfanos de San Vicente Ferrer. El arzobispo Andrés Mayoral dotó á 24 huérfanas de las que por su edad podían ya dejar el asilo que las había recogido en su infancia y el Cabildo señaló dote á las demás; el Comercio hizo al establecimiento un donativo de 400 libras; á los conventos y hospitales se hicieron análogas limosnas; la Universidad confirió gratuitamente los grados á los estudiantes pobres.—Pero ¿por qué todas estas liberalidades?—Por «*el bienestar de que gozaban todas las clases y el espíritu de religiosidad que las animaba.*» (p. 633).

También este siglo ha tenido su centenario de San Vicente Ferrer; ¡triste siglo, ay! testigo de tan odiosos saqueos.

El relato del cuarto centenario, celebrado veinte años después de las sacrílegas violencias de 1835, forma también un volumen de 450 páginas, debido á la pluma del cronista oficial de Valencia, D. Vicente Boix, habiéndose compuesto en él cinco mil versos.

Valencia volvió á ser en parte lo que era.—La iniciativa privada pudo reunir 75.000 reales (18.000 francos), 3.500 luces alumbraban la catedral al entrar en ella la procesión.—El buen Vidal y Micó trata de ensalzarlas. ¡Ah! los tiempos habían cambiado.

No quiero hacer mención más que de la inscripción esculpida en la pared del convento convertido en cuartel:

El pueblo de Valencia consagra esta memoria á su gran Santo y gran patricio Vicente Ferrer. Sea testimonio de religiosidad y patriotismo á los siglos futuros.

En el IV de su canonización, año MDCCCLV.

Y encima, como una ironía, está grabado el escudo de Valencia y el emblema del rey conquistador, que levantó ese edificio después de una victoria que dió origen á la civilización española (1).



(1) No es Vidal y Micó, fallecido muchos años antes, el que reseña el IV centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, sino el editor de la nueva edición de su obra impresa en Valencia en 1857. Véase el Apéndice. (N. del T.)



CAPÍTULO IX

EL CULTO EN ITALIA

Florenxia. — Un bastón poco cómodo. — La Biblia de Pisa. — Pléyade de santos — Las tempestades — Piamonte y Lombardia — Un Santo que fracasa. — Los terremotos — Nápoles: San Javier olvidado. — Rey asombrado. — La verdadera plegaria. — Don Juan de Austria. — Dos homónimos. — Otro bastón. — El consuetudinario de la Minerva.

LA Italia ó por lo menos el Centro y el Sur de Italia, no recibieron el apostolado de Vicente Ferrer, porque había allí hombres de gran santidad capaces de producir las mismas obras de vida que él; ya sabemos lo que contestó á los florentinos y podemos añadir que el bienaventurado Juan Dominici, que él les recomendaba, no era el único. La leyenda de otro bienaventurado, Pedro de Jeremias, dice que «trabajó en el ministerio de la palabra con tanto más ardor, cuanto San Vicente le había asegurado que Dios bendeciría su apostólico celo.» Y ahora vendrá San Antonio en medio de una pléyade que saludaremos muy pronto. Séméria se equivoca, pues, al decir «que habiendo sido muerto Boucicaut por un habitante de Polcévéra en 1409, á causa de su tiranía, Vicente Ferrer volvió á Génova y fué á predicar á los Pisanos, á los Florentinos y á los Sieneses.»

El archivero Guasti, que ha compulsado en Florenxia página por página todos los archivos, como lo prueba el voluminoso trabajo publicado por el mismo, no ha hallado el menor vestigio de San Vicente Ferrer. En Santa María Novella, cronistas completos, si no

perfectos, sólo le mencionan para hablar de sus reliquias y de los cuadros que ha inspirado.

Siena está muda respecto á San Vicente Ferrer, y otro tanto le sucede á Pistoia. La crónica del P. Vicente de Poggio, conservada en Lucca, relata *con amore* todas las cosas importantes, especialmente las que se refieren á Santa Catalina de Sena y ciertamente que el autor no hubiera olvidado á su patrón si hubiese hallado algún rastro de su paso por Lucca. Habla de él, sí, pero de un modo indirecto.

Nuestros cronistas del convento de Pisa sólo mencionan á San Vicente Ferrer á propósito de una Biblia de su uso que ilustró con notas marginales. Estas notas han dado lugar á que á veces se encuentre inscrita entre las obras del Santo: *Concordantia at totam Bibliam*.

Este convento, que muy pronto se transformó en Seminario, no ha sufrido apenas modificación alguna, y su biblioteca, llena de inestimables riquezas, está intacta. Pero su principal tesoro es la Biblia de San Vicente Ferrer, tan auténtica como la de Valencia. Obra maestra de caligrafía, sus caracteres son tan perfectos como los de la más esmerada impresión, el pergamino de una finura extraordinaria y la encuadernación en madera muy sólida. Al final de ella se encuentran las Oraciones y Oficios llamados del *Común*, con el Ordinario de la misa y el canto del Prefacio; era evidentemente un Misal portátil, á la vez que una Biblia. En la portada se lee: *Hanc Bibliam Domino inspirante Beatissimus Pater Vincentius Valentianus reliquit mihi fratri Antonio d' Auria ante obitum suum*. Luego en la parte inferior de la página, refiere Fr. Amadeo de Pisa cómo ha podido obtener esta Biblia de Fr. Antonio d' Auria y declara que la deja á la sacristía del convento.

Pero en cambio el culto á San Vicente Ferrer es todavía tan vivo ó más en todas las poblaciones de Italia, que en cualquiera otro país por donde haya pasado. Es como una pena inconsolable que tratara de aturdirse multiplicando los testimonios de afecto.

En el gran claustro de Santa María Novella, una de las maravillas de Florencia, todo cubierto de frescos, que atrae á los extranjeros tanto como la famosa capilla de los ingleses, los tres arcos 55, 56 y 57, están dedicados á San Vicente Ferrer. En la sacristía hay un buen cuadro que representa el milagro de Salamanca, y entre los que decoran la iglesia debe citarse el de *Daudini*, que está sobre el altar de la familia Cavalcanti, el cual representa á Vicente Ferrer predicando y encima el juicio final. Delante de este cuadro arde constan-

temente una lámpara mantenida por las limosnas de los fieles y se ganan indulgencias orando ante él.

Todos los días se bendicen niños con su reliquia, que es un hueso pequeño del tamaño de un guisante; llevan hasta edad avanzada los colores de su hábito y los enfermos van á beber agua bendecida en su nombre. Tambiën allí se conserva uno de sus bastones, y por cierto que sólo viendo la auténtica, perfectamente en regla, puede creerse que sea este bastón de San Vicente Ferrer, porque es poco cómodo, encorvado imperfectamente en forma de báculo episcopal, roto por el medio y recompuesto con una especie de anillo de marfil y provisto de una contera de cobre sobre la que hay grabada una cruz. Por lo demás, se le conserva con mucho esmero.

Nuestro convento de San Marcos, tan lleno de obras maestras que el vandalismo italiano no se ha atrevido á tocar más que convirtiéndolo hasta cierto punto en museo, no tiene, ni puede tener recuerdo alguno de nuestro Héroe, pero se conoce que hasta allí ha resonado su voz, pues en la fachada de la iglesia se encuentra su estatua al lado de la de Santo Domingo.

Tambiën en el interior está representado en un buen cuadro y Fra Bartolomeo, émulo feliz muchas veces de Fra Angélico, le ha dedicado un hermoso lienzo que se conserva en el museo de Bellas Artes, sala de los Antiguos, con el número 65. El mismo Fra Angélico le ha pintado en un medallón de los que rodean su famosa Crucifixión, y San Antonio, que llegó á ser obispo de Florencia, le ha consagrado conmovedoras páginas de su historia demasiado concisa.

El monasterio de Prato, que Santa Catalina de Ricci hizo célebre, fué edificado bajo su advocación.

En nuestra iglesia San Román, de Lucca, tiene un altar digno de la reliquia que en él se venera, alcanzada por el bienaventurado Juan de Pistoia, fallecido en este convento en 1491. La losa sepulcral, colocada en medio del coro, lleva la inscripción siguiente:

«Aquí se conserva el venerable cuerpo del bienaventurado Juan de Pistoia, hombre de gran santidad en vida y excelente predicador, que tomó en esta ciudad el hábito de Hermano Predicador: imitador celoso de San Vicente Ferrer, propagó su culto y enriqueció nuestra iglesia con la insigne reliquia de un dedo del Santo.»

La fiesta de nuestro Santo, que se celebraba en Lucca el V domingo después de Pascua, era, antes de la expulsión de los religiosos, una verdadera fiesta popular.

«Gracias al celo de Juan de Pistoya, dice Franciotti (*Historia de los Santos de Lucca*, p. 507) se erigieron en Toscana una multitud de altares, estatuas y templos á Vicente Ferrer, recién canonizado.»

El culto de San Vicente Ferrer ha disminuido en las ciudades, como la fé, pero el aldeano en lucha perpétua con las dificultades de cada día, que sabe lo que cuesta el grano de trigo que alimenta al hombre, mira al cielo, aunque sólo sea para conjurar los elementos, y como en esas llanuras de la Toscana y de la Umbria rodeadas de colinas vienen á descargar todos los años terribles tormentas, hace falta un protector y este protector es San Vicente Ferrer. Todo el territorio del antiguo ducado de Lucca solemniza su fiesta con el esplendor posible y en Camaiore hay un convento de nuestra Orden bajo su patronazgo.

En San Pedro d' Aliana, aldea situada entre Prato y Pistoya, tienen en gran devoción su imagen y todos los años se hacen en su honor tres ó cuatro procesiones muy lucidas: en cambio Vicente Ferrer les libra del granizo.

En Santa Maria al Fornello, diócesis de Florencia, se inauguró hace un año con gran solemnidad una hermosa imagen de San Vicente Ferrer. En el mes de Mayo hubo una tormenta y granizada terribles, pero todo el término de la parroquia fué escrupulosamente respetado, como si el azote tuviera á la vista los límites catastrales.

En el pueblo de San Andrés un honrado administrador, llamado Gaetano, cayó de lo alto de un carro en un torrente lleno de piedras en donde debía romperse los huesos. No hizo más que decir: *¡San Vicente bendito, salvadme!* y resultó ileso. En agradecimiento hizo construir á sus expensas una capilla en honor á su protector en el pequeño convento del pueblo é instituyó una fiesta anual. Murió hace algunos años.

Desde 1419, es decir, inmediatamente después de su muerte, tiene Vicente Ferrer en Chiéri, en el Piamonte, un altar muy frecuentado. Un prior de nuestro convento hizo por su cuenta una información á cuyos gastos contribuyó la ciudad y se registraron muchos milagros, entre ellos los siguientes:

«Gaspar Brilla, de Chieri, mordido por un perro rabioso y que aullaba como los perros, habiendo sido ofrecida á San Vicente Ferrer una imagen de cera, curó por completo.

»A Juan de Albano, carpintero, se le cayó una herramienta en un pié, formándosele con los huesos, los músculos y la sangre una

especie de pasta, y habiendo hecho un voto al Santo, se detuvo la sangre y á poco quedó curado sin intervención de los médicos.

»El joven Andrés Zurlet, de Savigliano, se hallaba espirando é iban á santiguarle por última vez: su abuelo se marcha desconsolado, pero al pasar por la iglesia de Santo Domingo de Chieri y ver los *ex-votos* en el altar de San Vicente, hace él una promesa á éste y en el mismo momento recobra el niño la vista y la salud.

»Beatriz Brolia, de Chieri, declara que su marido, mudo y paralizado, en cuanto hizo un voto á Vicente Ferrer, recobró la palabra y el conocimiento que conservó hasta su muerte.»

La familia de Broglie, que tiene cerca de allí su panteón, debe también al Santo especiales favores.

La ciudad de Fano, en el ducado de Urbino, agradecida al maravilloso socorro que Vicente Ferrer le prestó durante las epidemias y en otras ocasiones, le tomó por protector mediante decreto publicado el 5 de Abril de 1567, en cuyo día se celebró una fiesta solemne.

En una ordenanza de la municipalidad de Turin, fecha 18 de Mayo 1739, se lee que atendida la confianza de los habitantes en San Vicente Ferrer, los milagros que diariamente hacía y el ejemplo de la mayor parte de las ciudades de Italia, Turin le elegia como especial patrón.

En la extensa acta de una de las anteriores sesiones del Consejo se refiere que el Provincial y el Prior del Convento habían presentado á éste sesenta ejemplares ricamente encuadernados de una vida de San Vicente Ferrer, habiendo sido recibidos solemnemente por los syndicos. Aceptado el obsequio, se decidió celebrar la fiesta del Santo durante ocho días á partir del 19 de Abril, con sermón diario, y que los representantes de la ciudad asistirían en corporación el último día, señalándose una suma de ciento cincuenta libras para indemnizar á los religiosos de los gastos de impresión, y un donativo de 20 libras de cera para contribuir á la suntuosidad de la fiesta.

Según el P. Jacinto Albert Torre, en 1730 se estableció en nuestra iglesia de Turin una cofradía bajo el patronato de San Vicente, y con tal motivo se restauró su altar adornándolo ricamente, en especial un cuadro del Florentino Galeati que lo representa predicando al pueblo.

En 1776 unos señores legaron un capital de 25.000 libras, cuya renta se destinaba á la fiesta del Santo, y un Breve pontificio, fecha 9 Julio 1776, concedía 7 años y 7 cuarentenas de indulgencias á todos los que asistieran á la fiesta y á la novena.

Todavía hoy el culto de San Vicente Ferrer en nuestro convento de Turin se traduce diariamente por favores especiales que sería oportuno publicar para edificación de todos.

En Savigliano el *Ceremonial* de la ciudad hace constar que San Vicente Ferrer fué elegido en 1752 *Coprotector* á causa de una epidemia muy mortífera que azotó el país y que el redactor llama *Influsso* (Influenza), asistiendo los magistrados en corporación á la solemnidad con que se celebró su fiesta. En 1754 dispuso el Senado que esta fiesta se anunciara en lo sucesivo la vispera y la mañana del día en que se celebraba por medio de la *tribodetta*, campana mayor de la *Terre Heroica*. Por último, en 1774 se celebró un solemne triduo en honor del Santo para alcanzar la lluvia, y llovió.

En Plasencia se hace todavía una novena anual en honor suyo en nuestro antiguo convento de San-Giovanni in Canale, bendiciéndose durante tres días en su nombre los campos. La *Nuovissima guida della città di Piacenza* enseña á los visitantes que la capilla pintada al fresco por el eminente profesor Pedro Giorgi está dedicada á San Vicente Ferrer, elegido patrón de la ciudad en 1736. En ella hay un cuadro que representa al Santo resucitando un muerto, el milagro de Salamanca, obra de José Marchesi, llamado el Sansón, Boloñés, y otros dos grandes lienzos consagrados al mismo prodigio.

Las memorias históricas del convento de San Pablo de Verceil dicen que la devoción á San Vicente Ferrer fué introducida ó, por mejor decir, renovada en Italia y en particular en Verceil por el P. Campana. Nuestra iglesia no tenía entonces altar dedicado al Santo, aunque fuese muy honrada su imagen pintada por Ferroni de Milán, y no queriendo verse adelantados por la catedral, que estaba disponiéndole un altar suntuoso, el conde Buronzo d' Asigliano hizo erigir aquí en 1745 un bonito altar de mármol de diversos colores admirablemente labrado.

En Mayo de 1727, en la tarde de la novena en honor del Santo, cuando la multitud llenaba la iglesia de San Eustorgio en Milán y la plaza contigua, las detonaciones de las armas de fuego espantaron los caballos de los carruajes estacionados en un ángulo de la plaza, echando á correr desbocados por las calles y atropellando á multitud de personas. Una de ellas fué un joven llamado José San-Pietro, el cual fué pisoteado por los caballos, pasándole las ruedas de los carruajes por encima; pero cuando todo el mundo le creía muerto, vieron que se levantaba sin lesión alguna, debido á que la gente, al

ver el peligro, había gritado: «San Vicente Ferrer, protegedle». — De aquí proviene la gran devoción que Milán le profesa.

Benedicto XIII, de nuestra Orden, concedió á Milán, lo mismo que á Vannes, la fiesta de la traslación de las reliquias de San Vicente Ferrer con indulgencia plenaria.

Tal vez habría motivo para pedir que se celebrara esta fiesta en nuestra Orden, como se hace con muchos de nuestros Santos.

Esta iglesia de San Eustorgio en Milán, soberbio monumento del siglo IV, fué enteramente restaurada en el siglo XIII, *época d' oro della chiesa*, dicen sus monografías. En ella tiene nuestro San Pedro Mártir sus reliquias y su altar, verdadera obra maestra. No lejos de Milán se halla el lugar visitado por los peregrinos en que San Pedro cayó víctima de su celo por la fé, señalado por un pequeño altar, y desde el cual arrastrándose por el bosque, vino á morir al sitio mismo en que se levanta el altar mayor del convento que lleva su nombre. Está permitido á los que le visitan llevarse un poco de esta tierra empapada de sangre generosa sobre la cual escribió el héroe con esa sangre el *Credo* del cristiano, y se guarda religiosamente el cuchillo, especie de largo yatagán con que le hendieron el cráneo. El pueblo lleva su nombre y las mujeres llevan en honor suyo en su tocado un sol de plata.

Antonio Lugini recibió el encargo de adornar la capilla de San Vicente Ferrer, en la cual hay dos grandes cuadros que representan uno el milagro de Salamanca y otro la aparición de Aviñón, y en la nave derecha hay además otro cuadro del mismo artista que representa también al Santo. Los cofrades del Santo Sacramento le han tomado por patrón, celebrando solemnemente su fiesta el 4 de Septiembre en San Eustorgio. «*Si sa ch' erca un santo ch'efaceva fracasso*» expresión del archivero. Tiene también su altar en *Nuestra Señora de la Gracia*, en la que hay un cuadro representando la resurrección del niño asado.

Gran devoción hay también al gran taumaturgo en Cremona, que lo ha tomado solemnemente por uno de sus protectores, en Novara, en Verceil y en Módena.

En los archivos de Santa Sabina encuentro mención de dos prodigios poco conocidos, obrado uno en Mano el 17 Abril 1735 y el otro en Junio del mismo año en los *Zitelle mendicanti*.

Ferrarini cita esta frase de un personaje eminente: «No se puede ir á parte alguna sin oír hablar de algun favor ó milagro de San Vicente Ferrer.»

Faenza, Ancona, las Romanias, las Marcas están pobladas de estátuas ó de oratorios levantados en honor suyo.

Los prodigios obrados por sus imágenes, sus bulas, el aceite de sus lámparas ó una simple invocación á él, son en todas partes numerosos y cotidianos. Teoli ha escrito sobre ellos muchas páginas, tomadas en las fuentes de las diversas localidades. En fin, toda Italia le reivindica como cosa propia.

En Fabriano, en la marca de Ancona, durante el carnaval de 1733, hubo violentos temblores de tierra, repetidos á intervalos bastante largos, que tenían á sus habitantes en ese doloroso estado de aguda expectación. El gobierno dispuso rogativas públicas y se expusieron las imágenes más veneradas, no en vano, porque la plegaria nunca deja de ser eficaz; pero Dios esperaba que se acordaran de su servidor. El día de Santo Tomás el predicador habló de los prodigios obrados en Nápoles por San Vicente Ferrer, precisamente con ocasión de temblores de tierra, y esto fué bastante para que se adornara magníficamente su altar, se expusiera su reliquia y se empezara un triduo. A la primera ceremonia hubo una sacudida formidable, pero no vaciló la fé. Después del triduo el gobierno hizo pintar la imagen del Santo en el Palacio apostólico con esta inscripción: «Divo Vinc. Ferreri proctectori ob liberatam civitatem á terre motibus Carolus Gonzaga Mantuamus N. S. Reg. et Gubernator monumentum possuit anno, sal. 1783.»

La fiesta del Santo, que caía algunos días después, se celebró con todo el esplendor y alegría posibles y muchos fuegos artificiales. Durante la procesión se presentaron sobre la ciudad espesas nubes ocultando el cielo, pero nadie se inquietó, ni se apresuró; cuando terminó la fiesta se obscureció más el cielo y empezó á llover. De estos hechos se envió relación á Roma.

Un obispo ha calificado á Vicente Ferrer de «Santo cuyos diocesanos hacen todo lo que quieren: *Questo è un santo che i Ravennati lo fano fare á loro modo.*» (Palabras de Mgr. Jerónimo Crispi, obispo de Rávena).

«En la biblioteca del Palacio Ducal, en Venecia, puede leerse una carta de Ravennate Carlo Lovatelli al conde Paolo Antonio Milceti Faentino, *scritta in ocassione della grazia conceduta da Dio per l'intercessione de S. Vinc. Ferrero al sig. Ippolito suo figliuolo da mortale infermitá liberato.* Esta carta tiene siete páginas en 8.º, de las que no recuerdo más que estas tres líneas. «Los médicos que conocían el peligro más que nadie sin poder conjurarle, nos sugirieron la idea á

la condesa y á mi de recurrir á los Santos y pensamos en San Vicente Ferrer.»

El joven tenía diecinueve años.—Esto terminó naturalmente por un soneto que se hallará en el *Cartulario*.

Tengo á la vista la relación de un milagro ocurrido en el monasterio benedictino de Santa Margarita, en Como. Encomendada á San Vicente Ferrer la persona para la cual se habían agotado todos los recursos de la ciencia, experimentó al pronto una gran tranquilidad de ánimo y luego quiso levantarse, lo cual le impidieron por la gran debilidad que sentía; pero muy luego fué tan fuerte el *impulso interior*, que se levantó y desapareció el mal por completo, cosa que hizo constar el médico por medio de una acta aprobada por la autoridad eclesiástica el 19 Agosto 1740.

La biblioteca de la *Casanate* en la Minerva contiene algunos volúmenes de *Misceláneas* en los que se relatan numerosos milagros obrados por intercesión de San Vicente Ferrer.

En Nápoles el culto de este santo ha revestido diferentes formas: muchos niños llevan en su honor el hábito Dominicó; el pueblo ha olvidado el nombre patronímico de la gran familia Dominica y llama á los Hermanos Predicadores *Fрати di San Vincenzo*.

Refiérese en Nápoles un hecho reciente y que ofrece bastante interés para que demos cuenta de él. Trabajando un día el rey Fernando II en su despacho vió entrar de improviso á un Dominicó que le presentó un memorial suplicándole que lo despachara inmediatamente. Aunque era muy afecto á la Orden, le sorprendió desagradablemente esta impertinencia, y llamó á sus guardias, los cuales afirmaron que no habian dejado entrar á nadie y lo mismo respondió la servidumbre á la que se interrogó. Preocupado el rey se dirige inmediatamente en su carruaje al convento de *San Domenico Maggiore*. «¿Quién de vuestros subordinados, pregunta al Prior, es el que ha venido al palacio?»—El Prior responde que nadie ha salido del convento con conocimiento suyo. «¿Todos los religiosos están en el convento?»—Sí, Majestad; en todo caso podemos asegurarnos de ello.» Reunida la comunidad á toque de campana, pudo el rey contar todos los súbditos de su real convento de Santo Domingo, pero esto no aclaraba el caso. Entonces el prior tuvo una inspiración repentina y le dijo: «Venid á la iglesia; quién sabe si estará allí el que buscáis?»—«Helo ahí», dijo el rey señalando un cuadro: era San Vicente Ferrer.—Una pobre viuda, de esas á quienes la desgracia halla poco preparadas para el penoso oficio de pretendiente, se habia dirigido al Santo

y había depositado en su altar la solicitud. El Santo desempeñó su comisión y el hijo fué colocado en el colegio real, obteniendo más tarde un honroso empleo, y la hija en una buena casa de educación.

En 1836 el cólera se cebaba en Nápoles, y el mismo San Javier nada podía contra la epidemia. Entonces se dirigieron á San Vicente y el cólera desapareció, por lo cual se celebró una espléndida fiesta y se fundió una estatua del Santo de plata maciza, instituyéndole solemnemente patrón de la ciudad el 30 de Abril 1838, según acta que obra en sus archivos con el número 29. En los *documentos* se hallará esta acta que honra al municipio napolitano.—La estatua, que forma parte del tesoro de la catedral, costó 1.500 ducados (el ducado vale 4 fr. 25).

Nuestra iglesia de San Pedro Mártir, en Nápoles, posee el retrato del Santo hecho por Van Dyck, rodeado todo él de medallones que representan escenas milagrosas, y en la parte inferior la piadosa reina Isabel de Aragón pide á San Vicente Ferrer que haga patente su inocencia.

Pero donde es honrado con esa devoción que obliga á los taumaturgos es en *Santa Maria della sanita*, en donde hay una imagen suya, muy antigua, parecida á la de la *Casa natalicia*, de Valencia, colocada bajo una inmensa urna de cristal, de la que sólo se ve la cabeza, pues el cuerpo está cubierto de *exvotos*.

Hay que ver orando ante esta imagen alguna alma necesitada, alguna madre temerosa, algún pecador abrumado bajo el peso de las locuras humanas.

El coro está atestado de testimonios de favores alcanzados, en su mayor parte sencillos, pues allí se encuentran todos los trajes ó utensilios que se usan de cien años á esta parte; y en cuanto á los *fac-simile* de cera, ataúdes de niños y muletas, es infinito su número. Los objetos de valor están encerrados con tanto cuidado, que honra más á la prudencia de los buenos Padres Menores que á su confianza en la Nápoles de nuestros días.

Esta iglesia ha sido nuestra. Cuando los Menores Observantes se hicieron cargo de ella, Vicente Ferrer les dió la bienvenida del siguiente modo: Se hallaba el sacristán tocando la campana en lo alto de la torre, y perdiendo el equilibrio iba ya á caer y estrellarse, cuando una rápida invocación á *San Vincenzo* hizo que lo recobrara sin saber cómo. El cuadro que conmemora este hecho lleva la fecha de 1820.

Desgraciadamente nadie ha pensado en recoger estos hechos maravillosos ocurridos á diario, con los que podria hacerse un libro interesante.

D. Juan de Austria era muy devoto de San Vicente Ferrer. Siendo virrey de Cataluña pidió una reliquia suya y le enviaron de Valencia un hueso pequeño, cuya reliquia sofocó una revolución en Nápoles en 1647. Apoyada por las armas francesas, había llegado la rebelión á su apogeo á principios de Abril. El día 4 hizo exponer el Santísimo Sacramento en el altar de Vicente Ferrer, y llevando en su pecho la reliquia, monta luego á caballo, recorre las calles, promete perdón á los que depongan las armas y cesa en seguida el tumulto como por encanto. En memoria de este beneficio asignó una cantidad para la fiesta del Santo á la parroquia de Consuezza, en territorio de su Encomienda.

Cerdeña honra á nuestro Santo con un culto especial. En Sarsari, Iglesias y Cagliari se cantan sus *Gozos* en español y en su nombre se bendicen las personas y los campos.

Córcega y principalmente el estrecho de Bonifacio experimentaron mucho tiempo los efectos de su protección de una manera visible, acerca de lo cual refiere muchos casos Téoli, que habitó en nuestro convento de Bonifacio.

En cuanto á Sicilia, véase lo que se lee en la *Sicilia Sacra* y en Fontana, en el año 1466:

«El bienaventurado Vicente Pistoia, predicador apostólico en Sicilia y fiel discípulo de San Vicente Ferrer, ilustraba por este tiempo la Iglesia católica... Él era el que, cortado en pedazos y cocido siendo niño por su madre loca, fué resucitado por San Vicente Ferrer. Sus fervorosas predicaciones convirtieron gran número de Judios, despoblándose la sinagoga hasta el punto que los que quedaron decidieron no ir á oírle. Pero el virey Loximeno les mandó por orden de 18 Marzo 1466, bajo severas penas, que asistieran á los sermones del celoso predicador, los cuales tenian lugar en la iglesia de los Hermanos Predicadores cerca de *Piazza*.»

Esta narración incolora dice más que todos los ditirambos. Hemos hallado en Vannes renovada esta curiosa historia de Morella, restándonos decir que para inspirar confianza se valia el predicador de un argumento irrefutable, cual era descubrir sus brazos y enseñar las suturas que indicaban la unión de las carnes.

En aquella época había en Sicilia otro apóstol que ya conocemos: el bienaventurado Pedro de Jeremias, cuya canonización se está

preparando, y cuyo cuerpo se halla debajo del altar mayor de nuestra iglesia en Palermo. En 1887 se ha celebrado con gran magnificencia su cuarto centenario. Yo he visto las horribles cadenas ó más bien argolla de hierro que llevaba alrededor de los riñones, cuyo formidable instrumento de suplicio, por el mérito de los dolores que ha causado, es un poderoso auxiliar en los alumbramientos difíciles y peligrosos.

Así que fué canonizado nuestro Santo se le erigió en la iglesia de Santo Domingo, en Palermo, un suntuoso altar; pero para atender á las exigencias de un culto siempre creciente se edificó dos años más tarde, en 1458, una iglesia y un convento bajo su advocación, habiéndose puesto sobre la puerta de la iglesia la inscripción siguiente: «*Anno Jesu Christi MCCCCLVIII kal. Maij. Pont. Max. Calixto III. rege Aragonum D. Alphonso. Simon Bononius Panormitanus antistes Divo Confessori Vincentio hoc templum dicavit.*»

En 1585 establecieron los confiteros su cofradía, que llegó á ser muy floreciente, y también se fundó otra bajo su patronato en 1715 en el convento de Santa Zita, que se tituló por el pronto de Santa Zita y San Vicente y más tarde sólo de San Vicente, cuyos cofrades llevan un traje parecido al hábito Dominicano con una medalla de San Vicente Ferrer. La fiesta se celebraba en Palermo el domingo de Cuasimodo, como en Valencia, con procesión y pompa extraordinaria. El Senado de Palermo le eligió patrón de la ciudad.

En nuestro convento se conserva un misal suyo, que es un precioso manuscrito en 8.º sobre pergamino con ligeras iluminaciones.

El de Marsala posee un bastón de San Vicente Ferrer, cuyo origen es el siguiente. Viajando por España un Dominicano siciliano encontró al Apóstol, trabó conversación con él y le pidió algún objeto como recuerdo. El Apóstol, á falta de otra cosa, le dió su bastón, que tiene 1'27 de largo y 0'10 el puño; está encerrado en un estuche de plata y sólo se ve por una abertura ó claraboya. Téoli, que ha visto este bastón en Trani, lo describe así: «Tiene cinco palmos de largo, es de una materia desconocida y en forma de muleta.» Este bastón ha obrado milagros en todo tiempo, lo que prueba su autenticidad.

Una estatua del Santo en mármol blanco, obra del célebre escultor Cagini, ha merecido llamar la atención de los ladrones oficiales, por lo que está bajo sellos.

La Sicilia ha dado á Vicente Ferrer el nombre de *il Santo delle grazie*.

Por mucho tiempo el culto de San Vicente Ferrer ha eclipsado en Sicilia el culto de la misma Santa Lucia, la gloriosa virgen de

Siracusa, y la provincia Dominica de Sicilia ha conservado la costumbre de cantar después de la *Salve Regina* de las Completas la antifona á San Vicente Ferrer.

Pero ¡qué tristeza da recorrer esta isla, en otro tiempo tan floreciente y tan cristiana! Delante de la iglesia de Santa Agata, en Catania, crece la hierba libremente y toman el sol las lagartijas. ¿Detendría ella hoy la cólera del Etna y la terrible lava?—El convento de los Benedictinos, maravilla del arte de preciosos mármoles, sirve hoy de colegio á una juventud desvergonzada.

En los Abruzzos, tan luego como se sufre una desgracia privada ó una calamidad pública, se celebran triduos ó novenas en honor de San Vicente Ferrer y se pide á nuestros religiosos que vayan á los campos á bendecir las cosechas invocándole.

Roma, dígase lo que se quiera, no ha visto á Vicente Ferrer, ni tenía por qué verle. Pero vuelta á sí misma y á sus Pontífices, no ha olvidado á aquél á quien tanto debe. Canonizado en la Minerva, las reliquias, los cuadros, los recuerdos de Vicente Ferrer ocupan buen lugar en la Ciudad Eterna.

El *Consuetudinario* de la Minerva describe en extensas páginas los preparativos de su fiesta y de la novena que la precede, en lo cual se ocupan muchos meses antes, celebrándose el tercer domingo después de Pascua, con indulgencia plenaria, en virtud de un Breve especial.







CAPÍTULO X

EL CULTO EN DIVERSOS PAÍSES

Cuadro parlante.—Condenado que no teme.—Patrón de Mallorca.
 —Para qué sirven las estatuas.—El niño de Ragusa.—En Constantinopla.—Cardenales rusos.—En el Nuevo Mundo.—Algunos nombres.—Un Santo que no tiene celos.—San Vicente de Paúl.—Córcega á Francia.

EXISTEN otros muchos teatros de este culto tan extendido, que no podemos dar á conocer más que á la ligera.

Mallorca, objeto de un cuidado especial de parte de Vicente Ferrer, tampoco ha sido ingrata, pues allí, como en todas partes, se ha perpetuado el culto por medio de prodigios.

En 1674 Antonio Suñer, de Palma, poseía un cuadro que representaba al Santo, y ¡cosa extraña! este cuadro le causaba un horror que no podía dominar. Creyó conveniente colgarlo en la pared exterior del convento de los Mínimos, que daba á la plaza misma en que había predicado el Santo y que sirviendo de paseo público á la orilla del mar, era frecuentada por gente ociosa y teatro de muchos pecados. Impresionando el cuadro los espíritus y la vista, empezó la gente á contenerse y luego á orar.

Llegó un día en que observaron que la imagen se movía: se acercaron y vieron que la figura estaba animada y salían de sus labios palabras inteligibles. Menudearon los comentarios é iba el terror en aumento, cuando se descubrió que había una multitud de familias judías convertidas que habían vuelto á sus antiguos ritos, dando lugar á que obrara la Inquisición auxiliada por el prodigio.

Un joven mallorquín acostumbraba orar todos los días ante esta imagen, y una tarde quedó sorprendido al verla como enojada y con

el semblante iluminado con un brillo siniestro. Preocupado con el fenómeno, tomó un camino distinto del que acostumbraba seguir y al otro día supo que había en éste tres hombres apostados para matarle.

Un hombre atacado por cuatro enemigos fué atado á un árbol y ya iban á disparar sus armas contra él, cuando se encomendó á San Vicente, el cual apareció haciendo que las balas cayesen al suelo sin herirle. Los asesinos le dejaron creyéndole muerto y él se encontró desatado é ileso, por lo que hizo público el milagro.

Un desgraciado condenado á muerte marchaba al patibulo alegre y confiado diciendo: «*San Vicente* me salvará», y cuando ya tenía á la vista el instrumento del suplicio llegó la orden del virrey poniéndole en libertad.

El muro en el que se había colgado el cuadro maravilloso se había ido cubriendo de *exvotos*, algunos de gran valor, que eran una tentación permanente, por lo cual el obispo y el Cabildo dispusieron llevar la imagen á una capilla de la catedral, mientras se le construía un soberbio santuario en el que continuó mucho tiempo haciendo milagros. De los realizados de 1674 á 1705 se formó un volumen.

El 6 de Agosto 1675, hallándose en sesión el Consejo general de Mallorca, se dió cuenta de la siguiente petición, que fué aprobada por unanimidad:

«Ilustres señores: el Real convento de Santo Domingo, representado por el Prior Antonio Barcelona, hace presente que el reconocimiento que este reino debe á San Vicente Ferrer exige que se celebre su fiesta de una manera más general y solemne. En efecto (y aquí en compendio cuanto ha hecho el Santo en la isla) sus milagrosos favores han continuado, de lo que es una prueba lo ocurrido en 1634 en que en vista de la gran sequía que se experimentaba se sacó en procesion su imagen y estuvo lloviendo toda la semana hasta la vispera de su festividad en cuyo día duró la lluvia veinte y cuatro horas, resultando la cosecha tan buena como en años ordinarios. En este año acabamos de ver una prueba idéntica de su proteccion, y como el pueblo desea expresar su gratitud al taumaturgo, el convento de Santo Domingo os ruega que impetreis del Papa que declare patron de este reino á San Vicente Ferrer.»

La Sagrada Congregación de Ritos contestó que el proyecto había de ser aprobado en votación secreta y que desde luego se sometería á Su Santidad. Así se hizo por el Consejo el 14 de Octubre *nemine*

discrepante, y el 18 se presentaron dos jurados al Cabildo para darle cuenta del acuerdo y rogarle que en consecuencia escribiera á Roma.

El viernes 10 Septiembre 1681 designó el Cabildo dos canónigos encargados de hacer el presupuesto de un retablo de jaspe que se proyectaba para el altar de San Vicente Ferrer.

Por un acuerdo del Cabildo, de 15 Marzo 1685, se dispuso que los fondos reunidos para el retablo se invirtieran en rentas para el culto del Santo, toda vez que un rico habitante de la capital habia tomado á su cargo la construcción de aquél.

Es tal la devoción de los mallorquines á Vicente Ferrer que el peso de los *exvotos* de plata colocados en su capilla de *la Seo* se elevó á 600 libras, de las que se hicieron tres imágenes suyas de diferentes tamaños, una de las cuales de unos 0'66 m. estaba guardada bajo llave por motivos fundados; en cuanto á las otras el gobierno las convirtió en moneda en 1822 para atender á las necesidades públicas y los duros llevaban el lema *salus populi*.

De nuestro convento de Ragusa hemos recibido el siguiente relato:

«Despues de hablar de las santas reliquias me parece conveniente decir algo respecto á las imágenes milagrosas que se veneran en nuestra iglesia de Ragusa.

»Debe mencionarse en primer lugar la de San Vicente Ferrer, que el pueblo honra en gran manera á causa de los muchos niños á los que ha devuelto la salud, acudiendo toda la ciudad á orar ante ella y llevarle sus ofrendas. Cuando se la colocó en su altar, en la época en que predicaba el P. Juan de Pistoia, es decir, en 1484, cesó de repente la peste que por espacio de tres años assolaba la población, celebrándose aún en el dia la memoria de este beneficio el 5 de Abril, dia de la fiesta del Santo y habiéndose representado el milagro en un cuadro. Más tarde, en 1691, por indicacion del arzobispo y con motivo de padecerse en la ciudad una enfermedad contagiosa, la sacaron nuestros Padres en procesion por las calles, vestidos de penitentes, y aquélla desapareció.

»Pero hay un prodigio más notable todavia, y es la resurreccion de Pedro Bicich, hijo de Ragusa, hecho atestiguado por la tradicion, los documentos oficiales y la pintura. Habiendo fallecido siendo niño, le llevó su madre llena de fé ante la imagen de San Vicente Ferrer y apenas terminada la santa ceremonia objeto de su voto, recobró el niño la vida en sus brazos. En este año 1691 tenia 56 de edad y gozaba completa salud.»

El 26 de Abril 1802 el P. Andrés d' Andrea, Vicario general de la Congregación Dominica de Oriente, escribía al Reverendísimo P. José Pie Gaddi, Vicario general de la Orden:

«De nuevo suplicamos á Vuestra Paternidad Reverendísima que alcance del Soberano Pontífice el permiso para instalar en este convento la Cofradia de San Vicente Ferrer, con todas las gracias y privilegios que disfrutaban las de la Minerva y de Perusa y que se celebre su fiesta *in perpetuum* el martes siguiente al domingo *in albis*.

»Sabed, además, que aqui el pueblo tiene gran devoción á ese Santo.» (*San Pedro de Galata Constantinopla*).

El P. Jacinto Lazzarini, nuevo prefecto de la Congregación de Oriente, escribía á su vez en fecha de 9 Marzo 1804: «Se ruega al Reverendísimo Vicario general de la Orden que alcance lo más pronto posible la cofradia de San Vicente Ferrer para nuestra iglesia y tantas reliquias como sea posible, atendidos los extraordinarios favores obtenidos por su intercesion.

»Enviadme cuantas estampas y reliquias de este Santo os sea posible, pues cada dia son más numerosas las gracias y milagros que tienen lugar y con ello aumenta en gran manera la devoción.»

El culto de San Vicente Ferrer ha existido siempre en Constantinopla, y en una relación reciente vemos que las mujeres turcas van á pedirle la bendición para sus hijos.

Su fama se ha extendido tanto, que en la Rusia negra se le venera como el Apóstol del Occidente, siendo cosa curiosa verle en la ciudad de Leopold vestido de cardenal, como miembro honorario de los *Peregrinantes*, vasta asociación para la propagación de la fé en los países del Norte, cuyos miembros tienen, efectivamente, permiso para usar la púrpura cardenalicia.

Respecto al Nuevo Mundo, basta citar un informe enviado por el convento de Manila (Filipinas): «Desde el siglo XVI estuvieron en gran honor en estos países todas las formas de su culto usadas en Europa, y por consecuencia todos los testimonios de reconocimiento, como *exvotos*, ofrendas más ó menos preciosas, imágenes de cera ó de metal, niños que visten públicamente los colores Dominicos, devoción del lunes, etc.»

Lo mismo puede decirse respecto á la *Trinidad y Santa Fé de Bogatá* (Nueva Granada).

Personas de gran autoridad han profesado á San Vicente Ferrer un culto extraordinario.

San Luis Bertrán decia á cuantos querian oirlo que Vicente Ferrer

era un hombre como no se vería otro en el mundo. «Cuando estaba muy enfermo, refiere su biógrafo, invocaban en su favor la divina misericordia, el auxilio de la Santa Virgen y de San Vicente Ferrer, y al oír este nombre exclamó de repente: *¡O Sancte Pater Vincenti, pater mi, pater mi, currus Israel et auriga ejus!* Habiendo recobrado algunas fuerzas, su primer cuidado fué ir á celebrar la misa á la capilla de su Santo predilecto.

El bienaventurado Nicolás Factor, Franciscano, no estaba seguro de cosa alguna sin su intercesión y á él dirigía á todas las personas que le consultaban. Estando para morir un niño, dijo: «Llevadle á la capilla de San Vicente Ferrer», y el niño sanó.

Como los franciscano creían que le darian gusto hablándole de San Antonio de Pádua, pero él decía: «No, en el momento de morir dirigios á San Vicente Ferrer.»

El bienaventurado patriarca Juan de Ribera eligió la Celda Santa para su sepultura.

Las diversas Órdenes citan religiosos de mérito que debieron á San Vicente Ferrer su santidad y su poder sobre las almas, especialmente al venerable P. Jerónimo López, de la Compañía de Jesús, el P. Jaime López, de la Orden de San Agustín, y otros que menciona la historia de esta Orden.

Ya hemos visto que el ilustre fundador de la Compañía de San Sulpicio debió á la sobrenatural intervención de Vicente Ferrer una de sus más importantes fundaciones. ¿Y quién podrá decir si el homónimo de nuestro Santo, Vicente de Paúl, al contemplar esta existencia tan activa y tan adicta á Dios, no tomó de ella la idea de esa incomparable institución de las Hermanas de la Caridad, que tienen por velo su pudor, por claustro la calle en donde bulle la miseria y por celda la cabecera de los enfermos? Pronto veremos al héroe de la beneficencia meditando acerca de la profética palabra del gran taumaturgo y explicándola con su humildad extraordinaria. Le tenía presente en su mente en todos sus actos, en todas sus enseñanzas, y le invocaba todos los dias para alcanzar el espíritu apostólico.

El bienaventurado Leonardo de Port-Maurice, llamado por San Alfonso de Liguori el gran misionero de su época (primera mitad del siglo XVIII), ponía todas sus empresas bajo la protección directa de San Vicente Ferrer.

Cuando trabajaba en Córcega durante las turbulencias que terminaron con la cesión de la isla á Francia en 1768, escribir al comisario geneneral Giustiniani, residente en Bastia:

«He puesto en manos de la Santísima Virgen y de mi poderoso abogado San Vicente Ferrer el cuidado de restablecer la paz: tened por seguro que han alcanzado ya de Dios este favor y estad tranquilo.»

«Fechado en Corté, 14 Septiembre 1744.»

Y el 16 le decia: «No tengáis inquietud alguna; confiad más bien en que es evidente que la Santa Virgen y mi patron Vicente Ferrer trabajan en el cielo y no dudeis del éxito.»

El 25, después de indicar los medios humanos más prudentes «quiere que se obtenga del Papa una indulgencia plenaria en forma de jubileo, que se reúnan por la tarde en todas las iglesias para rezar el rosario y orar á San Vicente Ferrer y que se le declare protector de la paz en todo el reino.»

Así es como en el curso de la historia se ve en todas las partes la acción invisible de este hombre, y se ve como sigue ocupándose de un mundo en cuyos nuevos trabajos se





CAPÍTULO X (bis).

LA OBRA

El tiempo.—El número.—La paz.—Los Judíos.—Los Moros.—Los discípulos.—Reforma expansiva.—Pléyade.—Para quién la palma.—Una palabra de Lacordaire.

QUERO cuál es realmente la obra de este hombre? ¿Qué surco ha trazado? ¿Con qué claridad alumbra su nombre la historia? Porque, á la verdad, estando encargado de una misión extraordinaria, si no es uno de los grandes bienhechores de la humanidad, tantos prodigios, tantos dones maravillosos vienen á parar á un resultado mezquino, casi ridículo.

La tesis del juicio final ha dejado entrever el servicio eminente prestado al mundo por nuestro Héroe, pues él ha contribuido más que otro alguno, y en la época más crítica, á ese trabajo de resurrección necesario á aquellos que reclama la justicia y de que es el principal obrero el Cristo redentor.

Los imperios pueden en rigor existir en virtud de combinaciones políticas ó de la fuerza militar: lo que hace falta á la Iglesia y por consiguiente al mundo, que sólo subsiste por la Iglesia, son almas, cuyo conjunto constituye su *alma* propia, es decir, su vida.

En otros términos, Vicente Ferrer ha hecho al mundo el más rico presente, el más real, ó, por mejor decir, el más divino; le ha dado el *tiempo*. A su voz, vuelve á seguir su curso el río humano y veinte generaciones le deberán la luz. Para unos es el tiempo la tela de que está hecha la vida, la posibilidad de gozar, la trama del progreso; para otros es la preparación á la eternidad. Saludemos, pues, todos á semejante bienhechor.

Algunos hombres han acusado á Vicente Ferrer de haber hecho retrogradar la razón, creyendo entregarle así á la execración universal; pero precisamente en esto es en lo que ha merecido bien de la humanidad. Una chispa de esta razón tal como se la entiende, es decir, sustituyéndose á la razón divina, ha bastado para producir el dolor y abrir abismos que jamás se cerrarán. Ella es la que desde el principio del mundo nos ha hecho arrastrar en nuestra miserable infelicidad; ella es la decadencia; ella abrumba el corazón de Dios, y le irrita con esa irritación de disgusto que se experimenta ante una crasa ignorancia que no se rinde.

Después de la rebelión quiso Dios agregar á la razón, impotente en lo sucesivo, esa nueva luz llamada la fé que da de nuevo al hombre ese aspecto divino necesario para que Dios le deje vivir y marchar, en términos que el día en que la humanidad en masa rechace ese beneficio, ese día la humanidad tocará á su fin. De consiguiente, reanimar la fé es dar á la humanidad días de vida, al paso que vosotros, imprudentes, activáis el trabajo de la muerte. Hacer germinar la vida por todas partes, tal ha sido la obra de Vicente Ferrer.

Entrado en su carrera como un astro benéfico, pasa haciendo el bien, no deja dolor alguno sin consuelo, ni caído al que no tienda la mano: cura el mal bajo todas sus formas; á los perniciosos consejos del miedo sustituye los salvadores pensamientos de los grandes temores, multiplicando los recursos y las seguridades y siendo esencialmente un astro de luz. Tan hábil administrador, como apóstol y taumaturgo, completa su obra con organizaciones magistrales.

En este desorden completo de la época en que vivió hacia falta á los pueblos, no ya esa claridad tranquila del reino de la paz, sino faros resplandecientes, meteoros inflamados recorriendo el mundo y llamando la atención de los más indiferentes.

Él realizó esta frase de gran alcance, que es como la dilatación de su nombre: *Fué el vencedor de los errores y de los terrores de este mundo.* (San Agustín).

Se fija ordinariamente en 100.000 el número de los delincuentes notables que arrancó al crimen, cifra inferior á la verdadera, que los Padres del convento de Calatayud elevan á 140.000, y á muchos más los *Fasti Mariani*. En cuanto á los pecadores ordinarios, son innumerables, á juzgar por lo que el mismo Santo dijo un día en Salamanca: «La predicación de Noé solo convirtió siete personas y aun éstas de su familia y por medio de este otro Noé ha convertido Dios en un día más de 70.000.» «*Per Noé no se trobe que se convertisen*

sino set persones é tots eren de sa cassa, mes per aquest Noè aras mes de setanta mil en un dia.» (Sermones conservados en la catedral de Valencia, t. IV, p. 45).

¡Y ciertamente no fué tarea fácil! Nos asombran los enfermos curados, los muertos resucitados, las tempestades apaciguadas, los prodigios obrados sobre los elementos; pero no son éstos los grandes milagros, porque no están ahí los verdaderos obstáculos. A un cadáver no le es permitido resistir al taumaturgo que le manda incorporar de nuevo á su espíritu; una nube no puede sustraerse á la señal de la Cruz que la arroja al limite del horizonte; pero la voluntad del hombre es siempre libre, y cuando la libertad humana se encuentra á gusto en la voluptuosidad de sus sentidos ó de su orgullo, cuando se ha sentado en el cómodo carril de la costumbre, que es una falsa imagen de la dicha, allí está la dificultad, esa es la montaña que hay que levantar.

Entre los vicios públicos extirpados por Vicente Ferrer debe mencionarse el juego, pasión terrible que apenas pueden combatir las leyes más severas, hasta el punto que algunos creen necesario abrirle cauces, si se quieren evitar males sociales.

Pero hay un sentimiento más rebelde que toda pasión á la influencia de la gracia, porque se confunde las más de las veces con el honor, las tradiciones de familia, la dignidad personal, y viene á formar parte integrante de la herencia, del blasón y de la sangre; este sentimiento es el odio.

Una de las cosas más difíciles de este mundo es, seguramente, el perdón. La ley antigua apenas contiene sobre este punto algunas tímidas recomendaciones, como esta: Si encuentras al buey de tu enemigo, llévaselo. Pero en cambio dice de una manera terminante: ojo por ojo, diente por diente. Satán, el enemigo, el rencoroso, el homicida *ab initio*, se encuentra en su elemento con el rencor, aun más que con los sentidos, porque es espíritu. Pero Dios ha hecho que al perdón acompañe una intensa alegría que embriaga al alma como un perfume celestial. En la nueva ley, ley de amor, hace de él la condición de sus propias misericordias y todo labio abierto á la maldición queda por este mismo hecho cerrado á la plegaria.

En la época en que apareció nuestro Santo había como una siniestra florecencia de odios, de discordias públicas, de disensiones de todas clases, bastando citar los nombres de los Güelfos y Gibelinos, de los Ursini y de los Colonna en tiempo de Bonifacio VIII. La palabra cisma habla por sí sola con triste elocuencia. Ahora bien, Vicente

Ferrer dejaba á su paso la paz, pues, como dice un historiador, «era su gracia especial». Y para que el tiempo, los parientes ó las circunstancias no viniesen á destruir su obra, se hacian las transacciones ante notarios públicos, cuyas actas quedaban depositadas en los archivos de las ciudades, como si fueran tratados entre naciones beligerantes.

Si grandes eran las dificultades para convertir á los pecadores, se concibe lo que serian tratándose de los Moros y Judios. Estos no ocultaban su odio á los cristianos, pobres, manchados algunas veces con vicios aparentes; y era grande su orgullo al ver á sus pies á las naciones mendigando ese vil metal que tiende cada día más á dominarlo todo. Como, por otra parte, eran intratables, los neófitos se veían en la necesidad ó de abandonar su país y muchas veces su familia, ó de sufrir los desprecios ó las persecuciones de sus antiguos correligionarios.

Pero no consistia en esto el principal obstáculo; era más íntimo. Si el cristianismo es la religión del espíritu, el mahometismo es, seguramente, la religión de los sentidos, siendo las frescas mezquitas de silenciosas bóvedas lugar de placer en donde el Árabe duerme más bien que ora. El Corán, código de higiene insulso y sin relieve, apenas prescribe cosa alguna, fuera de las abluciones y las ceremonias; no molesta á sus adeptos, y el odio al nombre cristiano ha venido á ser la obra más meritoria para ganar el paraíso de Mahoma. Este singular profeta, que no titubea en dar á las pasiones más groseras una sanción derivada de las creencias y que haciendo reposar á sus indolentes pueblos sobre la cómoda almohada del fatalismo, ha podido, por uno de esos misteriosos castigos de Dios, arrebatár á Cristo las comarcas más hermosas del mundo, ese Oriente de donde nos venia la luz, y hasta la Santa Jerusalén!

Y una vez dueños de ellas, ¡con qué arte han multiplicado las comodidades de la existencia! ¡Qué abundancia de aguas en esos climas tórridos! ¡Qué arquitectura y qué refinamiento en todo! ¡Qué bien se han instalado con la mira de gozar! Hasta la naturaleza parece hacerse su cómplice. Sevilla, Córdoba, Granada, la Alhambra despiertan en nosotros como recuerdos de un sueño. Nuestros frios climas no pueden dar idea de estas magnificencias. Allá abajo el naranjo, el granado, el laurel rosa mezclan su amable variedad con las demás lujuriosas plantas, el laurel sus tiernos racimos, el naranjo su blanco cáliz del más puro aroma, el granado sus rojas flores. ¡Ah! si, han querido tener el paraíso en la tierra y el otro sólo podía ser en su imaginación una continuación del primero.

Además, en España era cuestión de dominación y de raza y la guerra santa rugía siempre sordamente. Preciso es reconocer que Mahoma tenía una intuición de genio al abrir á sus pueblos, enervados por la molicie, pero cuyos salvajes ímpetus no llegaban á extinguirse, esa vía de las empresas belicosas: la voluptuosidad llama la sangre. Fácil es comprender con que resistencia tenía que luchar la moral evangélica, todo pudor y caridad: así es que, aun hoy, el misionero católico ni siquiera intenta convertir al musulmán.

La conversión de los judíos ofrecía dificultades mayores todavía, porque hay sobre su alma un sello de plomo puesto por la mano ó más bien por la sangre del Dios vivo, que es como una losa sepulcral que pesa sobre ese gran cadáver de pueblo. Las Santas Escrituras, cuyos guardianes providenciales han sido, no son ya una luz que alumbra su camino, sino un tropiezo y un peligro: ya no se presenta á ellos el lado claro de la nube, sino á nosotros.

Dotados en el más alto grado del espíritu de familia y de tradición, se sostenían unos á otros maravillosamente y también entre ellos estaban expuestos los tráfugas á la más implacable venganza.

A pesar de todo, sarracenos y judíos se convirtieron en masa, imponiéndose de una manera brillante la superioridad del cristianismo á todas las miradas. Con ello cobraron valor los cristianos; se reconocieron el derecho y el deber de constituir ellos mismos una sociedad cuyo código era el Evangelio, y no permitieron á los incrédulos, no sólo formar un Estado dentro del Estado, sino absorber el Estado, formarlo á su imagen. ¿Y que imagen? Cuando un siglo más tarde los reyes católicos dieron el golpe decisivo, expulsando de España á los moros y los judíos, no hicieron más que sacar las consecuencias de un argumento cuyas premisas había sentado Vicente Ferrer.

Y estas conversiones no fueron un fuego fatuo, como pudiera creerse, pues ahí están los documentos oficiales con su nomenclatura de vicios groseros y sus repetidas afirmaciones de que en todas partes fué general la reforma de las costumbres; volvió la paz al hogar con el honor, y la religión, sol de justicia, depurada de prácticas supersticiosas, lo iluminó y purificó todo.

Muchos de ellos ni aun se contentaron con una vida cristiana ó penitente, sino que quisieron llegar á la perfección evangélica. Su ejemplo, sus discursos, sus enérgicas censuras, sus constantes esfuerzos restauraron las Órdenes religiosas, y sus discípulos establecieron lo que se llama conventos de observancia, que no tardaron en imponerse á los otros, porque el valor perseverante acaba siempre por

dominar las debilidades de la conciencia. De aquí que se multiplicaran y se llenaran los monasterios.

Si es cierto, como dice Montalembert, que la Iglesia y la Francia debieron al ejército monástico la victoria decisiva de la civilización; si la decadencia ó el progreso de las nacionalidades están íntimamente ligadas á la ruina ó prosperidad de las instituciones religiosas, y ahí está la historia que lo demuestra, puede verse el gran servicio que Vicente Ferrer prestó á la sociedad cristiana.

En este trabajo de resurrección se ocupó principalmente de su Orden. Él sabía que la Iglesia tiene tanta necesidad de doctrina, como de santidad, y que no va la una sin la otra. Ahora bien, después de la peste negra, para llenar los conventos que habían quedado despoblados se admitieron en ellos personas poco aptas, débiles de voluntad, de espíritu y de cuerpo, lo cual trajo como consecuencia la relajación de las antiguas reglas, que se hizo pronto general. Además, el cisma había roto todos los lazos de la disciplina y los descontentos pasaban de una obediencia á otra; tristes elementos á que daba fuerza el desorden general y que podían perderlo todo.

Para hacer constar los resultados que en este orden de cosas obtuvo Vicente Ferrer bastará dirigir una mirada á la provincia Dominica de Aragón, á la cual pertenecía, y que por mucho tiempo se llamó el jardín de la Orden. Cuando el historiador Diago publicó sus anales, á fines del siglo XVI, contaba siete mártires cuyo culto estaba autorizado, quince bienaventurados, entre los cuales había muchos discípulos de nuestro Santo, tres cardenales, cuatro arzobispos, treinta y seis obispos, cinco maestros del sacro palacio, veintitrés confesores de reyes ó reinas, once ejecutores testamentarios de personas reales y muchos escritores de gran mérito.

Valencia, sobre todo, realizó su profecía, como ya lo hemos hecho constar, y siendo ya madre de valientes, vino á serlo de santos, pues, como dijo un escritor cuando se seguía en Roma la beatificación de San Luis Bertrán y San Francisco de Borja, ella sola había instado más causas que todo el resto de España. Antist asegura en su epístola dedicatoria á los Jurados de Valencia que desde la muerte de nuestro Santo, es decir, en un espacio de ciento cincuenta y siete años habían salido de su ciudad natal un gran número de prelados y de ellos más de veinte cardenales, cuando antes de aquella época no había habido más que cinco. Dos de estos cardenales llegaron á ser Papas, al paso que en todos los siglos precedentes España entera no había dado á la Iglesia más que cuatro Soberanos Pontífices. Se diría

que para compensar la modestia con que Vicente Ferrer rehusó constantemente las dignidades, Dios recompensó en sus conciudadanos el mérito de este proceder.

Entre los astros que pueblan este cielo, hay algunos que brillan con más esplendor, y son precisamente los que se adhirieron á la suerte de nuestro Héroe, necesarios auxiliares de su misión, capaces de continuarla después y, en una palabra, su mejor obra. Estos merecen una monografía aparte, que se hallará en el *Cartulario*, porque aquí estaría fuera de lugar.

Muchos otros discípulos de San Vicente ilustraron la Iglesia en esta época, entre los cuales cita Tonna, calificándolos de *Venerables*, á los Dominicos Pedro Colomer é Ives Milocen.

Fernando de Aragón, á quien el Santo decia algunas veces: «Si yo no supiera lo que habéis de ser un día, os despediria de mi Compañía,» llegó á ser obispo de Télésia, en el Beneventino, en donde hizo mucho bien en los cuatro años que ocupó la sede desde 1454 á 1458.

Martín de Vargas entró en la Orden del Cister y reformó todos los conventos de España.

Francisco de Posadas, cuya fiesta celebramos el 20 de Septiembre «era, dice su historia, un perfecto soldado de Cristo, animado de tal valor que en él parecia revivir Vicente Ferrer, su modelo en todo.»

San Luis Bertrán marchó por entonces al Nuevo Mundo para completar la obra de su venerado maestro. Todos ellos fueron otros tantos satélites que brillaban alrededor del astro principal, tomando de él su esplendor, viéndose todo el siglo XVI alumbrado con esta luz, sin que en ningún otro haya habido tantos Santos.

Durante este siglo fué cuando el B. Lorenzo de Ripafratta († 1457) ejerció su ministerio en Toscana: cuando, bajo su dirección, el apostólico San Antonino († 1459) ofrecia el tipo de la abnegación y de la caridad; cuando el admirable talento de Fra Angélico de Fiérole († 1455) elevándose con un vuelo sublime á las celestes alturas, uniendo en sus obras la suavidad á la fuerza de la inspiración, conmovía los corazones y les hablaba de las verdades eternas con el lenguaje del arte.

El B. Antonio Negrot de Ripoli († 1460) y Constante de Fabriano († 1481); el B. Juan Domenici († 1420) y Pedro Jeremias de Palermo († 1452) adquirieron gran reputación como predicadores y reformadores. Entonces se distinguieron los BB. Antonio *ab Ecclesia* († 1458), Bartolomé *de Cerveriis* († 1466), Mateo Carrieri

(† 1471), Andrés de *Peschiera*, apóstol de la Valtelina († 1480), Cristóbal de Milán recientemente beatificado († 1484), Bernardo Scamacca († 1486), Sebastián Maggi de Brescia († 1494), Juan Licci fallecido en 1511 á la edad de 115 años; y, por fin, Savonarola tan desventuradamente discutido, quemado en 1498 á causa de su celo en favor de la reforma de la Iglesia. Entre las santas hay que citar á Clara Gambacorti († 1420) y la B. Margarita de Saboya.

Pastor hace desfilar á los hombres ilustres de las otras Órdenes en esta época. El brillo de estos grandes ingenios iluminados por la santidad contrasta de una manera extraña con el sensualismo degradante que, nacido del renacimiento pagano, cubría toda Italia de vergonzosas sombras y preparó el protestantismo.

Con esta reforma prestó San Vicente Ferrer á la Iglesia el más señalado servicio; porque cuando se impone la necesidad de reforma —y todo el mundo sentía entonces esa necesidad— si no se hace por la Iglesia, se hace contra la Iglesia. Demasiado claramente se vió más tarde. En efecto, el movimiento de reforma se extendió por toda la cristiandad; pero sabido es que toda reforma es impotente, si no están bien dispuestos los ánimos para recibirla, y Vicente Ferrer los habia preparado. Sin él nada hubieran podido hacer ni Coleta de Corbie entre las Clarisas, ni Juan Capistrán entre los Franciscanos, ni tantos otros. España, sobre todo, se prestó á ella maravillosamente desde el instante en que el poderoso Apóstol puso en marcha, en Caspe, á ese gran factor de la historia humana.

El obispo de Lucera, al dedicar su libro al Maestro General de los Dominicos, Marcial Auribelli, podia alabarle por haber restablecido en la Orden sus primitivas reglas.

Vicente Ferrer tuvo de ello una visión consoladora, y al terminar su *Tratado de la Vida espiritual* pudo afirmar sin temor «que vendrian en breve hombres verdaderamente evangélicos, absolutamente pobres, sencillos, benignos, olvidados de sí mismos, no teniendo pensamiento, palabra, ni goce más que para Jesucristo crucificado, sin apego alguno á las cosas del mundo, preocupados únicamente de la gloria eterna y aspirando á ella con todo su sér.»

Los cronistas del Carmelo han reclamado esto para su Orden como cosa notoria, y el Padre Gunet en el prefacio de su teología dice formalmente que, después de Santa Coleta, Vicente Ferrer vió en espíritu á Santa Teresa. *Jam prophetica visione se solabatur*, añade el discreto escritor. «Y esto le consolaba.»

También los Jesuitas se muestran reconocidos á él, y no sin

razón. El P. Simón, citado por el P. Bartoli, dice en el libro segundo de su *Vida de San Ignacio* que es común sentir que San Vicente Ferrer con su luz profética había previsto la santa Compañía (*Con tratti di tanta sublima idea delineasse la Compagnia*). «En aquel tiempo nos preguntaban continuamente muchas personas si éramos nosotros aquellos de quienes hablaba San Vicente Ferrer por revelacion divina, al anunciar que pronto apareceria en el mundo una muy santa Compañía de hombres evangélicos, poseidos de celo por la santa fé, que se distinguirían brillando en toda clase de virtudes. Nosotros no sabíamos qué responder, pues los Padres eran *non alta sapientes sed humilibus consentientes*.—Pero cuando algunos años después me hallaba en Portugal, el obispo de Coimbra, Don Juan Suarez, de la Orden de San Agustín, me dió á leer el texto de San Vicente Ferrer, teniendo como cosa segura que lo que en él se decia se referia á nuestra Compañía.»

El P. Orlandino, S. J., en el segundo libro de la Historia de la Compañía, después de pasar revista á todas las obras y virtudes de los Jesuitas, dice que muchas personas prudentes, al ver que la profecía de San Vicente Ferrer se realizaba en nuestros Padres, se inclinaban á pensar que aquélla tenia por objeto la Compañía.

Nuestro Vicente de Paúl decia más modestamente algunas veces: «San Vicente Ferrer se animaba previendo que vendrian unos sacerdotes que por su fervoroso celo se harian admirar de todo el mundo. Si no merecemos que Dios nos haga la gracia de ser esos sacerdotes, pidámosle que á lo menos nos permita ser su imagen y sus precursores.»

¡Pero á qué altura se coloca un hombre cuyo pensamiento se disputa de este modo! Y si Lacordaire podia hacer este llamamiento á los jóvenes que le oían en Nuestra Señora: «Cualesquiera que sean las tinieblas en que oculteis vuestra vida, su resplandor benéfico ó funesto reflejará sobre múltiples generaciones. Nada se pierde del movimiento impreso por una criatura libre, y por fria que sea sobrevive en la inmortalidad por las lecciones que ha divulgado»: ¡qué proporción toman estas palabras aplicadas á este hombre que, nuevo Atlante, sostuvo el peso del mundo que se derrumbaba y le puso de nuevo en marcha curado, alentado, purificado y consolado!

La influencia le ha sobrevivido largo tiempo y aun se deja sentir en la época actual. Son muchas las almas que invocan á este Santo, á este misionero, á este taumaturgo y á las que él atiende. Tal vez este libro haga más popular su culto, para mayor bien de los que sufren.





CAPÍTULO XI

EL HOMBRE

El Apóstol.—Carta apremiada.—El monje pobre —Todo para todos.
—Los homenajes.—Prosopografía.—El predicador.—El ángel de las justicias.—El doctor.—Gracia especial.

LA obra y el obrero están en armonía; el resplandor corresponde á la actividad del foco; la fuerza del tronco al vigor de la savia.

Vicente Ferrer no es un convertido, pues toda su vida es idéntica; hermoso río cuyo caudal no ha sido enturbiado, esparce en sus riberas la alegría y la fecundidad, llevando á cien pueblos distintos las riquezas del mundo celestial hasta el momento en que va á perderse en el infinito Océano.

Dotado de brillantes dotes naturales, tiene en sus venas sangre ilustre; una gran Orden religiosa le presta el auxilio de su poderosa organización, pudiendo asegurarse que San Vicente Ferrer no hubiera sido San Vicente Ferrer, si no hubiese sido dominico. En una palabra, en este elegido de Dios se encuentra reunido todo lo que pueden dar la naturaleza, el estudio y la gracia.

Estudiemos primero el *Apóstol* y luego estudiaremos el *Santo*.

Del apostolado de Vicente Ferrer nos ofrece un bosquejo esta carta, llena de natural confianza, en la que da cuenta de sus trabajos al Maestro General de la Orden, carta que ocuparía seis páginas de cortas dimensiones y que sin embargo empleó muchos meses en escribirla. Creemos conveniente reproducir algunas líneas.

«Muy Reverendo Padre y Maestro.

Esta reproducción ha sido obtenida exclusivamente con fines de investigación y de estudio.
Esta reproducció ha sigut obtinguda exclusivament amb fins d'investigació i estudi.

»A causa de mis muchas ocupaciones no he podido aún escribir á vuestra Paternidad, como era mi deber. La verdad es que desde vuestra partida de Romans hasta hoy he tenido que cantar misa todos los dias y predicar dos y tres veces, de modo que apenas me quedaba el tiempo necesario para trasladarme de un punto á otro, la comida y el sueño, y eso que preparo mis sermones mientras voy de camino. Pero á fin de que no achaqueis mi silencio á negligencia ó falta de respeto, he quitado cada dia algunos minutos á mi trabajo ordinario, durante muchas semanas y aun meses, para deciros á lo menos el camino recorrido.»—Los que en su correspondencia se excusan con la falta de tiempo pueden considerarse autorizados con este ejemplo.

«Gaspar Pellerin, perito en artes, doctor en medicina y médico del rey de Aragon, declara que ha conocido al maestro Vicente desde el año 1405 hasta su muerte, y segun lo que él ha visto con sus ojos y le han dicho sus compañeros puede afirmar que el Apóstol ha predicado durante cuarenta años todos los dias, á no estar gravemente enfermo, á multitudes que sin cesar se renovaban, y que del mismo modo cantaba la misa todos los dias, predicando despues.»

Los Padres del convento de Calatayud dicen que predicó veinte mil sermones.

A medida que iba envejeciendo multiplicó más sus predicaciones, como infatigable obrero de una viña inmensa y sin cultivo. Viejo, extenuado, con la pierna ulcerada, no quiso gozar del descanso tan grato á los ancianos, como no quiso disfrutar de la independenciam en su juventud y se encerró en un claustro á los dieciocho años.

Y andaba siempre pobre, con la librea del pobre: un sayal, un escapulario y una capa de gruesa tela de lana y, detalles precisos, su jumento llevaba un cabestro, una albarda y estribos de madera suspendidos por cuerdas.

No buscaba los centros populosos, como aseguraba él mismo; Nuestro Señor no ha dicho: Predicaréis en una sola ciudad, si no á los ricos, á los pobres y á todos: *Quia omni creaturae*. Verdad es que las grandes ciudades se formaban por si solas al influjo de sus predicaciones.

Lejos de tratar con aspereza á los pobres, se complacia en favorecerles, en ver que hallaban en él un consuelo á sus penas y trabajos.

Y ya fuera por las calles ó los caminos saludaba á todos, les dirigia la palabra con afabilidad y bajaba respetuosamente la cabeza.

Era verdaderamente todo para todos. Una buena parte de su vida de apóstol podria considerarse como de un hombre de mundo, pues

fué el amigo de tres reyes, de un papa y de un emperador, se vió honrado por sabios eminentes, y amado de los grandes como de los humildes. Y andaba en medio de los populachos y de los reyes, de las emboscadas y de los triunfos con tal tacto, con una medida tan justa de sus acciones, que el milagro de su vida de cada día es mayor que todos los que realizó.

Esperado, sin metáfora, como un Mesías, á veces durante muchos años, así que se anunciaba su llegada, salían á recibirle con gran aparato, y él sabiendo que este aparato tiene su razón de ser y dispone las almas, dejaba hacer y hasta se alegraba en su corazón como un principio de su unión con Dios. Pero en medio de los caballos empenachados avanzaba montado en su asno cubierto de polvo, tan insensible como éste al pabellón de seda, púrpura y oro que extendían sobre su cabeza los más eminentes personajes. Pensativo y recogido en sí, estudiaba el estado de los espíritus, la cosecha más ó menos sazonada.

Sin embargo, no le faltaron detractores; pero él soportaba sin amargura ese doloroso contacto de la maldad ó de los olvidos humanos, observando en todas partes la ley difícil del perdón y dando el cielo en cambio de una injuria. Ya conocemos aquel superior de una Orden que iba denigrándole por todas partes, porque llevaba mujeres en su comitiva. Otros censuraban la facilidad con que aceptaba las ovaciones, daba á besar sus manos, dejaba tocar rosarios en su hábito y hasta que arrancara la gente pelos de su asno.

Si en algunos espíritus pueden hacer mella estas imputaciones, pueden tranquilizarse con el siguiente testimonio: «Me suplicó por amor de Dios, lo mismo que á los demás que gobernaban la ciudad, que impidiéramos á la multitud que le siguiese y se entregara á demostraciones que tenían todas las trazas de idolatría.»

Seguramente que no era el sentimiento del amor propio lo que preocupaba á este hombre que se valió de su poder taumatúrgico para condenar á un compañero á siete años de fiebre por abrir á un rey su celda milagrosamente iluminada. Además, besar las manos á los sacerdotes es un acto de fé, porque el sacerdote tiene las manos consagradas, y esta costumbre se ha conservado en varios países, en España particularmente, en Alemania y en Italia. Por último, no era fácil impedir estas demostraciones, como lo prueban las fuertes barreras de que fué preciso rodearle en muchas ocasiones.

Al entrar en las poblaciones, se apeaba de su cabalgadura, se hincaba de rodillas y llorando rogaba á Dios por sí mismo y por

aquel pueblo que iba á evangelizar. Y si, como en el valle impuro, se dejaba sentir demasiado el obstáculo, pasaba la noche en oración, ofreciendo á Dios su vida por la redención de aquellas almas. ¡Cuántas veces por la vehemencia de sus deseos alcanzó la palma del mártir! Y no siempre fué sin un serio motivo de recelo.

Tal vez satisfaremos cierta impaciencia apresurándonos á estudiar el *orador*.

Los viejos de la actual generación han visto la feliz fascinación que ejerce sobre los espíritus sedientos de verdad, fatigados de las vanas agitaciones de la vida, una alma ardiente, imbuída de la ciencia divina y bastante respetuosa con los humanos errores para tratarlos con las más delicadas atenciones. Y esta fuerza divina no tenía intermitencias, sirviendo de base al entusiasmo, siempre excitado, la satisfacción que da al espíritu la grandeza habitual.

Vicente Ferrer fué también elocuente por completo. He aquí su retrato tal como se puede hacer según el proceso de canonización, las noticias de los antiguos autores y los cuadros que le representan.

Era de estatura mediana, bien proporcionado de miembros, de fisonomía agradable, frente espaciosa que respiraba una serena majestad. Sus cabellos eran rubios, cortados en forma de corona monástica, de modo que parecían hacerle una aureola natural; sus ojos negros, grandes, muy vivos, pero la bondad templaba habitualmente el fuego de la mirada. Tenía el color pálido, pero cuando predicaba se coloreaban ligeramente sus mejillas. Con el tiempo tomó su belleza, por efecto de la fatiga y los rigores de la penitencia, ese sello de austeridad venerable, especie de transparencia del alma que se halla en ciertos semblantes de solitarios. En una palabra, su persona seducía al primer golpe de vista.

Victoria, su pariente, completa este retrato en los siguientes términos: «Era de estatura proporcionada, de cuerpo bien organizado en su conjunto, de carnes blancas, hermoso y agradable rostro al que daban además cierta gracia las señales dejadas por Jesucristo al tocarle en la mejilla, señales visibles cuando se acaloraba predicando; tenía la frente ancha, los cabellos y barba rubios, los ojos grandes y vivos, pero modestos, las mejillas rosadas antes de que las austeridades cambiaran este color en una venerable palidez. Su complexion, aunque poco robusta, era bastante buena; sin embargo, no es á ella á lo que debió poder soportar tantas fatigas, sino á la divina asistencia que quiso conservarle largo tiempo en la tierra.»

De un temperamento bien equilibrado, susceptible á la vez de grandes energías y de la más exquisita ternura; disponiendo de un órgano flexible, extenso, melodioso, bien timbrado, pasaba de un diapasón á otro sin esfuerzo alguno, recorriendo todos los tonos, haciendo vibrar todas las fibras. Su voz resonaba como una campana, como un clarín, dice Miguel, y era maravilloso oírle hablar durante tres y hasta cinco horas sin fatiga para él, ni para el auditorio.

Tenia una memoria feliz, una imaginación fecunda, pero su elocuencia procedía principalmente del corazón. Sus dos grandes libros eran el altar y el crucifijo, según él mismo confesaba y se le conocía. Decía cosas que no enseñaban los libros, ni la reflexión y que escapan al genio, porque emanaban de sus coloquios con Dios.

Así se comprende la siguiente anécdota: «Teniendo que predicar un día ante el rey de Aragón, se preparó con cuidado y no tuvo éxito. «Más ruido que nueces», dijo el rey oyente; (más palabras que fondo). Proverbio español. Al día siguiente habló como solía hacerlo y obtuvo un éxito como de costumbre, y habiéndole preguntado el rey la causa de esa diferencia, respondió: «Nada más sencillo; ayer era yo quien hablaba, hoy ha sido Jesucristo:» repitiendo á la letra las atrevidas palabras de otro Apóstol: «No soy yo el que visteis.» Por lo demás, sabemos que hacía constantemente un profundo y detenido estudio de los textos sagrados.

Para terminar diremos que era apasionado: el mal le inspiraba ese sentimiento violento que se apodera de nuestro ser, lo trastorna y se manifiesta erizando los cabellos, sentido regular de la palabra horror: poseía el sentimiento intenso del honor de Dios, del valor de una alma, de las justicias inexorables.

Dios, al darle la misión de anunciar el juicio final, le hizo la gracia especial de participárselo, y de aquí esas imágenes, esos acentos, esos ecos de trueno que conmovían los espíritus más obstinados.

Imagínese un orador de primer orden, como él lo era, exponiendo esta verdad: que Dios, que todo lo ha visto, penetrado y escrito, descubrirá los repliegues de las almas ante la humanidad reunida; que cada alma, la nuestra, será puesta al descubierto bajo una luz implacable con sus egoísmos, sus astucias, sus debilidades, sus perfidias, sus más secretos pensamientos, sus extravíos de cada hora; que toda nuestra vida se expondrá á los ojos de todos, no sólo en sí misma, sino en todas sus ramificaciones, su influencia, sus ecos sobre otras vidas y sobre la sociedad; y que todo, hasta una palabra, un pensamiento, será pesado con el peso desconocido de la

justicia de Dios; nada tiene de asombroso que los criminales prescindieran de toda vergüenza y confesaran públicamente sus crímenes sollozando.

Hemos visto en el frío texto de los documentos que en Tolosa fué tal la elocuencia en un momento dado, se elevó á tal altura la fuerza de su oratoria, que dejó de ser un hombre para aparecer á todos como un ángel bajado del cielo. Y cuando describió el tribunal é hizo aparecer al Soberano Juez, adquirió tal poder su tonante voz, que ni una sola persona quedó en pié de aquella inmensa multitud que llenaba la iglesia, la plaza y las calles contiguas; todas cayeron de rodillas como heridas del rayo, siendo preciso que esta misma voz les volviera á la vida. No sé si esta escena ha tentado á algún pintor; pero yo no conozco otra más grandiosa en la historia de la palabra humana, ofreciendo sólo una lejana imagen de ella el discurso de Masillón sobre el corto número de los elegidos y los más hermosos arranques de Lacordaire. Verdaderamente este hombre era el ángel revelador, el precursor de la hora terrible en que ya no habrá secretos.

Cuando Vicente Ferrer predicaba acerca del juicio, los hombres de aquel tiempo decían lo que dirán los últimos pecadores: «¡Aplastadnos, montañas!» (*San Antonino*).

Sus discursos eran de una elocuencia tan «sublime y patética, estaban tan animados del Espíritu Santo, que hacia temblar á todo su auditorio desde el principio y acababa por anonadarlo; no se oían durante el sermón más que gemidos y lloros; todo el mundo estaba consternado al oír las verdades eternas como él sabía exponerlas.» (*Besançon*, relación local).

Verdad es que Dios ha establecido terribles preliminares de su juicio. Los ángeles, la tierra que se conmueve, los sepulcros que se abren, el ruido de los huesos que chocan al encontrarse, los astros que se obscurecen y se tropiezan en el espacio, la estridente trompeta, los surcos de fuego, la noche fulgurante, todo lo que estaba muerto cobrando nueva vida, todas las almas uniéndose á sus cuerpos, todo cerebro que ha pensado recobrando el pensamiento, todas las generaciones levantándose, reconociéndose, llamándose, confundiéndose y luego callando de repente bajo la mirada inmensa de Dios que va á juzgar... — ¡Qué espectáculo!

Se ha referido que un religioso que, por la misericordia de Dios, sufrió un juicio anticipado, se impresionó en tales términos, que se encerró en su celda, hizo tapiar la puerta y permaneció allí por espa-

cio de treinta años, teniendo que derribar el muro para sacar el cadáver. Todo el mundo sabe que San Jerónimo, que no era un espíritu apocado, oía resonar de continuo en sus oídos esa terrible palabra: *¡Surgite mortui!* El Evangelio, sobrio de figuras por lo general, dice expresamente: «Los hombres se secarán de espanto.»

La elocuencia de Vicente Ferrer no tenía sólo efectos terribles. Así como las espigas se inclinan al soplo de la brisa, lo mismo que bajo la impetuosidad del huracán, las almas obedecen á las diversas influencias de la gracia.

Cuando ciertos textos de la Escritura le permitían tocar las fibras delicadas, las hacía vibrar en divinas armonías. El cántico sólo conocido de las vírgenes, sobre todo si tenía en su presencia alguna alma sobrenaturalmente abierta á sus miradas, le inspiraba invocaciones mágicas que producían un encanto al que ninguna alegría humana puede compararse.

Cuando hablaba de los dolores de Cristo ó de otros asuntos igualmente patéticos, se conmovía hasta el punto de llorar y con él lloraba el auditorio, corriendo largo tiempo las lágrimas durante estos paréntesis de dulce embarazo.

Y cuando abría su alma abrasada de amor, todos los corazones se derretían á su voz como se derrite la cera por la acción del sol.

Ó bien cuando, con estática mirada que atravesaba la azulada esfera, contemplaba los celestiales esplendores y describía lo que se presentaba á su vista, la multitud anhelante se sentía transportada, y al caer de estos arrobamientos en la triste realidad de este mundo, experimentaba un sentimiento doloroso.

La costumbre, por él inaugurada, de recitar el *Ave Maria* al empezar los sermones le suministraba inagotables variantes y es una cosa que conmueve el encontrar en esos borradores manuscritos, por de prisa que estén hechos, esa invocación escrita con mano reposada.

Al llegar la Semana Santa, solía empezar así: «Ya sabéis que no se dicen cosas alegres á las personas entristecidas; así hoy no saludaremos á la Virgen en la forma acostumbrada, porque podría decirnos: «¿Cómo podeis decirme *Ave* cuando estoy llena de tristeza, de dolor, de amargura y de quebranto? ¿Y cómo añadís *Dominus tecum*, cuando me han arrebatado mi Hijo y lo han clavado en una cruz? ¿Y cómo me llamáis *Benedicta*, cuando todos me maldicen?...» Y esto con una voz tan dolorida, que todos los ojos se llenaban de lágrimas y conquistaba todos los corazones.

Escuchemos á los que tuvieron la dicha de oírle.

«He oído magníficos discursos, conozco muchos oradores eminentes; pero ni antes, ni después he oído cosa parecida, y puedo asegurar sin temor que no se oírán en lo venidero.»—«He oído en Roma á predicadores famosos, pero ninguno puede compararse con el maestro Vicente.»

«Todo el mundo conviene en que sus palabras tenían un sello divino, que ningún talento humano, por sabio que fuese, pudo ostentar jamás, sin que hubiera objeción posible. Hay más, nadie podía resistir á sus llamamientos, de tal modo se imponían con una penetrante eficacia. Todos estaban persuadidos de que era un ángel enviado por Dios, para descubrir á su pueblo los secretos y misterios de la Sagrada Escritura, hasta entonces inexplicables. Yo afirmo ante Dios y los hombres (es un doctor en teología el que habla) que en los cuatro sermones que he oído del maestro Vicente, las autoridades de la Escritura invocadas por él en apoyo de su tesis, parecían á los más eruditos hechas absoluta y únicamente para confirmar sus palabras.

»En uno de los conventos de hombres de Tolosa predicó sobre la predestinación, asunto en extremo delicado, con tal claridad, que un célebre autor confesó que á pesar de lo mucho que había leído y de sus profundos estudios sobre esta materia, no la había comprendido hasta entonces.

»Un maestro en teología, llamado García de Cassarero, me ha asegurado que no había comprendido á fondo lo que es la contrición hasta después de oír un sermón al maestro Vicente el tercer domingo después de Pascua en Montmirail, diócesis de Tolosa.

»Otro doctor, que luego fué obispo, llamado Bernardo de Juossio, decía que oyendo al maestro Vicente había tenido como la revelación de ciertos puntos oscuros de derecho canónico: y esto que era uno de los doctores de más autoridad en estas materias.»

El maestro Gaillard de la Roche, provincial de los Carmelitas de Tolosa, reproduce las palabras del doctor Juan García, de los Hermanos Menores: «Me ha dejado estupefacto el ver la facilidad con que este hombre hace prácticamente comprensibles enseñanzas que todo el genio humano puede apenas conocer especulativamente.»

Los autores contemporáneos le llaman tesoro de todas las ciencias, repertorio viviente de cuanto se había escrito hasta entonces. En el interrogatorio de Nápoles había un artículo concebido en estos términos: «¿Es cierto que su conocimiento de los libros doctrinales y especialmente de la Biblia era tal, que cuando discutía parecía tenerlos

à la vista?» A lo cual contestan dos obispos afirmándolo de una manera terminante.

¿Débese à esta erudición, à su talento anecdótico, à la variedad y novedad de sus resúmenes, al encanto de la dicción el hecho universalmente comprobado del interés constante que ofrecían sus discursos, por largos que fuesen?—«Jamás me he fastidiado oyendo sus sermones, ni estando en su compañía. Algunas veces mientras predicaba habia que sufrir las molestias de la nieve, la lluvia ó el viento, y, sin embargo, nunca ví que nadie se retirara. Y añado que tenia el sentimiento de que estos accidentes eran inofensivos, como tambien el de la imposibilidad de experimentar fatiga alguna, y todos pensaban como yo.»

Su poder de penetración llegaba à las profundidades intimas del alma, sintiéndose uno literalmente atravesado por los rayos de su mirada, impresión que ya no se borraba jamás. «Muchas veces he buscado, dice el cura de la Magdalena, de Tolosa, y otros conmigo materia que fuera motivo de censura y, cosa extraña, cuanto más nos aferrábamos en esta intencion insidiosa, más nos sentiamos subyugada el alma. Y al dia siguiente parecia que hubiese leído en nuestro pensamiento, pues respondia à él directamente y su mirada estaba fija en nosotros, lo que evidentemente solo puede atribuirse à una gracia divina muy especial.»

«En un auditorio de diez mil personas en que se encontrara un usurero ó un gran culpable, à él solo se dirigian sus miradas y sus palabras; à lo menos asi lo creia el pecador.» (*Declaración de Juan Inardi, magistrado*).

A medida que hablaba el orador, cada alma, cada conciencia se aislaba poco à poco, venia à ser el único punto de mira, en ella se concentraba toda la fuerza de su discurso; al verse bajo la acción de una luz implacable, temblaba de miedo que la viesen los demás del mismo modo, como sucederá el dia de las revelaciones, y se refugiaba en la penitencia considerándose muy feliz de que fuese tiempo todavía.

En el curso de su larga é interesante declaración hace el obispo de Tlésia su propia confesión: «Cuando yo era joven, dice, tenia una perversidad precoz y el maestro Vicente, que evidentemente sabia de mí cosas que solo Dios conocia, me dijo un dia: «Si yo no supiera que despues de mi muerte trabajareis en honra mia, no os toleraria en mi comitiva; tan pervertido estais.»—¡Ah! querido maestro, contesté, rogad à Dios por mí.—Ya lo he hecho, replicó, y he conseguido

que no seais condenado. La bondad de Dios hasta os dará prosperidad y una vejez dichosa; sin embargo, id y leed el libro que enseña el desprecio del mundo.» Y me retiré consolado.

«Sea en general, sea en particular, hablaba como si leyera en los corazones de los hombres, y cuando tocaba ciertas faltas, muchos de sus oyentes se decían á sí mismos: «Seguramente conoce tus pecados y dice eso por tí.» (Declaración del *Inquisidor Hugo Nigri*).— Es un sentimiento natural en los culpables el creerse zaheridos personalmente y el orador se valía para ello de cierta industria premeditada; pero ¡cuán divinamente acentuado aparece esto en este caso! Por otra parte él practicaba lo mismo que enseñaba á los demás: «Hablad un lenguaje sencillo, como hariais en una conversacion familiar: sed prácticos; evitad las consideraciones generales, exponed actos particulares y en cuanto sea posible apoyadlos con ejemplos, para que cada pecador, haciendo aplicación de ellos á sí mismo, crea que solo predicais para él. No empleeis palabras duras ó indignas, antes bien que respiren esa tierna compasion del padre que ve á sus hijos enfermos ó al borde de un precipicio. Sed como la madre que los acaricia y se goza con sus progresos y la gloria que les espera.» (Tomado del *Tratado de la Vida espiritual*).

Esta fuerza de acción que ejercía su palabra subyugando las almas más soberbias le seguía por todas partes, inseparable de su personalidad, como una virtud que emanaba de él. Tenemos muchos testimonios de pecadores ó de pobres criaturas extraviadas que cayeron á sus pies transformados por el influjo de una mirada que les dirigiera al pasar junto á ellos. La pureza de su alma se transparentaba y purificaba hasta el fondo los corazones viciados.

Con frecuencia esta acción se traducía en una extraordinaria alegría interior.—«Muchos, despues de recibir su bendicion, sintieron en su alma como un inmenso consuelo, y esto lo ha experimentado el mismo testigo. Siempre que le veia y asistia á sus sermones, desaparecia su tristeza, recobraba la alegría y el tiempo se me hacia corto.»

Dejaba á los sacerdotes de su comitiva el cuidado de oír las confesiones, pero cuando hacía falta un milagro, se llamaba al maestro. Un pecador en trance de muerte no queria convertirse. «Yo doy á Dios todos mis méritos á cambio de vuestra salvacion, dijo el Santo...—Escribidme eso, dijo el moribundo.» Vicente Ferrer, lleno de paciencia, escribió y le puso el papel en sus manos, y en seguida el enfermo se confesó y entró en la agonía, desapareciendo el papel

así que falleció. Algunos días después recordaba el Santo este hecho en un sermón y vióse un pedazo de papel que revoloteando sobre su cabeza fué á posarse delante de él: era la cédula reexpedida por Dios.

Tenia su manera especial de corregir á las gentes. Un hombre, furioso porque le habian negado la absolución, iba diciendo por todas partes que era únicamente porque no habia querido perdonar á un zapatero que no lo merecia. Vicente Ferrer le oyó y le dijo: «No quieres perdonar al zapatero, enhorabuena; perdónate á ti mismo. ¿A quien perjudicas? Mientras que tú te requemas los higados, sin contar que pierdes tu alma, él come, bebe y se divierte.» El otro reflexionó y dijo: «Ahora comprendo que el odio es una necesidad.»

Contra este terrible mal empleaba diversos remedios. «Para expiar vuestros pecados, decia, teneis que ir á Tierra Santa, ayunar el resto de vuestra vida, disciplinaros muy á menudo, etc, etc. y no tendréis tiempo ni valor para ello; pero hay otro medio mucho más sencillo; perdonad y sereis perdonados; así lo ha dicho el Señor sin condicion alguna.» Ó bien: «Si Dios no os perdonara, perdonando vosotros, seriais mejores que Dios, lo cual no es posible.» Y los más empedernidos perdonaban en el acto.

A los mahometanos que llevados de sus ideas materialistas le preguntaban: «¿Cómo puede ser que Dios tenga un Hijo? les respondia: ¿Creeis que Dios sea mudo?»—Y, como San Juan, añadía con rapidez: «¡Y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios!»

Para inspirar el respeto á los santos misterios referia que un hombre vestido con gran esmero no se atrevia á arrodillarse por temor de estropear su traje y fué muerto por un demonio de elevada estatura que le dijo: «Traidor, bandido, si Dios hubiera hecho por nosotros, que éramos ángeles, lo que hizo por vosotros, estaríamos siempre prosternados á sus pies, dándole gracias por tales beneficios.»

Un dia le preguntaron unas buenas almas: «Maestro, ¿por qué permitis que se disciplinen los sacerdotes? la gente puede creer que han cometido graves pecados.» A lo cual respondió: «¿Los han cometido acaso los niños de diez años?»

A propósito del pan bendito recordaba esta lección dada por unos perros á un hombre rico. Habiendo arrojado éste un pedazo de pan bendito, los perros no se atrevieron á tocarle, aunque se echaban con avidez sobre el pan ordinario.

También daba esta lección de rúbricas: «Los paños de altar no deben ser lavados por mujeres bajo ningun pretexto; aunque la misma Santa Catalina bajara del cielo, no deberia lavar los corporales.»

Por lo demás, realizaba cuanto podía todo lo que es sagrado, lo que constituye la atmósfera divina en la que el enemigo no puede vivir á su gusto, todo lo que puede unirnos á Dios.

Se ha dirigido á las predicaciones de Vicente Ferrer un reproche, ciertamente poco fundado, expuesto en los siguientes términos por César Cantú, cuya obra sería irreprochable si se eliminaran ó corrigieran algunas palabras: «Parecía devolver á la predicacion su austeridad primitiva; pero debiendo dirigirse al pueblo, hablarle de cosas de actualidad, entrar en detalles de la vida práctica, acabó por secularizar el púlpito y hacerle descender hasta á vanidades y bufonadas indignas de los templos.» Expuesto en estos términos, es este un error demasiado grosero para que haya necesidad de rebatirlo. El autor entiende, sin duda, por «vanidades las citas de autores profanos; pero Vicente Ferrer las empleaba muy poco y además las llamaba con poca reverencia *paleae, id est dicta poetorum.*»

Un testigo ha dicho terminantemente: «*Quod nunquam audivit eum loquentem scarrilitatem, imo loquentes talia graviter arguebat.*»

Algunas veces era un poco libre en sus expresiones y empleaba originales metáforas; pero esto era peculiar de la lengua de que se servía y hay que tener en cuenta la educación intelectual de aquella época. ¿Qué hubiera logrado empleando un lenguaje más estudiado? Hay palabras que en el último siglo se escribían sin pestañear y que hoy no se pueden pronunciar sin sonrojarse.

Por último, el auditorio es el que hace al orador, y Clémangis eleva á 80.000 el número de sus oyentes, compuesto, no sólo de ciudades, sino de provincias enteras. O' Connell, llevando en sí el alma de la patria, nos da la idea de esa gran reunión de pueblos. Pero aquí tenemos además á un taumaturgo, cuya voz, de una extensión sobrehumana, se extendía extraordinariamente. Para tener conciencia exacta del hecho sería preciso haber visto al pueblo de Israel, convencido de sus crímenes y de la cólera de Dios, descender á la llanura para escuchar á sus profetas.

Y el mismo Dios se encargaba de despertar el entusiasmo. Por eso se vió un día brillar en la frente del Santo una llama que se encendía diariamente al subir al púlpito y en esta tradición se ha inspirado la iconografía al representar á Vicente Ferrer con su penacho en la frente, como á Santo Tomás con su sol en el pecho y á Santo Domingo con su estrella. Del mismo modo Moisés, al salir de su entrevista con Dios, se presentaba al pueblo con la cabeza coronada de rayos.

Refiere San Antonino que muchas veces aparecian ángeles revoloteando sobre la cabeza de Vicente Ferrer. Los espíritus buenos ó malos que nos rodean son ordinariamente invisibles, lo cual ha sido dispuesto muy acertadamente por Dios; pero se comprende que en un momento dado los ángeles custodios vengan á regocijarse de un modo visible y á festejar á este poderoso auxiliar de su misión divina para consuelo de los pobres mortales.

Muchas veces se ha comparado á Vicente Ferrer con los Apóstoles por la eficacia de su palabra, la multitud de milagros y los frutos de bendición. La verdad es que desde los tiempos apostólicos no se ha visto nada parecido y que probablemente no volverá á ver nuestra Europa, hasta que lleguen los días de Henoch y del Antecristo, una manifestación tan misericordiosa de la bondad de Dios. El Evangelio habla de un ángel que venia de tiempo en tiempo á agitar las aguas de una piscina en Jerusalén, las cuales adquirían la virtud de curar al primer enfermo que entraba en ella; prodigio moderado digno de la ley de temor. Pero cuando este ángel del juicio agitaba estas olas de austeros pensamientos, provocando la efervescencia de santas emociones, no uno solo, sino todos á la vez se precipitaban en la saludable piscina de la penitencia. Y esto ocurrió todos los días durante veinte años.

Lo que llama la atención en los autores, en los recuerdos, en las manifestaciones del culto, en las memorias de todas clases, es la expresión de una admiración sin límites, de la que han quedado asombrados cuantos se han tomado el trabajo de hacer investigaciones sobre el particular. Y nosotros mismos, cuando escudriñamos en nuestros archivos, en nuestros museos, en nuestros monumentos públicos, volvemos á encontrar por todas partes las huellas de un gran pasaje, como se vuelve á hallar el lecho de un gran río.

Mucho tiempo después de su paso por el mundo, al preguntar: ¿por qué esto? ¿por qué lo otro? se oía contestar: Porque el maestro Vicente lo ha dicho, ó el maestro Vicente lo entendía así.

Sin embargo, esta fuerza de acción no se ha comprobado sino mucho después, porque sus contemporáneos parecía como que vivían en una atmósfera normal; y ¡cosa extraña! cuando se han estudiado por mucho tiempo los documentos, se siente uno impulsado á hacer como los contemporáneos, á encontrar muy naturales las cosas más extraordinarias, y se pregunta uno: ¿A qué conduce hablar de esto? «¡Pero qué empresa, exclama un cronista, escribir una vida en que cada accidente es una maravilla!»

Su nombre de vencedor y la célebre asimilación con el Ángel del Apocalipsis no han dejado de llamar la atención hacia otro pasaje del misterioso libro. Esas grandes imágenes de la Escritura, con las que no hay nada comparable en la literatura profana, se evocan en efecto, naturalmente, cuando se escribe acerca de Vicente Ferrer!... Hay que leer en Job la descripción de ese caballo que salta como la langosta, cuyas humeantes narices despiden el terror y la gloria, que corre hacia las falanges armadas sin conocer el miedo, que hace sonar con orgullo las armas de su jinete que, lleno de ardor devora el espacio, que al primer sonido del clarín endereza las orejas y dice: ¡Vamos!, que aspira de lejos el olor del combate, las órdenes de los gefes y los hurras de los ejércitos.»

«Yo he visto ese caballo blanco y el que lo montaba llevaba un arco... Le han dado una corona, y después de vencer, parte para vencer de nuevo.»

Podría emplearse un medio de demostración, cuya idea habrá asaltado más de una vez, sin duda, el ánimo del lector, y sería dejar hablar al mismo Apóstol. Pues bien, ya publicamos sus Obras. Sin embargo, buscar en los sermones de Vicente Ferrer lo que hemos dicho de sus triunfos oratorios, sería ir en busca de una decepción. Si habéis presenciado durante la noche la erupción del Vesubio, uno de los espectáculos más hermosos é imponentes del mundo; cuando por la mañana, asombrados de ver de nuevo la pura aurora, queréis daros cuenta de los hechos, no encontráis más que tibia ceniza y un montón de escorias negruzcas... Y sin embargo, eso es lo que hace poco os tenía clavados en el sitio, mudos de admiración y de terror. Todas las comparaciones claudican; ni las erupciones del Vesubio son diarias, ni los sermones de Vicente Ferrer son escorias. Pero tener todos los días encantadas á las muchedumbres durante tres horas y más por espacio de veinte años, sin que decaiga el entusiasmo y cuando á la mayor parte de esas muchedumbres no se le ofrecía el prestigio de la novedad, esto no es natural. Dése en ello toda la parte que se quiera á las dotes oratorias, la última palabra corresponde aquí al milagro, lo mismo que en lo que respecta al don de lenguas, al alcance de la voz, á la transformación súbita del orador, fenómeno diario del que quedaban asombrados los testigos.

Por otra parte, y empleando una frase clásica, sería preciso haber oído rugir al león.

He aquí un sencillo fragmento de sermón sobre el Antecristo, que tiene muy clara actualidad.

«El Antecristo tendrá cuatro maneras de subyugar el mundo.

»En primer lugar, como el pescador que echa el anzuelo, se apoderará de las almas por el cebo de las riquezas, de los honores, de los placeres y de las sensualidades. El Sabio ha dicho: *Ya no conoce el hombre el fin para que fué criado y se deja coger con cualquier cebo, como el pez.*

»En seguida dirigirá sus ataques contra las personas sencillas que tanto agradan á Dios por su recta intencion y su corazon consagrado á Él. Se valdrá de la magia y de apariencias maravillosas, pero falsas; hará descender el fuego del cielo y hablar las imágenes, porque está en la facultad del demonio hacer mover los labios: *hará resucitar vuestro padre en apariencia*, como se dice en el Apocalipsis, cap. 13; y hará hablar á niños fantásticos.

»Aquellos á quienes se dirigirá en tercer lugar son los hombres ilustrados, contra los cuales obrará el Antecristo como encantador, presentándoles argumentos tan sutiles y dándoles razones tan seducidas, que no sabrán qué contestar y tendrán atada la lengua, lo cual se explica perfectamente, porque en general cuanto más ciencia se posee, menos conciencia, y si puede encadenar las almas, con mayor razon podrá encadenar la lengua, que es un pedazo de carne. Si los argumentos son buenos para fortalecer la inteligencia, no son los fundamentos de la fé, y aquellos cuya fé se basa en razonamientos, la perderán ante las réplicas contundentes del Antecristo.

»Atacará, por fin, á las personas santas, con las cuales se mostrará implacable tirano, no escatimando penas y violencias para obligar á los cristianos á sufrir su yugo. Ninguno de ellos podrá comprar las cosas más necesarias á la vida sin renegar de Cristo. Habrá que retirar del altar el Santísimo Sacramento, quemar los corporales y las santas imágenes, retirarse á los desiertos y las cavernas sin otro alimento que las hierbas del campo, como lo ha predicho Daniel. Hablará contra los sacerdotes, etc.

»...Los predicadores del Antecristo, después de exponer una doctrina á su manera, añadirán: «Nosotros no somos como los apóstoles de Cristo, que exigen diezmos, primicias, ofrendas, limosnas, y se ingenian de todos modos en apoderarse de vuestros bienes. Nosotros, que solo nos cuidamos de vuestras almas, no solo no queremos vuestros bienes, sino que os ofrecemos los nuestros: vengan, pues, los pobres á tal sitio y serán socorridos.»

Y añade: *Haec sola via est sufficiens ad seducendum innumerabiles populus.* —A la verdad, hemos llegado á ese estado.

Encarecemos á nuestros lectores y, sobre todo, á los sacerdotes que procuren revivir esa Edad Media demasiado tiempo desconocida. En las *Obras* de San Vicente Ferrer, aun en latín, hallarán un sabor y una doctrina mucho más nutritiva que las insípidas colecciones de la «predicación contemporánea», sin que falten en ellas, ciertamente, escenas grandiosas.

¿Hay acaso muchos asuntos más dignos de un pincel de genio que la entrevista de la Virgen Maria y de Cristo, por ejemplo; ó la presentación de los primeros humanos, primeros culpables, origen fatal de tantos crímenes, libertados de la muerte por la muerte de un Dios, ante ese sér escogido cuyo obediente *fiat* ha podido repararlo todo; ó el desfile de todos esos patriarcas, de todos esos profetas que después de haber previsto en rápidas claridades la serie de los designios de Dios, esperaban llorando en un desierto lleno de tinieblas la venida eficaz del Salvador por ellos anunciada?—No es la pintura lo que aquí haría falta, sino la escena. Boileau, cuyo mediano genio no se elevó hasta la fábula, no ha comprendido lo que hay de grandioso y conmovedor en esas representaciones tan apreciadas de nuestros «devotos abuelos»; y hay que ir á buscar en el corazón de la misteriosa Germania, de donde nos han venido tantas otras lecciones, ese sentimiento dulce y profundo.

Tal escena se encuentra en ese apreciable y curioso sermón que fué criticado en Tolosa por un atrevido contradictor; lo que le valió tan ruda lección.





CAPÍTULO XII

EL SANTO

Vida íntima.—Los curiosos.—Horario.—El ayuno.—El sueño.—La siesta —Flagelación.—El alma perdida en Dios.—La misa.—El sermón.—Los viajes.—La paciencia.—Virgen.—Perfume del cielo.—Santo Domingo.

LA vida íntima, es la base de todo proceso de canonización. —¿Era habitual en este hombre el heroísmo de la virtud? Allí está el *robur* de la gran encina, en la que buscan un abrigo las aves del cielo; allí el ardiente foco que lanza sus rayos á lo lejos. Todo lo demás, con inclusión de los milagros, no es más que un corolario.

Felizmente la vida íntima de nuestro Héroe nos es conocida á fondo, *intus et in cute*, como dicen los antiguos, siendo imposible el error, ni aun en los detalles. Dios sabe cuánto se observaba á este hombre, este apóstol, este Santo, cuyo brillo resplandeciente casi fatigaba la vista. Se ha contado las veces que bebía; se ha observado que jamás se vió más parte de su cuerpo que las manos. ¡Cuántas indiscretas curiosidades hemos referido! Sus comensales han contado que comía un potage y luego probaba ligeramente el primer plato que se servía, siempre de vigilia, y nada más; el resto de la comida era para los pobres. Bebía vino aguado tres veces tan sólo; nunca comía antes de las doce y nadie le vió tomar nada por la noche, siendo opinión general que no hacía más que una comida al día.

Nunca durmió en la cama, sino en el suelo sobre una alfombra, teniendo por almohada un libro ó una piedra y con un sencillo cobertor por todo abrigo.

En cuanto al horario de sus días, á fuerza de estudiar su vida, llegó á conocerse por minutos.—Se levantaba á las dos de la madrugada, recitaba el oficio de memoria, luego el rosario entero, después leía la Sagrada Escritura, ó quedaba absorto en largas conversaciones con Dios, y en un momento dado, en uno de esos raptos de amor irresistibles se disciplinaba hasta saltarle la sangre.

Todas las mañanas se confesaba y á las seis en verano ó á las siete en invierno cantaba la misa, á la que seguía el sermón, que duraba por término medio tres horas, y luego la bendición de los enfermos ó la reconciliación de los enemistados.

Debía comer á la una y á la una y media se encerraba para terminar el oficio y descansar. Luego se ocupaba de los pobres, de los niños, de la gente del campo, de las religiosas claustradas y, por último, de su comitiva. Cuando iba de camino, empleaba en el viaje una parte de la tarde según la distancia.

A las ocho, en cualquier parte que se hallara, se retiraba y preparaba según la liturgia el oficio del día siguiente y la predicación, que versaba siempre sobre un texto del día, salvo el volar luego en todas direcciones. Escribía ó dictaba las ideas principales que le inspiraba el sagrado texto y á las nueve se acostaba. Y así lo hizo durante toda su vida. En Tolosa le pidió el arzobispo que moderara un poco, en bien de las almas, los rigores de sus mortificaciones. «Permitidme, le respondió, que acabe como he empezado; á mi edad todo cambio es peligroso». Tenía casi setenta años y el arzobispo no pudo menos de sonreirse y no insistió.

Para el que conoce la naturaleza humana, esta continuidad sin descanso es un verdadero prodigio aun en el convento en donde el ejemplo de la vida común, el ambiente que se respira en medio de una existencia tranquila parecen hacer la cosa más fácil. Pero cuando se trata de mantener fuera de él con un rigor inflexible esta austera uniformidad, y esto ha de ser todos los días, teniendo una multitud de asuntos en que ocuparse, bajo todos los climas, en todas las estaciones, cualquiera que sea la disposición del cuerpo ó del espíritu, á pesar del carácter supererogatorio y aun imprudente de ciertos actos, esto supone una fuerza de voluntad, una vigilancia, ese estado del alma, en fin, de heroísmo habitual que es lo que hace los Santos.

Ilustremos, sin embargo, cada uno de los actos de esas jornadas tan bien empleadas.

A nosotros, pobres esclavos del cuerpo, nos chocan bastante el ayuno y la abstinencia y hasta se nos ofrece desde luego una objeción:

estas privaciones abrevian la vida.—La ciencia demuestra lo contrario. Lo que abrevia la vida son las zozobras roedoras nacidas del vicio y los expedientes de una conciencia desordenada; lo que la conserva es, además de un régimen austero, la castidad, el gasto normal de fuerzas, la tranquilidad del alma. Se ha observado que Vicente Ferrer estaba siempre alegre y tenía un humor igual, y á pesar de sus increíbles fatigas, á pesar de su llaga y á pesar de todo, vivió hasta los setenta años.

Dormía por término medio cinco horas, lo que en rigor es suficiente, si bien se ha dicho con razón que el privarse del sueño es cosa á la que difícilmente se habitúa uno, es decir, que siempre hay que hacer un esfuerzo real para despertarse. Esta regla en las horas de levantarse y acostarse es precisamente la que ha establecido entre nosotros el Padre Lacordaire, si bien dejando libertad para reposar un poco después del oficio nocturno.

A pesar de la apariencia en contrario, los peores momentos no son los de la mañana, sino los de la noche; cuando el sol se remonta todo entra en actividad en la naturaleza y la pesadez del sueño material es ficticia y se sacude fácilmente; pero por la noche, cuando se está agobiado con el peso de un día de dieciocho horas, aquella pesadez es irresistible, el cerebro sobrecitado pide descanso, se apodera de nosotros una gran laxitud y la lucha entonces es más que meritoria. Las Órdenes religiosas que se consideran más severas no se han atrevido á afrontar esta fatiga y en la Trapa se acuestan á las siete y muchas veces entre cinco y seis en la Cartuja.

Y hay que tener en cuenta que aquel corto sueño era frecuentemente interrumpido por los rencores del infierno, por esos grandes insomnios cuyo sombrío cuadro hemos bosquejado. Y cuando por fin Satán se retira á una señal de Dios, cuando el cerebro, un poco tranquilo, va á adormecerse en un reposo tan necesario, se deja oír una señal, porque las horas pasan por largas que sean y ha sonado la hora de la oración. Entonces la voluntad, más fuerte que todo, recobra su sér, y es preciso que el espíritu se anime, que los ojos sigan las negras líneas, que los labios pronuncien las palabras, que el cuerpo permanezca largo tiempo de rodillas, porque la multitud espera y debe tener su parte de Dios. Pero también ¡cuán glorificado queda éste! ¡y cuán preparadas estarán las almas culpables sin conocerlo para recibir la gracia, su gracia!

Hay más: Vicente Ferrer era español; él ha pasado en España la mayor parte de su vida, aun la pública; y en España hay una costum-

bre necesaria, á lo menos en verano, que es la siesta, para la cual se hacen los preparativos á los huéspedes, lo mismo que para el descanso nocturno. Cuando el ardiente sol inflama la atmósfera y cae á plomo sobre la abrasada tierra, cuando ningún soplo de aire se atreve á luchar contra esta fuerza implacable, cuando todo se adormece y calla en la naturaleza, se produce como un encadenamiento de todas las facultades y se impone la suspensión de la actividad. Y cuando á este entorpecimiento se une el trabajo penoso de la digestión, esta necesidad se hace casi irresistible.—«El testigo añade que el maestro Vicente se entregaba despues de comer á la contemplación y á meditar sobre las Sagradas Escrituras.»

Un autor moderno que ha tratado magistralmente y por experiencia acerca de la meditación, dice en resumen, que después de este esfuerzo simultáneo de todas las potencias, después de esta especie de proyección del sér, no hay que hacer otra cosa que abstraerse de la vida y, si es posible, dormir. Vicente Ferrer predicaba todos los días en ayunas durante tres horas y después del sermón le esperaba el tropel de las dolencias humanas y luego de su comida de vigilia se retiraba para orar. Aquí radica el punto psicológico de una voluntad absolutamente dueña de sí misma, que ha hecho este pacto con su cuerpo; tú tendrás lo estrictamente necesario, porque no puedo hacer otra cosa, pero ni un átomo más; ya descansarás en la eternidad.

Todas las noches se disciplinaba de una manera sangrienta, y si su brazo impotente le rehusaba este servicio, lo pedía á un hermano, á una de esas almas capaces de no admirarse de cosa alguna. Lacordaire lo hacia para humillarse.

De estas cosas no comprende nada el mundo; es la eterna oposición entre Dios y él; entre el espíritu y la carne; la una inventa para gozar, el otro para sufrir. Este placer de azotar el cuerpo, de sentirle arder con las heridas ó gemir á causa de los cilicios, pertenece á la escuela de la santidad, como la manera de dar ó recibir los golpes pertenece al arte militar.

No se crea, sin embargo, que esto sea para domar las rebeldías de la carne; este es un punto secundario. La vigilancia, el alejamiento del mundo, el trabajo, la oración y sobre todo el don de Dios que hace los continentes, son los remedios á este mal demasiado positivo. Sin duda el odio de los sentidos, cuyo desorden tantos males origina, conduce á esta clase de expiaciones; pero la causa, la verdadera causa, es el amor. Las disciplinas, los cilicios, los cardenales, la sangre, son una necesidad que se impone á toda alma enamorada, al considerar

que la carne del Hombre-Dios atado á una columna ha saltado en pedazos sólo por amor bajo los golpes de una soldadesca sin piedad.

Pasaba luego largas horas con el alma abierta á la gracia, como la tierra reseca abre su seno al rocío, y esta era para él la hora más feliz, pues era la hora de esos preámbulos enteramente divinos de la unión que muy luego iba á consumir la Comunión. Entonces vivía, gozaba, se saturaba de su Dios; entonces, durante la noche, se entregaba al atractivo de las cosas invisibles; entonces su alma penetraba los misterios, lo que permanece como misterio para el hombre engolfado en la vida de los sentidos: *Animalis homo non percipit*.

Él sabía que si «la tierra está desolada, si sufre una desolación irremediable, es porque nadie se recoge para reflexionar en su interior». Él se recogía y reflexionaba para el mundo entero. ¡Quién describirá esas apelaciones á la clemencia, esos sacrificios de sí mismo, esos clamores al Sér infinitamente bueno, esos abandonos de un corazón amante, esos temores y esas zozobras confiadas al corazón del Eterno!

Allí se elaboraba su papel de reparador social; de allí salía, como el sol, para dar al universo extenuado un renuevo de fuerza y de vida. Y cuando Dios dejaba de absorberle, abría el libro de la vida y encontraba en él lo que hay oculto en cada una de sus frases; luces, horizontes infinitos, sentidos múltiples que se acomodan á todas las disposiciones del alma.

Este es el secreto de su influencia. Allí tomaba lo que luego daba todos los días, presentándolo bajo puntos de vista tan nuevos, tan seductores, con un ardor siempre creciente. Cuando dirigiéndose á los sacerdotes les decía: «Desde que os despertéis entregaos á la obra divina é identificaos con Jesucristo; á tal hora fué conducido ante Pilatos; á tal otra gritaban los Judios; á tal otra espiraba, etc., etc.», era su vida la que revelaba y el secreto de las divinas intimidades.

Todos los días se confesaba. El capítulo y la confesión diaria, es decir, la confesión pública de las faltas públicas y la confesión secreta de las faltas secretas, eran leyes de la antigua disciplina monástica. Los que se asombren de esto y que una legítima curiosidad impulsa á darse cuenta de todo, tengan á bien, después de haber lavado su alma, sujetarse durante un año á hacer todas las noches su examen detenido de conciencia. Es posible que nada encuentren los primeros días, porque ¿qué puede encontrar censurable en su *toilette* el mendigo polvoriento y andrajoso á quien vestís con ropa limpia? Pero á medida que se purifique su corazón, verán que se hacen más exigentes,

se indignarán de las manchas que cada día caen sobre su alma, del polvo, si no es el fango, que ensucia su ropa limpia, y no tardarán en conocer que el barrer, limpiar, remendar, remontar, son exigencias diarias de nuestra vida en la tierra.

Preparado de este modo, subía Vicente Ferrer al altar y cantaba la misa.

Al principio tuvo cuidado de llevar en su comitiva lo que puede llamarse su capilla, chantres, presbíteros, bien enseñados é instrumentos de música. La misa era el acto importante de su jornada, el punto culminante de las ascensiones de su corazón, en el que hallaba la sociedad de sus potencias afectivas. Un día dijo á sus oyentes: «Todos los días hago esto mismo, para que influya y se distribuya la abundancia de las gracias que recibo en el acto de la misa, y así como Cristo iba todas las mañanas al huerto de las Olivas, yo celebro la misa que significa ese monte de gracia y de unción. Y luego, á imitación de Cristo, predico, porque un sermón después de la misa, vale más que tres en cualquiera otra ocasión.»

Se ha escrito del P. Lacordaire que después de una corta oración de gracias sentía una especie de sed que le llevaba á buscar las humillaciones y los golpes. Vicente Ferrer se abrasaba, se ahogaba con el cúmulo de sus pensamientos y hablaba para extinguir el fuego encendido en su interior. Así amaba á Dios; pensando siempre en Dios, sentía en su corazón la imperiosa necesidad de hablar de él. Encontraba la elocuencia en el amor, en donde se halla siempre, porque todo ser verdaderamente enamorado será elocuente, si le hacéis hablar del objeto amado. Y si es verdad, como dice San Agustín, que las lágrimas, esa sangre del corazón, son un testimonio del amor, su corazón derramaba esa sangre todos los días al consagrar la sangre de Dios, en cuyo acto se enardecía su semblante, acabando el Santo Sacrificio en una especie de irradiación de todo su ser. Aunque la experiencia había demostrado que se le oía de lejos, la gente acudía antes del alba para ver de más cerca los celestes resplandores de su rostro.

En la celebración de la misa empleaba el más absoluto respeto en todos sus detalles, lo cual era una lección práctica que daba todos los días á sus sacerdotes, y no hay duda que su actitud, sus brazos en cruz marcaban el sentido de todas las cosas en esta sublime epopeya del Sacrificio divino, tan admirablemente ordenada por la Iglesia, esposa inteligente de Aquél que se inmola.

La liturgia es la forma auténtica del culto oficial que Dios se

digna aceptar de los mortales. Cuando este asunto formaba parte de aquellos de que se ocupaba la humanidad, era una cuestión de importancia el saber de qué manera quería Dios que se le honrase. La historia de todos los ritos extravagantes ó bárbaros es bastante elocuente y fué un verdadero reposo para las almas cuando la Iglesia, mensajera divina, hizo marchar á la par las enseñanzas de la fé y las formas simbólicas del culto, dando la fórmula exacta de la plegaria y de la adoración.

¿Pero para qué cantar todos los días la misa? esto por lo menos es una rareza. Vicente Ferrer se habia impuesto el deber de acercarse lo más posible á la vida conventual y en el convento se cantaba la misa todos los días.

Y además ¿se conocen bien las riquezas que encierra el canto litúrgico? Un poco de atención bastaria para demostrar que todo en él está meditado, querido, consentido; que la frase más insignificante expresa un anhelo del alma en ese estado particular en que ya no basta la palabra, ni aun la poesía, en que es preciso que cante. Es la unión activa de estas dos ideas; el alma naturalmente cristiana llena de melodiosas armonías: *anima plena modulatione*.

Predicaba todos los días y con frecuencia muchas veces al día, lo cual es humanamente inexplicable. Puede hallarse al principio en la novedad, en la atención de la multitud, en el éxito, el incentivo necesario para la predicación; pero llega un momento en que bajo la influencia de la fatiga, del fastidio, de las críticas, que nunca faltan, se pierde el gusto natural y se aspira al descanso. Lo que en este difícil trabajo se necesita es el *fuego sagrado*, sin metáfora alguna, que no se extinga jamás. Es preciso amar á las almas con ese amor que ha ido á buscar al Verbo divino en las profundidades de los cielos y lo ha lanzado á la tierra como redentor y víctima, es preciso tener en el alma siempre abrasada la pasión del honor de Dios.

Como si fuera el púlpito un galvanismo divino, le devolvía fuerza, vivacidad, juventud, siendo esto para la gente la prueba viviente de lo que obra la gracia en las almas. Aquí no cabe la duda; era un milagro que se realizaba todos los días, sin que haya un solo testimonio en el proceso de canonización que no refiera este hecho que llamaba la atención de todo el mundo... *Et completa missa, incipiebat suum sermonum cum vultu colorato et aspectu angelico, proferens verba sua cum clara et resonante voce* (Golosa. Declaración del arzobispo). La misa obraba en él este prodigio; todo en ella era para él realidad viviente y activa; acababa de acercarse á Dios que renueva y alegra la

juventud; la juventud inmortal del alma en contacto con la eterna juventud de Dios.

Y marchaba paciente.—¿Se ha fijado bastante la atención en esos cambios diarios de residencia, después de las fatigas del día y en semejantes condiciones? Viajaba siempre á pié, últimamente montado en un asno á causa de la llaga que padecía en una pierna. Como ya hemos dicho, sólo recogió la palma del martirio por la vehemencia de sus deseos; pero, realmente, sufrió todos los días el martirio de la paciencia. ¡Y qué paciencia! Hambre, sed, calor, cansancio, vientos, tempestades, barrancos y ríos convertidos en torrentes. Cuando se piensa que de este modo recorrió cuatro veces la Europa en quince años, ¡y esto en el siglo XV! ¿Eran los caminos de entonces otra cosa que horribles barrancos? Diganlo los que aun en esta época viajen por España (1). Jamás hizo milagro alguno en su favor, es decir, que dejó que obraran contra él la naturaleza, los elementos, la malicia de los hombres y del infierno.

Cambiaba á menudo de hospedajes, pues aunque me complazco en creer que le recibían lo mejor que sabían, ¡cuántas veces en pueblos sucios y aun en las ciudades, bárbaro amontonamiento de casas desaseadas, tuvo por refugio un cuarto excesivamente caloroso y poblado de repugnantes parásitos! Aun se venera el que ocupó cuando su primer viaje á Vannes, y esta peregrinación vale tanto como cualquiera otra, porque á su vista es fácil formarse idea de cómo se vivía en el siglo XV.

La Fontaine nos pinta en alguna parte cierto país «hacia el que os dirige el cielo cuando quiere que rabiéis»: pues bien, en los confines de la Baja Bretaña, no lejos de Quimper-Corentin es por donde marchaba Vicente Ferrer cuando cayó su asno en un cenagal del que no podía salir, episodio semiburlesco que ya conocemos.

Algunas veces le cortaban los vestidos por devoción, sin que se hicieran cargo aquellas buenas gentes que le hacían aparecer grotesco con su capa á tiras poco geométricas y su sayal recortado en una tercera parte. Pero no siempre era por devoción. «Juan Salvatoris, testigo en el proceso de Tolosa, ha observado que con frecuencia le cortaban los hábitos para probar su paciencia. Y él con todo eso siempre alababa á Dios.»

Habiéndole seguido á diversas partes, pudo el testigo ver la paciencia que tenía en los contratiempos de todas clases que le

(1) Es achaque bastante común en los escritores franceses presentar á España en un estado de atraso que dista bastante de la realidad. (N. del T.)

sobrevenían á él ó á sus compañeros, tales como inundaciones, lluvias, tempestades, mal tiempo continuo y á veces escasez de viveres. Jamás le vió impacientarse, aunque dos veces cayó de su asno, si bien no sufrió daño, lo que admiró á todo el mundo.

El buen P. Hugo Nigri, gran Inquisidor de Francia, distingue sutilmente el *actum patientiae* y el *habitus patientiae*, diciendo que ha pasado poco tiempo en su compañía, pero puede asegurar que tenía el espíritu de la paciencia, habiendo perseverado tantos años en esa ingrata labor de la predicación y recorrido los diversos países del mundo. Es *verosímil* que tuviera que experimentar muchos contra-tiempos, que, sin embargo, no le detuvieron.—¡Es verosímil, en efecto! Y el archidiácono de Tolosa confirma todo esto en breves palabras: «Su paciencia era evidentemente superior á las fuerzas humanas, enteramente divina».

Soportaba sin quejarse las apreturas de la multitud.—Hace poco hemos creído deber justificar su conducta en este punto, y á la verdad no sé por qué buscar apologías en donde no hay más que heroísmo. ¡Las apreturas de la multitud! Yo he visto algunas veces niños harapientos manchar mi manga á pretexto de besarme la mano y afirmo que no tiene nada que ver en ello la vanidad. ¡Y el número! ¡y la suciedad! ¡Porque naturalmente eran los pobres, los enfermos, los humildes y todas las miserias las que más le asediaban! ¡Ah! esto dista mucho de las posibles satisfacciones del amor propio.

«Juan Eximeno de Buerba, maestro en artes, dice que el Santo fué hasta Aynsa, en la diócesis de Huesca, á cuya población habían acudido diez mil personas ansiosas de oírle y todas querían besarle las manos. Esto duró once días, era en el mes de Julio y fué tanto lo que se fatigó á causa del calor de las manos y los empujones de la multitud, que estaba como asfixiado, y fué preciso que los regidores le acompañaran todos los días hasta su alojamiento para evitarle una muerte segura. *Stipatus agmine consulum villae conservatium cum á periculo mortis maximo labore.*»

El delicado tema de la castidad forma siempre en los procesos de canonización un interrogatorio aparte. Todos sin excepción ni restricción responden que jamás han oído decir cosa alguna contra él.

«Cuando iba una mujer á pedirle consejo para su alma ó salud para el cuerpo, la hablaba con atención y amabilidad, pero con la mayor modestia.»

En el proceso de Nápoles se consagran á la vida íntima exclusivamente los artículos 1.º, 2.º, 23 y 24; este último llega hasta el

fondo del ser y pregunta formalmente: *zultum permanserit virgo usque ad mortem?*—La Iglesia, después del Evangelio, no titubea en adornar la virginidad con una aureola especial. Todos contestan afirmativamente en relación al tiempo que pasaron á su lado y á su situación; ni uno solo presenta testimonio en contrario.

Por último, el obispo de Mallorca declara «que ha visto y conocido al maestro Vicente, que era católico perfecto y celoso defensor de la fé, obrando en todo para honor y gloria de Dios Todopoderoso y de la Santísima Trinidad.»—Esta declaración lo resume todo.

Dios quiso descubrir aquí abajo á los testigos de semejante vida un rincón de la gloria que espera á sus servidores. Muchas veces se vió la habitación del Santo inundada de una luz resplandeciente y al mismo Santo desprendido del suelo como una llama. En algunas ocasiones se oyó hablar en alta voz, se sorprendieron extraños diálogos y despertándose sus compañeros se levantaban, se contaban y se preguntaban quién podía ser el que así venía á turbar el silencio de la noche y la soledad de su jefe venerado. Era Santo Domingo ú otros Santos, cuando no el mismo Jesucristo. Indudablemente este hombre no marchaba sólo por la tierra, sino acompañado de espíritus bienaventurados, dispuestos á acudir á sus invocaciones.

Hasta parecía que su alma trajera del cielo perfumes de que se impregnaba su cuerpo.—«El testigo dice que cuando iban de viaje el maestro Vicente se apoyaba con frecuencia en él en las bajadas ó cuevas del camino, y que siempre, al contacto de sus manos se exhalaba de ellas un olor de una fragancia maravillosa que duraba tres ó cuatro días, acerca de lo cual no le cabe duda por haberse repetido muchas veces la experiencia.» Y cuando murió, dicen otros amables testigos, que se vieron transportados á etéreas regiones, atraídos por esos perfumes.

«¡Qué gloria no merece una vida tan larga empleada toda ella en la más estricta observancia de sus reglas! exclama un testigo. Jamás novicio alguno, en el cerrado santuario del noviciado, se mostró más pasivamente obediente á las órdenes de sus superiores.»

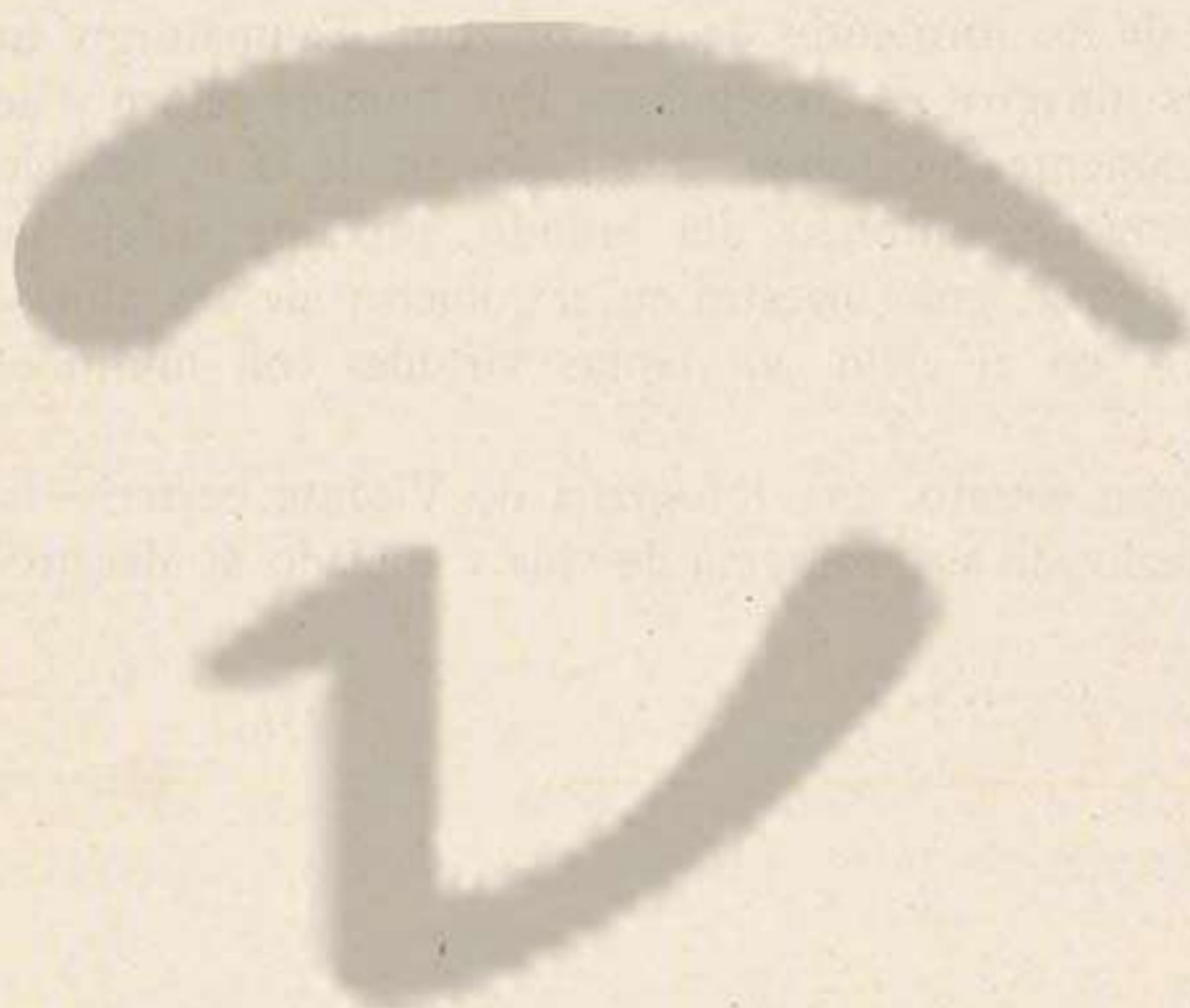
Juan XXII decía: «Dadme un Dominico que haya sido fiel toda su vida á sus constituciones y le canonizo sin más examen.»—Vicente Ferrer, está reconocido como Santo en tal concepto, siendo todo lo demás aumento de méritos.

Para concluir séanos permitido establecer una analogía. Al empezar su vida religiosa, Vicente Ferrer había tomado por modelo á Santo Domingo: Véase lo que se lee en el oficio del Santo Patriarca:

«Pasaba las noches casi en vela, ya de rodillas, ya prosternado del todo; y si sentía una necesidad irresistible de descanso, dormía algunos instantes apoyado en el ángulo del altar ó contra la dura piedra. Todas las noches se azotaba tan cruelmente con una cadena de hierro que le manaba la sangre á chorros; derramaba abundantes lágrimas, sobre todo al celebrar el Santo Sacrificio; su mayor goce era verse menospreciado; conservó toda su vida la más absoluta pureza de cuerpo y de pensamiento; los pecados y los tormentos de los hombres le hacían sufrir en gran manera. Observaba gran abstinencia, no comiendo nunca carne, y aunque estuviera enfermo se negaba á romper el ayuno. No manchó su vida con pecado alguno mortal; extraordinariamente reservado en sus palabras, jamás hablaba más que de Dios y con Dios, ocupándose lo menos posible de lo demás. Anhelaba con ardor la salvación de las almas y el deseo del martirio fué uno de los tormentos de su corazón. Taumaturgo en vida, brillaron los milagros en su sepulcro. Fué hombre celoso y de espíritu verdaderamente apostólico, firme sosten de la fé, heraldo sublime del Evangelio, antorcha del mundo, brillante reflejo de Cristo, nuevo precursor, gran maestro en el gobierno de las almas. Coronado, en fin, en el cielo por tantas virtudes con múltiples coronas.»

¿No parece este retrato una fotografía de Vicente Ferrer?—El discípulo había realizado su programa de vida y copiado al Maestro.





CONCLUSIÓN

El último editor del principal biógrafo Vidal y Micó termina así su trabajo: «Sin embargo de todo lo que se lee en nuestra publicación, creemos que aun hay mucho que hacer para que se tenga una historia completa de la Vida y hechos del Santo. Sus piadosos historiadores no le han considerado más que bajo el aspecto de su santidad. La época presente necesita se le considere bajo otro aspecto, el de su influencia político-religiosa en su época. Esperamos que el estudio de la historia de la Edad Media que empieza á apreciarse y á atenderse entre nosotros, irá descubriendo cada vez más nueva importancia y nuevo brillo en las acciones de nuestro Santo, y añadirá una demostración más á las otras de que es posible ser un gran Santo y al mismo tiempo un grande hombre de Estado, y un grande é ilustrado amigo de su patria» (1).—En estas palabras había todo un programa que hemos procurado realizar.

El *Cartulario* demostrará que esta Historia está todo lo documentada que puede exigir la crítica moderna, por lo menos tanto como consiente el estado actual de los archivos.—¡Cuántas ruinas amontonadas! ¡Cuántas cenizas ha habido que remover muchas veces para hacer brotar una chispa! ¡En cuántos sitios era la obscuridad completa y el olvido absoluto!—Sin embargo, nada esencial ha quedado en la sombra.

Hemos dejado á nuestro Héroe su verdadera fisonomía, tal como aparece de los documentos y de los hechos; pero hemos suprimido sin compasión todo lo que tendia á dar á su aureola un brillo ficticio. Los Santos, que son los verdaderos grandes hombres, no necesitan más que la verdad.

No obstante esto, resalta de tal manera lo sobrenatural en estas páginas, que es imposible no quedar impresionado. Inútil es cerrar los ojos á la luz del sol; siempre filtra algún rayo. Lo más prudente

(1) Vidal y Micó. (N. del T.)

es mirarlo francamente, aceptarlo sin preocupaciones, darle su lugar en todas las cosas: en las costumbres, en la política, en la historia.

Además, ahora es tiempo. Retoños de un viejo tronco destinado á perecer, no tenemos ya la savia de los brotes primitivos. Es inútil que nos entusiasmemos con las huecas palabras de civilización y de progreso, porque nuestra decadencia es irremediable. El mundo es viejo y para él, como para los ancianos, la prudencia consiste en austeros retrocesos y pensamientos graves, pues nada más triste que la locura con canas.

¿No parece que por esta vez toca irremediabilmente á su fin?— Vicente Ferrer se expresaba así en uno de sus innumerables sermones sobre el fin de los tiempos: «Las señales son las mismas que las de la muerte ordinaria: la decrepitud de la edad, el enfriamiento total, la paralización general, la insensibilidad, la repugnancia á los alimentos sanos.»—¡Cuántas aplicaciones de estas palabras vendrían aquí naturalmente á nuestra pluma!

Y á estas señales hay que añadir, ¡ah! la más clara de todas: El Hijo del Hombre vendrá cuando se haya perdido la fé en la tierra.

FIN

APÉNDICE AL TOMO II



Pág. 295. A propósito de esta entrevista de los monjes de Santo Domingo con el rey Francisco I y demás referente á la reliquia de San Vicente Ferrer, dice el P. Teixidor en sus apuntes inéditos lo siguiente:

«El Maestro Antist es el autor más antiguo que escribió esta noticia en la vida de San Vicente, lib. 2, cap. 34, pág. 433, con estas cláusulas: «Siendo preso el Rey Francisco Primero por el ejército de nuestro Emperador Carlos V, en el año 1525, fué traído á España y desembarcó aquí en el puerto del Grao de Valencia. Algunos Padres de esta casa, por no perder tan buena ocasión, le fueron á besar las manos y rogáronle que, pues Dios le avia guardado de los peligros del mar i traído á la tierra del Santo Padre fray Vicente, cuyo cuerpo él tenía en Vannes, prometiese de dar el cuerpo del mismo Santo ó alguna parte del á este Convento de Valencia, siquiera para que el Santo le favoreciesse para salir con libertad de España, que era la cosa que el rey más deseava. Porque según tenía ofendido al Emperador, temíase mucho de quedar toda su vida en prisión. Dióles, pues, su palabra, i aun les libró una Cédula, para que en Francia les diessen un Brazo del Santo. Con este recaudo partieron de Valencia el Mtro. Fr. Luis Castelloli i otro Padre su compañero: pero hallaron tanta resistencia en Francia, que se huvieron de contentar con uno ó dos Huesos pequeños. Y con no más de esto se bolvió á Valencia el compañero del Maestro Castelloli, porque al Maestro le tomó la muerte en Francia... Llegando el otro religioso con las riquezas que de Bretaña trahía, fué inestimable el gozo, que toda la ciudad recibió.»=Sic Antist.

»No le ocurrió á este sapientísimo Maestro ver las escrituras auténticas, que de esta reliquia, que consiguió el M. Castelloli, conserva el Convento en su archivo. Viólas bien el M. Fr. Diego Más, como persuade la Relación que de dicha Reliquia dió á la estampa en el año 1600. Pongo aquí un ejemplar, para que lo co-



pie el que escriviere nueva vida del Santo, por ser su relación totalmente verdadera, á excepción de lo que dice del M. Castelloli que *con dispensación de la Sede Apostólica se passó de la Cartuxa á nuestra Orden*. Tengo hecha demostración de que el Maestro Castelloli no fué Cartujo, en las memorias de este grande religioso en el tomo 2 del Necrologio.

»Tengo por noticia que carece de todo fundamento lo que dice Antist de que el Prior de este Convento con algunos Padres besaron las manos del Rey Francisco quando vino preso á Valencia: i assí mismo es totalmente falso que este Príncipe les libró Cédula para que en Francia les diesen un Brazo de San Vicente. Fúndome en dos razones: La una en el poco tiempo que estuvo el Rey Francisco en Valencia, i que no permitió semejantes visitas, según dexó escrito Mosén Pedro Martí, testigo ocular, Sub-sacristá de la Seo de Valencia, hombre diligente i curioso que escribió diariamente varios acaecimientos de Valencia en un libro en fólio que ahora tiene el titulo *Llibre de Antiquitats*, i se guarda con aprecio en el archivo de la misma sacristía. Vióle el Maestro Diago, i por la seguridad i gran verdad de sus noticias, hizo un extracto vertido del Lemosin en Castellano, para aprovecharlos en sus Annales, y se halla en el tomo del Apartado de letra del mismo Diago, fol. 182, pág. 2, que es del tenor siguiente:

»Llegó el rey de Francia preso á la playa de la Ciudad de Valencia con veinte galeras y quatro vergantines, i lo traxeron el virrey de Nápoles, i el Capitán Alarcón, hombre de muchas prendas i llegó el día de San Pedro á la oración de la noche i como hacia marea, no desembarcó hasta el día siguiente al romper del alva. Recibiéronlo en el puente del Grao el Governador y el Bayle general y otras personas principales, i besáronle la mano. Subió á caballo en una mula que allí le tenían prevenida; i fué á la Atarazana i allí fueron á visitarle los Jurados con sus gramallas, i Baltasar Granulles, que era el Jurado primero le dixo que la Ciudad de Valencia estava á su mandar. Respondióle el Rey en esta forma: Yo soy prisionero de mi Primo el Emperador, i por ahora no puedo daros el galardón, i Dios me haga gracia que os lo pueda satisfacer. Llegó luego á visitarlo el Conde de Oliva, i le hizo grande fiesta i lo llamó Primo suyo, i luego se despidieron porque venía cansado y quería dormir. Después de comer, á las cinco horas, llevaron los Jurados, Governador, Bayle i otras personas principales con concurso de innumerable gente al Real, con dos com-

pañías de arcabuceros y Piqueros que ivan de guardia. El día siguiente á las quatro de la tarde lo llevaron al Palacio Episcopal á visitar á la Reyna Germana i á su marido el Marqués, que estava allí enfermo, i de allí lo llevaron á Benisanó, lugar del Governador Cabanilles.»

Según esta memoria el rey Francisco solo estuvo en Valencia desde el amanecer del día 3o de Junio hasta las quatro de la tarde del día siguiente, en que después de haber visitado á la reina Germana, lo llevaron á Benisanó. ¿Cómo, pues, se hace creible que en tan pocas horas se diera audiencia y lugar á algunos Padres de esta casa para besarle las manos, pedirle el cuerpo de San Vicente ó alguna parte de él, darles el rey palabra y aun librarles cédula? Sabemos por experiencia cuando los Reyes han venido á Valencia muy de espacio, cuántos empeños son menester para que los Piores logren audiencia; y esto, no luego en su arribo, sino después de pasados días. Pero lo que hace más increíble esta noticia de Antist es el que diga que el rey de Francia les libró cédula para que allá les diesen un Brazo del Santo. Convéncese la falsedad de esta noticia con la carta que los Jurados escribieron al Capitán D. Fernando de Alarcón, que fué á quien se cometió la guarda de vista del rey, con uniforme voto de todos los Generales del ejército del Emperador. Encontré esta carta en el Archivo de la Ciudad en el tom. 42 de cartas missivas, y es del tenor siguiente:

«Al muy respetable i virtuoso señor el Señor Capitán Alarcón, Virey de Calabria por la Cesárea y Real Magestad.

Muy respetable y virtuoso Señor: No debe ignorar V. S. que el glorioso San Vicente Ferrer fué natural de esta Ciudad de Valencia y que todos los días hace muchos y diversos milagros en la gente de la misma, la cual le es muy devota y que en el monasterio de Predicadores de esta Ciudad, del que fué fraile y conventual, tenemos una capilla con su invocación, á la que continuamente va mucha gente á orar y á recurrir en sus necesidades al dicho Santo glorioso, el cual, según se ve por experiencia, impetra y alcanza de Dios Nuestro Señor muchas gracias especiales para sus devotos que á él acuden. Y por quanto no tenemos aquí Reliquia alguna de dicho glorioso Santo, porque falleció en tierras de Francia y allí guardan su santo Cuerpo, por ello confiando mucho en la buena voluntad que hemos reconocido en el Señor Rey de Francia, hemos acordado escribir á V. S. y

pedirle el favor de que se digne suplicar á su Real Alteza de parte de nuestra dicha Ciudad *que haga la merced de escribir á la Serenísima Señora su Madre y mandar á los Oficiales y otras personas á cuyo cargo está el Cuerpo de dicho glorioso Santo que entreguen ó manden entregar á los que irán con carta de su Real Alteza una Reliquia bastante grande de dicho glorioso Cuerpo de San Vicente: porque hará aumentar en gran manera la devoción que todos tenemos á dicho glorioso Santo, por lo cual se aumentará también mucho el culto divino; según más detenidamente informará á V. S. el Reverendo Padre Prior de dicho Monasterio de Predicadores, Portador de la presente, al cual puede V. S. dar crédito en todo lo que sobre el particular le diga de nuestra parte. Y aparte del servicio que con esto prestará á Dios Nuestro Señor, nosotros y toda esta Ciudad le quedaremos perpétuamente obligados y rogaremos todos á dicho glorioso Santo que sea especial protector de V. S., cuya vida aumente y prospere Dios Nuestro Señor como desee. De Valencia á XIII de Julio año MDXXV.*

Siempre á las órdenes de V. S. y dispuestos
á servirle.—Los Jurados de Valencia.» (a)

Varias veces he advertido que en el archivo de la Ciudad no se tuvo el cuidado y curiosidad de conservar las responsivas de las cartas que escribía; y así no puedo dar traslado de la responsiva del Señor Alarcón. Pero es cierto que no logró la Ciudad su ruego y súplica; pues el Prior del Convento, que era entonces el Mro. fr. Gerónimo Catalá de Gallarch, Portador de la carta, se restituyó al Convento muy antes de la Natividad de la Virgen del mismo año 1525; de cuyo regreso se infiere que no logró lo que en la carta se suplicaba; pues si lo hubiera conseguido, hubiera emprendido el viaje de Francia, para lograr la deseada reliquia. Lo que se infiere claramente de la copiada carta de la Ciudad, es lo directo y formal de mi assunto, es á saber: Que el Rey Francisco, cuando estuvo en Valencia, no dió su palabra, ni les libró cédula á los Padres de esta Casa para que en Francia les diesen un brazo del Santo. Porque si tal palabra y cédula hubiera concedido, era escusando que la Ciudad interesase al Sr. Alarcón para lograr lo mismo que supone había ya concedido. Fuera de que, si se hubiera logrado la real cédula, no es creible que los

(a) Traducida del lemosín. (N. del T.)

religiosos, que supone Diego fueron la primera vez á Vannes, no la hubiesen conservado, y en su consecuencia, se hubiera aprovechado de ella el Mro. Castellolí, cuando fué al mismo fin á Vannes en el año 1532.

«En la relación que hace Serafin de la reliquia que consiguió en Vannes el Mtro. Castellolí en la pág. 249, á más de lo que dexo impugnado y convencido, ay otras cosas que son también falsas. La primera, que el Mro. Castellolí no fué cartujo, como ya lo advertí. Yerra también Serafin el apellido del Provincial que no se llamaba Fr. Domingo de *Guzmáu y Montemayor*, sino Fr. *De Còrdova y Montemayor*, aunque solo se firmaba Fr. *Domingo de Montemayor*, como puede verse en sus memorias que escribí en el tomo 2 del Necrologio. Dice también Serafin que el Mro. Fray Gaspar Pérez, compañero de Castellolí, murió en el Convento Sambrosiense. Es falso: enfermó en dicho Convento, recobró la salud; bolvió á este su nativo Convento y murió en el año 1536, siendo Prior actual de Predicadores de Zaragoza. He advertido todo lo hasta aquí escrito para que cuando se escriba nueva vida, no se contenten con copiar á Serafin á la letra, como lo copió el Mro. Vidal, sino que se corrija lo que ciertamente es falso ó se illustre y esclarezca lo que puede y debe ilustrarse.» (N. del T.)

Pág. 300. Acerca de la reliquia de la costilla de San Vicente Ferrer obtenida por mediación de D. Juan del Aguila, dice lo siguiente el P. Teixidor de sus notas inéditas.

El V. P. Mro. Serafin refiere la conducta de dicho preciosa reliquia á la Ciudad de Valencia en el Libro 4, cap. 6. Para que pueda escribirse lo que pertenece á esta reliquia con fundamento, verdad y mayor extensión, como lo pide el assumpto, copiaré aquí algunos monumentos fidedignos y el primero es un papel en folio de carácter difícil de leerse, que se conserva en el lio de papeles varios concernientes á San Vicente Ferrer, y su tenor es el siguiente:

«El cuerpo del glorioso San Vicente Ferrer está en la villa de Vannes en la Iglesia Mayor, nueve leguas pequeñas de la villa y castillo de Blavete, puerto del Rey nuestro Señor. En la citada villa de Vannes ay 200 españoles de guarnición, por que no se dé al enemigo la Villa; el capitán de ellos es D. Christoval de Aguilera, natural de Ciudad Rodrigo. El Governador es Mons. de Aradón, el qual pidió á D. Juan del Aguila, General de la gente española que está en Bretaña, le diesse la guarnición de los 200 hombres

que tiene, i el Obispo su hermano, que era Obispo de Vannes, intervino en ello i el dicho D. Juan se la dió: i en pago de esta buena obra con muchos ruegos y dificultades le dieron á dicho Don Juan del Aguila un buen pedazo de un hueso de San Vicente: i para sacarlo se juntó el Cabildo, el Obispo i los más principales i escribano auténtico que dió fe de ello i los traslados de las Bulas con todo lo que le entregó al dicho Don Juan del Aguila, que oy día reside en Blavete.

»El cuerpo de San Vicente está en el Altar mayor de Vannes debaxo de una bóveda, la qual bóveda se ve por una reja, que tiene una lámpara que arde siempre, i el altar mayor está fundado encima. Y la individua parte y asiento del cuerpo, donde está el santo cuerpo es un Altarico apostado junto á la pared, delante del qual está la lámpara encendida, i no se puede descubrir mas de ésto por estar muy honda la bóveda i el asiento del cuerpo del Santo en el suelo de dicha bóveda.

»El modo como se ha de haver el Cuerpo del Santo glorioso, es este: Hanse de llevar cartas de qualquiera Señor del Consejo de guerra para el Capitán de Infantería, que estuviere de guarnición en la dicha Villa de Vannes, en que le rueguen que favorezca lo que fuere á este efecto, con cuya ayuda, con el secreto posible, se han de cohechar dos ó tres Canónigos de la dicha Iglesia, que con cada trescientos ducados se hará, i estos darán lugar para que se pueda entrar de noche en la Iglesia, por estar sin guardia, ni gente, i se puede sacar el Cuerpo y llevarse á Blavete con facilidad, y allí embarcarle, como se hizo en traer el cuerpo de Santa Leocadia. Y se ofrece el que hizo esta memoria, que es el Dotor Fernando de Plaza, Médico de su Magestad, residente en Madrid, natural de la Ciudad de Málaga, que ha servido á su Magestad en la Provincia de Bretaña, y es muy plático en ella, de acompañar, favorecer y ayudar á quien fuere á esta empresa. Y á esto le ha movido haver residido mucho tiempo en esta Ciudad de Valencia en casa el Dotor Cantos, y haverse doctorado en ella, y ser muy devoto del glorioso San Vicente, y desear, por ser Español, esté entre Españoles, donde le veneren con más veneración que allá se venera. El camino para ir á Vannes es irse á embarcar á los puertos de San Sebastián, ó Santander, ó á Castro, que está cien leguas de Valencia por tierra ó cerca: de allí á Blavete por mar.

»Las reliquias, que están en poder de Don Juan del Aguila, se han de haver escribiendo á Don Fernando de Toledo, de la Cá-

mara de su Magestad, ó el Marqués de Velada, que es Mayordomo del Príncipe, ó Don Juan de Acuña, íntimos amigos de Don Juan del Aguila. Qualquiera que le escriba de los tres, ó todos, dará luego parte de las Reliquias con sus bulas y papeles. Pero adviértase, que no entienda Don Juan del Aguila que el Dotor Plaza ha dado noticia de esto. Esto se escribió en en el Convento de Predicadores de Valencia á 29 de Noviembre 1536, de mano de Fr. Juan Aviego, y dictándolo el dicho Dotor, el qual lo firmó de su mano el sobredicho día mes y año.

»El Dotor Bernardo de la Plaza.»

Tengo por monumento este copiado papel digno de toda fé i crédito como dictado por el Dotor Plaza que lo vió todo por sus ojos por haver servido al Rey en la Provincia de la Bretaña y ser muy plático en ella. Describe pues en el segundo párrafo el lugar donde en su tiempo estava el cuerpo de San Vicente, cuya descripción podrá añadirse, si pareciere, después de esta cláusula de Serafín (pág. 245). «Pocos años después de esta traslación (para fervorizar mas la devoción de los fieles) sacaron los capitulares del túmulo la mencionada arca con el cuerpo del Santo y la colocaron aparte.» Añádase ahora lo que dice Plaza: Este altar estava en el año 1596 debaxa del Altar mayor en una bóveda, la qual tenía rexa, y una lámpara que ardía siempre, y en ella un altari-co donde estava el Santo que alumbrava la lámpara.

Consta también en el primer párrafo de dicho copiado papel, que Mons. Aradón Governador de Vannes fué quien pidió á Don Juan del Aguila, General de los españoles que estaban en Bretaña, guarnición de españoles para que Vannes no se entregase al enemigo: i á ruego i mediación del Obispo de Vannes, hermano de dicho Governador, Don Juan del Aguila le embió al Capitán Don Christóval de Aguilera con doscientos españoles. Algunos de estos (métodos como dice Serafín) empeñaron á Felipe Segundo á que pidiese al Obispo y Cabildo el Cuerpo del Santo para Valencia. Resistióse el Cabildo, etc. Continúese todo el párrafo como está en Serafín, pág. 246. Concluído podrá añadirse: Que Bourgevol avisasse desde Valencia á Vannes la ideada estratagemas de los valencianos, se lo dixo el mismo en Vannes al P. Bartholomé Vimont, jesuita, que fué dos veces rector de su colegio de dicha Ciudad, según dice Papebruchio en la fama pósthuma de San Vicente, tomo 1, april, pág. 526, núm. 11112. No consta expressamente en qué año se ocultó en el arca donde estava el cuerpo del

Santo: aunque es totalmente cierto que aviéndose entregado en 14 de Septiembre del año 1601 á Mosen Juan Bautista Almoradí, Capellán del Ven. Señor Patriarca la canilla segunda de la pierna del Santo, en esse tiempo aun se sabía donde estava el arca de las demás reliquias.

Llegó á noticia de los Jurados que sería fácil que Don Juan del Aguila les diese la insigne reliquia de San Vicente Ferrer que alcanzó del Obispo de Vannes; y hallándose este cavallero en Madrid, empeñaron á Don Henrique de Guzmán, con cuya mediación Don Juan hizo donación á la Ciudad de la reliquia el día propio del Santo á 5 de Abril del año 1600, de la que autorizó escritura Juan Grau, notario de Valencia (1) que á la sazón se hallava en Valencia. El M. Serafin escribe de esta insigne reliquia en el Lib. 4, cap. 6, pág. 225, pero muy concisamente: y para que pueda extenderse su relación doi aquí copia del auténtico que se halla en el archivo mayor de la Ciudad, en el Manual de consejos del núm. 124, cuyo tenor es el siguiente:

«Día VII del mes de Abril año de la Natividad del Señor M D C.»

En el año de la Natividad del Señor mil seiscientos en el dicho día séptimo del mes de Abril, á presencia de mí el Notario y de los testigos que abajo firman especialmente llamados y congregados, en el Huerto de Jaime Bertrán, ciudadano, situado fuera de los muros de la presente ciudad de Valencia, en la partida llamada Arrabal de San Guillen ó sea del Monasterio y Convento de la Santísima Trinidad, ante Gaspar Beneito, caballero, Miguel Nofre de Cos, Juan Bautista Colom, Pedro Antonio Matheu y Francisco Miguel, ciudadanos, Jurados de la ciudad de Valencia, con Bautista Juliá, caballero, ausente al presente acto por causa de enfermedad y del dicho Jaime Bertrán, Racional de la dicha ciudad y de Juan Bautista Matheu, ciudadano Síndico de aquella, todos convocados y reunidos en la dicha casa y huerto para dicho efecto: Constituido personalmente Lamberto Frins, natural de Flandes, criado y mayordomo de Don Juan del Aguila, caballero, Mestre de campo General de Bretaña y del Consejo de guerra de su Magestad, residente en la Corte, el cual, cumpliendo la orden expresa dada al mismo por el dicho Don Juan del Aguila tanto de palabra como por una carta escrita por el dicho Don

(1) Querrá decir de Madrid. (N. del T.)

Juan del Aguila al dicho Lamberto Frins, fechada en la villa de Madrid á cuatro del presente mes de Abril, escrita toda de mano propia de aquel, la qual es del tenor siguiente.

«A Lamberto Frins, mi criado, Valencia. Advertí que la santa Reliquia que llevastes de aquí del Señor San Vicente Ferrer, la aveys de dar á los señores Jurados: porque la dicha Reliquia es, para que se quede en la insigne ciudad de Valencia á Patronazgo de dicha ciudad y Jurados de ella; y en esto no aya falta, y tor-naos con brevedad. De Madrid á cuatro de Abril 1600.—Don Juan del Aguila.

Dice y declara; que el dicho Don Juan del Aguila por el mucho afecto y buena voluntad que en todo tiempo ha tenido y tiene á la presente Ciudad de Valencia y por otros muchos motivos y razones que han movido su ánimo, le había enviado á dicha presente ciudad un hueso de una de las costillas del gloriosísimo Predicador Apostólico San Vicente Ferrer, hijo y natural de dicha insigne Ciudad de Valencia, para entregar á los Jurados de aquella, á fin de que la dicha Ciudad fuese dueña é hiciese de ella lo que tuviera á bien: Y en consecuencia de buen grado y ciencia cierta dice: que libraba y entregaba, como realmente y de hecho libró y entregó á dichos Jurados, Racional y Síndico aquí presentes, la dicha Santa Reliquia, la cual venía encerrada dentro de un cofrecito ó cajita de plata, que exhibió, cubierta de papel blanco, atada y sellada en cuatro sitios con el sello, según manifiesta, de las armas del dicho Don Juan del Aguila. Y diciendo estas palabras la entregó en manos de los dichos Gaspar Beneyto y Miguel Nofre de Cas, dos de los dichos Jurados en nombre y por cuenta de la dicha y presente Ciudad, para que ésta haga y disponga á toda su mera, libre y espontánea voluntad como de cosa propia. Y también libró y entregó á dichos Jurados una Acta hecha en la Ciudad de Vannes de la Provincia de Bretaña, extendida por Don Juan Tuellio, Protonotario Apostólico y Secretario del Obispo de Vannes á 17 del mes de Junio 1596, sellada con el sello de la Iglesia y Cabildo de Vannes, por la cual consta como la dicha Santa Reliquia se había sacado del cuerpo del gloriosísimo San Vicente Ferrer por el Cabildo y canónigos de la Iglesia Catedral de la Ciudad de Vannes, capitularmente reunidos para dicho efecto, en la cual está el cuerpo del dicho gloriosísimo San Vicente Ferrer; y una carta escrita por el dicho Don Juan del Aguila, cerrada y sellada con un sobre en el

cual decía: A los Jurados de la insigne Ciudad de Valencia. Y quitado dicho sobre, se halló escrita del tenor siguiente:

«Algunos días há escribí á V. S. S. diciéndoles, como me tenía por venturoso en que les pudiese servir con cosa que tanto deseava essa insigne Ciudad, que es la Reliquia que traxe de Bretaña del glorioso Señor San Vicente Ferrer (que no fué poca ventura que me la diessen, porque la concedieron con harta dificultad). Y porque no suceda alguna desgracia la embio á V. S. S. con Lamberto Frins, mi Mayordomo, y la Certificación de como es del propio Santo, aunque no era menester, por haver yo puesto muchas personas muy fidedignas, quando se cortó del Santo cuerpo. También hecho juramento como es ella; y cierto que no me quedo con más de un poco de la túnica con que le enterraron, y que he negado á algunas personas de hartos cumplimientos en algunas partes que me han pedido con hartas veras. El Señor Don Henrique de Guzmán me dixo como V. S. S. querían esta Reliquia, y que el Señor Arzobispo gustaría también mucho de que la embiasse; y assí lo he hecho, y en todo lo demás que se quisieren servir de mí, lo haré de muchas veras. No la he guarnecido, como convenía, por la tardanza que huviera. En la caxica que va, lleva quatro sellos de mis armas, porque no se pueda abrir. Dios guarde á V. S. S. tantos años como puede y yo le suplico. De Madrid el primero de Abril 1600. Don Juan del Aguila.»

Y en el margen de la primera plana de dicha carta:

«Lo que va rebueto al huesso es de la túnica con que le enterraron, y el largo de la medida del hueso es la raya que va aquí debaxo.»

Y los dichos Señores Jurados, Racional y Síndico, en nombre de la dicha Ciudad, dijeron y respondieron: que aceptaban, como de hecho aceptan, la dicha Santa Reliquia con gran satisfacción y alegría y dieron muchas gracias á Dios Omnipotente por la gran merced que á ellos y á la dicha Ciudad había hecho enviando dicha Santa Reliquia á la dicha y presente Ciudad, por medio del dicho D. Juan del Aguila trasmitada; los cuales dijeron al dicho Lamberto Frins, que ellos y esta Ciudad les agradecían y quedaban muy obligados por la muy particular y singular merced que habían hecho á esta Ciudad de la dicha Santa Reliquia, de la cual conservarían siempre memoria. Y para que quede memoria en lo sucesivo de las referidas cosas y para descargo del dicho Lamberto Frins, requiere este y también los dichos Jurados, Racional

y Síndico, en nombre de la dicha Ciudad, á mí Francisco Baltasar Eximeno, notario, escribano de la Sala y Consejo de la dicha Ciudad, para que extienda este acto público, el cual fué recibido por mí en los sitio, día, mes y año arriba dichos, siendo presentes como testigos de lo referido, D. Jaime Ferrer, Portavoz del general Gobernador de la dicha Ciudad y Reino; D. Francisco Villarrasa, caballero del hábito de Montesa; Miguel Figuerola y Marco Antonio Gamir, caballeros; Mosén Masiá Gil, capellán de su majestad; Mosen Miguel Machench y Monsé Juan Bautista Burgos, Presbíteros; Juan García, Juan Miguel, notarios; todos habitantes en Valencia y reunidos en dicho Huerto, y presentes también á lo referido micer Juan Bautista Olchinat, abogado de la presente Ciudad; Jerónimo Núñez, caballero, Síndico; Baltasar Sabater y Gaspar Ballester, notarios, subsíndicos de la dicha Ciudad; y Gaspar Juan Grau, notario, encargado de los negocios de aquélla, y otra mucha gente» (1).

Esta es la escritura á que debe atenderse, y hallándose en ella inserta la carta que de Madrid en 4 de Abril escribió D. Juan del Aguila á su Mayordomo Lamberto Frins, y mandándole en ella la santa reliquia la aveis de dar á los Señores Jurados, lo que cumplió como se asegura en la copiada escritura, no sé cómo pueda verificarse lo que dice Diego: «El racional Jaime Bertrán llegó primero y se apoderó de la reliquia», y con voces equivalentes, Serafin: «Adelantóse el Racional D. Jayme Bertrán, y entregándose de ella aguardó á la Ciudad, etc.» Convengo en que Jayme Bertrán se adelantase y llegase primero; pero niego que él se apoderase y entregase de la santa reliquia, teniendo el portador Lamberto orden de su amo para entregarla á los Jurados, como lo cumplió; i siendo cierto que como extranjero no conocía á Jayme Bertrán, no se hace creible que á este entregase la reliquia, ni por un solo instante. Lo que entiendo es, que llegando primero Jayme Bertrán al portal de Serranos donde estaba detenido Lamberto Frins, se la llevó á su cercano huerto.

Ya considero que me detengo en tan menuda circunstancia, pero á mi me parece muy necesario para que se escriba con verdad. Y por el mismo motivo digo que deben corregirse algunas otras circunstancias, que refiere Serafin en la pág. 257 con esta

(1) Este documento y otro que se inserta más adelante han sido traducidos del original lemosín, (N. del T.)



formal cláusula: «Tuvo luego la Ciudad consejo sobre lo que sería bien hacer para demostrar su alborozo, elevación y gratitud, y acordó dar graciosa libertad á cuantos por su instancia estuviesen presos, y regalar á D. Juan del Aguila con veinte y cinco mil reales castellanos. Los veinte mil para que se feriasen dos cavallos, y los cinco mil para un corte de vestido á su Mayordomo que avia traído la reliquia; y lo restante hasta diez mil ducados, gastarlo en regocijos, fuegos artificiales y luminarias: Que se feriasen los diez días que durarían los festejos, y se mandasse guardar el primero.» Hasta aquí Serafin, citando al margen á Diago, pág. 484 y á Sala pág. 6, aunque erró esta última y devia decir fól. 151. Yo ví con cuydado los libros del Consejo de la Ciudad, y no encontré otra deliberación consiliar sobre este assumto que la que está en el Manual de consejos del núm. 124 y dice así: «Día sábado VIII de Abril 1600. Primo. Atendidada la muy grande merced y favor que nuestro Señor ha hecho á la presente ciudad disponiendo que la santa Reliquia del cuerpo del glorioso San Vicente Ferrer, hijo y patrón de la presente ciudad sea entregada á la presente Ciudad por D. Juan del Aguila, y es razón que el dicho Señor se le muestre gratitud y al Mayordomo del dicho D. Juan del Aguila, que ha traído aquélla, llamado Lamberto Frins, se le haga ver la gratitud de la ciudad; por ello, prestando su asentimiento y consentimiento para que de los fondos del común de la presente Ciudad se puedan gastar y emplear la suma y cantidad de seis mil libras, es á saber: Veinte mil reales castellanos para entregar al dicho D. Juan del Aguila, Maestre de campo, General de Bretaña, en donde está el cuerpo del glorioso San Vicente Ferrer, y al dicho Lamberto Frins, Mayordomo del dicho D. Juan del Aguila cinco mil reales castellanos por haber traído dicha Reliquia, como queda dicho: y lo demás hasta seis mil libras para gastar en luminarias y cualesquiera otras cosas que parecieran convenientes á los dichos señores Jurados, Racional y Síndico ó á la mayor parte de ellos para demostración del contento que la presente Ciudad siente y en honor de dicho glorioso Santo.»

La cantidad, pues, que se deliberó expender sólo fueron seis mil libras, y no diez mil ducados como dice Diago y Serafin. De las seis mil se destinaron veinte mil reales castellanos para Don Juan del Aguila y quinientos (1) reales castellanos para su

(1) Debe ser error de pluma porque el acuerdo del Consejo que se acaba de copiar dice cinco mil. (N. del T.)

mayordomo Lamberto Frins; y así es falso lo que dice Diago que para éste se señalaran quinientos ducados y para aquél dos mil ducados. Las demás circunstancias de dar libertad á los que estaban presos á instancia de la ciudad perdonándoles las costas: que se feriasen los diez días que durarían las fiestas, y se mandase guardar el primero; no se encuentran en los libros de los Consejos, lo que arguye que no hubo tal deliberación; especialmente sobre la última, que para su cumplimiento era preciso hacer público pregón, y no se halla tal. Yo cumplo con manifestar enteramente la verdad: sígala quien quisiere.

En el mismo cap. 4 del libro 4 refiere Serafin los milagros que obró la Santa Reliquia, y omite el que debe añadirse después de la curación de la Doncella ciega desde su nacimiento que trae al principio de la pág. 259. Otro milagro que escribe el P. Sala en el cap. 65: Dió la habla á un muchacho de edad de cinco años que nunca había hablado palabra. Escribe inmediatamente el prodigioso y evidente milagro que obró en el moço castellano mudo y sordo desde su nacimiento: de cuya curación fué el mismo Sala testigo ocular; y quisiera que se imprimiera en la nueva vida con las mismas voces que él lo cuenta en el citado capítulo, por decir él algunas circunstancias apreciabilísimas, que omitieron Diago y Serafin.

En la pág. 261 hablando Serafin de la Procesión general que se hizo con la santa reliquia, lunes por la tarde á 17 de Abril, escribe esta cláusula: «Dió la procesión su vuelta y se restituyó á la Seo, donde se quedó aquella noche y al otro día se trasladó á la casa en que nació el Santo, donde tenía acordado la ciudad colocarla.»—Debe añadirse que dicha Procesión general vino á este nuestro convento. También debe corregirse que la santa reliquia se quedase aquella noche en la Seo. «En concluyéndose la procesion, dice Diago pág. 490, y llegando á la Seo, llevaron la santa reliquia á la casa donde el Santo avia nacido; que assi se resolvió por dos veces en consejo de la ciudad.» Lo mismo dice Sala y con más puntualidad Falcó: «Vino, dice, la Procesión á este convento... y buelto á la Seo, tomó la Santa Reliquia Francisco Beneyto, Presbítero, y acompañado del Virrey, Jurados y todos los Cavalleros que avian ido en la Procesión, con muchas luzes la llevaron á la Casa donde nació el Santo, hasta que se determinasse donde avia de quedar la santa reliquia.»

Añádase tambien lo que ningun Escritor de la vida ha dicho

y yo lo encontré en el Manual de consejos del núm. 124, es á saber: Que lo que la Ciudad gastó en la cera en los dias que estuvo la Santa Reliquia en la Sala Dorada y en dicha Procesión general, importó *Mil docientas quarenta y dos libras ocho sueldos y un dinero*, cuya cuenta por menudo presentó al Consejo Francisco Ramon, benera de la Ciudad, y el consejo le mandó pagar con Provisión de 20 de Abril 1600. Otra de las partidas de dicha cuenta es esta: «A 17 de Abril—600 cirios de á media libra y 40 cirios de á cuatro onzas para los frailes etc.» Que es decir: que la Ciudad dió un cirio de media libra á cada religioso y clérigo que acompañó dicha Procesión general. Los 40 cirios de 4 onzas devieron ser para los Niños de San Vicente que también le acompañaron.

«Setenario de los viernes de San Vicente Ferrer.

Nuestro Smo. P. Benedicto XIII, en 6 de Febrero de 1726, concedió á todo fiel cristiano que en honra y gloria de San Vicente Ferrer, por los siete Dones del Espíritu Santo (que tan de lleno participó) ayunare los siete viernes antecedentes al dia de su fiesta, y en ellos hiciere oración al Santo cada dia de los siete que esto hiciere penitente, confesando y comulgando, rogando ser por la paz, exaltación de la fé, etc.; en alguna de nuestras iglesias, gane siete años y otras tantas cuarentenas de perdón, y un dia de los siete (el que eligiere) con las mismas diligencias logre indulgencia plenaria. Esta concesión, aunque fué para siete años, como se acostumbra; pero también acostumbra nuestra religión, antes que se concluyan, procurar se continúe la misma concesión.

La oración al Santo, que se puede hacer en estos siete viernes por los siete Dones del Espíritu Santo, si no hay cuadernillo para eso (como confiamos saldrá luego á luz) se hará bien por las siete peticiones del Padre nuestro, como se hallan en el cuadernillo de la novena del Santo, que se acostumbra hacer en Valencia de este modo.

El primer dia (que allí es el segundo) por la primera petición: *Santificado sea el tu Nombre*, pidiendo el don de la *Sabiduría* y virtud de la humildad contra la soberbia.

El segundo dia: *Venga á nos el tu Reino*, por el don de *Entendimiento* y virtud de la liberalidad contra la avaricia.

El tercer dia: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*, por el don de *Ciencia*, y virtud de la castidad contra la lujuria.

El cuarto día: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, con el don de *Consejo*, y virtud de la templanza contra la gula.

El quinto día: *Perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, por el don de la *Fortaleza*, y virtud de la paciencia contra la ira.

El sexto día: *No nos dejes caer en la tentación*, por el don de la *Piedad*, y virtud de la devoción contra la pereza.

El sétimo día; *Mas libranos de mal*, por el don de *Temor*, y virtud de la caridad contra la envidia. Todo esto pedirlo para sí, para toda la Iglesia y los prójimos, por las virtudes y dones del glorioso San Vicente, y por fin de gozar de su propia compañía en la gloria. Amén Jesús.» Vidal y Micó, (N. del T.)

«La fundación de esta Capilla, verdaderamente regia, data desde el año 1460, y reemplazó al primitivo refectorio del convento. Su antigua construcción era de malísimo gusto y de mezquina arquitectura, y su primer patrono Jofré de Blanes, como albacea del célebre poeta y caballero valenciano Ausias March, la mejoró considerablemente; y en su época fueron trasladados á esta Capilla y depositados bajo el altar mayor los restos de los padres de San Vicente Ferrer, desde la Capilla de San Bartolomé del mismo convento donde se hallaban enterrados. Progresivamente se hicieron en esta Capilla mejoras de consideración, y por los años 1664 y 1665, el distinguido artista valenciano D. Vicente Salvador, pintó los dos magníficos lienzos de colosales dimensiones que adornan los costados del centro de la Capilla. Es de notar en el cuadro que representa el anuncio de las naves de Barcelona, que los personajes que figuran en primer término, son retratos bien acabados de algunos religiosos de notabilidad en aquella época. El religioso que se ve junto al marco, carilargo, quebrado de color y su cerquillo largo, y poblado, es el M. Fr. Juan Bautista Espejo, catedrático de lengua santa en esta universidad, que falleció á 11 de Octubre de 1674. El religioso que acompaña al Santo en el púlpito, es el P. Fr. Vicente Meléndez, que murió en 27 de Diciembre 1684. El que está apartado del marco oyendo con atención al Santo, es el P. Fr. Marcelo Marona, Lector de Teología, que murió en 5 de Noviembre de 1694. El religioso lego es Fray Vicente Bort, entonces capillero; el clérigo es el hermano de dicho Fr. Vicente, y el labrador, el padre de ambos. El notario que se ve sentado en acto de escribir el sermón, es el mismo pintor Salvador. Por este mismo tiempo doró la estatua del Santo el hábil

Casergues, de quien es el cuadro del refectorio, y el nicho de San Luis. Una persona, cuyo nombre se ignora, costeó el presbiterio, cuyo importe ascendió á 400 libras.

Hasta entonces, empero, la Capilla había recibido mejoras de más ó menos gusto; pero con hacinamiento y sin solidez, y era la obre tan poco segura y tan mezquino el local, que habiéndose observado en el año 1772 que los arcos amenazaban ruina, se determinó derribarlos y levantar otra de más capacidad y de más ornato. Varios fueron los planos presentados por los arquitectos al Prior Fr. Vicente Balaguer; pero se aprobó, por fin, el que hoy subsiste de tanta magnificencia y de tanto coste. Las canteras del reino de Valencia abastecieron de mármoles riquísimos, que forman el más bello adorno de este templo suntuoso. Las pinturas son del célebre D. José Vergara, de quien son también los lienzos del intercolumnio del grande arco de la entrada. La talla de la Capilla es de dos artistas; la que existe desde el dombo ó media naranja hasta el anillo, es de D. Francisco Alberola, escultor de mérito, é individuo de la academia de San Carlos, y la restante de D. José Pujol, de la misma academia. Se comenzó la obra el día 17 de Noviembre de 1772, siendo Corregidor de esta ciudad Don Diego Navarro y Gómez, que presidió la función y puso la primera piedra. Junto con esta se depositó un tubo de hoja de lata que contiene una inscripción, en la que se marca el pontificado del entonces Papa Clemente XIV, y del reinado del Sr. D. Carlos III, con los nombres del Excmo. Sr. D. Francisco Fabián y Fuero, Arzobispo de Valencia, de los individuos que componían el Ayuntamiento, del General de la orden de Predicadores, del Provincial y del Prior. Obra de tanto mérito, que importó, 42875 libras 15 sueldos y 10 dineros, se concluyó en el año 1781, y el día 23 de Abril del mismo año, celebró la primera misa, como delegado del Sr. Arzobispo, D. Pedro Mayoral, Arcediano de Alcira.

La exclaustación de los relijiosos en 1835 cerró para el culto la iglesia del convento de Sto. Domingo de esta ciudad y las capillas adherentes á la misma, entre ellas la de San Vicente Ferrer. Destináronse con la Iglesia á parque de Artillería, y en tal objeto se hallaban empleadas en 30 de Julio de 1843.

Gobernaba entonces con ilimitado poder en Valencia la Junta dicha de Salvación, creada por el alzamiento de Junio de aquel año. El sentimiento de la piedad valenciana y el amor á las glorias del país y á los monumentos de las bellas artes inspiraron á

tres celosos patricios la idea de proponer á la academia de San Carlos el que solicitara de la Junta de Salvación se rehabilitasen para el culto las capillas de San Vicente y de los Reyes, unida con la misma. Adoptada por la academia la proposición, dirigida por la misma á la Junta la solicitud que en la misma se pedía, y otorgada por la Junta la concesión interina de ambas capillas, se nombró en comisión que entendiera en la obra de apertura de las mismas á los académicos D. Vicente Boix, D. Mariano Antonio Manglano y D. Vicente Marzo, autor el primero y los tres firmantes de la proposición presentada á la academia.

Dedicóse la Comisión con incansable actividad al desempeño de su encargo. Se asoció de varios religiosos dominicos y de los Sres. Marqués de Montortal y D. Salvador Oliag; se promovió una cuesta entre las parroquias de la ciudad para recoger los fondos necesarios á la obra; se vencieron las dificultades que había para que el parque de Artillería pudiera servirse de las restantes secciones de la iglesia; se pidió y obtuvo de la Excm. Diputación provincial el que se colocaran en su antiguo sitio los cuadros que adornaban los intercolumnios de la Capilla de San Vicente y que habían sido trasladados al museo provincial de bellas artes; se logró del Gobierno supremo la aprobación definitiva del decreto de la Junta de Salvación en Real orden de 23 de Enero de 1844, y por último, en 15 de Abril de dicho año se verificó la apertura de la Capilla, bendecida antes con las ceremonias de costumbre por el Excmo. Sr. D. Joaquín Ferraz, Gobernador eclesiástico del Arzobispado en sede vacante.»

Adición á la *Vida de San Vicente Ferrer*, de Vidal y Micó.
(N. del T.)

A propósito de esta supresión de la festividad de San Vicente Ferrer y su restablecimiento por el Papa Pío V dice el P. Teixidor en sus apuntes inéditos lo siguiente:

Así se guardó inviolablemente hasta el Concilio Provincial que el Arzobispo Don Martín Ayala comenzó á celebrar en su Cathedral á 11 de Noviembre 1565, en que reformando algunas fiestas de precepto que se celebraban en la Diócesis, quitó la de nuestro Santo, como se ve en la Sess. 5, celebrada en 24 de Febrero 1566. Sintiólo vivamente la Ciudad y todos sus vecinos, i para sossegar los ánimos, justamente irritados, ofrecieron los Jurados escribir al Pontífice San Pío V i no perdonar diligencias ni gastos hasta conseguir Breve para que no solamente fuese calendo el día del

Santo, si no que en él se ganassen nuevas indulgencias i gracias. A este fin escrivieron al Excmo. Sr. D. Luis de cuñaiga i Requesens comendador mayor de Castilla i Embaxador del Rey Católico en Roma la siguiente carta que está en el archivo mayor de la Ciudad en el tomo 51, del núm. 2 de cartas missivas, que dice así:

«Al Illmo. Sr. D. Luis de cuñaiga y de Requesens comendador mayor de Castilla y Embaxador de la Majestad en Roma.

»Ilustrísimo Señor: El Bienaventurado San Vicente Ferrer fué hijo y natural de esta ciudad, la cual por su intercesión ha recibido y recibe todos los días muy grandes y señaladas mercedes de Nuestro Señor Dios, tanto cuando se ha hallado en extrema necesidad de trigo y carne, como en otras calamidades, las cuales, cuando menos esperanza tenía, ha visto remediadas al recurrir é invocar á dicho glorioso Santo: por cuya razón y por otras muchas especialmente en esta ciudad y en general en todo su Arzobispado se guardaba y celebraba el día de su festividad. Ha sucedido que en el Concilio Provincial que se ha celebrado ultimamente en esta ciudad se ha hecho catálogo de las fiestas que se han de guardar y se han quitado muchas que había costumbre de guardar, entre ellas la del dicho Bienaventurado San Vicente Ferrer, lo cual ha sentido y siente en gran manera esta ciudad, recordando los beneficios que ha recibido y recibe por su intercesión, aparte de haber nacido y haberse criado en esta ciudad. Por lo cual, movidos por las indicadas razones y la gran devoción que en esta ciudad y su reino se profesa á dicho glorioso Santo, hemos procurado con todas nuestras fuerzas el remedio necesario, tanto para que se guarde lo que era costumbre antes de dicho Concilio Provincial, como para aumentar en mayor grado la devoción á tan gran Santo: y aunque tenemos por cierto que el Sumo Pontífice, que está ya informado por nosotros de lo que queda referido, lo mandará proveer, nos ha parecido conveniente valernos del favor de V. S., con el cual estamos seguros de obtener esta merced y otras mayores de Su Santidad. Y así suplicamos á V. S. se tome la molestia de impetrar de Su Santidad de parte de esta ciudad se digne conceder y mandar que en esta ciudad y en todo el reino de Valencia se guarde y celebre perpétuamente el día de la fiesta del dicho glorioso San Vicente, que es á cinco de Abril todos los años, como se guarda y celebra el día del domingo, no obstante cualquiera constitución en contrario hecha ó que se haga, así en Concilio general, como pro-

vincial ó de otra cualquier manera; y que así mismo se sirva otorgar Jubileo plenísimo perpétuamente ó por el tiempo que Su Santidad ordene á todas las personas que visitasen la casa en que nació dicho glorioso Santo y el Monasterio de Santo Domingo de esta ciudad, en donde tomó el hábito, desde las primeras vísperas que se dirán la víspera de su fiesta hasta el día siguiente á la puesta del sol, con las mayores gracias é indulgencias que V. S. pueda alcanzar y que esto sea por medio de Breve *sub annulo Poscatiris*. Cuya gracia y merced suplican á V. S. mande expedir y remitir á esta ciudad; que lo que costare lo pagará Juan Miguel Balaguer, residente en la Corte Romana, que es el que entregará á V. S., la presente y esta ciudad quedará obligada á emplearse en todo lo que se ofrezca, cuya ilustrísima persona guarde Nuestro Señor con mucha prosperidad, como puede hacerlo. De Valencia á 8 de Enero 1567.

De V. S. muy afectísimos servidores
«Los Jurados de Valencia.» (a)

Si yo hubiera de seguir mi parecer, pondría esta carta en el cuerpo ó texto de la nueva vida del Santo á lo menos vertida en castellano; no solo como necesaria para demostración de lo mucho que la Ciudad de Valencia se interessó en los mayores cultos de su hijo i Patrón San Vicente; si no también porque en ella expressamente se asegura con quanto amor le paga el Santo su devoción, socorriéndola en las extremas necesidades, de trigos i carnes, como en otras adversidades, las quales quando menos esperanza se tenía de remedio humano, con sólo recurrir al Santo quedaron remediadas. Assí lo confiesan los Jurados no de una sola vez, sino de muchas en otra carta de 8 de Enero 1567, cuya carta se podrá citar quando se refiera el socorro de trigo que por medio del Santo tuvo la Ciudad en el año 1651, como con Alegre escribe Serafin, Libro 4, cap. 9, pág. 288.—El dicho Excmo. Señor D. Luís de Requesens desempeñó la confianza que de su poderosa mediación concibieron los Jurados i alcanzó de San Pio V el deseado Breve, cuyo tenor es el siguiente:

«Pío V Papa. Para perpétua memoria.

«Glorioso en sus Santos Dios, que obra todas las cosas en todos y en la glorificación de ellas se regocija, incomparablemen-

(a) Traducida de la que en valenciano inserta el P. Telxidor. (N. del T.)

te mas se complace en la veneración de los mismos, quienes además de las muchas obras de Santidad y señales de virtud con que brillaron, merecieron ser contados en el catálogo de los Santos. Por lo mismo con gusto excitamos, estimulamos las mentes de los fieles de Cristo, á fin de que su devoción para con ellos tome mayor incremento con dones espirituales, á saber. Indulgencias y remisión de pecados y otras cosas que además disponemos, en cuanto miramos que provechosamente convienen en el Señor, para que los fieles de Cristo ayudados con los piadosos sufragios y oportunas intercesiones de los mismos Santos ante el trono de su Divina Majestad merezcan ventajosamente conseguir los premios del reino celestial.

«Como quiera, según tenemos entendido, que no solo toda la Ciudad, si no que también todos los habitantes del Reino de Valencia siempre han profesado y profesan grandísima devoción al Bendito Confesor llamado San Vicente Ferrer, á título de haber nacido y sido educado en dicha ciudad, y después por haber profesado en la Orden de Predicadores en el Monasterio Valentino de la misma Orden de Santo Domingo, el que mientras vivió entre los hombres se nos presenta admirable como venerable en la santidad de la vida y en el candor de sus virtudes, y poderoso en obras y palabras, y también en milagros-ilustres. Por último, después de su muerte en el catálogo de los Santos colocado, creen haber tenido y tener grandísimo y peculiar Abogado ó intercesor para con la majestad del Dios Omnipotente; y por lo mismo el día de su natalicio ó de su tránsito á mejor vida ó en caso el de su canonización que se conmemora en las nonas de Abril en la susodicha ciudad y en toda la provincia y Diócesis Valentina ha sido honrada y celebrada como fiesta feriado con grande veneración y solemnidad y con igual devoción por todos los habitantes de las predichas Ciudad y Provincia desde los tiempos inmemoriales hasta muy poco hace, el entonces Arzobispo de Valencia, celebrando (según se dice) Concilio Provincial con los sufragáneos de la Iglesia Valentina, y reformando el Catálogo de los días de fiesta-feriados que en dicha Provincia debieran tener en honor de los Santos; *se ignora por qué razón, pero cuidando poco del consuelo espiritual ó espiritual consolación de todos los susodichos habitantes y arrastrando á las tinieblas del olvido la memoria de tan grande Santo y de tan peculiar Abogado y Patrono en los Cielos de la misma Ciudad y Provincia, quitó y retiró de dicho Catálogo el*

día de su Festividad hata aquí honrado y acostumbrado á venerarse y después estimó que no se celebrase con grande tristeza de los excelentes Habitantes y no con pequeña ofensa de sut espiritual consuelo.

«Nos, pues, queriendo mirar por la memoria y el honor de dicho Santo y fomentar los piadosos votos de los mismos habitantes *Motu proprio*, no á instancias de aquellos habitantes ó de alguna súplica ó petición de alguien á Nos en su nombre presentada, sino que de *mera deliberatione et certa scientia* para los nuestros y de ahora en adelante para los tiempos futuros perpétuos, con la Autoridad apostólica determinamos y ordenamos al tenor de los presentes, que dicho día del susodicho San Vicente que se celebra las nonas de Abril, *ut prefertur*, sea celebrado, solemnizado y observado en honor del mismo San Vicente Ferrer, y que el mismo día como Solemne y Feriado ó Fiesta de Precepto perpétuamente sea honrado por todos en la misma Ciudad, Provincia y Diócesis, y debe cesarse y abstenerse en ese día, para siempre, de toda obra servil á imitación de los otros días de Precepto en la Iglesia, y sin ninguna acepción de Fiestas, aunque solemnes en la Ciudad y en toda la Provincia y Diócesis predichas, como primeramente se celebraba y solemnizaba antes que su nombre fuera borrado del susodicho Catálogo; y restituimos el mismo día en dicho Catálogo y con el tenor y anterioridad predichas mandamos, juzgamos y declaramos el mismo día, *ut prefertur*, solemne, festivo y feriado, de tal manera que en adelante de ningún modo pueda ó deba ser borrado ó quitado del mismo Catálogo.

«Y además, para que tanto dicho día como también las Iglesias infrascriptas sean tenidas en mayor veneración y los fieles cristianos, habiendo conocido que habían sido más abundantemente mejorados con este don de la gracia celestial, vayan en tropel tanto más de buena gana á las mismas Iglesias, confiados en la misericordia de Dios Omnipotente y en la autoridad de sus Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo: á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, que verdaderamente arrepentidos y confesados visitaren la dedicada desde hace ya mucho tiempo bajo la invocación del mismo San Vicente Ferrer, fundada en la misma Ciudad, la que antes fué la Casa del mismo San Vicente, en la cual nació, y la en que el mismo San Vicente Ferrer recibió el hábito acostumbrado á llevarse entre los hermanos de

la misma Orden é hizo la profesión acostumbrada hacerse entre los mismos hermanos y visitaren devotamente las Iglesias regulares de dicho monasterio en el día de la festividad del mismo San Vicente Ferrer, á saber, en las nonas de Abril desde las primeras visperas hasta el ocaso del sol de la misma Festividad inclusive, todos los años, y allí elevaren á Dios piadosas preces, en cuanto á cada uno le sugiera la devoción, por el feliz estado y conservación de la Santa Iglesia Romana, cuantas veces esto hicieren concedemos y distribuimos misericordiosamente en el Señor con las presentes siete años y siete cuarentenas de las penitencias á ellos impuestas con la anterioridad y tenor declarados: las que de ninguna manera podrán ser revocadas, suspendidas, limitadas, modificadas ó de otro modo quebrantadas por Nos ó por nuestros Sucesores los Romanos Pontífices ó por la Sede Apostólica ó por los Segundos *a latere* de esta, ni de ningún modo serán interceptadas ó comprendidas bajo cualquier revocación de aquellas semejantes ó desemejantes concesiones, gracias é indulgencias de cualquier modo hechas ó que se hayan de hacer; sino que siempre de ellas serán exceptuadas, y cuantas aquellas emanaran, tantas mandamos que deban ser restituídas al primer estado y que deban ser consideradas como concedidas de nuevo, y por lo mismo han de favorecer ó aprovechar á los mismos fieles cristianos: *quod relaxationem ad quinquenium tantum churaturis.*

«Y porque sería difícil llevar las presentes letras á cada uno de los lugares, queremos y con la antedicha autoridad mandamos que á las copias de estas mismas letras protegidas por la mano de alguna Persona constituída en dignidad eclesiástica y por Notario público firmadas se les dé donde quiera la misma fe, tanto en juicio como fuera de él, que si fueran presentadas ó dadas á conocer.—Dadas en Roma en San Pedro bajo el anillo del Pescador, día 24 Marzo de nuestro Pontificado, año segundo († 1567)» (a).

Este glorioso Breve ocasionó el señor Arzobispo Ayala con aver convenido que en su Sínodo se quitasse del Catálogo de las Fiestas la de San Vicente Ferrer. No le vió este Prelado, porque murió á 5 de Agosto de 1566: la muerte le escusó el sinsabor que quizá hubiera tenido de leerle, particularmente la cláusula que en él he rayado. No se encuentra dicho breve en el Bulario de nues-

(a) Traducido del que en latín inserta el P. Teixidor. (N. del T.)

tra Orden; por lo que será razón que el que escriba nueva vida del Santo le incluya vertido en el texto i en latín en las Notas. (b)

En la última edición de la *Vida de San Vicente Ferrer*, de Vidal y Micó, se describen las Fiestas centenarias de 1855 como sigue:

«El carácter especial de los valencianos y su afecto á San Vicente Ferrer nunca se han manifestado mejor que al celebrarse el 4.º siglo de la canonización del Santo. Un trastorno político había en Julio de 1854, lanzado de su poder al gobierno y conmovido hasta en sus cimientos la sociedad española. Fué seguido en Valencia, como en otros muchos puntos de la Península, de la reaparición del cólera morbo que llevó el terror y la muerte al seno de las familias. Otra conmoción puramente local en principios del año siguiente produjo la supresión de los derechos de puertas, que dejó á la municipalidad sin recursos para cubrir sus atenciones. Y antes de que entrara el verano ya había anunciado su reaparición el cólera, y tampoco podía decirse que el orden político estuviese asegurado.

En otro pueblo se habría renunciado á la idea de celebrar fiestas centenarias, luchando con ese conjunto de circunstancias tan azarosas. Valencia no debía ceder á la fuerza de ellas.

Una reunión de amigos concibió, en 20 de Marzo de 1855, el pensamiento de formar una asociación compuesta de personas principales de todas las clases de la sociedad, cuya asociación se encargara de abrir una suscripción en todo el vecindario, y puesta de acuerdo con las autoridades, dirigir la celebración de las fiestas.

Aceptóse el pensamiento, se formó la asociación y recaudó por sí sola 75.000 reales, que se invirtieron en los gastos de algunas funciones de las que haremos ligera mención.

En el día 28 de Junio se verificó la invitación pública á las fiestas que se celebraron en los dos días siguientes de dicho mes y ocho primeros del inmediato Julio. El Arzobispo de Valencia D. Pablo García Abella, ofició de pontifical en la función celebrada en la iglesia Metropolitana en el día 29 de Junio, y predicó el Obispo de Segorbe D. Fray Domingo Canubio, religioso dominico, asistiendo las autoridades provinciales y local, un gran número de convidados y un inmenso gentío de naturales y forasteros.

(b) No habiendo incluido el Autor en el texto, creo suficiente insertar su traducción en este apéndice, prescindiendo del texto latino (N. del T.)

Hubo también funciones de iglesia en la parroquial de San Esteban por el clero y parroquia y por el colegio de Escribanos, en la iglesia de Santo Tomás, de donde fué beneficiado, en la de San Martín donde se conserva una lápida, sobre la cual es tradición que predicó, en la de San Nicolás de donde fué rector Calixto III, en la del Salvador tantas veces honrada con sus visitas y predicación, en la de religiosas de Santa Catalina de Sena por los religiosos dominicos exclaustrados, en la de las religiosas de Santa Tecla y Pie de la Cruz, en la del gremio de Carpinteros donde se conserva el púlpito en que predicó el Santo, en otras por la asociación del culto á San Vicente, llamadas del Mercado, calle del Mar y Tros Alt y en la nueva iglesia del colegio de Niños huérfanos de San Vicente Ferrer, por la inauguración suya.

En el mismo día 29 por la tarde se verificó la solemnísimá procesión general á que concurrieron las llamadas rocas, los carros triunfales construídos expresamente, los pendones de la ciudad, los gigantes y enanos, la imagen de San Cristóbal, el de la calle de la Corona, llevada en un carro tirado por bueyes, los niños de las casas de Misericordia y Beneficencia, las cofradías y hermandades por su orden, la del Cristo de la Agonia, una sección de dementes pacíficos, las corporaciones de artesanos con sus estandartes y las imágenes de sus santos patronos, las comisiones representantes de los pueblos de la provincia, los niños del colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer, el clero catedral con sus cruces levantadas y las andas de sus titulares ó patronos, los veintiséis ciriales llevados por otros tantos hombres vestidos de ancianos y entre ellos los doce apóstoles, los alcaldes de barrio, los convidados, la asociación directiva de las fiestas, las corporaciones y altos funcionarios, el clero de la Catedral con sus andas de plata, el cabildo eclesiástico é interpolados con el mismo los caballeros Maestranes de la de Valencia, los Oficiales generales y los grandes de España, la imagen y reliquia del Santo, el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de preste, una comisión de la asociación de fiestas, el Ayuntamiento, la Diputación provincial, el Capitán general y el Gobernador de la provincia.

Hubo también iluminación general en toda la ciudad y especial en los edificios públicos y en algunas casas particulares. El interior de la santa iglesia Metropolitana estaba iluminada con 2500 luces al entrar la procesión general centenaria.

Excusado parece el decir que había por la noche en varios

puntos músicas militares. Todos los músicos de Valencia celebraron en la iglesia del Temple una función especial á S. Vicente Ferrer.

La Academia de S. Carlos abrió los salones del Museo provincial de pinturas. La Sociedad económica celebró junta pública de distribución de premios en el gran claustro de la Universidad literaria, y exposición de objetos de agricultura, industria, bellas artes y ramos de instrucción primaria de ambos sexos en el exconvento del Carmen, local ahora de la Academia de S. Carlos.

Se distribuyeron lotes por suerte, se dieron limosnas á los establecimientos de Beneficencia, se abrió una escuela de párvulos con la invocación del Santo; y en cuanto los recursos de la época lo permitieron se atendió en las fiestas á los tres objetos de culto á Dios y al Santo, ejercicio de la caridad y diversión del pueblo.

El cronista de la ciudad D. Vicente Boix escribió una relación de las fiestas, que se imprimió y publicó en el mismo año á expensas de la Sociedad económica en la imprenta de D. José Rius.» (N. del T.)

ACLARACION IMPORTANTE

En la página 278 del primer tomo se hace mencion de un gorro de San Vicente Ferrer que el Santo dejó de intento ó por olvido en casa de D. Antonio Gisbert, en donde se hospedó en Alcoy, y se añade que este gorro lo llevaba como un talisman D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, quien lo legó á uno de sus secretarios Juan de Almarava, cuya hija casó con un Gisbert.

Ya por nota al pie de dicha página hizo ver el traductor cuanto diferían estas dos versiones sobre la procedencia del referido gorro y noticias auténticas adquiridas después de la publicación de dicho primer tomo permiten establecer la verdad de los hechos tal como sigue.

La antigua y noble familia de Gisbert, establecida en el siglo pasado en Alcoy, adquirió el gorro de San Vicente por el matrimonio de uno de sus individuos con una hija de D. Juan Alcamora (no Almarova, como dice el texto, ni Almarava como por error de imprenta se dice en la traducción), á quien efectivamente lo había legado D. Juan de Austria; y D. José Gisbert y Colomer último descendiente de la familia de Gisbert, en su testamento

instituyó heredero universal á su sobrino D. Pedro Corbí y Gisbert, pasando así el gorro á ser propiedad de la noble familia de Corbí, actualmente establecida en Valencia. Este D. Pedro Corbí dispuso en su testamento que el gorro de San Vicente fuese tenido como vínculo regular, prueba evidente del gran aprecio en que le tiene la familia, instituyendo heredero del mismo á su hijo mayor D. Jorge Corbí Assensi, su actual poseedor.

El hecho prodigioso que en la citada página se refiere de no haber sufrido deterioro alguno el indicado gorro, ni la caja de cristal que lo contiene, á pesar de haber sido ésta despedida del sitio en que estaba por las bombas caídas en el edificio, ocurrió en la casa habitada entonces por el citado D. José Gisbert, no por D. Jorge Corbí, como equivocadamente se dice en dicha página.



ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

CUARTA PARTE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Tema real.—Terrible revelación.—Martirio.—Las tartanas.—Benedicto XIII y el juicio final.—Todavía los judíos.—Una ciudad agradecida.—Una buena edición de Santo Tomás de Aquino..	1
CAP. II.—El Maestrazgo y Lérida.—El baile Mercader.—De pueblo en pueblo.—Deposición de Jaime Quintanis.—Conventos demasiado pequeños.—El lisiado de Lérida.—Vicente Ferrer modisto.—Fiebre obediente.—Rey importuno.—Muerto resucitado de paso.—Gentes peligrosas.	9
CAP. III.—Adiós á Valencia.—Cartas sobre cartas.—Como el Santo vuelve á encontrar su celda.—El «Quitamiento».—Laico predicador.—Más cartas.—Los molineros en la Edad Media.—«¿Qué fa la bufa?»—Torre de diamantes.—La mujer fea.—El agua milagrosa.—Cain.—Los cuervos.—Fuego de broma.—Peligro de los recuerdos clásicos.—Un buque de alto bordo y su cargamento.—Nuevo Iscariotes.—El «Santo Cristo».	15
CAP. IV.—De Valencia á Tortosa.—Cartas reales.—Contratiempos.—El diablo encarcelado.—Historia del joven Lombardo.—Vicente Ferrer con alas doradas.—Manantiales que no se agotan.	29
CAP. V.—Las Baleares.—Pedro de Luna, sacristán.—Terreno movedizo.—El Obispo de Mallorca á sus diocesanos.—Lluvia.—Efectos de la intención.—Tabernero de todas épocas.—Cabellos exorcistas.—El diablo y el taumaturgo.—Cuentas elocuentes.—Un hermoso pescado.—Un endemoniado.—Por temor á la Inquisición.—Recuerdos.—Un árbol recalcitrante.	35
CAP. VI.—Las conferencias de Tortosa.—Ocupanse de los judíos.—Libro clásico.—Gente que se espera.—Resultado de las conferencias.—Bula del Papa.—Un bastón precioso.—Propágase el movimiento.—Escrúpulos reales.—La aparición de Guadalajara..	45
CAP. VII.—El niño de Morella.—El misterio de Daroca.—Siniestra comida.—Lección inútil.—Cincuenta dias de conferencia.—Regalos que no consuelan.—A la sombra del castillo de Morella.—Famosa restitución.—Leyenda por hacer.	53
CAP. VIII.—Zaragoza y Atagón.—Siempre los judíos.—La vieja España.—«¡Calle de la Democracia!»—Un precursor.—Carta del Sindico.—Exabrupto contra los pordioseros.—Calatayud.—Crónica local.—Precio de una trucha.—Antes de 1835.—Predicación al aire libre.—Serie de milagros.—Una madre elocuente.—Lo que queda.—Vicente Ferrer en Bolonia (?).	61
CAP. IX.—Graus y Cataluña.—Una ciudad de otro tiempo.—Crucifijo milagroso.—Nuestra Señora de la Peña.—Gente práctica.—«La Predicadera de San Vicente».—Discípulo digno del maestro.—En Barbastro el 29 de Junio.—Mulo impertinente.—Vicente Ferrer autor clásico.—Visita celestial.—Como en el Evangelio: una, dos, tres veces..	71

CAP. X.—Concilio de Pisa.—El cisma á vuelo de pájaro.—Intrigas deplorables.—Desconfianza mútua de los Pontífices.—La tierra y el agua.—Manera brutal de terminar.—El concilio de Pisa: Tres Papas.—Bonifacio Ferrer en Pisa.—Embajada en movimiento.—Lo que debe pensarse del concilio de Pisa.—Juan XXIII.—A donde llevan los cismas.	81
CAP. XI.—Perpiñán.—Baltasar Cossa.—El rey enfermo en Valencia.—Dos antagonistas.—El emperador Segismundo en Narbona.—Gloriosa página de historia.—El Papa y el emperador.—Cómo se preparan los actos decisivos.—Barcoll y el estudiante.—Sermón improvisado.—Judíos molestos, aunque convertidos.—Dibújase el desenlace.	91
CAP. XII.—Fin del cisma.—Nueva agonía.—El médico celestial.—«Ossa arida».—Rey mártir.—Últimas tentativas.—El 6 Enero de 1416.—Una reina penitente.—El vencedor.—Difícil milagro.—Muerte del rey.—¿Estuvo Vicente Ferrer en el concilio de Constanza?	101
CAP. XIII.—Concilio de Constanza.—Papel del Sacro Imperio.—Huida de Juan XXIII.—Artículos cargados de tempestad.—«Conciliariter tumultuariter».—El cónclave.—Suerte de los tres Pontífices.—El Dominicó Juan Dominici.—Continuación del Concilio de Constanza.—Consecuencias actuales.—«Non praevalébunt».	121
CAP. XIV.—Peñíscola.—Harmonía de los medios.—Cólera impotente.—El castillo.—Cencerrada magistral.—Pedro de Luna y las arañas.—«Tretse son tretse»: el arca de Noé.—Gil Muñoz.—Últimos momentos del gran cisma.—Los años de Pedro.—El veneno.—Una profecía de Vicente Ferrer.—Cabeza digna de figurar en un museo.	133

QUINTA PARTE

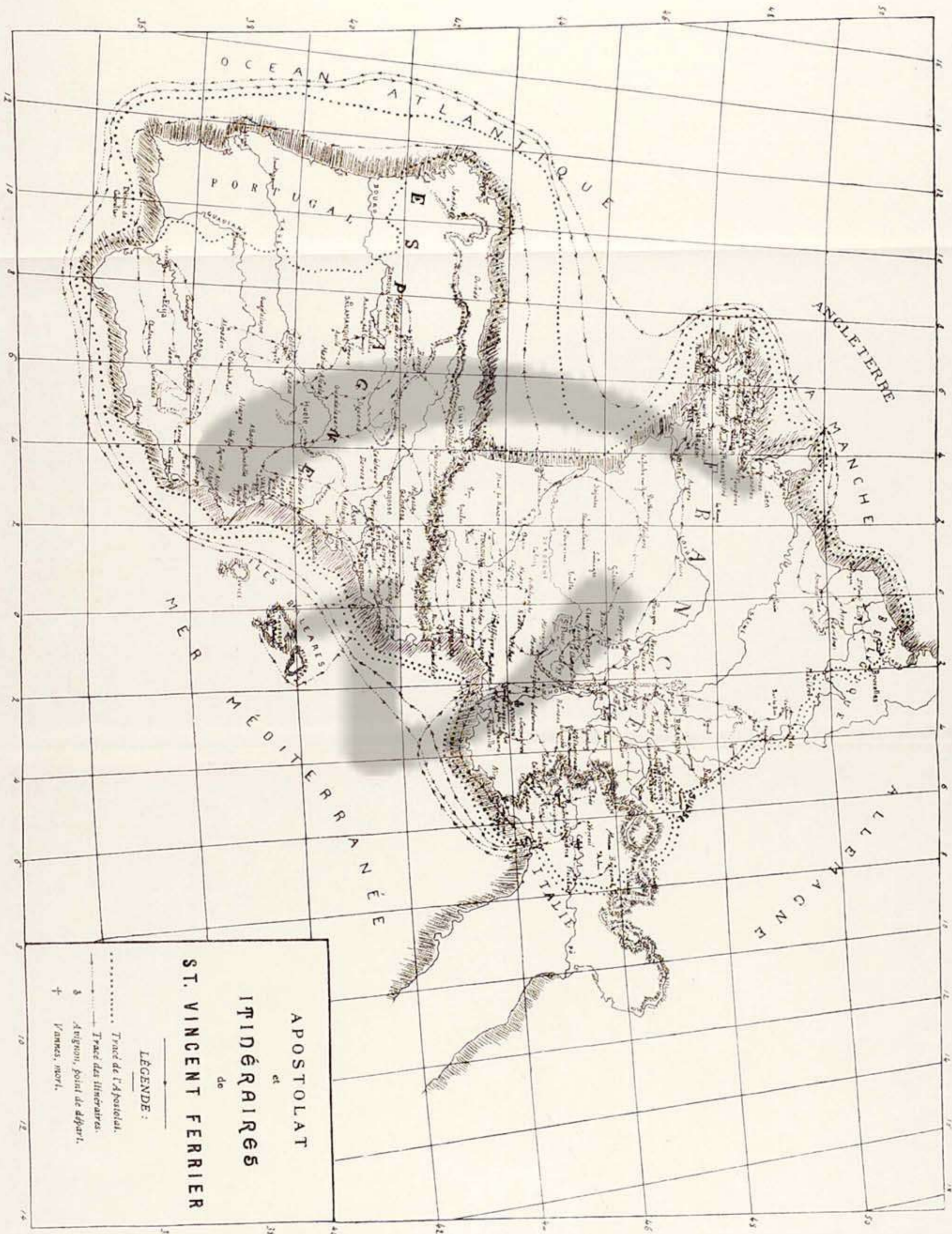
CAP. I.—Mediodía de Francia.—Peregrinación á Perpiñán.—El castillo de los reyes de Mallorca.—Carta de la reina Margarita.—El convento de los Dominicos.—San Juan el Viejo y M. Viallet-le-Duc.—La lluvia y el buen tiempo.—Beziers generoso.—Alegria meridional.—Gaillermo Senhler.—Milagros fastidiosos.	141
CAP. II.—Tolosa.—Entrada triunfal.—Mujer aplastada.—Una declaración de siete páginas.—Huelga universal.—Los milagros.—Curiosa castigada.—Sermón sobre la pasión.—El valle de Josafat.—Episodios.—Un contradictor desgraciado.—Niños muy juiciosos.—El mercado de las disciplinas.—Las cofradías de penitentes.—Ruinas sangrientas.	149
CAP. III.—A través del Mediodía.—Una máquina de guerra.—El epiléptico de Montesquieu.—Entusiasmo.—Una página del Evangelio.—Escribano cortés.—El legendario Milón.—En dónde recibió Santo Domingo el Rosario.—Tres relaciones contemporáneas.—Gentes confesadas á su pesar.	161
CAP. IV.—En el país de Auvernes.—Rodez.—Milhau.—Mende.—Marvéjols.—Saint-Flour.—Gran miseria.—El consolador.—Episodio del recluso.—Enfermo bien asistido.—Vichy.	171
CAP. V.—De Puy á Besançon.—Crónica sencilla.—Bertrán Duguesclin.—Moulins.—Un arrendatario del impuesto.—Frio y calor.—Una ciudad digna de verse.—El prado de Aynay en Lyon.—El maestro Vicente en Mascon ó el registro de Juan Crochat.—San Lázaro de Autun.	179
CAP. VI.—La comunión de los Santos.—De Zaragoza á Besançon.—Lo que hace que se terminen los concilios.—La cruz de la tierra y la cruz del cielo.—«En menos de dos años y en Francia».—El calvario de Auxonne.—Encuentro en el valle.—Itinerario confuso.—El representante Lejeune.	187

CAP. VII. — Borgoña y el Nivernés. — Francés antiguo. — La peste en Clairveaux. — Pulpito en una tienda. — La primera piedra del convento de Chambéry. — Capa, misal, bastón y sombrero. — Estilo de procurador. — Bula de indulgencia. — Decize. — Obispo poco complaciente. — A vuelo de pájaro.	195
CAP. VIII. — «In finis orbis terrarum». — Declaración de Juan Bernier. — En dónde termina el mundo. — Todo está perdido, todo está salvado. — Vicente Ferrer y Juana de Arco. — Angers. — De Nantes á Vannes. — Savenay. — Dichoso país que no ha conocido traidores. — Cómo se han formado las ciudades de Francia. — Questembert y Theix.	205
CAP. IX. — Vannes. — Cambio visible. — Un hombre de fé. — «Colligite fragmenta». — Milagros al paso. — La habitación del Santo. — Muzillac. — Prières; la piedra de los lenguados. — La endemoniada de Guérande. — Abelardo. — Rennes: el mediador. — El Guerno y los pulpitos al aire libre.	211
CAP. X. — Entre los ingleses. — El poder de Satán. — Una enfermedad extraña. — Un mandato de Dios. — Caso particular de la influencia de los espíritus. — La Cruz de Saint-Ló. — Notas diplomáticas y arrogantes. — Tregua y resurrección. . . .	223
CAP. XI. — Dinan. — Idilio bretón. — Cirios reveladores. — El convento de los Dominicos. — Un valiente caballero. — La cuestión del Rosario. — Misión en verso. . .	227
CAP. XII. — De Dinan á Brest. — Hospitalidad interesada. — Un obispo catequista. — El Apóstol de grandes alas. — Huella perdida. — Germinación de granito. — Los albañiles de Quimper. — Un solideo bien auténtico. — Un loco sublime. . . .	235
CAP. XIII. — Todavía en Bretaña. — El campanario más hermoso. — Del viaducto de Morlaix. — Relicario sin igual. — La tibia de la pierna enferma. — La Virgen de alabastro en Chatelandreu. — El asno despreciado. — La Bretaña cristiana. — Más perros rabiosos.	245
CAP. XIV. — Siempre en Bretaña. — Predicción cumplida. — Culto entibiado. — Josse- lin: el misterio de las ladradoras. — El combate de los treinta. — Madre tímida y consolada. — Escena antigua. — Carrier en Nantes. — Una discípula póstuma de Vicente Ferrer. — Reliquias. — Autógrafo de M. Olier.	253
CAP. XV. — La muerte. — La casa Dreulin. — Modo de pagar su escote. — Un her- moso rincón de tierra. — La almohada. — Salida falsa. — «Señores bretones». — Súplica atendida. — Horas supremas. — La duquesa de Bretaña. — Las mariposas blancas. — Sepultura. — Vannes de luto.	261
CAP. XVI. — El santo cuerpo. — Posesión disputada. — Delegado inteligente. — La liga en Bretaña. — Comedia seria. — Demasiado bien escondido. — El hallazgo. — Obispo poco orgulloso. — Nuevo reconocimiento. — Estado actual.	271
CAP. XVII. — Reliquias esparcidas. — Prohibición alzada. — Canónigos acordes. — El Gran Maestre de Malta. — María Luisa de Francia. — La tibia enferma. — Último colchón. — Espiritada anticipada. — El sombrero de Lyon. — Los brazos que han sostenido el mundo.	285
CAP. XVIII. — Reliquias en Valencia. — Francisco I prisionero. — Tres viajeros. — Peste oportuna. — Último superviviente. — Desgraciado olvido. — Un cronista ingénuo. — Milagros al paso. — El sordo-mudo de Madrid. — Olvido reparado. — Una reliquia cara.	295

SEXTA PARTE

CAP. I. — La información canónica. — Rebato de júbilo. — El libro de Enrique Le Médec. — ¿Por qué no le canonizaron más pronto? — La peste vela. — Francisca de Amboise. — El santo cuerpo. — Los comisarios apostólicos. — El capítulo ge-

neral de los Dominicos.—¡Dios lo quiere!—Impuesto de circunstancias.—La voz del pueblo.—Demasiados milagros.—Las informaciones.	307
Cap. II.—La canonización.—El Papa esperado.—En la Minerva.—El cielo á prueba.—Acróstico.—Los bretones tienen la palabra.—La primera estatua.—La voz de la historia.—Bula de canonización.	321
CAP. III.—Taumaturgo.—Páginas blancas.—Lo sobrenatural.—Lázaro duerme.—La vida en la muerte.—Sanción divina.—Orador y agente.—«Sicut parvuli».—El milagro.—El sembrador de prodigios.	335
Cap. IV.—En la santa tumba.—Por cansancio.—La campana y la fórmula.—Los endemoniados.—Como manzana podrida.—Caballo bien domado.—Bajo del molino.—Lobos de mar bretones.—Los votos.—Los burlones.—Historia de Jacobo Le Petit y del Picardo Braban.	341
CAP. V.—Taumaturgo (continuación).—Desfile de muertos.—Por un nido de maricacas.—Juan Guerre.—Marido modelo.—Niño ahogado.—El amor más fuerte que la muerte.—Elocuencia maternal.—El embajador de España.—Milagros por grupos.—Una palabra de San Agustín.—Palacio de exposición.—Los héroes de Homero.	353
Cap. VI.—Culto en general.—Canonización anticipada.—Breve de Calixto III.—El culto en Vannes.—Progresión rápida de los ritos.—Interviene España.—Oficio obligatorio.—Los lunes y los viernes.—Fórmulas litúrgicas.	365
CAP. VII.—Culto en Valencia.—Profeta en su patria.—«Calle de San Vicente».—Milagro de bienvenida.—Primera capilla.—Jubileo lucrativo.—Dos Biblias.—El <i>Mocador</i> .—Los restos del convento.—El Breve «Gloriosus».—Cambio de atenciones.—Puñado de Milagros.—El retrato.—Las imágenes.—El protector.—Valencia la hermosa.	371
CAP. VIII.—Centenarios.—Diapasón de los espíritus.—Danza embrollada.—Algunos himnos.—Los carros históricos.—Industrias varias.—Ninfas que vuelan.—Las iglesias y los conventos.—Jesuita entusiasta.—Cortejo fantástico.—Los poetas.—El último centenario.	387
CAP. IX.—El culto en Italia.—Florencia.—Un bastón poco cómodo.—La Biblia de Pisa.—Pléyade de santos.—Las tempestades.—Piamonte y Lombardia.—Un Santo que fracasa.—Los terremotos.—Nápoles: San Javier olvidado.—Rey asombrado.—La verdadera plegaria.—Don Juan de Austria.—Dos homónimos.—Otro bastón.—El consuetudinario de la Minerva.	403
CAP. X.—El culto en diversos países.—Cuadro parlante.—Condenado que no teme.—Patrón de Mallorca.—Para qué sirven las estatuas.—El niño de Ragusa.—En Constantinopla.—Cardenales rusos.—En el Nuevo Mundo.—Algunos nombres.—Un santo que no tiene celos.—San Vicente de Paúl.—Córcega á Francia.	417
CAP. X (bis).—La obra.—El tiempo.—El número.—La paz.—Los judíos.—Los moros.—Los discípulos.—Reforma expansiva.—Pléyade.—Para quién la palma.—Una palabra de Lacordaire.	423
CAP. XI.—El Hombre.—El Apóstol.—Carta apremiada.—El monje pobre.—Todo para todos.—Los homenajes.—Prosopografía.—El predicador.—El ángel de las justicias.—El doctor.—Gracia especial.	433
CAP. XII.—El Santo.—Vida íntima.—Los curiosos.—Horario.—El ayuno.—El sueño.—La siesta.—Flagelación.—El alma perdida en Dios.—La misa.—El sermón.—Los viajes.—La paciencia.—Virgen.—Perfume del cielo.—Santo Domingo.	449
Conclusión.	461



ITINÉRAIRES
de
ST. VINCENT FERRIER

APOSTOLAT
et

LEGENDE :

..... Tracé de l'Apostolat.
- - - - - Tracé des itinéraires.
+ Aiguon, point de départ.
+ Vannes, mort.

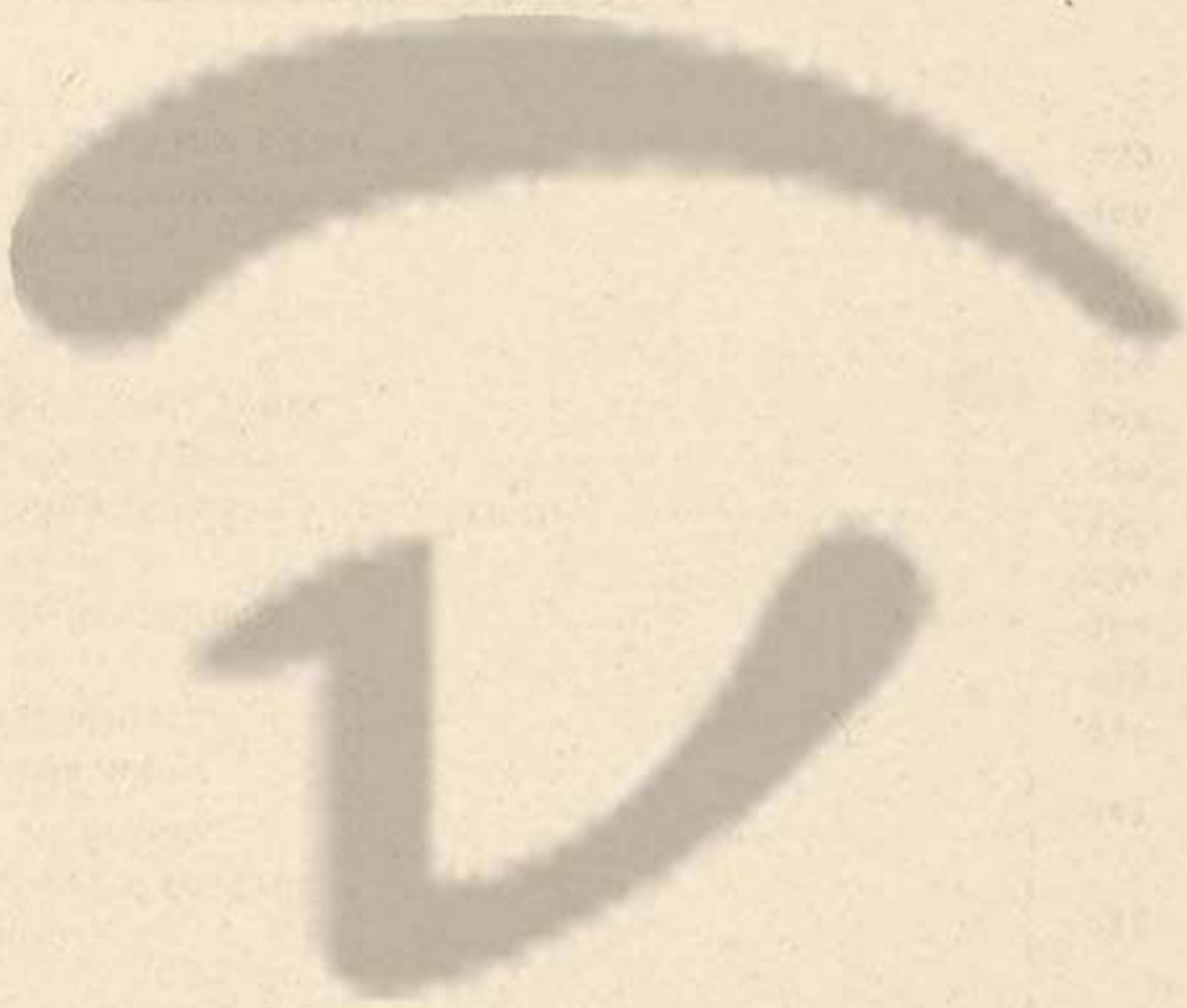
PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
San Vicente Ferrer resucitando un niño.	55
El B. Pedro de Luxemburgo.	83
El Emperador Segismundo.	124
El Papa Martín V.	160
Iglesia de San Esteban.	199
Iglesia de los Jacobinos.	209
Vista de Decise.	216
Redón y Dinan.	217
Capilla de San Martín.	219
Púlpito de Guerno y púlpito de Vitré.	231
Púlpitos de Pleubihan y de Guérande.	242
Iglesia de San Aubin en Rennes.	246
Cruz Nichel.	254
Iglesia del Salvador en Dinan.	264
El campanario calado, en San Pol de León.	266
Vista general de la iglesia El Folgoet.	277
Portada de los Apóstoles de la misma.	279
Púlpitos de Vitré y de Pleubihan.	292
Dos vistas de Josselin.	306
Vista de Vannes y puerta de San Vicente.	329
Muerte de San Vicente Ferrer.	381
Tapicerías representando milagros de San Vicente Ferrer.	396
Capilla de San Vicente Ferrer en Vannes.	459
Sombrero y reliquias de San Vicente Ferrer.	
Apoteosis.	
Estátua y busto de San Vicente Ferrer.	
Retrato más auténtico del mismo.	
Portada de la relación del tercer centenario.	
Apostolado del itinerario de San Vicente Ferrer.	

ADVERTENCIA

La lámina Capilla del Rosario en Bruselas, que se cita en la página 181 del tomo 1.º,
 no ha sido impresa por causas ajenas á nuestra voluntad.
 Lo que participamos á los lectores con el fin de evitar reclamaciones.





À MAYOR HONOR Y GLORIA DE SAN VICENTE
FERRER, PATRÓN DE VALENCIA, SE CON-
CLUYÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
VALENCIA, EN LA IMPRENTA DE
D. MANUEL ALUFRE, PLAZA DE
PELLICERS, NÚM. 6, EN EL
DÍA 14 DE ABRIL, Á LOS
DOS DÍAS POSTERIORES
DE LA FESTIVIDAD
DEL SANTO EN EL
AÑO 1904.

✱